

**LAS FUNCIONES DE LA GUERRA EN LOS RELATOS  
HISTORIOGRÁFICOS OCCIDENTALES.  
LA INFLUENCIA DE LOS AUTORES CLÁSICOS EN LA  
FORMACIÓN DEL PENSAMIENTO HISTORIOGRÁFICO  
CONTEMPORÁNEO SOBRE LA GUERRA.**

Asdo. ....

Pablo Sobral Arosa

DPTO. HISTORIA I

FACULDADE DE XEOGRAFÍA E HISTORIA

SANTIAGO DE COMPOSTELA

2015



## AUTORIZACIÓN DO DIRECTOR / TUTOR DA TESE

D./Dna. .... Ana María Suárez Piñeiro .....

Profesor/a do Departamento .... Historia I .....

D./Dna. .... ..

Profesor/a do Departamento .... ..

D./Dna. .... ..

Profesor/a do Departamento .... ..

D./Dna. .... ..

Profesor/a do Departamento .... ..

Como Director/a/es/as da Tese de Doutoramento titulada

«..... Las funciones de la guerra en los relatos historiográficos occidentales. La influencia de los  
autores clásicos en la formación del pensamiento historiográfico contemporáneo sobre la guerra.  
.....»

Presentada por D. / Dna. .... Pablo Sobral Arosa .....

Alumno do Programa de Doutoramento ..... Arqueoloxía; Historia da Antigüidade e Ciencias e Técnicas  
Historiográficas

*Autoriza a presentación da tese indicada, considerando que reúne os requisitos  
esixidos no artigo 34 do regulamento de Estudos de Doutoramento, e que  
como Director da mesma non incurre nas causas de abstención establecidas  
na lei 30/1992.*



Asdo. ....





## ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	9
1. DE LAS SOCIEDADES TRIBALES AL NACIMIENTO DEL ESTADO MODERNO	
1.1. El “milagro griego”.....	13
1.2. Los “pueblos sin historia”.....	18
1.3. El concepto de “guerra primitiva”.....	22
1.4. La ruptura con el evolucionismo: Pierre Clastres y la nueva definición de la guerra primitiva.....	27
1.5. Venganza, honor y parentesco: el lenguaje del guerrero.....	30
1.6. La guerra y el nacimiento del Estado.....	38
1.7. La Antigüedad clásica: Grecia y Roma.....	44
1.7.1. El Estado clásico: la definición del ciudadano como sujeto político.....	44
1.7.2. De ciudades-estado a imperios y del ejército de ciudadanos al ejército regular.....	48
1.7.3. La reflexión moral sobre la guerra.....	62
1.7.3.1. Las reglas de la guerra.....	63
1.7.3.2. La guerra justa: Aristóteles y Cicerón.....	71
1.7.4. La concepción de la guerra en el cristianismo.....	76
1.7.5. El género historiográfico en la Antigüedad clásica.....	89
1.7.6. La historiografía cristiana.....	98
1.8. La Edad Media .....	103
1.8.1. Los orígenes del feudalismo y la caballería.....	103
1.8.2. Los intentos de regulación de la guerra: la Iglesia y el código caballeresco.....	106
1.8.3. La estrategia militar feudal: los asedios y las <i>chevauchées</i> .....	117
1.8.4. La imagen de la guerra en la historiografía medieval .....	120
1.9. Maquiavelo y el renacimiento de la infantería.....	125

2. DEL NACIMIENTO DEL ESTADO MODERNO A LA GUERRA FRÍA	
2.1. El Estado moderno.....	131
2.2. Las consecuencias de la Revolución Francesa.....	135
2.3. La Contra-Ilustración alemana.....	142
2.3.1. La definición de la nación como sujeto histórico y político: de Herder a Fichte.....	143
2.3.2. Fichte: la fundamentación del Estado-nación y la <i>Realpolitik</i> .....	147
2.3.3. Clausewitz.....	150
2.4. Ranke y la escuela histórica prusiana.....	170
2.5. Moltke y la Escuela Militar Alemana.....	174
2.6. El camino hacia la guerra total: 1870-1914.....	182
2.7. La guerra total: 1914-1945.....	203
2.8. La Guerra Fría y la hegemonía estadounidense .....	227
3. THE WESTERN WAY OF WAR	
3.1. El pensamiento estratégico estadounidense durante la Guerra Fría.....	239
3.2. <i>The Western Way of War</i> , 1989.....	252
3.3. El final de la Guerra Fría.....	257
3.4. Guerra y Cultura: la ideologización del combate.....	267
4. CONCLUSIONES.....	283
5. BIBLIOGRAFÍA.....	293

## AGRADECIMIENTOS

Aunque parezca mentira, el hacer justicia a todas aquellas personas que, directa o indirectamente, han aportado su granito de arena para que este trabajo saliese adelante, ha sido la tarea más difícil. Encuentro que es imposible resumir en unas pocas líneas la historia humana de emociones, sentimientos y anécdotas que encierra su elaboración y que ha sido, para mí, la más enriquecedora e importante. Verdaderamente, ello requeriría la escritura de otra obra aparte. Con todo, intentaré no olvidarme de aquellas personas que, a lo largo de estos años, han sido especialmente relevantes.

Por eso, en primer lugar, debo agradecer a José Carlos Bermejo Barrera toda la confianza que, desde un principio, depositó en mí. De él partió la idea original de este trabajo y, a las frecuentes conversaciones mantenidas con él a fin de beber un poco del infinito pozo de sabiduría que para mí representa, se debe también el haber iluminado con sugerencias siempre acertadas ciertos puntos oscuros de mi investigación. No obstante, por encima de todo, valoro el que siempre me hubiese ofrecido valiosos consejos, así como que estuviese dispuesto a echarme una mano en todo momento.

Asimismo, también debo expresar mi enorme gratitud hacia Ana Suárez Piñeiro. Siento que no podría haber tenido una tutora mejor. No solo por haber sido una excelente profesional ayudando a mejorar mi trabajo con su crítica constructiva, sino, sobre todo, por su excepcional cualidad humana. Como los grandes entrenadores, además de ofrecerme su inestimable consejo y experiencia técnica, ha sido una psicóloga que siempre ha sabido ayudarme a sacar lo mejor de mí mismo, permitiéndome crecer como investigador y persona. Ana, has logrado sumar un adepto al “penso positivo”.

Por otra parte, no podría dejar de mencionar en estas líneas a los amigos con los que tantas vivencias y anécdotas compartí estos años y que siempre han estado ahí, mostrándome un apoyo incondicional y tirando de mí en los momentos difíciles: David, Jacob, Brais, Jesús, el “abuelo” Haxel, Miguel (Valladolid), Ovidio; y los miembros del “ateneo” fonsequiano, Fernando Padín, Anxo Abuín, Santi Carreira, Carlos (Historia), Juan y Antonio, José Antonio (camarero), Juan (Prosegur). A todos, gracias por haberme aceptado como soy y haberme hecho sentir valioso. Como Ringo Starr, yo también puedo cantar “Oh, I get by with a little help from my friends”.

Para el final he dejado a las personas más importantes de mi vida: mi familia. Mi cariñosísimo y hermoso perro León que siempre me llena de felicidad; mi tía María José, que es una segunda madre para mí; mi hermano Toni y mis padres Antonia y José Antonio. No hace falta que diga que el mérito de este trabajo os pertenece, si no más, al menos tanto como a mí. No obstante, no sabría expresar con palabras el amor y la gratitud infinitas que siento hacia vosotros; cualquier frase se me queda corta porque no puedo poner el corazón en la boca. Aún así, haré míos unos de los más bellos versos del escritor más grande de todos

los tiempos, cambiándolos ligeramente, para intentar describir la eterna deuda de cariño y gratitud que con vosotros he contraído, imposible de redimir:

“Dudad que sean fuego las estrellas  
dudad que el sol se mueva  
dudad que la verdad sea mentira  
pero no dudéis jamás de que os amo.”



*War, uh, yeah  
What is it good for  
Absolutely nothing.*

EDWIN STARR, "War"

## INTRODUCCIÓN

En la imaginación popular, quizá la representación más común de la historiografía sea aquella que la concibe como un tipo de conocimiento que proporciona una información precisa y cronológicamente rigurosa acerca de los principales acontecimientos político-militares del pasado. Según esa representación, el historiador es, básicamente, aquel que conoce las principales guerras que determinaron el devenir histórico: sabe quiénes eran los reyes o los principales líderes políticos cuando estas sucedieron y las causas por las que estos decidieron emprenderlas; describe las batallas más importantes de las mismas, explicando el lugar en que sucedieron, quiénes eran los respectivos líderes militares y los movimientos tácticos de ambos ejércitos; y, por último, relata las consecuencias políticas que de esas guerras se derivaron.

Esta concepción de la historiografía se remonta a sus mismos orígenes en la antigua Grecia. En efecto, allí la historiografía se configura como un relato orientado a conservar el recuerdo de los grandes enfrentamientos bélicos del pasado. A mediados del s. V a. C., Herodoto escribe el primer relato historiográfico para dejar constancia de las guerras acaecidas entre persas y helenos a principios de ese mismo siglo, y las transformaciones que en el mundo heleno provocaron. Tucídides, su continuador, escribirá el relato de las guerras entre espartanos y atenienses por alcanzar la hegemonía en la *koiné* helénica. Polibio narrará las principales guerras que permitieron a Roma conquistar todo el orbe mediterráneo, etc.

La narración de los principales hechos político-militares continuará constituyendo durante la Edad Media y Moderna la materia esencial del relato historiográfico. A este respecto, la fundamentación de la historiografía como una disciplina científica en la Alemania de principios del s. XIX, —que determinó que dejase de ser considerada como un mero género literario pasando a convertirse en una disciplina académica fundamental dentro del currículum educativo de los Estados nacionales europeos—, no supuso ningún cambio. Como se puede observar en la obra de Ranke, la nueva historiografía científica no solo reivindicará el legado de la historiografía clásica como modelo literario, sino también su ontología: los grandes acontecimientos del pasado que el historiador debía describir tal y como habían sucedido eran los acontecimientos político-militares.

Durante casi toda la historia de la historiografía, pues, esta ha mantenido un estrecho y profundo vínculo con la guerra. Desde esta perspectiva, es posible entender que, aún hoy en día, la mayor parte de la gente siga identificando a la historiografía con el relato de las guerras del pasado y de los reyes, generales, etc. que las emprendieron.

Sin embargo, esta concepción de la historiografía entró en decadencia durante la primera mitad del s. XX. La razón de ello habrá que buscarla en la crisis del Estado-nación que las dos guerras mundiales propiciaron. Las catastróficas consecuencias de estas pusieron de manifiesto que, en la época de los Estados nacionales, la guerra había dejado de ser un instrumento racional y perfectamente controlable por el hombre, fomentando un rechazo al nacionalismo militarista que la historiografía decimonónica había contribuido a justificar. Como consecuencia, a partir de entonces emergerá una nueva modalidad que redefinirá, ampliándola, la ontología del relato historiográfico. El relato de los acontecimientos político-militares dejará de interesar a unos historiadores que, por el contrario, comenzarán a ocuparse de las dimensiones económica, sociológica e ideológica del acontecer histórico. No obstante, dentro de esta nueva modalidad continuó cultivándose la historia militar. Pero ahora el análisis de la guerra ya no consistirá en el relato de las campañas militares del pasado y sus batallas más importantes, sino, obviamente, en el análisis de la dimensión económica, sociológica e ideológica de la institución militar.

Pese a todo, en el último tercio del s. XX, una serie de historiadores como John Keegan o Victor Davis Hanson, volverán a reivindicar la descripción de las campañas militares y sus batallas como un elemento esencial del estudio de los hechos militares del pasado. Teniendo en cuenta que la guerra continuaba siendo una realidad presente en la vida de millones de seres humanos, estos historiadores opinaban que la descripción del combate, —aquello para lo que los ejércitos habían sido creados—, era fundamental para comprender la naturaleza del conflicto bélico e intentar averiguar por qué, desde 1945, la guerra había dejado de ser un instrumento racional de la política y, con ello, al mismo tiempo, hallar el posible remedio a esa situación. No obstante, para estos autores la descripción de las campañas y principales batallas (es decir, del nivel político) debía combinarse con el análisis de los niveles económico, sociológico e ideológico de la guerra. Con el fin de integrar todas esas dimensiones explicativas, estos autores harían uso del concepto de cultura, redefiniendo al mismo tiempo la guerra como una expresión cultural y estableciendo la existencia de diferentes culturas militares. A este respecto, justificaban la adopción de la perspectiva del combatiente anónimo a la hora de describir las campañas militares, ya que ello les permitiría explicar mejor cómo en el combate se reflejan las características políticas, económicas, sociológicas e ideológicas de cada cultura.

Como se puede observar, hasta la actualidad los historiadores se han ocupado de relatar y explicar los hechos militares del pasado adoptando diferentes perspectivas. Así han contribuido a difundir una mejor comprensión de la guerra pero, al mismo tiempo, la han justificado. El objetivo de la presente tesis no será proporcionar una nueva explicación de la guerra en algún período histórico o nación, cultura, etc., sino, antes bien, tratar de identificar los conceptos y planteamientos que, desde la Antigüedad clásica, han permitido a los historiadores occidentales racionalizar la guerra, otorgándole un significado, una función.

Obviamente, para la realización de esta investigación ha sido necesaria la lectura de las obras más relevantes de la historiografía antigua, medieval, etc., así como de las obras de filósofos, teólogos y pensadores militares que sistematizaron la concepción de la guerra predominante en cada período histórico. A la hora de entender la racionalización de la guerra, tanto de las obras de las diferentes historiografías analizadas, como de los pensadores que reflexionaron sobre la guerra en general, he recurrido a la consulta de una vasta bibliografía secundaria. Asimismo, dentro de la bibliografía secundaria consultada,

también se pueden incluir aquellas obras generales que me han permitido comprender las condiciones políticas, económicas y sociales, así como el arte de la guerra imperante en cada época, y que configuran el trasfondo a partir del que la guerra es racionalizada en la obra de historiadores, filósofos, teólogos y pensadores militares.

Por otra parte, el trabajo ha sido estructurado en tres capítulos. En el primer capítulo comenzaré por argumentar que nuestra concepción de la historia, como un encadenamiento de culturas que se suceden y superan unas a otras desde la prehistoria hasta el presente, está fundamentada en la filosofía de la historia hegeliana. Asimismo, también explicaré cómo esta filosofía legitima la distinción entre sociedades primitivas (sin Estado), y sociedades estatales, sobre la base de la cual, desde el s. XIX, los historiadores y antropólogos han elaborado el concepto de guerra primitiva como contrapuesto al de la guerra estatal. De hecho, según esta concepción de la historia, esta comenzaría en la Antigüedad con el denominado "milagro griego" del que la civilización occidental sería deudora, proporcionando el sustrato filosófico sobre el que se asienta la teoría del *Western Way of War*. Por otro lado, en el resto del capítulo, me centraré en analizar las concepciones de la guerra presentes en la Antigüedad clásica y la Edad Media, para constatar cómo estas se reflejan en las historiografías clásica, cristiana y caballeresca. Ello me permitirá poner de relieve que tanto filósofos y teólogos como historiadores racionalizan la guerra a través de los mismos principios contribuyendo con ello a justificar la política del estamento dominante. Culminaré este primer capítulo ofreciendo un breve resumen de las ideas sobre la guerra de Maquiavelo, ya que este pensador florentino intentará recuperar el legado del pensamiento historiográfico y filosófico clásico sobre la guerra, sentando las bases a partir de las que los filósofos e historiadores ilustrados, pero, sobre todo, de la Contra-ilustración alemana, elaborarán sus propias concepciones de la guerra.

En el segundo capítulo trataré de explicar cómo la racionalización de la guerra en la historiografía científica que, centrada en la narración de los acontecimientos político-militares del pasado, dominará el ámbito historiográfico occidental hasta la II Guerra Mundial, parte de los principios que articulan la concepción de la guerra que, sistematizada por Clausewitz a principios del s. XIX, será la propia del nuevo orden político dominado por el Estado-nación. Asimismo, veremos cómo a esta concepción de la guerra, predominante en el mundo occidental en los últimos dos siglos, ha ido asociada una concepción de la estrategia que justificó, en términos estrictamente militares, las enormes masacres que constituyeron la I y II Guerra Mundiales o la invención y lanzamiento de la bomba atómica. Especialmente, tras la II Guerra Mundial, ello originó un arduo debate sobre la racionalidad de la guerra.

En ese sentido, los esfuerzos por justificar la guerra redefiniendo la concepción estratégica clausewitziana llevados a cabo en los EE.UU. para legitimar sus ambiciones imperialistas, centrarán el final del segundo capítulo y buena parte del tercero y último. Mi objetivo será, en primer lugar, contextualizar la reconceptualización de la guerra como cultura propuesta, desde el ámbito historiográfico, por autores como Keegan o Hanson, sobre la que se asentará la teoría del *Western Way of War* de este último. El análisis de cómo esa reconceptualización se fundamenta en los argumentos histórico-filosóficos que subyacen a la filosofía de la historia hegeliana, así como el uso que Hanson hace de su teoría para legitimar el actual militarismo estadounidense, constituirá el objetivo de la última parte del capítulo 3.





*And today, at the beginning of a new millennium, Thucydides seems more relevant than ever. In an era marked by the global triumph of neoliberal ideology, not to mention the unashamed talk of American imperialism, it is comforting to know our acquisitiveness is an inevitable human disposition. Nothing to be ashamed of.*

MARSHALL SAHLINS, *Apologies to Thucydides*

## **1. DE LAS SOCIEDADES TRIBALES AL NACIMIENTO DEL ESTADO MODERNO**

### **1.1. El “milagro griego”**

En cualquier país occidental referirse a la “Antigüedad” evoca en la mente de los oyentes la referencia a dos civilizaciones (la Grecia y la Roma clásicas) que se consideran cimeras en la historia de la humanidad en cuanto al logro artístico, intelectual y político, y que constituyen la cuna de la civilización occidental. Esta concepción típicamente occidental que tiende a resaltar el prestigio e importancia de la cultura clásica grecorromana se remonta a los mismos orígenes de la modernidad. Es más, serían las propias élites intelectuales europeas de finales de la Edad Media las que, en su intento por definir una nueva cultura opuesta a la cultura teológica cristiana, acudiesen a la cultura clásica grecorromana y legitimasen con ello su carácter paradigmático (Canfora, 1991: 5). A partir de entonces, el trabajo de recuperación, copia y difusión del saber griego y romano, que ya se había llevado a cabo durante ciertos períodos de la Edad Media, aunque de manera restringida y siempre supeditado a las necesidades de la teología cristiana (Gouguenheim, 2009), adquirió un carácter obligatorio: las obras literarias y artísticas de los autores griegos y romanos eran imitadas en la forma y estudiadas buscando en ellas una sabiduría que sirviese como guía ética para el presente. Además, los tratados filosóficos grecorromanos también ofrecerían a las élites intelectuales que promovieron la recuperación del legado clásico concepciones del poder y del mundo diferentes a la cristiana que no dudarían en aprovechar (Ginzo, 2002: 59-81).

Por otra parte, este “renacimiento” de la cultura clásica durante los primeros siglos de la Edad Moderna estuvo especialmente protagonizado por la intelectualidad italiana. Esta intelectualidad se centró en recuperar el legado romano; incluso los clásicos griegos estudiados eran traducidos al latín. Frente a este predominio de lo romano o, en todo caso, de una Antigüedad romanizada, desde mediados del s. XVIII, una serie de pensadores alemanes cambiarán la orientación del diálogo de la cultura europea moderna con la Antigüedad clásica, intentando conectar directamente con la civilización helénica (Ginzo, 2002: 17). El primer autor en destacar la importancia del legado griego en esa Alemania de la época ilustrada fue Johann Joachim Winckelmann. Estudiosos del arte antiguo, Winckelmann resaltó la excepcionalidad y originalidad del arte griego con respecto al resto de manifestaciones artísticas de la Antigüedad: en sus obras, los artistas helénicos no solo pretendían, sino que lograban imitar a la naturaleza. Por lo tanto, ese naturalismo que difería de la excesiva rigidez y esquematismo presentes en los modelos artísticos orientales, debía constituir un rasgo específico de la cultura helénica: revelaba algo de su alma, de la esencia del pueblo griego (Gómez Espelosín, 2013: 13). En ese sentido, esta concepción de la

singularidad cultural helénica halló su fundamentación y consolidación filosófica en una idea que, por los mismos años en que Winckelmann elaboraba su obra, era sistematizada por Herder. Es decir, la idea de que cada pueblo, cada nación forjaba una cultura espiritual (literaria y artística) propia, diferente a la de las otras naciones. Dicho de otro modo, a cada nación correspondía una cultura particular<sup>1</sup>.

En Winckelmann, el énfasis acerca de la excepcionalidad del logro artístico griego iba acompañado del anhelo de convertirlo en un modelo universal para el presente. Para este humanista, arqueólogo e historiador, el verdadero arte no podía ser más que imitación del arte helénico. Y, sobre todo, al atribuir la superioridad artística helénica al hecho de que los griegos gozasen, frente a la opresión vigente en los regímenes despóticos orientales, de una mayor libertad de conciencia y expresión, posibilitadas por su peculiar régimen político así como por las características de su clima y geografía, Winckelmann abrió la puerta a una glorificación general de la cultura helénica sentando las bases del filohelenismo germano. Esta glorificación sería llevada a cabo por el resto de autores de su generación (Hölderlin, Schiller, Goethe, Lessing, Wilhelm von Humboldt, etc.) para quienes la antigua Grecia representaría una humanidad superior y más pura<sup>2</sup>; en definitiva, aquello en lo que Alemania debería aspirar a convertirse (Gómez Espelosín, 2013: 14-15; cf. Ginzo, 2002: 220-221). Dicha idealización, finalmente, desbordaría el ámbito meramente intelectual extendiéndose al institucional cuando, a principios del s. XIX, Wilhelm von Humboldt establezca el estudio de la filología clásica como piedra angular del sistema educativo alemán (Gómez Espelosín, 2003: 42).

En la obra de Hegel, el diálogo con la civilización helénica alcanzará una mayor complejidad, ofreciendo una visión más matizada y profunda acerca del logro heleno, que será la que finalmente dé lugar a esa imagen del “milagro griego” o *miracle grec*<sup>3</sup>. En primer lugar, cabe distinguir dos etapas diferentes en la valoración del pasado griego dentro de la trayectoria filosófica hegeliana. Desde muy joven, este filósofo alemán, educado en los principios de la *Aufklärung*, desarrolló una especial sensibilidad y vocación política<sup>4</sup> que le llevó a reconocer en la cada vez mayor división social entre las clases dominantes y el pueblo el principal problema político de su tiempo: para Hegel, pues, constituía una necesidad perentoria el que la “nación dividida” recuperase su perdida solidaridad orgánica (Ripalda, 1978). En ese sentido, el Estado griego (la *polis*) ofrecía el ejemplo más perfecto de vida política armoniosa. Por lo tanto, en ese período de juventud, la confrontación con la cultura griega por parte de Hegel adquiriría, al igual que la del resto de sus contemporáneos, un

---

1 No obstante, Herder no negaba la existencia de préstamos culturales, ni tampoco los méritos relativos de cada cultura (Gómez Espelosín, 2013: 15).

2 Esta idealización desbordaría el ámbito meramente intelectual extendiéndose al institucional cuando, a principios del s. XIX, Wilhelm von Humboldt establezca el estudio de la filología clásica como piedra angular del sistema educativo alemán (Gómez Espelosín, 2003: 42).

3 Expresión por primera vez acuñada en el s. XIX por el pensador francés Ernest Renan (Gómez Espelosín, 2003: 43).

4 Como recuerda Arsenio Ginzo, la vida de Hegel transcurrió durante uno de los períodos más intensos de la historia desde el punto de vista de los acontecimientos políticos: la independencia de Estados Unidos, la Revolución Francesa, las guerras napoleónicas, la Restauración, etc. El propio Hegel afirmaba que la “lectura del periódico por la mañana es una especie de bendición matinal realista” (Ginzo, 2002: 229).

matiz nostálgico, evocador. Ahora bien, si para estos últimos, siguiendo la estela de Winckelmann, se trataba de recuperar la cultura espiritual helénica, para Hegel se trataría más bien de revivir “el paraíso perdido de la política” (Ginzo, 2002: 230).

Puesto que los revolucionarios franceses gustaban de presentarse a sí mismos y los acontecimientos que protagonizaban bajo la luz de los símbolos y categorías de la Antigüedad, el joven Hegel contempló este acontecimiento con inusitado entusiasmo: la Revolución por fin traería la restauración de la Ciudad antigua que haría posible la recuperación de la solidaridad cívica y, con ello, el progreso moral e intelectual de la humanidad. Sin embargo, ante el giro violento y traumático de los acontecimientos, el inicial optimismo hegeliano se vio transformado, como en el caso de tantos de sus coetáneos, en una profunda decepción. Sobre todo, el trágico desenlace del denominado “Terror” enseñó al filósofo alemán la distancia que separaba al mundo moderno del mundo antiguo. La peculiaridad de ese mundo moderno le hacía irreductible a la Antigüedad: el pasado griego no podría ser trasladado y repetido sin más en el presente (Ginzo, 2002: 224, 230).

Básicamente, Hegel cifraba esa peculiaridad del mundo moderno en la preeminencia alcanzada por lo que denomina en su *Filosofía del Derecho*, “el derecho de la libertad subjetiva” (Ginzo, 2002: 233). Introducida históricamente por el cristianismo, aunque descubierta por primera vez por Sócrates y los sofistas, el desarrollo de esa subjetividad tendrá importantes consecuencias: al descubrir que todos poseen una individualidad, una identidad propia, los hombres comenzarán a contemplarse todos entre sí como esencialmente libres e iguales. En consecuencia, con el cristianismo desaparece la esclavitud<sup>5</sup> (Ginzo, 2002: 242). Al mismo tiempo, y esto es lo más importante, el desarrollo de esa subjetividad implicará también que los hombres descubran que sus propios intereses pueden ser contrapuestos a los de su comunidad. Se inicia entonces la atomización y división de la sociedad que rompe con la solidaridad orgánica que caracterizaba al Estado antiguo. Ese desgarramiento interno del Estado significará la aparición inevitable de enfrentamientos entre individuos, familias y ciudades. Como resultado de esos enfrentamientos el Estado quedará en manos de unos pocos individuos. Emerge entonces, ya en época romana, la noción de propiedad privada y, con ella, de un derecho y esfera de lo privado.

No obstante, será a partir de la Edad Moderna cuando el principio de la subjetividad se desarrolle plenamente. En esta época adquirirá una prioridad absoluta en el terreno del pensamiento<sup>6</sup>. Por ejemplo, en el ámbito del pensamiento político, de Hobbes a Rousseau, se concebirá el Estado como un producto artificial de la libre voluntad individual. De igual modo, en la esfera económica, con la aparición de la economía política escocesa, el derecho y los intereses del individuo adquirirán preeminencia frente a los del Estado (Ginzo, 2002: 242-244). Sin embargo, como demostró la Revolución Francesa, es imposible fundar un Estado sobre tal principio: la división social generada por la prioridad concedida al individuo y su

---

<sup>5</sup> Quizá la afirmación más explícita de esa nueva concepción universal del hombre introducida por el cristianismo sea el conocido versículo de la epístola de San Pablo a los Gálatas: “Ya no hay más judío ni griego, esclavo ni libre, varón y hembra, pues vosotros hacéis todos uno, mediante el Mesías Jesús” (*Gal.* 3, 28). A partir de ahora, todas las citas bíblicas que aparezcan en este capítulo estarán tomadas de: *Nueva Biblia Española* (1990). Cristiandad (4ª Ed.). Traducción dirigida por Luis Alonso Schökel y Juan Mateos. Madrid.

<sup>6</sup> A este respecto, Hegel es el primero en señalar la obra de Descartes como el inicio de la filosofía moderna.

libertad alcanzó su paroxismo en la época del “Terror”, cuando cada líder revolucionario y su facción intentaban imponer al resto sus propios deseos reformistas. En definitiva, podría decirse que, cuando a la libertad subjetiva se le dio rienda suelta, esta se autoaniquiló (Ginzo, 2002: 245).

Por lo tanto, para Hegel la libertad y derechos del individuo no podían ser la base a partir de la que se construyese una sociedad: “El destino racional del hombre es vivir en el Estado, y si no existe todavía ningún Estado, existe la exigencia racional de fundarlo” (Ginzo, 2002: 246). Es decir, incluso para que la propia subjetividad se afirmase y desarrollase, era necesario confinarla en una esfera de significado ético más amplia que la contuviese. Y, precisamente, la prioridad del Estado, de la solidaridad orgánica, es el gran legado, desde el punto de vista hegeliano, de la experiencia griega. Como afirmaba Aristóteles en su *Política* (1252b, 12), así como el todo es ontológicamente anterior a la parte, la Ciudad también es anterior al individuo. A los griegos, por tanto, debemos el descubrimiento de la dimensión política de la vida: estos comprendieron que la libertad humana solamente podría surgir a partir del establecimiento de un marco común, de unas reglas de convivencia aceptadas y respetadas por todos; de ahí que su forma de gobierno por antonomasia fuese la democracia<sup>7</sup> (Ginzo, 2002: 231-232). En resumen, los antiguos griegos habrían sido los primeros en establecer y, al mismo tiempo intentar comprender, las condiciones objetivas que son necesarias para el desarrollo de la vida humana.

Aunque, como he dicho, los antiguos griegos también descubrieron el principio de la subjetividad con Sócrates y los sofistas, nunca fueron capaces de conciliarla con su concepción política del hombre. En contraste con lo que sucedía en el mundo moderno, a lo largo de su historia los griegos se mostraron siempre dispuestos a asumir como costumbres, de manera irreflexiva, las normas y valores de la *polis*. En especial, la muerte de Sócrates, un individuo moralmente intachable en su conducta, pero que se había atrevido a cuestionar la validez de la ética ciudadana a partir del examen individual, —propiciando el nacimiento de la filosofía moral—, refleja la incapacidad griega para asumir el derecho de la libertad subjetiva. Aún así, Sócrates y la sofística habían puesto las bases para la disolución de la *polis* helénica (Ginzo, 2002: 233-236). Por lo tanto, del análisis y contraste entre la Antigüedad y la Modernidad, Hegel concluía la necesidad de ambas etapas históricas: los excesos del organicismo antiguo y del subjetivismo moderno demostraban que era necesario conciliar ambos en un único sistema filosófico. Esa fue la tarea que se impuso el Hegel maduro.

De esta manera, el autor de la *Fenomenología del Espíritu* y la *Ciencia de la Lógica* creía que su propio sistema filosófico representaba el fin de la filosofía. Asimismo, en contra de los principios de la filosofía ilustrada, el propio sistema hegeliano demostraba que, en primer lugar, no se podía construir una ciencia del hombre a partir del individuo. Es decir, el hombre no podía pensarse aisladamente del contexto social que otorgaba sentido a su vida. De ahí que la formación del Estado constituyese una exigencia racional, pues, al margen de este, la vida del individuo no tenía significado, ni podría desarrollarse ningún tipo de conocimiento filosófico<sup>8</sup>. En segundo lugar, Hegel también había logrado demostrar que

---

7 Como expone en su *Historia de la Filosofía*, Hegel vincula este descubrimiento con el inicio de la especulación racional, filosófica acerca del mundo.

8 Esta concepción hegeliana de que cualquier tipo de conocimiento sobre el hombre debía partir de la

cualquier tipo de conocimiento racional sobre el hombre debía tener en cuenta su desarrollo histórico: el (siempre desde el punto de vista hegeliano) fatal desenlace de la Revolución Francesa, habría iluminado el logro griego; y las carencias de la Antigüedad explicaban y justificaban el desarrollo de la Modernidad. Por lo tanto, desde el punto de vista del propio presente hegeliano, ambas etapas aparecían concatenadas de manera lógica, representando el carácter de una la superación de los defectos y contradicciones de la anterior. Es más, la propia filosofía hegeliana representaba el final de ese progreso de la humanidad iniciado en la antigua Grecia, porque en ella hallaban solución todas las contradicciones de las etapas anteriores. Esto significaba no solo que todo el sufrimiento humano quedaba justificado<sup>9</sup>, sino que la misma historia había alcanzado su culminación lógica: la monarquía constitucional prusiana, que lograba conciliar la solidaridad orgánica propia del Estado antiguo junto con la libertad subjetiva de la modernidad, era la confirmación empírica de la síntesis hegeliana (Bury, 1971: 230-231).

De este modo, proclamando que la esencia de la humanidad habría venido sufriendo sucesivas transformaciones a lo largo del proceso histórico, que indicarían las diferentes etapas del mismo, Hegel lograría también fundamentar el conocimiento histórico: definir a la humanidad consistía en conocer las etapas que habría atravesado en su evolución (Bermejo, 2009: 187-196). Por supuesto, esta historia de la humanidad solo era cognoscible, es decir, solo era racional a partir del surgimiento del Estado. Pero este surgimiento Hegel no lo situaba en la antigua Grecia, sino en Oriente. La civilización oriental representaba, pues, la niñez de la humanidad, y como tal se caracterizaba por la ausencia de libertad: el régimen político propio de esta civilización era el despotismo, en donde solo el déspota era libre y el resto de los individuos vivían oprimidos. El descubrimiento de la libertad tendría lugar, antes bien, en la antigua Grecia: el “milagro griego” habría consistido en ese descubrimiento de la libertad, aunque se tratase de una libertad política, objetiva, que habría dado lugar también a la invención de la filosofía y del arte<sup>10</sup>. Podría decirse, por tanto, que la antigua Grecia marcaría el inicio de la historia propiamente dicha; una historia de carácter claramente eurocéntrico, pues a Grecia sucederían las civilizaciones romana y cristiana, alcanzando su final la historia de la humanidad en la civilización germánica<sup>11</sup>.

Si me interesa explicar esta concepción hegeliana de la historia universal, no es tanto

---

afirmación de su naturaleza social fundamentaba la construcción de conceptos que, como el de civilización, mentalidad, etc., pudiese subsumir y dar cuenta de la esencia de un colectivo humano (Bermejo, 2009: 291-392).

9 Evidentemente, desde este punto de vista, puede entenderse que las guerras para Hegel constituyesen, coincidiendo con la concepción de la guerra, que, desde Maquiavelo, será típica del pensamiento occidental, un “mal necesario” (Bobbio, 2008: 63-69; cf. Philonenko, 2003: 76-78): la destrucción y muerte causada por estas quedaba justificada por su función como motores del “progreso” de la Razón.

10 De este modo, en el esquema hegeliano de la historia universal se hallaba por primera vez desarrollada de manera sistemática la contraposición, esbozada ya desde la obra de Winckelmann, entre una antigua Grecia y un Oriente que constituían civilizaciones totalmente antitéticas (Gómez Espelosin, 2013: 16-17).

11 Hegel formula una concepción de la historia caracterizada por un gran optimismo. Al considerar el proceso histórico como un desarrollo dotado de una lógica interna, propia, justifica todas y cada una de sus etapas y, sobre todo, el presente. La conclusión a la que llega tras analizar racionalmente ese proceso es que el suyo era el mejor de los mundos posibles.



porque su esquema hubiese sido asumido por la historiografía decimonónica, sino porque es la concepción de la historia universal que articula y otorga sentido a la teoría del *Western Way of War* del clasicista estadounidense Victor Davis Hanson cuya crítica centrará el último capítulo de este trabajo. Así, aunque Hanson, como explicaré más adelante, emplea el concepto de civilización en vez del de Estado, su estilo de combate occidental, además de contraponerse a un estilo de combate oriental, nace en la antigua Grecia y se transforma a lo largo de las mismas etapas que marca el esquema de la historia universal hegeliana. No obstante, cabría resaltar otra diferencia con respecto al original hegeliano que, en el fondo, es también una similitud: la historia universal de la civilización occidental del clasicista estadounidense no culmina en la Alemania del s. XIX, sino en la democracia y el capitalismo liberales de los EE.UU. del s. XX. Quizá el siguiente párrafo de una de sus obras constituya el mejor ejemplo de la inspiración claramente hegeliana de la concepción de la historia universal de Hanson:

“No debemos equiparar la libertad que gozaban los antiguos griegos a la libertad de los Estados Unidos actuales, la democracia griega al gobierno parlamentario inglés, o el ágora a Wall Street. La libertad ganada en Salamina no es la misma que la que la victoria de Midway salvaguardó [...] Toda idea es en parte presa del tiempo y del lugar donde nace. Gran parte de la sociedad de la antigua Grecia nos parecería hoy extraña [...] La clave no está en mirar al pasado esperando ver el presente, sino en identificar en la historia, mirando a través del tiempo y del espacio, las semillas del cambio y de lo posible. En este sentido, Wall Street sí está mucho más cerca del ágora que del palacio de Persépolis” (Hanson, 2004: 37-38).

## **1.2. Los “pueblos sin historia”**

Como acabo de explicar, en la concepción de Hegel era el Estado, que habría hecho su aparición por primera vez en el mundo oriental, lo que indicaba el inicio racional de la historia. Al margen de su consideración quedaban todos aquellos pueblos que, careciendo de Estado, pertenecerían, en su concepción de la historia universal, a la historia natural o prehistoria de la humanidad. Esta distinción entre sociedades estatales y sociedades sin Estado no era, sin embargo, una novedad forjada por el sistema hegeliano. Antes bien, se trataba de una distinción bien establecida dentro del pensamiento ilustrado que respondía a una necesidad de clasificar a las diferentes sociedades humanas que habría surgido a inicios de la Edad Moderna.

En esa época, mientras el redescubrimiento de la Antigüedad clásica contribuía al surgimiento de la cultura europea moderna, un grupo de exploradores actuando en nombre de la corona castellana descubría el continente americano para Europa. Ese acontecimiento, que en la obra de algunos historiadores señalaría el verdadero inicio de la modernidad, implicó que los europeos entrasen en contacto con sociedades humanas radicalmente diferentes de la suya, lo cual suscitó un intenso debate filosófico: ¿realmente pertenecían aquellos hombres a la especie humana? Dicho en los propios términos teológicos de la época: ¿es que aquellos salvajes también habían sido creados por Dios y descendían de Adán? (Llinares García, 1996: 72). Las respuestas, por variadas que fueran, coincidían casi todas ellas en destacar la unidad de la especie humana: todos los hombres eran hijos de un mismo dios.

Así, pues, las necesidades derivadas de los conquistadores europeos estimularon el

conocimiento de esos pueblos americanos recién descubiertos. Los relatos de viajeros, exploradores, misioneros, etc., que la imprenta permitió difundir por todo el viejo continente, se hicieron frecuentes e incluso dieron lugar a una literatura de viajes que gozó de un gran éxito en esos primeros siglos de la Edad Moderna. De hecho, fue en esa literatura en la que emergió una primera representación y explicación de los pueblos y el “hombre salvaje”: estos no serían nada más que una rama de la humanidad que, escindida físicamente de la civilización, habría permanecido en la “fase edénica” de la que hablaba la Biblia, o la “edad dorada” según los mitos de la Antigüedad clásica (Mattelart, 2000: 16). Como se puede apreciar en los famosos ensayos de Montaigne, esta concepción de los pueblos americanos como representantes de una edad edénica no estaba exenta de una clara intención crítica contra la sociedad europea en general. Una sociedad que atravesaba una época de grandes cambios en el terreno intelectual y político. De esa manera, el descubrimiento de América y la recuperación del saber clásico vinieron a sumarse al nacimiento de la ciencia moderna y del Estado para poner en entredicho la concepción cristiana del mundo. En poco más de un par de siglos la Tierra, Europa y el hombre habían dejado de ser el centro y medida de todas las cosas (Lombard, 1997: 34).

Ante esta situación, los pensadores ilustrados sintieron la necesidad de replantearse el conocimiento del hombre desde una nueva perspectiva: la de la mera razón, cuyos derechos había comenzado a fundamentar la filosofía moderna con Descartes. Puesto que la cosmogonía bíblica ya no podía ser invocada para explicar la unidad de la especie humana y al mismo tiempo su diversidad cultural, se impuso la comparación sistemática de las instituciones, costumbres y formas de gobierno de las diferentes culturas. De esa comparación surgieron las primeras taxonomías culturales, así como las primeras explicaciones que permitían comprender el paso de una forma cultural a otra a partir de leyes inmanentes de desarrollo humano, y no de la providencia divina. En esas clasificaciones sistemáticas que daban cuenta de las diferencias culturales humanas y las ordenaban según la ley del progreso, es decir, del nivel de emancipación de las capacidades humanas que mostraba cada cultura, los pueblos salvajes comenzaron a ser comparados con los pueblos de la Antigüedad, —siendo el jesuita Lafitau en sus *Moeurs sauvages des Américains* (1724) el pionero—, y considerados como los antepasados sociales de los pueblos civilizados (Lombard, 1997: 35). Sin embargo, pese a que la creencia en el progreso implicaba que los *philosophes* concibiesen su propia época como la de mayor ilustración, —la de mayor perfección moral e intelectual de la humanidad hasta el momento—, hubo pensadores que, como Rousseau, mantuvieron la concepción típicamente renacentista de los pueblos primitivos como edad de oro, forjando la imagen del “buen salvaje”. Desde este punto de vista, la civilización no habría implicado el desarrollo de las capacidades humanas, sino que habría sido el origen de las desigualdades sociales, la pobreza, la opresión y el sufrimiento. En definitiva, de todo aquello que impedía al hombre realizarse y ser feliz.

Asimismo, la ruptura con la concepción cristiana del mundo significó que el hombre dejase de ser considerado como la criatura especial de la creación divina para ser clasificado como una especie más del reino animal. En este sentido, el gran taxonomista y naturalista sueco Linneo fue el primero en comparar anatómicamente al hombre con el mono. Por su parte, Buffon situó el lugar de la especie humana en la gran cadena de los seres vivos y realizó un primer intento de describir, ordenar e interpretar de manera sistemática las diferencias físicas entre los hombres, poniendo las bases de la antropología física y del

pensamiento racial. No obstante, fueron los trabajos de Jean-Baptiste Lamarck en donde primero se formuló una ley que permitía explicar, sin recurrir a la Biblia, la existencia de las diferentes especies animales, incluida la humana. Según esa ley, los seres vivos no habrían sido creados de manera independiente y de una vez por todas por Dios, como se sostiene en el *Génesis*, sino que habrían adquirido y desarrollado sus particulares características como resultado de la adaptación al medio ambiente en el que vivían; unas características que, por supuesto, serían transmitidas de padres a hijos (Lombard, 1997: 36, 53-54).

La teoría de Lamarck, que explicaba la evolución biológica general de los seres vivos, pronto fue adaptada para explicar las diferencias raciales entre los seres humanos. Ello, junto con la influencia del positivismo comtiano, se podía observar ya a mediados del s. XIX en la obra de Herbert Spencer (Harris, 1978: 93-118). Sosteniendo una concepción organicista de la sociedad, este pensador inglés se hacía eco de la noción de progreso que había posibilitado el surgimiento de las filosofías de la historia. No obstante, si en esas filosofías, como la de Voltaire, la kantiana o la hegeliana, el progreso significaba fundamentalmente el avance y mejora de la racionalidad y libertad humanas, en la filosofía de la historia spenceriana ese concepto adquiriría un sesgo más materialista. Si la teoría de Lamarck establecía que los seres vivos desarrollan nuevos órganos y se hacen más complejos para adaptarse a unas circunstancias medioambientales cambiantes, en la filosofía de la historia de Spencer el progreso de las sociedades humanas se verificará en el desarrollo de nuevas instituciones, así como de relaciones entre esas instituciones; es decir, en el incremento de su complejidad. Por consiguiente, tanto en el terreno biológico como en el terreno social progreso significaba, ante todo, el paso de lo simple a lo complejo.

Por otra parte, del mismo modo que las especies animales mejor adaptadas al medio contaban con más ventajas en la competición por los recursos necesarios para la vida y, por ende, era más probable que lograsen sobrevivir, Spencer creía que las sociedades humanas más complejas y desarrolladas también conseguirían vencer y dominar a las sociedades peor adaptadas en la lucha por la supervivencia. Con ello, al igual que Hegel, justificaba la dominación política que, a nivel mundial, comenzaban a ejercer los Estados occidentales más poderosos en su propia época. De hecho, identificaba el advenimiento de la sociedad industrial, una sociedad como la que se estaba constituyendo en su Inglaterra natal por aquel entonces, como la última fase histórica de la evolución social.

Por otra parte, al igual que en las clásicas filosofías de la historia ilustradas, Spencer preveía que esta última fase histórica se caracterizaría por la ausencia de conflictos, y la realización de la felicidad, libertad y prosperidad plenas. Sin embargo, al contrario de cómo racionalizaban el progreso sus predecesores ilustrados, en opinión de este filósofo inglés el que unas sociedades adquiriesen una estructuras más complejas y se desarrollasen se debía no a un avance del conocimiento, —al dominio racional sobre sí mismo y sobre el mundo—, sino que al igual que en la evolución de las especies animales, el progreso social era inconsciente, no protagonizado por ningún tipo de élites o individuos privilegiados, irracional y colectivo. Es decir, la razón de la evolución social habría que encontrarla en las características intrínsecas de las diferentes razas humanas. De este modo, recurriendo a la analogía con la teoría lamarckiana, Spencer vinculaba evolución biológica y evolución social, legitimando el pensamiento racista.



Ese pensamiento racista se hallaría ausente de la obra de aquellos pensadores que, como Lewis H. Morgan o Edward B. Tylor, asumirían, sin embargo, su noción de progreso histórico como una evolución de la simplicidad a la complejidad social. En estos autores, que fundaron la orientación teórica conocida como “evolucionismo”, el cambio hacia formas de organización social superiores estaría motivado únicamente por factores externos (el descubrimiento o invención de una técnica, la aparición de una institución, el desarrollo de una creencia, etc.) y no intrínsecos como la raza. Antes bien, al igual que los *philosophes* proclamaban la unidad, cuando menos psíquica, de la humanidad. Asimismo, coincidiendo por ejemplo con Hegel y Spencer, concebían el progreso histórico de la humanidad como unilineal. De este modo, sus obras se centraban en describir las diferentes etapas evolutivas por las que todas las sociedades debían necesariamente pasar, así como en proponer las causas más plausibles que explicarían el paso de un estadio de evolución social al siguiente. Dicho de manera resumida, para estos evolucionistas decimonónicos el progreso social era una carretera de sentido único; una carretera cuyo final, evidentemente, desembocaba en las sociedades civilizadas del presente (Llinares García, 1996: 79-80).

Habitualmente se suele considerar a estos autores evolucionistas del s. XIX como los fundadores de la disciplina antropológica. De hecho, las obras de estos autores justificarán la creación de las primeras cátedras universitarias de antropología. Sin embargo, su evolucionismo era, en lo esencial, idéntica a la concepción hegeliana de la historia: ambos compartían una concepción unilineal, etnocéntrica y finalista del proceso histórico. Los pensadores evolucionistas también reproducían la división entre sociedades salvajes, sin escritura y sin Estado, pertenecientes al ámbito de la historia natural, y las sociedades civilizadas, estatales y alfabetizadas que aparecía en el esquema hegeliano de la historia universal (Llinares García, 1996: 81). El conocimiento de las sociedades salvajes (o culturas primitivas según el término acuñado por Tylor) se llevaba a cabo recurriendo a diversas fuentes: evidencias materiales que rescataba una incipiente disciplina arqueológica considerada ciencia auxiliar de la historia en esos momentos; o noticias que de esas sociedades se podían encontrar en los textos procedentes de una Antigüedad clásica que había sido desbancada como fase originaria de la civilización humana.

Las primeras críticas al evolucionismo procederán de hombres que, como Franz Boas, F. Graebner, L. Frobenius, C. Wissler o W. Schmidt, postulaban a finales del s. XIX que las sociedades no constituían organismos cerrados que evolucionaban de manera autónoma, sino más bien por el préstamo e imitación derivados de contactos culturales entre pueblos. Mientras que los autores evolucionistas se preocupaban por buscar las causas que permitirían dar cuenta del paso de un estadio de evolución social a otro, estos autores “difusionistas” trataban de definir y detectar “áreas culturales” o “áreas de civilización”. Estas estarían compuestas por sociedades con rasgos culturales semejantes y, en ellas, buscaban el foco o los focos a partir de los que una técnica, una institución, etc., se habría transmitido al resto de sociedades del área cultural, describiendo, además, el proceso de difusión. No obstante, puesto que este difusionismo seguía planteando la existencia de focos de civilización, era posible combinarlo, como se puede observar en la obra de Tylor, con el evolucionismo (Lombard, 1997: 95-100).

Las críticas más serias al evolucionismo llegarían cuando, a caballo entre finales del s. XIX y principios del s. XX, aprovechando la ola de expansión colonialista que animó a los más

poderosos Estados europeos desde la segunda mitad del s. XIX, tanto los pensadores evolucionistas como difusionistas comenzaron a enviar a sus discípulos a estudiar *in situ* las culturas primitivas que todavía se hallaban en territorios relativamente vírgenes al hombre europeo como el África oriental y subsahariana, u Oceanía (Llinares García, 1996: 82). Fue entonces cuando apareció la obra de Franz Boas, fundador del denominado “particularismo histórico”. Este antropólogo estadounidense de origen alemán comenzará a romper con el evolucionismo al proclamar, de modo semejante al filósofo alemán de fines del s. XVIII, que la esencia de la humanidad estaba en la variación cultural y que, por tanto, todas las culturas eran fines en sí mismos e igualmente válidas. Propugnaba un método de análisis que no tuviese en cuenta la distinción entre culturas primitivas y sociedades civilizadas; un método que favorecía, en el caso del estudio de las culturas primitivas ágrafas, la observación directa por parte del investigador: este debía entrar en contacto con la sociedad que pretendía estudiar y conocerla de primera mano. Su tarea era recoger la mayor cantidad de datos posibles para luego reunirlos en una monografía, pero evitando la tentación de establecer leyes generales como sucedía en el caso de los autores evolucionistas. Para Boas las instituciones, creencias o costumbres de cada cultura eran producto de un contexto histórico, de unas circunstancias específicas, que influían en la conducta de sus miembros y a su vez eran modificadas por su acción. No solo cada cultura poseía una racionalidad específica, lo que iba en contra de su subordinación jerárquica a otras culturas supuestamente más evolucionadas, sino que todas las culturas eran dinámicas y evolucionaban según un patrón particular, no general.

Además de elaborar un enfoque teórico que permitía romper con el evolucionismo dominante, la obra de Boas reivindicó la necesidad de un método de análisis propio para la antropología. Este método insistía en la inmersión total del antropólogo en la cultura que pretendía estudiar. En ausencia de documentos escritos y contando con la colaboración de otros investigadores nativos, el antropólogo podría producir un corpus de textos que fijaran la literatura y la historia de esas culturas ágrafas y permitiesen estudiar su evolución. A partir de entonces, con la formulación de un método de investigación propio, podría decirse que la antropología emergió como una disciplina científica totalmente plenamente diferenciada de la historiografía, aunque especialmente dedicada al estudio de las denominadas sociedades primitivas (Harris, 1978: 218-251).

### **1.3. El concepto de “guerra primitiva”**

A principios del s. XX, la insistencia en la necesidad de estudiar las culturas primitivas sobre el terreno supuso la salida del despacho de la antropología. El clima general de nacionalismo exaltado que alababa la guerra y el imperialismo como manifestaciones del poderío de la nación, así como el hegelianismo y evolucionismo imperantes en el terreno de la historiografía y la antropología, favorecían que aquellos primeros etnógrafos que se aventuraron a pasar largo tiempo entre los hombres primitivos estudiando sus costumbres, lengua e instituciones, comenzasen también a observar las diferentes manifestaciones de la guerra en estas sociedades en busca de un refrendo para ese nacionalismo belicista. De este modo, durante los primeros decenios del s. XX estos etnógrafos produjeron una abundante base empírica a partir de la que pudieron emerger los primeros intentos de formular una representación coherente de la guerra en las sociedades primitivas (Keeley, 1996: 8).

Sin embargo, a la hora de valorar estas primeras representaciones de la guerra primitiva debe tenerse en cuenta que las investigaciones de los etnógrafos de principios del s. XX estaban lastradas por una cuestión: la mayor parte de las sociedades investigadas se encontraban bajo el dominio político occidental, por lo que ya habían sido pacificadas por la conquista. De hecho, el que se tratase de sociedades pacificadas era un requisito previo para que el etnógrafo pudiese desarrollar su investigación durante el tiempo necesario y con tranquilidad. Por eso, a la hora de recoger datos acerca de la guerra en estas sociedades los etnógrafos tenían que conformarse con los relatos de enfrentamientos que les contaban los hombres más ancianos (Keeley, 1996: 8). Estos relatos eran preservados por la memoria oral y guardaban un gran parecido formal con los relatos de guerra propios de la épica homérica, pues en ellos las batallas eran representadas como una concatenación de duelos entre grandes guerreros (Wees, 1994: 1-9).

Además, la interpretación de los datos obtenidos se hallaba influida por la concepción de la guerra predominante en Europa y Estados Unidos durante ese período. Es decir, aquella que, sistematizada por Clausewitz, concebía la guerra como un enfrentamiento entre ejércitos por medio de batallas. Este prejuicio clausewitziano determinó que los etnógrafos solo prestasen atención en sus investigaciones a aquellas acciones militares de las sociedades primitivas que se asemejasen a una batalla (Keeley, 1996: 9). Pero, comparadas con las encarnizadas batallas luchadas por los ejércitos de los Estados nacionales, a ojos de los etnógrafos, las batallas primitivas presentaban un carácter fuertemente ritualizado e inocuo. Los bandos enfrentados acordaban previamente el día y el lugar donde se celebraría un combate que apenas duraba unas cuantas horas. Este no era continuo sino que en su transcurso los combatientes acordaban parar para reponer fuerzas y, además, se reducía casi siempre a un mero intercambio de proyectiles, la mayor parte de los cuales erraban el blanco. En las ocasiones en que se llegaba al cuerpo a cuerpo, este adquiría la forma de duelos individuales, aunque ello era raro pues existía una tendencia acusada a evitar ese tipo de combate. De hecho, cuando se producían un par de muertos o heridos el combate se terminaba. Por último, los combatientes se disponían libremente por el terreno de la batalla mostrando una conducta totalmente anárquica, pues no existía ningún tipo de táctica ni jerarquía militar.

Esta primera representación de la guerra primitiva como un ritual inocuo, que emergió a partir de las investigaciones de los seguidores de la escuela boasiana y de los cultivadores del funcionalismo anglosajón<sup>12</sup>, desbancaría la imagen prevalente hasta entonces del hombre primitivo como un ser belicoso por naturaleza<sup>13</sup>. Por el contrario, tanto los funcionalistas como los discípulos de Boas defendían una concepción que consideraba la guerra como producto de unas determinadas circunstancias culturales concretas. Con ello,

---

12 Escuela de pensamiento antropológico fundada por los trabajos de los antropólogos Bronislaw Malinowski y A. Radcliffe-Brown, véase (Lombard, 1997: 117-130).

13 Esta representación del hombre primitivo como dominado por un instinto homicida que le llevaba a estar continuamente en guerra sería predominante en la segunda mitad del s. XIX. Según esa representación, que concebía a la sociedad primitiva como el estado de naturaleza racionalizado por Hobbes, esa condición belicosa del hombre primitivo era lo que le impedía adentrarse en la senda del progreso. Por lo tanto, esta concepción “neo-hobbesiana” de la sociedad primitiva difundida por autores como Spencer o Walter Bagehot, justificaba la conquista de estas sociedades que durante ese período algunas naciones europeas estaban llevando a cabo, como misiones civilizadoras (Dawson, 1996b: 8-11).

ambas escuelas antropológicas pretendían transmitir la noción de que la guerra era una conducta de la que el hombre podría fácilmente prescindir<sup>14</sup>: bien a través de la institución de un aparato judicial estatal, en el caso de los funcionalistas, bien mediante la constitución de una sociedad asentada sobre el principio de justicia social<sup>15</sup>, en el caso de los boasianos (Dawson, 1996a: 22-24).

Puesto que estos autores condenaban y despreciaban la guerra, esta siempre ocupó un lugar muy marginal y secundario en sus investigaciones y apenas se preocuparon por profundizar en su estudio, convirtiéndola en un objeto de investigación *per se*. Esto solo sucedería, a mediados del s. XX, con la obra del antropólogo estadounidense Harry Holbert Turney-High, auténtico sistematizador del concepto de guerra primitiva, y autor de la primera y casi única monografía dedicada a ese tema: *Primitive Warfare* de 1949. A diferencia de boasianos y funcionalistas, Turney-High tenía experiencia militar pues había servido como oficial en el ejército estadounidense. Esa experiencia le llevó, en primer lugar, a descartar cualquier noción de la guerra como producto cultural que podría ser fácilmente eliminado con una mejor educación moral de la humanidad: la propia evidencia procedente de las guerras entre sociedades primitivas demostraba que este tipo de guerra era un asunto serio y que la ferocidad del hombre primitivo era la misma que la del hombre civilizado. Como atestiguaban las prácticas de canibalismo, evisceración, mutilación y decapitación de los enemigos, etc., que en ella se daban, la finalidad de las armas y la lucha de los guerreros primitivos era herir, mutilar y matar a los enemigos destrozando sus cuerpos y derramando su sangre (Keegan, 1995: 122-123).

No solo era el hombre civilizado que vivía en Estados el que valoraba la dominación política; no solo el hombre civilizado era cínico y egoísta. La causa general de la guerra no podría hallarse en el origen de la civilización, del Estado. En definitiva, como decía Rousseau, de la desigualdad social. Por consiguiente, tampoco la instauración de una sociedad basada en los principios de la justicia social lograría eliminar el problema de la guerra. Antes bien, como la propia pervivencia de la guerra a lo largo de la historia de la humanidad demostraba, esta parecía ser, tal y como Hobbes había imaginado, algo innato, consustancial a la naturaleza humana. Desde esta perspectiva, si la guerra en las sociedades primitivas no era eficaz ni decisiva comparada con la guerra estatal, civilizada, ello se debía al escaso nivel de desarrollo de estas sociedades. En primer lugar, la ausencia de Estado, es decir, de una autoridad política central, era la que determinaba la falta de un liderazgo militar representado por una casta de oficiales que elaborasen la planificación estratégica y táctica de las campañas, así como que el objetivo de las guerras no fuese político, público, sino que obedeciese a razones puramente privadas. En segundo lugar, la carencia de una economía compleja capaz de producir excedentes sería la razón de las carencias logísticas y tecnológicas de las bandas de guerreros primitivos, incapaces de mantener campañas prolongadas con el número de hombres suficiente, cuyas armas no causarían tanta

---

14 Porque las funciones que supuestamente desempeñaba podían ser realizadas con el concurso de otros medios e instituciones que no implicasen el recurso a la violencia. En este sentido, se creía que el progreso moral era lo que conduciría a la humanidad a prescindir definitivamente de la guerra.

15 De ahí que el historiador militar Doyne Dawson (1996b: 11) etiquete a estos antropólogos boasianos como “neo-rousseauianos”, pues reafirmaban la concepción de la guerra como aberración moral producto de la civilización sistematizada por el filósofo de Ginebra, pero muy típica de los filósofos ilustrados.

mortandad como las de sus homólogos civilizados. Por último, tanto las deficiencias políticas como económicas explicarían que las sociedades primitivas no pudiesen formar y mantener ejércitos regulares compuestos por unidades de soldados profesionales, especializados y bien entrenados (Keeley, 1996: 11-12).

En consecuencia, la interpretación de Turney-High de la guerra en las sociedades primitivas era una muestra del pensamiento evolucionista más clásico. De hecho, además de considerar las sociedades primitivas como el estadio más atrasado en la evolución histórica de las sociedades, estimaba que sería la adopción de un ejército regular, profesional, dotado de una casta de oficiales lo que permitiría a estas sociedades primitivas, —que gráficamente caracterizaba como “sociedades por debajo del horizonte militar”—, comenzar a librar una guerra eficaz, decisiva, de tipo estatal y, consecuentemente, colocarse en la senda del progreso que conducía al Estado y la civilización (Keegan, 1995: 123-124).

Tanto la concepción evolucionista de Turney-High<sup>16</sup> como la de los discípulos de Boas y los funcionalistas establecían una dicotomía entre la guerra primitiva y la guerra civilizada. Esta dicotomía estaba mediada por una diferencia cualitativa entre ambos tipos de guerra: la verdadera guerra, la guerra terrible, cruel y mortífera comenzaría con el nacimiento del Estado. Pero, si bien en el caso de los neo-rousseauianos la civilización y sus guerras devastadoras contribuían a la decadencia y degeneración de la humanidad, en la concepción evolucionista de Turney-High el cambio militar adquiría un carácter positivo, puesto que contribuía al progreso de la humanidad, al sacar a la sociedad primitiva de su estado de atraso económico, tecnológico y político haciéndola entrar en la historia.

Esa misma caracterización de la guerra primitiva y explicación del paso a la guerra civilizada se encuentra en la teoría de la revolución hoplita. En primer lugar, los clasicistas que, entre fines del s. XIX y principios del XX, desarrollaron los fundamentos de esa teoría (Martin Nilsson, Hilda Lorimer, Antony Andrewes, E. Meyer o Max Weber<sup>17</sup>), establecían el argumento de la diferencia cualitativa entre el modo de combate de la sociedad helénica de la época oscura, tal y como aparece descrita en los poemas homéricos, y el modo de combate hoplítico, propio de la *polis* clásica<sup>18</sup>. Según estos autores, en la épica homérica las

---

16 Turney-High no fue el único en concebir la guerra primitiva, durante el s. XX, desde una perspectiva evolucionista. Entre otros autores que se ocuparon del estudio de la guerra desde esta perspectiva podríamos nombrar, por ejemplo, al jurista estadounidense Quincy Wright, autor de un voluminoso *A Study of War* en 1942, o a Maurice R. Davie, autor de *The Evolution of War* de 1929; aunque este último representante de un evolucionismo de tipo spenceriano (Dawson, 1996b: 13).

17 Es evidente que Max Weber no era un clasicista ni historiador. Pero Fernando Echeverría lo incluye entre los autores que contribuyeron a desarrollar la teoría de la revolución hoplita porque formuló uno de sus argumentos clave en su monumental *Economía y Sociedad*: la concepción de la *polis* clásica como una comunidad de guerreros. De ese modo, el pensador alemán establecía que, en la civilización helénica clásica, la identidad militar era inseparable de la identidad política: el hombre griego se concebía a sí mismo como un soldado-ciudadano (Echeverría, 2008: 30-33).

18 Una diferencia entre sociedades que no sería solo militar, sino global. Así, como puede observarse por ejemplo en *El mundo de Odiseo* de Moses Finley (1978), la sociedad helénica de la época oscura es caracterizada con los mismos rasgos con los que los antropólogos caracterizaban a las sociedades primitivas: una sociedad sin Estado, en cuya política predominaba la ley del más fuerte; ágrafa y económicamente atrasada y pobre, siendo su riqueza dependiente de la posesión de ganado y las expediciones militares en



guerras no constituían una manifestación de racionalidad, puesto que las batallas se reducían a una sucesión de duelos individuales entre los líderes de las diferentes comunidades por el único motivo de adquirir gloria y prestigio social, mientras que el resto de los combatientes permanecían al margen, detrás de los héroes que se adelantaban para luchar cuerpo a cuerpo, intercambiando insultos, proyectiles y jaleando a sus líderes. La falange hoplita sería el primer ejemplo de un ejército disciplinado de soldados-ciudadanos y sus guerras una manifestación de la racionalidad política, como demostraría el carácter decisivo que adquirirían sus acciones militares (Echeverría, 2008: 107-137).

En segundo lugar, esos clasicistas argumentaban que habría sido precisamente el cambio en la organización militar, causado por la adopción de la doble abrazadera en el escudo argivo, lo que habría puesto en marcha el proceso que habría significado no solo el paso del modo de combate heroico de la época oscura al nacimiento de la falange, sino también el paso de la atrasada sociedad homérica a la sociedad estatal y civilizada de la *polis* clásica (Echeverría, 2008: 193-210). Como se puede fácilmente deducir, estos autores racionalizaban la transición de una etapa histórica a otra repitiendo el mismo argumento militarista empleado por Turney-High<sup>19</sup>.

Así, pues, tanto los historiadores de la Antigüedad clásica cuyas teorías acabo de recordar, como un antropólogo evolucionista como Turney-High, comparten las mismas concepciones de la guerra primitiva y la guerra civilizada y la misma dicotomía fundamental entre ambas. Esta dicotomía no se restringe al ámbito militar, sino que es general, entre una sociedad primitiva atrasada y claramente inferior a la sociedad civilizada. Ello se debería a que ambos comparten el etnocentrismo, teleologismo y la noción de progreso unilineal que constituyen los postulados sobre los que se asienta la concepción hegeliana de la historia. Y ello determina que, en las obras de estos antropólogos e historiadores la sociedad primitiva aparezca como etapa previa y necesaria, puesto que justifica el advenimiento de la civilización. Frente al hombre civilizado, el hombre primitivo es como un loco o un niño puesto que es incapaz de desarrollar un pensamiento abstracto y, como consecuencia de ello, no puede pensar de modo racional en las diferentes esferas de la acción humana.

En el terreno económico, su conducta no está orientada por la necesidad de maximizar beneficios y minimizar pérdidas, por lo que es incapaz de desarrollar economías complejas basadas en la división del trabajo para producir excedentes. En el terreno político es incapaz de supeditar su conducta a una ley general que establezca unos derechos y deberes iguales para todos los miembros de la comunidad; ni tampoco entiende que la configuración de una jerarquía de poder, de una autoridad pública central, es necesaria para apoyar esa ley y contener la violencia entre los miembros de la comunidad dirigiéndola hacia el exterior. En definitiva, no comprende que la libertad individual no puede ser absoluta, sino que debe ser mediada por un orden para limitar los efectos más nocivos de aquella. El hombre primitivo permanece en un estado anárquico, de desorden. O, como la filosofía

---

busca de botín.

19 No obstante, además de desarrollar esa interpretación unos cuantos años antes que el antropólogo estadounidense, los autores de la teoría de la revolución hoplita hacían depender el cambio militar del cambio tecnológico. En lo que sí coincidirían ambas interpretaciones, y es lo que me interesa resaltar, es en señalar el cambio militar como motor del cambio histórico (Echeverría, 2008: 85-88).

política moderna había venido sosteniendo desde Hobbes, en estado de naturaleza.

En consecuencia, en el ámbito militar, que es el que aquí nos interesa, su acción tampoco puede ser definida como racional según las categorías establecidas por Clausewitz. A partir de ellas, como he expuesto en los anteriores capítulos, los pensadores militares han desarrollado sus propias concepciones del arte de la guerra, y los historiadores las han empleado para tratar de determinar y describir cómo sería ese arte militar en las diferentes épocas. Al tratarse de sociedades sin *Estado*, no se puede definir la guerra como un enfrentamiento entre Estados, ni tampoco decir que tenga una finalidad política, es decir, de conservar o incrementar el poder del Estado. En esas sociedades primitivas, en virtud de la ausencia de lo que nosotros denominaríamos política, no existiría una diferencia nítida entre la guerra y la paz. Asimismo, el hombre primitivo tampoco es un *soldado*, sino que le cabría mejor la etiqueta de guerrero, puesto que concibe el combate como una especie de deporte, una aventura mediante la cual obtener una serie de satisfacciones personales, privadas, como el deseo de reconocimiento social o de venganza; de ahí su conducta anárquica en el campo de batalla.

En tercer lugar, las sociedades primitivas son incapaces de formar un *ejército disciplinado y jerárquico*: sus anárquicos guerreros se agrupan libremente formando bandas, sin estar dispuestos a obedecer las órdenes de nadie. Por último, puesto que la guerra no posee ningún tipo de finalidad política, las *batallas* no son el resultado de ninguna planificación estratégica ni táctica. Estas constituyen más bien una especie de duelos rituales, previamente acordados, en los que no se trata de solventar ningún conflicto; meros despliegues de habilidad marcial y, sobre todo, coraje.

En resumen, las diferencias entre la guerra primitiva y la guerra civilizada podrían explicitarse en una serie de oposiciones: sociedad sin Estado/sociedad estatal; motivación privada, personal/motivación política, pública; guerrero/soldado; banda/ejército; duelo ritual/batalla. Como podrá observarse en el último capítulo, en la teoría del *Western Way of War* estas oposiciones permiten justificar la guerra civilizada, la guerra racional tal y como fue sistematizada por Clausewitz, como una invención de los antiguos griegos.

#### **1.4. La ruptura con el evolucionismo: Pierre Clastres y la nueva definición de la guerra primitiva**

Uno de los pensadores que, dentro del ámbito de la antropología, quizá haya dedicado más esfuerzos a romper con la concepción de la sociedad primitiva elaborada por el evolucionismo, ha sido el francés Pierre Clastres. Sus investigaciones se centraron en refutar la noción clásica de que la vida humana solo adquiere plena racionalidad con el nacimiento del Estado. Así, denuncia que el etnocentrismo subyacente a esta concepción<sup>20</sup> impediría una comprensión de la especificidad que las relaciones políticas y económicas poseen en las sociedades primitivas (Campillo, 2001: 86).

---

<sup>20</sup> Etnocentrismo también presente en los antropólogos marxistas como el propio Clastres se encarga de recordar en las duras diatribas que lanza en sus artículos contra Maurice Godelier o Claude Meillasoux (Clastres, 2001: 176-179).

En primer lugar, este autor rechaza la concepción, sostenida por antropólogos evolucionistas y prehistoriadores, de la economía primitiva como de subsistencia. Según esa concepción, el hombre primitivo se hallaría inmerso en una continua búsqueda de nuevos recursos para doblegar los fantasmas de la inanición y la miseria. La ausencia de mercado, de producción de excedentes y de especialización funcional<sup>21</sup> confirmarían esta concepción de la economía primitiva. Esta concepción, por otra parte, se sostenía sobre el pilar del atraso tecnológico: la falta de inventiva del hombre primitivo para desarrollar artefactos que aumentasen la productividad de su trabajo, explicaría la situación de escasez y miseria de las sociedades primitivas (Clastres, 1978: 165-166; 2001: 136-137).

Sin embargo, Clastres demuestra que la ausencia de excedentes y mercado en la economía primitiva no significa que esta sea de subsistencia: sus propias investigaciones, y las de otros antropólogos como Marshall Sahlins o Jacques Lizot, constatan que el hombre primitivo produce todo lo que necesita para sobrevivir con una media de cuatro horas de trabajo al día. El resto del tiempo se dedica a lo que nosotros llamaríamos ocio. Por lo tanto, el trabajo está orientado a satisfacer las necesidades de autoabastecimiento según la ley del mínimo esfuerzo (Clastres, 1978: 170; 2001: 137-138).

Asimismo, este ideal de autosuficiencia explica y es complementario con el ideal de reciprocidad que rige las relaciones de intercambio comercial en las sociedades primitivas, puesto que estas no están mediadas por el afán de la ganancia personal (Clastres, 2001: 140). Desde este punto de vista, el hecho de que el hombre primitivo no produzca excedentes ni precise el mercado empieza a cobrar sentido. Es más, para ser justos, cabe señalar que el hombre primitivo sí produce excedentes; unos excedentes destinados a ser consumidos en ocasiones ceremoniales. Lo que pasa es que para su producción no es necesario un trabajo extra, sino que el propio trabajo diario es más que suficiente para generarlos (Clastres, 1978: 171). De ahí que Clastres coincida con Sahlins en caracterizar a las sociedades primitivas como las “primeras sociedades de la abundancia” (Sahlins, 1977: 13-115; Clastres, 2001: 138).

La existencia del hombre primitivo no está abocada a la escasez y la miseria, y la propia tecnología de la que dispone es más que adecuada para satisfacer sus requisitos productivos<sup>22</sup> (Clastres, 1978: 167-168). Antes bien, como supo ver Clastres, la razón de que el hombre primitivo se niegue a trabajar por encima de lo mínimo para satisfacer su autoabastecimiento es puramente política: no hay nadie que le obligue a hacerlo. Ello implicaría la existencia de una división social entre dominadores y dominados; en fin, del

---

21 Ciertamente existe una división funcional del trabajo pero está determinada por el criterio del sexo: es habitual que los varones se dediquen a actividades que implican un alejamiento de la aldea como la caza o la guerra, mientras que las tareas que se desarrollan en las inmediaciones del hogar, como la recolección, el trabajo en los huertos o la crianza de los niños, serían propias de las mujeres. Pero esta división del trabajo no reproduce ni engendra ninguna división social previa, pues ello no significa que los hombres exploten económicamente a las mujeres ni viceversa (Clastres, 1978: 91-115).

22 La importancia concedida a la tecnología como criterio de progreso es una proyección sobre el pasado de los propios ideales que rigen nuestra sociedad industrial y capitalista. La importancia que adquiere la innovación tecnológica en nuestra sociedad está vinculada con la necesidad de mantener la productividad del trabajo en unos niveles siempre cada vez mayores. El aumento de la productividad es la única manera de asegurar una perpetua generación de riqueza.



Estado. El Estado crea las clases económicas y el mercado: “la relación política del poder precede y funda la relación económica de la explotación” (Clastres, 1978: 173; cf. Graeber, 2013). Pero la sociedad primitiva, como reconoce Clastres, no admite en su interior ningún tipo de división social entre dominadores y dominados o explotadores y explotados. No obstante, este igualitarismo no significa que en la sociedad no exista una dimensión política. De hecho, ese igualitarismo determina que el poder resida en la propia comunidad en su conjunto: la asamblea tribal es la que decide las cuestiones que atañen al grupo (Clastres, 1978: 185; 2001: 112, 114).

Por otra parte, que el colectivo siempre se imponga al individuo no significa que en estas sociedades primitivas se carezca de líderes. En este sentido merece la pena recordar que las tribus constituyen un agregado de diferentes grupos de parentesco. Cada uno de estos grupos de parentesco posee sus propios cultos, normas, etc., y también sus propios líderes, —cargo habitualmente desempeñado en razón de su mayor experiencia por los más ancianos (hombres y mujeres)—, que ofician las actividades ceremoniales y median en las disputas entre parientes. Pero, además, la tribu reconoce la existencia de un líder común: el jefe tribal. Al igual que los ancianos, que ejercen su influencia para mediar en las disputas entre parientes directos de su grupo, el jefe también debe actuar como una especie de árbitro social intentando resolver las disputas surgidas en el seno de la tribu. A este respecto, cabe señalar que el talento oratorio es uno de los atributos principales que permiten reconocer la figura del jefe<sup>23</sup>. Sin embargo, a diferencia de lo que sucede en las sociedades estatales, su palabra no tiene fuerza de ley. Puesto que el poder reside en el conjunto de la tribu, el jefe no puede actuar como juez y obligar a las partes enfrentadas a llegar a un acuerdo. Dicho de otro modo, no puede dictaminar ningún veredicto ni estipular la culpabilidad o inocencia de los litigantes. Antes bien, su palabra será conciliadora y apelará al sentido de la equidad y los sentimientos de las partes en conflicto para conminarlas a restaurar la armonía y paz social (Clastres, 1978: 28-29, 180).

El jefe, por tanto, no posee poder, en el sentido de un poder coercitivo, sino prestigio. Este prestigio es adquirido merced a sus habilidades excepcionales como guerrero, cazador, chamán, etc., permitiéndole liderar a la tribu en ese tipo de actividades comunes. Pero no puede usar ese prestigio bajo ningún concepto para imponer su propia voluntad al grupo. En caso contrario, el resto de los miembros de la tribu le retirarían su apoyo. El poder continúa residiendo en la asamblea tribal, que decide sobre el destino común: el jefe solo es el portavoz de la voluntad del grupo (Clastres, 1978: 181; 2001: 113-114). Este jefe, además de no poder afirmar sus intereses en contra de los del conjunto de la tribu, tiene presente que su prestigio, que le ha catapultado al estatus del que disfruta, no es un bien adquirido de una vez por todas sino que se halla continuamente cuestionado. En consecuencia, debe trabajar y esforzarse más que los demás. Y no solo trabajar más, sino también ser más generoso poniendo sus propios bienes a disposición de los demás<sup>24</sup> (Clastres, 1978: 30-38).

---

23 Ese talento oratorio también sirve al jefe para pronunciar discursos edificantes y contar historias mediante las que se mantiene vivo de manera cotidiana el recuerdo de las tradiciones, costumbres y valores de la tribu. Es decir, en el jefe también se puede reconocer la función de educador (Clastres, 1978: 30).

24 Como contrapartida al correcto desempeño de esas funciones, el jefe tribal, además del prestigio ya comentado, obtendría en compensación un mayor número de esposas. Pero en esa poligamia también es posible observar un matiz funcional, pues las esposas serían necesarias para ayudar al jefe en la realización de

Aquí, en el hecho de ser una autoridad, un prestigio que carece del poder coercitivo necesario para instaurar una división entre el que manda y los que obedecen, yace la diferencia fundamental entre el liderazgo en las sociedades primitivas y las estatales. Y, sobre todo, confirma la concepción de Clastres de que la función de la política en las sociedades primitivas es impedir la aparición del Estado: tal como resume la propia expresión que el antropólogo francés emplea para caracterizar a estas sociedades radicalmente igualitarias, las sociedades primitivas no son “sociedades sin Estado” sino “sociedades contra el Estado” (Clastres, 1978: 165-191; 2001: 114-116).

Asimismo, del deseo de permanecer indivisas internamente que caracteriza a estas sociedades primitivas, deduce Clastres el deseo de permanecer independientes también frente a otras comunidades. Las sociedades primitivas rechazan la conquista militar. Del mismo modo que el objetivo de la economía no es la acumulación de posesiones para incrementar la riqueza personal, ni el objetivo de la política establecer la dominación de unos individuos sobre otros, mediante la guerra el hombre primitivo no busca el enriquecimiento ni la conquista. Antes bien, como acertadamente señalaban los antropólogos evolucionistas y los prehistoriadores, lo que espera obtener el hombre primitivo de la guerra es en esencia prestigio social y la satisfacción del deseo personal de vengarse de los enemigos. Pero estas causas psicológicas, sociales, no quieren decir que la guerra constituyese una especie de ritual inocuo, sin un propósito serio, racional; en términos clausewitzianos, político. La función que según Clastres cumpliría la guerra en las sociedades primitivas sería la de contribuir a conservar la independencia e igualdad política de las comunidades tribales, impidiendo su conquista por otras comunidades y, por ende, la formación del Estado<sup>25</sup>. Por lo tanto, al contrario de lo establecido por el evolucionismo y el hegelianismo, la función esencial de la guerra primitiva sería impedir el progreso de la sociedad y de la historia (Clastres, 2001: 213-216).

### **1.5. Venganza, honor y parentesco: el lenguaje del guerrero**

En opinión de Clastres, esta funcionalidad política de la guerra primitiva permitiría refutar de plano aquellas teorías que se popularizaron en el s. XIX, según las que la guerra sería la consecuencia de un instinto homicida propio de la especie humana. Para el antropólogo francés, la guerra primitiva no tendría nada que ver con la caza; no constituiría un instrumento adquisitivo de alimento, pues su finalidad no es la antropofagia (Clastres, 2001: 188-190; cf. Dawson, 1996b: 3-5, 8-11). Pese a que el canibalismo con el cuerpo de los enemigos muertos está documentado en las sociedades primitivas, se trata de un canibalismo ritual destinado a incrementar la fuerza y el honor del guerrero victorioso, y no a proporcionar un aporte de proteínas necesario para garantizar su supervivencia (Keeley, 1996: 103-106). Asimismo, para Clastres, la concepción de las sociedades primitivas como sociedades de la abundancia, negaría también la concepción avanzada por otros

---

todas las obligaciones sociales que le corresponden (Clastres, 1978: 30-34, 36).

<sup>25</sup> Por eso, como reconoce el antropólogo francés, la posibilidad de la guerra para las sociedades primitivas también ha de ser siempre permanente. Contra Rousseau y a favor de Hobbes, en opinión de Clastres, no cabe pensar al hombre primitivo como un ser esencialmente pacífico: la sociedad primitiva es una sociedad para la guerra (Clastres, 2001: 215).

antropólogos evolucionistas de la guerra primitiva como una competición por recursos estimulada por la escasez y la miseria<sup>26</sup> (Clastres, 2001: 190-194).

No obstante, aunque la guerra primitiva no tuviese el objetivo de paliar una escasez de recursos crónica, debe recordarse que las expediciones militares del hombre primitivo, además de satisfacer sus deseos de venganza y honor, también le reportaban ocasionalmente botín. Ahora bien, ese botín no poseía una finalidad económica: una parte del mismo correspondería a objetos simbólicos, como las armas de los enemigos asesinados, que únicamente contribuirían a reforzar el honor del guerrero victorioso; la otra parte solía corresponder a enemigos capturados, habitualmente mujeres<sup>27</sup>. De hecho, como indica el historiador militar Azar Gat, casi la mayor parte de las guerras de las sociedades primitivas de cazadores-recolectores en todo el planeta tenían su origen en disputas por mujeres (Gat, 2006: 69). O, como un propio miembro de la tribu amazónica de los Yanomamö declaraba estupefacto ante la obviedad de la respuesta a la pregunta de Napoleon Chagnon acerca de por qué luchaban los Yanomamö: *What? Don't ask such a stupid question! It is women! Women! We fight over women!* (Gotschall, 2008: 52; cf. Clastres, 2001: 16-17, 22-23). Para entender por qué las mujeres en la sociedad primitiva podrían constituir tan importante objeto de disputa, —el propio relato que constituye el acta fundacional de la cultura helénica clásica y, por consiguiente, de la cultura occidental, la *Ilíada*, narra una guerra causada por el rapto de una mujer, Helena—, el punto adecuado para comenzar es la teoría de la alianza del padre de la antropología estructuralista, Claude Lévi-Strauss.

Según este antropólogo francés, la ley fundamental, universal, que permitía el tránsito de la naturaleza a la cultura e instituía cualquier sociedad, —recogiendo con ello los fundamentos de una teoría desarrollada por primera vez por Freud en *Tótem y Tabú*—, era el tabú del incesto: la prohibición del matrimonio entre parientes consanguíneos en un grado

---

26 Concepción de la guerra primitiva que Clastres identifica con Marvin Harris, David Gross, o Maurice R. Davie. Concepción, por otra parte, totalmente complementaria con aquella clásica derivada de la concepción clausewitziana de la guerra, que en la ausencia de un ejército conquistador la clave, válgase la redundancia, del primitivismo de la guerra primitiva. No obstante, Harris, Gross o Davie priorizan y enfatizan las causas económicas de la conquista militar.

27 A la mayor parte de los enemigos de sexo masculino que eran capturados vivos se les transportaba hasta la aldea y, una vez allí, se les torturaba y masacraba. A los que conseguían sobrevivir a la tortura inicial se les dejaba libres hasta que muriesen, pues el propio rechazo de los miembros de su tribu a acogerlos de nuevo impedía su huida. Por otra parte, a los niños capturados se les podría encomendar ciertas labores propias de esclavos; pero, sobre todo, pasarían a rellenar las filas de guerreros de su nueva tribu (Clastres, 2001: 232-233). No obstante, ni a los hombres ni mujeres capturados en la guerra puede denominárseles esclavos, pese a que en la práctica su situación sea muy similar en el sentido de haber sido arrancados por la fuerza de su propio contexto social. La esclavitud es una condición socioeconómica propia de sociedades en que sus miembros son clasificados a partir de la propiedad de la tierra. Por último, también debe recordarse que algunas guerras podrían significar, como consecuencia de la masacre o desplazamiento del grupo tribal derrotado, la posibilidad de ocupar un nuevo territorio para el grupo vencedor. Habitualmente esa ocupación no se producía de manera inmediata tras la guerra y, cuando tenía lugar, era llevada a cabo por una sección (clan o linaje) de la tribu vencedora. Con todo, la conquista del nuevo territorio no implicaba el surgimiento de divisiones sociales, puesto que la propiedad y el patrón de explotación de los recursos económicos de ese territorio adquirido seguía siendo comunal. Por lo tanto, en ningún caso puede decirse que el botín conseguido en la guerra primitiva fuese el origen de las diferencias de riqueza que se observan cuando aparecen las primeras sociedades estatales estratificadas.

más o menos próximo. Esta prohibición del incesto instauraba un principio de solidaridad entre los hombres del grupo y, al mismo tiempo, les obligaba a entregar a sus hijas y hermanas en matrimonio a los hombres de otros grupos con el fin de obtener esposas como contrapartida. De este modo, el intercambio de mujeres no solo permitiría establecer la identidad social del grupo, de un “nosotros”, sino que constituiría el inicio de la socialización humana con el establecimiento de alianzas entre grupos (Campillo, 2001: 80-82). Y de ahí la importancia en las sociedades primitivas del matrimonio, que constituía una operación política de primer orden. También, habida cuenta de que era con los parientes con quienes se trabajaba y con quienes se llevaba a cabo un intercambio recíproco de bienes, se trataba de una importante operación económica<sup>28</sup>. De hecho, en opinión de Lévi-Strauss la guerra primitiva no era más que un intercambio fallido: “Los intercambios económicos representan guerras potenciales resueltas pacíficamente, y las guerras son el resultado de transacciones desgraciadas” (Clastres, 2001: 195).

Esta concepción lévi-straussiana de la guerra primitiva era una variante más de las concepciones neo-rousseauianas como la de Franz Boas y sus discípulos. Así, si el padre de estructuralismo entendía el intercambio como el fundamento y esencia de la cultura humana, la guerra constituía en su visión una negación de la cultura. Esta concepción pacifista iba en contra de la evidencia de la universalidad del fenómeno guerrero en la sociedad primitiva. Pero, de igual modo, como demuestra Clastres, si llevamos al extremo esa concepción lévi-straussiana de que la esencia de la sociedad primitiva reside en el intercambio, al final del camino también nos encontraremos con la emergencia del Estado: si la sociedad primitiva es una sociedad para el intercambio, su objetivo último es el Estado<sup>29</sup>.

Sin embargo, como Clastres estableció firmemente, la sociedad primitiva es una sociedad contra el Estado. Así que, para este discípulo de Lévi-Strauss, el error principal de su maestro es reducir la esencia de la sociedad primitiva al comercio y, en consecuencia, hacer derivar la guerra primitiva del comercio. Tanto guerra como comercio pertenecen al ser del hombre primitivo, aunque operando a diferentes niveles e irreductibles entre sí. De este modo, si el intercambio es un imperativo dentro del grupo local, necesario para instituir y conservar la identidad de un “nosotros”, fuera de ese grupo local el intercambio de bienes que depende generalmente del establecimiento previo de alianzas matrimoniales está orientado a conservar la independencia política del grupo.

Se observa entonces cómo en las relaciones exteriores de cada comunidad tribal la guerra determina el establecimiento de las alianzas. De ahí que no solo la posibilidad permanente de guerra sea necesaria para que las sociedades primitivas mantengan su autonomía y se impida el surgimiento del Estado, sino también que la mujer pueda convertirse en un instrumento de guerra. El establecimiento de alianzas entre diferentes

---

28 Como recuerda Antonio Campillo, en las sociedades primitivas o tribales, como él las denomina, las relaciones parentales, políticas y económicas se solapan: la tribu “es, pues, simultáneamente, grupo de convivencia (entre sexos y generaciones), grupo de producción y consumo (pues todos sus miembros colaboran en la obtención de bienes y comparten mutuamente lo adquirido), y grupo político (pues se apropia colectivamente del territorio y se afirma como tal frente a otros grupos)” (Campillo, 2001: 163-164).

29 Del mismo modo, Clastres rechaza la tesis hobbesiana de la “guerra de todos contra todos”, que niega la posibilidad de intercambio en las sociedades primitivas, porque también conduciría en último término al Estado (Clastres, 2001: 210, 215).

tribus es, al mismo tiempo que una alianza económica, una alianza política y de guerra que refuerza la seguridad de ambos grupos (Clastres, 2001: 194-213). Y, de igual modo, esto nos permite entender que el rapto y esclavización de las mujeres de otras tribus, así como su violación y tortura, sea un objetivo y causa fundamental de la guerra primitiva, habida cuenta de la importancia de las mujeres para garantizar la supervivencia del grupo en el plano biológico, económico y, sobre todo, político<sup>30</sup>.

No obstante, también hay que señalar que esas alianzas no eran permanentes y podrían romperse dando lugar a una guerra entre los antiguos aliados. Al igual que sucede dentro de un orden político estatal, uno de los rasgos más comunes de las sociedades primitivas es el siempre cambiante juego de alianzas por el que las tribus antes amigas pasan a ser enemigas y viceversa. De hecho, las fronteras entre los diferentes grupos tribales tienden a ser mucho más difusas que entre Estados: fundamentalmente la diferente lengua y costumbres servirían para identificar a los miembros del grupo, aunque también el conocimiento del parentesco y su genealogía podría ser aducida en caso de confusión<sup>31</sup>. Pero, sobre todo, esta porosidad de las fronteras entre los diferentes grupos sería la causa de que, como pudo observar Jared Diamond tras su estancia en las Tierras Altas de Nueva Guinea, en la sociedad primitiva la guerra suela enfrentar a comunidades tribales relativamente cercanas entre sí y que mantienen frecuentes contactos sobre la base de alianzas matrimoniales<sup>32</sup> (Diamond, 2013: 198-200).

Dentro de este juego cambiante de alianzas que caracteriza la política tribal es precisamente el criterio del parentesco el que permitiría distinguir entre los bandos enfrentados en una guerra: el amigo es siempre definido como pariente, y el enemigo como no-pariente. Esta idea se refleja en este testimonio de un miembro de la tribu Kapauku de Nueva Guinea: *A man starts a fight and no matter how much one despises him, one has to go and help because he is one's relative and one feels sorry for him* (Keeley, 1996: 145). Es decir, la propia solidaridad característica de la sociedad primitiva, según la que el individuo depende enteramente del grupo de sus parientes para su supervivencia, es lo que induce a cada uno de los miembros de la tribu a luchar en la guerra. Ello explica no solo que el hombre primitivo no experimentase ningún dilema moral a la hora de asesinar a sus enemigos (Diamond, 2013: 203), sino que este homicidio legitimado por el grupo social debía estar supeditado precisamente a las restricciones que ese grupo social impusiese.

---

30 No solo las mujeres (violadas, asesinadas o raptadas) sino también los niños y ancianos podían ser objeto de la violencia bélica. De hecho, a excepción de las batallas, que limitaban la guerra a una lucha entre combatientes, en el resto de operaciones militares de las sociedades primitivas, cualquiera de los miembros de la tribu enemiga era susceptible de ser atacado (Keeley, 1996: 75).

31 Aunque también hay que decir que las sociedades primitivas son sociedades pequeñas desde un punto de vista demográfico, si las comparamos con los Estados, en las que todo el mundo tiende a conocerse.

32 En su estudio sobre la guerra primitiva, Lawrence Keeley eleva la porosidad de las fronteras a una de las causas, quizá la principal, que explicaría la mayor frecuencia de los hechos bélicos en las sociedades primitivas (Keeley, 1996: 136-138). Por otra parte, el propio Diamond reconoce, citando un estudio llevado a cabo por un meteorólogo británico, Lewis Richardson, publicado en 1960, que recogía datos de las guerras entre Estados europeos durante el período de 1820 a 1949, que ese mismo patrón de belicosidad entre sociedades vecinas que mantienen frecuentes contactos se puede observar también en el mundo de los Estados (Diamond, 2013: 196-198).



En este sentido, debe reconocerse que la racionalización de la guerra es un hecho universal y no propio única y exclusivamente de las sociedades estatales (Ehrenreich, 2000). La violencia bélica del hombre primitivo, como indica Clastres, no es salvaje, sino que tiene un propósito, un significado, pues se dirige contra un enemigo que amenaza la autonomía y solidaridad del propio grupo parental, del “nosotros”. Así, todas las fases del combate están estrictamente reguladas mediante una serie de rituales. Antes del combate es típico que se realicen prácticas sacrificiales destinadas a invocar la ayuda de los antepasados y los dioses de la tribu en el combate, que indican al hombre primitivo que va a entrar en un nuevo ámbito de la experiencia. Además, mediante ciertas prácticas mágicas, como la ingesta de bebidas tóxicas, el consumo de ciertos alimentos, o el adorno del cuerpo con pinturas, etc., con las que trata de aumentar su fuerza y coraje, el hombre primitivo asume su condición de guerrero<sup>33</sup>.

En las sociedades primitivas se cree que el buen guerrero debe su habilidad a la ayuda de espíritus aliados, y que la victoria en la guerra es un don divino: un tipo de pensamiento opuesto a la técnica y creatividad humanas y, por ende, en el ámbito bélico, al entrenamiento y a la mejora de las armas. No se concibe el progreso en el arte de la guerra. De lo contrario, si el guerrero debiese su habilidad a su propio saber y entrenamiento, podría emplear esa capacidad para imponerse por encima del resto de miembros de su tribu. Por esa misma razón también, los relatos orales o mitos a través de los que las sociedades primitivas representan la guerra, se limitan a explicar sus orígenes mostrando la causa de la enemistad con los enemigos tradicionales y a los ancestros combatiendo a la manera del presente (Campillo, 2001: 281-285).

Por otra parte, que la guerra primitiva constituya una expresión de la solidaridad parental que articula las sociedades tribales e integra sus niveles político, económico y religioso también explica que, además de las mujeres, muchos otros actos de naturaleza económica, como la caza furtiva en territorios de otras tribus, hurto de bienes, etc., e incluso actos de naturaleza mágico-religiosa, como acusaciones de brujería, sean susceptibles de provocar un enfrentamiento armado entre tribus. Lo característico del hombre primitivo es que tiende a asumir todos esos actos como ofensas que precisan ser vengadas (Diamond, 2013: 189-192). Según el psicólogo evolutivo Steven Pinker (2012: 691-714), la venganza no es una violencia calculada, sino una reacción emocional básica carente de razonamiento utilitario que busca inducir el máximo daño en el agresor con la intención de destruirlo o disuadirlo. La evolución de nuestra especie habría favorecido la selección de este tipo de conducta porque aquellos individuos capaces de transformar el dolor y sufrimiento provocado por una agresión en ira y devolver el golpe sufrido eran más exitosos a la hora de proteger su vida y propiedades, ahuyentando, además, a potenciales agresores.

Esto explica, sin duda, lo que parece una irrefrenable tendencia de las sociedades y el hombre primitivos a responder de forma violenta ante lo que consideren como ofensa. Aun sellada la paz mediante una alianza, ante la percepción del más ligero insulto al honor, las hostilidades pueden volver a reanudarse. Así, el deseo de venganza, junto con el

---

<sup>33</sup> El hombre primitivo simboliza el coraje y fortaleza adquiridos mediante estas prácticas mágico-rituales en su creencia de que le llevan a convertirse en un depredador salvaje, como una pantera, un lobo, etc. Por otra parte, al término del combate es habitual que los guerreros atravesasen ceremonias de purificación mediante las que regresan a su condición cotidiana.

conocimiento de los amigos y los enemigos, y afrentas y favores pasados, se hereda de padres a hijos (Campbell, 1973). De esta manera, la lógica según la que opera la venganza genera un ciclo de violencia que parece interminable y produce un efecto terriblemente destructivo sobre la sociedad por acumulación. De hecho, es un resultado relativamente frecuente de la guerra entre sociedades primitivas el que alguna de las tribus enfrentadas (o, mejor dicho, sus restos), deba desplazarse a otro territorio (Keeley, 1996: 108-112). Asimismo, según lo estipulado por L. Keeley (1996: 67-69), la masacre total de un grupo tribal como consecuencia de una incursión exitosa suele producirse una vez cada generación. Por lo tanto, pese a las supuestas deficiencias tecnológicas y a la ausencia de un ejército disciplinado y jerarquizado, el guerrero primitivo no es menos eficaz que su homólogo civilizado a la hora de matar. Recientes estadísticas que comparan el número de muertos en la guerra en relación al número de habitantes tanto en las sociedades primitivas como en las sociedades estatales, lo confirman: en proporción, la guerra primitiva es más frecuente y mucho más letal que la guerra estatal (Keeley, 1996: 32-33, 88-94; Pinker, 2012: 85-96).

En razón de esta posibilidad siempre permanente de conflicto y de la tendencia a solucionar cualquier problema mediante el recurso a la violencia, el hombre primitivo, como muestra la siguiente cita de Diamond, crece en un ambiente que lo prepara para convertirse en un guerrero como sus antepasados y sus mayores: “desde su más tierna infancia, los papúes tradicionales han visto a los guerreros ir y volver de un combate, los cadáveres y las heridas de sus familiares y a miembros de su clan aniquilados por el enemigo, han oído hablar de la lucha como el ideal más elevado, y han estado en presencia de guerreros victoriosos que explicaban con orgullo sus matanzas y eran alabados por ello” (Diamond, 2013: 203). De igual modo, el prestigio, el honor que la sociedad otorga a los mejores guerreros, es decir, aquellos que se adelantan en medio de la batalla para combatir cuerpo a cuerpo con sus enemigos, que lideran las incursiones y regresan con el cuerpo muerto del enemigo o alguna de sus partes mutilada, constituye un estímulo añadido, sobre todo para algunos hombres, a optar siempre por la solución bélica<sup>34</sup>.

Los grandes guerreros detentan una posición privilegiada en las sociedades primitivas y como tales suelen ejercer la jefatura. Pero, aunque todo hombre, tras pasar el rito que señala su entrada en la edad adulta, deba asumir la función de guerrero, no todos los hombres pueden llegar a convertirse en un gran guerrero. En algunas sociedades primitivas, que Pierre Clastres denomina guerreras (Clastres, 2001: 220-221), estos grandes guerreros alcanzan un enorme protagonismo. En ellas se constituyen como un grupo social definido por su dedicación casi exclusiva a la guerra, organizándose en fratrías que se superponen a los niveles del linaje y del clan. En este tipo de sociedades primitivas, los jóvenes son organizados por clases de edad y, además de pasar el rito que señala su entrada en la edad adulta y los convierte en guerreros, para llegar a acceder al estatus de grandes guerreros deben pasar otra iniciación consistente en la realización de alguna hazaña particular en la

---

34 No obstante, si bien el hombre primitivo entiende la guerra como un hecho social inevitable y además valora positivamente a los grandes guerreros como defensores de la comunidad, ello no es óbice para que, de la misma manera, exista una actitud también universal de condena en el hombre primitivo hacia las consecuencias nefastas que siempre tiene la guerra. Así lo expresa este testimonio de un miembro de una tribu neoguineana recogido por L. Keeley: *War is bad and nobody likes it. Sweet potatoes disappear, pigs disappear, fields deteriorate, and many relatives and friends get killed. But one cannot help it* (Keeley, 1996: 145).

primera incursión en que participen<sup>35</sup>.

Ante todo, lo interesante de este tipo de sociedades guerreras es que, en ellas, los grandes guerreros compiten entre sí obligados a buscar constantemente nuevas oportunidades que confirmen su estatus. Se trata de hombres para los que la búsqueda del honor lo es todo. El prestigio que una sociedad que recuerda sus hazañas en el mito les otorga, es su única recompensa. Además, para esos grandes guerreros, no se trata simplemente de repetir las mismas hazañas, sino que estas deben ser cada vez más difíciles. Se constata incluso, como ejemplifica la historia del más famoso de los apaches, Gerónimo, cómo pueden llegar a emprender incursiones en solitario contra sus enemigos<sup>36</sup>. Acceder al estatus de gran guerrero supone una huida hacia delante que solo puede desembocar en la muerte. De hecho, como Clastres confirma en su famoso estudio sobre esas sociedades guerreras, no suelen gozar de una larga vida<sup>37</sup> (Clastres, 2001: 219-247).

En otro orden de cosas, la escala y organización de las sociedades primitivas determina el alcance de sus operaciones militares. Así, el hecho de que, de manera general, excepto en el caso de las sociedades guerreras, la función militar no sea especializada, permite entender la breve duración de esas operaciones. Del mismo modo, la pequeña escala de estas sociedades explica que un par de muertos y heridos sea lo máximo que una tribu de tamaño medio sea capaz de soportar en cada operación militar. De hecho, no se puede decir que el hombre primitivo no se guíe por un criterio de eficacia en la guerra: así, emplea prominentemente la táctica del engaño y la sorpresa. Esta táctica, sin duda, maximiza la oportunidad de éxito y minimiza los riesgos que los guerreros deben asumir, evitando un derroche innecesario de vidas humanas. De este modo, frente a las batallas, las operaciones militares más frecuentes en la guerra primitiva son las incursiones y las emboscadas (Keeley, 1996: 65-67).

La organización militar y la táctica de las sociedades primitivas son un fiel reflejo, como no podía ser de otra manera, de su organización social. Y, ciertamente, como sostiene el evolucionismo, presentan la imagen opuesta de la organización militar y la táctica preferencial de las sociedades estatales cuando se enfrentan a estas<sup>38</sup>. Como recuerda L. Keeley (1996: 174-175), la superioridad numérica y potencia de fuego concentrada de los ejércitos estatales es impotente frente a la movilidad y dispersión de los pequeños grupos de

---

35 Para ser más exactos, en estas sociedades se reconoce una fase intermedia entre la juventud y la edad adulta, que es la etapa en la que el joven debe dedicarse por completo a la función guerrera. En la mayor parte de estas sociedades, durante esa etapa guerrera el joven debe llevar una vida en común con otros miembros de su misma clase de edad, y renunciar a toda posesión material y contacto con mujeres, véase p. ej. (Lincoln, 1991) o (Campbell, 1970).

36 Por otra parte, como también indica Clastres en el mismo artículo, en su búsqueda incesante del honor, en su ávido deseo de gloria, el grupo de grandes guerreros podría llevar a la sociedad a un ciclo de guerras no deseado.

37 Para los héroes protagonistas de la *Ilíada* las hazañas bélicas constituyen la mayor fuente de honor para un hombre (*Il.* 12. 310-328). Odiseo es consciente de que la vida del guerrero constituye una huida hacia delante (*Il.* 14. 85-87), y Aquiles también es perfectamente consciente de que al haber elegido esa vida le espera una muerte temprana.

38 Como acabo de decir, las sociedades primitivas también luchan batallas.



guerreros primitivos que, además, ven cómo su uso táctico del engaño y la sorpresa es todavía más eficaz contra unos ejércitos cuyo gran tamaño imprime a sus movimientos rigidez y, en consecuencia, predictabilidad. De este modo, es habitual que, habida cuenta de su inferioridad en recursos materiales y población, las sociedades primitivas tiendan a confiar en una estrategia de desgaste dirigida contra la persona de los enemigos y sus recursos materiales. En general, como el propio Clausewitz reconocía al exponer las ventajas de la “pequeña guerra” o guerrilla, heredera de los principios tácticos y estratégicos de la guerra primitiva, el estilo de combate civilizado es efectivo a nivel táctico contra enemigos que combaten siguiendo los mismos principios.

Frente a las sociedades primitivas, la ventaja de los Estados en el ámbito militar es puramente estratégica, pues siendo sociedades a gran escala son capaces de movilizar más hombres y recursos materiales. Y no solo eso, sino que gracias a su mayor tamaño también pueden convertir la función militar en una función especializada. Gracias a ello pueden librar, de manera continuada, largas campañas que tengan por objeto la conquista del enemigo: los asedios, una forma de combate totalmente ausente de la guerra primitiva, simbolizan esta mayor capacidad logística del Estado (Keeley, 1996: 175). Así, se puede decir con Jared Diamond que la diferencia entre la guerra primitiva y la guerra estatal es primero, y ante todo, una diferencia de escala:

“[La] guerra cambia a lo largo de un continuo existente entre la sociedad más pequeña y la más grande. Cuanto mayor es la envergadura de la sociedad, más numerosas son las fuerzas armadas que puede reunir y, por tanto, menor es la posibilidad de ocultar a dichas fuerzas y el potencial de incursiones y emboscadas por parte de grupos integrados por unos pocos hombres y mayor el énfasis en batallas abiertas entre contingentes numerosos. El liderazgo es más fuerte, centralizado y jerárquico en las sociedades más grandes [...] mientras que las bandas reducidas cuentan solo con combatientes de igual rango, y [...] tienen líderes débiles que dirigen más por persuasión que por autoridad para dictar órdenes” (Diamond, 2013: 171).

Esta diferencia en escala puede ser salvada gracias a la inteligencia táctica de los guerreros primitivos, lo que les ha servido para infligir duras derrotas a los Estados que han tratado de conquistarlos a lo largo de la historia.

Por último, autores como el propio Jared Diamond (2006) o Alfred Crosby (1988)<sup>39</sup> han señalado que, además de sus ventajas estratégicas en hombres y materiales, los ejércitos occidentales poseían otra ventaja de naturaleza no social, pero no por ello menos importante: las enfermedades. Así, Crosby, por ejemplo, demuestra que en aquellas regiones inmunes a los gérmenes transportados por los europeos como el África tropical, los colonizadores no pudieron penetrar hacia el interior del continente permaneciendo largo tiempo en asentamientos costeros. Tan solo entre fines del XIX y principios del XX, con las mejoras en los transportes que indujo la Revolución Industrial, se pudo llevar a cabo la conquista de esa zona del continente africano.

---

39 Entre otros autores que, en los últimos decenios se han dedicado a revisar la historia de la conquista y colonización europea a partir de la Edad Moderna, cuestionando los postulados del progreso y la inferioridad de las sociedades primitivas sobre los que se cimentaban los relatos de la historiografía positivista.

## 1.6. La guerra y el nacimiento del Estado

De lo expuesto en este último apartado sobre la guerra primitiva me gustaría incidir sobre dos cuestiones. En primer lugar, pese a que por influencia de Clastres he resaltado de manera especial la función política de la guerra primitiva, —conservar la independencia de cada grupo tribal impidiendo la aparición de divisiones sociales y por tanto del Estado—, no es menos cierto que en la guerra primitiva también existe una función económica. Ello se demuestra no solo en que los conflictos pueden estallar por disputas en torno a ciertos territorios provistos de abundantes recursos materiales, sino que como consecuencia de los combates los vencedores pueden obtener un botín en forma de los despojos de los derrotados, así como esclavos. Ahora bien, como ya sostenía, este beneficio económico que el grupo tribal vencedor puede conseguir con la guerra no implica la ruptura de su homogeneidad social interna. Es decir, la finalidad económica de la guerra no es ni la obtención de recursos materiales estratégicos para el mantenimiento o incremento de la capacidad productiva, ni tampoco la consecución del dominio sobre otras tribus con vistas a una ampliación del mercado.

Antes bien, en las sociedades primitivas, el botín es gastado, consumido, derrochado en ceremonias e intercambios rituales destinados a crear nuevas relaciones sociales, o bien a fortalecerlas o repararlas. El hombre primitivo vive de lo que produce con su trabajo cotidiano. El botín constituye una forma de riqueza extra cuya finalidad es enteramente política: la evidencia más clara es que se concibe como un premio de honor que es distribuido en virtud del estatus social de cada uno de los combatientes. Es quizá esta subordinación de la función económica de la guerra primitiva a su función política, lo que conjeturo como una de las razones que podrían explicar el que Clastres prestase menos atención a ese aspecto económico de la guerra primitiva.

Sin embargo, pese a su subordinación evidente a la función política, no debe descuidarse el estudio de la función económica de la guerra, puesto que su análisis permitirá poner de relieve de modo indirecto las transformaciones políticas de las sociedades. Así, por ejemplo, con la llegada de la agricultura, la ganadería y la metalurgia (10.000-4.000 a. C.), además del parentesco, la posesión de ganado y metales, es decir, el nivel de riqueza, se convertirá también en un indicador de estatus. De este modo, junto con el rapto de mujeres, el robo de ganado y metales empezará a ser el objeto de numerosas expediciones militares. Pero, entonces, estamos ante sociedades que ya no son radicalmente igualitarias, sino que en ellas comienza a existir una cierta, si bien débil, estratificación social. Desde este punto de vista, el botín en forma de ganado, metales y mujeres obtenido en las incursiones contribuiría a magnificar las diferencias de estatus entre clanes y linajes previamente establecidas<sup>40</sup>. En este sentido, la guerra, más que ser la causa de la aparición de las divisiones sociales y, en último término del Estado, va mudando su apariencia a medida que la sociedad primitiva se va transformando<sup>41</sup>; y, al mismo tiempo, contribuye a reforzar y consolidar esas

---

40 Un ejemplo contemporáneo de este tipo de sociedades primitivas o tribales en que, además del parentesco, la posesión de ganado constituye un criterio añadido de jerarquización de los diferentes clanes, lo ofrecen las tribus pastoriles de los territorios montañosos del norte de Grecia, como los Sarakatsani de Zagori estudiados por J. K. Campbell (1970).

41 Clastres sostenía que, antes de la formación de una clase guerrera conquistadora a partir de la que se

transformaciones sociales<sup>42</sup>.

La constitución del Estado no se reduce a una cuestión político-militar, sino que es también una cuestión económica y religiosa; en último término, global. En las sociedades primitivas ya se puede observar una distinción de estatus entre los diferentes clanes y linajes en virtud de su antigüedad, es decir, de su mayor o menor proximidad cronológica con respecto al antepasado fundador de la tribu y, en consonancia con ello, puede hablarse de cierta especialización funcional<sup>43</sup>. Pero, si bien esa diferencia de estatus y función permitiría distinguir a algunos clanes y linajes como una especie de nobleza tribal, ese rango y función hereditarios<sup>44</sup> no implicarían una diferencia de poder real y, por ende, la aparición de una división social. Como ya he explicado, en las sociedades primitivas el jefe no posee poder, sino autoridad. Esas diferencias de poder entre individuos comenzarán a emerger cuando aparezcan entre ellos diferencias visibles en cuanto a la riqueza atesorada. El aumento de la riqueza será fundamental en la emergencia del Estado porque contribuirá a solidificar las diferencias de estatus que ya se comienzan a constatar en la sociedad primitiva y a fomentar la división funcional.

En ese sentido, ya demostró Michael Mann (1991: 114-143) cómo en el nacimiento del Estado en la llanura mesopotámica, la riqueza generada por la combinación de la actividad agropecuaria y el comercio habría sido el factor esencial. Por un lado, los terrenos de aluvión de las riberas del Tigris y el Éufrates posibilitaban la obtención de unos excedentes agrícolas muy elevados. Por otro lado, las facilidades de transporte que ofrecía la llanura mesopotámica y la presencia de ríos navegables como el Tigris y el Éufrates, propiciaban el comercio tanto a corta como a larga distancia. Este comercio era necesario para proveerse

---

forjaría un primer órgano central de poder separado del resto de la sociedad dando lugar al nacimiento del Estado, eran necesarias las siguientes condiciones: un aumento demográfico y la aparición de cierto profetismo (Clastres, 1978: 185-191).

42 Solo se puede concebir la guerra como motor de la historia siempre y cuando se considere que el poder y quienes lo detentan son realmente lo único importante. En esa concepción de la historia, típicamente hegeliana y rankeana, solo es reseñable la sucesión de los personajes que detentan el poder, sobre todo, cuando los nuevos gobernantes pretenden introducir cambios en la ley por la que hasta entonces se venía rigiendo la sociedad. No obstante, también hay que decir que, desde el surgimiento de las primeras sociedades estratificadas y, por lo tanto, de la desigualdad social, hacerse con el poder mediante la violencia, o intimidar al poder mediante el recurso a la violencia, eran los medios principales para cambiar la sociedad, o para que quienes detentaban el poder introdujesen esos cambios anhelados.

43 Como demuestra Godelier (1986) en su estudio de los baruya. En esta tribu a los clanes más prestigiosos, los más antiguos, se asocian las funciones mágico-religiosa y guerrera, pues de entre sus miembros deben salir los "grandes hombres" que lideren a la comunidad en las expediciones militares y los chamanes que, conocedores de ciertas técnicas mágicas, emplearán estas al servicio del resto de miembros de la tribu para curarlos o matar a sus enemigos.

44 Si bien asociado a determinados clanes, el estatus de jefe no se transmite en un principio, en estas sociedades tribales que ya conocen cierta estratificación social, de padres a hijos. Ese estatus puede ser detentado, a la muerte del antiguo poseedor, por cualquiera de los miembros de su clan o linaje. Precisamente por las cualidades especiales (talento oratorio, generosidad) que, como se ha dicho, debe poseer el jefe, en las sociedades primitivas este se mantendrá como un cargo electivo (Sahlins, 1984: 40-41). A medida que las diferencias de estatus van siendo cada vez más acusadas dentro de las sociedades primitivas por efecto de la acumulación de riqueza en las manos de unos pocos clanes, lo que se puede observar es que la elección del jefe va quedando cada vez más restringida a unas cuantas familias.

de materias como la madera, piedra o metales que escaseaban en la llanura mesopotámica y para obtener esas materias era preciso mantener constantemente elevados los rendimientos agrícolas. De este modo, la cantidad de alimento producida permitía generar excedente suficiente como para mantener a una parte de la población inactiva, y que la población activa, la dedicada a trabajar los campos, pudiese poco a poco ir diversificando sus estrategias de supervivencia y dedicándose también al comercio y la artesanía. Asimismo, debido a la necesidad de mantener un elevado rendimiento agrícola y ganadero, la fuerza de trabajo extra aportada por los esclavos fue vital y contribuyó a fomentar una mayor especialización funcional de la población libre<sup>45</sup>.

Sin duda alguna, en todo este proceso, la religión debió de desempeñar un papel fundamental a la hora de dirigir, coordinar y justificar esa nueva división del trabajo. Ello queda convenientemente demostrado en el hecho de que las primeros Estados de la historia, las ciudades-estado mesopotámicas, estaban organizadas alrededor de un templo central que hacía las veces de lugar de culto y almacén donde se depositaban los excedentes producidos por la comunidad. Este hecho era, pues, racionalizado como una especie de tributo que el pueblo debía a sus dioses (cf. Harari, 2014: 107-110). La aristocracia sacerdotal que dirigía esos templos era la encargada de encauzar una parte de ese excedente de trabajo hacia el comercio y el otro redistribuirlo en forma de raciones de comida al conjunto de la comunidad. En esa tarea de administrar y dirigir la actividad económica de la comunidad, la aristocracia sacerdotal contaba con el apoyo importante de una clase de escribas, que fueron quienes desarrollaron el primer tipo de escritura de la historia: un tipo de escritura parcial (Harari, 2014: 142-145), cuya primera función fue registrar la contabilidad del templo. Y, por otra parte, puesto que la adquisición de esclavos, y la defensa de los campos y el comercio contra incursiones oportunistas de comunidades vecinas era esencial para mantener el sistema en funcionamiento, fue también necesario que otra parte de la aristocracia asumiese la tarea de la defensa militar de la comunidad (Grandpierre, 2010).

Por lo tanto, con el nacimiento del Estado puede observarse cómo la tierra va a adquirir una importancia capital como base económica de la sociedad<sup>46</sup>. Las diferencias de

---

45 El origen de la esclavitud está en los prisioneros de guerra. Pero con la aparición de los primeros Estados la servidumbre por deudas va a convertirse también en factor de esclavitud (Graeber, 2012: 180-215).

46 La invención de la agricultura no constituyó una revolución que pusiese en marcha, de manera automática e irreversible, la marea de cambios que terminó precipitando el nacimiento del Estado tal y como durante mucho tiempo fue transmitido por historiadores y antropólogos evolucionistas. El propio desfase cronológico entre las primeras comunidades agrícolas (más o menos en torno al 10.000 a. C.), y los primeros Estados mesopotámicos (alrededor del 4.000 a. C.), indica que durante mucho tiempo las sociedades primitivas siguieron conservando su estilo de vida. Así, los registros etnográfico y arqueológico proporcionan evidencias acerca de comunidades que, si bien han adoptado la agricultura, no obstante mantienen un estilo de vida nómada practicando una forma de horticultura itinerante. Incluso existen comunidades que, aunque durante un tiempo hayan practicado la agricultura, pueden cambiar a un estilo de vida pastoril. Si acaso, como señala el historiador israelí Yuval N. Harari (2014: 95-107), los efectos inmediatos de la adopción de la agricultura como principal estrategia de subsistencia fueron bastante negativos: un aumento del trabajo, que provocó la aparición de enfermedades articulares o lumbares; un empobrecimiento de la dieta, que también significó una salud más débil para los primeros campesinos de la historia, rebajando la esperanza de vida y aumentando la mortalidad infantil. Estos efectos fueron multiplicados por la aparición de las primeras grandes epidemias de la historia, que Jared Diamond denomina como el “regalo mortal del ganado” (Diamond, 2006: 225-248), y las hambrunas periódicas que, ante catástrofes inducidas por el clima como sequías, inundaciones, u otras por la

estatus pasarán a marcarse en torno a su propiedad. Por esa razón, su ampliación permitirá aumentar o equilibrar las diferencias internas de riqueza y, por ende, de estatus. Así, la conquista de las comunidades vecinas y sus tierras pasará a ser un objetivo nuevo de la guerra. Esa conquista permite, ya reservar una parte de las tierras de la comunidad invadida para ser apropiadas u ocupadas por gente de la comunidad conquistadora, ya someter a la comunidad conquistada a tributo; o bien, finalmente, combinar ambas situaciones.

En consecuencia, ante el peligro de poder ser conquistadas, las comunidades comenzarán a dotarse de murallas. Así, puede decirse que, con la guerra de conquista surge también el asedio (Keegan, 1995: 191-193). De igual manera, la erección de murallas que protegen el núcleo urbano manifiesta la adquisición por parte de la comunidad de un mayor sentido de la territorialidad. Pese a que, ante la vista de un ejército invasor, la tendencia natural de las comunidades es a refugiarse tras las murallas de su recinto urbano, esta no era siempre la opción escogida. Bien porque las murallas no fuesen invulnerables, bien porque el asedio podía provocar una situación de hambruna, o bien porque los campos de los que vivía la comunidad se hallaban fuera de las murallas y expuestos a la devastación del agresor, en muchas ocasiones la comunidad invadida decidía presentar batalla.

Precisamente las batallas constituyen la segunda cuestión de la guerra primitiva sobre la que me gustaría incidir. La naturaleza de estas no se modifica con el nacimiento del Estado. Incluso en los primeros Estados del Próximo-Oriente y el Egipto faraónico, Mario Liverani (2003: 152-153) señala cómo se sigue manteniendo la costumbre tribal de proclamar la batalla con un desafío. No obstante, este desafío se irá transformando en declaración de guerra que, además de exponer los motivos de queja, fija el lugar de la contienda y los papeles de atacante y defensor. Por lo demás, los territorios en que se combate siguen siendo amplias llanuras a ser posible fronterizas, alejadas del centro de la comunidad agredida. En los primeros Estados, por lo tanto, la lucha de batallas, como en las sociedades primitivas, tiene por función el contener los efectos de la violencia. De ahí, en primer lugar, la exteriorización del combate y su acotamiento en el tiempo. En este último sentido, la batalla termina cuando uno de los contendientes huye y deja en posesión del campo de batalla al vencedor.

En cualquier caso, debe matizarse que, aunque la batalla sea prevista y esté sometida a una cierta regulación, eso no significa que durante su disputa esas reglas puedan contravenirse por ambos contendientes, ni que el desenlace de la batalla proporcione el desenlace del conflicto. Antes bien, eso dependerá de la voluntad de cada uno de los contendientes y los factores determinantes de esa voluntad, como ya en su día había establecido Clausewitz (2005: 30-32), serían el objetivo de la propia guerra, los recursos materiales disponibles y la moral de los combatientes. Así, si el vencedor de la batalla es el que defiende su territorio, habitualmente tenderá a cejar en su empeño bélico. Por el contrario, si el vencedor es el invasor, la panoplia de opciones es mucho más abierta, no pudiendo descartarse tampoco el intento de negociación para cesar las hostilidades;

---

naturaleza y el hombre como plagas, fuegos o incursiones militares, ponían en peligro los campos y las cosechas. Así, pues, el único efecto positivo que Harari consigna a lo que él denomina como “el mayor fraude de la historia”, fue que, pese a todo, la disponibilidad de una mayor cantidad de alimento, permitió un crecimiento de la población a largo plazo: del 10.000 al 5.000 a. C., la población mundial pasó de 5 a 50 millones de habitantes (Chaunu, 1983: 152).



negociación que se aprovechará para imponer ciertas condiciones al derrotado. Aunque, a diferencia de lo que sucede en las sociedades primitivas, cuando nace el Estado, ciertamente, las batallas comienzan a adquirir un carácter decisivo. Y ello merced tanto al mayor número de hombres que componen los ejércitos estatales, así como a su mayor capacidad logística. De este modo, concentrando todos sus recursos en la batalla, los Estados pueden, en un solo golpe, aniquilar o desarmar por completo al enemigo anulando su voluntad de resistencia y conquistándolo.

Asimismo, la batalla primitiva y la batalla estatal también se diferencian en los motivos por los que se trata de contener la violencia. Si en los Estados se trata de minimizar el impacto económico de la guerra, en las sociedades primitivas se busca detener la oleada de asesinatos recíprocos justificados por la venganza de sangre que implican las incursiones. En todo caso, nuevamente habrá que darle la razón a Clausewitz y sostener que, tanto en las sociedades primitivas como en los Estados, siempre existen consideraciones de orden práctico que normalmente les abstienen de llevar la violencia bélica hacia su extremo absoluto, aunque ello, si las circunstancias son propicias, pueda suceder<sup>47</sup>.

El Estado tratará de imponer un tipo de disciplina sobre la guerra definida por sus intereses económicos y territoriales. Ello se notará no solo en la tendencia a prohibir cualquier tipo de acto de pillaje o piratería con objeto de botín, emprendido a título privado, sino también las *vendettas*. De ahí también la preferencia por las acciones militares convenientemente publicitadas como las batallas. Por esa misma razón, el Estado intentará comenzar a controlar el furor, la crueldad y la codicia de sus soldados en la guerra: sobre todo, cuando se trata de adquirir tierras, bienes muebles como tesoros, o esclavos que proporcionan mano de obra barata para trabajar los campos, incrementando su productividad y liberando a los miembros del estamento dominante del trabajo<sup>48</sup>. Así, al igual que sucede en la sociedad primitiva con aquellos que cometen un acto considerado punible, para el soldado que desobedece las órdenes de su oficial o general también existen todo tipo de sanciones, implicando habitualmente los castigos corporales, la muerte, o la marginación y el estigma sociales. Precisamente esta “disciplinarización” de la guerra, permite a historiadores, antropólogos, filósofos, pensadores militares, etc., como he venido comentando, establecer que el Estado impone una férrea disciplina sobre la anárquica banda de guerreros salvajes que se transformaría de ese modo en un ejército civilizado que libra guerras racionales en pos de los intereses estatales. Sin embargo, ya he explicado cómo la sociedad primitiva impone su propia disciplina sobre la guerra<sup>49</sup>, pues trata de limitar los

---

47 Lo cual nos lleva a tener que borrar cualquier oposición dicotómica entre guerra primitiva y guerra civilizada en términos morales: la restricción de la violencia en la guerra es siempre circunstancial. Es decir, no se puede concluir un mayor salvajismo del guerrero primitivo, una mayor humanidad del soldado estatal, o viceversa.

48 De modo que con el nacimiento del Estado se configurará, normalmente a partir de los linajes nobiliarios tribales, una aristocracia que podría definirse, desde el punto de vista productivo, como una clase ociosa y orientada al consumo conspicuo (Veblen, 1966). Esta clase ociosa tendrá como tarea primordial ejercer el liderazgo político de la comunidad ejerciendo las funciones guerrera y sacerdotal.

49 Mis observaciones respecto a la distinción entre dos tipos de disciplina distintos que imponen las sociedades primitivas y los Estados sobre la guerra vienen a decir lo mismo, si bien expresado con un lenguaje mucho más prosaico, que Deleuze y Guattari (1988: 359-433) cuando hablan de la máquina de guerra y su exterioridad con respecto a cualquier formación social. De hecho, ambos filósofos se basan también en la obra de Clastres, entre otros, para apoyar esa concepción de la guerra.



efectos de la violencia mediante las batallas y otros mecanismos diplomáticos y convenciones como treguas, alianzas, tratados de paz, etc.<sup>50</sup>, si bien sus criterios disciplinarios son diferentes (Davie, 1931: 267-297).

Uno de esos mecanismos curiosos para regular la violencia bélica de los que se dotó la sociedad primitiva fueron los duelos convencionales, también llamados combates de campeones. Según este procedimiento, antes de iniciarse la batalla, y con las dos formaciones ya dispuestas frente a frente, uno de los combatientes se adelantaba al resto de sus compañeros —más frecuentemente un jefe— y desafiaba a alguien del otro bando a terminar el conflicto por medio de un duelo individual, sin recurrir al enfrentamiento entre ejércitos. Aunque, a veces, podía acordarse un combate colectivo que implicase a un cierto número de guerreros seleccionados de cada bando. Tras el desafío y su aceptación se delimitaba el terreno en donde tendría lugar el duelo, y se establecían las condiciones del combate: quién atacaría primero, qué tipo de armas se utilizarían, etc. Finalmente, se estipulaba mediante un juramento que ese combate decidiría el resultado de la guerra y cuáles serían las consecuencias para el ganador y para el perdedor.

Como sucedería con otros rasgos de la guerra primitiva, con la aparición del Estado esta forma de arbitraje tendería a ser sustituida por otra mucho más pacífica que implicaba el recurso al prestigio de ciertas instituciones religiosas, así como Estados poderosos para que actuasen, asumiendo una de las funciones del jefe en la sociedad primitiva, como mediadores en el conflicto<sup>51</sup>. No obstante, como sucedía en el caso de las batallas, si bien a diferencia de estas se había acordado previamente qué pasaría al término de duelo, no era inusual que se tratase de impugnar el resultado y, como consecuencia, siguiese una batalla en toda regla que terminaría prolongando el conflicto (Davie, 1931: 267-271).

Por último, también se suele señalar que otro de los efectos de la disciplina que el Estado impone sobre la conducta del guerrero y que lo transforma en soldado es la adopción de la formación cerrada que, frente al tipo de combate individual del guerrero primitivo, tienden a adoptar los ejércitos estatales en combate. Sin embargo, en mi opinión, la formación cerrada es más bien un efecto de dos condiciones<sup>52</sup>. Por un lado, el incremento en el número de soldados que pasan a formar los ejércitos estatales. Por otro lado, la importancia que adquiere la posesión del terreno como criterio de victoria con la aparición del Estado. Con respecto a la primera de las condiciones, obviamente un aumento del número de soldados sobre el campo de batalla, además de ralentizar los movimientos del ejército y disminuir el posible efecto sorpresa de las incursiones, va a provocar una reducción de espacio y un apiñamiento de los mismos. Con todo, precisamente por el hecho de que se puede elegir el terreno y este puede ser adecuado para el emplazamiento holgado de miles

---

50 Como señala Davie (1931: 286-290), los tratados de paz en las sociedades primitivas se acompañan de ceremonias espectaculares destinadas a perdurar en la memoria de los presentes.

51 Con todo, aún en el s. XVI, el emperador Carlos I de España retaría al monarca francés Francisco I a uno de estos duelos singulares con el fin de zanjar la contienda que los enfrentaba por la posesión de ciertos territorios itálicos (Howard, 1983: 47).

52 Digo condiciones porque es evidente que los ejércitos estatales pueden recurrir a diversas variantes tácticas. Es decir, lo que pretendo hacer ver es que no existe una relación causal mecánica o automática entre Estado y ejércitos que adoptan una formación cerrada en combate.

de soldados, así como que otra opción de la que disponen los líderes de los grandes ejércitos estatales para implementar una actuación eficaz de sus soldados sea la de dividirlos en unidades de combate más pequeñas, me parece que es la segunda de las condiciones la más importante. Así, puesto que para los Estados el control del territorio, tanto en un sentido económico como político es vital para su existencia, la mejor táctica para mantener ese control en la guerra es disponer a sus soldados formando una especie de muro que impida la penetración del invasor, o como rodillo que lo expulse. Y de ahí la formación cerrada.

No obstante, este tipo de táctica tampoco es desconocida para las sociedades tribales. Por ejemplo, en las escenas de batalla de la *Iliada* puede observarse cómo en ciertas fases del combate, los guerreros tienden a cerrar filas en torno a sus líderes, sobre todo cuando se trata de evitar que el enemigo, que se ha acercado demasiado a la propia formación, continúe avanzando por entre las filas del propio ejército y lo disgregue (Echeverría, 2008: 122-126). Por lo tanto, no solo es que el tipo de acciones militares (batallas, incursiones, emboscadas) que puedan realizar los Estados y las sociedades primitivas sean prácticamente las mismas<sup>53</sup>, sino que en ambas sociedades sus combatientes pueden adoptar en el combate diferentes soluciones tácticas. Así, pues, en mi opinión, no se puede vincular a los ejércitos estatales con un estilo de combate que implica la adopción de una formación cerrada, y a los ejércitos tribales con un estilo de combate individualista y anárquico. Si bien es cierto que los ejércitos estatales, debido a la importancia que adquiere para ellos el control y la ocupación efectiva del territorio, tenderán de forma predominante a adoptar en combate una formación cerrada.

En último término, como hemos visto explicar a Jared Diamond, las diferencias más ostensibles entre los Estados y las sociedades primitivas provienen del hecho de que los Estados son sociedades a mayor escala. Por esa razón también, pero, sobre todo, porque en ellas el estamento dominante dispone de un poder coercitivo<sup>54</sup>, el número de gente que los Estados pueden disponer sobre el campo de batalla es mayor. Ahora bien, por una mejor eficiencia y coordinación en combate, los soldados tenderán a ser distribuidos en diferentes unidades de combate lideradas por distintos oficiales que actuarán de intermediarios entre la tropa y el general al mando. Estas unidades, en principio, se organizarán primero sobre las solidaridades sociales o étnicas previas, lo que las dotará de gran cohesión. De este modo, la organización militar pasará a reproducir la jerarquía social estatal.

## **1.7. La Antigüedad clásica: Grecia y Roma**

### **1.7.1. El Estado clásico: la definición del ciudadano como sujeto político**

Como es bien sabido, tanto las *poleis* helénicas como la *civitas* romana se formaron a partir del sinecismo de pequeñas aldeas. En sus orígenes apenas se diferenciaban de aquellas

---

<sup>53</sup> Con la excepción para las sociedades tribales, como ya he dicho, de los asedios.

<sup>54</sup> Poder coercitivo del que disfruta en virtud de las ostensibles diferencias de riqueza que le permiten comprar el apoyo de numerosos clientes procedentes del estamento productivo de la sociedad (y a veces también del propio estamento dominante), y que, junto con los esclavos obtenidos en la guerra, serán los núcleos a partir de los cuales los aristócratas se rodearán de pequeños séquitos armados mediante los que podrán intentar imponer su voluntad al resto de la comunidad (Gat, 2006: 231-269).

sociedades tribales donde la posesión de ganado y metales eran el principal indicador de riqueza y, además, junto con el linaje, los principales criterios de estatus social. Conocían, pues, una cierta estratificación social, e incluso durante algún tiempo estuvieron regidas por una especie de realeza tribal, el *basileus* en el caso helénico y el *rex* en el caso romano. Estos reyes tribales, que salían de las filas del clan más poderoso<sup>55</sup>, en la práctica no eran más que una especie de *primus inter pares*, pues no podían imponer su voluntad ni sobre la asamblea tribal, ni sobre los jefes de los demás clanes nobiliarios. En este mundo, pese a que los jefes de los clanes nobiliarios o el propio rey podían actuar como árbitros en las disputas privadas, la *vendetta* ejercida por el grupo de parientes continuaba siendo el principal procedimiento para resolver esos conflictos privados (Finley, 1978; Cornell, 1995: 128-132; 173-176). Asimismo, en lo que se refiere a la guerra, se pueden constatar tanto la existencia de incursiones privadas en busca de botín (ganado, metales, esclavos), como guerras que implicaban la participación de toda la comunidad. Las primeras eran llevadas a cabo por los jefes nobiliarios con sus séquitos armados, mientras que las segundas debían contar con la aprobación de la asamblea tribal, y en ella participaban, además de los nobles con sus séquitos, el resto de la población libre. En estas “guerras públicas” era mucho más frecuente la lucha de batallas, así como el recurso al procedimiento del duelo de campeones<sup>56</sup> (Garlan, 1972: 18-23).

Tal y como había sucedido en el caso de las ciudades-estado de la región mesopotámica, en el caso de las *poleis* helénicas y de Roma la combinación de comercio y agricultura fueron los motores del desarrollo social a partir de esa fase inicial pastoril y tribal. En este sentido, las condiciones que impulsaron el desarrollo agrícola y comercial helénico y romano fueron un tanto diferentes a las del caso mesopotámico. La generalización de la metalurgia del hierro entre finales del II y principios del I milenio a. C. fue esencial para aumentar los rendimientos agrícolas en los territorios de secano mediterráneos. Frente al bronce, el hierro contaba con ventajas importantes. En primer lugar, era un metal mucho más abundante en la naturaleza; su proceso de fabricación era mucho más fácil y menos costoso, ya que no había que mezclarlo con ningún otro metal y, por último, una vez perfeccionado su proceso de fabricación con la introducción del forjado a finales del II milenio a. C., los útiles de hierro se mostraban tan consistentes y duros como los de bronce. Por lo tanto, en contraste con lo que sucedía con respecto a la metalurgia del bronce, la fabricación de útiles de hierro era un proceso mucho más barato y sencillo que no precisaba ser organizado a partir de estructuras centralizadoras como los palacios o los templos orientales, por lo que estas herramientas pudieron ser adquiridas por sectores más amplios de la población. Por otra parte, no hace falta reparar demasiado en que la sustitución de los aperos de labranza tradicionales de piedra por otros de hierro supuso una mejora en los rendimientos de los campos cultivados<sup>57</sup> (Gordon Childe, 1973: 199-200).

Por su parte, el desarrollo del comercio también se debió a la iniciativa privada. No

---

55 Esta realeza tribal seguía siendo electiva, aunque cada vez tendió a conferírsele mayor preeminencia al principio hereditario.

56 El clasicista Fernández Nieto (1975) recoge todos los casos de duelos convencionales que aparecen en las fuentes griegas referidas a la época arcaica y clásica.

57 Pese a que el uso del hierro se generalizó entre la población, el bronce continuó siendo fabricado, aunque su consumo quedó reducido a una élites sociales que lo convirtieron en un elemento de prestigio.

obstante, hay que matizar que esas primeras expediciones comerciales impulsadas por la iniciativa individual apenas sí se diferenciarían de incursiones terrestres y actos de piratería en busca de botín. Uno de los grandes tesoros del que los guerreros-piratas-comerciantes helénicos, tal y como Genaro Chic los denomina (2009: 289), se apoderaron en sus expediciones, fue el de la escritura alfabética; tesoro que los piratas helénicos recibirían de otros grandes piratas y comerciantes de la Antigüedad como fueron los fenicios (Jeffery, 1990). Este sistema de escritura, que los propios pueblos del centro y norte de la península itálica tomarían de las colonias griegas de la Magna Grecia, era muy sencillo. No requería de un proceso de aprendizaje arduo y costoso que exigiese una dedicación exclusiva y, por tanto, justificase la formación de una clase de escribas, a la cual estaría reservada su conocimiento. De este modo, las técnicas de lectura y escritura pudieron difundirse, al no existir un poder centralizador como el palacio, por capas más amplias de la población en las *poleis* helénicas y Roma. Y esa mayor alfabetización de la población fue otra de las condiciones que, junto con el desarrollo económico, permitió el surgimiento de gobiernos de más amplia participación popular (Goody, 2011: 38-40).

El desarrollo agrícola y comercial trajo consigo un crecimiento de la población y el aumento de la riqueza material. La riqueza mueble procedente del comercio estimuló la especialización funcional y permitió el ascenso social de ciertos individuos, los nuevos ricos, que la invirtieron en la compra de tierras (Chic García, 2009: 300). Como consecuencia del ascenso de esta clase de nuevos ricos, poco a poco la preeminencia social de la nobleza de sangre fue cada vez más discutida. De este modo, la ampliación de la élite social gracias al despegue económico trajo consigo la eliminación de la institución de la realeza, y la ampliación del número de magistraturas que, además, se hicieron colegiadas (Vernant, 1992: 52-60). Pero la nobleza tradicional no será la única en sufrir las consecuencias de la creciente importancia del comercio. El despegue de las *poleis* helénicas durante la época arcaica, y el período que atestigua la transición de la monarquía a la república en la *civitas* romana, se caracteriza por el “hambre de tierras”. Esta necesidad de tierras va a llevar a poner en explotación hasta las tierras fronterizas de la comunidad, normalmente conformadas por bosque y territorios poco aptos para el cultivo. Así, la presión sobre las tierras ejercida por ese desarrollo económico, también va a tener consecuencias sobre los miembros más pobres de la comunidad que se van a ver desposeídos de sus campos y correrán el riesgo de caer en la esclavitud.

Así, pues, el desarrollo económico terminó generando una creciente tensión social que acabó derivando en muchos casos en un conflicto abierto<sup>58</sup>. Resultado de esos conflictos fue la introducción de una serie de reformas, normalmente llevada a cabo por uno o un grupo de legisladores dotados de poderes excepcionales<sup>59</sup>, que cambiaron definitivamente la constitución de la mayoría de las *poleis* helénicas y de Roma y les otorgaron su configuración

---

58 En lo que sigue, a la hora de caracterizar el conflicto social en la Antigüedad clásica he estado siguiendo, para el caso de la *civitas* romana durante el período republicano, a (Brunt, 1973); y, para el caso de las *poleis* helénicas hasta el período helenístico a (Ste. Croix, 1981: 31-326) y también a (Gschnitzer, 1987). Si bien, como demuestra la obra de Ste. Croix, la conflictividad social fue inherente al desarrollo del Estado a lo largo de toda la Antigüedad clásica.

59 En algunos casos la introducción de estas “reformas legislativas” fue más o menos pacífica, en otros no estuvo exenta de luchas violentas.

clásica como ciudades-estado. Puesto que el reparto de la riqueza estaba en el centro del problema, se achacaba a la codicia de los aristócratas el origen de los conflictos. De ese modo, las primeras medidas fueron dirigidas a beneficiar a aquellos ciudadanos más pobres que habían incurrido en la esclavitud o la servidumbre por deudas. Así, se les liberó de ella y se les restauró en su condición de ciudadanos, procediéndose a un nuevo reparto de tierras. También se aprobaron diversas medidas destinadas a regular la exhibición del lujo, claramente dirigidas contra los aristócratas, e incluso en algunas *poleis* como Atenas llegó a fijarse un límite al número de tierras que podrían ser adquiridas por un ciudadano. Otras medidas tendentes a limitar el poder de la aristocracia fueron la creación de nuevas instituciones políticas, como el eforado en Esparta o el tribunado de la plebe en Roma que fiscalizaban la actuación de los magistrados en esos Estados. Igualmente, la sustitución de la *vendetta* como principio rector de la justicia por la creación de tribunales ciudadanos fue otra reforma que restó poder a la aristocracia y contribuyó a igualar a todos los ciudadanos, puesto que los aristócratas siempre disponían de más recursos para hacer cumplir su venganza.

No obstante, el reparto de tierras no significó la eliminación de las desigualdades económicas y políticas dentro del grupo de ciudadanos. La redistribución llevó a la elaboración de un nuevo censo en el que a estos se les clasificaba en virtud de su riqueza, es decir, en cuanto al nivel de producción de las tierras de las que eran propietarios<sup>60</sup>. En esos censos quedaban patentes las diferencias económicas entre unos y otros. Además, se establecía como requisito para el acceso a las magistraturas un determinado patrimonio que solo poseían los miembros de las clases censitarias más elevadas. De este modo, las desigualdades económicas seguían traducándose, incluso dentro del grupo de ciudadanos, en una desigualdad en cuanto al poder político. Al no eliminar ni las desigualdades económicas ni políticas dentro del cuerpo de ciudadanos, los más pobres de entre ellos siguieron estando expuestos al peligro de perder su condición ciudadana y caer en la esclavitud. Por esta razón, el estallido de conflictos internos fue una amenaza constante en la historia de las *poleis* helénicas y Roma; y, a menudo, tendían a confundirse y entremezclarse con los conflictos externos<sup>61</sup>. Pero, sobre todo, la armonía y el equilibrio recuperados del cuerpo ciudadano, así como su unión, se vieron simbolizados por la preponderancia que adquirió a partir de entonces la ley. Las reformas llevadas a cabo, y que constituyeron el nuevo derecho, fueron codificadas y fijadas por escrito, siendo además depositadas en lugares públicos como templos, el foro o el ágora, a la vista de todo el mundo, y custodiadas

---

60 La producción anual en grano era habitualmente, como demuestra el censo soloniano, el criterio que se establecía para clasificar según su riqueza a los ciudadanos. De todas formas, la posesión de tierras no era una condición esencial para poder ser calificado como ciudadano. Así sucedía, por ejemplo, en *poleis* como Atenas donde existían ciudadanos dedicados en exclusiva a las actividades comerciales y artesanales y que no tenían tierras. En esos casos se hacía necesario establecer equivalencias entre la producción agrícola y otros tipos de producción (Gschnitzer, 1987: 116-119).

61 Excepto en el caso de Roma, que extendió progresivamente tanto la ciudadanía latina como la ciudadanía romana preferentemente a las élites gobernantes de las tribus y Estados que iba conquistando, en el caso de las *poleis*, a lo largo de toda su historia, el requisito étnico continuó siendo básico para que cualquier individuo pudiese ser identificado como ciudadano; un derecho, el de ciudadanía, que estaba restringido única y exclusivamente a los varones mayores de edad. Era habitual que cuando estallaban conflictos internos en las *poleis*, que a partir de esta época serán sobre todo entre ciudadanos ricos y ciudadanos pobres (Gschnitzer, 1987: 166-171), el grupo victorioso tratase de ampliar o restringir la ciudadanía disminuyendo o elevando los requisitos de propiedad.



colectivamente por los ciudadanos.

Por otra parte, la elaboración de esos censos de ciudadanos, que eran un medio también para controlar la riqueza disponible, era una cuestión vital en el Estado antiguo. La realización de “obras públicas” como templos, murallas defensivas, etc., los gastos derivados de la celebración de los festivales religiosos en que se honraba a las divinidades protectoras de la comunidad, y otro tipo de actividades comunitarias, al carecer de un tesoro o un presupuesto estatal central permanente, debían ser costeadas a partir de lo que cada uno de los ciudadanos aportase. Aquellos ciudadanos que decidían asumir estas cargas eran convenientemente honrados por la comunidad. Asimismo, ni que decir tiene que en todas las actividades comunitarias, comenzando por la asistencia a la asamblea donde se decidía el destino de la comunidad, el ciudadano estaba obligado, en un principio, a participar. En este sentido, como de manera magistral ha explicado Claude Nicolet (1976), el de ciudadano en las civilizaciones clásicas griega y romana, era un oficio; o también, como nos recuerda Paul Veyne (2009: 71-79), el ciudadano se asemejaba en su condición a la del militante de un partido político contemporáneo. Así, al igual que los grandes hombres y jefes de las sociedades tribales, los ciudadanos debían dedicar una parte de su tiempo y su riqueza al mantenimiento de la comunidad. Otro de esos contextos donde el ciudadano debía mostrar su militancia, era en la guerra. Al carecer de un ejército regular, tanto en la *poleis* helénicas como en la República romana a él estaba encomendada la defensa militar de la comunidad. Es precisamente en esta época (ss. VII-VI a. C. para Grecia; V a. C. para Roma) cuando aparecen los ejércitos clásicos: la falange helénica y la legión romana de soldados-ciudadanos.

### **1.7.2. De ciudades-estado a imperios y del ejército de ciudadanos al ejército regular**

Así, pues, una de las consecuencias que va a traer el crecimiento de la *polis* helénica y la *civitas* romana va a ser la definición de la guerra como la tarea del ciudadano. Ahora bien, frente a épocas precedentes, el crecimiento demográfico paralelo al desarrollo económico va a provocar que los nuevos ejércitos ciudadanos sean más grandes. Con todo, hay que tener en cuenta que, en las ciudades-estado de la Antigüedad clásica el cuerpo ciudadano, por término medio y comparado con las cifras de los Estados modernos, era bastante pequeño (Hansen, 2006: 73-76). Por este motivo, si exceptuamos los anómalos casos de Atenas o Roma que devinieron imperios, la mayor parte de las ciudades-estado de la Antigüedad no lograrían formar ejércitos que superasen los 10.000 soldados<sup>62</sup>.

Ante todo, la carencia de un tesoro central y el hecho de que los soldados-ciudadanos tuviesen que afrontar el desembolso económico que representaban las campañas, —pues debían procurarse su sustento y costearse su propio armamento—, explican el que, por regla general, las campañas militares de las ciudades-estado de la Antigüedad, incluida Roma durante los primeros siglos de su existencia, tuviesen un corto alcance y una breve duración. De este modo, lo habitual era que quienes guerreasen entre sí fuesen comunidades vecinas, así como que el período de lucha se restringiese a la estación veraniega durante el período de la siega cuando era más fácil aprovisionarse de alimento.

---

62 Con respecto a la demografía romana sigue siendo fundamental (Brunt, 1971).



Por otra parte, por la importancia que adquiere el control del territorio, pues, la tierra era el principal medio de subsistencia en estas sociedades, era también frecuente que los ciudadanos intentasen enfrentarse al invasor y expulsarlo mediante un combate cuerpo a cuerpo. Con todo, a veces las comunidades únicamente se refugiaban en el recinto urbano sin presentar resistencia. De este modo, el invasor podría conformarse con el botín obtenido del saqueo de las propiedades agrícolas, o bien podría arriesgarse a entrar en el recinto urbano<sup>63</sup> y proseguir el pillaje consiguiendo un mayor botín y masacrando a la población. Además, aunque cada campaña durase unos cuantos días y se redujese a un breve encuentro, ello no significaba que las comunidades enfrentadas pusiesen fin al conflicto, sino que las hostilidades podían reanudarse. Así, pese a que las campañas militares se caracterizasen por su brevedad existía un perpetuo estado larvado de guerra entre las ciudades-estado al que únicamente se podría poner fin mediante la conclusión de alguna tregua o tratado de paz<sup>64</sup>.

Por consiguiente, lo que parece una ausencia de estrategia y táctica en el tipo de guerra emprendida por las *poleis* helénicas si la comparamos con la guerra entre los Estados modernos, se explicaría por dos factores entrelazados. Por un lado, en términos estratégicos, por la escasa capacidad logística inherente a la ciudad-estado antigua derivada de su pobreza económica (Lendon, 2006: 28). Por otro lado, en términos tácticos, por la necesidad que el ciudadano tenía de defender sus propiedades para evitar caer en la pobreza o en la esclavitud. Ahora bien, esa regulación de la guerra, que comentaré más adelante, también existía en el caso helénico y romano. Asimismo, tanto para el caso griego como romano esa regulación no estaba dictada por ninguna de las razones ideológicas que Hanson aduce. Además, esa regulación de la guerra únicamente era válida con respecto a quienes estaban dotados de derechos políticos, los ciudadanos masculinos. Así, la esclavización y masacre de la población civil femenina e infantil, de los extranjeros y de los propios esclavos era un hecho frecuente y probado de la guerra entre *poleis*. Incluso, en ciertas ocasiones, dependiendo del objetivo de la campaña, los propios ciudadanos que luchaban como soldados no se libraban de ser asesinados a sangre fría tras ser capturados o vendidos como esclavos (Ducrey, 1968). De hecho, Jenofonte (*Cir.* VII, 5, 73) o Platón (*Leyes* I, 626b) para el caso griego, y Tito Livio (XXXIV, 57, 7) para el romano, establecían como una ley universal y eterna que los bienes y personas del derrotado en una guerra pertenecían al vencedor, quien podría disponer de ellos según placiese a su voluntad (Garlan, 1972: 45-46).

---

63 Hasta el s. VI a. C. aproximadamente, las *poleis* helénicas no se dotarían de murallas. La razón es que, la pobre capacidad logística de la mayor parte de ellas derivada de su pobreza, determinaba que fuesen incapaces de emprender un asedio prolongado. Además, el combate por los estrechos callejones de la ciudad favorecía a los defensores. La única manera viable para un ejército helénico durante este período de la época arcaica para tomar una ciudad, era mediante una emboscada que pillase desprevenidos a sus habitantes. Por supuesto, si los asaltantes contaban con el apoyo y connivencia de ciertos habitantes de la ciudad asaltada, ello aumentaba las probabilidades de éxito. Hasta el s. V a. C. no se podrá observar el desarrollo de un arte de la poliorcética en el mundo helénico (Gat, 2006: 278-289).

64 Tanto en el caso de las *poleis* helénicas como de Roma, aunque no se opusiese resistencia al ataque de otro Estado, ello, si no se acordaba una tregua o la paz con el agresor, se tomaba como una ofensa al honor que legitimaba al agredido a emprender una futura campaña de represalia contra el agresor o cualquiera de sus aliados. En este sentido, puede observarse cómo la Antigüedad clásica no supuso ningún tipo de cambio con respecto a lo que era la práctica común en el mundo de las sociedades tribales (Wees, 2004: 22-24; Heurgon, 1969: 26-32).

Por otra parte, otro aspecto influido por la relativa pobreza de la ciudad-estado en su período originario fue el de la composición y división de los propios ejércitos. Estos reflejaban abiertamente las propias diferencias de riqueza y estatus que se daban entre los ciudadanos. Los ciudadanos con las rentas más bajas, que no podían costearse la compra de una panoplia hoplita o legionaria, compuesta por piezas de metal de bronce y hierro, constituirían las unidades de infantería ligera. Armadas con proyectiles como piedras, jabalinas, etc., y protecciones corporales de tela o cuero, estos cuerpos de infantería ligera desempeñarían diferentes funciones: durante las batallas, participarían en las escaramuzas previas al combate entre los cuerpos de infantería pesada, y hostigarían al enemigo, debido a su mayor velocidad y movilidad, durante su retirada. En razón de esa movilidad, realizarían también tareas de inspección, vigilancia y reconocimiento, adelantándose al resto del ejército cuando este se hallaba en marcha, en particular por terrenos difíciles y escarpados.

Por su parte, los miembros de la clase aristocrática, además de ser los únicos que poseían el patrimonio necesario para desempeñar la magistratura de jefes de guerra que les encomendaba la dirección de los ejércitos sobre el terreno, eran los únicos que, dado el tamaño de sus fincas y recursos materiales, podrían permitirse la cría de caballos. Por este motivo, en las *poleis* en las que existía un contingente de caballería o en la República romana, este estaba conformado por miembros de la clase aristocrática. Como la infantería ligera, esos contingentes de caballería también podrían ser usados para realizar funciones de inspección y reconocimiento del terreno (Jen. *Eq. Mag.* IV, 2-5). Cuando una *polis* rechazaba hacer frente al invasor en una batalla, eran por lo común los contingentes de caballería y de infantería ligera los que salían a hostigarlo y tenderle emboscadas. Durante la batalla, la caballería solía disponerse en las alas protegiendo los flancos de la infantería pesada, las zonas más expuestas de la falange y la legión cuando iniciaban la marcha contra el ejército enemigo. La caballería también participaría, como la infantería ligera, en las escaramuzas previas a la batalla y en la persecución del enemigo derrotado, una vez finalizada esta<sup>65</sup>.

Ahora bien, dependiendo de las circunstancias, y puesto que disponían de los recursos para costearse una armadura de bronce o hierro completa, los aristócratas también podían luchar, junto con otros ciudadanos propietarios de tierras, pero no lo suficientemente ricos como para ser incluidos dentro de la aristocracia, como hoplitas y legionarios en las tropas de infantería pesada<sup>66</sup>. A la preeminencia política, social y económica de estos grupos sociales correspondía un mayor protagonismo durante las batallas<sup>67</sup>. De ahí que, en este tipo de

---

65 Aunque también podía participar en el combate cuerpo a cuerpo con el ejército enemigo. A medida que, con el crecimiento de las *poleis* y la *civitas* romana, las guerras sean cada vez más prolongadas y se luchen sobre teatros de operaciones diferentes, la caballería comenzará, como explicaré, a asumir un papel cada vez más relevante en los combates.

66 Pese a que tanto en las *poleis* helénicas como en Roma la actividad militar se considerase una función exclusiva del ciudadano, debido a la fragilidad demográfica de ambas durante sus primeros siglos de existencia, el reclutamiento de esclavos y extranjeros para servir como infantería ligera constituyó una práctica corriente. Esta práctica era, habitualmente, una solución a situaciones de emergencia como la invasión de un ejército numéricamente superior, o una sucesión de derrotas que hubiesen supuesto la pérdida de una importante parte de la población ciudadana (Garlan, 1972: 54-56).

67 Lo cual no quiere decir que estos cuerpos de soldados-ciudadanos que luchaban como infantería pesada en la falange y la legión fuesen superiores desde un punto de vista militar al resto de cuerpos de caballería o infantería ligera (Jen. *Equ. Mag.* V, 1). Por otra parte, los ciudadanos con mayor nivel de rentas y, por ende,

táctica defensiva, el mantenimiento de la cohesión de estas unidades durante el combate fuese esencial: sin duda, el poder ver sus campos arrasados, sus riquezas muebles robadas por el enemigo, e incluso sus propias personas expuestas a la esclavitud, era un acicate para que tanto los aristócratas como los ciudadanos pequeños-propietarios, quienes más tenían que perder (riqueza y estatus social) en caso de éxito del enemigo, mantuviesen la cohesión durante la batalla<sup>68</sup>.

Estas eran, pues, las diferentes unidades (infantería ligera, infantería pesada y caballería) que componían los ejércitos clásicos y sus funciones en combate. No obstante, en un principio, debido al pequeño tamaño de los ejércitos y su carácter amateur, no existiría una jerarquía de unidades militares y oficiales demasiado explícita. Es frecuente que el único rango jerárquico del ejército que aparezca citado en las fuentes sea el del general. Este general, al igual que sucedía con los jefes que lideraban los ejércitos tribales, apenas poseería poder disciplinario, sino que lideraría, sobre todo, mediante el ejemplo, luchando en primera línea de batalla (Hanson, 2010: 26). Además, era habitual que los contingentes de caballería o los de arqueros fuesen proporcionados por aliados; pues era una práctica recurrente de la ciudad-estado clásica el recurrir en casi todas sus guerras al apoyo de aliados<sup>69</sup>. Con estos aliados se establecían tratados en los que se fijaban detalladamente cuestiones como el reparto del botín, el número de tropas que debían acudir como refuerzo, las cuestiones de abastecimiento de esas tropas, etc.; es decir, todo lo relativo a la carga bélica que debían asumir cada parte (Garlan, 1989: 41-55). Y, si bien los contingentes aportados por los aliados contarían cada uno con sus propios líderes, no obstante, en el combate se subordinarían a las órdenes del general de la comunidad en guerra a la que correspondería el liderazgo de la alianza<sup>70</sup>.

---

rango aristocrático que constituían la élite de la infantería pesada, eran los únicos que disponían del ocio necesario para entrenarse y mantenerse en forma para practicar un estilo de combate que demandaba un gran esfuerzo físico. En general, ese entrenamiento se realizaba mediante la práctica de la caza y todo tipo de competiciones deportivas como las que eran incluidas en los juegos olímpicos de la antigua Grecia (*Ps. Jen.* II, 10; *Jen. De Equ.* XII, 1-9).

68 Debe añadirse que, en las expediciones militares que implicaban un desplazamiento a comunidades vecinas, tanto los aristócratas como los ciudadanos propietarios que pudiesen permitírselos, solían ir acompañados de unos cuantos sirvientes (esclavos), que se encargaban del cuidado de los caballos (en el caso de los aristócratas), así como de transportar las vituallas y todo el material necesario. Por otra parte, estos esclavos, durante el combate tendrían la función de proteger el campamento situado en la retaguardia de los ejércitos (Garlan, 1972: 53-54).

69 Como demuestra el clasicista Alonso Troncoso (1987) con sus investigaciones sobre el derecho bélico en la civilización helénica clásica, pese a participar en el esfuerzo bélico, el o los aliados seguían manteniendo un estatus de neutrales. Por consiguiente, el enemigo no podría atacar sus territorios. Si ello sucedía, constituía un motivo legítimo para declarar la guerra.

70 Para la composición social de la falange hoplítica he consultado (Wees, 2004: 47-71); para la de la legión manipular romana hasta el final de las Guerras Púnicas (Heurgon, 1969: 23-26). No obstante, ha de tenerse en cuenta que, en el caso romano, los jóvenes aristócratas solían luchar como infantería ligera (*velites*) en el frente de batalla enfrentándose cuerpo a cuerpo al enemigo en duelos individuales. La adopción de este estilo de combate arcaizante, semejante al descrito por Homero, se debería al hecho de que la gloria militar (el asesinato y despojo del enemigo) era la mejor manera para el joven aristócrata romano de hacerse un hueco en la escena política romana (Harris, 1979). Por lo general, incluso en su disposición táctica, los ejércitos griegos y romanos reflejarán el hecho comúnmente admitido en la cultura helénica y romana clásicas de que era al mejor en la guerra a quien correspondía ejercer el poder político. Así, en la falange hoplítica, los

Por lo tanto, tan solo en el caso de las ciudades-estado más poderosas que logren transformarse en imperios y, en las que, en consecuencia aumente el tamaño de sus ejércitos y se “profesionalicen”, oiremos hablar de las primeras divisiones permanentes del ejército en unidades militares y de la constitución de una jerarquía de oficiales al mando de cada una de esas unidades, como sucederá en el caso de Esparta, Atenas o Roma.

Por otra parte, como demuestra la frecuencia de las alianzas<sup>71</sup>, por lo común de carácter defensivo, la conservación de la autonomía política seguía siendo uno de las funciones que cumpliría la guerra para la ciudad-estado. Igualmente, la captura de botín<sup>72</sup>. Este botín seguiría consistiendo en bienes muebles y prisioneros de guerra y, a partir de ahora, debido a la importancia que adquirirá como principal forma de subsistencia y medida de riqueza, la tierra; en especial, los territorios fronterizos (Nicolet, 1969: 117-119). De hecho, en la civilización helénica, el cruce de fronteras pasará a ser el *casus belli* más frecuente (Alonso Troncoso, 2007: 215). Además, la importancia creciente de la tierra también será la causa que explique que, en numerosas ocasiones, se evite el asesinato de los prisioneros de guerra y, en cambio, se pretenda extraer un beneficio económico de ellos mediante su liberación contra rescate o su venta en esclavitud (Garlan, 1972: 47). Con respecto al resto del botín, en la ciudad-estado se instituirá asimismo la costumbre de reservar una parte para ser dedicada a las divinidades *políades*, las divinidades protectoras de la comunidad<sup>73</sup> (Lonis, 1979: 151-153). Esta práctica será muy importante, puesto que, a

---

ciudadanos de rango aristocrático junto con el general, siempre se situarán en el ala derecha, considerada como el ala de honor (Lendon, 2006).

71 Muchas de estas alianzas, en particular entre *poleis* que ocupaban el mismo territorio y poseían una misma identidad étnica, tendían a consolidarse y dar lugar a la formación de confederaciones que poseían sus propias instituciones de gobierno común (*koinon*), sus magistrados, su ejército, y una ciudadanía común (*sympoliteia*) (Larsen, 1968). Muchas veces, estas confederaciones, como la beocia o la tesalia, eran precedidas, cuando las estructuras de la *polis* todavía eran muy maleables, por la fundación de una anficiónía: esto es, una liga religiosa entre comunidades geográficamente próximas que se simboliza en la fundación conjunta de un santuario. Por lo tanto, en muchos casos, la alianza religiosa precedió a la alianza política efectiva; en otros, únicamente se produjo la alianza religiosa. No obstante, cualquier *polis* que lo deseara podría solicitar su adhesión a la liga anficiónica. Muchos de esos santuarios comunes, como el de Delfos, alcanzaron una gran fama en todo el mundo griego: a ellos acudían helenos de todas partes a invocar la protección y consejo de sus dioses (Schmitt-Pantel, 2002: 97-101). Por otra parte, Roma también formaba parte de una confederación, la latina, que llegaría a dominar, dotada de sus propias instituciones religiosas y políticas.

72 Uno de los autores que más ha profundizado en el estudio de las implicaciones económicas de la guerra en la antigua Grecia, en particular, el pago de las tropas, su abastecimiento, el botín, etc., ha sido W. K. Pritchett, en su obra *The Greek State of War* (1971).

73 Sobre el indisoluble vínculo entre Estado y religión a lo largo de toda la Antigüedad clásica, tanto en la civilización helénica como la romana, me centraré más en el siguiente apartado. Este vínculo es de fundamental importancia para entender la concepción de la guerra que tenían los propios griegos y romanos. De forma preliminar, para ofrecer una idea de esa importancia de la religión en las civilizaciones clásicas, de esa complementariedad de lo sagrado y lo profano que tanto griegos como romanos experimentaban en sus vidas cotidianas, pero que es un rasgo común de todas las civilizaciones antiguas (Campillo, 2001: 286-294) diré que, por ejemplo, las ciudades se organizaban a partir de un recinto en el que se levantaban los edificios sagrados de la comunidad, y que era sacro. Igualmente, las actividades políticas, como las reuniones de las asambleas, iban precedidas de la realización de rituales como ofrendas o sacrificios con el fin de obtener el favor de los dioses y que su desarrollo fuese satisfactorio. Todos los magistrados, antes de realizar las funciones que les competían, llevaban a cabo siempre este tipo de acciones rituales. Incluso, antes de tomar decisiones

partir de ella, podrá empezar a conformarse un tesoro central sito en esos templos. La posibilidad de pagar a mercenarios y a los propios soldados a partir de las reservas de ese tesoro central será la clave que permitirá a los Estados acometer campañas más prolongadas de conquista y entrar en la vía que conduce a la regularización de los ejércitos (Wees, 2004: 236-238).

De hecho, se cree que para poder pagar a sus mercenarios, las *poleis* helénicas generalizaron la invención de un instrumento, la moneda de metal, que había sido acuñada por primera vez en la historia por el Reino de Lidia, vecino de las *poleis* de la costa occidental de Asia Menor. Esos pequeños discos de metal, que llevaban impresos el símbolo de la *polis* que los emitía, eran fabricados a partir de los lingotes de metal que formaban parte del botín que se guardaba en los templos, y suponían un paso más hacia la centralización del Estado, en este caso mediante la politización de la economía. Así, las *poleis* que comenzaron a acuñar su propia moneda, pronto empezaron a exigir tanto el pago de las multas y penas derivadas del ejercicio de justicia impartida por los tribunales populares, como de los impuestos extraordinarios que a veces requerían de sus ciudadanos, o los peajes impuestos a extranjeros, en esa misma moneda (Seaford, 2004: 88-95; cf. Graeber, 2012: 245).

Pero, más que a través de la consecución de un botín cuantioso en una campaña exitosa, fue la posibilidad de una extracción regular de tributo obtenido de poblaciones sometidas lo que permitió a la ciudad-estado clásica mantener un ejército regular y superar sus insuficiencias logísticas emprendiendo guerras de conquista (Gat, 2006: 231-268). Entonces, la ciudad-estado ya se habrá transformado en un imperio. En este sentido, ejemplificaré ese proceso de transformación en imperio, y a su vez, qué consecuencias trae al ámbito militar, citándome a dos casos que considero como los más significativos: la Atenas del s. V a. C. que estableció el mayor imperio de la Grecia clásica; y Roma, que constituyó el mayor imperio de la Antigüedad.

En el caso de Atenas fue el contexto de la victoria de la coalición panhelénica frente al Imperio Persa, refrendada en el año 479 a. C., lo que le ofreció la posibilidad de acceder a un suministro regular de tributo y establecer una hegemonía político-militar sobre otras *poleis*. No obstante, antes de la guerra frente al Imperio Persa la *polis* ateniense había adoptado una serie de medidas y reformas que explicarán la relativa rapidez con la que logró crear un imperio. En primer lugar, la reforma soloniana del 594 a. C., al no fijar la propiedad de la tierra como criterio irrevocable de ciudadanía, permitió ampliar grandemente el cuerpo ciudadano. Además, Solón privilegió la orientación de la *polis* ateniense hacia el comercio y la artesanía, convirtiéndola en un polo de atracción para la riqueza y los inmigrantes. Según todos los estándares del mundo griego, y Tucídides informa de ello en la conocida introducción de su obra (Tuc. I, 2), Atenas contaba con una población muy grande lo que, al menos en cuanto a tamaño de los ejércitos que podría poner sobre el terreno, ya le confería ventaja (Gschnitzer, 1987: 118). Pero será sobre todo el descubrimiento de un nuevo filón en las minas de plata de Laurión, lo que termine de impulsar el poderío ateniense. Como informa Herodoto (VII, 144), este descubrimiento, que tuvo lugar en el contexto de la guerra contra Egina justo antes del inicio de la primera invasión persa en el 490 a. C., dio pie a que

---

importantes, o para influir en las decisiones que podría tomar la asamblea, era frecuente consultar a los dioses. No existía, pues, en el mundo griego y romano antiguo, una separación entre política y religión.



los ciudadanos decidieran repartirse entre sí las monedas acuñadas del filón recién descubierto. Sin embargo, finalmente terminarían invirtiendo toda esa plata, persuadidos por Temístocles, en la construcción de la flota más grande de la Hélade. Esta flota no pudo ser probada contra los propios egipcios, pero demostraría su validez derrotando a la flota persa en el estrecho de Salamina en el 480 a. C.

La victoria frente a los persas confirmó a Atenas como el gran poder naval helénico. Y, merced al desentendimiento espartano tras la victoria de Platea del 479 a. C. que supuso el fin de la guerra con la retirada de los restos del ejército persa de tierra, ese prestigio permitió a Atenas liderar una alianza militar de varias *poleis*, la Liga de Delos, cuyo objetivo era proseguir la guerra frente a la amenaza persa. A esta alianza sus miembros otorgaron una duración indefinida, algo simbolizado por el hundimiento de unas barras de hierro en el mar. Por otra parte, que el resto de *poleis* de la Liga reconocían la hegemonía ateniense lo demuestra el hecho de que Atenas presidía el Congreso de la Liga, donde se decidían las expediciones que se emprenderían, así como que cada uno de los miembros hubiese sellado su adhesión a la Liga jurando tener los mismos amigos y enemigos que Atenas (Wees, 2004: 14). Esa hegemonía ateniense se basaba en su superioridad naval y económica, como demostraba el hecho de que su aportación al tesoro de la Liga fuese la más cuantiosa. De hecho, todos los miembros de la Liga acordaron aportar anualmente ayuda militar en forma de barcos o un tributo. Ese tributo se almacenaba en el templo de Apolo en la isla de Delos, que pasó a constituir el tesoro de la Liga. Ahora bien, aprovechándose de su hegemonía, Atenas terminaría finalmente apropiándose del tesoro de la Liga, que sería traspasado a la acrópolis ateniense, y convirtiendo el tributo en un tributo imperial.

Ese tributo imperial era, como reconoce el autor del opúsculo pseudo-jenofonteo (I. 1-4), la clave de bóveda que sostenía la democracia ateniense, y además mantenía su superioridad militar. Con ese tributo no solo se establecía un sueldo para que los ciudadanos pobres pudiesen ausentarse de sus trabajos y desempeñar su función en los tribunales populares o la asamblea haciendo realidad la democracia (el gobierno de los pobres), sino que también permitía ofrecer un sueldo a los mercenarios y ciudadanos pobres que, de esa manera, podían remar en la flota todo el año. Esta flota ejercía una patrulla constante por las aguas del Mar Egeo, facilitando la tranquilidad y prosperidad comercial de la propia Atenas. Además, Atenas completó esa dominación unificando los sistemas de pesos y medidas de todos los miembros de la Liga, imponiendo su propia moneda —algo que favorecía a su propio comercio—, y, finalmente, obligando a los aliados a resolver determinadas querellas en los tribunales atenienses. De ese modo, cuando cualquier aliado trataba de rebelarse, la democracia ateniense se veía obligada a responder contundentemente por vía militar subyugándolo, estableciendo un régimen democrático afín a Atenas, y apropiándose de una parte de sus tierras que posteriormente cedía a sus ciudadanos más pobres que se establecían como colonos o clerucos (Canfora, 2014: 91-170).

Por su parte, Roma comenzó alcanzando la hegemonía dentro de la confederación latina por medio de la guerra. Sin embargo, a diferencia de Atenas, Roma únicamente pedía a sus aliados una aportación militar y no un tributo. Ese tributo para sufragar los gastos de la guerra lo solicitaba la República romana de sus propios ciudadanos. La primera vez que esto sucede es durante la larga guerra contra Veyes (403-396), y sirvió para pagar un sueldo (*stipendium*) a los soldados participantes. Ese tributo, puesto que era extraordinario, no



establecía una cantidad fija, sino que el senado, en virtud de las circunstancias, fijaba una determinada cantidad que se repartía proporcionalmente entre el censo de ciudadanos según el patrimonio poseído por cada uno. Evidentemente, los ciudadanos pobres, los *proletarii*, que tampoco debían prestar servicio militar, quedaban exentos de su pago. Cuando la campaña terminaba, la República podría devolver la cuantía de ese tributo mediante el botín confiscado (Nicolet, 1976).

Por otra parte, a diferencia de Atenas, Roma, además de confiscar tierras a los enemigos derrotados, que pasaban a ser *ager publicus* romano y distribuía entre sus propios ciudadanos, dio el paso de formalizar la conquista de esos enemigos mediante la concesión de la ciudadanía romana. A este respecto, habría que distinguir, en un principio, entre el *municipium*, que implicaba la concesión de la ciudadanía romana a una comunidad que pasaba a regirse por la ley romana pero permanecía como una *res publica* separada; y la colonia latina, ya atestiguada en época de la realeza tribal romana, por la cual a la comunidad anexada se le concedía la ciudadanía latina. Ello implicaba también el derecho de obtener la ciudadanía romana si el individuo en cuestión se trasladaba a vivir a Roma. Pero, sobre todo, estas formas de anexión sirvieron a Roma para ir aumentando su cuerpo ciudadano y su base tributaria<sup>74</sup>, con lo que pudo llevar a cabo campañas cada vez más largas y alejadas de su territorio (Humbert, 1978). De igual modo, ello implicó una reforma del servicio militar, puesto que según el sistema del *dilectus* los ciudadanos reclutados debían servir por un período obligatorio de seis años. Finalmente, con el inmenso botín que produjo la conquista de Macedonia, y los impuestos que debían pagar los territorios anexionados, el erario público quedó engrosado de tal manera que el tributo que debían pagar los ciudadanos romanos para sufragar los gastos de la guerra desapareció. A partir de entonces, el sueldo de los soldados pudo ser costado a expensas de ese erario público.

Por lo tanto, el crecimiento económico, la creación de un tesoro central, en definitiva, la disponibilidad de dinero, fue vital para el crecimiento de la guerra y la progresiva regularización de los ejércitos (Serrati, 2007: 488-491). Con respecto a estos, la tendencia será que, con la instauración de la paga y el alargamiento de las campañas, se produzca un proceso de proletarización, pues la importancia del ciudadano propietario irá decayendo y, en cambio, los ejércitos pasarán a estar compuestos de forma mayoritaria por ciudadanos pobres que se alistaban voluntarios en busca de la paga y el botín; en definitiva, por la promesa de una vida mejor en forma de reconocimiento social y un retiro digno (Watson, 1985: 72-74). Este proceso de proletarización en el caso de Roma se verificó en la época de Cayo Mario (157-86 a. C.), quien fijó el término del servicio en 16 años<sup>75</sup> y, además, comenzó a equipar a sus legiones a expensas de la República. Con ello, convirtió a la legión en una institución estable y un oficio atractivo para las clases pobres (Harmand, 1969: 61-73). Asimismo, Mario integraría definitivamente los contingentes de tropas aliadas, que habían venido sirviendo de siempre como cuerpos auxiliares, en la legión. No obstante, esta situación, puesto que esos aliados itálicos cargaban con el peso de las conquistas romanas, pero no disfrutaban de sus beneficios, terminaría siendo la causa principal que determinaría el estallido de la llamada

---

74 Las colonias latinas también estaban obligadas a enviar contingentes militares que luchaban como auxiliares en las legiones.

75 Pasando por alto la condición de propietario exigida desde la época de Servio Tulio para servir en la infantería romana.

“Guerra Social” (90-89 a. C.) (Serrati, 2007: 496).

Por su parte, en el caso ateniense (y, en general, en la civilización helénica clásica), no se llegó a producir tal proletarización del ejército. Aunque los remeros que movían la flota donde residía el poder de Atenas eran los ciudadanos pobres, la Atenas imperial nunca prescindió de los servicios de sus ciudadanos-propietarios para servir tanto en la flota como en la falange. De hecho, en el caso de la Grecia clásica, en general, más que la proletarización del ejército, lo que se produjo con el crecimiento económico de ciertas *poleis* como la propia Atenas, Esparta, Tebas o Corinto, y el subsiguiente alargamiento de las campañas militares, fue un auge del mercenariado (Parke, 1970). Ni siquiera la Atenas imperial durante el cénit de su poder pudo mantener un ejército de profesionales totalmente pagado a expensas del tesoro público. Por el contrario, tenderá a recurrirse cada vez con mayor frecuencia a mercenarios procedentes de regiones más atrasadas, como el oeste y norte de la Hélade, o la región tracia de la que procedían los famosos peltastas tracios: una especie de infantería ligera, que cobrará un protagonismo relevante en los campos de batalla helénicos desde la guerra de fines del s. V a. C. entre espartanos y atenienses (Best, 1969). Así, gracias a estos mercenarios, Atenas podrá completar no solo su flota, sino, sobre todo, los cuerpos de infantería ligera y caballería de su ejército de tierra.

Esta proletarización y mercenarización que sufrieron los ejércitos de las ciudades-estado que lograron establecer formas de dominación imperial tuvo dos consecuencias importantes. En primer lugar, tenderán a consolidarse los diferentes cuerpos de tropa (infantería pesada, infantería ligera, caballería) fomentando una mayor flexibilidad táctica y un arte de la guerra en el que la movilidad será vital. Así, en la Grecia clásica, la infantería ligera (arqueros y peltastas), y la caballería adquirirán una gran importancia táctica (Lendon, 2006: 189-208). En Roma, es nuevamente Mario el que dará el paso de la legión manipular típica de los primeros siglos de la República, a la legión de cohortes. Frente al tipo de combate más arcaizante, semejante al tribal, que fomentaba la división de la legión en manipulos, las cohortes tenían mayor facilidad para concentrarse en puntos concretos de la línea enemiga y, además, podían diversificar el ataque dirigiéndose hacia los flancos y la retaguardia, donde actuaban de manera autónoma. Asimismo, en razón de su mayor tamaño, era más difícil que quedasen aisladas en el campo de batalla y se viesan arrolladas de golpe, como sucedía con los manipulos (Lendon, 2006: 294-306).

En segundo lugar, la proletarización y mercenarización del ejército también trajo consigo un descenso en la estima social de la milicia, derivada del hecho de que estos soldados procedentes de las clases más pobres de la sociedad, o de comunidades atrasadas, luchaban preferentemente por la paga y la posibilidad de beneficiarse del botín capturado. De este modo, la tentación de llevar las campañas hasta el final completándolas con el saqueo y esclavización de los enemigos derrotados era una tendencia bastante acusada. Así lo denuncian los propios autores griegos y romanos, quienes nos transmiten una imagen de esos soldados como indisciplinados y brutales. Por ejemplo, dentro la propia *polis* ateniense a lo largo del s. V a. C., existirá una corriente de opinión de tendencia oligárquica que se dedicará a ensalzar a la falange de hoplitas que logró la victoria en Maratón como forma de despreciar a la flota imperial ateniense y sus remeros (Prost, 1969: 69-87). En el caso romano, en la obra de algunos historiadores como Tácito (*Ann.* IV, 4. 2), se denuncia la pérdida del ideal del soldado-ciudadano, y la corrupción de los valores romanos que

provocan un tipo de soldado *rusticus* y *agrestis* que solo lucha por el afán de riquezas (Watson, 1985).

Mientras que en la Grecia clásica, como ya he comentado, el paso hacia la profesionalización total del ejército nunca se llegó a dar, en el caso romano serían las reformas emprendidas por Octaviano, tras su victoria en las guerras civiles que asolaron la República romana desde finales del s. II a. C., las que darían forma definitiva al ejército profesional romano. Este ejército se financiaba a expensas de un *aerarium militare* creado por Octaviano en el año 6, y se nutría en esencia de dos nuevos impuestos, la *vicesima hereditatium* (una exacción del cinco por ciento sobre sucesiones) y la *centesima rerum venalium* (impuesto del uno por ciento sobre las ventas), que gravaban fundamentalmente a los ciudadanos ricos. De este modo, la explotación económica de los territorios conquistados (convertidos en provincias), se regularizará y oficializará (Fdez. Ubiña, 2000: 50). Para la recaudación de estos impuestos con que se pagaba el *stipendium* de los soldados profesionales romanos, Octaviano estableció un servicio civil imperial, una especie de burocracia formada y dirigida por hombres de las élites políticas del imperio. A su vez, ese *stipendium* variaba según la jerarquía del cuerpo militar en cuestión. A finales del mandato del que fue el primer emperador romano, los legionarios ganaban 225 denarios anuales; los marineros y auxiliares 5/6 del sueldo de los legionarios; y los que más ganaban eran los pretorianos con 750 denarios anuales<sup>76</sup> (Rathbone, 2007: 159).

Asimismo, aunque Octaviano mantuvo el requisito de la ciudadanía como condición para entrar en el ejército, el alistamiento ahora ya era totalmente voluntario. Además, el largo período de guerras civiles y conflictos sociales habían hecho mella en la población itálica, de tal modo que hubo que reclutar también a no ciudadanos. No obstante, estos obtenían la ciudadanía romana nada más alistarse, caso de los legionarios, o tras licenciarse, como se estipuló tras el reinado de Claudio para marineros y auxiliares<sup>77</sup>. Hay que tener en cuenta, pues, que el ejército también se convirtió en una profesión atractiva no solo para los miembros con menos recursos de la sociedad romana, sino también para los *peregrini* o extranjeros, tanto por la posibilidad de obtener ganancias gracias al botín, como por otro tipo de privilegios que la profesión militar comportaba, como la obtención de la ciudadanía romana y ciertas exenciones fiscales (Webster, 1969: 142-145; cf. Sherwin-White, 1973: 191-192, 215). En consecuencia, el ejército regular romano comenzaba a asemejarse a los ejércitos profesionales multinacionales con que los modernos Estados europeos lucharon sus guerras desde finales de la Edad Media hasta la constitución de los ejércitos nacionales en el s. XIX.

En definitiva, la profesionalización del ejército, como muestra el caso romano, significó la disociación entre la esfera civil y la esfera militar puesto que, aunque siguiesen

---

<sup>76</sup> Único cuerpo militar acampado de forma permanente en la propia Roma, los pretorianos que sumaban unos 9.000 hombres, eran el séquito personal del emperador. A este cuerpo solo podían acceder ciudadanos romanos.

<sup>77</sup> Octaviano también fijó un nuevo período de servicio para los diferentes cuerpos militares: los ciudadanos que servían como pretorianos lo hacían durante 16 años; los legionarios, 20 años; y los marineros y auxiliares, estaban obligados a prestar servicio hasta 26 años (Watson, 1985: 101-102).

existiendo ciudadanos en el ejército<sup>78</sup>, ya no se concebía el servicio militar como un deber exclusivo del cuerpo ciudadano. Esta especialización de la función militar también afectará a la propia dirección del ejército, y ello porque con la profesionalización del ejército también se asienta una jerarquía de mando permanente, pues con la extensión de las campañas militares la guerra devino cada vez más un asunto técnico. Los comandantes disponían de una diversidad de tropas que posibilitaban una mayor flexibilidad táctica en el campo de batalla y, con la prolongación de las campañas, la logística y, por ende, la estrategia, cobraron una gran relevancia. Había que saber utilizar las diferentes tropas sobre muy diversos escenarios de guerra. Así, por ejemplo, durante la guerra que enfrentó a atenienses y espartanos a final del s. V a. C., comienzan a destacar generales que, como el ateniense Demóstenes o el espartiatas Brasidas, muestran una gran pericia logrando victorias sobre diferentes terrenos haciendo uso de la versatilidad que permitía la nueva organización militar. De hecho, es en esa guerra cuando por primera vez escuchamos formular a Pericles, en un discurso ante la asamblea ateniense según el relato tucidideo (I, 141-144), una estrategia general: que Atenas debería abstenerse de enfrentarse en campo abierto con la falange peloponesia, y centrarse en cambio en mantener la primacía naval, confiando además en que la escasez de reservas monetarias de los espartiatas hiciese la guerra corta.

Asimismo, con el alargamiento de las campañas gracias a la mejora de las capacidades logísticas, comenzaron a producirse cambios en los asedios de los recintos urbanos, que empiezan a adquirir una apariencia distintiva. Si hasta entonces más que de asedio habría que hablar de simple asalto de las murallas, o toma de los recintos urbanos mediante estratagemas y traiciones de habitantes del interior<sup>79</sup>, a partir de ahora la táctica se centrará en tratar de rendir por agotamiento financiero y por hambre a la comunidad asediada. Este nuevo asedio consistiría en que el ejército agresor se apostase en los alrededores de la ciudad, y construyese un muro de circunvalación doblado por otro de contravalación para impedir la salida de los asediados y, por otra parte, guardar su retaguardia de cualquier posible ataque que pudiese producirse con la llegada de refuerzos en ayuda de los asediados. En la civilización helénica clásica, el primero en recurrir a este tipo de asedio fue el ejército ateniense, al que en el s. V a. C. vemos someter así a menudo a los aliados de la Liga de Delos que se rebelaban. Y no solo lo empleó como una táctica ofensiva, sino también defensiva. Durante la guerra contra los espartanos y la Liga del Peloponeso del 431-404 a. C., la famosa estrategia periclea complementaba el rechazo a la batalla en campo abierto con el resguardo de los atenienses tras las murallas de la ciudad. Y es que esas murallas conectaban igualmente a la ciudad con su puerto que, merced a la preponderancia de su flota, le comunicaba con el exterior y le permitía obtener el sustento del que vivir (Garlan, 1972: 117-120).

Por otra parte, en ese tipo de asedios el ejército agresor no se mantenía estático a la espera de que el asediado se rindiese por hambre, sino que realizaba continuos ataques a las

---

78 Ciudadanos que servían normalmente como legionarios, y que apenas entraban en contacto con el enemigo durante el combate permaneciendo en la retaguardia: esa tarea era realizada más bien por los auxiliares. Los ciudadanos legionarios eran necesarios, sobre todo, como ingenieros técnicos durante los asedios, y también realizarían funciones de intendencia (Lendon, 2006: 319-324).

79 Tácticas que, como puede extraerse de la lectura de las fuentes griegas y romanas, seguirán empleándose siempre combinadas con otras diferentes.

murallas para minar poco a poco la resistencia de los asediados. Por razones obvias, para este tipo de ataques eran empleadas, sobre todo, las tropas ligeras de arqueros, peltastas, los *velites* compuestos por los auxiliares en el caso romano, etc. Los combates entre asaltantes y defensores estaban mediatizados por todo tipo de obras y máquinas de asedio: terraplenes, andamios de madera con diversas formas e incluso ruedas desde los que los asaltantes arrojan todo tipo de proyectiles, escaleras, el arrojo de todo tipo de armas incendiarias, máquinas de tiro como la famosa catapulta griega, el arcobalista, el carrobalista o el *tormentum* romanos, la excavación de túneles, etc.<sup>80</sup>. Este tipo de asedios se haría frecuente en las guerras entre las *poleis* helénicas a partir del s. IV a. C. No obstante, serían sobre todo los monarcas helenísticos, quienes extendían su dominio por amplios territorios y disponían de mayores recursos financieros en comparación con las pequeñas *poleis* clásicas, los que llevarían el arte de la poliorcética a su perfección en la Antigüedad clásica no solo en cuanto a la fabricación de la maquinaria de asedio, sino también en cuanto a la propia arquitectura de las fortificaciones. Este arte empezarán a aprenderlo los propios romanos a partir de su contacto con esos monarcas helenísticos (Garlan, 1972: 120-138).

Por lo tanto, la creciente complejidad técnica de la guerra provocó que la propia institución del generalato se hiciese cada vez más permanente. Quiere ello decir que, aunque esa función siguió siendo desempeñada por hombres de rango aristocrático, debido a los conocimientos que era necesario poseer, pasó a ser detentada por un reducido círculo de especialistas que comenzaban a repetir en el cargo, ocupándolo por períodos cada vez más prolongados. Por lo tanto, la especialización funcional de la guerra también se va a reproducir en el seno de la clase aristocrática. Sin embargo, esto será muy peligroso. Al igual que la profesionalización de la función militar hará que para muchos ciudadanos pobres y extranjeros esta se convierta en una carrera, para muchos aristócratas el ejército podrá ser concebido como el instrumento idóneo para alcanzar el poder. Debido al largo tiempo que duraban las campañas, podía terminar forjándose un vínculo especial de lealtad entre la tropa y su general. Este vínculo era particularmente estrecho en el caso de generales exitosos cuyas campañas reportaban un abundante botín para sus tropas. Pero, entonces, esos generales podrían considerar a esas tropas como su séquito personal, y emplearlas para influir en la política interna de su comunidad. Este es un desarrollo que el mundo griego clásico ya conoció en el s. V a. C. en las figuras del ateniense Alcibíades o del espartiatas Lisandro, por ejemplo; y que se volvería frecuente a lo largo del s. IV a. C. (Hodkinson, 1995: 146-175; Millet, 1995: 177-194).

Sin embargo, alcanzaría una mayor dimensión en el último siglo de la República romana. Contra el trasfondo de los problemas sociales derivados del deseo de los ciudadanos plebeyos y de los aliados de participar más activamente en la política romana y, por ende, de los beneficios de las conquistas, se generará una división dentro de la aristocracia romana que llevará al estallido de una serie de guerras civiles donde los protagonistas serán los principales generales como Sila, Mario, Julio César, Pompeyo, etc., que emplearán sus

---

80 Como ya he comentado, la realización de esas máquinas y trabajos de ingeniería eran normalmente reservadas a los ciudadanos que servían en el ejército. Pero para elaborar esas obras se precisaban carpinteros, albañiles, herreros, etc., es decir, artesanos que desempeñasen un trabajo manual, más que aristócratas o ciudadanos propietarios, para los que además sería contraproducente pasar largo tiempo lejos de sus propiedades. Así, se puede observar cómo la propia práctica del asedio en la Antigüedad clásica es un síntoma de la proletarización y mercenarización de los ejércitos.



ejércitos para hacer valer la opción política de su bando (Hellegouarc'h, 1969: 169-171). Finalmente, el vencedor será Octaviano quien, a partir del año 31 a. C., iniciará una serie de reformas que pondrán fin a la República e instaurará el régimen imperial. De estas reformas, la más importante desde la perspectiva de este trabajo, será la que afecte al propio ejército romano.

Además de la creación del tesoro militar y la fijación de los términos de servicio que ya he comentado, Octaviano, tras el fin de las guerras civiles, reducirá el número total de soldados a unos 300.000 hombres repartidos en 28 legiones y otras tantas unidades auxiliares. Lo más revelador de la situación es que el primer emperador romano hará que todas esas legiones juren fidelidad a su propia persona, y no al Senado y al pueblo de Roma como era costumbre. De igual modo, en campaña las legiones comenzaron a llevar consigo imágenes del emperador. No contento con ello, Octaviano también creó la guardia pretoriana, un pequeño ejército de 9.000 hombres compuesto exclusivamente por ciudadanos romanos y acampado permanentemente en la propia urbe romana que, aunque en principio debía proteger al Senado, terminaría conformando la guardia personal del emperador (Watson, 1985: 13-19).

En realidad, el Imperio Romano no era nada más que una monarquía militar. El emperador no tendrá más legitimidad que la que le proporcionen los éxitos bélicos. Por consiguiente, su única preocupación consistirá en mantener una dieta de victorias militares que le permitan mantener bien alimentadas, regularmente pagadas y ocupadas a las legiones sobre las que se sustenta su poder<sup>81</sup>. Ese ejército, del mismo modo que sucedía en la Atenas clásica, donde la flota era la que sostenía la democracia en casa y el imperio en el exterior, era el pilar clave, el factor cohesionador que sostenía el Imperio Romano: si sucumbía el ejército, sucumbía el imperio<sup>82</sup> (Fdez. Ubiña, 2000: 45; Campillo, 2001: 206). Por esa razón, con la llegada del Imperio, Roma no detendría sus conquistas. Antes bien, Octaviano trasladaría sus legiones a la frontera, el *limes*, del imperio donde se acantonarían de forma permanente y podrían emprender nuevas campañas contra pueblos todavía no sometidos al dominio romano. De este modo, en las provincias interiores del imperio ya no se volvió a ver durante mucho tiempo un soldado romano. Ello permitió a Octaviano anunciar que con él se había inaugurado una nueva época de paz convenientemente publicitada y difundida mediante un intenso programa arquitectónico y artístico, pero cuya leyenda también se grabó en las monedas romanas (Zanker, 1992).

Por último, la creciente complejidad técnica de la guerra con la profesionalización de los ejércitos y la prolongación de las campañas, también motivó que esta comenzase a ser concebida cada vez más como un arte. No solo se generalizó el entrenamiento militar, sino que puesto que se consideraba que los propios generales debían poseer cierta competencia

---

81 A partir de entonces, todos aquellos emperadores que lograsen mantener las fronteras del Imperio y extenderlas, amén de gobernar con justicia respecto a sus súbditos imperiales, serían considerados como buenos emperadores que gozaban del apoyo de los dioses y, en consecuencia, a su muerte, el Senado les divinizaría otorgándoles el título de *divus*. En cambio, con los malos emperadores se procedía a borrar toda huella de su gobierno mediante la *damnatio memoriae* (Fdez. Ubiña, 2000: 97)

82 Así sucedió en el caso de Atenas, la destrucción de cuya flota en el 404 a. C. supuso el fin de su imperio. Y también en el caso de la mitad occidental del Imperio Romano que cayó cuando su ejército fue desbaratado tras la oleada de incursiones de los pueblos germánicos en los ss. IV y V d. C.



técnica, comenzaron a escribirse los primeros tratados militares en los que se abordaban cuestiones como el correcto entrenamiento de los soldados, la disposición de las tropas sobre el terreno para la batalla, el uso de estratagemas, cómo deben realizarse las marchas por territorio hostil, diversos temas de arquitectura militar como castramentación, etc. (Lendon, 2006: 155-156) No obstante, estos tratados militares grecolatinos, que debemos a autores como Eneas Táctico, Jenofonte, Polieno, Frontino, Vegetio, etc., constituyen más bien una compilación de consejos y anécdotas extraídas del relato de otras obras que esos autores, habitualmente ellos mismos hombres que desempeñaron el generalato o fungieron como oficiales en el ejército, dirigen a otros hombres destinados a desempeñar las mismas funciones para que pudiesen sacar el mejor provecho de sus tropas. No obstante, a partir de estas obras, a diferencia de lo que sucederá desde la Edad Moderna, nunca se desarrolló una ciencia de la táctica o la estrategia.

En mi opinión, esto se debería a dos factores estrechamente vinculados. En primer lugar, tanto durante la Antigüedad clásica como la Edad Media predominará una concepción débil del pasado propia de sociedades conservadoras donde, pese a que existirá una conciencia del cambio histórico, este se intentará limitar privilegiando en cambio la repetición del pasado. Ello determinará que, en el ámbito militar, pese a que con la constitución de los imperios empiece a cobrar importancia la dimensión técnica de la guerra, la concepción preponderante acerca de la misma sea siempre la que denominaré como teológico-moral. Según esta concepción, la buena conducta de los soldados en el campo batalla, la mezcla de valor (*virtus* o *areté*) y contención (*disciplina* o *sophrosyne*) serán, junto con el cumplimiento de una serie de rituales que garantizan la asistencia divina, las que se consideren como más determinantes a la hora de obtener la victoria<sup>83</sup>.

Con todo, los tratados militares contribuirán a la consolidación de dos ideas sobre la guerra y la victoria militar que, a partir de la Edad Moderna, con el nacimiento del Estado moderno y la vuelta a los ejércitos profesionales, posibilitarán la conversión gradual del arte de la guerra en una ciencia centrada en la estrategia y la táctica. En primer lugar, con la idea de que los generales, además de liderar su ejército haciendo gala de su propia valentía en la primera línea de batalla, debían usar su inteligencia para saber mover y disponer a sus tropas sobre el terreno para presentar batalla en una posición ventajosa respecto del enemigo<sup>84</sup>. Y, en segundo lugar, con la idea de que el valor y la disciplina de los soldados eran cualidades que requerían un entrenamiento continuo (p. ej. Vegetio, I. 1. 2; I. 1. 7-8).

---

83 Por otra parte, la tendencia a concebir la guerra en términos teológico-morales explica las escasas innovaciones en la tecnología armamentística que se dieron en el ámbito militar. Prácticamente la lanza, el escudo, la espada, el hacha, el arco y la armadura fueron las armas distintivas de los guerreros y soldados hasta casi la Edad Contemporánea. La causa de los cambios en la composición y la táctica de los ejércitos, por tanto, no habría que buscarla en las innovaciones tecnológicas, sino más bien en el cambio en las condiciones políticas, sociales y económicas, que son las que determinan el alcance y poder del aparato militar de cada sociedad. Por ejemplo, como ya expliqué, la pobreza (económica y demográfica) de Grecia y Roma durante buena parte de su historia determinó el corto alcance de las expediciones militares de las *poleis* y la *civitas*, así como que la infantería siempre fuese más numerosa y determinante que la caballería (Lendon, 2006: 19-29).

84 Vegetio, por ejemplo, pese a que reconocía que la batalla ofrecía una oportunidad para conseguir una victoria definitiva sobre el enemigo, aconsejaba retrasarla e incluso evitarla totalmente si no se poseía una posición totalmente favorable que hiciese la victoria casi inevitable (Vegetio, III. 9; III. 11).

### 1.7.3. La reflexión moral sobre la guerra

La esclavitud, a veces en masa y tanto de hombres como de mujeres y niños; la devastación y pillaje de los campos y los núcleos urbanos; el asesinato del enemigo recurriendo a todo tipo de estratagemas y armas; la mutilación de los cadáveres; la subyugación política y explotación económica de los pueblos conquistados mediante la fuerza militar; la transformación de las guerras externas en auténticas guerras civiles donde la comunidad dividida presencié la más extrema crueldad entre antiguos conciudadanos e incluso parientes; todas ellas fueron realidades recurrentes y bien conocidas de la guerra en la Antigüedad clásica. Podría decirse, por consiguiente, que el Estado antiguo también conoció la “guerra total”. Así lo atestiguan, por ejemplo, las acciones de la Atenas imperial contra *poleis* como Scione o Melos durante la guerra contra Esparta y la Liga del Peloponeso, donde todos los hombres adultos fueron asesinados y las mujeres y los niños esclavizados y deportados; o la guerra de la República romana frente a Cartago que terminó con la reducción de esta última a un campo yermo sobre el que los romanos esparcieron sal para que nada volviese a crecer allí.

Ahora bien, tanto los griegos como los romanos intentaron someter a la guerra a cierta regulación que mitigase de alguna manera esa crueldad inherente a la propia actividad bélica y le otorgase un significado y una función. Puede decirse, por lo tanto, que en las civilizaciones clásicas helénica y romana existía también un rechazo al derramamiento de sangre (Fdez. Ubiña, 2000: 596-597). De ese rechazo da fe el hecho de que en las obras de los autores grecorromanos se pueden encontrar dispersas ciertas afirmaciones que denuncian los males inherentes a la guerra; incluso en autores que tampoco tienen problemas en ensalzar los beneficios que esta puede producir. Así, podemos encontrarnos con afirmaciones como las siguientes: “grata es la guerra para los que la desconocen, pero aquel que la conoce tiembla en su corazón sobremanera cuando se acerca” (Píndaro, Fragmento 110); “pues nadie es tan necio que elija la guerra en vez de la paz: en esta los hijos sepultan a los padres, en aquella los padres a los hijos” (*Her.* I, 87); “la guerra, al eliminar las facilidades de la vida cotidiana, es una maestra de modales violentos” (*Tuc.* III, 82); “el crimen glorioso de los genocidios” (*Sen. Ep.* 95, 30); y un largo etc.

Con todo, pese a criticar la dureza y los males de la guerra en general y preferir en principio la paz, los antiguos griegos y romanos tendían a concebir la guerra como un hecho social natural (Vernant, 1968: 10; Brisson, 1969: 2-4; Momigliano, 1984b: 21-22). En definitiva, una condición permanente de las relaciones entre Estados (p. ej., Platón, *Leyes*, 626a); algo que, la concepción de la defensa de la autonomía política de las comunidades como un derecho fundamental, tendía a fortalecer (Romilly, 1968: 207). Así, pues, el reconocimiento de esa aporía —la guerra tiene consecuencias funestas pero es inevitable— fue la base a partir de la que tanto griegos como romanos desarrollaron una convención<sup>85</sup> con el fin de limitar en la práctica esas consecuencias funestas. Esta convención fue reforzada por la elaboración, en el plano teórico, de una distinción entre guerras buenas y guerras malas que configuró el primer intento de formulación de una concepción de la guerra justa

---

<sup>85</sup> Tomo el concepto de convención bélica en el sentido en que es definido por Michael Walzer (2001: 81): “Propongo denominar convención bélica al conjunto de normas articuladas, costumbres, códigos profesionales, preceptos legales, principios religiosos y filosóficos que, unidos a los mutuos acuerdos entre las partes, dan forma a nuestros juicios sobre la conducta militar”.

en el mundo occidental.

No obstante, debe mantenerse siempre presente que esa regulación de la guerra en la Antigüedad clásica únicamente estaba dirigida a proteger de los efectos devastadores de la violencia a aquellos ciudadanos de sexo masculino que participaban como hoplitas o legionarios en las apretadas filas de la infantería y la caballería<sup>86</sup>. Asimismo, la reflexión ética sobre la guerra llevada a cabo por los filósofos de la época clásica se asentaba sobre categorías que transmitían un prejuicio etnocéntrico y aristocrático, por lo que sus racionalizaciones de la guerra convertían a esta en un instrumento que justificaba la conquista de los pueblos bárbaros e inferiores por los pueblos civilizados y superiores (griegos y romanos), así como el dominio interno de un grupo social (el de los ciudadanos varones preferentemente de linaje aristocrático) sobre el resto (esclavos, hombres libres no ciudadanos y mujeres).

#### 1.7.3.1. Las reglas de la guerra

Con respecto a la cuestión de las reglas que delimitaban la práctica del combate real, tocamos un punto clave en lo que se refiere a la apreciación historiográfica contemporánea sobre el carácter de la guerra entre *poleis*. Así, desde principios del s. XX, viene siendo habitual entre los historiadores de la guerra en la antigua Grecia decir que los griegos habrían inventado un tipo de guerra concebida como una especie de torneo o competición entre *poleis*, el denominado *agôn*, cuyas reglas habrían sido establecidas de antemano por ambos contendientes. El primero en llamar la atención sobre el carácter agonal de ciertos conflictos entre *poleis* habría sido en un artículo de 1920 el clasicista británico Gardner quien, en principio, los caracterizó como una especie de ordalías o juicios divinos (Brelich, 1961: 16). Su importancia se derivaría no solo del hecho de que se pensó que este tipo de combate constituía un rasgo característico de la civilización helénica y, en concreto, de su época arcaica. Así, se le definía como un tipo de combate regulado y, por lo tanto, racional. A este respecto, el enfrentamiento entre Calcis y Eretria por la llanura Ielantina, que según las propias fuentes helénicas habría dividido al mundo griego en dos bandos aliados en torno a cada uno de estos contendientes, sería el paradigma de *agôn*, de guerra entre *poleis*: no solo porque el lugar y día de la batalla fuesen acordados previamente, sino asimismo por el convenio que prohibía el uso de armas arrojadas. De este modo, el combate se redujo a un enfrentamiento entre tropas de infantería pesada. Por lo tanto, en esta guerra se produciría la primera batalla entre falanges de hoplitas de que dan testimonio las fuentes clásicas.

En 1932, Schaefer sería el primero en definir este tipo de combate reglado entre hoplitas como *agôn*, una especie de justa caballeresca donde lo único que estaría en juego sería el honor de los combatientes. Unos tres años más tarde, Ehrenberg matizaba a Schaefer

---

86 Con ello pretendo resaltar que, en principio, no existían reglas explícitas ni implícitas, que tuviesen en cuenta la protección de las mujeres, ancianos y niños que no participaban directamente en los combates, ni de aquellos varones de condición no ciudadana que, según las circunstancias de cada campaña, engrosasen las filas del ejército. El general del ejército vencedor era el que decidía, según dictase el imperativo militar, el tratamiento que se reservaba a los miembros de estas categorías sociales. No obstante, como acabo de comentar, ese imperativo militar era habitualmente el que, en la práctica, regía la actuación de los ejércitos clásicos en el campo de batalla incluso con respecto a los soldados de condición ciudadana a los que cabía aplicar la reglamentación bélica.

al estipular que en este tipo de combates sometidos a reglas, no solo estaba en juego el honor, sino que el elemento material, esto es, la posesión de la tierra sobre la que se disputaba la batalla, y el elemento político, es decir, la hegemonía, también importaban (Brelich, 1961: 16). Más adelante, Angelo Brelich (1961), realizando un estudio comparativo de este tipo de combates los interpretaría también como un tipo de ritos iniciáticos sometidos a cierta periodicidad, y destinados a que los jóvenes que se incorporaban a la edad adulta probasen por primera vez el combate hoplítico. Con todo, como se demuestra en la recopilación de artículos sobre la guerra en la Grecia antigua llevada a cabo por Jean-Pierre Vernant en 1968, la idea de la guerra entre *poleis* como un choque entre falanges de hoplitas sometido a reglas ya había ganado consenso entre los historiadores de la Antigüedad clásica: *Le heurt des phalanges est soumis à règles, il a des aspects ludiques: c'est un agôn, à la fois concours et combat, épreuve et jeu* (Detienne, 1968: 123); *La guerre entre cités était, en effet, un état latent mais non pas incontrôlé. Conçue comme un tournoi, elle comportait ses rites et ses limites* (Romilly, 1968: 211). Asimismo, de esta definición de la guerra entre *poleis* como un *agôn* hoplita (Garlan, 1972; Lonis, 1979; Connor, 1988), Hanson derivaría su propia teoría de la batalla decisiva, núcleo esencial de su concepción del *Western Way of War*.

Sin embargo, si bien es cierto que la lucha de batallas, e incluso batallas previamente acordadas, como sucedía en las sociedades primitivas, fueron una característica constante en la historia militar helénica, incluso en la época arcaica, cuando las carencias logísticas de las *poleis* eran mayores, no se podría decir que las *poleis* hubiesen buscado conscientemente limitar la guerra a una batalla decisiva. Las incursiones en busca de botín, las emboscadas, etc. que podían terminar con el arrasamiento y esclavización de poblaciones enteras fueron también otra constante de la historia militar helénica. Además, muchas de las supuestas batallas que son caracterizadas por los classicistas como agones hoplitas, como por ejemplo el famoso enfrentamiento entre 300 espartanos y 300 argivos por la Tireátide narrado por Herodoto (I, 82; cf. Brelich, 1961: 22-34), responderían al modelo de duelo colectivo de campeones; es decir, una forma de arbitraje para zanjar el conflicto sin prolongarlo (Fdez. Nieto, 1975: 51).

Pese a todo, ello no quiere decir que los antiguos griegos intentaran establecer una cierta regulación de la guerra. A excepción del convenio sobre la prohibición de armas arrojadas de la guerra Ielantina, así como del convenio acordado entre los miembros de la anficiónía pileo-délfica tras la Primer Guerra Sacra en la que se comprometían a no privar de agua o comida a ninguno de los miembros de la anficiónía en caso de asedio, de los que tenemos noticia por autores como Estrabón (X, 448) y Esquines (*De la embajada*, 115), el resto de reglas que delimitarían la guerra entre *poleis* nunca habrían sido formalizadas<sup>87</sup> (Ober, 1994: 12). No obstante, es posible conocer su existencia porque la ruptura de alguna de ellas siempre ocasiona algún comentario crítico al respecto por parte de los propios autores helénicos. Y es que, pese a no haber sido objeto nunca de sistematización en un código jurídico, no por ello dejaban de tener menos influencia en la conducta de los combatientes. Son las denominadas por historiadores como Tucídides (III. 59. 1; VI. 4. 5) o dramaturgos como Eurípides (*Suplicantes*, 305-310, 525), por ejemplo, como *koina nomima* (leyes comunes de todos los griegos). El poder de estas leyes o reglas de la guerra derivaba

---

<sup>87</sup> Y aún así estos convenios, como ya demostró Everett Wheeler (1987: 157-182), no serían más que falsificaciones.

de su carácter sagrado, pues se concebía que emanaban de la voluntad de los dioses: así también se las denominaba “leyes divinas” o “leyes sagradas” (*Tuc.*, II. 5. 5) (Durán Vadell, 2011: 13-21). En consecuencia, los antiguos helenos seguían concibiendo, como ya he comentado, la guerra como una actividad sagrada, presidida por los dioses.

Dentro de esas leyes no escritas y sagradas de la guerra diferenciaré, a grandes rasgos<sup>88</sup>, entre aquellas que permiten delimitar la guerra frente a la paz, y otras referidas más bien a inmunidades. Con respecto a las primeras, era sobre todo la declaración de guerra, teniendo en cuenta que esta era considerada una posibilidad permanente, la que permitiría en primer lugar distinguir entre el tiempo de guerra y de paz. Así, los propios autores griegos establecían una distinción entre *phaneros pólemos* (guerra declarada de manera oficial), y *akeriktos pólemos* (guerra no declarada), considerando la primera como la forma correcta de comenzar un conflicto. Habitualmente esa declaración de guerra implicaba el envío de unos heraldos o unos embajadores a la *polis* enemiga con un mensaje oral que contenía los motivos de queja y las reclamaciones que se le presentaban. Ahora bien, la diferencia entre los heraldos y los embajadores era que los primeros no tenían el poder de establecer negociaciones con la *polis* rival: su única función era transmitir el mensaje que habían recibido<sup>89</sup>. Este procedimiento permitía retrasar el estallido del conflicto posibilitando la apertura de una vía a las negociaciones diplomáticas (Alonso Troncoso, 2007: 215-219). Dichas negociaciones diplomáticas podían desembocar en la aceptación de ambas *poleis*, en caso de no encontrar una solución a sus reclamaciones, en el recurso al arbitraje como forma de impedir el derramamiento de sangre. Ese arbitraje era ejercido por personajes de gran prestigio que podían respaldar con su poder militar las decisiones tomadas si ello fuese necesario. Así, por ejemplo, en su enfrentamiento a causa de Sigeion, mitileneos y atenienses recurrirían al arbitraje del tirano de Corinto Periandro, y un comité de distinguidos espartanos. Aunque también sería habitual recurrir al arbitraje de instituciones religiosas de probado prestigio panhelénico como el oráculo de Delfos (Fdez. Nieto, 1975: 68-69).

Por otra parte, en lo que se refiere a los acuerdos bélicos, como norma general estos debían ser respetados. Así, todos solían ser sellados mediante un procedimiento ritual que implicaba un juramento y una libación o un sacrificio cuya función era hacer a los dioses testigos y garantes de lo acordado. Además, el texto de esos acuerdos con sus cláusulas serían grabados sobre estelas de piedra u otro soporte duro y expuestos en lugares públicos, como el ágora o ciertos templos, de las *poleis* implicadas (Garlan, 1972: 34-36). Los más importantes de estos acuerdos bélicos eran aquellos que implicaban una suspensión de las hostilidades (la tregua y el armisticio) y la capitulación.

En lo que se refiere a la tregua, habitualmente acordada por las propias autoridades militares, su duración era muy variable, de unas cuantas horas a unos cuantos años, según fuese su objetivo. Por ejemplo, el tipo de tregua más frecuente tenía como finalidad la recogida de muertos tras la finalización de una batalla, y podía durar de unas horas a un día.

---

<sup>88</sup> No pretenderé ser exhaustivo en la especificación de estas reglas de la guerra, sino que me centraré en indicar sus funciones en líneas generales.

<sup>89</sup> Por su parte, aunque los embajadores estaban facultados para negociar con las autoridades de la *polis* enemiga, no obstante las decisiones que tomaran debían ser ratificadas por las autoridades de su propia *polis*, por lo que debían de realizar frecuentes idas y venidas antes de poder alcanzar algún acuerdo.



En este caso, aquel bando que solicitaba la tregua para recoger a sus muertos admitía tácitamente su derrota (Fdez. Nieto, 1975: 106-134). Por su parte, y esto también era otra norma de la guerra griega, especialmente de la batalla, el vencedor de la contienda tendría derecho a quedarse con los despojos de las víctimas del enemigo, con los que levantaría un trofeo justo en el lugar en el que el ejército enemigo habría iniciado su huida<sup>90</sup>. Este trofeo sería una estatua simbolizando la presencia de Zeus como árbitro y garante de la victoria que ponía fin a la batalla, y confirma la función judicial que los antiguos griegos otorgaban a la batalla en particular y la guerra en general (Lonis, 1979: 129-142).

Por otra parte, otras treguas breves serían aquellas destinadas al intercambio de prisioneros, o a realizar consultas a un tercero. No obstante, existían treguas más duraderas. Por ejemplo, aquellas que se establecían para ser renovadas cada cierto período de tiempo previamente estipulado, y cuya finalidad era ofrecer calma y tiempo a los contendientes para reorganizar su política militar con vistas a un futuro inmediato. Así, por ejemplo, cuando atenienses y espartanos cerraron la paz de Nicias del 421 a. C., los atenienses acordaron una tregua con los beocios, —que no habían suscrito esa paz de Nicias—, renovable cada diez días, para llevar a cabo las negociaciones diplomáticas que permitiesen a ambos establecer las alianzas que forjasen un nuevo equilibrio político (Fdez. Nieto, 1975: 134-143).

En cuanto al armisticio, este establecía una suspensión de las hostilidades con vistas a iniciar las negociaciones que condujesen a la conclusión de un tratado de paz definitivo. Debido a su importancia, este tipo de acuerdo solía ser cerrado por las principales autoridades políticas. No obstante, existía también un tipo de armisticio local, que podría ser negociado por las autoridades militares, y que cesaba las hostilidades en un único teatro de operaciones (Fdez. Nieto, 1975: 185-202). Y, en definitiva, por lo que se refiere a la capitulación, esta no era más que una rendición pactada. Como tal, no solo tenía por qué ser solicitada por el bando derrotado, sino que, con el fin de no gastar más recursos materiales, tiempo ni hombres, podía ser ofrecida por el bando vencedor. Ahora bien, pese a tratarse de una rendición pactada previamente, los términos de la capitulación no eran por ello menos duros para el bando derrotado. Y es que, pese a que la capitulación podía ser incondicional, pero también estipulada, el margen del bando derrotado para tratar de aliviar las condiciones de su derrota, no era muy amplio. Los términos podían ir desde la ejecución de aquellos que habían capitulado, su venta como esclavos, la destrucción de la ciudad y la dispersión de los habitantes, al pago de una indemnización de guerra, la confiscación de bienes personales, el pago de un tributo regular, etc. (Fdez. Nieto, 1975: 205-223).

En referencia al segundo grupo de reglas o leyes de la guerra, se puede decir que en tiempos de guerra los griegos debían respetar la inmunidad tanto de los lugares como de los personajes que estaban al servicio de los dioses. No se podía batallar en los recintos sagrados de los templos, altares, ciertos tipos de monumentos, a veces villas enteras como la Élide, ni se podrían tocar los bienes materiales que perteneciesen a estos recintos sagrados<sup>91</sup>. Con

---

<sup>90</sup> En el caso romano, los despojos del enemigo son quemados consagrándolos a Vulcano (Le Bonniec, 1969: 109).

<sup>91</sup> Los combatientes podrían buscar derecho de asilo en estos lugares sagrados donde no podrían ser capturados ni asesinados por el enemigo (Durán Vadell, 2011: 60-90).



respecto a los personajes que disfrutaban de inmunidad estarían, además de los heraldos<sup>92</sup>, los sacerdotes, los adivinos y sacrificadores que acompañaban a los ejércitos en las expediciones, los embajadores religiosos, los espectadores y concurrentes a los juegos panhelénicos. Además, la celebración de una festividad panhelénica iba acompañada de la proclamación de un tipo especial de tregua, la sagrada. Por medio de este convenio se establecía la interrupción de las hostilidades en el terreno en el que se celebraba el festival, así como el hecho de que las vías de acceso al lugar debiesen ser respetadas (Fdez. Nieto, 1975: 147-184). Por último, pese a que en la guerra entre *poleis* no se realizaba una distinción entre combatientes/no combatientes, existía una categoría especial de combatientes que gozaban de inmunidad, y que eran aquellos que, a punto de ser asesinados por el enemigo se tendían ante él agarrándole de las rodillas o asiendo la barba de su mentón rogando por que les fuese perdonada la vida: los suplicantes (Durán Vadell, 2011: 28-60).

En el caso de los romanos, pese a que muy pronto adquirieron un imperio, puesto que también concebían la guerra como una actividad sagrada regida por la voluntad de los dioses, siempre se preocuparon por asegurar que cualquier campaña militar se rigiese por esas reglas que emanaban de la esfera sagrada, y que harían de ella un *bellum iustum piumque*. Según el testimonio de autores como Tito Livio (l. 32, 5-14) o Cicerón (*De Rep.*, ll. 17. 31), esas reglas a que se debía atener toda práctica militar se hallaban especificadas en el denominado *ius fetiale* o derecho fecial definido por el colegio sacerdotal de los *fetiales*. Este colegio sacerdotal, según el propio testimonio de Livio, habría sido creado en la época de la monarquía por el rex Numa Pompilio con la función de presidir las relaciones entre las tribus de la confederación latina. Pues bien, estos “primitivos agentes de la diplomacia romana” como Garlan los denomina (1972: 28-29), habrían establecido, en primer lugar, un procedimiento ritual para la declaración de guerra. Según este procedimiento, cuando surgía un conflicto, los feciales debían de presentar una reclamación formal al otro pueblo y si, en un plazo de 33 días ese pueblo no accedía a satisfacer la reclamación realizada por el pueblo romano, entonces el *pater patratus*, presidente de los *fetiales*, arrojaba una lanza en el territorio enemigo y formulaba un desafío ritual dando inicio a las hostilidades. Si el enfrentamiento era con un pueblo muy lejano, entonces la lanza se arrojaba en una zona cercana a la *columna bellica* de Roma, zona que simbolizaba el territorio enemigo (Le Bonniec, 1969: 103). El derecho fecial establecía el recto procedimiento para declarar una guerra y obligaba a respetar los acuerdos bélicos que Roma establecía con sus amigos y enemigos. De hecho, en un principio, eran los propios *fetiales* los encargados de negociar y realizar los rituales y juramentos solemnes que sellaban los acuerdos de alianza y cese de hostilidades con el enemigo (*foedus*), así como los de capitulación (*deditio*). El respeto de esos acuerdos era una muestra de la buena fe romana (*fides*) y, junto con la declaración formal de guerra, constituían los dos pilares básicos del derecho de guerra romano (Heurgon, 1969: 27-32).

En general, estas reglas tendrían como función equilibrar el combate entre los contendientes presentando su resultado como una especie de juicio divino. Si el Estado victorioso había respetado esas reglas sería considerado como el más fuerte y, al mismo tiempo, más justo; es decir, como más piadoso y querido por los dioses. De hecho, aquel contendiente que incumplía las reglas era denunciado como sacrílego y se creía que se

---

<sup>92</sup>Por su parte, la persona de los embajadores tampoco gozaba de esta inmunidad sagrada.

exponía a la ira de los dioses. Sin embargo, con todo el peso que este tipo de creencias pudiese tener sobre la conducta de los Estados antiguos en la guerra<sup>93</sup> (Goodman y Holladay, 1986), puesto que el cumplimiento de estas reglas no era obligatorio y no existían tribunales de justicia que impusiesen sanciones a los infractores<sup>94</sup>, su infracción justificada por el imperativo militar era a menudo frecuente. Así, la realización de incursiones previamente no declaradas, la libre interpretación de los acuerdos jurados, o incluso su ruptura unilateral, o la realización de todo tipo de estratagemas durante el combate, son hechos bien atestiguados en la historia militar helénica y romana (Krentz, 2000: 167-178). Además, la tentación de incumplir esas reglas era mucho mayor si el desequilibrio entre los contendientes en el plano de la pura capacidad militar era obvio y evidente. Por lo tanto, la fuerza y la astucia eran los dos límites con los que se topaba cualquier intento de reglamentación de la guerra, que sacaban a la luz las consecuencias más descarnadas de la aplicación de la violencia. El mero hecho de la existencia de imperios como el romano, el ateniense, el espartano o el macedonio, erigidos a partir del sometimiento de otros pueblos *manu militari*, así como de la esclavitud, dan cuenta de ello.

Pese a que la contravención de las reglas podía poner en peligro la victoria militar, que seguía siendo concebida por griegos y romanos como un don divino, también existían una serie de rituales destinados precisamente a buscar el favor de las divinidades en la guerra. Entre ellos podemos distinguir aquellos que, antes y durante el combate, buscaban poner a los dioses de parte de uno, y otros que, una vez finalizado, eran concebidos como acción de gracias. Por consiguiente, estos rituales, al igual que las reglas de la guerra, estaban presentes en todas las fases del combate, otorgando a la guerra un ritmo sacro y contribuyendo a delimitarla frente a otros tipos de violencia social. Así, por ejemplo, como es propio de un pueblo militarista (Harris, 1979), los romanos enmarcaban la estación guerrera con la celebración de determinados festivales. Esta estación se abría a inicios de primavera con ceremonias como la de los Salios, la fiesta de los *Equirria* o el *tubilustrum*; y se cerraba al inicio del otoño con otras fiestas religiosas como el *Equus October* o el *armilustrum*, una especie de ceremonias purificadoras (Le Bonniec, 1969: 101-103).

A pesar de que tanto griegos como romanos eran conscientes de la importancia de la disciplina, la táctica, la toma de las correctas decisiones políticas, etc. a la hora de determinar el curso de los acontecimientos militares, creían que en este ámbito era, sobre todo, fundamental, contar con el apoyo de los dioses. Así, después de que el gobierno hubiese tomado la decisión de emprender una campaña militar, se hubiese realizado la leva y el ejército estuviese dispuesto para partir, era habitual que se consultase a los dioses sobre la pertinencia de la campaña<sup>95</sup>. Ahora bien, esta consulta a los dioses se realizaba antes de la

---

93 Esparta presenta el ejemplo más claro de supeditación del imperativo militar a las reglas de la guerra en la civilización helénica clásica (Wees, 2004: 120-121).

94 No obstante, el incumplimiento de esas reglas, además de atraer la censura de la opinión pública, como se trasluce en las obras de historiadores, filósofos, poetas, etc., también podía ser esgrimido como nueva causa de guerra. Si bien, el castigo de esas infracciones por vía militar era muy difícil cuando el infractor sacrílego era, como a menudo solía suceder, una potencia de primer orden.

95 En Roma, la declaración de guerra antes del inicio de la campaña también iba acompañada de otro gesto ritual como era la apertura de las puertas del templo de Jano que se cerraban cuando las hostilidades finalizaban. Esas puertas abiertas indicaban a los soldados romanos el camino de vuelta a Roma (Le Bonniec,

partida inmediata de los ejércitos y también antes de la batalla; o, durante la misma campaña, en cualquier momento en que se quisiese tomar una decisión importante sobre el curso de las operaciones militares. Los medios rituales de esta consulta podían ser tanto los sacrificios, como los oráculos o los presagios<sup>96</sup>. Evidentemente, en el caso de los sacrificios y los presagios era esencial la función de los adivinos, figuras presentes en todo ejército de la Antigüedad clásica y, como he dicho, dotados de inmunidad<sup>97</sup>. En el caso de los oráculos, estos podían ser interpretados por las propias autoridades militares, no requiriendo de especialistas<sup>98</sup>. La importancia de este tipo de rituales la demuestran ejemplos como el de las tropas espartanas durante la batalla de Platea en el 479 a. C. frente al ejército persa cuando, pese a estar sometidos a una incesante lluvia de flechas por parte del enemigo, retrasaron entrar en la batalla repitiendo el acto sacrificial hasta que la consulta resultó favorable (*Her.* IX. 61-62).

Este tipo de rituales que, desde nuestro punto de vista juzgaríamos como mera superstición e irracionalidad, demuestran que la práctica de la guerra en las civilizaciones clásicas griega y romana no era un ámbito en el que prevaleciese única y exclusivamente la racionalidad (Lonis, 1979: 189-194). De igual modo, esta superstición de los antiguos provocaba que, ante resultados desfavorables o grandes catástrofes durante la guerra, se produjesen situaciones de un terror místico irrefrenable. Por ejemplo, como recoge Livio (XXI, 62), cuando los cartagineses cruzaron los Alpes el pánico cundió entre los romanos y comenzaron a presenciarse todo tipo de acontecimientos que presagiaban un futuro terrible para Roma. Del mismo modo, Tucídides (I. 23) se encarga de recordarnos al principio de su historia de la guerra entre atenienses y espartanos que, durante los 27 años que duró la guerra, se produjeron grandes sequías, terremotos, la peste, eclipses de sol, con mucha mayor frecuencia y más impresionantes con respecto a lo que la tradición recordaba de otras guerras.

---

1969: 103-104).

96 Lonis identifica las siguientes categorías de presagios: 1) fenómenos celestes como eclipses, cometas, etc; 2) temblores de tierra; 3) catástrofes repentinas como epidemias, derrumbamientos de edificios, etc. que escapan a toda explicación racional; 4) comportamientos extraños de animales; 5) sueños; 6) hechos banales como el vuelo de un pájaro a la izquierda o la derecha, etc; 7) diversos elementos milagrosos como nacimientos monstruosos, una llama que sale del busto de una estatua, puertas que se abren solas, etc. En realidad, numerosos acontecimientos resultaban susceptibles de ser interpretados como presagios. Ahora bien, los presagios eran siempre concebidos como una manifestación de la voluntad de los dioses: mensajes que los dioses intentaban transmitir a través de la naturaleza. A diferencia de lo que sucedía con los sacrificios o los oráculos, aunque ese presagio anunciase consecuencias negativas, ello no comportaba la paralización de las operaciones militares, ni tampoco su modificación (Lonis, 1979: 43-60).

97 Los sacrificios solían ser realizados antes del inicio de la campaña, durante la progresión del ejército y antes de la batalla. Eran los generales los que oficiaban los sacrificios, mientras que los adivinos interpretaban a través de su resultado la voluntad de los dioses, siendo la hepatoscopia, es decir, el examen del hígado de la víctima sacrificial, el método de interpretación más común. Además de ser un rito adivinatorio, el sacrificio cumplía al mismo tiempo una función propiciatoria, intentando atraer la buena voluntad de los dioses hacia el ejército (Lonis, 1979: 95-110).

98 Como establece Lonis, en su estudio de los mecanismos rituales que determinaban la guerra en la antigua Grecia, los oráculos eran consultados: 1) antes de la guerra para a) saber si se debía emprender la guerra, b) buscar arbitraje, c) saber si se debía guardar neutralidad; y 2) durante la guerra a) para saber qué curso seguir cuando se está en dificultades, b) en vísperas de una batalla, c) si hay dudas sobre la buena fe de una tregua, d) sobre qué tratamiento reservar a los vencidos (Lonis, 1979: 74-78).

A este respecto, cuando la situación se presentaba desesperada en la batalla, y los dioses parecían haberles abandonado, el general romano, con el fin de atraer la ira de las divinidades sobre sí practicaba una suerte de suicidio ritual, la *devotio*. Montado en su caballo se lanzaba en medio de las filas del enemigo ofreciendo a los dioses infernales su vida a cambio de la victoria. Similar a este rito de la *devotio* era la *evocatio* que, mediante la realización de sacrificios solemnes pretendía atraer a los dioses del enemigo hacia la causa romana; unos dioses que, si se producía finalmente la victoria romana, quedarían integrados en su panteón. Esta práctica permitía además a los romanos justificar el saqueo de los tesoros de los templos de estas divinidades (Le Bonniec, 1969: 109). Por otra parte, otro tipo de ritos propiciatorios más generales entre griegos y romanos eran, por ejemplo, los rezos o los votos a las divinidades (Le Bonniec, 1969: 109; Lonis, 1979: 147-150). Este tipo de ritos propiciatorios, especialmente los votos, implicaban promesas a las divinidades que daban lugar a ritos de acción de gracias tras el combate. Era norma que la comunidad reservase una décima parte del botín obtenido para los dioses: botín que era colocado en los templos de las divinidades (Lonis, 1979: 151-152). Este tipo de ofrendas también podrían incluir la erección de nuevos templos y altares, la dedicación de estatuas y otro tipo de objetos como coronas, trípodes, etc. (Lonis, 1979: 157-172). Ahora bien, la acción de gracias podría consistir de igual manera, en la realización de sacrificios que, a su vez, constituían rituales de purificación<sup>99</sup> (Lonis, 1979: 179-185).

Por último, era costumbre glorificar y recompensar a los generales victoriosos. En Roma, a aquellos generales cuyo ejército hubiese logrado matar al menos cinco mil de los enemigos, se le concedía un triunfo. Este consistía en el derecho a desfilar con un cortejo triunfal por las calles de Roma engalanado como el mismísimo Júpiter y seguido del botín obtenido y los prisioneros de guerra. El desfile terminaba con la realización de un sacrificio de acción de gracias que el general honrado realizaba en el Capitolio. Esta era sin duda, la máxima honra a la que cualquier ciudadano romano podría aspirar. Otras variantes del triunfo eran los *spolia opima*, que sucedían cuando un general romano lograba matar con sus propias manos al general rival: entonces se permitía que consagrara los despojos del general asesinado a Júpiter Feretrius; y las *supplicationes*, una especie de jornadas de rezos y sacrificios públicos que no solían durar más que tres días, y que el Senado concedía al general victorioso que no había obtenido el derecho al triunfo (Le Bonniec, 1969: 110).

Por su parte, en el caso griego, es más discutida la existencia de este tipo de ritos de glorificación del general victorioso. El argumento aducido por los historiadores clásicos es que el *ethos* colectivista de la *polis* clásica iría en contra de este tipo de prácticas que implicaban una glorificación del individuo. Más propios del espíritu de la *polis* serían ritos como la oración fúnebre ateniense. Sin embargo, como demuestra R. Lonis (1979: 285-307), no solo la concesión de premios a los individuos que habían demostrado más valor durante el combate era una costumbre típicamente helénica que no contradecía ese espíritu colectivista de la *polis*, sino que, como las fuentes evidencian (casos de Alcibíades o Lisandro por ejemplo), la práctica de este cortejo triunfal a los generales victoriosos, con la dedicación

---

99 Entre los ritos propiciatorios y de acción de gracias helénicos también habría que considerar el peán, una especie de invocación ritmada que, antes de la batalla se dirigía a Ares, dios del furor guerrero, y tras la batalla, en la exultación que resulta de la victoria, a Dionisio, dios victorioso, y a Apolo, dios sanador y de la tranquilidad (Lonis, 1979: 117-124).

incluso de estatuas y otro tipo de ofrendas públicas, existió hasta en la democracia ateniense durante la época clásica. La razón, por lo tanto, de que las fuentes ofreciesen tan pocos ejemplos se debería, más que al anti-individualismo de la *polis* clásica, al intenso faccionalismo que caracterizaba la vida política griega y que habría impedido frecuentemente la personalización de la victoria (Lonis, 1979: 299-311).

### 1.7.3.2. La guerra justa: Aristóteles y Cicerón

Como ya he comentado, en el caso de la civilización helénica, las supuestas reglas que regían la guerra nunca fueron objeto de una sistematización jurídica. Antes bien, los historiadores contemporáneos debemos deducir su existencia, sobre todo, a partir de las críticas que los autores helénicos dejan dispersas en sus narraciones acerca de las guerras entre las *poleis* clásicas cuando esas reglas eran supuestamente violadas. No obstante, la discusión sobre estas reglas de la guerra es frecuente, tanto en las obras de historiadores, como de poetas, filósofos, etc., en particular a partir del s. V a. C. En mi opinión, dos serían las condiciones que explicarían que, a partir de esa fecha, se intensificase la reflexión acerca de la moralidad de la guerra en el mundo helénico, y que expondré no necesariamente por orden cronológico.

En primer lugar, es bien sabido que el éxito frente a los persas dio la oportunidad a Atenas para forjar y liderar una alianza militar con otras *poleis* frente a la amenaza persa. Este liderazgo pronto se transformaría en dominación pura y dura dando lugar al estallido de rebeliones que terminarían con el sometimiento total de los anteriores aliados. Pero, sobre todo, esa dominación ateniense sería la causa de los casi treinta años de intensas luchas que, en el último tercio del s. V a. C., enfrentarían a Atenas contra la coalición peloponesia liderada por Esparta. Una guerra entre atenienses y espartanos que, caracterizada por Tucídides (I. 1) como la mayor conmoción (*kinesis*) de la historia helénica, dividiría a casi todo el orbe helénico en dos bandos, provocando, además, el estallido de guerras civiles en numerosas *poleis* (Loroux, 2009). Pues bien, esta guerra, que significó el final del Imperio Ateniense y desgarró en general al orbe helénico, suscitó la reacción indignada de numerosos pensadores helénicos (Vial, 1969: 137-145). Sobre todo, hombres como el propio Tucídides, Eurípides, Jenofonte, etc. criticaban que esas catástrofes eran provocadas por el afán de dominio y rapiña que movía a la democracia imperial ateniense a hacer la guerra. Así, comenzaron a estipular que, —y aquí es donde entra en juego la segunda condición que estimuló y ayudó a enmarcar la reflexión helénica sobre la moralidad de la guerra—, ese tipo de guerras de conquista y rapiña no deberían suceder entre griegos. Y es que la victoriosa guerra frente a los persas también había promovido el despertar de la conciencia de una identidad helénica por primera vez definida en términos culturales en el texto herodoteo (VIII, 144; cf. Hall, 2002). Esta identidad, forjada en el contexto de esa victoria militar, emergería vinculada también a una conciencia de superioridad sobre el “otro”, al que se denominó como bárbaro, y cuyo prototipo era el persa<sup>100</sup>.

Todas esas reflexiones y críticas sobre la moralidad de la guerra que aparecían

---

100 Una superioridad griega que también sería fundamentada recurriendo desde un punto de vista geográfico y médico en tratados como el pseudo-hipocrático *Sobre las aguas, aires y lugares* fechado también en el s. V a. C. (Glacken, 1996).



dispersas en la obra de los autores helénicos serían recogidas y sistematizadas a mediados del s. IV a. C. en la obra de Aristóteles, quien habría sido el primero, en la historia del pensamiento occidental sobre la guerra, en emplear el sintagma de guerra justa o "*dikaios polemos*" (Campione, 2009: 69). Pese a que lleva a cabo su obra en un momento en el que la *polis* estaba a punto de ceder su primacía como protagonista de la vida política internacional helénica en detrimento de los grandes reinos establecidos por los sucesores de Alejandro Magno, sus reflexiones sobre la moralidad de la guerra toman la *polis* como marco de referencia.

En primer lugar, el filósofo de Estagira afirma la guerra como uno de los dos modos, junto con la paz, de existencia natural de la *polis*. Aunque obviamente, la segunda sea preferible a la primera: "Cualquier modo de vida está dividido también atendiendo al trabajo y al descanso o a la guerra y la paz [...] pues debe existir la posibilidad de trabajar y hacer la guerra, pero mejor la de tener paz y tranquilidad" (*Pol.* VII, 1333a). Asimismo, el estagirita identifica a la guerra como una parte de la economía, como un arte adquisitivo semejante a la caza, si bien dirigido contra los hombres en vez de contra los animales (*Pol.* I, 1256b). Aristóteles, al igual que Platón, va a identificar la *pleonexia*, es decir, el "deseo de tener, de adquirir más", como la causa de toda guerra (Garlan, 1989: 31). Pero, si en el caso del filósofo ateniense se trataba de adquirir con la guerra riquezas y, eventualmente, esclavos (Garlan, 1989: 24-26), en el filósofo de Estagira, la guerra va a estar vinculada, sobre todo, a la adquisición de esclavos (*Pol.* 1333b, 1324a, etc.; cf. Garlan, 1989: 28). Esta será la base a partir de la que construirá su reflexión sobre la moralidad de la guerra.

Aristóteles, pues, no niega el elemento material de la guerra ni tampoco el deseo de dominio (p. ej., *Pol.* 1271b, 1324b), que lleva implícito el hecho de que su objetivo sea la adquisición de esclavos. Ahora bien, él comenzaba su *Política* partiendo de una distinción entre hombres que por naturaleza habían nacido para ser gobernantes y amos, y otros que eran naturalmente esclavos. Esa división la fundamentaba en el hecho de que los primeros poseerían unas facultades intelectuales superiores de la que carecerían los segundos, cuya única virtud sería su propia fuerza física por lo que habrían nacido para el trabajo físico y para obedecer a sus amos: "En efecto, el que es capaz de prever con la mente es naturalmente jefe y señor por naturaleza" (*Pol.* I, 1252a). Por lo tanto, las guerras para esclavizar y dominar estarían justificadas contra aquellos que habían nacido para ser esclavos, y que, por supuesto, Aristóteles, continuando con una tradición de pensamiento que se remontaba al s. V a. C., identificaba con los bárbaros: "por eso dicen los poetas: justo es que los griegos manden a los bárbaros, como si por naturaleza fueran lo mismo bárbaro y esclavo" (*Pol.* I, 1252b).

Eso significaba, al mismo tiempo, que las guerras de esclavización y conquista entre los griegos, un pueblo de señores naturalmente destinados a gobernar, serían totalmente injustas. Entre los griegos el único tipo de guerras justas serían aquellas luchadas por preservar la autonomía política propia o de los aliados. En este último caso, Aristóteles admitía, no obstante, una especie de hegemonía justa cuyo fin era el beneficio de los gobernados, y no del gobernante: "La práctica de la guerra no debe hacerse por esto, para convertir en esclavos a pueblos que no son dignos de ello, sino primero para evitar ellos mismos ser esclavos de otros, luego para buscar la hegemonía con el fin de beneficiar a los gobernados, pero no para dominarlos a todos" (*Pol.* VII, 1333b-1334a). No obstante, cabe



decir que, en la justificación de por qué los griegos no deberían luchar entre sí guerras orientadas a la conquista y la dominación política, Aristóteles introducía, con el argumento de la superioridad natural helénica, un elemento novedoso con respecto a los argumentos de sus predecesores. Así, como puede observarse en Platón, por ejemplo, este rechazaba la guerra de conquista entre los helenos en virtud de su parentesco e identidad cultural, pues a tal guerra no le cabría más que la denominación de *stasis* o guerra civil (Campione, 2009: 70-71).

En el caso romano, las reflexiones sobre la moralidad de la guerra se hallarán inevitablemente vinculadas a la reflexión sobre la justicia del imperio adquirido. De hecho, estas reflexiones en torno a la guerra y el imperio comenzarán cuando, tras la conquista del Oriente helenístico, a mediados del s. II a. C., se dejen sentir las primeras voces críticas acerca de la dominación romana precisamente procedentes de los pensadores helénicos (Conde, 2008: 110-114). El primero en intentar formular de manera más o menos sistemática una concepción del *bellum iustum* en el mundo romano sería Cicerón. Este desarrollaría sus reflexiones sobre la guerra y el imperio en una época conflictiva. A este respecto, si bien en Roma ya existía la conciencia de la posesión de un imperio mundial<sup>101</sup> que era motivo de orgullo para las élites romanas, existían también voces críticas dentro de esas élites que, como Salustio, acusaban a la vida de lujo engendrada por las conquistas como la causante de la corrupción de los valores republicanos y del estallido de las contiendas civiles.

Ahora bien, Cicerón nunca cuestionó el imperio ni tampoco el *ethos* militarista romano. En su intento de fundamentar la justicia del imperio obtenido por Roma frente a sus críticos, el filósofo de Arpinum recurrirá especialmente a la concepción de la hegemonía buena que habían desarrollado los pensadores helénicos y, sobre todo, Aristóteles. No es de extrañar, por otra parte, esta influencia del pensamiento helénico en la obra ciceroniana, pues el arpinate había pasado dos años de su vida (del 79 al 77 a. C.) estudiando filosofía en Atenas con maestros como Antíoco de Ascalón, influido por el estoicismo y el aristotelismo, o el estoico Posidonio de Apamea. Ahora bien, con respecto a la guerra, Cicerón comenzará por afirmar, en lo que podría denominarse como una especie de sentido común del pensamiento antiguo respecto a los conflictos bélicos que, si bien la guerra era un hecho natural e inevitable, la paz era preferible a la guerra; sentido común que expresa en su célebre aforismo "*cedant arma togae*". Por esa razón, en caso de conflicto, la guerra debía ser siempre el último recurso, una *extrema ratio*: "habiendo dos medios para poner fin a una contienda, la negociación y la fuerza, el primero es propio de los hombres, el segundo de las bestias" (*De Off.*, 1. XI. 34).

Cicerón establecerá dos criterios para determinar la justicia de la guerra: uno de tipo jurídico-formal, y otro de tipo ético<sup>102</sup>. Así, en primer lugar, una guerra justa debía seguir los principios del derecho de la guerra que aparecían recogidos en el derecho fecial romano, cuya creación e institucionalización atribuía al monarca Tulo Hostilio (*De Rep.*, 2. 31), y que, además, consideraba como base del *ius gentium*, es decir, el derecho que regía las relaciones

---

101 La frase *imperium orbis terrae* para referirse al Imperio Romano ocurre por primera vez alrededor del 85 a. C. en la *Retórica a Herennio* (Dawson, 1996a: 118).

102 Como se pudo observar en el caso de Aristóteles, la base de su reflexión sobre la moralidad de la guerra la constituían también argumentos de tipo ético, pero no jurídicos.

entre los pueblos: “las normas de la equidad de la guerra están expuestas religiosamente en el derecho fecial del pueblo romano. En sus cláusulas se establece que una guerra no puede ser justa sino después de haber hecho las reclamaciones pertinentes y de haberla denunciado y declarado formalmente” (*De Off.*, 1. XI. 36). Por lo tanto, en su opinión, toda guerra debía comenzar con una declaración formal según los parámetros establecidos por ese derecho fecial. En esa declaración formal debían ser explicitados los motivos de queja que podían dar lugar al conflicto. Aquí, en lo que concierne a las causas de la guerra, es donde Cicerón va a introducir su criterio ético<sup>103</sup>. Amén de considerar que esas causas deberían ser válidamente determinables y reconocibles como tales de manera objetiva, tanto ante los dioses como ante los hombres, opinaba que únicamente debían emprenderse aquellas guerras en defensa de la propia independencia política, para vengar una ofensa, o para defender a los aliados<sup>104</sup>.

La importancia de estos razonamientos sobre la moralidad de la guerra estriba en que, aplicándolos a la propia historia de la República romana, Cicerón lograba demostrar que, puesto que esta siempre había seguido el procedimiento de declaración formal según lo especificado por el derecho fecial, y siempre había respetado todos los acuerdos jurados con amigos y enemigos (la *bona fides* romana), todas sus guerras habían sido justas: “las guerras se emprendían o para defender a los socios o para mantener la supremacía” (*De Off.*, 2. VIII. 26-27). Y, por consiguiente el imperio obtenido con esas guerras también<sup>105</sup>. Con ello, por encima de todo, Cicerón lograba rebatir el argumento que constituía la clave de todos los detractores del Imperio Romano: que tras las conquistas romanas yacía una inmensa codicia. Como se puede observar en un fragmento recogido por Nonio, Cicerón estipulaba que Roma se había hecho dueña del mundo defendiéndose a sí misma y sus aliados (Campione, 2009: 84-85).

Es más, esta concepción no solo enmascaraba el elemento material que había impulsado las conquistas y la formalización del imperio<sup>106</sup>, sino que justificaba el imperio por

---

103 Según Alex Bellamy (2009: 48), Cicerón añadiría dos condiciones más a la declaración formal estipulada por el derecho fecial, —la guerra debe ser declarada por la autoridad apropiada y luchada solo por soldados en servicio activo—, que, en mi opinión, no serían más que un reflejo de los problemas que trajeron las guerras civiles de finales de la República.

104 En lo que es una norma común a todos aquellos pensadores de la Antigüedad clásica que reflexionaron sobre la moralidad de la guerra, la guerra justa no era simplemente una guerra defensiva. Las guerras ofensivas, que hoy denominaríamos como de agresión, también podían ser justas. El meollo de la cuestión sobre la justicia de la guerra para los antiguos, pues, residía en la cuestión ética de la causa y jurídica de la declaración.

105 Si bien no se le escapaba que en muchas de estas guerras como contra Corinto o contra Cartago, que él mismo cita, los romanos habían mostrado un alto grado de crueldad. Por ello, también establecía que “conseguida la victoria, hay que respetar las vidas de los enemigos que no fueron crueles ni salvajes” (*De Off.*, 1. XI. 34).

106 Cicerón era consciente de que el afán de riquezas no solo era uno de los motores de la expansión romana, sino que también estaba detrás de la intensa conflictividad social que marcó el fin del período republicano. La causa de estos conflictos radicaba en el hecho de que tanto la plebe romana como los aliados, sobre los que recaía el peso de las campañas militares emprendidas por Roma, reivindicaban una mayor participación en los beneficios producidos por las conquistas. Así, como demuestra J. Luis Conde (2008: 135-144), en numerosos discursos en que se dirige a la plebe, Cicerón intenta atraerla nuevamente a la causa del imperialismo romano

su carácter benéfico: “el imperio romano mantenía su señorío con beneficios, no con injusticias” (*De Off.*, 2. VIII. 26-27). Este carácter benéfico se demostraba, ante todo, en la concesión de la ciudadanía romana a los nuevos pueblos incorporados al imperio, lo que les permitía disfrutar de la protección militar del ejército romano, así como de los beneficios económicos del imperio. De este modo, Cicerón, lograba refutar la imagen de la dominación romana como una tiranía que había sido difundida por sus detractores y, en cambio, forjó la concepción del Imperio Romano como un *patrocinium orbis terrae*, donde Roma era la patrona del mundo y todos los pueblos bajo su dominio sus agradecidos y leales clientes.

Por otra parte, habida cuenta de que tanto griegos como romanos entendían la guerra como un hecho social natural y una posibilidad siempre latente (Garlan, 1972: 4), construyeron una concepción utópica de la paz (Sordi, 1985). Esta concepción utópica fue expresada en mitos como el de la edad dorada: época en la que todos los hombres habrían vivido en paz y bienestar, que se halla presente en autores como Hesíodo (*Trabajos y días*, 109-120) u Ovidio (*Metamorfosis*, 1, 98). Pero también se hallaba inserta, por ejemplo, en el concepto griego de *eirene*. Según él la paz sería un estado social de orden y cohesión comunitaria que, merced a la ausencia de guerra, permitiría el bienestar y la abundancia. Sobre todo, hay que decir que esta concepción utópica de la paz estaba vinculada a la crítica de las guerras de conquista y rapiña que, a ojos de los autores antiguos, no solo eran las causantes de la esclavización y explotación de los pueblos conquistados, sino que también provocaban la ruptura del orden interno de los pueblos conquistadores y de sus valores al introducir en ellos el “virus” de la codicia<sup>107</sup>. En general, a lo largo de toda la Antigüedad clásica, la imagen de la ciudad-estado pequeña con su ejército de soldados-ciudadanos que luchan conflictos por la defensa de su honor —es decir, por vengar ofensas y defender su independencia política y la de sus aliados—, permanecerá como un ideal. En consecuencia, en los autores clásicos que, reflexionando sobre la moralidad de la guerra elaboran estas concepciones e imágenes de la paz, no cabe hablar de pacifismo en el sentido de rechazo y condena moral absoluta de la guerra, sino más bien de anti-imperialismo.

Junto a esta concepción utópica de la paz se desarrollará otra en el Imperio Romano, si bien diferente en cuanto a su comprensión de la misma: la denominada *Pax Romana*, que concebía la paz desde la perspectiva de la hegemonía benéfica tal y como había sido expuesta por Cicerón. Según esta concepción de la paz, eran las armas romanas las únicas que podían garantizar la *tranquilitas* y *concordia*, la seguridad de los pueblos: “tú cuídate de a tu mando regir,/Romano, los pueblos/(tales tus artes serán)/y a la paz fijarle sus leyes,/del

---

convenciéndola de que nuevas conquistas, especialmente en el Oriente helenístico, producirán nuevas e inmensas riquezas de las que se podrá beneficiar. El arpinate entendía que, a riesgo de devenir en una democracia, la maquinaria militar romana debía mantenerse en continuo funcionamiento. Desde esta perspectiva puede entenderse que su concepción de la guerra justa, que enmascara cualquier ambición materialista en la expansión romana y la asocia por el contrario a un elevado sentido del honor por parte del pueblo romano, es un discurso dirigido, sobre todo, a justificar el imperio ante los pueblos sometidos.

107 En el pensamiento clásico grecorromano, la codicia que engendra una querencia excesiva por el lujo y las riquezas es una conducta que hace que el ciudadano deje de dedicar su tiempo, recursos y esfuerzos a la consecución del bien común y, por ello, fomenta un carácter tiránico que introduce la discordia en el Estado (Veyne, 2009: 93-94). Por lo tanto, las guerras buenas, es decir, las guerras justas constituyen un indicador de la buena salud moral del Estado, de la fortaleza de su constitución, mientras que las guerras malas, injustas, provocadas por la codicia, son indicio de la corrupción moral de sus ciudadanos y causa de su decadencia.

sometido dolerte/y descastillar al soberbio” (Virgilio. *En.* 6, 851-855). Ahora bien, a nadie se le escapaba en el mundo romano la cantidad de sangre y destrucción que había hecho falta para lograr esa *Pax Romana*; ni tampoco el carácter opresor y explotador de la dominación imperial (Fdez. Ubiña, 2000: 104-109; cf. Conde, 2008: 209-220). Quizá la expresión más famosa y contundente acerca del carácter represivo del imperio y de la *Pax Romana* es la que Tácito puso en boca del jefe tribal británico Calgaco: “Los romanos, depredadores del mundo entero, cuando en su afán devastador se les acabó la tierra, escudriñan el mar. Son codiciosos si el enemigo es rico; si pobre, soberbios; ni el Oriente ni el Occidente han bastado a saciarlos; solo ellos codician con igual afán las riquezas y la pobreza. El despojo, el asesinato, el robo, lo designan con el mote de imperio; al asolamiento lo llaman paz” (*Agrícola*, 30).

Por último, conectada con esta ideología de la *Pax Romana*, la guerra, tanto contra las provincias sometidas que decidían liberarse del dominio romano, como contra los pueblos no sometidos que vivían más allá del *limes*, adquirió una nueva justificación. Aquellos que luchaban contra Roma eran enemigos de la paz encarnada en el orden romano y, como tales, rebeldes que debían ser aniquilados y sometidos<sup>108</sup>. Es decir, la guerra, más que como una lucha entre iguales, se concebía como una contienda asimétrica donde la justicia y la civilización se encontraba solo de un lado: el romano (Conde, 2008: 185-220).

#### 1.7.4. La concepción de la guerra en el cristianismo

El s. IV d. C. fue muy trascendente en la historia del Imperio Romano. Como es bien sabido, a principios de ese siglo el emperador Constantino legalizaba el culto cristiano, y a finales del mismo Teodosio lo convertía en culto oficial del imperio sustituyendo a la tradicional *pietas* romana. Mediante esta vinculación con el cristianismo los emperadores romanos buscaban fomentar la cohesión política de un Imperio Romano que se resquebrajaba internamente en medio de luchas civiles, pues el cristianismo proporcionó un nuevo fundamento al poder romano. Por su parte, el propio cristianismo saldría también beneficiado de esa asociación con el Imperio Romano, ya que esta fue fundamental para la definición de la ortodoxia doctrinal cristiana y, con ello, para la consolidación de la Iglesia.

No obstante, durante los tres primeros siglos de su existencia, la actitud y opiniones de las primitivas comunidades cristianas con respecto a la guerra y el poder político (siempre el Imperio Romano) no fueron uniformes, y además irían variando a lo largo de los siglos según las circunstancias históricas. Esta divergencia y variación de criterios, motivada por la ausencia de una ortodoxia doctrinal, no hacía más que reflejar la proliferación de numerosas sectas cristianas, cada una de las cuales interpretaba el mensaje de Jesús a su manera (Ehrman, 2004). En este sentido, ya se pueden observar diferentes posturas respecto del problema de la violencia y el poder político en los que suelen ser considerados como los primeros documentos cristianos, los evangelios canónicos y las epístolas paulinas. Así, estos

---

108 En la civilización helénica clásica nunca ninguna *polis* logró extender su hegemonía sobre el resto de las *poleis* helénicas. Por lo tanto, nunca emergió ningún tipo de concepción imperial de la paz como en Roma. La única vez que, en la civilización helénica clásica se produjo tal paz general (*koine eirene*), fue con la denominada Paz de Antálcidas del año 386 a. C., pero impuesta y sostenida por la fuerza de las armas persas. Ahora bien, esa concepción de la guerra como eliminación de los rebeldes está presente en el Imperio Ateniense, por ejemplo en su tratamiento de la isla de Melos, al menos tal y como esos acontecimientos son transmitidos en el relato tucidideo (V. 85-113).

documentos parecen transmitir dos imágenes de Jesús y su mensaje radicalmente opuestas, que pasaré a explicar a continuación.

Por un lado, de la lectura de los evangelios se puede extraer la imagen de un Jesús que predica el perdón y el arrepentimiento, la renuncia a la violencia en defensa propia, el amor a los enemigos y la sumisión al poder terrenal representado por Roma. En definitiva, según la interpretación de ciertos pasajes de los evangelios, el mensaje de Jesús habría sido, tal y como resumen estas palabras de San Pablo, un “evangelio de paz” (*Ef.* 6, 14-16). Según el llamado “apóstol de los gentiles”<sup>109</sup>, Jesús habría sido el primero en formular una versión primitiva del imperativo categórico, que suponía una inversión total de la *lex talionis* presente en las sociedades tribales y antiguas: “Benedicid a los que os persiguen [...] No devolváis a nadie mal por mal [...] no os toméis la venganza” (*Rom.* 12, 14. 17. 19). Quizá el “sermón de la montaña” (*Mt.* 5, 1 – 7, 27) sea el texto más representativo de este espíritu pacifista del mensaje de Jesús basado en una nueva escala de valores que invertía las virtudes de la sociedad clásica, y que proclamaba, frente a la virtud del mando, las de la sumisión y servicio al prójimo:

“Pero, en cambio, a vosotros que me escucháis os digo: amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian, bendicid a los que os maldicen, rezad por los que os injurian. Al que te pegue en una mejilla, preséntale la otra; al que te quite la capa, déjale también la túnica. A todo el que te pide, dale; al que se lleve lo tuyo, no se lo reclames. Así, pues, tratad a los demás como queréis que ellos os traten [...] haced bien y prestad sin esperar nada: así tendréis una gran recompensa y seréis hijos del Altísimo, porque él es bondadoso con los malos y desagradecidos. Sed generosos como vuestro Padre es generoso” (*Lc.* 6, 27-36).

Por otra parte, es esta una concepción de la paz que, como dice Bainton, frente a la de los antiguos helenos y romanos, ha perdido sus connotaciones materiales. Se trata de una paz religiosa, espiritual, ética, en la que se busca adecuar la conducta a los preceptos de la enseñanza de Jesús (Bainton, 1963: 52-53). Ponía el acento en el mantenimiento de una actitud equitativa en las relaciones sociales, y mostraba un evangelio jesuático más centrado en contenidos éticos que políticos, orientado a la salvación y redención individual, que difundía una concepción espiritual del Reino de Dios, dejando en segundo plano el tema de la libertad e independencia políticas de Israel (Ehrman, 2001). Como mostrarían ciertos pasajes (*Mt.* 5, 41; *Mc.* 12, 13-17; *Lc.* 20, 20-25), Jesús habría predicado la necesidad de mantener una actitud sumisa y obediente con respecto a las autoridades imperiales. En suma, según esta primera imagen de Jesús y su mensaje transmitida por los evangelios canónicos y las epístolas paulinas, este predicador judío no habría sido más que un reformador espiritual (Fdez. Ubiña, 2000: 147-151).

---

109 Otra de las características del cristianismo es que los primeros seguidores de Jesús habrían heredado el celo proselitista del judaísmo, difundiendo desde muy pronto el evangelio de Jesús entre los judíos palestinos y de la diáspora, y entre la población gentil. Entre los misioneros que habrían llevado el mensaje de Jesús a la población gentil, habría destacado Saulo, un judío fariseo de la diáspora, que pasaría a la historia como San Pablo. En su intensa actividad misionera, recogida tanto en sus epístolas como en el libro canónico de los *Hechos de los Apóstoles*, este habría llegado a fundar una comunidad cristiana en Roma. Así, pues, debido a la importancia de su actividad misionera para difundir el evangelio entre los gentiles, y pese a que nunca hubiese formado parte del círculo de los discípulos más íntimos de un Jesús al que Murphy O'Connor (1996) pone en duda que llegase siquiera a conocer, San Pablo mereció el título de “apóstol de los gentiles”.



No obstante, en los evangelios canónicos también existen otros pasajes que parecen asociar a Jesús a un tipo de mesianismo judío más tradicional y político<sup>110</sup>, del tipo que planteaba una insurrección violenta contra Roma, en consonancia con las creencias escatológicas radicales de grupos como los esenios, zelotas o sicarios. Así, sus discípulos aparecen armados con espadas, igual que los sicarios y otros grupos revolucionarios en un pasaje del evangelio de *Lucas* (22, 36-38). Incluso se ha llegado a comentar que los nombres de algunos de ellos, como Simón “el zelota”, Iscariote, que podría traducirse por sicario en arameo, o el apelativo de “Boagernes” (hijos del trueno) de los hermanos Santiago y Juan, podrían revelar la presencia de miembros de las sectas extremistas judías entre los seguidores de Jesús. Además, en numerosas ocasiones muestra Jesús una actitud despectiva hacia los poderes establecidos y las clases privilegiadas, denunciando la injusticia de las estructuras sociales, que asocian su figura más a la de un revolucionario político que a la de un reformador espiritual (*Mc.* 10, 42-43; *Mt.* 11, 8; *Lc.* 13, 31-33). Y, sobre todo, determinados acontecimientos protagonizados por Jesús tienen una clara connotación mesiánica y políticamente subversiva. Entre estos habría que contar el famoso episodio de la expulsión de los mercaderes del Templo de Jerusalén, acontecimiento más violento de la vida de Jesús, aunque solo en el evangelio de *Juan* aparezca armado con un látigo (*Mc.* 11, 15-17; *Lc.* 19, 45-46; *Jn.* 2, 15). Y, en especial, el hecho insoslayable de su juicio por parte de las autoridades políticas judías y romanas y su muerte en la cruz al lado de otros ladrones. Por consiguiente, podría deducirse que, al menos las autoridades políticas romano-palestinas, sí veían a Jesús como un revolucionario político (Fdez. Ubiña, 2000: 160-168).

Según los especialistas, los evangelios canónicos fueron redactados en el período comprendido entre la década del 60-70 d. C. (siendo el de *Marcos* el más antiguo) y el 100-120 d. C.<sup>111</sup> (siendo el de *Juan* el más reciente). Por lo tanto, fueron redactados durante una época convulsa y conflictiva para el pueblo judío que vio cómo su intento de rebelarse contra la dominación romana fue aplastado militarmente en la guerra del 66-70. De hecho, tanto la escritura de los evangelios como las distintas interpretaciones de la figura de Jesús y su mensaje que en ellos aparecen, están vinculados a ese grave acontecimiento que finalizó con la destrucción del segundo Templo de Jerusalén, y constituyen un intento de reaccionar a la oleada de antisemitismo que esa guerra generó por todo el Imperio Romano.

---

110 Originado en el período monárquico del pueblo judío, el concepto de mesías aludía en principio a una figura humana, un monarca sabio y justo de la casa de David, que sería elegido por Yahvé para eliminar físicamente a los enemigos de Israel y restaurar la libertad e independencia políticas de su reino. Este es el mesianismo judío tradicional y político al que se refiere esta imagen de Jesús transmitida por los evangelios canónicos. Ahora bien, con la desaparición definitiva de la monarquía tras el exilio babilónico y su sustitución por una teocracia sacerdotal, este mesianismo monárquico de tipo político-militar sería sustituido por un mesianismo de tipo sacerdotal, que se desarrolló en la literatura producida durante los años de la dominación helenística y fue probablemente influido por ideas procedentes de las doctrinas religiosas tanto persas como helenas. Según este mesianismo sacerdotal, el mesías sería una especie de figura cósmica, un juez y gobernante universal que entablaría un combate al final de los tiempos para aniquilar a las fuerzas del mal y los impíos, e instauraría el Reino de Yahvé en el que participarían los justos de todos los tiempos. Este es el tipo de mesianismo que se asociaría mejor con la imagen de un Jesús como reformador espiritual (Fdez. Ubiña, 2000: 123-128).

111 Si se tiene en cuenta la fecha del 64 d. C. que la tradición sostiene para el ajusticiamiento de San Pablo en Roma, sus epístolas serían los documentos cristianos más antiguos. Así, se suele considerar su *I Carta a los Tesalonicenses* como el escrito cristiano más antiguo (Akenson, 2000; O'Connor, 1996).



A este respecto, como sostiene Fernández Ubiña (2000: 168-179), pueden distinguirse, en líneas generales, dos tipos de respuesta. Por un lado, las primeras comunidades cristianas de mayoría judía optaron por seguir manteniéndose dentro del judaísmo como una nueva secta más. Así, nunca abandonarían el cumplimiento de la Ley mosaica ni las prácticas rituales comunes del judaísmo (circuncisión, descanso sabático, etc.) Debido al apego a la fe de sus padres, estas comunidades judeocristianas desarrollaron un sentimiento hostil hacia Roma, lo que se demuestra en el tono claramente antirromano de escritos que cabría imputarles como el *Apocalipsis de San Juan*. Evidentemente, habría que asociar a estas comunidades con la concepción de un Jesús más político que vendría a anunciar la liberación de Israel del dominio romano. No obstante, la hostilidad hacia Roma no tenía por qué traducirse en una actitud beligerante hacia el Imperio en la vida real. Ciertamente, relatos como el *Apocalipsis* con toda su imaginería bélica presentando a Dios como un jefe guerrero liderando la batalla contra Roma, podrían inducir al creyente judeocristiano a tomar las armas contra el Imperio, pero también existirían quienes, sosteniendo una escatología menos radical, mantendrían una actitud menos violenta con Roma.

Por otro lado, las primeras comunidades cristianas de mayoría gentil, conformadas por personas que vivían en un mundo cuya concepción de la vida estaba determinada por la cultura grecorromana, y donde las instituciones imperiales no se cuestionaban, decidieron escoger desde el principio un camino más conciliador con el Imperio y su cultura. En este sentido, la labor de San Pablo fue fundamental. Fue el primero en definir a Jesús como un mesías cósmico y atemporal, una figura divinizada que había predicado un evangelio de la paz orientado a la regeneración espiritual de la humanidad, y desprovisto por tanto de toda connotación política y nacionalista (Akenson, 2000: 174-180). De igual modo, como demuestra su discurso ante el Areópago ateniense, sería el primero en intentar traducir el mensaje de Jesús a las categorías propias de la filosofía helénica, iniciando con ello la helenización del cristianismo. En estas comunidades gentiles helenizantes, el antirromanismo de las comunidades judeocristianas fue sustituido por una actitud contemporizadora con las autoridades imperiales. Así, por ejemplo, también reconocía San Pablo el origen divino de todo poder (*Rom.* 12, 14-20) y, por lo tanto, el derecho del Imperio a impartir justicia y mantener el orden a través de la violencia si fuese necesario. Los cristianos debían ser leales al Imperio y permanecer en la misma condición social que tenían cuando se convirtieron a su nueva fe (*I Cor.* 7, 20-24). El propio Pablo, al proclamar su ciudadanía romana con orgullo ante las autoridades imperiales parecía mostrar su lealtad y aceptación del gobierno romano y sus instituciones (*Hch.* 16, 37-39; 22, 25-28).

Hasta mediados del s. II aproximadamente, serán las comunidades judeocristianas las que prevalezcan dentro del cristianismo. Sin embargo, el aplastamiento definitivo de cualquier atisbo de rebelión judía por parte del Imperio en la Guerra de Bar Kokba (132-135 d.C.) significó el fin del predominio de esa rama del cristianismo más vinculada al judaísmo e intransigente con Roma. A partir de entonces, la versión helenizante del cristianismo será la que triunfe y la que paulatinamente defina las bases de la ortodoxia. Ahora bien, quizá debido a las elevadas expectativas escatológicas que es posible detectar en las epístolas paulinas, y que las primeras comunidades helenizantes heredaron y compartieron con las comunidades judeocristianas, el apóstol de los gentiles no había dejado resuelta la cuestión de qué grado de compromiso deberían mantener los cristianos con las instituciones

imperiales. Esta cuestión, tras la nueva oleada de antisemitismo suscitada por la guerra del 132-135 y que llevó a las primeras persecuciones de cristianos, necesitaba ser afrontada, puesto que, desde la perspectiva romana, los primeros cristianos no se diferenciaban de los judíos. De nuevo las diferentes comunidades cristianas ofrecieron distintas respuestas que irían desde el pleno conformismo político e identificación con las instituciones y formas de vida romanas de la secta gnóstica, al antirromanismo y beligerancia de los judeocristianos (Fdez. Ubiña, 2000: 187-191).

Sin embargo, la mayor parte de las comunidades cristianas adoptarían una postura intermedia ante el problema de la participación en el Imperio. Esta postura estará representada, sobre todo, en las denominadas literatura apostólica y apologética. En líneas generales, tanto la una como la otra supusieron una profundización de la doctrina paulina de aceptación de los poderes terrenales. Así, en esta literatura se reafirma el “patriotismo romano” de los fieles cristianos, llegándose en ocasiones, como especialmente en Clemente de Roma y los otros padres apostólicos<sup>112</sup>, a identificar los valores cristianos con los que fundamentaban la *Pax Romana*: obediencia, disciplina, autoridad, concordia, defensa de la ley. Tanto es así, que Clemente llegaba a concebir el orden romano como una prolongación del orden natural abriendo la puerta con ello a legitimar la completa sumisión y participación del fiel cristiano en las instituciones imperiales, pues, en su opinión, el código ético que debería regir la vida de las comunidades cristianas era exactamente el mismo que regía la comunidad política del Imperio (Fdez. Ubiña, 2000: 193).

Por su parte, los autores apologetas intentaban “disipar los prejuicios que el Estado y la sociedad romana albergaban contra el cristianismo” (Fdez. Ubiña, 2000: 196-197). A este respecto, intentaron presentar al cristianismo como un tipo de filosofía asimilable a la filosofía helénica, “una doctrina del comportamiento individual y comunitario, una verdad que se puede demostrar y enseñar, y que es superior a las supersticiones que dominan la vida social, política y religiosa del Imperio” (Fdez. Ubiña, 2000: 197). Sobre todo, los apologetas intentarían conquistar el beneplácito de la sociedad romana y, en particular, de las autoridades imperiales, intentando presentar a los cristianos como ciudadanos ejemplares que cumplían sus compromisos cívicos y únicamente reclamaban el ejercicio pacífico de su religión. Al mismo tiempo, al igual que los padres apostólicos, también realizaban encendidos elogios del Imperio, sus gobernantes e instituciones mostrando la compatibilidad entre el cristianismo e Imperio. Ello se puede observar, por ejemplo, en el importante argumento desarrollado por Melitón de Sardes (175-176 d. C.), según el que el Imperio y el cristianismo serían dos realidades profundamente imbricadas, como demostraría la coetaneidad de Augusto y Jesús, y el hecho de que tanto el Imperio como el evangelio hubiesen sido dos fuerzas benefactoras que trajeron la paz al mundo (Fdez. Ubiña, 2000: 196-204).

Aunque en los escritos apostólicos se observan metáforas militares y el ensalzamiento de valores castrenses como la disciplina y la obediencia<sup>113</sup>, que también deberían ser

---

112 Debe tenerse en cuenta que la literatura apostólica gozó de mayor popularidad dentro de la propia comunidad cristiana que la apologética, siendo, por ejemplo, las epístolas de Clemente de Roma “más conocidas que algunos libros neotestamentarios” (Fdez. Ubiña, 2000: 194).

113 En sus epístolas Pablo ya emplea metáforas militares para describir su actividad misionera e indicar la

asumidos por el fiel cristiano, al que en ocasiones se denomina como soldado de Cristo (*miles Christi*), tanto a los padres apostólicos como a los apologetas no les preocupaba demasiado el tema de la guerra en general ni el de la participación de los cristianos en el ejército romano en particular. Ahora bien, pese a que son cuestiones que no abordan nunca directamente, puesto que valoraban positivamente el Imperio y la *Pax Romana*, asumirían sin mayor problema la necesidad de las guerras. Y, por otra parte, como cabría esperar del patriotismo que destilan sus escritos, no verían ningún problema en la participación de los cristianos en el ejército.

La primera vez que los autores cristianos aborden directamente el tema de la guerra en sus escritos será durante el s. III d. C., y para referirse en concreto a la cuestión de la participación de los cristianos en el ejército. No quiere ello decir que hasta ese siglo no hubiesen existido cristianos en el ejército: episodios como los de la leyenda de la *Legio XII Fulminata* (Fdez. Ubiña, 2000: 213-226) atestiguan que, si bien su presencia cristiana no debió ser ni siquiera importante, existió. No obstante, aunque la mayor parte de los cristianos, como deja claro la literatura apostólica y apologética, no verían ningún problema en la participación de sus correligionarios en el ejército, existirían otros más extremistas que, imbuidos de una escatología radical y decididos a recuperar la esencia original del cristianismo, se mostraban totalmente opuestos a la participación y colaboración con las instituciones imperiales. Aunque debe aclararse que estos cristianos rigoristas habrían sido una tendencia minoritaria.

¿Qué fue lo que cambió entonces en el s. III para que el servicio militar cristiano deviniese objeto de preocupación y reflexión para los autores cristianos? En esencia dos cuestiones. En primer lugar, desde fines del s. II el sistema militar puesto en pie por Augusto comenzará a manifestar los primeros síntomas de agotamiento. Ello significó el inicio de un período de profunda inestabilidad interna en el que las legiones romanas se erigirán en el principal actor político del Imperio poniendo y deponiendo emperadores a su antojo. Esta imbricación de las legiones en las luchas de poder internas hará que descuiden las fronteras provocando las primeras incursiones serias de pueblos bárbaros, que debilitarían todavía más al Imperio. Es lo que se conoce como el período de la “anarquía militar” del s. III.

En segundo lugar, el s. III será una época de gran expansión y avance del cristianismo especialmente en la mitad oriental del Imperio, siendo su influencia cada vez más notoria. Ahora bien, será ese mayor peso social del cristianismo el que suscitará fricciones con el Imperio. En esa época de grave crisis militar, las autoridades imperiales concebirán la reticencia de los cristianos extremistas a colaborar con el Imperio como un signo de traición. Así, por ejemplo, en su *Discurso verdadero*, Celso criticará con dureza la pasividad de los cristianos a la hora de defender el Imperio. Pero la negativa a servir en el ejército no será el único signo de traición por parte de los cristianos que percibían las autoridades imperiales. Tan importante como esa negativa a colaborar era, desde su perspectiva, el rechazo de ciertos cristianos a participar en los cultos y rituales romanos tradicionales: trascendente

---

conducta ideal que debería seguir el cristiano (I Tes. 5: 8; II Cor. 6: 7-8; Filip. 2: 25; Fil. 2). Esas metáforas tenían un contenido claramente espiritual y su finalidad sería lograr que la audiencia gentil para la que escribía captase mejor su mensaje, reafirmando al mismo tiempo su patriotismo romano (Bainton, 1963: 61). No obstante, es en el evangelio de *Lucas* en donde por primera vez encontramos representada la función militar de manera positiva, en especial en la historia del centurión de Cafarnaúm (Lc. 7: 2-9).

porque, como se ha explicado, los descalabros militares y la inestabilidad interna también se concebían como resultado de la retirada del favor divino. Por ello, las autoridades imperiales iniciarán persecuciones sistemáticas contra los cristianos durante ese período de inestabilidad del s. III.

Este contexto de radicalización de la postura de unas autoridades imperiales acuciadas por graves problemas político-militares provocó que la mayor parte de los cristianos, que eran cada vez más, mostrasen su total adhesión al Imperio y a la *pietas* tradicional romana, suscitando las primeras reflexiones generales de los autores cristianos acerca de la participación cristiana en el ejército. Estos autores (Clemente de Alejandría, Orígenes de Alejandría, Tertuliano, Cipriano de Cartago, Arnobio, Lactancio, Hipólito de Roma), habrían sido los primeros en justificar la deserción militar en la historia occidental. A este respecto, a continuación, analizaré las reflexiones sobre el servicio militar y la guerra de dos de ellos: Orígenes y Tertuliano.

Orígenes (ca. 185-253) desarrollará sus argumentos sobre la participación cristiana en el ejército en su obra del año 245 d. C. *Contra Celso*, como una respuesta directa a las acusaciones lanzadas por Celso. En opinión de este teólogo alejandrino, el oficio militar era totalmente incompatible con la profesión de fe cristiana. Así, consideraba que el fiel cristiano no debía participar en la guerra en general ni en el ejército en particular por dos razones. En primer lugar, porque los combates que el cristiano debía librar como *miles Christi* eran combates espirituales contra el pecado y el demonio. En los asuntos terrenales el cristiano debía seguir el evangelio de la paz transmitido por Jesús: “siguiendo los consejos de Jesús, venimos a romper por arados nuestras espadas espirituales, aptas para la guerra y el agravio, y a transformar en hoces las lanzas con que antes combatíamos. Y es así que ya no tomamos la espada contra pueblo alguno, ni aprendemos el arte de la guerra, pues por Jesús nos hemos hecho hijos de la paz” (Fdez. Ubiña, 2000: 240). En segundo lugar, el cristiano tampoco debía participar en el ejército para evitar incurrir en el pecado de idolatría que implicaría tomar parte en los ritos castrenses<sup>114</sup>.

Sin embargo, este pacifismo cristiano de Orígenes era compatible con un acendrado patriotismo romano. Retomando el argumento formulado por primera vez por Melitón de Sardes a fines del s. II, el autor del *Contra Celso* consideraba necesaria la defensa del Imperio, pues la *Pax Romana* había sido establecida por la divinidad, como demuestra la coincidencia de su inicio con el nacimiento de Jesús, para facilitar la expansión del cristianismo. Por consiguiente, pese a que rechazaba la participación cristiana en la guerra, Orígenes no cuestionaba la guerra en sí misma, sino que la reconocía como necesaria para el mantenimiento del Imperio. Dentro de ese esquema, para el teólogo alejandrino el fiel cristiano debía mostrar su lealtad al Imperio elevando plegarias a Dios por la victoria de los ejércitos romanos y por el emperador, función que hasta entonces cumplían los adivinos y sacerdotes que regían la religión oficial del Imperio. En este argumento se vislumbra, por tanto, la posibilidad de un Imperio cristiano. Dado que la voluntad de Dios era que el cristianismo se expandiese por todo el orbe, si el Imperio asumiese a los seguidores de Jesús

---

114 Orígenes creía que su argumento pacifista era seriamente objetado por la extraordinaria violencia y belicismo presentes en el Antiguo Testamento. No obstante, el teólogo alejandrino resolvería este problema proponiendo una exégesis alegórica de las acciones militares allí descritas, concibiéndolas más bien como combates espirituales entre las fuerzas del bien y del mal (Fdez. Ubiña, 2000: 235).

como nueva casta sacerdotal, ganaría todas sus guerras incluso sin necesidad de luchar en el campo de batalla, pues las plegarias cristianas garantizarían la intercesión de Dios y la victoria segura. Por lo tanto, según la concepción del teólogo alejandrino, las oraciones cristianas serían incluso más determinantes que la actuación de los soldados a la hora de conseguir la victoria militar (Fdez Ubiña, 2000: 236-246).

Por su parte, Tertuliano abordaría la cuestión de la participación cristiana en el ejército en dos obras tardías dentro de su producción, el *De Corona militis* (211) y *De idololatria* (211-212), compuestas en el contexto de la persecución de Septimio Severo. En estas obras esgrime argumentos semejantes a los de Orígenes contra el servicio militar y la participación en la guerra en general de los cristianos. Por un lado, su creencia de que el mensaje de Jesús era un evangelio de paz le lleva a condenar el homicidio. Por otro lado, su rigorismo doctrinal determinaba que la idolatría fuese la principal objeción al servicio militar cristiano. No obstante, en el *De Corona*, con respecto al problema del servicio militar, Tertuliano distinguirá entre aquellos cristianos bautizados que se proponen entrar en el ejército, y los que se convierten al cristianismo siendo ya soldados. En cuanto a los primeros, el obispo cartaginés se mostraba absolutamente intransigente, argumentando que tanto el peligro de incurrir en la idolatría como de derramar sangre excluía toda posibilidad de servir en el ejército. En cambio, por lo que se refiere a los segundos, mantiene una actitud un tanto más moderada postulando que el soldado bautizado podría permanecer en el ejército siempre y cuando evitase los rituales paganos y el homicidio; lo cual, debido a su casi imposibilidad práctica, equivalía a dejar el asunto en manos de la conciencia del soldado (Fdez. Ubiña, 2000: 257-270).

Asimismo, al igual que Orígenes, se mostraba como un patriota romano que reconocía la necesidad de la existencia del Imperio por los beneficios que reportaba y, por ende, no cuestionaba la guerra en general, sino que la percibía como pilar esencial para la estabilidad de Roma: “Si yo no me engaño, todo reino e imperio se amplía con las victorias; las victorias se consiguen con las guerras, y las guerras no se hacen sino rindiendo y destruyendo ciudades” (Fdez. Ubiña, 2000: 270). No obstante, al contrario que Orígenes, no creía que la paz imperial fuese un don de la providencia divina para la expansión del cristianismo, sino que más bien esa expansión habría sido la que habría propiciado el bienestar imperial. Así, los cristianos demostraban su lealtad al Imperio rezando por su estabilidad y prosperidad, aunque no debían comprometerse en actividades que pusieran en entredicho su servicio a Dios (Fdez. Ubiña, 2000: 270-278).

En general, estos argumentos pacifistas de los apologetas del s. III justificaban la desertión militar de ciertos cristianos excesivamente rigoristas. De hecho, lo que más preocupaba a estos autores en cuanto a la cuestión militar era la preservación de la pureza ritual más que el homicidio en sí, aunque también, como he explicado, esgrimiesen argumentos en contra de ello. Y es que a partir del reinado de Septimio Severo, con la militarización de la burocracia civil, la mayor parte de los militares podrían pasar alejados toda su carrera del campo de batalla (Swift, 2007: 284). A lo largo del s. III la posición mayoritaria dentro del cristianismo con respecto a la cuestión militar será la de considerar compatible la profesión militar con la fe cristiana. Además, por otra parte, el pacifismo de esos apologetas hay que entenderlo desde su propio patriotismo. Así, mantienen una concepción positiva del Imperio y la *Pax Romana*, y nunca cuestionan la guerra en general.



De hecho, al respecto, mantendrán una concepción clásica de la guerra considerándola como un hecho natural e inevitable. De igual manera, comienza a perfilarse en sus escritos una teología cristiana de la victoria porque se afanan en demostrar que la victoria y los éxitos del Imperio se deberían a su Dios y no a los dioses romanos.

No obstante, si bien el movimiento apologético, que representaba la corriente de opinión mayoritaria dentro del cristianismo, se había esforzado en obtener el reconocimiento y conciliación de las autoridades imperiales para con la fe cristiana, podría decirse que finalmente los apologetas fracasaron en su intento. El s. III fue el de las grandes persecuciones estatales. Con todo, esas persecuciones, que fueron una auténtica prueba de fuego para el cristianismo, no lograrían detener su expansión. Antes bien, no solo la fe cristiana continuó expandiéndose y creciendo por los diferentes rincones del Imperio, sino que las propias persecuciones animaron un proceso de unificación doctrinal y ritual en el que el papel desempeñado por unas jerarquías eclesiásticas que se habían venido definiendo durante los siglos anteriores, fue fundamental. Como sucedió con la última persecución estatal (la gran persecución tetrárquica del 303 impulsada por Diocleciano), la resistencia de que hicieron gala los cristianos acrecentó el prestigio e influencia social de su fe por todo el Imperio (Fdez. Ubiña, 2000: 227-228).

Probablemente teniendo en cuenta que la intransigente política religiosa seguida por sus predecesores y compañeros en el sistema tetrárquico no había logrado subsanar la crisis político-militar del Imperio, Constantino optó por licitar el culto cristiano. Pero ello no significó su conversión total al cristianismo. Antes bien, Constantino seguiría ejerciendo hasta el fin de sus días las funciones asociadas a su cargo de *pontifex maximus*, es decir, máximo responsable de la piedad tradicional romana. Esta piedad tradicional continuaría siendo la religión oficial del Imperio. Por lo tanto, la legalización del cristianismo hay que entenderla dentro de la política religiosa integradora y caracterizada por el sincretismo espiritual que Constantino llevó a cabo a lo largo de todo su reinado. Ahora bien, durante ese reinado, también podrá observarse un abandono progresivo de los cultos y símbolos paganos y una creciente adhesión al cristianismo. Algo que se manifestará en su propaganda oficial y en sus muestras de piedad, donde si bien el tono empleado es claramente sincretista, la inspiración será preferentemente cristiana (Fdez. Ubiña, 2000: 430-436).

Para los cristianos, la legalización de su fe y culto por parte de Constantino fue una gran victoria. Muchos incluso vieron que con este acto se abría la posibilidad del Imperio cristiano que tanto habían anhelado y que significaría la instauración definitiva del Reino de Dios que Jesús había anunciado. El máximo exponente y forjador de esta concepción del Imperio cristiano fue el obispo de Cesarea y propagandista de la corte de Constantino, Eusebio. Este transmitirá la idea de que los sucesos de inicios del s. IV que cambiaron la posición social y política del cristianismo habrían sido el resultado del designio divino actuando a través de Constantino. El propio ascenso al poder de este emperador es narrado por Eusebio como una gran empresa religiosa diseñada por la voluntad divina, que culmina con la instauración de un reino terrenal a imagen y semejanza del reino celestial presidido por Cristo. Con la instauración del Reino de Dios sobre la tierra se abría una nueva época en la historia de la humanidad: los *tempora christiana*, en los que el hombre se reconcilia con Dios y toda la tierra se somete a su poder.



Al reinterpretar el ascenso de Constantino al poder y los acontecimientos de su reinado en clave cristiana, —tarea que el obispo de Cesarea llevó a cabo sobre todo en su *Historia Eclesiástica*, su *Vida de Constantino* y su discurso pronunciado en los *tricennalia* del 335—, Eusebio desarrollará una nueva teología de la historia apoyada en dos ideas clave: 1) la voluntad de Dios se manifiesta en la historia haciendo que el triunfo de la religión verdadera sea inevitable; 2) el Imperio no es más que un instrumento de salvación y el emperador, representante de los poderes temporales, el vicario de Dios en la tierra. De este modo, la teología de la historia eusebiana renovaba la vieja concepción pagana del poder sobrepasándola: no solo el poder era concedido por la divinidad, sino que el propio emperador se convertía en una figura semi-divina ya desde su elección (Fdez. Ubiña, 2000: 482-489).

No es de extrañar, por tanto, que Constantino hubiese apoyado y asumido esta nueva concepción cristiana del Imperio elaborada por el obispo de Cesarea, ya que permitía fortalecer un cargo imperial que había perdido su estabilidad y prestigio tras la crisis del s. III. Ello significaba que por fin se había hecho realidad la alianza entre el cristianismo y el Imperio. Esta alianza será confirmada y mantenida por los sucesores de Constantino y culminará con el decreto del 391 de Teodosio que prohibía los sacrificios y cultos idolátricos, convirtiendo al cristianismo en el culto oficial del Imperio. De este modo, al sustituir a la *pietas* tradicional romana, el cristianismo también asumía su función de ser, junto con el ejército, uno de los dos principales instrumentos del Imperio para mantener la cohesión social. Por esta razón, a partir de Constantino, todos los emperadores romanos pondrán especial énfasis en superar cualquier división entre las diferentes sectas cristianas y fijar una ortodoxia doctrinal: un Imperio unido precisaba una Iglesia unida. En este sentido, desde el principio la jerarquía eclesiástica aceptará la jurisdicción imperial y sus decisiones como criterio último de ortodoxia. Constantino será el primer emperador en inaugurar esta tradición “cesaropapista” al presidir el primer concilio ecuménico de Nicea del 325 donde se fijó por primera vez la ortodoxia cristiana.

Por último, esta necesidad de los emperadores a partir de Constantino de defender la ortodoxia cristiana hará que, cada vez más, las propias luchas internas por el poder adquieran el matiz también de guerras religiosas. Así, cada pretendiente al trono imperial asumía ciertas opciones doctrinales que pretendería imponer como ortodoxia. Merced a ello, las categorías de hereje y enemigo político tenderían a confundirse cada vez más, permitiendo las primeras elucubraciones cristianas en torno a una teología de la guerra santa, que ya se podrá observar en el 350 en la obra de Fírmico Materno *De errore profanarum religionum* (Fdez. Ubiña, 2000: 495-496).

La Iglesia se benefició grandemente de esta política favorable de los emperadores, pues no solo vio como su prestigio social aumentaba, sino que a lo largo del s. IV el cristianismo aceleró su expansión por todos los sectores sociales e instituciones del Imperio. Por lo tanto, durante ese siglo la Iglesia oficializaría su postura de apoyo incondicional al Imperio y sus instituciones. En temas militares, ello significó que comenzará a asumir sin ningún tipo de dudas la defensa del Imperio. Así, tan solo un año después de que Constantino licitase el culto cristiano, la Iglesia se pronunciaría oficialmente con respecto al tema del servicio militar cristiano en el Concilio de Arlés para declarar perfectamente compatible la profesión militar con la fe cristiana. Aunque con ello simplemente legitimaba lo

que había venido siendo la opinión y práctica mayoritaria a lo largo de los anteriores siglos por parte de los cristianos. Atrás quedaban, por tanto, las posturas antimilitaristas y pacifistas de un Tertuliano o un Orígenes que, si bien habían sido minoritarias, seguirán teniendo cierto peso y haciéndose notar dentro del cristianismo en la Antigüedad tardía en la figura de Paulino de Nola (Fdez. Ubiña, 2000: 558-564), y a lo largo de los siglos posteriores hasta nuestros días. De igual modo, en ese Concilio de Arlés además de legitimar la participación cristiana en el ejército, —con la salvedad de que el clero debía quedar exento—, se acordaba excomulgar con el canon número 3 a aquellos cristianos que desertasen en tiempos de paz<sup>115</sup>. Por consiguiente, invade a la Iglesia, durante este período triunfalista del s. IV, un fervor militarista cuya manifestación más evidente sería la aparición, en la literatura cristiana, de la figura del héroe cristiano que muere defendiendo a su patria romana en el campo de batalla<sup>116</sup>.

Ese fervor militarista también se plasmará en los nombres con que los cristianos comenzarán a denominar a Jesucristo: *Christus victor, rex y dominus universorum*. De este modo pasaba a convertirse de dios de los perseguidos, a dios de la victoria (Fdez. Ubiña, 2000: 493). Acompañará a esta transformación de Jesucristo en una divinidad guerrera el desarrollo de una teología de la victoria que, si bien como he explicado, ya se había ido perfilando en los siglos anteriores, adquirirá su forma definitiva también en la obra de Eusebio de Cesarea. Para comprender la importancia de esta teología de la victoria elaborada por Eusebio, debe recordarse que la crisis del s. III había hecho que se extendiera la desconfianza hacia las virtudes de unos militares a los que se despreciaba por su baja extracción social y corrupción moral, y a depositar la suerte militar del Imperio en manos de los dioses<sup>117</sup>. Así, Eusebio no solo interpretará la sucesión de victorias que habían jalonado el camino al poder por parte de Constantino como obtenidas gracias al favor del Dios cristiano, como recompensa de su piedad, sino que en su relato de esas batallas, Constantino nunca aparece planificando o dirigiendo las operaciones. El triunfo no dependería de su previsión y virtudes, —que, por otra parte, no dejarían de ser emanaciones de la divinidad—, sino de la oración y protección divina de la que goza. Desde esta perspectiva, en consecuencia, las victorias militares no serían más que epifanías del poder celestial que habita en el emperador que, siempre y cuando mostrase su devoción cristiana, sería invencible.

Recapitulando, la alianza entre la Iglesia cristiana y el Imperio iniciada a partir del reinado de Constantino, fue beneficiosa para ambos. Sobre todo, con su política pro-cristiana, Constantino y sus sucesores lograrían dotar de una cierta estabilidad al trono

---

115 Desertar ya no tenía sentido puesto que además de poder practicar libremente su religión, los cristianos ya no estaban obligados a participar en los rituales militares paganos.

116 Ese fervor militarista también hará que, pese a que su participación estaba prohibida, muchos clérigos comiencen a servir en el ejército, siendo el caso paradigmático el de Sinesio de Cirene. No obstante, la mayor parte de ellos estarían alejados del campo de batalla, ejerciendo probablemente funciones de tipo administrativo, fiscal y político. Y es que, con la progresiva cristianización del Imperio a partir de Constantino, la presencia de las autoridades eclesiásticas en las instituciones romanas será cada vez mayor.

117 De este modo, a partir de esta época comenzará a concederse más importancia a los rituales que jalonaban las campañas militares que a la propia disciplina y entrenamiento de los soldados. En este sentido, la adopción del cristianismo significará la sustitución de los rituales paganos por rituales cristianos: los auspicios por la consulta de hombres santos; los *vota* en el campo de batalla por oraciones y plegarias al dios cristiano; las ceremonias de acción de gracias por sacrificios eucarísticos, etc.

imperial; estabilidad de la que el Imperio había carecido durante el siglo anterior. Ello no hacía más que confirmar el triunfalismo contenido en la teología eusebiana, según la cual el abandono de la superstición pagana y la adopción del cristianismo, la verdadera fe, traería como consecuencia la renovación y conservación del Imperio. Sin embargo, tras la derrota de Adrianópolis en el año 378 frente a un contingente de godos, se iniciaría un nuevo período de desastres militares que pondrían en serio peligro al Imperio, y que pronto harían que comenzara a desaparecer la felicidad y el triunfalismo de los *tempora christiana* eusebianos. Esas derrotas militares motivarían la aparición de duras críticas por parte de los intelectuales paganos, quienes las concebían como una venganza de las divinidades tradicionales después de que las autoridades imperiales las hubiesen rechazado en beneficio del dios cristiano. Así, como manera de solucionar esa nueva crisis del Imperio, pedían una vuelta a las formas de piedad tradicional. En ese contexto derrotista, incluso hubo cristianos que regresaron al paganismo.

Ante esos desastres que ponían en peligro la continuidad del Imperio, la Iglesia se vio obligada a abandonar la teología eusebiana y a buscar nuevos argumentos para justificar esas derrotas. En cualquier caso, la hora más baja del Imperio y de la Iglesia todavía estaba por llegar: el saqueo de Roma del año 410 por el ejército visigodo de Alarico. Esta fue una catástrofe de proporciones bíblicas cuyos ecos resonaron en todo el Imperio. Entonces, las críticas al cristianismo no hicieron más que redoblar y fortalecerse. No obstante, este acontecimiento también daría lugar a la composición de una obra, *La ciudad de Dios*, en la que Agustín, obispo de la ciudad de Hipona en el norte de África, intentando hallar una justificación que exculpase al cristianismo de esa catástrofe, desarrollaría lo que sería la primera y definitiva alternativa teológica al triunfalismo eusebiano. A continuación, me centraré en analizar, sobre todo, las implicaciones políticas y militares de esta nueva teología de la historia agustiniana.

En el terreno político, la teología sistematizada por Agustín en *La ciudad de Dios* va a tener como principal efecto el desligar al dios cristiano de la suerte del Imperio. Al igual que Eusebio, el obispo de Hipona opinaba que Dios intervenía en la historia. Sin embargo, a diferencia de aquel, Agustín establecía una importante matización: el significado de la intervención de la voluntad divina en la historia, desde la muerte de Cristo hasta el Juicio Final, permanecería oculto para los hombres. Por su parte, el significado del resto de los acontecimientos, desde la creación hasta la muerte de Cristo, habría sido revelado por Dios en la Biblia. Lo importante, en lo que aquí nos concierne, es que desde el nuevo punto de vista forjado por la teología agustiniana no se podría sostener que hubiese sido la voluntad divina la que hubiese propiciado la expansión del Imperio Romano: este no era un instrumento de salvación. Antes bien, como cualquier otra sociedad terrenal, el Imperio estaba condenado a desaparecer, con lo que el obispo de Hipona desmontaba de paso el mito pagano de la Roma eterna (Markus, 1970).

Desde el punto de vista militar, esta teología agustiniana implicaba que la causa de los éxitos y derrotas militares romanas no habría que buscarlas en el favor o castigo de la divinidad, sino, antes bien, como los propios autores clásicos habían establecido, en la atención o descuido de las virtudes cívicas. Habían sido estas las que habían permitido a Roma conquistar su Imperio. Por consiguiente, ello significaba, asimismo, el rechazo de la teología de la victoria eusebiana. Así, al obispo de Hipona no se le escapaba que la guerras

tenían siempre como motores y objetivos fundamentales el deseo de poder y riquezas. Por esta razón, repitiendo un argumento por primera vez esbozado por Lactancio, pudo desenmascarar y denunciar a los imperios, incluido el romano, como grandes robos (*magna latrocinia*) erigidos a costa del sufrimiento humano: “¡Cuántas ciudades populosas e ilustres destruidas! ¡Cuántas afligidas y menoscabadas! ¡Cuántas tierras y regiones de todo el orbe arrasadas! ¡Cuántos vencidos y cuántos vencedores! ¡Cuántos hombres perecieron, o de los soldados que luchaban o de los pueblos no dados a las armas! (Fdez. Ubiña, 2000: 546).

Con todo, pese a que Agustín desvinculaba con esta interpretación histórico-teológica el destino del Imperio del de la fe cristiana, otorgando un mayor valor a la fe que al poder político, así como a la salvación eterna frente a la gloria terrenal también concedía un cierto valor positivo al poder político. Así, retomando la doctrina paulina, Agustín consideraba que todo poder provenía de Dios; había sido establecido por Dios. A pesar de que las virtudes cívicas definidas por los pensadores paganos fuesen claramente inferiores a las virtudes cristianas, no dejaban de tener un valor positivo puesto que ejercían un cierto freno frente al mal y el pecado que regían la existencia mundana. Por lo tanto, pese a todo, Agustín reconocía que el poder político podría tener un fin noble. El Imperio Romano ya había asumido ese fin noble: la protección de la Iglesia. Por eso mismo, aunque esa alianza con la Iglesia no fuese a garantizar su supervivencia, el Imperio debía ser conservado.

En el contexto del s. V ello significaba que el Imperio debía ser defendido frente a las incursiones de los pueblos bárbaros. De hecho, junto con Ambrosio, obispo de Milán, Agustín va a ser el primer autor cristiano en desarrollar una reflexión concreta acerca de la guerra justa<sup>118</sup>. En este sentido, la identificación de la concepción agustiniana sobre la guerra justa con las concepciones clásicas, en particular la ciceroniana, será total. El obispo de Hipona adoptará los mismos criterios que el político y abogado romano para definir lo que entendía por guerra justa. En primer lugar, la guerra debía ser absolutamente necesaria y último recurso para solventar el conflicto, teniendo como objetivo la restauración de la paz: “No se busca la paz para promover la guerra, sino que se va a la guerra para conquistar la paz. Sé, pues, pacífico, aun cuando combates, para llevar, al vencerlos, al bien de la paz a aquellos mismos contra quienes luchas” (Fdez. Ubiña, 2000: 550). Además, la guerra debía ser declarada por la autoridad legítima: el orden natural “reclama que la autoridad y la decisión de emprender una guerra recaiga sobre el príncipe, mientras que los soldados tienen el deber de cumplir las órdenes de guerra en beneficio de la paz y la salvación común” (Fdez. Ubiña, 2000: 539). Y en tercer, y último lugar, Agustín también adoptará el criterio ético ciceroniano, al declarar que son justas aquellas guerras luchadas para reparar una injuria previa, y no por el deseo de riquezas o mero poder: “Se define habitualmente como guerras justas las que castigan las injusticias, cuando la nación o la ciudad a quien se va a declarar la guerra ha olvidado reparar lo que se ha hecho por los suyos deshonestamente o bien devolver lo que fue llevado injustamente” (Fdez. Ubiña, 2000: 542).

Ahora bien, a esos criterios clásicos de tipo ético-jurídico, Agustín añadirá otras

---

118 Lo que quiero decir es que hasta entonces los autores cristianos habían realizado especulaciones abstractas acerca de la legitimidad de la guerra cuando respondían a la cuestión del servicio militar cristiano, o cuando defendían la conciliación entre el cristianismo y el Imperio. Pero ninguno determinaba de manera concreta cuáles eran los criterios y condiciones bajo los cuales una guerra podría ser considerada como legítima y justa.

justificaciones de corte teológico. Desde una perspectiva cristiana, el problema de justificar la guerra y el servicio militar derivaba de la existencia de la tradición pacifista y de rechazo de la violencia presente en los evangelios del Nuevo Testamento, y que había sido defendida por algunos apologetas como Orígenes o Tertuliano, como hemos visto. Agustín no rechaza este pacifismo evangélico, sino que empieza por reconocer que, desde el punto de vista de Dios, la paz es el estado natural del hombre y la guerra solo se explica por el hecho de que la existencia mundana está regida por el pecado: “La voluntad de Dios es en este sentido inequívoca: los hombres deben vivir en paz y concordia. En el amor a Dios se funda la ciudad celestial, en el egoísmo la terrenal, y de este nace la guerra, la pasión por el poder, el culto a la gloria y a la fuerza” (Fdez. Ubiña, 2000: 547). La guerra es, por tanto, ominosa, una manifestación del sufrimiento y maldad que rigen la existencia mundana del hombre. No obstante, como demuestra el Antiguo Testamento el propio Dios ordena y desea algunas guerras. En este caso, ya que la guerra goza de la aprobación divina, su legitimidad no debería ponerse nunca en tela de juicio: “Con ignorancia ultrajante se recrimina a Moisés el haber hecho la guerra [...] Pero atreverse a reprochar al mismo Dios el haber mandado tales cosas es propio de un hombre incapaz de pensar” (Fdez. Ubiña, 2000: 540). Entre esas guerras queridas por Dios se encontrarían aquellas destinadas a la represión de la herejía: “Sara persiguió a Agar: la que perseguía era santa, mientras que la que padecía era inicua [...] Hay una persecución injusta: la que promueven los impíos contra la Iglesia de Cristo; y hay una persecución justa: la que promueve la Iglesia de Cristo contra los impíos” (Fdez. Ubiña, 2000: 549). Incluso los preceptos pacifistas de los evangelios, como los de no devolver mal por mal, poner la otra mejilla, o del amor al enemigo, no debían entenderse literalmente. Ni Jesús ni Pablo pusieron la otra mejilla; ni tampoco los evangelios se pronuncian contra la guerra ni contra el oficio militar (Fdez. Ubiña, 2000: 544-545).

Con estos principios Agustín pretendía difuminar el contraste, con respecto al tema de la guerra, entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. En este sentido, sería sobre todo su argumento de la recta intención lo que le permitiría superar la escisión entre las tradiciones pacifista y belicista de la Biblia. Según él, el bien y la virtud no estarían en los hechos, sino en la intención, en el corazón del hombre (Fdez. Ubiña, 2000: 541). Desde un punto de vista teológico-cristiano, puesto que la guerra es siempre un mal, sus beneficios y justicia habrían de hallarse no en el plano material, sino en el espiritual: la concepción agustiniana de la guerra justa pasará a definirla, desde un punto de vista teológico, como un mal menor. Como reconocía Bainton (1963: 87), al establecer la recta intención como criterio último, desde un punto de vista religioso, a la hora de justificar la guerra, Agustín abrió la puerta a que tanto los soldados como los gobernantes se sintiesen justificados, en nombre de la defensa del cristianismo o enarbolando la bandera de los valores cristianos, para cometer todo tipo de crueldades y atrocidades sobre el enemigo. De ahí que aquellos gobernantes que quisiesen conquistar o aniquilar un determinado pueblo llevando la guerra hasta sus últimas consecuencias, justificasen la acción militar como una defensa de la ortodoxia cristiana. Por lo tanto, Agustín debe ser considerado como un precursor de la idea de guerra santa que alcanzaría una gran importancia en la Edad Media (Fernández Ubiña, 2000: 552-553).

#### **1.7.5. El género historiográfico en la Antigüedad clásica**

Como he comentado hasta aquí, la opinión prevalente con respecto a la guerra dentro del mundo clásico grecorromano era exactamente la misma que se podía observar en las



sociedades tribales. La guerra era considerada como un hecho social natural e inevitable. Asimismo, se consideraba que a la victoria en esta iba asociada una gran gloria o prestigio. Esa gloria se traducía materialmente en la obtención de riquezas y poder, pero también en el derecho de los vencedores a ser recordados. Con el fin de consignar tal recuerdo nacería en la antigua Grecia, durante la época oscura, el género épico.

La sociedad helénica de la época oscura era una sociedad de carácter tribal. No obstante, en ella existía una cierta estratificación social como demuestra el hecho de que existiese la institución de la jefatura (*basileus*), y que esta se heredase dentro de alguno de los linajes que, en virtud de su riqueza, poseían un estatus noble (Finley, 1978: 100-101; cf. Gschnitzer, 1987: 67). Como ya he comentado, en esta sociedad, la guerra, bien a través de la piratería o las expediciones de pillaje a aldeas vecinas, constituía el medio fundamental de adquisición de aquellos artículos que componían la riqueza de un linaje: tierras, esclavos, metales y, sobre todo, ganado (Finley, 1978: 59-87). Asimismo, vinculada a la victoria o la derrota en la guerra estaba la adquisición del rango de jefe. La jefatura era, en esencia, una institución militar: el jefe era el representante máximo de la comunidad en las cuestiones de la guerra y la paz<sup>119</sup>. No es de extrañar, por lo tanto, que este tipo de sociedad se fundase sobre los valores de la guerra (Vegetti, 2005: 40-47); ni tampoco, que la guerra fuese concebida como el principal medio del cambio social.

Asimismo, era esta una sociedad oral donde la palabra hablada era el lugar de la memoria<sup>120</sup>. Por esa razón, existían una serie de especialistas encargados de recordar aquellos hechos, preceptos, etc. que eran necesarios para la supervivencia de la comunidad. De ahí, igualmente, que en esta sociedad se forjase una concepción de la verdad como superación del olvido (Detienne, 1981). Lo verdadero era aquello que se recordaba para mantenerlo vivo en el presente y transmitirlo al futuro. Uno de esos especialistas encargado de transmitir el recuerdo de hechos pasados era el poeta épico. Este se centraba en relatar la gloria que los nobles (*aristoi*) habían obtenido en la guerra luchando como *promachoi* (es decir, en primera línea de batalla). Con ello, el poeta legitimaba el poder de esos nobles. Y, debido al carácter ideológico que poseían, la recitación de las composiciones épicas era patrocinada por los propios nobles y tenía lugar habitualmente en ocasiones festivas ante todo el pueblo<sup>121</sup>.

Por otra parte, la concepción de la verdad como superación del olvido iba vinculada a una concepción del tiempo en que el pasado, el tiempo de los orígenes, adquiría una connotación paradigmática. Frente a un presente siempre decadente y corrupto, el pasado era el tiempo de la plenitud (Hes. *Trabajos y Días*, 106-202). Así, pues, los especialistas encargados de conservar y transmitir la memoria social eran también los responsables de que ese pasado continuase repitiéndose en el presente. Esta concepción del tiempo era

---

119 Por supuesto, también ejercía otras funciones como la judicial. Pero, lo que quiero resaltar es que, desde un punto de vista comunitario, el liderazgo en la guerra era la función más importante de la jefatura y la que le otorgaba su sentido (Finley, 1978: 117).

120 Ello explica que en este tipo de sociedad la poesía constituyese el principal medio de expresión del poder, pues el carácter rítmico de la poesía facilitaría la memorización (Havelock, 1996: 101-119-).

121 Aunque también podrán recitarse, a petición de los propios nobles, en banquetes privados organizados por ellos.

propia de una sociedad que desdeñaba el cambio histórico. Pese a que en ella existía una noción de una diferencia entre pasado y presente, esta noción era muy limitada y localizada a ciertos aspectos como los cambios en la figura de quienes ejercían el poder transmitida por la épica; en todo caso, estas diferencias nunca se sistematizaron elevándolas a principio general de conocimiento histórico. De este modo, el pasado recreado en composiciones como la poesía épica era atemporal (Schiffman, 2011: 16-31). Pero ello también influía en el hecho de que los poetas siempre recitaban los mismos acontecimientos. En el caso de la sociedad helénica de la época oscura conocemos al menos la existencia de dos ciclos épicos: el de la Guerra de Tebas entre los hijos de Edipo, y el de la Guerra de Troya. Este último quedaría consignado en el famoso poema épico de la *Ilíada* atribuido a Homero, y considerado por los propios griegos de la Antigüedad como texto fundacional de su cultura; una especie de, en palabras de Eric Havelock (1994), “enciclopedia tribal”.

En la *Ilíada* Homero se hace eco de la concepción de la guerra propia de la sociedad tribal de la época oscura. Así, la entiende como un hecho natural y es consciente de que la victoria ofrece a quien la consigue, además de gloria<sup>122</sup> y riquezas en forma de botín, el acceso al poder. De este modo, Homero hace patente el estrecho vínculo que existe entre la guerra y el poder. Un vínculo que también se manifiesta en la obligación que tienen aquellos hombres que ejercen el poder de liderar a sus comunidades en el frente de batalla:

“¿Para qué, Glauco, a nosotros dos se nos honra más con asientos de honor y con más trozos de carne y más copas en Licia? ¿Para qué todos nos contemplan como a dioses y administramos inmenso predio reservado a orillas del Janto, fértil campo de frutales y feraz labrantío de trigo? Por eso ahora debemos estar entre los primeros licios, resistiendo a pie firme y encarando la abrasadora lucha, para que uno de los licios, armados de sólidas corazas, diga: a fe que no sin gloria son caudillos en Licia nuestros reyes, y comen pingüe ganado y beben selecto vino, dulce como la miel. También su fuerza es valiosa, porque luchan entre los primeros licios” (Il. XII, 310-321).

De hecho, el fracaso en ejercer la función guerrera acarrea la pérdida del poder. Aunque ello también pueda sobrevenir como resultado de una muerte dolorosa en la propia guerra. Y, habida cuenta de la centralidad de los valores de la guerra para este mundo en el que la venganza violenta es siempre la manera correcta de responder ante cualquier ofensa al honor, lo cierto es que la guerra era una experiencia bastante corriente (Finley, 1978: 99; Gottschall, 2008: 35-39). Por esta razón, si bien podía conceder el poder y el disfrute de ciertos privilegios que esa posición conllevaba, a la larga la continua exposición a la violencia bélica a que estaban obligados los nobles terminaba costándoles la vida: “Mirándolo con torva faz, replicó el ingenioso Ulises: ¡Atrida! ¡Qué palabra ha salido del cerco de tus dientes! ¡Maldito! A otro ejército que fuera de infames habrías debido dar señas de mando y no ser soberano nuestro, *a quienes Zeus destinó devanar desde la juventud hasta la vejez un ovillo de dolorosas guerras, hasta que nos consumamos uno a uno*” (Il. XIV, 85-87; cursiva mía). Por lo tanto, Homero, aunque otorga a la guerra un valor positivo también expone las consecuencias funestas para la vida de los hombres que esta siempre acarrea<sup>123</sup> cuestionando

---

122 Esa gloria obtenida en el combate será tanto mayor cuanto mayor sea el honor y, por ende, estatus social del enemigo asesinado.

123 En innumerables ocasiones el poeta hace acompañar al sustantivo *polemos* (guerra) de epítetos con connotaciones claramente peyorativas: la guerra es sangrienta (*polemos haimatoeis*), terrible (*ainotatos*), llena

los valores centrales de su sociedad (Redfield, 2012).

Por otra parte, los *aristoi*, que son quienes tienen derecho a la conquista de la gloria y del botín por medio de sus hazañas militares, serán los auténticos protagonistas de la *Iliada*. Homero narra los hechos militares asumiendo su perspectiva. Es por esta razón que imagina la guerra como una competición entre los miembros de la nobleza guerrera. De ahí que las batallas, por ejemplo, adquieran la apariencia de una secuencia de duelos ritualizados en los que los *aristoi* recurren a diferentes estilos de combate —cuerpo a cuerpo con escudos y lanzas o espadas; a distancia implicando el uso de arcos o jabalinas; en carro, etc.—, que son entremezclados en la narración sin solución de continuidad. La narración de esos combates sirve a Homero para mostrar cuáles son las excelencias o virtudes (*aretai*) del guerrero. Entre estas se encuentran obviamente las puramente físicas como la fuerza (*kratos*), el coraje físico, la velocidad; pero también otras intelectuales como la astucia (*metis*), la sabiduría y la persuasión en el consejo. Por eso, la batalla no es el único contexto de la guerra en que el héroe puede mostrar su virtud. Esta también puede ser revelada en el hecho de que el guerrero sepa colocar en buen orden a sus tropas (*eutaxia*) para entrar en combate; o en la realización de emboscadas que también figuran en el relato iliádico (Lendon, 2006: 39-56).

Para Homero todos los estilos de combate y todas las armas poseen el mismo valor. Es en las virtudes del que maneja las armas en donde reside la clave de la victoria. Ahora bien, como ya he explicado, era propio de una sociedad tribal como la que describe la *Iliada* el que esas virtudes no se concebían como fruto del entrenamiento sino más bien como un don divino. Este hecho aparece significado en la *Iliada* mediante la omnipresencia de los dioses en el combate, unas veces ayudando a los protagonistas a derrotar a sus enemigos insuflándoles coraje, y otras veces librándolos de una muerte segura<sup>124</sup>.

Con el nacimiento de la *polis* desaparecerá la institución de la jefatura y el poder pasará a residir en el conjunto de ciudadanos. Estos, que luchaban como hoplitas en la falange, heredarán los valores guerreros de los *aristoi* que aparecían retratados en la épica homérica (Vegetti, 2005: 68-76) y asumirán, asimismo, la función militar. Por lo tanto, el advenimiento de la *polis* no va a modificar en nada esa noción del estrecho vínculo entre guerra y poder. Tampoco va a variar el hecho de que se siga considerando que a la *polis* vencedora correspondía el premio del botín y la gloria que le otorgaban el derecho a reivindicarse como superior y hegemónica con respecto a la derrotada. Ahora bien, a diferencia de lo que sucedía en la sociedad helénica de la época oscura descrita en la épica homérica, la gloria y el poder obtenidos eran colectivos. Por esa razón, la virtud de carácter más valorada en el ciudadano era la *sophrosyne*. Esta se manifestaba en una conducta mesurada que le llevaba a sacrificar siempre su interés individual en defensa del bien común (Vernant, 1992: 97-105).

---

de lágrimas (*polydakrys*, *dakryoeis*), homicida (*deios*), bárbara (*dyseches*), desastrosa (*dystyches*), mala (*kakos*), y lúgubre (*leugaleos*); inflige sufrimiento (*homoiios*), es terrible (*stygeros*), y destructiva (*phtisenor*) (Spiegel, 1990: 38-50).

124 Como, por ejemplo, cuando a punto de ser asesinado por Menelao en el duelo convencional que troyanos y aqueos habían acordado para zanjar su conflicto, Paris es salvado por Afrodita, quien lo arrebató de las manos del soberano de Esparta llevándolo lejos del campo de batalla hasta el lecho de Helena (*Il.* III, 361-382).

Por otra parte, el recuerdo de los hechos militares de las *poleis* será consignado en un nuevo tipo de relato, la historiografía. Como puede observarse en el prólogo de la obra de Herodoto, la primera obra historiográfica de la historia de la civilización occidental, la historiografía va a heredar la noción de verdad y ontología de la poesía épica (Bermejo, 1999: 14): “En lo que sigue Herodoto de Halicarnaso expone el resultado de sus investigaciones, para evitar que con el tiempo caiga en el olvido lo ocurrido entre los hombres y así las hazañas, grandes y admirables, realizadas en parte por los griegos y en parte por los bárbaros, se queden sin su fama, pero ante todo para que se conozcan las causas que les indujeron a hacerse la guerra”. No obstante, entre el relato historiográfico y la epopeya también existirán una serie de diferencias importantes.

Así, la historiografía nace en una sociedad que ya conoce la escritura. La adopción y difusión de esta significó que el recuerdo de todo aquello considerado como necesario para la supervivencia de la comunidad ya no tuviese que ser confiado única y exclusivamente a la memoria de ciertos especialistas. La escritura grababa la palabra que contenía la memoria social sobre soportes como pizarras, piedras, papiros, etc. que permitían que perdurase en el tiempo. Por consiguiente, todo aquel que supiese leer y escribir podía tener acceso a esa memoria social donde estaba recogida la verdad (Svenbro, 1988). El conocimiento de esta dejaba de ser un conocimiento mediado. Además, debido a su fijación en textos escritos, la verdad se exteriorizaba, se hacía visible y podía ser sometida a crítica (Havelock, 1996: 145-167).

Por otra parte, la adopción de la escritura ralentizó la evolución de la poesía épica. Ello hizo que los griegos de la época arcaica comenzasen a ser cada vez más conscientes del abismo temporal entre su época y la que retrataba la épica. Por esa razón, también empezaron a centrar su atención en la memorización de acontecimientos del pasado más reciente dando lugar al florecimiento de una tradición de cuentos orales en prosa. No obstante, en esos relatos en prosa el pasado reciente seguía siendo concebido, al igual que el pasado épico, como idéntico al presente. A partir del s. VI a. C., los denominados “logógrafos” sistematizarían esos relatos orales en prosa fijándolos por escrito y sometiendo a crítica. Esta crítica se fundamentaba en un método de investigación, la *historié*, deudora del denominado proceso de liberación de la palabra posibilitado también por la adopción de la escritura: esa investigación se basaba en la capacidad del individuo para, por medio de su propio lenguaje y facultad de pensamiento, poder acceder a la verdad (Schiffman, 2011: 31-35).

Precisamente *historié* fue el nombre con que Herodoto designó su actividad, y del que la historiografía tomó su nombre. Desde Herodoto, los historiadores del mundo clásico accederán por medio del testimonio de la tradición o de terceras personas a los hechos del pasado reciente que relatan (Sauge, 1991). La veracidad de ese relato dependerá de la autoridad de esos testimonios y de la figura del propio historiador. Ello explica, en primer lugar, que los historiadores clásicos siempre darán preferencia a los testimonios de personas que protagonizaron los hechos relatados o fueron testigos visuales (Schepens, 2007: 40-53). Pero, para juzgar la verosimilitud de esos testimonios, también era preferible que el propio historiador hubiese participado en los hechos relatados, o al menos tuviese experiencia en el ámbito de la política y la guerra. De ahí que, durante la Antigüedad clásica todos los historiadores eran hombres procedentes del estamento ciudadano que, como líderes

políticos y militares de sus Estados, habían tenido, habitualmente, una participación destacada en los acontecimientos que relataban. De hecho, y esto es otra diferencia sustancial con respecto a la historiografía científica que se fundamenta en el s. XIX, desde la Antigüedad clásica los historiadores siempre tenderán a presentarse en sus relatos ofreciendo pistas sobre su actividad investigadora a lo largo de los mismos con el fin de reforzar la persuasividad del texto (Butti di Lima, 1996).

El relato historiográfico, por tanto, no pretende ofrecer la verdad definitiva y absoluta de los hechos narrados, sino que es una versión verosímil de los mismos. La historiografía no se configura en la Antigüedad clásica como filosofía ni como ciencia. Es un simple relato en prosa que se ocupa de lo singular e irrepetible que no aspira a establecer verdades universales. Por esa razón, como estableció Aristóteles (*Poet.* IX), es inferior a la poesía. La utilidad de la historiografía residirá, en el hecho de que podía aportar ejemplos concretos para las élites político-militares sobre cómo pilotar la nave del Estado para llevarla a buen puerto y sobre cómo ejercer el liderazgo en la guerra. Asimismo, los discursos contenidos en las obras historiográficas también servían como modelos retóricos. Por lo tanto, durante la Antigüedad clásica la historiografía no será más que un género literario, una rama de la retórica destinada al consumo de las élites político-militares quedando confinada al ámbito de la educación superior<sup>125</sup> (Nicolai, 1992).

Por otra parte, en los relatos historiográficos de la Antigüedad, los protagonistas serán los Estados que se enfrentan en la guerra. A este respecto, la historiografía mantendrá la concepción propia de la sociedad clásica según la que a la victoria en la guerra iba asociada el poder, la gloria y la riqueza. Pero ahora la obtención del poder por medio de la guerra será la causa de que unos Estados prosperen y otros decaigan: “Yo he recorrido por igual ciudades de hombres pequeñas y grandes. De ellas, las que en tiempos pasados fueron grandes en su mayoría se han convertido en pequeñas y las que en mis tiempos eran grandes anteriormente habían sido pequeñas. Puesto que soy muy consciente de que la prosperidad humana en ninguna parte es duradera, voy a recordar a unas y otras” (*Her.* I. 5). Por consiguiente, la historiografía consagrará esa concepción del cambio histórico confinada al cambio político, y este, a su vez, determinado por el desenlace de la guerra (Momigliano, 1984a: 40).

Los hechos militares serán relatados y racionalizados desde la perspectiva de los ciudadanos que luchan como hoplitas o legionarios. Asimismo, en la virtud de estos seguirá residiendo para los historiadores clásicos la clave de la victoria o la derrota. Pero ahora esa virtud ya no será concebida como un don divino, sino, antes bien, como una cualidad moral que es instilada en el ciudadano por una determinada constitución política y que este debe ejercitar. La moderación y prudencia, —la contención del deseo individual frente a la norma común— que promueven las constituciones helénicas y romana se reflejan en la disciplina de las que el ciudadano hace gala en el campo de batalla obedeciendo las órdenes de sus superiores. Pero, sobre todo, esta disciplina era vital para mantener la buena formación durante el combate que ya se consideraba, desde Herodoto y Tucídides (Romilly, 1967: 107-179), como la clave para obtener la victoria.

---

125 A lo largo de la Antigüedad, para educarse en los valores de la guerra y el poder el ciudadano seguirá recurriendo, en virtud de la universalidad de sus verdades, a la épica.



En consecuencia, la disciplina era la virtud más valorada en el soldado-ciudadano. Las obras de los historiadores clásicos abundan en referencias al respecto. Así, por ejemplo, en Herodoto (IX. 74), tenemos la historia del campeón ateniense Sófanes de Decelea que llevaba “atada al talabarte de su coraza, un ancla de hierro que siempre lanzaba al suelo cuando en el fragor del combate se acercaba a sus adversarios, para impedir que estos, si lo asaltaban, pudieran removerlo de su sitio”. Entre los historiadores romanos, podría citarse también por ejemplo la historia del asesinato de un galo gigante por Manlio Torcuato en Tito Livio (VII. 9-14) donde, como analiza el filólogo Juan Luis Conde (2008: 55-75), la victoria del romano es atribuida por Livio precisamente a su superior disciplina. Al mismo tiempo, ello implicaba también que el estilo de combate más valorado fuese la batalla entre ejércitos de infantería, que era donde los soldados-ciudadanos podían hacer gala de su disciplina. Así, como demuestra este fragmento de Tucídides (IV. 126), los otros estilos de combate que no implicasen un combate cuerpo a cuerpo ni disciplinado eran considerados como propios de hombres bárbaros y cobardes:

“Así, esos muestran una apariencia terrorífica para quienes no los conocen: terribles, en efecto, se muestran a la vista a causa de su número, e irresistibles por el estruendo de su griterío, y hasta su inútil agitar de armas les confiere un aspecto amenazante. Sin embargo, cuando se trata de llegar a las manos con un adversario que no se amedrenta, ya no resultan los mismos. Pues al no disponer de una formación en orden no se avergonzarían al abandonar una posición cuando se ven obligados a ello. Además, como entre sí consideran honrosa la huida como el ataque, no tienen ocasión de poner a prueba su valor [...] Consideran, finalmente, más seguro infundir miedo sin correr ellos peligro, que llegar a las manos, pues en caso contrario usarían esta táctica en vez de aquella [...] Si les aguardáis, pues, cuando os ataquen y en el momento oportuno emprendéis una retirada lenta conservando el orden y la formación, alcanzaréis más rápidamente un lugar seguro, y conoceréis para el futuro que las multitudes de esta clase se limitan a alardear de valor a distancia y con amagos sólo de amenazas ante quienes aguantan su embestida; en cambio, si se cede ante ellas, mostrarán su valor persiguiendo, sin peligro alguno, los talones del enemigo”.

De este modo, en general, los historiadores clásicos, en la mayor parte de los casos dirigentes de los ejércitos cuyas guerras narraban, transmitieron una imagen idealizada de la guerra según la que esta debería consistir en la lucha de batallas entre ejércitos de infantería disciplinados<sup>126</sup>.

Por otra parte, así como la clave de la victoria en el combate residía en la disciplina del soldado<sup>127</sup>, la indisciplina sería la causante de la derrota. Ahora bien, esta indisciplina era

---

126 No obstante, algunos historiadores también reconocerían la importancia que tendrían aspectos técnicos como la superioridad de ciertas armas, el tipo de táctica, etc. a la hora de explicar la victoria en la guerra. Ello se puede observar, especialmente en la obra de los historiadores que se ocuparon de la historia de Roma cuando, con la creciente complejidad que adquiere la guerra, la parte técnica de la función militar comienza a adquirir relevancia. Así, por ejemplo, Polibio (XVIII, 28; XVIII, 31-32) hace hincapié en la superioridad de las armas romanas y la flexibilidad táctica de la legión manipular frente a la falange hoplita. Flavio Josefo (*Bell. Jud.* II, 577; III. 70-109) por su parte, destaca como una de las causas del éxito militar romano la profesionalidad de sus soldados que se entrenaban constantemente. Sin embargo, incluso en estos autores, el razonamiento técnico estará supeditado al razonamiento moral a la hora de explicar la victoria.

127 Pero también la inteligencia del general que se demostraría en el saber disponer a sus tropas sobre el

siempre entendida por los historiadores clásicos como resultado de una corrupción moral inducida en el Estado por la codicia. Esta codicia fomentaba una conducta egoísta y desmesurada en los ciudadanos. Entonces, los historiadores helénicos decían que la *polis* cuyos ciudadanos actuaban de esa manera había incurrido en la *hybris*. Esta se manifestaría, en primer lugar, en una conducta tiránica que llevaría a los Estados a proclamar guerras sin mediación de ninguna ofensa ni provocación previa, sino únicamente con el objetivo de esclavizar a otros Estados y enriquecerse a costa de ellos. Y, en segundo lugar, esa conducta insolente se traduciría, como ya he comentado, en la indisciplina de unos soldados que, movidos únicamente por el afán de riquezas, comenzarían a luchar como bárbaros transgrediendo las reglas de la guerra y cometiendo actos profundamente impíos (Romilly, 1991: 42-62).

Por ejemplo, Tucídides (II. 65) atribuye la derrota de Atenas en la guerra frente a Esparta del 431-404 a. C. a la *hybris* en que incurrió un *demos* ateniense espolcado por una serie de líderes políticos sin escrúpulos que, llevados por su propia ambición personal, prometieron a ese *demos* mayores riquezas si realizaban nuevas conquistas militares. Ello conduciría a la democracia ateniense a declarar guerras innecesarias que, habiéndose saldado con derrotas, comenzarían a introducir las discordias en el seno de la ciudad (*stasis*) que la precipitarían a su ruina final. En el relato tucidideo esa *hybris* de la democracia ateniense es magistralmente representada en la expedición siciliana: una campaña injustificada y, por ello, mal planificada y mal ejecutada que se saldó con un descalabro estrepitoso; la aniquilación del mayor ejército de la historia helénica hasta entonces. Pero, sobre todo, es la doctrina de que el más fuerte debe dominar siempre al débil expresada por los embajadores atenienses en el famoso diálogo melio, donde Tucídides sintetiza perfectamente la conducta desmesurada de la *polis* ateniense que prefigura su catástrofe final. A este respecto, al contrario de cómo fue tomada a partir de la Edad Moderna, creo que Tucídides no estaba formulando una ley universal de la política sino denunciando precisamente un comportamiento inmoral e impío desde su punto de vista.

Del mismo modo, en los historiadores romanos de tendencias republicanas como Salustio, por ejemplo, las guerras civiles y la inestabilidad del último siglo de la República romana que precipitarían su disolución, se habrían debido a la corrupción moral, a la pérdida de la *virtus* ocasionada por el dominio mundial adquirido por Roma. Ese dominio habría dado lugar a la desaparición de rivales de entidad, que habrían provocado en consecuencia una relajación del nervio moral de los primeros tiempos de la República y habría estimulado en el pueblo romano la arrogancia y el libertinaje que se expresarían en una querencia excesiva por el lujo y las riquezas (p.ej. *Guerra de Yugurtha*, 41; *Conjuración de Catilina*, 10). No obstante, antes de que Salustio desarrollara este argumento de la desaparición del *metus hostilis*, del miedo al enemigo, como causa de la decadencia moral que impulsó los conflictos civiles de fines de la República, ya Polibio (XVIII. 35; XXI. 25) había intuido que las ingentes

---

campo de batalla y, al mismo tiempo, en su astucia y pericia a la hora de preparar estratagemas. A este respecto, en un artículo dedicado a analizar los factores que los historiadores antiguos consideraban como claves a la hora de proporcionar a los ejércitos la victoria en la batalla, Lendon demuestra que, además de la buena formación y disciplina, primordiales, los historiadores antiguos hacían hincapié en el uso de estratagemas por parte de los generales, así como en mantener una actitud ofensiva llevando siempre la iniciativa, puesto que esas medidas tendrían un efecto psicológico positivo sobre las propias tropas, desconcertando y minando la moral del ejército enemigo (Lendon, 1999: 273-329).

riquezas provenientes de la conquista de Macedonia en el 146 a. C., podrían haber iniciado un proceso de decadencia de las virtudes cívico-militares en el pueblo romano.

En último término, para los historiadores clásicos la clave de la victoria o la derrota en la guerra que conducía a unos Estados al poder y a otros a la decadencia, residía en el tipo de constitución (Romilly, 1991). Así, los historiadores griegos iniciarán una tendencia en sus obras a debatir qué tipo de constitución o *politeia*<sup>128</sup> es la mejor para la adquisición y conservación del poder. Ya Herodoto representará en su obra un debate sobre qué tipo de constitución sería la mejor para un Estado cuando, tras el asesinato del monarca persa Cambises, hace que tres de los conjurados que participaron en el asesinato (Ótanes, Megabizo y el futuro rey Darío) expongan cada uno sus argumentos a favor de la democracia, la oligarquía y la monarquía respectivamente (*Her.* III. 80-82). Pese a que, finalmente, la apuesta por la monarquía de Darío resultaría vencedora, no cabe duda de que para el propio Herodoto la mejor constitución sería la democrática, como demuestra el poder adquirido por Atenas tras liberarse de la tiranía y dotarse de las instituciones democráticas. En una democracia todo ciudadano se sentiría directamente responsable por, y estaría interesado en, el éxito del Estado (*Her.*, V. 78). Por último, no duda en presentar la victoria helena en la guerra frente a los persas, en el famoso diálogo entre Jerjes y Demarato, exiliado rey espartano en la corte del emperador persa, como una victoria de la libertad que emanaba del respeto de los ciudadanos helenos a la ley, frente a la tiranía representada por la monarquía persa: “He aquí el caso de los lacedemonios: en combates personales no son inferiores a nadie y, concentrados en un ejército, son los más valientes de los hombres. Son libres, claro está, pero no totalmente libres: tienen encima un soberano, la ley, a la que temen más que tus súbditos a ti. Y hacen todo lo que esta soberana les manda, lo cual es siempre lo mismo: no desertar de la batalla ante una multitud de enemigos, sino permanecer firmes en sus puestos: vencer o morir” (*Her.* VII. 104).

En el relato tucidideo los oradores que pronuncian los discursos que aparecen a lo largo de la obra dejan claro que el diferente carácter y política de Atenas y Esparta proceden de sus diferentes constituciones. La democracia naval que poseen, convierte a los atenienses en un pueblo conquistador, que adquiere un imperio, audaz y ambicioso, pero también altamente volátil<sup>129</sup>. Ello contrasta con la política exterior prudente de la oligarquía hoplita espartana que otorga a sus ciudadanos un carácter sólido, estable y disciplinado, que a la postre se mostraría como mejor en la guerra (p. ej. *Tuc.* I. 68-71). Pero, sobre todo, en lo que respecta al análisis constitucional como la clave del éxito en la guerra, será Polibio quien, a la hora de determinar cómo la República romana llegó a integrar bajo su dominio todos los pueblos del Mediterráneo, realice el análisis más completo de la historiografía antigua<sup>130</sup>.

En la historia pragmática de Polibio la guerra ocupa un lugar primordial como

---

128 El término *politeia* hace referencia al conjunto de leyes o *nomoi* de los Estados y sus instituciones políticas, así como al estilo de vida que de ellas se deriva.

129 Esa volatilidad se refiere a la facilidad con que el *demos* cedía a la adulación de líderes políticos ambiciosos que, como he explicado, habría sido la principal causa para Tucídides de la derrota ateniense en la guerra y la pérdida del imperio. No obstante, esa crítica a la democracia, ya se puede hallar en Herodoto (V. 97).

130 Sigo el pormenorizado estudio de la obra de Polibio realizado por P. Pedech, *La Méthode historique de Polybe* (1964).

justificación del Estado romano. De hecho, la guerra es el auténtico hilo conductor de su relato. Este autor escribe para explicar las causas de la hegemonía romana, que halla tanto en la superioridad militar como en la preeminencia política. Su ejército posee la unidad más preparada, adecuada y flexible para afrontar cualquier batalla, la legión. Al rastrear las razones de los grandes éxitos militares, por ejemplo en la primera gran batalla de la primera Guerra Púnica, Agrigento, ensalza la fuerza moral y el ingenio de los romanos. Estas cualidades les permiten sobreponerse a la inferioridad táctica inicial que suponía el mayor dominio de la batalla naval por parte de los cartagineses.

Por su parte, la constitución romana aporta la unidad que la conquista exige. Ya en el prólogo de su obra, este historiador, que en parte también pretendía ofrecer una explicación de cómo su propio pueblo había sido derrotado por Roma, anuncia que su propósito será comprender qué tipo de constitución permitió que el pueblo romano se hiciese con un imperio mundial en menos de 53 años. A responder esa cuestión dedicará el conjunto del libro VI de su obra. La conclusión a la que llega es que la superioridad de la constitución romana se debería a su carácter mixto, ya que reuniría las ideas de monarquía (representada por los dos cónsules), aristocracia (representada por el Senado), y democracia (representada por los *Comitia*). Ese carácter mixto, por el cual combinaría lo mejor de cada uno de los diferentes tipos de constituciones posibles, sería lo que impediría que esa constitución romana estuviese sujeta al proceso de corrupción y cambio que los griegos creían inevitable e inherente a toda forma política.

Si frente a sus predecesores Polibio pudo sistematizar por primera vez lo que denominaré el principio constitucional como principio explicativo de los hechos históricos político-militares, desarrollando incluso su famosa teoría del ciclo constitucional, fue gracias al tema de su obra: la unificación política y, por ende histórica, del orbe mediterráneo por Roma. Polibio, llevado como rehén a la propia Roma e integrado en el círculo cultural de la familia de los Escipiones, estaba en una posición inmejorable para tratar de comprender la dinámica general del poder y la historia. Así, su conclusión, como acabo de decir, apuntaba al hecho de que la República romana habría logrado someter y unificar políticamente el mundo gracias a que habría logrado crear una constitución estable y destinada a perdurar<sup>131</sup>. Esta idea sería asumida por los posteriores historiadores romanos y transformada en el concepto de *Roma Aeterna*. Ahora bien, más allá de esa idea, los historiadores romanos no introducirían ninguna otra novedad ni en la concepción de la historia centrada en el devenir político-militar de los Estados, ni tampoco en la práctica historiográfica tal y como fue definida en la Antigüedad clásica.

#### **1.7.6. La historiografía cristiana**

Por otra parte, la Antigüedad clásica también atestiguaría el desarrollo de una historiografía cristiana. A este respecto hay que señalar que con el cristianismo nacería un

---

<sup>131</sup> Con todo, los historiadores antiguos, pese a considerar que la clave del éxito en la guerra, así como del auge y decadencia de los Estados en último término se hallaba en la superioridad moral que emanaba de sus particulares constituciones políticas, introducían en sus análisis otros factores explicativos. Por ejemplo, en Tucídides el dinero sería un factor muy importante, y en Polibio la propia superioridad militar, no el plano moral-disciplinario, sino técnico, táctico y organizativo de la legión sobre la falange debería ser un factor a tener en cuenta en el auge de Roma (Romilly, 1991: 20-30).

nuevo género historiográfico: la historia eclesiástica. Sistematizado por Eusebio de Cesarea, en este género sus autores trataban de trazar, recopilando y comentando los principales textos cristianos, el desarrollo de la verdadera Iglesia desde el nacimiento de Cristo hasta el presente. Por tanto, su finalidad, como el propio Eusebio se encarga de recalcar en el prólogo de su obra, era el de contribuir a la definición de la ortodoxia cristiana (Bermejo, 1999: 19-20). Sin embargo, también habría autores cristianos que cultivarían una historiografía de corte tradicional, centrada en el devenir político-militar de los estados. Ahora bien, en este ámbito, el cristianismo introduciría una nueva valoración de esos hechos político-militares vinculada al desarrollo de la concepción cristiana de la historia.

En este aspecto, el cristianismo rompería con la tradición de pensamiento clásico, pues heredaría su concepción de la historia del judaísmo. Frente al pensamiento clásico que propugnaba la eternidad del mundo, el pueblo judío, tal y como aparece reflejado en el Antiguo Testamento, concebía el devenir temporal de la humanidad como un proceso finito con un principio y un final absolutos. Sobre todo, aquello que permitía a los judíos definir la historia como un proceso finito era la idea de creación, pues los judíos entendían que el mundo y el hombre habrían sido creados por Dios. No obstante, sería la expulsión de Adán y Eva —los primeros seres humanos creados por Dios— del Paraíso tras haber cometido el pecado original, el acontecimiento que marcaría el inicio de la historia. A partir de entonces los seres humanos se convertirían en seres contingentes y frágiles condenados a perecer y experimentar todo tipo de sufrimientos y privaciones, siendo ellos mismos responsables de su destino. Sin embargo, ese destino no carecería de sentido. A cambio de que le rindiese un culto exclusivo, Dios habría establecido una alianza con el pueblo judío por la que todos sus padecimientos se verían redimidos en el futuro con la llegada de un salvador, el mesías, que instauraría el Reino de Dios. Este acontecimiento señalaba, por consiguiente, el fin de los tiempos (Bermejo, 1999: 17-18).

Los cristianos, pues, heredarían del judaísmo esa concepción de la historia como un proceso finito y dotado de un sentido, de una finalidad. Ahora bien, el cristianismo no adoptaría literalmente esa concepción, sino que introduciría una serie de variantes en ella. En primer lugar, los cristianos consideraban que Jesús era el mesías anunciado por el Antiguo Testamento que había venido a cumplir la promesa divina. Por ello, los primeros cristianos creían estar viviendo el final de los tiempos; un final que sería anunciado por la segunda venida de Cristo, la *Parusía*, tras la cual se celebraría el Juicio Final en el que se dictaminaría la suerte de toda la humanidad. Mientras unos, aquellos que se habían entregado a una vida dedicada a rendir culto a Dios, serían salvados y disfrutarían de una vida eterna, otros, los que habían buscado los placeres y la gloria terrenales, en definitiva, el amor a sí mismos, serían condenados a arder en el fuego eterno. Por lo tanto, en esta concepción cristiana de la historia, tal y como fue sistematizada por Agustín en su *Ciudad de Dios*, la salvación de las almas constituía la finalidad del proceso histórico. De esta manera, en la concepción agustiniana, la verdadera historia, era la historia de salvación y esta se hallaba revelada en las Sagradas Escrituras. Sin embargo, ello también implicaba que, desde el punto de vista de esa historia de salvación, no se podría conocer el significado de los acontecimientos transcurridos desde la muerte de Cristo, acontecimiento que señalaba el fin de la revelación divina contenida en la Biblia, hasta el día del Juicio Final. Por esta razón, debatir acerca de la responsabilidad de Dios en el saqueo de Roma del año 410 no tenía ningún sentido, pues el significado de su supuesta intervención en tal acontecimiento habría de permanecer oculto



hasta el fin de los tiempos (Bermejo, 2009: 549-556).

No obstante, para confirmar la verdad de esa nueva doctrina formulada en la *Ciudad de Dios*, con la que pretendía responder a los críticos paganos del cristianismo, el obispo de Hipona invitaría a su discípulo Paulo Orosio a buscar en la historia los hechos que permitiesen demostrar que Roma ya había sufrido grandes derrotas militares antes de la llegada del cristianismo. Ello daría lugar a la redacción de las *Historiae adversus paganos*, obra en la que Orosio sentaría las bases de una historiografía cristiana de raigambre agustiniana, al proporcionar al conjunto de los hechos relatados una nueva explicación que pretendía consolidar la concepción de la historia contenida en la teología de su maestro<sup>132</sup>. En primer lugar, a diferencia de las obras de los historiadores paganos, en las *Historiae* el conjunto de los hechos relatados abarcaban en su dimensión temporal desde la creación del mundo hasta el presente. Por otra parte, Orosio también otorgaría un alcance universal a su obra en el plano geográfico. De este modo, pretendía cubrir no solo los hechos ocurridos en el mundo civilizado, sino también la historia de los pueblos bárbaros. En último término, el discípulo de Agustín fundaba la universalidad de su relato en la omnipotencia divina: el transcurso de todos los acontecimientos en todos los pueblos estaba supeditado al poder de la voluntad divina. Por consiguiente, en su conjunto, la historia no era más que el cumplimiento del plan providencial de Dios.

Desde ese punto de vista, Orosio establecía que la providencia divina había dispuesto la historia desde la creación como una sucesión cíclica de imperios, cada cual más grande en extensión que el anterior. Hasta la encarnación de Cristo, se habrían sucedido cuatro imperios universales: el Babilonio, el Macedonio, el Cartaginés y la Roma pagana. Al modo de los historiadores paganos, Orosio se centra en narrar las guerras que determinaron el ascenso y caída de cada uno de esos imperios. Sin embargo, a diferencia de aquellos, el discípulo de Agustín pasa revista muy rápidamente a la sucesión de hechos militares y sus consecuencias políticas. No le interesa la descripción técnica de las batallas (la disposición de los ejércitos sobre el terreno, sus movimientos, etc.), incursiones o asedios. Tampoco se muestra demasiado interesado en profundizar en las consecuencias políticas de las guerras con el fin de que su relato pueda ofrecer ejemplos de conducta a estadistas y generales. Su relato, en cambio, se recrea en el sufrimiento, humillación y miseria que provocaron las derrotas militares. Véase, por ejemplo, el relato que hace del saqueo de Roma del 390 a. C. por los galos senones de Breno:

“Los galos senones, conducidos por Breno [...] se dieron cuenta, mientras estaban asediando la ciudad de Clusino [...] de que los legados romanos [...] estaban luchando en contra suya en el ejército enemigo; irritados por ello, abandonan el asedio [...] y se dirigen a Roma [...] el cónsul Fabio no pudo resistir; es más, el ataque enemigo cortó, aplastó y atravesó al ejército romano cual si de mies seca se tratase [...] Los galos penetran en la ciudad sin defensa, matan a los senadores que permanecían en sus asientos, rígidos a modo de estatuas, y los sepultan, quemados en el incendio de sus casas, con los escombros de sus propios techos. Encierran en un asedio en la ciudadela del monte Capitolio al resto de los jóvenes que entonces eran apenas mil hombres; y en la ciudad, machacan con hambre, peste, desesperación y miedo a los desafortunados sobrevivientes, y posteriormente los someten y les obligan a pagar un rescate por ellos mismos [...] Cuando los galos se marcharon, sólo quedaba, de lo que en otro tiempo

---

132 En el análisis de los principios que articulan la historiografía cristiana de Orosio, seguiré a (Corsini, 1968).

había sido el sitio de una ciudad, un sucio montón de informes ruinas y, por todas partes, el eco de la triste voz de los que erraban por aquellos lugares caóticos y de la voz de los que no conocían que estaban en lo que había sido su propia casa [...] A raíz de ello, los romanos pensaron, convinieron e intentaron cambiar de sitio, fundar otra fortaleza e, incluso, llamarse con otro nombre” (*Hist. Adv. Pag.* II, 19. 5-11).

Con ello, Orosio no solo cumple el cometido que le había sido encomendado por Agustín, sino que lo excede. Anteriormente a la cristianización del Imperio, tanto la propia Roma como los otros imperios paganos habían sufrido grandes catástrofes militares que, en comparación con las sufridas por la Roma cristiana, habían sido incluso peores: “La verdad es que entre los hombres de aquella época y los de esta, hay esta diferencia: aquellos aguantaban con ánimo impasible cosas que hoy son intolerables, porque habían nacido y se habían criado en ellas y no conocían otras mejores; los de ahora, sin embargo, acostumbrados a lo largo de toda su vida al goce sereno de tranquilidades y placeres, se aterran ante cualquier pequeña nube de preocupación que se les venga encima” (*Hist. Adv. Pag.*, I, 21. 18). El propósito general del relato historiográfico orosiano era, como él mismo explica en su prólogo, dejar claro que: “reina la sangrienta muerte, cuando la religión, enemiga de la sangre, es olvidada; que, mientras la religión brilla, la muerte se oscurece; que la muerte termina cuando la religión prevalece”.

Por lo tanto, para Orosio la providencia divina apuntaba claramente en una dirección: la constitución de un Imperio Cristiano universal. No de otra manera se podría entender la coincidencia entre el advenimiento de la *Pax Romana* y el nacimiento de Cristo. Pero ello se demostrará, sobre todo, a partir de la cristianización del Imperio, en la facilidad con la que los emperadores lograrán derrotar a sus enemigos. Estos son presentados en el relato orosiano como pecadores paganos sobre los que se abate la ira divina para castigarlos cruel y violentamente. Desde este punto de vista, la guerra es concebida como un legítimo instrumento de la providencia divina<sup>133</sup>. De hecho, las victorias militares son racionalizadas por Orosio como resultado de los milagros obrados por una voluntad divina que favorece las oraciones y plegarias de los emperadores, permitiendo a los ejércitos romano-cristianos obtener victorias fáciles sin sufrir apenas muertos:

“Teodosio [...] privado de alimento y de descanso, sabedor de que había sido abandonado por los suyos, pero desconocedor de que estaba cercado por enemigos, oraba [...] él solo, al único Señor, Cristo, que lo puede todo. Después, tras haber pasado la noche sin dormir en continuas preces [...] cogió él solo con absoluta confianza las armas, sabiendo que no estaba solo. Con la señal de la cruz dio la señal de ataque y se lanzó a la lucha como seguro vencedor, a pesar de que nadie le seguía [...] cuando los dos ejércitos llegaron a lugares aptos para entablar el combate, inmediatamente cayó sobre los rostros de los enemigos el ya conocido inefable y fuerte torbellino de vientos. Volaban por los aires los dardos enviados por los nuestros y, llevados a través del extenso vacío a una distancia superior a la de un lanzamiento humano, no tenían por así decir permiso para caer sin clavarse en los enemigos [...] Incluso los dardos que ellos mismos lanzaban con violencia, al ser cogidos por la fuerza contraria del viento y vueltos hacia atrás, se clavaban tristemente en ellos mismos [...] inmediatamente el ejército enemigo

---

133 Como demuestra en su relato de los hechos militares de los imperios paganos, Orosio es consciente de que el deseo de poder y riquezas son la causa y finalidad de las guerras. Sin embargo, cuando pasa a describir las guerras emprendidas por los emperadores cristianos, estas son caracterizadas como guerras justísimas libradas en defensa de la verdadera fe, de las que los motivos de poder y riquezas se hallan ausentes.

se postró ante el vencedor Teodosio [...] De esta forma, también ahora esta guerra civil terminó con la muerte de dos personas” (*Hist. Adv. Pag.* VII, 35. 14-19).

Incluso las grandes catástrofes acaecidas desde la cristianización del Imperio Romano no empañan un cuadro general de paz y felicidad que contrasta abiertamente con la miseria y sufrimientos de épocas anteriores. En este sentido, Orosio interpretaba que, en el año 410, los visigodos de Alarico habían sido el instrumento de la ira divina con el objetivo de regenerar una sociedad romana decadente desde el punto de vista moral<sup>134</sup>. La civilizada conducta de los visigodos durante el saqueo, —que únicamente se entregaron al pillaje de los templos paganos respetando las vidas, propiedades y templos de los cristianos—, y sus posteriores derrotas que les obligaron a unirse al Estado romano (*Hist. Adv. Pag.* VII, 39-43), son los elementos que Orosio aduce para relativizar la catástrofe que supuso tal acontecimiento constatando, además, que el Imperio Cristiano era una fórmula política estable y destinada a perdurar hasta el fin de los tiempos. Mediante esta interpretación, un Orosio que había concebido su labor historiográfica como un intento de justificar la teología de la historia agustiniana, terminaba por regresar al triunfalismo eusebiano de los *tempora christiana* rehabilitando, de ese modo también, el mito de la *Roma aeterna* forjado por los historiadores paganos.

En este sentido, una ambigüedad contenida en la teología de la historia sistematizada por Agustín sería lo que permitiría al autor de las *Historiae* regresar a la concepción eusebiana. El obispo de Hipona establecía que, desde el punto de vista de la historia de salvación, el significado de los acontecimientos mundanos se hallaba contenido en la Biblia. Sin embargo, el relato de la Biblia no habría de ser interpretado de modo literal, sino figurativo, recurriendo al método alegórico; método alegórico que no podría ser aplicado más allá de los acontecimientos posteriores a la muerte de Cristo. Ahora bien, el propio Agustín interpretaría la resurrección de Cristo de la que habla la Biblia como simbolizando su futuro regreso que señalaría el fin de los tiempos. Con ello, el obispo de Hipona rompía las normas fijadas por su propia teología de la historia aplicando su método alegórico a lo expuesto en las Sagradas Escrituras para profetizar un acontecimiento futuro. Esta ambigüedad de su maestro permitiría a Orosio extender el método alegórico para interpretar los acontecimientos mundanos posteriores a la muerte de Cristo, sacralizando de manera definitiva la historia en su conjunto y regresando a la concepción eusebiana del Imperio como instrumento de salvación (Schiffman, 2011: 116-119).

Por otra parte, además de otorgar al relato historiográfico de un alcance universal y definir una nueva ontología, en donde la idea clave de un Imperio Cristiano como finalidad del proceso histórico fundamentaba la aparición de obispos, sacerdotes, abades, etc. como protagonistas junto con reyes y aristócratas de los hechos narrados, en esta historiografía cristiana también se establecería una nueva concepción de la verdad. Mientras que en la historiografía pagana eran su propio juicio crítico y experiencia las herramientas que

---

134 En la concepción orosiana, Dios castiga los pecados e iniquidades de los hombres mediante la administración de su ira. Durante el Imperio Romano, esta se abatirá, en especial, sobre aquellos emperadores que persigan al cristianismo. No obstante, Dios también habría recompensado las virtudes de los pueblos paganos aplacando su ira y permitiendo su crecimiento, en lo que era una manifestación de su infinita bondad y paciencia. Por lo tanto, la ira y la paciencia divinas serán los principios a partir de los que Orosio dote de inteligibilidad al conjunto de los hechos mundanos.

permitían al historiador acceder a la verdad del pasado, con esta historiografía cristiana la verdad del pasado se hallará contenida, como había estipulado Agustín, en las Sagradas Escrituras. Por consiguiente, el historiador cristiano ya no podrá ejercer su juicio crítico libremente a la hora de interpretar los testimonios seleccionados para elaborar su relato. Al igual que el poeta épico, dependerá de la revelación, de la palabra inspirada, para acceder a la verdad del pasado. Con todo, pese a estas novedades, dentro del cristianismo la historiografía seguirá constituyendo un relato centrado en la explicación de hechos contingentes que no aspira a establecer unas verdades universales contenidas en una teología a la que, como se puede deducir de lo expuesto hasta aquí, estaba supeditada. De hecho, la historiografía seguirá siendo concebida como una obra literaria de la cual es posible extraer modelos de estilo retórico y, sobre todo, ejemplos edificantes en el terreno de la moral y la teología (Bermejo, 1999: 24-25).

## **1.8. La Edad Media**

### **1.8.1. Los orígenes del feudalismo y la caballería**

Pese a que las crisis internas que se habían venido produciendo desde finales del s. II habían puesto en jaque la estabilidad del Imperio Romano, y propiciado su división a principios del s. IV, el golpe más fuerte que precipitaría la caída de la mitad occidental en el año 476 vendría del exterior: las invasiones protagonizadas por una serie de confederaciones de tribus de lengua germana situadas en las fronteras del Imperio<sup>135</sup>. Parafraseando a André Piganiol, el Imperio Romano no habría perecido de muerte natural sino que habría sido asesinado.

La conquista del Imperio por parte de los invasores germanos consolidaría una serie de tendencias en su mitad occidental que la crisis de los últimos siglos del Imperio había puesto en marcha. Sobre todo, una importante crisis económica que llevaría a la desaparición de la moneda circulante, pero que se reflejaría especialmente en un retroceso de la actividad comercial a gran escala. Con la destrucción del ejército romano, que posibilitaba el comercio interregional al proteger las principales rutas comerciales, se rompió el contacto con unos territorios orientales capitales para el despegue económico de las provincias occidentales desde los últimos siglos del I milenio a. C.<sup>136</sup>. Asimismo, la devastación de las ciudades por las campañas de pillaje y saqueo emprendidas por los invasores germanos, así como el truncamiento de la actividad comercial propiciaron que tanto los artesanos, obreros, comerciantes, etc. que vivían en las ciudades romanas emigraran de nuevo al campo. De este modo, los territorios del antiguo Imperio occidental quedaron confinados a un “olvidado rincón del mundo” (Slicher van Bath, 1974: 31). Por el contrario, merced a su mayor fortaleza económica, el Imperio oriental lograría repeler a los invasores bárbaros perdurando durante casi mil años más.

---

135 Como señala Peter Heather (2006), las tribus germánicas habrían sido presionadas a desplazarse hacia el oeste por la presión ejercida por las tribus nómadas de la estepa asiática quienes, a su vez, debido a un posible cambio climático, se habrían visto obligadas a desplazarse hacia el oeste buscando nuevos pastos para su ganado.

136 Según Brian Ward-Perkins (2007), la caída del Imperio produjo un declive económico en los territorios de la mitad occidental que supuso regresar a unas condiciones similares a las del 300 a. C.

No obstante, pese al proceso de re-ruralización no todas las ciudades fueron destruidas ni abandonadas. Igualmente, aunque con las incursiones muchos ciudadanos romanos murieron, los conquistadores germanos tendieron a mezclarse con la población romana asentándose como una nueva élite dominante. Nacieron entonces los reinos romano-germánicos que sucedieron al Imperio como principales unidades políticas en los territorios de las antiguas provincias occidentales. Pero, ante todo, estos nuevos reinos romano-germánicos introdujeron dos modificaciones fundamentales con respecto al Imperio Romano que cambiaron las bases económicas y militares sobre las que se cimentaba su poder. Las invasiones germánicas significaron la destrucción del aparato estatal romano. Es decir, además de provocar la desaparición de la autoridad imperial, causaron la destrucción del ejército profesional romano y de la burocracia encargada de recaudar los impuestos con que se sostenía ese ejército. En su lugar, los conquistadores germanos impusieron de nuevo el servicio militar como un deber público del que ningún hombre libre estaba exento. Ello implicaba que, pese a que el núcleo del ejército estaba conformado por los miembros de la aristocracia y sus séquitos armados, el resto de la población romano-germana que vivía en el campo o las ciudades también podía ser reclutada para participar en las campañas militares, en particular las defensivas (Bachrach, 2010: 73). Ahora bien, puesto que en esas campañas los soldados debían poder mantenerse por sí mismos, era preciso que fuesen propietarios. A este respecto, los reyes germánicos, con el fin de conservar la lealtad de los miembros de la aristocracia guerrera que le habían acompañado en la conquista del Imperio, e impedir que hiciesen uso de sus séquitos armados para independizarse o intentar conquistar el poder, les recompensaron con la concesión de grandes propiedades. Pero esos aristócratas no trabajaban directamente sus tierras, sino que las concedían en arriendo al resto de los pobladores que moraban en sus alrededores. A cambio de la protección militar y económica que les ofrecía el aristócrata (su señor), los campesinos que habían arrendado las tierras debían entregarle una parte de la cosecha de sus tierras, así como trabajar las parcelas del señor un determinado número de días al año.

Este régimen de propiedad y explotación de la tierra conocido con el nombre de régimen feudal, y que, según la opinión historiográfica común, se habría consolidado en época carolingia, cuando Carlos el Calvo decretó en las Capitulaciones de Quierzy (877) que todo feudo fuese hereditario, posibilitó que la aristocracia pudiese dedicarse en exclusiva a la función guerrera. Al igual que había sucedido con la aristocracia de la *polis* helénica y la República romana, esa aristocracia guerrera se caracterizaba por entrar en combate a caballo. Sin embargo, a diferencia de la Antigüedad clásica, donde la caballería siempre desempeñaba una función subsidiaria con respecto a la infantería, ahora la caballería se convertirá en la principal fuerza de choque de los ejércitos feudales, empezando a cobrar una relevancia decisiva especialmente en el combate cuerpo a cuerpo<sup>137</sup>. Sin duda, la introducción de una serie de modificaciones e innovaciones técnicas en el armamento y la armadura del caballero, que transformaron la caballería en una caballería pesada, fue vital para ese proceso<sup>138</sup>. En ese sentido, quizá la innovación clave fuese la adopción del estribo en

---

137 Michael Howard (1983: 15) sostiene el argumento de que la caballería comenzaría a cobrar protagonismo frente a la infantería en el Imperio Carolingio debido a la necesidad de movilidad y rapidez que sus ejércitos precisaban para hacer frente a la diversidad de amenazas militares que acuciaban a su vasto territorio.

138 No obstante, esa caballería pesada de choque no constituía una novedad en la historia militar, ya que



el s. IX, —un invento procedente de Oriente y que ya se conocía en China desde el s. III—. Este elemento dotó al caballero de mayor estabilidad y posibilitó que, en vez de tener que arrojar su lanza antes de entrar en contacto con el enemigo, pudiese asumir el combate cuerpo a cuerpo (White, 1973: 2). En consecuencia, el caballero también se vio obligado a mejorar su protección corporal. No solo comenzó a usar el escudo, sino que también se revistió de una cota de malla que le cubría desde el cuello hasta las rodillas. Asimismo, con el fin de favorecer que el estoque no le desequilibrase provocando su caída del caballo, el caballero aumentó la longitud de su espada y lanza (Howard, 1983: 15-16).

No obstante, si bien esos cambios en el armamento fueron muy importantes para el desarrollo de la caballería pesada, deben evitarse el tipo de argumentos historiográficos que ven en ellos la razón del predominio militar de la caballería sobre la infantería durante la Edad Media<sup>139</sup>. Como señala Sean McGlynn (2009: 157-158), decir que esa caballería de choque que comenzó a desarrollarse ya en la alta Edad Media adquirió una función decisiva en el campo de batalla debido a una superioridad intrínseca sobre la infantería, es una afirmación errónea que puede llevar a equívoco. En primer lugar porque muy pocas batallas medievales consistieron en un enfrentamiento puro entre infantes y jinetes. Así, la mayor parte de los ejércitos feudales solían estar compuestos por caballería, infantería y arqueros, siendo el número de soldados de estos dos últimos cuerpos siempre muy superior al de los jinetes (Bachrach, 2010: 84). Por consiguiente, lo habitual era que la victoria en la batalla se debiese a la acción coordinada de los tres cuerpos. Ahora bien, cada cuerpo tenía su propia misión en la batalla. Así, a la caballería correspondía realizar la carga de choque contra el enemigo a fin de romper las líneas de infantería y caballería enemigas. Por su parte, los arqueros y los lanzadores de proyectiles arrojaban una cortina de dardos que también pretendía romper la cohesión de las filas enemigas facilitando la tarea de la caballería. Por último, a la infantería correspondería la persecución del enemigo con el fin de rematarlo, aunque también podía cargar contra el enemigo siguiendo la estela de la caballería<sup>140</sup>.

Si la caballería pesada asumió esa función de choque que antaño correspondía a la infantería pesada, ello se debió antes bien al poder político y económico que alcanzó la aristocracia en el régimen feudal. Así, como he dicho, merced a sus grandes propiedades, los aristócratas que conformaban el cuerpo de caballería disfrutaban de una riqueza que les permitía además de hacer frente al desembolso económico que suponía la lucha a caballo<sup>141</sup>,

---

tanto sármatas como bizantinos o musulmanes la habían puesto en orden de combate con anterioridad (Chaliand, 2007: 84-85; 164-165).

139 Entre otras cosas porque, como ya he explicado, el cambio tecnológico solo comenzará a influir decisivamente el cambio militar a partir de la industrialización de la sociedad europea en la segunda mitad del s. XIX.

140 Los propios caballeros también podían ocasionalmente desmontar y luchar a pie junto con el resto de la infantería.

141 El coste de ejercer esa función guerrera era bastante oneroso para el caballero, pues tenía que hacer frente al gasto que suponía la compra y mantenimiento de la armadura. Pero, además, otra partida habitual de gasto tanto en la guerra como en la paz era la crianza y mantenimiento de sus caballos. Por otra parte, para las campañas militares, puesto que solía partir con más de un caballo, debía ir acompañado de un pequeño séquito privado de vasallos que le ayudaban a mantener y transportar su pesado equipaje y provisiones: un escudero, un mozo de estribo, otro jinete montado con una carga más ligera que ejercía funciones de

disponer del ocio necesario para entrenarse diariamente en el manejo del caballo y las armas pesadas<sup>142</sup>. Desde un punto de vista militar, frente a los campesinos, artesanos, etc. que debían trabajar para poder sobrevivir, y que únicamente tomaban las armas cuando sus señores o el rey les obligaban a ello, la aristocracia caballeresca constituía una casta militar. Asimismo, muchos de esos caballeros, los de más alta alcurnia, también solían aportar los contingentes con los campesinos reclutados de sus tierras<sup>143</sup> a partir de los que se configuraban la mayoría de los ejércitos feudales. Ello les permitía liderar, junto con el rey, al conjunto de las tropas desde el frente de la batalla. Por lo tanto, el liderazgo militar de la aristocracia caballeresca, que concedía a sus miembros el derecho a repartirse en exclusiva la gloria y el botín obtenido en las campañas militares, era un reflejo y consecuencia de su liderazgo político-económico.

Por otra parte, la posibilidad de financiar y reclutar ejércitos entre los vasallos de sus propios feudos, otorgaba a los miembros de la aristocracia feudal que luchaba a caballo la capacidad de hacer la guerra por su propia cuenta. Así, era habitual que empleasen esa capacidad para, formando alianzas con otros aristócratas, desafiar la autoridad real, intentar reducir a obediencia a algún vasallo desleal, o ampliar su propio feudo a costa de la adquisición de los territorios de otro aristócratas. Si bien era el rey la autoridad suprema a la que competía declarar la guerra y mantener la paz en el reino, en la práctica, cualquier caballero con la posibilidad de reunir un ejército y financiarlo podía hacer frente al poder real o, incluso, dirimir sus propios litigios con otros caballeros *manu militari*. Esto, sin duda, contribuyó a hacer de la guerra un hecho inevitable del régimen feudal que, además, comprometía la estabilidad política del reino y debilitaba enormemente al poder central. De hecho, en la práctica, los aristócratas actuaban como reyes dentro de sus propios feudos. Quizá el mejor símbolo de la relativa independencia económica y militar de la aristocracia feudal fuesen los castillos: imponentes construcciones arquitectónicas a partir de las que los aristócratas administraban sus feudos y los defendían. Una independencia que, en ocasiones, llegó a producirse de facto.

### 1.8.2. Los intentos de regulación de la guerra: la Iglesia y el código caballeresco

Quienes más interesadas se mostrarían en intentar detener la conflictividad social generada por la debilidad del poder central y el poderío de la aristocracia feudal, contribuyendo a mantener la paz social y la estabilidad política dentro de los reinos de Europa occidental, serían las autoridades eclesiásticas. Como he explicado, durante los dos

---

exploración y sustituía al caballero en las escaramuzas, y uno o dos soldados de a pie para montar guardia (Howard, 1983: 17).

142 Los caballeros comenzaban su adiestramiento para la guerra desde la adolescencia; época en la que, asimismo, tomaban parte en sus primeras campañas (Howard, 1983: 17). Por otra parte, en tiempos de paz, además de mediante la práctica de la caza, en el entrenamiento del caballero eran fundamentales la participación en prácticas paramilitares como el torneo o *conflictus gallicus*, inventado por Godofredo de Preully en el año 1062. En ellos, el caballero, además de entrenar su habilidad y cualidades morales necesarias para la guerra, podía igualmente ganar gloria e importantes premios económicos (Keen, 1986: 115-138).

143 El hecho de que los ejércitos feudales se reclutasen *ad hoc* para cada campaña a partir básicamente de los contingentes (llamados huestes o batallas) aportados por la aristocracia feudal, explicaría la carencia de una jerarquía de oficiales bien definida en estos ejércitos.

últimos siglos del Imperio, desde la legalización del cristianismo por parte de Constantino, la Iglesia había no solo asumido la defensa del Imperio, sino que cada vez se había ido inmiscuyendo más en los asuntos temporales. Así, los miembros de la jerarquía eclesiástica habían ido acaparando funciones de tipo civil y burocrático. Obviamente, la alianza con el Imperio había resultado tremendamente beneficiosa para la Iglesia, pues gracias a ella se había consolidado como institución y convertido en el culto mayoritario de la población romana y, asimismo, sus jerarcas habían logrado adquirir también una gran influencia en el devenir de la política imperial. Por lo tanto, debido a esa estrecha identificación con el Imperio, las invasiones de los pueblos germánicos suponían un grave riesgo para la supervivencia de la Iglesia. Sin embargo, la Iglesia lograría sobrevivir a las invasiones germánicas. En un principio esos pueblos invasores no buscaban derrocar al emperador, sino únicamente nuevas tierras en las que asentarse; de hecho, era frecuente que, una vez establecidos, ofreciesen sus servicios militares a las autoridades imperiales. Ahora bien, una de las condiciones que estas les imponían, como muestra de lealtad al Imperio, era la de su conversión a la fe cristiana. Por esa razón, paradójicamente, mientras que con el tiempo la autoridad e instituciones imperiales terminarían desapareciendo, la Iglesia perviviría y mantendría su alianza con las autoridades temporales ahora representadas por los reyes germánicos.

De este modo, la Iglesia sacralizaría el poder de los reyes germánicos y, además, apoyaría las campañas militares emprendidas por estos para defenderse frente a las incursiones de pueblos como los vikingos, magiares, eslavos o musulmanes, o bien para expandir sus territorios a costa de los pueblos situados en sus periferias, sancionándolas como guerras santas<sup>144</sup> (Stacey, 1994: 28). Y es que el objetivo de la Iglesia era revivir la vieja unidad imperial en occidente con el fin de volver a hacer realidad de nuevo la existencia de un Imperio Cristiano. Esto se pondría de manifiesto cuando el obispo de Roma León III coronó a Carlomagno como emperador en el año 800. Un Carlomagno que había convertido a la monarquía franca en el reino más poderoso de la cristiandad occidental, tras lograr extender sus dominios desde los Pirineos hasta la actual Alemania, incluyendo el norte de Italia tras la conquista del reino lombardo. No obstante, a la muerte de Carlomagno el Imperio, debido a las disputas intestinas entre los herederos de Carlomagno, conocería un proceso irreversible de decadencia.

Ya a mediados del s. X, la dignidad imperial sería restaurada en la dinastía de los Otónidas. No obstante, la realidad del régimen feudal sería un serio obstáculo para que los emperadores pudiesen ejercer su supremacía política sobre el resto de autoridades políticas de la cristiandad occidental. Los territorios de la actual Alemania sobre los que ejercían el gobierno directo, no les otorgaban la fortaleza económica y militar suficiente para hacer frente a los reinos que, como el francés o el inglés, comenzaban a consolidarse en Europa occidental. Por si fuera poco, además, la propia Iglesia contribuiría grandemente a debilitar el poder imperial cuando, tras la “querella de las investiduras” de finales del s. XI, comenzó una

---

144 De ahí la crueldad de la que hicieron gala los ejércitos de los reinos romano-germánicos en estos conflictos. En ellos los prisioneros podían ser esclavizados o masacrados; la rapiña y el saqueo eran conductas normales; y no se hacía distinción entre combatientes y no combatientes (Russell, 1975: 7-8). Un tipo de guerras, que si bien el apoyo de la Iglesia las convertía en “guerras santas”, los propios protagonistas identificaban con lo que había sido la práctica de la guerra por parte del Imperio Romano, y así las denominaban como *bellum Romanum* (Keen, 1965: 104; Contamine, 1984: 283-284).

disputa con este para dirimir a quién correspondería la autoridad última sobre la cristiandad occidental (Morrall, 1962: 81).

No obstante, pese a que el régimen feudal abocó al fracaso desde el principio el proyecto de restauración del Imperio Romano impulsado por las autoridades eclesiásticas<sup>145</sup>, durante la Edad Media continuaría la fusión entre el poder político y religioso constituyendo la Iglesia un actor político de primer orden. Los reyes y los grandes aristócratas incorporarían a las autoridades eclesiásticas a la administración de sus reinos, y, a cambio de sancionar su poder y justificar sus políticas, les concederían tierras y donativos que, sumados a los que recibían de los fieles, incrementarían su patrimonio y poder económico. Debido a esa influencia política, las autoridades eclesiásticas se verían implicadas como protagonistas en los conflictos y guerras por derechos dinásticos y de propiedad que, como he dicho, eran inherentes al régimen feudal. El ataque a las iglesias, abadías, monasterios, etc. en las guerras internas entre aristócratas y reyes era un acto muy frecuente que, además, por las riquezas que en ellas se custodiaba, proporcionaba un jugoso botín. Por esa razón, además de porque aborrecía que los cristianos guerreasen entre sí, la institución eclesiástica, amparándose en su autoridad moral, se erigiría en una especie de árbitro de paz con el fin de intentar limitar el derramamiento de sangre (McGlynn, 2009: 120-125). En ese sentido, el primer intento de las autoridades eclesiásticas por frenar la violencia bélica entre los poderes cristianos, —en lo que significaría el resurgir de las tendencias pacifistas en el seno del cristianismo—, se expresaría en los movimientos de la “Paz de Dios” y la “Tregua de Dios”.

Los orígenes del movimiento de la Paz de Dios hay que buscarlos en el año 975, cuando el obispo Guy celebró en la localidad francesa de Le Puy el primero de los sínodos en que se proclamó esta paz. Así, en una gran reunión al aire libre de clérigos, caballeros y campesinos, Guy obligó a todos los asistentes a jurar respeto a la Iglesia y los pobres. Tras este sínodo de Le Puy, tendría lugar otro en Charroux en el que se promulgaron tres cánones por los que aquellos que asaltasen las propiedades de las iglesias o de los pobres, o atacasen a clérigos desarmados, eran anatematizados (Cowdrey, 1970: 43-44). Finalmente, otra serie de sínodos celebrados en diversas localidades del sur y centro de Francia entre el 990 y el 1030 continuarían promulgando nuevos cánones que extendían la prohibición de la violencia armada contra campesinos, comerciantes, mujeres, niños y ancianos, al tiempo que se exigía a los aristócratas que respetaran estas regulaciones y castigasen a sus pares por cualquier infracción (Mackinney, 1930: 186). Por otra parte, aunque comenzó como un movimiento regional, la Paz de Dios gozó de una gran popularidad y rápidamente se extendió por gran parte de Europa occidental. Incluso alrededor del año 1033, coincidiendo con el milenio de la crucifixión de Jesús, el arzobispo Aimó de Bourges hizo una proclama por la que llamaba a todos los varones cristianos a alistarse en una milicia cuyo objetivo debía ser asegurar el cumplimiento de la Paz de Dios y así realizar los propósitos pacifistas de las enseñanzas de Jesús, en una especie de “guerra contra la guerra”<sup>146</sup> (Cowdrey, 1970: 47).

---

145 Fracaso en el sentido de que ninguno de los emperadores llegaría nunca a reunir a todos los diferentes reyes y potentados cristianos bajo su liderazgo, y por tanto tampoco llegó a hacer realidad la vieja unidad territorial romana. Sin embargo, aun confinado su poder a unos cuantos territorios en la actual Alemania, el título imperial sobreviviría hasta ser abolido por Napoleón durante su campaña de 1806-1807.

146 Este experimento duró muy poco, pues debido al ambiente milenarista, la milicia se radicalizó y comenzó a prender fuego a los castillos convirtiéndose en una amenaza para el orden público. El caballero Odón de Déols

Por su parte, el movimiento de la Tregua de Dios surgió en el año 1027 en el sínodo de Toulouges convocado por el abad Odilón de Cluny. En él se decidió prohibir formalmente la actividad bélica desde el sábado al atarcer hasta el lunes por la mañana *in order to enable every man to show proper respect for the Lord's day* (Cowdrey, 1970: 44). A este seguirían otros sínodos que aumentarían el tiempo de la tregua desde el miércoles por la noche hasta el lunes por la mañana, durante la Cuaresma y el Adviento también, y ciertos días santos. Las disposiciones de este movimiento de la Tregua de Dios, que prohibían la guerra durante ciertos días, y las de la Paz de Dios, que prohibían el uso de la violencia armada contra ciertas clases de personas, eran perfectamente compatibles. De hecho, ambos movimientos acabarían por fundirse. Así, a finales del s. XI, el obispo Ivo de Chartres ejemplificaría esta confluencia en su *Panormia*: *We prescribe that priests, clerics, monks, pilgrims, merchants going and coming, as well as peasants, with their working animals, their seed and their sheep, be always in security. And we prescribe that the truce be strictly observed by all, from sunset on Wednesday through sunrise on Monday, and from Advent through the week following Epiphany, and from the third Sunday before Lent through the week following Pentecost* (Lynn, 2004: 104).

No obstante, estas tendencias pacifistas promovidas por ciertos sectores de la Iglesia, y que alcanzarían su cénit en el concilio de Narbona del año 1054, cuyo primer cánón prohibía expresamente la guerra entre cristianos (Cowdrey, 1970: 53), fracasarían totalmente en sus objetivos. Este fracaso en parte se debió a que los reyes y caballeros que apoyaron ese pacifismo lo hicieron interesadamente y siempre con el objetivo de declarar ilegales ciertas disputas de sus subordinados y rivales políticos. De ese modo, emplearon los movimientos de la Paz y la Tregua de Dios como un instrumento para reforzar su propio poder. Pero, sobre todo, esos movimientos fracasarían porque la mayor parte de las autoridades eclesiásticas, con el papado a la cabeza, se negaron a respaldarlos: ello les impedía aprovechar la importante asistencia militar que les brindaban los poderes temporales<sup>147</sup> (Stacey, 1994: 29). En ese sentido, la postura mayoritaria en la Iglesia con respecto a la guerra continuaba siendo la misma que desde la Antigüedad clásica; es decir, la aprobación de la violencia bélica en defensa del orden político que se consideraba instituido por Dios.

Precisamente durante el papado de Gregorio VII el inicio del enfrentamiento entre la Iglesia y el Sacro Imperio al que ya me he referido, ponía en tela de juicio ese orden político de la cristiandad occidental. Hasta entonces, pese a que en teoría se concebía al pueblo cristiano (*populus christianus*) como liderado por sus gobernantes seculares (el *regnum*) y clericales (el *sacerdocium*) sin que hubiera distinción entre ellos, en la práctica los emperadores, que se consideraban como “vicarios de Cristo”, seguían una política cesaropapista nombrando directamente al papa de Roma, así como a los obispos de sus dominios alemanes<sup>148</sup>. Aprovechando la debilidad del sacro emperador, Gregorio VII iniciaría

---

sería el encargado de aniquilar a la milicia después de que esta hubiese quemado un pueblo entero (Barber, 1982: 251).

147 Por ejemplo, el papa Gregorio VII castigaría al abad de Cluny por llevar al duque de Borgoña al movimiento de paz, porque de esa manera privaba al obispo de Roma de un apoyo militar importantísimo (Kaeuper, 1999: 65).

148 Esta no era una práctica exclusiva del sacro emperador, sino que era común a todos los reyes y aristócratas



un movimiento de reforma general de la institución eclesiástica con el fin de afirmar su independencia liberándola del dominio de los poderes temporales. De esta manera, en su *Dictus Papae*, Gregorio VII establecía la supremacía moral y legal del obispo de Roma sobre el conjunto del *populus christianus*<sup>149</sup>. Quería ello decir, en primer lugar, que todo el clero debía situarse bajo la jurisdicción única del papa de Roma. Era a este únicamente a quien correspondía investir a todos los obispos cristianos. Del mismo modo, estos tan solo tenían un jefe: el papa. Pero, además, la doctrina contenida en el *Dictus Papae* también afirmaba la supremacía en materia moral y legal del papa sobre el sacro emperador y el resto de poderes temporales cristianos; supremacía que se extendía al conjunto de fieles cristianos (Berman, 1996: 104-109).

Para llevar adelante su programa de reformas y consolidar la primacía del obispado romano dentro de la Iglesia, Gregorio VII ordenó la sistematización del derecho eclesiástico hasta entonces consuetudinario. Los preceptos legales contenidos en el denominado derecho canónico se conformarían a partir de la combinación de las prácticas comunes, enseñanzas teológicas y bíblicas y elementos del derecho romano compilado por Justiniano (Post, 1964: 3-24). Al mismo tiempo, además de dotar a la Iglesia de un derecho propio, Gregorio VII también procuró asegurar la independencia de la Iglesia con respecto a los poderes temporales en el plano militar. Así, instituyó un ejército de Cristo, la *militia Sancti Petri*, que únicamente debía responder a la autoridad del papa de Roma<sup>150</sup> (Mayer, 1988: 19). Pero, sobre todo, la muestra más visible de la independencia papal con respecto a los poderes temporales en el plano militar vendría como consecuencia de la proclamación de la idea de cruzada<sup>151</sup>.

---

feudales cristianos quienes también tenían la costumbre de designar y nombrar a las autoridades eclesiásticas de sus dominios.

149 Desde el mismo momento en que se restauró la dignidad imperial en la persona de Carlomagno, hubo una cierta rivalidad entre el poder temporal y el eclesiástico por afirmar cada uno respectivamente la primacía sobre el otro. Por ejemplo, el papa León III introdujo, con respecto al ritual bizantino, una modificación sustancial en la coronación de Carlomagno. En vez de ser aclamado primero por el pueblo, como era habitual desde tiempos romanos y también en Bizancio, Carlomagno fue primero coronado por el papa y luego aclamado por el pueblo. De ese modo, León III simbolizaba que, en realidad era la Iglesia y no el pueblo quien otorgaba la corona imperial. Ahora bien, la supeditación del poder político a la autoridad eclesiástica era lo que establecía la doctrina cristiana tal y como había sido legada por Agustín de Hipona a la Edad Media. Por eso, a partir de Carlomagno, los emperadores intentarían enfatizar el poder del emperador y su preeminencia sobre la Iglesia al estilo bizantino. Ello implicó también el recurso a argumentos historiográficos como el de la “sucesión de los imperios”, un argumento de raíces bíblicas que se encuentra en el Libro de Daniel, y que, como expliqué, también fue empleado por Orosio. Cronistas como Adson de Montiérender, a mediados del s. X, establecían que el imperio habría pasado de los griegos a los romanos, de estos a los francos, y por último a los alemanes. Con ello demostraban que el Sacro Imperio había sido resultado de un proceso histórico y rechazaban las tesis teocráticas sobre la concesión del título imperial por el papa (Folz, 1967).

150 El obispo Bonizo de Sutri redactaría entre los años 1090-1095 la regla que recogía el código de conducta por el que debían regirse estos soldados de San Pedro, y que también describía su ceremonia de ordenamiento (Bellamy, 2009: 83).

151 De este modo, puesto que poseía un patrimonio que le dotaba de independencia económica, una fuerza militar, una burocracia compuesta por el clero, un soberano (el papa de Roma), un pueblo (el conjunto de fieles cristianos) y un cuerpo legislativo escrito a modo de constitución, hay autores que, como Berman (1996: 124-126), consideran que la revolución eclesiástica auspiciada por Gregorio VII transformó a la Iglesia cristiana en el primer Estado moderno.

Como ya he explicado, desde la Antigüedad clásica los cristianos consideraban, tal y como había formalizado Agustín, que todas las guerras en defensa de la fe cristiana u ordenadas por Dios eran plenamente legítimas. En este sentido, esas guerras santas podían o bien ser ordenadas por las propias autoridades eclesiásticas o por las autoridades políticas<sup>152</sup>. Así, en la década de los 70 del s. XI, a Gregorio VII comenzó a rondarle la idea de promover una nueva guerra santa con el fin de salvar a un Imperio e Iglesia bizantinos que se hallaban en peligro ante el imparable avance de los turcos otomanos. Las propias autoridades bizantinas, tras la derrota de Manzikert en el 1071 habían comenzado a enviar peticiones de ayuda a sus homólogos occidentales. Pero, puesto que Gregorio VII moriría mientras preparaba la expedición, sería su sucesor Urbano II quien haría realidad esa expedición militar.

Pese a que este nuevo papa había empleado desde el principio un tono más conciliador con el emperador, mantuvo la idea de su predecesor de convocar una campaña militar para liberar a la Iglesia oriental por dos razones. En primer lugar, estaba comprometido con la idea de reunificar la Iglesia occidental (romana-católica) y la oriental (griega-bizantina) bajo el dominio de Roma. Y, en segundo lugar, los propios bizantinos insistían en sus peticiones de ayuda que los musulmanes oprimían y masacraban a los cristianos del este, poniendo en peligro la existencia misma del cristianismo en tierra santa (Bellamy, 2009: 83-84). Así que, como es bien sabido, en el concilio de Clermont del año 1095, ante una gran concurrencia, Urbano II proclamó oficialmente la Paz de Dios, instando a los cristianos que dejaran de matarse entre sí y que, en cambio, luchasen en una guerra justa para “la liberación de la iglesia de Dios” (Riley-Smith, 1997: 60-61).

Lo que diferenció a esta guerra santa de las anteriores fueron, en esencia, dos cosas. Por una parte, fue una guerra ordenada por el papa que hizo extensiva a toda la cristiandad occidental. Con ello, Urbano II pretendía manifestar en la práctica lo que la reforma iniciada por Gregorio VII había expresado primero desde un punto de vista teórico: que la autoridad última sobre el conjunto de los fieles cristianos, incluso en cuestiones militares, radicaba en el papa de Roma y no en el emperador. Por otra parte, Urbano II concibió esta guerra como penitencial: el cristiano que muriese en el campo de batalla lograría el perdón de todos sus pecados y la vida eterna. Así declaró: “nadie debe dudar de que si muere en esta expedición por amor a Dios y sus prójimos, sus pecados serán perdonados y tendrá parte en la vida

---

152 Así como en el último siglo de existencia del Imperio fue habitual que muchos obispos organizaran y dirigieran la resistencia contra los invasores germanos, durante la Edad Media también era frecuente que las autoridades eclesiásticas no solo apoyaran las campañas de la aristocracia caballeresca y de los reyes poniendo a disposición su patrimonio y aportando contingentes militares reclutados de entre los hombres de sus feudos, sino que asimismo se verían obligados, no pocas veces, a organizar y dirigir ellos mismos la defensa de sus feudos participando directamente en los combates. Como recuerda McGlynn (2009: 127-130), la guerra era un peligro real para los miembros del estamento eclesiástico. Por esa razón, no debe extrañar el gran número de clérigos que, durante la Edad Media, escribieron acerca de las cuestiones prácticas del arte militar: hombres como Guillermo el Bretón, Rogelio de Wendover, Orderico Vitalis, o el abad Suger de Saint Denis, entre otros. Por ejemplo, a fines del s. XIII, el obispo Hugo de Auxerre tenía la costumbre de rodearse de caballeros para leer el *Epitoma* de Vegetio y discutir las lecciones que podrían extraerse de él. Asimismo, el hecho de que los hombres que formaban parte de la aristocracia caballeresca fuesen normalmente los padres, primos, hermanos o patronos de los miembros del clero, contribuía a reforzar más si cabe su familiaridad con los asuntos militares.

eterna por la misericordia infinita de nuestro Dios” (Riley-Smith, 1997: 71). Es ante todo ese carácter de guerra penitencial el que diferenció a las cruzadas de cualquier otra guerra santa<sup>153</sup> (Riley-Smith, Riley-Smith, 1981: 1).

Por supuesto, no se podrían descartar los motivos clásicos de deseo de poder y riquezas en forma de conquista de tierras y botín que animaría a muchos de los participantes en este tipo de guerra santa. De hecho, Urbano II prometía ceder el disfrute de las tierras conquistadas a los caballeros que lideraban la expedición. Y hay que tener en cuenta que, en la Europa occidental de finales del s. XI y principios del s. XII, donde la población comenzaba a crecer y la costumbre de la primogenitura comenzaba a imponerse, la escasez de tierras empezaba a ser también un problema acuciante. Sin embargo, la expedición suponía un desafío colosal para sus participantes, pues desde los tiempos del Imperio Romano no se había emprendido una expedición de ese alcance en términos de distancia y duración. Los caballeros que la lideraban debían hacer frente a un importante desembolso económico que llevó a muchos a tener que vender todas sus propiedades. La incertidumbre de la guerra tampoco les garantizaba que pudiesen recuperarlas o bien conquistar otras en las tierras a donde se dirigían. Por tanto, sin descartar la motivación económica ni el deseo de aventura que también debió de desempeñar un papel fundamental, el fervor religioso parece haber sido la causa fundamental de que los caballeros y miembros del resto de estamentos sociales acudiesen a la llamada del papa a las armas (Riley-Smith, 1997: 47).

De hecho, la convocatoria de Urbano II fue un éxito rotundo y recibió una respuesta masiva de caballeros, clérigos, campesinos e incluso mujeres y niños. El ejército, que se reunió bajo la dirección del obispo Ademaro de Le Puy para esta primera cruzada, constaba de unos 60.000 hombres, el mayor hasta entonces reclutado en Europa occidental durante la Edad Media<sup>154</sup>. Ahora bien, desde un punto de vista estrictamente militar, el ejército cruzado no suponía ningún avance con respecto a lo que eran los ejércitos feudales y su estilo de lucha. Constituido a partir de contingentes procedentes de diversas regiones, su disciplina era más bien escasa, y las impetuosas cargas de caballería su principal activo en combate. De esta manera, Ana Comnena, hija del emperador Alejo I de Bizancio que había solicitado la ayuda occidental, observaba en su *Alexiada* escrita hacia la época de la segunda cruzada

---

153 No obstante, la convocada por Urbano II no sería la primera cruzada de la historia. A este respecto hay que señalar que el propio Gregorio VII habría convocado en el año 1073 una cruzada para ayudar a los reinos cristianos del norte de la Península Ibérica en su lucha por expulsar a los musulmanes de sus territorios. En parte, el éxito de esta cruzada a la que acudieron numerosos caballeros normandos, franceses, italianos, etc. que obtuvieron la remisión de sus pecados como recompensa por su participación, así como la propiedad de las tierras que conquistaron a los musulmanes, fue lo que animó a Gregorio VII a aceptar las peticiones de ayuda de los bizantinos y proponer la idea de una cruzada por salvar a la Iglesia oriental (Tyermann, 1998). No obstante, Fernández Ubíña (2000: 556) propone la expedición militar convocada por el papa León IV en el año 846 para expulsar a los piratas musulmanes del Mediterráneo, y que dio ocasión para el establecimiento de una alianza entre las ciudades de Nápoles, Gaeta y Amalfi, como el primer ejemplo histórico de cruzada; pues León IV habría prometido la vida eterna a los fieles cristianos que cayesen en combate luchando por Cristo.

154 El reclutamiento de tan gran ejército implicó numerosos problemas logísticos que fueron solucionados al conseguir que diversas flotas cristianas como la genovesa o la bizantina aprovisionasen al ejército cruzado en su camino hacia tierras orientales. Según Bachrach (2010: 84), tanto por el tamaño de la expedición como por las dificultades logísticas, “la Primera Cruzada fue, probablemente, la campaña más compleja y difícil emprendida por un ejército occidental en la Edad Media”.

(1148): “Los celtas<sup>155</sup> son indómitos al iniciar una carga de caballería, pero después, debido al peso de la armadura y a su propia naturaleza ardiente y temeraria, de hecho es muy fácil derrotarlos [...] La raza celta combina un espíritu independiente y la imprudencia, por no mencionar su absoluta negativa a cultivar un arte de la guerra disciplinado” (Burrow, 2009: 310). Por esa razón, como señala John Keegan, “las cruzadas nos presentan el cuadro más fidedigno de la cultura y el carácter de la guerra europea en el largo interregno entre la desaparición de los disciplinados ejércitos de Roma y la reaparición de las fuerzas del Estado en el siglo XVI” (1995: 355).

Por otra parte, la conducta de los caballeros europeos se mantuvo dentro de los límites de crueldad que era habitual exhibir en las guerras santas, como aquellas llevadas a cabo durante los primeros siglos de la Edad Media contra magiares, eslavos o los propios musulmanes en la Península Ibérica. En este sentido, la masacre que siguió a la toma de Jerusalén en el año 1099, donde se calcula que los cruzados podrían haber asesinado a unas 70.000 personas, se puede considerar como paradigma del comportamiento de los soldados cristianos en las cruzadas (Seward, 2004: 13). Y es que la guerra santa era concebida como el tipo de guerra justa por antonomasia desde el punto de vista del cristianismo: el objetivo era aniquilar al infiel. Así, como exclamó el cronista de la primera cruzada Raimundo de Aguilers en su relato de la masacre de Jerusalén del 1099: “era un juicio de Dios justo y espléndido que este lugar [Jerusalén] se llenase con la sangre de los no creyentes” (Bellamy, 2009: 86).

A la primera cruzada convocada por Urbano II seguirían otras más en los siglos siguientes. Los caballeros de la primera cruzada lograrían conquistar ciertos territorios en el levante palestino convirtiéndolos en reinos cristianos. La defensa de esos reinos cristianos frente al peligro musulmán proporcionaría la excusa perfecta para nuevas cruzadas. Pero ello también llevó a la creación por parte del papado de una serie de órdenes monásticas para defender esos enclaves y a los peregrinos que viajaban a tierra santa. Esas órdenes religiosas, como las de los templarios, hospitalarios o de los caballeros de San Juan, que estaban compuestas por monjes-guerreros, constituían para la Iglesia la expresión del guerrero ideal, —“una extraña mezcla del guerrero germánico y del *sacerdos* latino” (Howard, 1983: 20)—. Además, estas anunciaban, en su modo de vida disciplinado y apartado de la comunidad, así como en su jerarquía basada en el mérito, los futuros regimientos de los ejércitos profesionales europeos de la Edad Moderna:

“Eran obedientes y mostraban disciplina en combate, con evidente frugalidad y ascetismo en la vida comunitaria, de la que estaban excluidas mujeres y niños. Vivían todos bajo un mismo techo, sus jefes les daban ropa y alimento y no tenían propiedades personales. Nunca estaban inactivos. Cuando no combatían efectuaban tareas manuales [...] Su jerarquía se basaba no en la nobleza sino en méritos. Habían renunciado a los placeres y el prestigio propios de la caballería secular —amor por las armas, exagerado cuidado del cuerpo y el peinado, pasión por los juegos y la caza— a cambio de un nuevo orden basado en la pobreza, la vida en común y la devoción a Cristo” (Contamine, 1984: 75).

No obstante, pese a la obtención de ciertos éxitos parciales en forma de territorios

---

155 Al emplear el término de celtas, nombre con el que los autores griegos de la Antigüedad clásica designaban a los pueblos bárbaros que residían al norte de la península balcánica, Ana Comnena pretendía precisamente acentuar el carácter bárbaro de los soldados cruzados occidentales.

arrancados a los musulmanes, ninguna de las cruzadas lograría ni devolver tierra santa a manos cristianas, ni siquiera expulsar el peligro otomano que acechaba al Imperio Bizantino, consiguiendo la reunificación de la Iglesia occidental y la oriental. Antes bien, con respecto a este último punto, las cruzadas incluso consolidarían la división entre la cristiandad oriental y la occidental. Por ejemplo, la cuarta cruzada se dirigiría contra la propia Constantinopla a la que asestaría un duro golpe. Con todo, podría decirse que las cruzadas fueron un acontecimiento de vital importancia, puesto que posibilitaron la reanudación de un contacto más fluido entre Europa occidental y el mundo oriental tras varios siglos de aislamiento. Liderados por los mercaderes de las ciudades de la Península Itálica, la recuperación de los contactos con Oriente constituiría un fuerte estímulo para el desarrollo comercial que experimentarían los reinos occidentales a partir de los ss. XII-XIII y les permitiría, al mismo tiempo, recuperar parte del saber clásico que la Iglesia había prohibido por considerar como contrario a la verdad expuesta en las Sagradas Escrituras.

Por otra parte, si bien era claro que la Iglesia con el papa de Roma al frente consideraba como preferibles las guerras santas contra el peligro representado por los pueblos paganos extranjeros, a partir de la reforma de Gregorio VII también aprobaría el uso de la guerra entre los poderes políticos cristianos para zanjar sus disputas. A este respecto, la Iglesia no variaría la postura que había adoptado desde finales de la Antigüedad. Pero ahora, la justificación teológico-moral de la guerra, desarrollada a título individual por autores como Agustín de Hipona, sería sistematizada en el denominado derecho canónico adquiriendo un carácter definitivamente oficial. En concreto, el encargado de elaborar esa sistematización de la justificación cristiana de la guerra, compendiando las aportaciones doctrinales de teólogos anteriores, las enseñanzas bíblicas y el derecho romano, sería Graciano. Así, en su *Concordantia Discordantium Canonum* o *Decretum* del año 1140, —obra que más significativamente contribuyó al desarrollo del derecho canónico—, este jurista boloñés centraría su análisis de la guerra y el servicio militar en torno a cuatro cuestiones: 1) si en alguna circunstancia se justificaba la guerra y matar para un cristiano; 2) cuál era la naturaleza de la guerra justa; 3) la cuestión de la autoridad apropiada para iniciar la guerra; 4) la conducta en la guerra (Russell, 1975: 57).

Por lo que se refiere a la primera cuestión, la conclusión de Graciano era la misma que la de Agustín de Hipona. Pese a que el acto de matar es inherentemente malo, el soldado cristiano podría matar siempre y cuando en su conciencia los motivos que le hubiesen empujado a tal acto fuesen buenos. Así sucedería, por ejemplo, con un soldado cristiano que asesinasen o mutilasen a un pirata o un ladrón con el fin de impedir que continuasen pecando. Ello excluía el asesinato por odio, rencor, deseo privado de riquezas o poder, etc.; en definitiva, todo sentimiento anticristiano que mostrase un apego por lo mundano. Por consiguiente, desde un punto de vista teológico la guerra, pese a ser inherentemente una acción injusta y mala, estaría justificada siempre y cuando estuviese dirigida a enmendar una situación de injusticia todavía mayor (Russell, 1975: 57-60). Pero además de ese criterio de la recta intención, para poder ser justa, una guerra también debía cumplir con otros requisitos. Debía ser un instrumento de último recurso emprendido con la finalidad de restaurar la paz. A los criterios teológicos procedentes de la tradición patristica cristiana, Graciano sumaba otros tomados de la tradición legalista romana que convertían a la guerra en una especie de procedimiento jurídico destinado a reparar una injusticia. Entre las injusticias que el jurista boloñés identificaba como causas que podrían desencadenar legítimamente una guerra se



encontraban la recuperación de bienes robados y la defensa de la patria<sup>156</sup> (Russell, 1975: 60-68).

En otro orden de cosas, en lo que se refiere a la cuestión de la autoridad legítima para emprender una guerra, Graciano distinguía en primer lugar entre dos tipos de autoridades: las autoridades eclesiásticas y las temporales. En cuanto a las primeras, obviamente el jurista boloñés consideraba que el papa podía emprender legítimamente aquellas guerras santas que le hubiesen sido directamente ordenadas por Dios para defender al rebaño de Cristo de un ataque material o de la herejía. Justificando lo que era una práctica bastante habitual en aquellos tiempos, el autor del *Decretum* también reconocía el derecho de los obispos que ocupaban cargos seculares a hacer uso de la guerra o exhortar a sus superiores políticos a declarar la guerra en nombre de la Iglesia. No obstante, al adoptar una postura origenista, Graciano declaraba como ilegítima toda guerra en la que los miembros del clero participasen directamente en las operaciones militares (Russell, 1975: 76-80). En cambio, más controvertida era la cuestión de qué autoridades seculares podrían iniciar una guerra. Aquí el jurista boloñés adoptó una posición esencialmente ambigua e indefinida, estipulando que toda autoridad dotada de un *imperium* legítimo podría declarar y emprender una guerra justa. Por lo tanto, Graciano parecía implicar que, dependiendo de las circunstancias, tanto el sacro emperador, como los reyes y diferentes miembros del estamento aristocrático, estaban legitimados a emprender una guerra (Russell, 1975: 68-69).

Por último, con respecto a la cuestión del *ius in bello*, Graciano se hacía eco tanto de las aportaciones realizadas por el movimiento de la Paz de Dios, como del segundo Concilio de Letrán de 1139<sup>157</sup>. Por una parte especificaba que tanto peregrinos, como clérigos, monjes, mujeres y campesinos desarmados debían ser inmunes a la violencia, so pena de excomunión. Y, por otra parte, también consideraba ilegal el uso de armas como ballesta y el ariete (Bachrach, 1994: 133; Contamine, 1984: 71-72 y 274). Sin embargo, al mismo tiempo, el jurista boloñés diluía el poder vinculante de estas prohibiciones al adscribir su observación al criterio de la necesidad militar (Russell, 1975: 70-71).

No obstante, hay que señalar que la Iglesia no fue la única institución que se preocupó por establecer una cierta regulación de la guerra. En ese sentido, el propio código de honor desarrollado por la aristocracia caballeresca tendría mucha más influencia a la hora de modular la conducta de los miembros de esta casta militar en el combate. Según ese código, el honor, la lealtad y el coraje eran las virtudes de las que debía hacer gala todo buen caballero. Estas virtudes se manifestaban cuando, acudiendo a la llamada de su superior feudal, exponía su propia vida luchando en primera línea de batalla con sus enemigos sin temor ni cobardía. La batalla campal, el enfrentamiento abierto cuerpo a cuerpo, era el estilo más adecuado de combate para el caballero ya que, al ser semejante al torneo, igualando las

---

156 Los juristas que continuaron desarrollando el derecho canónico mediante comentarios a la obra de Graciano, los denominados “decretistas”, añadirían a las causas que Graciano consideraba como legítimas para emprender una guerra otras nuevas: la defensa del derecho al libre paso; el encarcelamiento de herejes; o la supresión de una rebelión (Russell, 1975: 98-100).

157 Graciano no hizo referencia, sin embargo, a las restricciones temporales que el movimiento de la Tregua de Dios había impuesto a la actividad bélica. En principio, para el autor del *Decretum* una guerra justa podría iniciarse en cualquier momento del año, incluso durante la Cuaresma.

condiciones de combate para los contendientes, le permitía hacer gala de todas sus virtudes y lograr grandes proezas. De hecho, se consideraba una obligación el que el caballero liderase, en la batalla, la carga de su ejército (Lynn, 2004: 80).

Asimismo, además de definir las virtudes del buen caballero, lo más importante es que ese código de honor promovía la costumbre de que los caballeros respetasen la vida de los enemigos que eran hechos prisioneros, dispensándoles un trato humanitario. No obstante, habría sido la posibilidad de que los captores obtuviesen un jugoso rescate a cambio de la liberación de los prisioneros, lo que más habría contribuido a la institucionalización de esta costumbre; si bien determinó que únicamente fuese aplicada habitualmente a los caballeros, especialmente los de mayor rango y fortuna: los infantes y arqueros, en razón de su baja extracción social, eran normalmente masacrados. En consecuencia, en la práctica, el código caballeresco era un instrumento orientado única y exclusivamente a la preservación de la aristocracia secular que luchaba a caballo (McGlynn, 2009: 135-148). Con todo, como sostiene Matthew Strickland en su estudio sobre la guerra en Inglaterra y Normandía entre los ss. XI y XIII (1996: 183-196), la difusión de esa costumbre ayudaría a rebajar los índices de mortandad en los campos de batalla europeos. Así, antes de los ss. XI-XII, la práctica habitual era que los combatientes derrotados, incluidos los prisioneros, fuesen masacrados.

Ahora bien, debido al predominio e importancia que los caballeros habían comenzado a desempeñar en la guerra a partir de la época carolingia, la Iglesia tampoco tardaría en cristianizar la ética caballeresca, proporcionándole además un fundamento teológico. Así, entre los ss. X-XII, ciertos teólogos como Gerardo de Cambrai o Adalberón de Laón, comenzaron a definir en sus obras a los miembros de la aristocracia caballeresca como uno de los tres estamentos del orden social instituido por Dios. Junto al clero, que configuraría el estamento de los *oratores*, y el resto de la población dedicada a empresas productivas, los *laboratores*, la aristocracia caballeresca conformaría el estamento de los *bellatores*. De ese modo, los pensadores eclesiásticos justificaban la profesión caballeresca como una función social necesaria cuya finalidad sería la protección de la cristiandad (Duby, 1992). Sobre todo, al caballero se le recordaban sus deberes cristianos en el momento en el que, tras el período de preparación y entrenamiento, era ordenado como tal. Normalmente oficiada por un clérigo, las principales fases de esa ceremonia de ordenación eran las siguientes: en primer lugar, el caballero debía confesarse y arrepentirse de todos los pecados cometidos hasta entonces para poder ser rebautizado; después se le ataviaba con una túnica blanca que simbolizaba la pureza del cuerpo, y una roja que le recordaba la sangre que debía derramar en defensa de la fe de Dios y la santa Iglesia; a continuación, en lo que era la parte central de la ceremonia, se ceñía un cinto blanco con el que hacía promesa de pureza y castidad, para acto seguido velar armas durante toda una noche en una capilla; finalmente, la ceremonia concluía con la entrega de una espada que recordaban al caballero que justicia y lealtad debían ir juntas, así como con el beso de sus compañeros de armas<sup>158</sup> (McGlynn, 2009: 135).

No obstante, la imagen de la caballería como profesión cristiana sería más bien

---

158 Keen (1986: 92-115) añade que, al término de la ceremonia, el caballero ya ordenado también recibía cuatro instrucciones: no caer en el juicio erróneo; no traicionar nunca; respetar a todas las mujeres y ayudarlas cuando le fuera posible, y escuchar misa todos los días.

desarrollada en los denominados tratados de caballería. Elaborados por clérigos o por los propios caballeros (aristócratas y reyes), estos tratados no eran obras que se centrasen en el arte militar desde un punto de vista técnico. A diferencia de los tratados militares de la Antigüedad clásica, en ellos no se podrán leer consejos acerca de cuál sería la mejor disposición táctica de los ejércitos, ni tampoco compilaciones de estratagemas útiles, o consejos sobre la edificación de los campamentos. Antes bien, esos tratados de caballería eran obras de carácter político y moral en las que, además de proveerse una justificación teológica de la profesión caballeresca, se hacía hincapié especialmente en las funciones del caballero y el tipo de conducta que debían seguir en el campo de batalla. Por lo tanto, más que ofrecer ejemplos útiles para la práctica militar, trataban de elaborar la imagen del caballero ideal.

Por ejemplo, en su famoso tratado de caballería de la segunda mitad del s. XIII, el monje franciscano de origen mallorquín Ramón Llull, explicaba que, tras el pecado original que daría inicio a la historia humana, Dios había designado a uno de entre cada mil hombres para controlar y proteger a la gente: los caballeros. La función más importante de esta clase de hombres era la defensa de la verdadera fe contra los infieles. Pero el caballero debía poner su espada igualmente al servicio de los poderes seculares, defendiendo la ley y la paz frente a usurpadores, ladrones, etc.; y, sobre todo, proteger a los más débiles: mujeres, niños, ancianos, pobres de solemnidad y miembros del estamento eclesiástico. Además, el caballero debía mostrar en todo momento una conducta íntegra, irreprochable, valorando por encima de todo el honor asociado a las virtudes cristianas de la lealtad, la clemencia, el coraje, la largueza, evitando la falsedad, la traición, la codicia y la holgazanería (Keen, 1986).

### **1.8.3. La estrategia militar feudal: los asedios y las *chevauchées***

Como sucedió en el resto de épocas, en la práctica militar real, las normas y reglas de la guerra definidas por el código caballeresco y la Iglesia debieron plegarse habitualmente al imperativo militar. Ello significa que, en realidad, eran los condicionamientos políticos, económicos y tecnológicos del régimen feudal los que determinaban la lógica de la guerra medieval. Y teniendo en cuenta que el objetivo militar, el criterio definidor de la victoria, continuaba siendo el control del territorio, el asedio de los castillos y fortalezas feudales devendría en elemento clave de toda estrategia militar (McGlynn, 2009: 237; Bachrach, 2010: 87).

En muchas ocasiones contruidos aprovechando los restos de antiguas edificaciones romanas, los castillos proporcionaban un refugio seguro contra cualquier ataque militar: puesto que las máquinas de asalto seguían siendo prácticamente las mismas que empleaban los romanos (maganeles, fundíbulos, balistas, torres de asalto principalmente), sus gruesas y altas murallas se mostraban casi inexpugnables<sup>159</sup> (McGlynn, 2009: 243-247). Por esta razón,

---

159 En general, pese a la importancia como acción estratégica clave que adquirió el asedio en la época medieval, tanto en lo que se refiere al diseño arquitectónico de los castillos y murallas, o a la tecnología y técnicas de asedio, no se escribió ningún tipo de tratado de poliorcética original en la Edad Media. Antes bien, se siguió confiando en los ejemplos proporcionados por autores clásicos como Vitrubio, Frontino o Vegetio. A este respecto, Antonio Campillo (1986: 24-25) afirma que, además de que las técnicas constructivas y las máquinas de asedio continuasen siendo esencialmente las mismas que en época romana, el hecho de que los ingenieros militares de la época fuesen hombres pertenecientes al estamento inferior de los *laboratores* y, por

buscando la protección que ofrecían esos castillos, el conjunto de la población tendía a distribuirse en torno a ellos. Y, debido a la concentración de la población y su función defensiva, también se convertirían en los centros desde los que los aristócratas administraban los territorios que señoreaban<sup>160</sup>. Por lo tanto, habida cuenta de que constituían los auténticos centros de poder de la sociedad feudal, era normal que cualquier ejército que se plantease conseguir el control del territorio hubiese de concentrar sus esfuerzos en la toma de esas plazas fuertes. De hecho, como bien indica Sean McGlynn, el movimiento de los ejércitos en campaña solía estar dictado por la ubicación de los castillos (McGlynn, 2009: 241).

No obstante, puesto que la toma por asalto de esas plazas fuertes, debido a la tecnología disponible, podía implicar una campaña demasiado larga y costosa, era frecuente que, una vez establecido en los alrededores del castillo, y con el fin de ahorrar vidas, tiempo y dinero, el ejército asaltante enviase un heraldo a negociar con los defensores, ofreciéndole la oportunidad de entregar la plaza sin necesidad de combate. A cambio, las vidas y las propiedades tanto de los miembros de la guarnición, como de la población civil serían respetadas (McGlynn, 2009: 243). En un principio parecería seguro para los defensores rechazar esa oferta de rendición. Tanto la protección que brindaban las murallas del castillo, la posible llegada de refuerzos, o el hecho de que, debido a la debilidad financiera y logística, la mayor parte de los ejércitos feudales no pudiesen emprender campañas prolongadas, hacía que los defensores pudiesen confiar en que, pese a todos los esfuerzos de los asaltantes, el castillo no sería finalmente tomado.

Sin embargo, exponerse a un asedio significaba enfrentarse no solo a la violencia del enemigo, sino también a la perspectiva de la hambruna y las enfermedades. Estas se cebaban, sobre todo, en los miembros de la población civil, pues los alimentos siempre se reservaban para los soldados. Incluso en casos extremos, cuando los alimentos escaseaban, el comandante de la plaza sitiada podía llegar a expulsar fuera de las murallas a las “bocas inútiles” de entre la población civil, que de ese modo quedaban expuestas a merced de los enemigos (McGlynn, 2009: 313-314). Con todo, la peor situación para los defensores se producía en caso de que el asalto resultase victorioso, puesto que se reconocía que tanto los bienes como la persona de los derrotados pasaban a ser propiedad de los vencedores que podían disponer de ellos como quisiesen. En esos casos, además de permitir el saqueo de la plaza fuerte y las violaciones masivas con el fin de recompensar a sus propios soldados también agotados por el hambre, las heridas y las enfermedades, una medida ocurrente de los comandantes del ejército victorioso era la de pasar a cuchillo a los derrotados, incluyendo a los miembros de la población civil. No obstante, la consecuencia más habitual para la población civil fue la pérdida de su hogar y la pobreza consecuente (McGlynn, 2009: 302-307).

---

tanto, hombres carentes de cultura, también contribuiría a explicar la ausencia de esos tratados de poliorcética medievales originales. Por el contrario, quienes, además de poseer los conocimientos militares adecuados, también poseían la formación cultural precisa para transmitirlos, es decir, clérigos, aristócratas y reyes, se mostraban más preocupados, como se ha podido observar en el caso de los tratados de caballería, por los aspectos morales y políticos de la guerra que por los técnicos.

160 Evidentemente, como explica John Keegan (1995: 182), la erección de fortalezas como medida militar defensiva es propia de sociedades en que, como la feudal, no existe un poder central fuerte.

Por otra parte, la debilidad financiera y escasa capacidad logística de los ejércitos feudales explica que muchas campañas se redujesen a la realización de incursiones de saqueo y pillaje en territorio enemigo. Estas incursiones, denominadas “cabalgadas” o *chevauchées*, se dirigían contra las poblaciones rurales y ciudades desprotegidas, —es decir, que no contaban con la protección ofrecida por las murallas o alguna fortaleza próxima—, y tenían por objetivo el ataque a la población civil y sus propiedades. Así, solían implicar la devastación de la campiña, la destrucción de los hogares, el robo de propiedades muebles, y violaciones y asesinatos en masa. En caso de que no se dispusiera de los medios o la voluntad para emprender un asedio o luchar una batalla, estas cabalgadas representaban una manera indirecta, pero económica y poco arriesgada, de debilitar la capacidad militar del enemigo<sup>161</sup>. Por una parte, la destrucción de las propiedades de la población civil agotaba su capacidad financiera; y, por la otra, los asesinatos y violaciones sistemáticas generaban un clima de terror que minaba la moral y capacidad de resistencia de la población<sup>162</sup> (Lynn, 2004: 85-90).

Así, pues, las posibilidades que ofrecían las condiciones políticas, económicas y tecnológicas del régimen feudal determinaban que la lógica predominante en las operaciones militares durante la época medieval fuese lo que Hans Delbrück denominaría como “estrategia de desgaste”<sup>163</sup>. En esta estrategia los ataques a la población civil eran habituales y desempeñaban un papel fundamental. Por consiguiente, en la práctica militar real ni el caballero era un defensor de los más débiles y pobres, ni tampoco la guerra era una especie de torneo o juicio divino. De hecho, las batallas, que son el tipo de operación militar que más se podían acercar a esa noción de la guerra como una especie de juicio o competición imparcial<sup>164</sup>, tendían a ser evitadas por los ejércitos feudales. En concreto, ese carácter más o menos imparcial, hacía que su resultado siempre fuese incierto, convirtiéndolas en empresas muy arriesgadas<sup>165</sup>. En el curso de unas pocas horas no solo se derrochaban una gran cantidad de recursos y vidas humanas, sino que se podía determinar el desenlace de la contienda y, en ocasiones, decidir el destino de todo un reino (McGlynn, 2009: 149-155).

---

161 Y obtener botín por supuesto.

162 Existían también diferentes estrategias mediante las que las poblaciones podrían librarse de la violencia de esas cabalgadas. Las más frecuentes de entre ellas implicaban el pago de un rescate a los invasores, o bien la huida de la población con sus propiedades a algún refugio natural como el bosque, la montaña o comunidades vecinas (Lynn, 2004: 89).

163 De ahí que el tratadista militar más consultado de la Antigüedad clásica fuese Vegetio. En una época en la que el Imperio Romano, hostigado por las incursiones de los pueblos germanos que cada vez comenzaban a ser más frecuentes, recomendaba una estrategia predominantemente defensiva en la que los ejércitos romanos debían de buscar la protección de fortalezas y murallas evitando la batalla excepto en las ocasiones en que las posibilidades de victoria fuesen casi seguras (Richardot, 1998).

164 Aunque la crueldad con los vencidos, como en el caso de las degollinas mutuas entre soldados de infantería y caballeros demuestran, y las estratagemas no estaban tampoco ausentes en las batallas medievales.

165 Entre los elementos que añadían incertidumbre al desenlace del combate habría que señalar tanto el escaso control sobre los movimientos de sus tropas que tenían los comandantes debido a la confusión general que solía reinar en el campo de batalla, así como que las deserciones y cambios de bando por parte de los aliados en función del curso de la contienda, constituyesen acontecimientos bastante ocurrientes.



#### 1.8.4. La imagen de la guerra en la historiografía medieval

Como es sabido, la Iglesia ejerció un auténtico monopolio sobre la vida cultural de la sociedad medieval europea. A este respecto, las catedrales y los monasterios se erigieron en los principales y únicos centros de producción y difusión de la cultura y los obispos, monjes, sacerdotes, etc. constituyeron las auténticas figuras intelectuales de esa sociedad. Ello significó que, en el terreno de la historiografía, además del género de la historia eclesiástica, las obras escritas por esos personajes del ámbito eclesiástico en los *scriptoria* de los monasterios perpetuasen el modelo historiográfico fijado por Orosio en sus *Historiae*.

Así sucedía, por ejemplo, en las obras de los denominados por Walter Goffart (1988) como “narradores de la historia bárbara” (Gregorio de Tours, Jordanes, Beda el Venerable, Paulo Diácono, Isidoro de Sevilla, etc.), en donde los hechos del pasado reciente de la historia profana eran interpretados a la luz de la historia de salvación. La intención de tal tipo de historiografía era la de demostrar cómo, a nivel político, la intervención de Dios en la historia se orientaba a fomentar la alianza entre el poder político y eclesiástico. De este modo, en esas obras, sus autores ensalzaban la figura de aquellos gobernantes germánicos que habían consolidado el vínculo con la Iglesia configurando sus reinos como monarquías cristianas, presentándolos como reyes modélicos e instrumentos de la providencia divina. Por ejemplo, en sus *Decem Librim Historiarum*, aplicando el método alegórico a los hechos del pasado reciente del pueblo franco, Gregorio de Tours convertía al pueblo franco en el nuevo pueblo elegido, y a sus reyes, a los que asimilaba a la realeza hebrea del Antiguo Testamento, en el instrumento de la voluntad divina para restaurar la vieja unidad imperial.

Por otra parte, si en estas obras los reyes eran concebidos como los agentes de la providencia divina, las guerras que ocasionalmente emprenden con el fin de conquistar nuevos territorios, eliminar a rivales en la lucha por el poder o adquirir botín, constituirán los instrumentos elegidos para llevar a cabo esos designios divinos. Desde el punto de vista de la historia de la salvación, la función de la guerra también será llevar a cabo el cumplimiento del plan providencial contribuyendo a eliminar a los pecadores paganos enemigos del orden político cristiano. Así, la descripción de los hechos militares más importantes como las batallas decisivas se realizará según las pautas establecidas por la teología de la victoria eusebiana: exactamente igual que habíamos visto en Orosio, las victorias cristianas son presentadas como un hecho milagroso ante un rival pagano casi siempre superior en número, más feroz y diestro en el arte de la guerra, obtenidas gracias a la devoción de los soldados cristianos y, sobre todo, de las plegarias y oraciones elevadas a Dios por los eclesiásticos que acompañan, liderando, al ejército. Por lo tanto, los acontecimientos militares también sirven a estos historiadores para demostrar la presencia y omnipotencia divina que castiga a los poderosos paganos con la derrota, y a los defensores de la verdadera fe, pese a su teórica debilidad marcial, con la victoria y la salvación<sup>166</sup>. Por ejemplo, en el capítulo 20 del primer libro de su *Historia ecclesiastica gentis anglorum* del s. VIII, Beda

---

166 En estas obras apenas hallaremos una descripción técnica de los hechos militares relatados, al modo de los historiadores clásicos paganos, en las que, además de ofrecernos la disposición táctica de los respectivos ejércitos, la descripción de sus respectivas armas y armadura, etc., se incide sobre la disciplina de los soldados o la flexibilidad táctica, por ejemplo, como claves de la victoria en el combate. Cuando los historiadores cristianos hagan referencia a alguno de estos aspectos técnicos del combate, será con el propósito de realzar el carácter milagroso de la victoria cristiana y, por ende, de la omnipotencia divina.

describe una batalla en la que las tropas de los britones, convertidos a la fe cristiana, y a cuyo frente marchaban los obispos Germanus y Lupus entonando rezos y cánticos de “aleluya”, lograrían derrotar sin la necesidad de derramar ni una gota de sangre a una coalición de sajones y pictos paganos que huirían atemorizados ante el poder de las oraciones.

Junto a esta historiografía de raigambre agustiniana y la historia eclesiástica, en la Edad Media también se desarrollarían y cultivarían otros dos géneros historiográficos: los anales y las crónicas. Los primeros constituían breves anotaciones escritas por los monjes en los márgenes de las tablas pascales mediante las que una comunidad guardaba la memoria de los acontecimientos excepcionales, como el nacimiento o la muerte de un rey, un terremoto, una epidemia, etc., que habían ido sucediendo año tras año. Los primeros anales aparecerían en los ss. VII-VIII. Por lo tanto, pese a que esas anotaciones se irían haciendo paulatinamente más densas y por ello pasarían a ser escritas en folios en blanco, en ellas no existía ningún tipo de estructura narrativa.

Esta estructura narrativa sí existía, en cambio, en las crónicas que, basadas en el modelo proporcionado por Eusebio de Cesarea<sup>167</sup>, constituirán relatos continuos compuestos por descripciones someras de un flujo de acontecimientos. Estos acontecimientos, ordenados con gran rigor cronológico como en el caso de los anales, no guardaban, sin embargo, ninguna relación causal entre sí. Su coherencia lógica venía dada porque hacían referencia a la historia de algún personaje público, alguna ciudad, alguna abadía, etc. De hecho, será esa ausencia de una conexión causal entre los acontecimientos descritos, lo que permitirá diferenciar a la crónica de la historia<sup>168</sup>, pues en la crónica el relato de los acontecimientos carecerá de valor explicativo (Guenée, 1980: 203-207).

Por otra parte, y vinculada a la consolidación del orden feudal, así como a la crisis de la alianza entre la Iglesia y el Sacro Imperio en los siglos centrales de la Edad Media, volverá a emerger una historiografía en la que la interpretación de los hechos de la historia profana ya no estará supeditada al esquema teológico de la historia de salvación. Patrocinadas por los reyes y miembros de la aristocracia caballeresca, y escritas en lengua vernácula por personajes tanto del ámbito eclesiástico como civil, las obras de esta historiografía se centrarán en el relato de los hechos político-militares del pasado reciente de las diferentes monarquías feudales<sup>169</sup>. Los reyes, obispos, abades y miembros de la aristocracia caballeresca

---

167 Eusebio elaboraría su *Chronica* por la necesidad de subsumir la cronología pagana en la cronología cristiana. En ella construye un resumen de los principales acontecimientos de los pueblos paganos de la Antigüedad clásica intentado establecer la sincronidad de los mismos con los principales acontecimientos narrados en la Biblia (Guenée, 1980: 150). Esta tarea, que formaba parte del proyecto eusebiano de construir una concepción del mundo propia de un Imperio Cristiano, fue imprescindible para el surgimiento de una historiografía cristiana.

168 Hacia el final de la Edad Media las fronteras entre la crónica y la historia se irían difuminando hasta dar lugar a una forma histórica mixta en la que, al poder explicativo del relato propio del género de la historia, se sumaría el rigor cronológico propio de la crónica (Guenée, 1980: 207).

169 En esos siglos centrales y finales de la Edad Media, las élites gobernantes comenzarían a percibir la importancia de la historiografía a la hora de justificar sus acciones políticas. Tanto los monarcas como los grandes señores feudales empezarían a encargar la redacción de crónicas e historias cuya a personajes tanto procedentes del ámbito eclesiástico como civil que formaban parte del entorno real. De este modo, en los siglos finales de la Edad Media, coincidiendo con la decadencia del orden feudal y la emergencia de los Estados

seguirán siendo los protagonistas de estos relatos. No obstante, en la explicación de los hechos llevados a cabo por estos personajes, pese a que el orden feudal que lideraban se concebía como instituido por Dios, ya no tendrá cabida el recurso a la providencia divina. Antes bien, las acciones y conducta de estos personajes serán examinadas atendiendo a lo que el orden feudal establecía qué era lo que cabía esperar de cada uno de esos tipos sociales. Por esa razón, la descripción de los hechos políticos y militares que seguirán constituyendo el tema de estas obras. La noción de cambio histórico, por lo tanto, seguía estando confinada al cambio político, siendo considerados los hechos militares como los principales inductores de ese cambio.

A este tipo de historiografía que prefigura la historiografía cortesana típica del período renacentista se le suele conocer como historiografía caballeresca<sup>170</sup>. En ella, la guerra dejará de ser representada como un instrumento de la providencia divina, y en cambio volverá a ser concebida única y exclusivamente como un instrumento legítimo del poder. De esta manera, los reyes aparecerán luchando entre sí por hacer valer sus derechos sucesorios a una corona; intentando sofocar revueltas campesinas; enfrentándose a vasallos de la aristocracia que intentan derrocarlos, etc. Quizá la obra que mejor represente esta historiografía caballeresca en lo que se refiere a la prominencia que vuelve a adquirir la guerra como principal actividad del poder sean las *Crónicas de Francia, Inglaterra y de los países vecinos*.

Escrita por Jean Froissart, personaje procedente del ámbito civil que llegaría a ser el historiador oficial de Felipa Hainaut, esposa de Eduardo III de Inglaterra, el hilo conductor de buena parte de las *Crónicas* se centraría en los acontecimientos relacionados con la famosa Guerra de los Cien Años (desde sus orígenes hasta 1400) que enfrentaría a las monarquías inglesa y francesa por los derechos de sucesión al trono francés. Además de la narración de las vicisitudes políticas y campañas militares que marcaron esa guerra en su primera fase, en el relato también se puede encontrar la narración de hechos indirectamente relacionados con la guerra, como, por ejemplo, la revuelta campesina de París, o las incursiones de Eduardo III por el reino de Navarra y la batalla de Nájera. Asimismo, encontramos hechos sin ninguna relación con esa guerra como el denominado “cisma de la Iglesia” motivado por la “querella de las investiduras”, y que también dio lugar a acontecimientos militares en los que destacaron caballeros como el bretón Silvestre de Bude, o el inglés John Hawkwood. De este modo, podría decirse que lo que en realidad confiere unidad al relato de Froissart es la presencia en todos los hechos relatados de las “gentes de armas”, es decir, de los caballeros,

---

soberanos, la producción historiográfica se iría desplazando de los monasterios y catedrales a las cortes reales. No obstante, como se puede observar, la producción historiográfica continuaría siendo promocionada y estando asociada al poder (Guenée, 1980: 283-290).

170 Una variante importante de esta historiografía caballeresca la constituirán las obras dedicadas a relatar las cruzadas. Estas obras comenzaban con una introducción en la que se describía la predicación de la cruzada por parte de las autoridades eclesiásticas y se presentaba la expedición militar como una guerra santa; a continuación, la narración de los hechos militares que, obviamente, ocupaba el grueso del relato, también se realizaba desde el punto de vista de los caballeros. No obstante, en la explicación de las acciones militares la providencia divina seguirá desempeñando un papel relevante. Entre las principales obras dedicadas a la historia de las cruzadas cabría destacar la *Histoire de la conquête de Constantinople* de Godofredo de Villehardouin, que da cuenta de la cuarta cruzada emprendida en el año 1198; o *La vie de Saint Louis* de Jean de Joinville, casi una hagiografía de Luis IX de Francia, donde el historiador francés, que luchó junto a su rey, recuerda la cruzada de Egipto.

y las gestas militares que protagonizan en los diferentes reinos de la cristiandad occidental.

Desde el prólogo de las *Crónicas* es evidente que Froissart vuelve a concebir la finalidad de preservar los hechos del pasado al modo de los historiadores paganos de la Antigüedad clásica: así, como un Herodoto medieval, el historiador francés afirma que su intención al rescatar del olvido los hechos del pasado es únicamente la de transmitir hacia el futuro el conocimiento de “los hermosos hechos de armas que han ocurrido por las grandes guerras de Francia e Inglaterra y de los reinos vecinos y en las que son causa los reyes y sus consejeros” (Froissart, 1988: 3). Froissart, por lo tanto, es un historiador para el que el mundo de la guerra y la política vuelven a ser plenamente interesantes por sí mismos, y no como demostración del plan providencial divino. De hecho, como también se puede observar en ese prólogo, la explicación de los acontecimientos que relata ya no se encontrará en la voluntad divina, sino en los propios condicionantes políticos y militares.

En lo que se refiere a los acontecimientos militares, las batallas constituyen los momentos culminantes de su narración. En ellas, su atención se centra en la descripción de los “hermosos hechos de armas” realizados por los caballeros, y que les conceden el derecho a ganarse una fama imperecedera confirmando la posición de poder que ocupan en la sociedad feudal<sup>171</sup>. Por lo tanto, la perspectiva que Froissart asume como narrador, al igual que los historiadores clásicos, será la del estamento dominante<sup>172</sup>. De este modo, en muchas ocasiones en su relato, el combate adquiere la apariencia de una secuencia de duelos o justas individuales entre los principales caballeros de cada bando. Desde su perspectiva, la ética caballeresca era la que otorgaba su racionalidad a la guerra. Así, las acciones militares y sus resultados eran juzgados a partir de las virtudes que, como el honor, valor o la cortesía, definían la conducta del caballero, tal y como se puede apreciar, por ejemplo, en este breve fragmento relativo a la batalla de Crécy de 1346:

“Cuando hubo bajado la marea, llegó por el otro lado mi señor Godemar du Fay al paso de Blanquetaque con gran cantidad de gentes de armas enviadas por el rey de Francia, tal y como habéis oído contar antes. Cabalgando hacia Blanquetaque mi señor Godemar había reunido a gran cantidad de gente del país, de tal modo que eran unos doce mil que enseguida se colocaron en orden de batalla junto al paso del río para guardar y defender el paso. Pero el rey Edward no dejó de cruzar por aquello. Ordenó a sus mariscales atacar en el agua y a sus arqueros disparar a los franceses que estaban en el agua y la orilla. Los dos mariscales de Inglaterra hicieron cabalgar a sus estandartes, en nombre de Dios y San Jorge, y ellos detrás. A pleno galope se metieron en el agua los más valerosos y los mejor montados delante. En el mismo río hubo muchas justas y muchos hombres derribados de un lado y de otro. Comenzó una gran pelea, pues mi señor Godemar y los suyos defendían con valor el paso. Allí había algunos caballeros y escuderos franceses, de Artois y Picardie, y bajo el mando de mi señor

---

171 Froissart también reconocía la importancia de los arqueros y la infantería en el desenlace de los combates y así, en ciertos pasajes, ensalza su contribución a la victoria, como, por ejemplo, en las batallas de Crécy o Poitiers (Froissart, 1988: 115-116).

172 Evidentemente, el hecho de que Froissart hubiese recurrido a los testimonios, como él mismo comenta en el prólogo de su obra, proporcionados por los caballeros y sus escuderos reforzaba la asunción de esta perspectiva (Froissart, 1988: 3). Como el historiador clásico y el cristiano, el historiador caballeresco y, más adelante el renacentista, conciben sus obras como una enseñanza moral destinada al consumo de las élites dirigentes, que eran quienes tenían acceso al mundo de la cultura y protagonizaban los acontecimientos político-militares descritos en las obras historiográficas.

Godemar, que para aumentar su honor combatían en aquel vado y no querían encontrarse en los campos, sino que preferían justar en el agua. Como os digo, hubo allí muchas justas y hermosos hechos de armas” (Froissart, 1988: 98-99).

Aunque quizá sea el memorable pasaje en que Froissart describe el excelente tratamiento que Eduardo III depara al rey francés Juan el Bueno al que ha hecho prisionero en la batalla de Poitiers (1356), el ejemplo que mejor represente y contribuya a esa concepción feudal de la guerra como un asunto racional regido por la ética caballeresca, y que por ello merece la pena citar en toda su extensión:

“El príncipe —Eduardo III— sirvió la mesa del rey y también otras con toda la humildad que pudo. En ningún momento quiso sentarse a la mesa del rey por mucho que el rey se lo rogara, y decía que no le correspondía sentarse a la mesa de tan gran príncipe y valiente hombre como había demostrado en aquella jornada. Se arrodilló delante del rey y le dijo: Querido señor, no estéis triste, porque Dios no haya querido consentir hoy vuestra voluntad. Ciertamente mi señor padre os concederá todo el honor y la amistad que pueda, y se reconciliará con vos de modo que seáis siempre amigos. Creo que tenéis grandes razones para alegraros, aunque la jornada no haya resultado de nuestro agrado, pues hoy habéis conquistado el alto nombre de proeza y habéis tenido a los mejores a vuestro lado. Sabed, querido señor, que no lo digo para alabaros, puestos todos los nuestros que han visto a unos y otros, han acordado unánimemente concederos el premio y la corona de flores, si la deseáis llevar” (Froissart, 1988: 169-170).

Con todo, al margen de las proezas y muestras de valentía, honor y cortesía de los caballeros sobre las que Froissart hace que gire el relato de los acontecimientos militares, este no deja de observar que la actitud de estos caballeros en el combate no es totalmente desinteresada. Para ellos, la guerra es una manera de aumentar sus riquezas mediante la obtención de botín, por ejemplo, con el rescate de los prisioneros. Aunque, por supuesto, el anterior relato de las proezas realizadas en batalla justifiquen la obtención de este premio de honor por parte de los caballeros que, además, al perdonar la vida a sus prisioneros y liberarlos, son presentados como ejemplos de conducta refinada y humanitaria.

De igual manera, en la obra de Froissart, los caballeros se pueden mostrar crueles con aquellos combatientes que no pertenecen a su mismo estamento, infantes y arqueros, como cuando el rey de Francia, tras la batalla de Crécy, ordena matar a los ballesteros genoveses de su propio ejército exhaustos tras haber caminado seis leguas en retirada porque esos “rufianes nos obstaculizan el camino sin razón” (Froissart, 1988: 109). Aunque pueda parecer que estos actos desprestigiaban la conducta caballeresca mostrándola como cruel y bárbara, desde la perspectiva de Froissart, esta se halla perfectamente justificada. Y ello, debido a dos trazos característicos de esos campesinos y villanos que luchaban en la infantería. En primer lugar, se trataba de hombres que, en batalla, mostraban una actitud cobarde al preferir el combate a distancia y evitar el cuerpo a cuerpo. En segundo lugar, apenas les preocupaba el destino de su nación porque su participación en la guerra únicamente estaba motivada por el interés egoísta del botín. Por lo tanto, su eliminación, cuando constituían un estorbo para el desarrollo de la campaña como en el caso citado, no era un crimen sino una conducta racional.

Por otra parte, la guerra comportaba consecuencias funestas no solo para los



combatientes del estamento de los *laboratores*, sino en general para la población civil, en particular en lo que se refiere a las famosas cabalgadas. Así, al describir la incursión que Eduardo III realizó contra la ciudad de Limoges, en una de las raras ocasiones en que olvida su prejuicio favorable a la aristocracia, Froissart censura la crueldad exhibida por el denominado “Príncipe Negro”:

“Y allí hubo escenas dignas de mucha lástima, ya que los hombres, las mujeres y los niños se postraron de rodillas delante del príncipe y gritaron: “¡Clemencia, noble señor!”. Pero tan enardecido de ira estaba, que no los iba a escuchar. Ningún varón ni ninguna mujer fueron escuchados, y todos cuantos fueron hallados o encontrados fueron pasados a espada, tanto aquellas como aquellos que de nada eran culpables. No llego a concebir que ni tan siquiera tuvieran piedad de las pobres gentes que no eran ni por asomo capaces de cometer traición alguna; pero ellos comparecieron y pagaron por ello más que los grandes señores que sí la habían cometido” (Burrows, 2009: 321).

A pesar de estos episodios que sacan a la luz el aspecto más oscuro y cruel de la conducta caballeresca y, en general, de la guerra, Froissart eleva la ética caballeresca a norma de conducta civilizada que le permite, asimismo, imputar la etiqueta de bárbaros a los pueblos que no la observan. Como, por ejemplo, los irlandeses que son descritos por el historiador francés como la imagen opuesta del buen caballero: huían del combate cuando lo estimaban oportuno; no exigían ni pagaban rescates; y, lo que era el colmo de la conducta bárbara, se comían los corazones de los enemigos muertos. Por lo tanto, en líneas generales, se puede concordar con Bernard Bachrach (2010: 88-90) que esta historiografía caballeresca, fue un tipo de literatura que, junto con los romances, cantares de gesta y tratados de caballería, contribuyó a difundir el “mito de la caballería”. Es decir una concepción de la guerra medieval como dominada por los caballeros y luchada según las reglas que su código de honor imponía que, justo cuando este tipo de historiografía alcanzaba su apogeo (ss. XII-XIII) comenzaba a entrar en decadencia.

### **1.9. Maquiavelo y el renacimiento de la infantería**

A partir del s. XIII, el orden feudal comenzaba un lento proceso de declive. Como ya comenté al inicio del primer capítulo, poco a poco los monarcas y grandes señores feudales de la cristiandad occidental irían consolidando y estabilizando el dominio sobre sus territorios tanto frente a sus vasallos como frente a las autoridades eclesiásticas e imperiales que conformaban la cúspide del orden político feudal. Ahora bien, como explicaba, este proceso tendría lugar a nivel político, económico y militar. En primer lugar, en el terreno económico, el despegue comercial y mercantil estimulado en un principio por la reapertura de los contactos con Bizancio y el Próximo Oriente musulmán, fomentó un intenso crecimiento económico y el regreso a una economía basada en el dinero-moneda que permitiría a los monarcas obtener una fuente regular de ingresos mediante los impuestos que gravaban esas actividades económicas, dotándolos de una independencia económica representada en la creación de las haciendas reales. En segundo lugar, la recuperación del estudio del derecho romano, motivado por los enfrentamientos entre el papado y el Sacro Imperio, no solo inspiraría las reformas judiciales, administrativas y fiscales que permitirían a los monarcas imponer una jurisdicción homogénea sobre todo el territorio, sino que daría pie a la reintroducción de la noción de soberanía. Esta noción era muy importante ya que confirmaba que en sus respectivos dominios los monarcas eran la autoridad suprema, no sometida a ninguna otra

(ni siquiera el papa o el sacro emperador). Por último, con el dinero proporcionado por los impuestos y los créditos de los mercaderes y banqueros, los monarcas lograrían financiar el reclutamiento de grandes ejércitos de infantería compuestos en su mayor parte por mercenarios, así como la fabricación de las costosas piezas de artillería pesada con los que lograrían hacer efectivo el monopolio sobre los medios de violencia. De esta manera, se liberaban de la dependencia que, en este ámbito, tenían con respecto a la aristocracia caballeresca.

Por lo tanto, el renacimiento del Estado a inicios de la Edad Moderna vino de la mano con el renacimiento de la infantería en el plano militar. La creciente monopolización de la violencia por parte de los Estados, merced a su mayor capacidad financiera, y que provocó también que los ejércitos se regularizasen y fuesen cada vez más grandes y las campañas más prolongadas, fue esencial para la consolidación en Europa de un nuevo orden político protagonizado por los Estados soberanos. En este nuevo orden político iría ganando terreno de manera progresiva la idea de que la guerra era un instrumento del que todo soberano podía hacer uso a su antojo y, en donde, por consiguiente, toda consideración moral o teológica a la hora de emprenderla y juzgarla debía abandonarse en favor del objetivo último, la conservación o engrandecimiento del poder.

Esta nueva concepción de la guerra sería por primera vez sistematizada por Nicolás de Maquiavelo en el s. XVI, cuya obra, en consecuencia, señalaría el inicio del pensamiento militar moderno. Así, para este pensador florentino la guerra dejaba de ser un problema moral para pasar a ser valorada única y exclusivamente en virtud de su funcionalidad política. Es decir, según él la guerra seguía siendo un hecho natural, un medio a través del que los Estados trataban de ampliar su poder; pero, en cambio, ya no se trataba de prescribir, como hacían los tratados de caballería medievales, una determinada conducta, unas determinadas reglas por las que los soldados se deberían regir. Antes bien, puesto que el pensador florentino entendía que “los hombres [...] son ingratos, volubles, simulan lo que no son y disimulan lo que son, huyen del peligro, están ávidos de ganancia” (Maquiavelo, 2000: 101), en definitiva, malos, el debate sobre qué tipo de conductas serían heroicas o cuáles serían las reglas más adecuadas para que el combate adquiriese una apariencia justa no tendría ningún sentido. Los hombres y los Estados están inmersos en una continua lucha por el poder, y utilizarán cualquier recurso que les permita conseguir ese fin, incluso si ello les lleva a subvertir las normas y la moralidad. Por esa razón, la tarea primordial del pensador militar deberá ser considerar cuál es la organización militar mejor y más eficaz en el campo de batalla a la hora de conseguir la victoria<sup>173</sup> (Campillo, 1986: 38).

---

173 En su consideración del valor normativo y ejemplar de la literatura clásica para el presente, Maquiavelo se mostraba como un representante típico de la cultura humanista que se comenzó a instaurar en la Península Itálica de las ciudades-estado a partir del s. XIII. Recuérdese que, desde ese siglo, en esas ciudades itálicas que devinieron Estados independientes dotándose de gobiernos republicanos de corte oligárquico en su mayoría, debido al vacío de poder creado por los enfrentamientos entre el papado y el Sacro Imperio desde fines del s. XI, la Antigüedad clásica volvería a adquirir la función de referente fundamental. De hecho, el nuevo programa educativo que se instauró en esas ciudades, —el denominado *studia humanitatis* que comprendía las asignaturas de gramática, retórica, historia, poesía y filosofía moral—, fomentaba la lectura de las obras de la literatura clásica grecorromana buscando tanto imitar y adquirir el estilo y la habilidad retórica de sus autores, como obtener ejemplos de conducta. Los italianos de finales de la Edad Media comenzaban a ser conscientes de que la civilización clásica era una civilización más semejante a la suya que la medieval.

Así, pues, en su *Arte della guerra* de 1521 (única obra que publicó en vida), Maquiavelo emprendería el análisis de las armas y tácticas de los grandes ejércitos vencedores del pasado (macedonios, romanos, los piqueros suizos, etc.) tal y como estos aparecían retratados en las grandes obras historiográficas del pasado<sup>174</sup> (Campillo, 1986: 38). De ese modo, llegaría a la conclusión de que, puesto que había conquistado el mundo, la organización militar de la República romana era la mejor y el modelo que todo ejército debería conscientemente imitar (Gilbert, 1986: 21-22). No obstante, cabe hacer una precisión, y es que pese a que el pensador florentino ya posee una noción de anacronismo que le lleva a ser consciente de las diferencias entre presente y pasado<sup>175</sup>, a la hora de analizar la organización militar romana es incapaz de diferenciar entre el ejército del período republicano y el del período imperial. De hecho, como acertadamente señala Antonio Campillo (1986: 42), la organización militar romana que Maquiavelo ensalza como paradigmática constituirá en realidad una amalgama entre la estructura militar del ejército republicano y las tácticas del ejército imperial<sup>176</sup>.

En su *Arte della guerra*, Maquiavelo determinaba la superioridad de los ejércitos de infantería pesada compuestos por soldados-ciudadanos (Gat, 2001: 4). Con ello, este autor, en primer lugar, atacaba la concepción feudal que propugnaba la especialización de la función militar y sancionaba la concepción moderna según la que la guerra debía de ser un monopolio del Estado (Campillo, 1986: 59). Sin embargo, el centro de sus críticas no serán los caballeros que hasta entonces habían dominado los campos de batalla de la cristiandad occidental, sino más bien los auxiliares, voluntarios y, sobre todo, los mercenarios. A este respecto, cabe señalar que, como el propio Maquiavelo (2000: 82-83) recuerda, la conquista de Italia por las tropas de las monarquías francesa y española se habría debido al hecho de que la mayor parte de los ejércitos de las ciudades-estado italianas habían confiado su defensa a las denominadas *compagnie di ventura*, tropas mercenarias lideradas por los famosos *condottieri*, que no eran más que empresarios de la guerra. De igual manera, las propias lecciones de la historia clásica demostraban que la profesionalización militar había sido la causante de la corrupción moral que indujo la decadencia de los grandes imperios de la Antigüedad (Campillo, 1986: 62-64). Cuando la guerra se convierte en un oficio, el soldado únicamente lucha por su propio interés, ya resida este en el dinero o el prestigio social y, por lo tanto, mostrará un carácter indisciplinado que le llevará a provocar guerras innecesarias, o a prolongar más de lo debido en otras ocasiones el combate. Por consiguiente, tanto su propia experiencia como la historia, confirmarán a Maquiavelo que la confianza en tropas mercenarias, voluntarias o aliadas, restaban libertad de acción al Estado y comprometían su

---

174 Y también recomendaría a los soberanos y los generales la lectura de las obras de historia para aprender los rudimentos del arte militar (Campillo, 1986: 72).

175 Sobre la noción de anacronismo y su emergencia durante el Renacimiento italiano en relación con el estudio e imitación de las obras de la Antigüedad clásica impulsada por el programa de los *studia humanitatis*, véase (Schiffman, 2011: 138-183). Sobre todo, esa noción de anacronismo permitiría dotar de cierta profundidad al pasado, que empezaría a ser considerado como un tiempo previo al presente; no obstante, tal y como sucedía en la Antigüedad clásica y la época medieval, ese pasado seguiría siendo concebido como estrechamente vinculado al presente y poseyendo un valor normativo para este.

176 No obstante, pese a que Maquiavelo considera que habrían sido los romanos los que habrían llevado este tipo de organización militar a su cénit, también reconoce que antes que ellos los macedonios, y después de ellos, ya en la Edad Media, los suizos, habrían hecho uso de este tipo de ejércitos de infantería de soldados-ciudadanos que luchan batallas decisivas de manera exitosa (Gat, 2001: 4).

independencia<sup>177</sup> (Gilbert, 1986: 19).

Por el contrario, la superioridad del soldado-ciudadano residía en el hecho de que su motivación a la hora de luchar era única y exclusivamente de tipo moral, que sentía como una obligación cuasi-religiosa: la defensa de la patria. Por lo tanto, frente a los ejércitos profesionales y regulares que por aquel entonces estaban comenzando a formar los monarcas de los Estados europeos más poderosos, Maquiavelo se decantaba por un tipo de ejército nacional y temporal<sup>178</sup>. Ahora bien, con objeto de que los ciudadanos luchasen con entusiasmo en defensa de su patria, este autor entendía que esta debía poseer además buenas leyes que garantizaran la felicidad y prosperidad de todos los ciudadanos. Maquiavelo retomaba el argumento que por primera vez habíamos visto formulado por los historiadores paganos de la Antigüedad clásica según el cual la clave de una organización militar exitosa sería siempre consecuencia de la fortaleza de la constitución política (Gilbert, 1986: 11, 26-27), estableciendo de ese modo una estrecha interrelación entre la institución militar y la institución política: “Pues bien, los principales cimientos y fundamentos de todos los Estados —ya sean nuevos, ya sean viejos o mixtos— consisten en las buenas leyes y las buenas armas. Y, dado que no puede haber buenas leyes donde no hay buenas armas y donde hay buenas armas siempre hay buenas leyes [...]” (Maquiavelo, 2000: 82).

Por otra parte, pese a que no es un profesional de la guerra, en opinión de Maquiavelo el soldado-ciudadano también necesitará ejercitarse, incluso durante los períodos de paz, con el fin de mantener una buena forma física, adquirir habilidad en el manejo de las armas y, sobre todo, mantener el orden necesario en las maniobras (Campillo, 1986: 73; Gilbert, 1986: 25). Según la concepción maquiavélica, el orden del ejército será matemático, y en él el soldado será como un pequeño engranaje de una gran maquinaria. El ejército debía estar compuesto de diferentes unidades militares más o menos homogéneas cada una con sus respectivas enseñanzas, ordenanzas y oficiales que debían responder ante un mando unificado<sup>179</sup>. En consecuencia, Maquiavelo también recuperará la noción clásica de que la victoria en el combate no se deberá al valor individual, sino antes bien a la

---

177 Debe recordarse que el interés de Maquiavelo por el pensamiento militar y político derivaría de su propia implicación en los asuntos políticos de la República de Florencia: perteneciente a una de las familias de la oligarquía gobernante, a lo largo de su vida Maquiavelo ocuparía diversos cargos como funcionario en la cancillería florentina. Uno de ellos sería el de secretario del Consejo de los Diez, órgano encargado de la guerra y los asuntos militares. Durante el desempeño de ese puesto, Maquiavelo comenzó a cobrar conciencia de los problemas generados por los ejércitos mercenarios y aliados que impedían a la República Florentina reconquistar la ciudad de Pisa, y poner fin a la rebelión de otras ciudades de la región aretina. De hecho, ante esa situación, Maquiavelo habría emprendido la tarea de reformar el ejército florentino en 1505 según el modelo de una milicia de soldados-ciudadanos, lo que daría lugar a la redacción de una ordenanza en donde aparecen condensados todos los principios de su pensamiento militar, que más tarde aparecerían explicitados también en sus principales obras (Gilbert, 1986: 17-20).

178 La preferencia de los monarcas y la nobleza europea de la época moderna en general por los mercenarios se basaba, según los propios argumentos de estos miembros del estamento dominante, en el hecho tanto de la inexperience del pueblo llano en asuntos militares, como sobre todo en su carácter levantisco (Campillo, 1986: 65).

179 Que debería ser ejercido bien por el soberano, bien por un oficial designado por el gobierno. Tanto en un caso como en otro, el general debería también ejercitarse mediante la práctica de la caza, e instruirse en los principios básicos del arte militar a través del estudio de las grandes obras de historia, analizando las claves técnicas y tácticas que llevaron a los ejércitos del pasado a ser victoriosos (Campillo, 1986: 71-72).

organización colectiva: el mantenimiento del buen orden y coordinación entre las diferentes unidades a la hora de realizar los movimientos tácticos será esencial. Por ese motivo, las cualidades más valoradas en el soldado-ciudadano serán las de la obediencia y la disciplina (Campillo, 1986: 74-80).

Por último, ese tipo de organización militar basada en una infantería pesada de soldados-ciudadanos permitiría emprender campañas breves orientadas a la búsqueda de la batalla decisiva (Gilbert, 1986: 24-25). Precisamente, ello permitía a Maquiavelo justificar el papel marginal que en su concepción de la organización militar ideal desempeñarían dos elementos que serían claves en los ejércitos monárquicos de la época: la caballería y la artillería pesada. Con respecto a la primera, el pensador florentino la relegaba, como sucedía en los ejércitos de la Antigüedad clásica, a ejercer las funciones de inspección del terreno y de cortar las líneas de aprovisionamiento y de retirada del enemigo (Gilbert, 1986: 22-23). Más grave, teniendo en cuenta la importancia que tendría a partir de entonces para el desarrollo del arte militar en el mundo occidental, era su omisión de la artillería pesada. Debido a que esta era difícil de mover, y además sus disparos poco precisos, el pensador florentino tan solo la consideraba funcional para los asedios. Pero, puesto que la infantería de soldados-ciudadanos privilegiaría la lucha de batallas, en ellas era mejor prescindir de la artillería que, ante la lentitud con que era movida, podía ser fácilmente tomada por asalto (Gilbert, 1986: 23). Por lo tanto, en este aspecto, la idealización del pasado clásico también llevaría a Maquiavelo a desdeñar la práctica militar contemporánea<sup>180</sup>, en la que los ejércitos de mercenarios y la artillería, financiados por unas monarquías cada vez más poderosas desde el punto de vista económico<sup>181</sup>, provocaban que la guerra terminase consistiendo en campañas prolongadas en donde el asedio predominaba con respecto a la lucha de batallas.

No obstante, pese a que la reivindicación maquiavélica del modelo clásico de la infantería de soldados-ciudadanos que luchaban batallas decisivas no tendría ninguna repercusión en la práctica militar real en Europa durante la Edad Moderna, a partir de su obra todos los pensadores militares combinarían su propia experiencia con el estudio sistemático de la historia militar para sistematizar los principios básicos del arte de la guerra. En este estudio de la historia, hasta el s. XIX, los principales ejércitos clásicos, especialmente el romano, constituirían los modelos de organización militar paradigmáticos. Su disciplina, métodos de entrenamiento y tácticas intentarían ser imitados por los ejércitos profesionales de la Edad Moderna primero, y por los ejércitos nacionales de soldados-ciudadanos después.

De ese modo, Maquiavelo, que lograba transmitir el legado militar clásico a las Edades

---

180 Con todo, y concuerdo también con ello, en opinión tanto de Azar Gat (2001: 8-9) como de Antonio Campillo (1986: 40-41), además de a esas razones técnicas que él expone en el libro 3 de su *Arte della guerra*, su incomprensión de la función vital que comenzaba a desempeñar la artillería pesada en el campo de batalla se debería también a una razón más profunda: las limitaciones que el propio historicismo le impone a la hora de considerar el fenómeno bélico. Pese a que, como he explicado, el pensador florentino ya concebía la existencia de ciertas diferencias entre presente y pasado, no poseía todavía una noción de progreso ilimitado, lo cual le llevaba a infravalorar las novedades de su propia época y a privilegiar por contra la continuidad con el pasado.

181 De ese modo, Maquiavelo también perdía de vista la creciente influencia que el poder económico desempeñaría sobre el poder militar. Y es que consideraba que un ejército de soldados-ciudadanos podría mantenerse únicamente con los impuestos regulares recaudados por el Estado.



Moderna y Contemporánea, inauguraba una nueva manera de pensar la guerra, en la que esta ya no era concebida como un instrumento de justicia, divina o política, cuya racionalidad viniese determinada por un conjunto de reglas establecidas a priori y emanadas de la esfera religiosa o de la particular ética de un determinado orden social, sino un mero instrumento del poder cuya racionalidad tenía que ver precisamente con su funcionalidad política. Desde este punto de vista, eran las circunstancias políticas las que determinaban la organización militar de cada Estado y el desempeño de esa organización militar en el campo de batalla. Esta manera de pensar la guerra hallaría su culminación ya en el s. XIX en la obra de Clausewitz, y sería finalmente adoptada en ese mismo siglo por la historiografía cuando devino científica. A partir de entonces, la razón de Estado o, lo que es lo mismo, el interés nacional, —cuando la nación sea definida por los pensadores alemanes de la Contra-Ilustración como sujeto histórico y político—, constituiría el marco justificador empleado por los historiadores a la hora de abordar el análisis de los hechos político-militares de las diferentes épocas del pasado.



*La guerra siempre es el deseo principal de un gobierno poderoso que quiere volverse todavía más poderoso. No es necesario que os diga que es justamente durante la guerra cuando el gobierno cubre con un velo impenetrable sus latrocinios y errores.*

*La idea más extravagante que pueda engendrar la cabeza de un político es la de creer que a un pueblo le baste con entrar a mano armada en el territorio de una nación extranjera para hacerle adoptar sus leyes y su constitución. Nadie ama a los misioneros armados; el primer consejo que dictan la naturaleza y la prudencia es rechazarlos como los enemigos que son. Querer dar la libertad a otras naciones antes de haberla conquistado nosotros significa asegurar al mismo tiempo nuestra propia servidumbre y la del mundo entero.*

ROBESPIERRE

## **2. DEL NACIMIENTO DEL ESTADO MODERNO A LA GUERRA FRÍA**

### **2.1. El Estado moderno**

Es una opinión generalizada en el ámbito historiográfico que la Revolución Francesa inició una nueva etapa en la historia de la humanidad caracterizada a nivel político por el protagonismo del Estado-nación. No obstante, a la altura de fines del s. XVIII, el Estado era una realidad política plenamente reconocida por los gobernantes e intelectuales del continente europeo, mientras que la aparición y definición del nacionalismo se produce por esas mismas fechas, cristalizando como consecuencia de la Revolución Francesa y asociado desde principios del s. XIX al Estado. A continuación realizaré un somero resumen tanto del proceso de constitución histórica del Estado como de su acoplamiento con el nacionalismo.

Recapitulando y ampliando un poco lo expuesto en los últimos apartados del primer capítulo, en el nacimiento del Estado moderno será esencial, en primer lugar, la desaparición de la unidad política en la antigua mitad occidental del Imperio Romano, sometida a los constantes ataques militares de pueblos situados en la periferia del Imperio, normalmente de lengua germánica. La mayor parte de esos pueblos buscaban asentarse en los territorios del antiguo Imperio Romano de Occidente, y algunos de ellos lograron constituirse en reinos. Sin embargo, la continua llegada de nuevos pueblos y los conflictos militares entre ellos impedían que estos reinos disfrutasen de estabilidad. Esa estabilidad intentó ser proporcionada por una Iglesia cristiana que había conseguido sobrevivir a la desaparición del Imperio, logrando incluso que los nuevos poderes políticos se cristianizasen, mediante la recuperación de la idea imperial de la que se consideraba depositaria. No obstante, este proyecto que la dinastía carolingia primero, y la otónida después, intentarían implementar con el apoyo de la Iglesia, se saldaría con sucesivos fracasos. Aunque los otónidas lograrían establecer un poder imperial en el centro de Europa y el norte de la Península Itálica, el enfrentamiento en que los sacro emperadores incurrieron con el papado a partir de fines del s. XI en torno a la cuestión de la supremacía última en las cuestiones seculares y las espirituales, iría debilitando progresivamente su poder e influencia que, desde finales de la Edad Media, quedaron confinados de facto a los territorios alemanes. Así, pues, los sucesivos fracasos en el intento de revivir la unidad imperial alcanzada en tiempos de Roma fue uno de los condicionantes que posibilitó el desarrollo histórico del Estado moderno a partir de los ss. XI-XII; el otro, el cese, por esas mismas fechas, de los ataques militares de pueblos de la

periferia del continente que significó la apertura de un período de relativa calma en los territorios de la antigua mitad occidental del Imperio Romano<sup>182</sup> (Keegan, 1995: 347-350).

La desaparición de la amenaza militar de pueblos extranjeros supuso que los reinos germánicos dejaran de estar a la defensiva, replegados sobre sí mismos, y reiniciaran el contacto con el mundo exterior. El inicio de la decadencia final de las hegemonías árabe y bizantina sobre el Mediterráneo fortaleció, sin duda alguna, esta tendencia. Una de las consecuencias más importantes de la reactivación de esta tendencia expansiva fue el desarrollo que experimentó el comercio, no solo en el interior del continente, sino, sobre todo, con un Oriente que, pese a la fase de decadencia en que estaban entrando algunos de los principales poderes de la región, todavía seguía siendo el área más poderosa a nivel político, militar y económico (Frank, 2008). Ese comercio con Oriente fue emprendido y monopolizado desde un principio por los mercaderes de las emergentes ciudades-estado de la Península Itálica (Slicher van Bath, 1974: 34, 193). Estos contactos comerciales no solo permitieron la afluencia de bienes de prestigio a los territorios occidentales de Europa, sino que fueron, asimismo, uno de los condicionantes del denominado renacimiento urbano que experimentó esta zona a partir del s. XII. Por último, esta actividad comercial tuvo también importantes consecuencias a nivel cultural, pues posibilitó la llegada de innovaciones técnicas fundamentales en el desarrollo de la agricultura, arte militar, etc., así como el inicio de la recuperación de gran parte del saber clásico que, tras la caída de la mitad occidental del Imperio Romano, había quedado depositado en manos árabes y bizantinas.

El comercio, en un proceso lento y gradual que va desde el s. XII hasta el s. XVIII, fue sustituyendo a la propiedad y trabajo de la tierra como principal fuente de riqueza. En parte, la preponderancia que empieza a tener la actividad comercial como principal actividad económica a nivel social se debe al apoyo prestado por los monarcas a las empresas de comerciantes y mercaderes, especialmente a partir de la primera etapa de la expansión colonial en el s. XVI. Y ello porque se trataba de una actividad que generaba un nivel de riqueza mayor y más constante que la propiedad de la tierra, que continuó siendo, pese a todo, la principal fuente de ingresos de la aristocracia, y uno de los criterios de distinción social hasta la Revolución Francesa. Asimismo, este auge del comercio tuvo dos consecuencias importantes. En primer lugar, la influencia cada vez mayor a nivel obviamente económico, pero también político y social de los comerciantes y mercaderes. En segundo lugar, la acuñación cada vez más necesaria de dinero-moneda, que es el principal medio de intercambio en particular con comerciantes de pueblos extranjeros y, por ende, del atesoramiento de metales preciosos a partir de los que se acuñan esas monedas (Graeber, 2012: 405-413).

No obstante, el desarrollo del comercio no fue el único elemento que permitió a los monarcas afirmar su soberanía sobre el conjunto de su población y territorio. En el proceso de forja del Estado moderno desempeñó un papel capital también un derecho romano que, a partir del enfrentamiento entre el papado y el Sacro Imperio iniciado a fines del s. XI, comenzó a ser estudiado y difundido de manera sistemática como sistema jurídico de referencia universal. A partir de entonces, el derecho romano inspiraría las reformas

---

182 A excepción, claro está, de los ataques mongol y turco, el segundo de los cuales logró establecer una base de poder permanente en el Mediterráneo oriental sustituyendo al Imperio Bizantino.

judiciales, administrativas y fiscales de los monarcas que podrían imponer una ley homogénea sobre el conjunto de su territorio, anulando la influencia de los códigos y costumbres locales. La influencia del derecho romano fue vital para la creación de un aparato judicial y una hacienda centralizados, característicos del Estado moderno (Berman, 1996: 303-309; 539-543).

Por último, además del comercio y el derecho, el tercer pilar sobre el que los monarcas asentaron su soberanía fue la guerra. En este ámbito, el surgimiento del Estado moderno vino de la mano del renacimiento de los ejércitos de infantería (Campillo, 1986: 52-56). Desde fines de la Edad Media, las formaciones de infantería armadas con picas, lanzas, alabardas, arcos, etc., que luchaban en formación cerrada, habían demostrado que eran capaces de contener y derrotar a las arrasadoras cargas de la caballería pesada (Allmand, 2010: 91-98). Así, poco a poco, las tropas de infantería conformarán el grueso de los ejércitos sobre los que los monarcas se apoyarán para afirmar sus derechos dinásticos y territoriales tanto frente a otros monarcas, como frente a la aristocracia feudal. El protagonismo militar de esta última fue minado no solo por el renovado auge de la infantería, sino igualmente por la introducción de la pólvora, uno de los inventos procedentes de Oriente, en forma de artillería pesada y armas de fuego portátiles como los cañones y arcabuces (Parker, 2010: 107-112).

Pero más que unos cañones que, en un principio, no fueron la amenaza que más tarde llegaron a ser para las murallas de unos castillos que simbolizaban la independencia aristocrática, o unas armas de fuego que no hallarían su acomodo definitivo en las tácticas de infantería hasta el s. XVIII (Gat, 2001: 26), fue sobre todo su mayor capacidad financiera lo que permitió a los monarcas derrotar militarmente a la aristocracia caballeresca y establecer su soberanía sobre una base más firme y sólida. Con el dinero proporcionado por los impuestos y las propias actividades comerciales emprendidas por el Estado, así como los préstamos concedidos por los banqueros de toda Europa (Martines, 2013: 233-239), los monarcas podían reclutar ejércitos mayores y fabricar las costosas piezas de artillería y armas de fuego, dejando fuera de juego a una aristocracia cuya principal fuente de ingresos seguían siendo sus feudos, y las rentas que percibían por fungir como funcionarios reales en la administración del reino o en el propio ejército. Los grandes ejércitos de infantería con los que los monarcas pretenden hacer valer sus derechos dinásticos y territoriales son ejércitos mercenarios que, poco a poco, irán profesionalizándose a medida que los monarcas regularicen la paga y formalicen un estricto código de justicia militar (Allmand, 2010: 102-104). Se impone a partir de entonces el famoso adagio que dice que *pecunia nervus belli* (Howard, 1983: 75).

Así, pues, el comercio, especialmente a inicios de la Edad Moderna, cuando las haciendas reales todavía no estaban regularizadas, fue una actividad vital para la financiación de los ejércitos, sobre los que se apuntaló la soberanía del Estado moderno. Gracias a su mayor capacidad financiera, los monarcas fueron monopolizando poco a poco la capacidad de hacer la guerra, eliminando en consecuencia la violencia intestina propia de la sociedad feudal, fruto de la multiplicidad de las jurisdicciones (Campillo, 1986: 56-61). Dicho de otro modo, la progresiva pacificación interior del reino permitió a los monarcas ir imponiendo su jurisdicción sobre sus súbditos, establecer una hacienda real que proporcionase unos ingresos regulares mediante la exacción de impuestos y alentar el comercio tanto dentro de

las fronteras estatales como hacia el exterior.

En ese sentido la expansión ultramarina iniciada a principios de la Edad Moderna alimentó todavía más la capacidad financiera de las monarcas que la impulsaron, pues generó una nueva afluencia de riquezas hacia Europa, en particular en forma de metales preciosos. Desde entonces, estos metales, a partir de los que se acuñaba el dinero-moneda con que se pagaba a los ejércitos, comenzaron a ser considerados el fundamento principal de la riqueza y, puesto que su cantidad era limitada, los monarcas debían asegurarse su posesión y evitar su pérdida. Del mismo modo, se consideraba que la actividad comercial debía evitar la fuga de monedas mediante el privilegio de las propias manufacturas y la sencilla norma de que vender a los rivales era más deseable que comprar. Todo ello condujo en último término a la creación de espacios económicos cerrados, pues comenzaba a ser bastante claro que la autosuficiencia económica constituía el pilar de la autonomía política. En ese sentido, puesto que la competitividad se extendió también al área económica, el ejército y la guerra adquirieron relevancia como instrumentos necesarios para defender tanto la soberanía como la riqueza del Estado moderno<sup>183</sup> (Howard, 1983: 83-93).

En resumen, derecho, comercio y guerra fueron los tres pilares que fundamentaron la soberanía del Estado moderno. Si bien en la práctica la conducta de los monarcas de estos Estados rompía con la concepción cristiana del “príncipe”, pues, ante todo, mediante la diplomacia, la guerra y el comercio buscaban incrementar la riqueza y poder de sus Estados frente a las de los otros, desde un punto de vista meramente intelectual, nunca prescindirían de la fundamentación divina de su poder. A este respecto, la redefinición del poder en términos seculares tendría lugar en las ciudades del centro-norte de la Península Itálica en el s. XVI, donde las disputas entre la Iglesia de Roma y el Sacro Imperio habían producido un vacío de poder, y en donde se afirmó un pensamiento republicano, émulo del pensamiento político romano, asociado principalmente a la figura de Maquiavelo (Pocock, 2002). Este filósofo y político florentino sistematizó, además, la concepción moderna o estatista del príncipe, basándose en la figura de monarcas de esos emergentes Estados contemporáneos suyos como Fernando de Aragón: el príncipe dotado de *virtú* no debía temer actuar en contra de los principios de la moral cristiana, empleando cualquier medio a su disposición, siempre y cuando las circunstancias dictasen la necesidad de defender o mostrasen la posibilidad de incrementar el poder de su principado, su objetivo primordial. En ese caso, la *virtú* principesca debía apelar a la razón de Estado como su esencia última.

El moderno sistema europeo de Estados soberanos quedó definitivamente sancionado tras la Paz de Westfalia de 1648. Entonces las guerras de religión supusieron un duro golpe a cualquier intento de revivir la unidad imperial romana en el continente, al producir la división de la cristiandad occidental debilitando la autoridad que ejercía, al menos en el plano espiritual, el pontífice romano. Ello significó no solo la extensión a todos los Estados del principio de que cada monarca, cada príncipe, estaba perfectamente legitimado a elegir el tipo de religión a la que se rendiría culto en sus territorios, sino, asimismo, que no existía ninguna autoridad superior, ni política ni espiritual, por encima del monarca.

---

183 Gran parte del éxito de la expansión ultramarina que dio lugar a la formación de imperios coloniales se basó, asimismo, en la introducción de la artillería y las armas de fuego en los barcos como analiza Carlo Cipolla en su famosa obra *Cañones y velas en la primera fase de la expansión europea, 1400-1700* (1965).



Únicamente a él correspondía la última palabra acerca de la ley y la administración de los recursos y población de su territorio.

A su vez, en sus relaciones con los otros Estados también se entendía que correspondía a los monarcas el derecho legítimo a decidir si emplear el ejército o la diplomacia. Esto supuso que la reflexión ética sobre la guerra dejase de ser preponderante, algo reflejado en el escaso tratamiento y desarrollo de las ideas de “guerra justa” y “guerra santa” a partir de entonces (Campillo, 2008: 216). Por el contrario, la guerra será abordada como una cuestión técnica: su regulación comenzará a ser asunto de los juristas mientras que, especialmente a partir de mediados del s. XVII, generales, oficiales y otros hombres relacionados con la profesión militar estudiarán las obras historiográficas y los tratados militares de las épocas pasadas con el objeto de discernir las leyes generales del “arte de la guerra”, y así poder transformarlo en una ciencia (Gat, 2001: 10-11). Comenzaba de ese modo a reconocerse también desde el punto de vista intelectual (Grocio, Hobbes, Gentili, etc.), lo que en la práctica ya había venido siendo habitual desde fines de la Edad Media con el progresivo debilitamiento del Sacro Imperio y la Iglesia de Roma, y había sido teorizado por Maquiavelo un siglo antes.

## **2.2. Las consecuencias de la Revolución Francesa**

En la mayor parte de Europa, el Estado moderno se estructuró como una monarquía estamental en la que el estatus y función social de cada uno de los súbditos del monarca venía determinado por el nacimiento (Campillo, 2008: 215). Con la abolición de los privilegios y cargas asociadas al denominado Antiguo Régimen, así como la decapitación de Luis XVI en nombre de los principios de libertad, igualdad y fraternidad, los revolucionarios franceses derrocaron la monarquía y propiciaron el derrumbe de la sociedad estamental. Entonces se comenzó a considerar que la soberanía residía en el conjunto de los franceses que, de súbditos del monarca, habían pasado a disfrutar de la condición de ciudadanos de la nueva República Francesa. Estos ciudadanos también eran considerados como iguales ante la ley expresada en la constitución y gozaban de libertad para elegir a sus representantes en el Parlamento por medio del sufragio.

No obstante, esta libertad se restringió desde un inicio en virtud de criterios de edad, género y propiedad, con lo cual únicamente podían votar los ciudadanos varones, mayores de edad y con un determinado nivel de riqueza (Canfora, 2004: 69-80). Esta restricción da cuenta de la importancia política que comenzaba a desempeñar la burguesía comercial y mercantilista: debido a su importancia económica, la aristocracia tradicional buscó su alianza para hacerse desde el principio con las riendas de una Revolución que, debido a las divisiones internas entre los propios revolucionarios y la feroz oposición de los adeptos a la monarquía, tardó en imponer sus reformas sobre el conjunto de Francia.

Estas reformas también afectaron al ámbito militar en lo que supuso la disolución del ejército del Antiguo Régimen (Lynn, 2010b: 201). Este ejército estaba compuesto por soldados profesionales procedentes de diversas nacionalidades vinculados únicamente por la lealtad que debían al monarca<sup>184</sup>, su pagador y propietario, así como por una oficialidad cuyas

---

184 El carácter multinacional de las tropas era una constante de los ejércitos profesionales del Antiguo Régimen.

filas eran nutridas por una aristocracia<sup>185</sup> sedienta del prestigio político que la gloria militar podía conferir. En un principio, y como medida de control, los revolucionarios recurrieron al alistamiento voluntario para reforzar el ejército regular, pues lo consideraban como una amenaza política potencial por ser un nido de “realistas”. Sin embargo, ante las numerosas desertiones, tanto entre los soldados de tropa como entre la oficialidad, que se fueron produciendo a medida que la Revolución iba tomando un cariz más violento y las posiciones se radicalizaban, los revolucionarios se vieron obligados a recomponer el ejército de arriba abajo (Lynn, 2010b: 202; Caillois, 1973: 133).

En 1793, para hacer frente a la guerra contra los enemigos internos y externos de la Revolución, Lazare Carnot, ingeniero procedente de las filas del antiguo ejército de Luis XVI, elaboró la ley que obligaba la leva general del pueblo francés o *levée en masse*: “Los jóvenes irán a combatir; los hombres casados forjarán las armas y transportarán los pertrechos; las mujeres confeccionarán tiendas y uniformes y servirán en los hospitales; los niños recogerán harapos; los ancianos serán trasladados a las plazas públicas para inspirar valor a los luchadores y predicar el odio a los reyes y la unidad de la República” (Lynn, 2010b: 202). Esto significó que en el verano de 1794 el ejército francés contase con más o menos un millón de ciudadanos, de los que unos 750.000 estaban en armas. Esta situación confería a este ejército de los revolucionarios superioridad numérica y, sobre todo, una mayor capacidad de regeneración frente a los ejércitos profesionales de los monarcas absolutistas que les habían declarado la guerra (Lynn, 2004: 187).

Al mismo tiempo, el cuerpo de oficiales se “desaristocratizó”: frente al 85 por ciento anterior, en el verano de 1794 los aristócratas representaban menos de un 3 por ciento de la oficialidad que había sido copada, en cambio, por jóvenes suboficiales y soldados de tropa que ascendieron meteóricamente. Esta nueva clase de oficiales se reveló mucho más profesional que la anterior, pues la veteranía y el talento mostrado en el campo de batalla se establecieron como los criterios de acceso (Lynn, 2010b: 202). Este ejército revolucionario de 1794 que, como resume perfectamente Michael Howard (1983: 146), combinaba el amateurismo y entusiasmo de las tropas de soldados-ciudadanos junto con la profesionalidad de su clase de oficiales, constituyó el primer ejército nacional de la historia.

No obstante, en lo que se refiere a la práctica militar, el nuevo ejército nacional francés no fue tan “revolucionario”. En su conjunto podría decirse que tan solo dio un impulso definitivo a ciertos elementos que, tanto en el plano táctico como en el de la

---

No obstante, todos los monarcas recurrían también al reclutamiento obligatorio de sus súbditos. En casos de extrema necesidad, el número de súbditos reclutados de manera forzosa podía incrementarse. Así, desde el s. XVII, en los principales Estados europeos como Francia, Inglaterra (aquí ya desde Enrique VIII en el s. XVI), España, los Estados alemanes, Suecia, la recluta forzosa de soldados procedentes del propio país se incrementó, con lo que sus ejércitos fueron poco a poco nacionalizándose. Sin embargo, la mayor parte de esos soldados nacionales seguían siendo, al igual que los mercenarios contratados que procedían de otras naciones, de una extracción social muy baja, como delincuentes, parias, pobres de solemnidad, etc., que se enviaban a la guerra como una forma de purgar a la sociedad de sus elementos más despreciables (Martines, 2013: 42-53).

185 Era una práctica común que los monarcas vendiesen a la aristocracia los rangos más elevados del ejército, con la finalidad de engrosar el tesoro real. En ocasiones incluso los aristócratas eran los encargados de financiar una tropa que ellos mismos reclutaban sirviendo bajo el estandarte real, una práctica que se remonta a la Edad Media (Martines, 2013: 53-61).

conducción de las campañas, se habían venido experimentando y discutiendo en la literatura francesa desde unas décadas atrás, y que la gran cantidad de luchas que se emprendieron entre 1790 y 1815 permitieron consolidar (Paret, 1986: 134-135). Así sucedió, por ejemplo, con la controversia táctica entre los defensores de la línea, el denominado *ordre mince* cuyo modelo era el ejército prusiano de Federico el Grande, considerado como la máquina militar más perfecta de la época, y los defensores de la columna u *ordre profond*. Esta controversia había sido resuelta por el conde Jacques Guibert en su *Essai général de tactique* de 1772, al abogar por un *ordre mixte* que permitiese emplear en combate ambas formaciones combinándolas según las circunstancias. Si bien el crecimiento en tamaño que experimentaron los ejércitos revolucionarios convertían a la formación en columnas como una opción viable, el *ordre mixte* planteado por Guibert fue la solución que progresivamente fueron adaptando esos ejércitos (Lynn, 2010b: 199-200).

Junto a esa combinación de batallones en línea y en columna, la adopción de contingentes de infantería ligera más grandes que actuaban como escaramuzadores, con una artillería de mejor precisión, más ligera y móvil, fueron las principales novedades tácticas que consolidaron los ejércitos revolucionarios. La importancia de esta infantería ligera ya había sido probada en la guerra de los Siete Años y de la Independencia Americana. Por su parte, la artillería había sido mejorada por Gribeauval en 1774. Pero, sobre todo, la combinación e integración definitiva de estos elementos dotaban a priori a los ejércitos revolucionarios de una mayor flexibilidad táctica (Lynn, 2010b: 200).

Uno de los tópicos más difundidos de la literatura militar desde las propias guerras a que dio lugar la Revolución es que el éxito de los ejércitos revolucionarios en el campo de batalla se explicaba en buena medida por el mayor espíritu de lucha de los soldados franceses, inspirados por un entusiasmo patriótico que los multiétnicos ejércitos de los Estados absolutistas no poseían. Si bien el ejército francés ya no era el ejército del rey, sino el de todos los franceses, y la causa por la que estos soldados-ciudadanos franceses luchaban ya no era la causa del rey, sino la defensa de la Revolución con la que todos se identificaban, como prueba Gunther Rothenberg (1994: 86-97), ese ardor patriótico que los motivaba no se manifestó en una conducta esencialmente diferente a la de los soldados profesionales durante el combate.

En líneas generales, los soldados y oficiales de los ejércitos revolucionarios observaron las convenciones bélicas propias de la época en lo que se refiere básicamente al tratamiento de los prisioneros y heridos, así como a los asedios y batallas, pues pronto comprendieron, igual que los soldados de épocas anteriores, que estaba en su interés el no convertir la guerra en un espectáculo demasiado sangriento. De hecho, los episodios más crueles tuvieron la misma apariencia y causas que los de guerras anteriores: los ataques a la población civil cuando el hambre causaba estragos o como resultado de asedios prolongados. Por otra parte, estas guerras implicaron la invasión de ciertos Estados por parte de los ejércitos revolucionarios y en algunos de esos Estados ocupados se formaron contingentes de combatientes no regulares. En ese caso, las luchas, debido a la desigualdad en la calidad del armamento y entrenamiento entre ambos bandos, se convertían en emboscadas en las que ninguno de los combatientes, ya regulares o no regulares, daba cuartel al enemigo<sup>186</sup>. Por

---

186 Por otra parte, puesto que la mayor parte de los soldados de los ejércitos del Antiguo Régimen eran de

último, el hecho de que la simple motivación patriótica no hacía de los soldados-ciudadanos mejores y más habilidosos asesinos que sus homólogos profesionales lo prueba de modo fehaciente el que durante los primeros años de la Revolución el número de victorias y derrotas de los ejércitos revolucionarios frente a los ejércitos del Antiguo Régimen fue bastante parejo (Lynn, 2004: 189; 2010b: 203-204).

Donde el entusiasmo patriótico sí aportó una ventaja sustancial al ejército nacional francés frente a los ejércitos profesionales de los Estados absolutistas, aunque no de manera inmediata, fue en uno de los elementos que, estructuralmente, lastraban la actuación de estos últimos: las tasas de desertión y el peligro de amotinamientos. Para los monarcas del Antiguo Régimen la guerra era, con diferencia, la actividad más costosa. Librar una guerra equivalía por lo común a dejar un enorme agujero en el tesoro real, endeudando al Estado para hacer frente a los costes que acarrearía: pagar, alimentar, uniformar y armar a los soldados. El sistema adolecía de una serie de defectos estructurales: el escaso desarrollo de las vías de comunicación y medios de transporte, junto con la codicia de funcionarios corruptos que especulaban con las provisiones, hacía que la falta de suministros, especialmente alimenticios fuese frecuente. Asimismo, puesto que también era habitual que los monarcas emprendiesen varias campañas a la vez, o que incluso el tesoro real ya estuviese en “números rojos” debido a campañas anteriores, los retrasos en la paga de las soldadas eran lo más normal<sup>187</sup>.

Estos defectos del sistema provocaban que el número de deserciones fuese elevado y el riesgo de padecer un motín algo frecuente. Otra alternativa bastante habitual era que unos soldados hambrientos, extenuados y harapientos, dirigiesen su frustración y desesperación contra una población civil no menos desesperada y agotada. El resultado eran asesinatos indiscriminados que podían concluir en verdaderas masacres, mutilaciones, violaciones, robos y destrozos en las casas, así como robo de ganado y ataque a las propiedades agrícolas, etc.; en definitiva, el arrasamiento de poblaciones enteras. Así, pues, con el fin de hacer aparecer a sus tropas la desertión y el motín como opciones poco atractivas, los monarcas imponían una estricta justicia militar que implicaba la pena capital, mutilaciones, el trabajo forzado y esclavo, así como un surtido catálogo de suplicios y torturas para el desertor y el

---

extracción social baja, normalmente eran tratados con desprecio por sus oficiales que los consideraban como simple escoria. Esto era algo lógico en una sociedad estamental como la del Antiguo Régimen en que las jerarquías se creían eternas y tendían a sacralizarse. Las convenciones bélicas protegían más bien a la oficialidad aristocrática, mientras que el soldado común, el soldado de tropa, podría ser objeto de todo tipo de abusos. Estos abusos eran justificados aduciendo las prácticas de violación, robo, asesinato, desertión o alcoholismo en que incurrían debido a las malas condiciones en que eran obligados a servir. El soldado común se hallaba, pues, en un terrible ciclo vicioso que, en numerosas ocasiones, terminaba de despojarlo de toda dignidad, reduciéndolo a la condición de mera alimaña que era, como he dicho, la consideración inicial que tenía para sus superiores. Pero ese ciclo vicioso podía hacerse más opresivo para el soldado si tenemos en cuenta que la población civil, sujeta a los ataques sistemáticos de este, albergaba de manera natural un fuerte odio y desprecio contra esa “soldadesca”. Del mismo modo, tampoco eran infrecuentes los asesinatos y ataques por parte de campesinos, artesanos, etc., a soldados que se habían aislado del grueso de su ejército para desertar, buscar comida, robar, etc. Como norma general, durante la Edad Moderna europea, los soldados tan solo gozaron de cierta estima por parte del pueblo, cuando luchaban por la defensa de la verdadera fe (Martines, 2013: 220-232).

187 Con frecuencia, el éxito en la campaña y la posibilidad de obtener botín era el único medio que tenían los monarcas para satisfacer la paga de sus soldados.

rebelde. Del mismo modo, para limitar las posibilidades de que eso se produjese, se preferían las formaciones cerradas antes que abiertas en combate, —lo que explica en parte la ausencia de infantería ligera—, se prohibía el abastecimiento sobre el terreno<sup>188</sup>, y se sometía a una estricta reglamentación la toma de botín y el pillaje cuando estas prácticas se permitían (Martines, 2013: 69-94).

Entre fines del s. XVIII y principios del s. XIX, la guerra seguía siendo igual de costosa: junto a la *levée en masse*, las autoridades revolucionarias decretaron un requisamiento general de los recursos materiales de sus ciudadanos para equipar y alimentar a sus soldados (Howard, 1983: 148-149). Del mismo modo que los ejércitos del Antiguo Régimen, el ejército nacional francés complementaba las provisiones que le llegaban de su propio gobierno con el aprovisionamiento sobre el terreno: se imponían tributos sobre las poblaciones sometidas, y se recurría al pillaje y a la extorsión cuando el abastecimiento regular fallaba o la campaña se prolongaba demasiado. Y es que ese servicio de abastecimiento regular, al igual que sucedía con el de los Estados absolutistas, pronto se mostró como ineficaz y corrupto: si bien en un principio el peligro de que los soldados-ciudadanos desertasen era menor, por efecto de estos fallos en el sistema de abastecimiento, el número de desertiones comenzó a equipararse al de los ejércitos profesionales: de los 750.000 soldados de 1794 se pasó a los 400.000 de 1796 (Lynn, 2010b: 205).

Era bastante claro, como lo había sido a lo largo de toda la historia, que la mera motivación patriótica no era suficiente para compensar el hambre, la suciedad, las enfermedades, la rigurosidad del clima, la nostalgia del hogar, el dolor y sufrimiento como consecuencia de las heridas y la muerte de los compañeros, así como el miedo a la muerte y toda otra serie de penalidades que siempre acarreó la guerra para el combatiente. Junto al espíritu patriótico hacía falta algo más para convertir al soldado-ciudadano en un combatiente más formidable que el soldado profesional: la perspectiva de la obtención de un beneficio tangible. Algo que fue perfectamente comprendido por un general corso, Napoleón Bonaparte, quien, a la altura de 1797, tras sus campañas en la Península Itálica se había convertido en el hombre fuerte de la Revolución desde un punto de vista militar: “¡Soldados! Estáis hambrientos y desnudos; el gobierno os debe mucho, pero no puede daros nada. La paciencia y el valor que habéis mostrado entre estas rocas son admirables, pero no os aportan ninguna gloria —ni siquiera un destello—. Voy a conducirlos a las llanuras más fértiles de la Tierra. Provincias ricas y ciudades opulentas, todo estará a vuestra disposición; allí hallaréis honor, gloria y riquezas.” (Lynn, 2010b: 205).

Tras su fracasada expedición a Egipto que, con todo, le llevó a la cúspide de la fama en la Francia revolucionaria, Napoleón regresó a París en 1798 y, con el apoyo de las tropas allí estacionadas, logró hacerse con el control político de la Revolución deponiendo al Directorio e instaurando una dictadura militar de facto. Entonces, haciendo un hábil uso de la

---

188 Con el objeto de regularizar el abastecimiento de sus ejércitos, los Estados también construyeron una serie de almacenes, así como reutilizaron antiguas fortalezas que actuaban como depósitos de provisiones. No obstante, esta medida tuvo como efecto el hacer depender en exceso los movimientos de los ejércitos del Antiguo Régimen sobre el terreno de las vías de comunicación donde se hallaban estos depósitos. En consecuencia, el aislar por la retaguardia a los ejércitos de estas vías de comunicación fue una de las tácticas más comunes durante el s. XVIII. De ese modo, se podía ganar la guerra sin la necesidad de haber recurrido a una gran batalla (Gat, 2001: 77-79).



retórica e ideología revolucionarias, logró implicar a la República Francesa en una serie de campañas militares por todo el continente europeo destinadas a asentar de modo permanente la hegemonía francesa.

A efectos de transformar al ejército revolucionario en un instrumento adecuado para la ambiciosa política napoleónica, se introdujeron dos reformas. En primer lugar, la Ley Jourdan de 1798 establecía un nuevo sistema de conscripción mediante el que se aseguraba un flujo continuo de nuevos reclutas jóvenes para el ejército cada año (Lynn, 2010b: 207). En segundo lugar, Napoleón mejoró la estructura organizativa de un ejército que comenzaba a ser demasiado grande como para ser controlado por un solo hombre en campaña. Así decidió reunir las divisiones de combate, pequeños ejércitos que combinaban unidades de artillería, infantería y caballería, empleadas por los ejércitos revolucionarios desde 1792-93, en cuerpos de tamaño variable que iban desde los 10.000 soldados a los 30.000, cada uno con sus propios generales y oficiales<sup>189</sup>. Además, hacía avanzar a estos diferentes cuerpos por varias vías de comunicación separadas, y no por una sola ruta formando una larga columna, abarcando un mayor espacio de terreno. Con ello lograba racionalizar la costumbre de abastecerse sobre el terreno que con él devino en la práctica usual, además de dotar de mayor movilidad al avance de su ejército que, asimismo, era menos previsible que el de unos ejércitos absolutistas<sup>190</sup> sujetos a marchar por una serie de rutas prefijadas (Paret, 1986: 125; Howard, 1983: 140).

Pero, sobre todo, esta organización más flexible —recuérdese que los ejércitos del Antiguo Régimen estaban atados a determinadas rutas para llevar a cabo sus campañas—, combinada con un sistema táctico más rico en opciones que el de sus enemigos, un cuerpo de oficiales basado en el talento y unas tropas espoloadas por el orgullo patriótico y la esperanza de botín, permitieron a Napoleón realizar un uso más eficaz de la batalla<sup>191</sup>. Como se encargaron de demostrar en sus obras pensadores militares del s. XIX como Henri Bonnal, Édouard Pierron, L. Maillard, Hubert Camon, o Antoine Jomini, con una maniobra de envolvimiento clásica, la *manoeuvre sur les derrières*, lograba aniquilar a los ejércitos rivales en una sola acción: atrayendo al grueso del ejército rival al cuerpo a cuerpo mostrándole una parte de su ejército, hacía que otros cuerpos marchasen por los flancos o por la retaguardia. Con ese movimiento lograba atenazar al ejército rival y le causaba una gran mortandad; la persecución activa de los fugados hacía el resto (Gat, 2001: 669-671).

Napoleón convirtió al ejército revolucionario en un perfecto instrumento de

---

189 Como las otras innovaciones militares sistematizadas por los ejércitos revolucionarios, la primera vez que se emplearon estas divisiones de combate fue durante la guerra de los Siete Años (Paret, 1986: 125).

190 La explotación de la capacidad de sorpresa es otra de las constantes que, incluso en las grandes batallas en donde la lucha adquiere un carácter más formal y predecible, los generales y ejércitos victoriosos tenderán a explotar.

191 En otro de los mitos difundidos por la literatura militar serían las reformas e innovaciones militares las que otorgarían sus brillantes victorias en las batallas a Napoleón, y explicarían el gran número de batallas luchadas durante el período comprendido entre 1790-1815 —unas 49 según la estimación de Gwynne Dyer (2007: 219) —. Sin embargo, como espero haber demostrado hasta aquí, ni la búsqueda de la batalla ni la victoria en ella se debió en último término a esas reformas e innovaciones militares, pues los ejércitos revolucionarios, dirigidos o no dirigidos por Napoleón, también sufrieron derrotas en el campo de batalla frente a sus enemigos.

conquista. Ello le permitió cambiar los poderes de los Estados derrotados por otros afectos a la República Francesa, con lo que esta devino en Imperio. Al mismo tiempo, con esas campañas de conquista, los soldados franceses tenían la posibilidad de enriquecerse gracias al pillaje y el botín, estando además abiertas las puertas del ascenso por méritos en campaña. Por lo tanto, estas campañas les otorgaban la posibilidad de adquirir el honor, la gloria y las riquezas que Napoleón les había prometido en Italia.

Por otra parte, Napoleón instauró en los Estados conquistados el denominado Sistema Continental que favorecía a los productos franceses mediante la imposición de aranceles. Este sistema estaba no solo orientado a garantizar un flujo de riquezas hacia Francia, sino también a contrarrestar los efectos que el bloqueo de los puertos franceses por la flota británica había tenido para el propio comercio francés, excluyendo a los propios productos británicos de los Estados bajo dominio francés. La guerra no solo se libraba en el campo de batalla, sino que también se extendía al terreno económico.

Podría decirse que, pese a emplear armas un tanto diferentes (especialmente las de fuego), y a que el contexto había variado en general, Napoleón se situó dentro de la tradición de grandes generales conquistadores (Ferrill, 1997: 7-12). Así, al modo clásico, empleando una retórica que le presentaba como “libertador” (Canfora, 2007; Conde, 2008), logró establecer un imperio terrestre sostenido fundamentalmente en dos pilares (Campillo, 2001: 206): el ejército, que se financiaba a través de la extracción de tributo de los pueblos conquistados (Münkler, 2007: 47-58), y el hábil manejo de la ideología revolucionaria que, a efectos de su época comenzaba a funcionar como hasta entonces lo había hecho la religión.

Una de las consecuencias de la política conquistadora napoleónica fue la militarización de Francia: el ejército pasó a ser una institución permanente que funcionaba como medio de promoción social y enriquecimiento para los miembros de los estratos más humildes de la sociedad. Además, el dominio político-militar sobre otros Estados cohesionaba la nación francesa en torno a un objetivo común exaltando el orgullo nacional, y el Sistema Continental aseguraba la prosperidad económica nacional. Por lo tanto, como el politólogo alemán Herfried Münkler (2007: 14-17) señala, al igual que había sucedido a todos los imperios militares desde la Atenas clásica, la supresión de cualquier intento de rebelión, la pura coerción de los Estados conquistados devino una simple necesidad. En palabras del duque de Wellington: “[Napoleón] era el soberano de la nación así como el supremo jefe militar del ejército. El país estaba construido sobre una base militar. Todas sus instituciones se habían concebido con el propósito de formar y mantener sus ejércitos con vistas a la conquista. Todos los cargos y premios que concedía el Estado se reservaban en primer término exclusivamente al ejército. Cualquier oficial, y hasta un soldado raso, podrían pretender hasta la soberanía de un reino como premio por sus servicios” (Howard, 1983: 151).

Si bien Napoleón había hecho uso del sentimiento nacionalista de los franceses para lograr su apoyo a una política imperialista que rompiese el equilibrio de poder existente en Europa en beneficio de Francia, lo cierto es que en los Estados conquistados la ocupación francesa también significó el despertar de los sentimientos nacionalistas catalizados por el odio al invasor. El establecimiento de nuevos gobiernos parlamentarios siguiendo el modelo revolucionario era suficiente para generar el descontento de la monarquía y la aristocracia

que no se había vendido. La imposición de la moneda francesa, el asignado, junto con la política económica que privilegiaba los productos franceses, iba en contra de comerciantes, mercaderes y artesanos. Asimismo, la imposición de tributos de tipo económico, la obligación de servir en el ejército francés o los desmanes de unos soldados obligados a vivir sobre el terreno en el campo y en las ciudades eran poderosos inductores del odio contra Francia y la Revolución entre los miembros del pueblo llano.

De esta manera, paradójicamente, todos los súbditos reales de los diferentes estamentos de los Estados ocupados se unieron entre sí contra el conquistador francés y los valores revolucionarios en torno a los símbolos del Antiguo Régimen (Dios, patria y rey), de cuyo dominio se suponía que las bayonetas francesas los venían a liberar. Esto dio ocasión en esos Estados ocupados a la formación de milicias cívicas y populares que, ya de manera espontánea como en Rusia o España, ya organizadas por la monarquía como en el caso de Prusia o el Imperio Austríaco, hostigaban continuamente al invasor francés en lo que fue el auténtico talón de Aquiles del Imperio Napoleónico<sup>192</sup>. Al mismo tiempo, muchas de esas milicias se incorporaron a unos ejércitos regulares que, incrementando su tamaño, y copiando las tácticas napoleónicas, infligirían una derrota militar decisiva a la *Grande Armée* en la batalla de Waterloo del verano de 1815 (Lynn, 2010b: 212-215).

El fin del imperio napoleónico supuso la restauración de la monarquía borbónica y la adopción de un liberalismo conservador muy semejante al británico, —y en general al modelo que se impondrá en casi toda Europa—, basado en una nueva constitución que establecía un sufragio muy restringido en virtud de los criterios de género y, sobre todo, riqueza (Canfora, 2004: 69-72). Asimismo, las principales potencias vencedoras, Rusia, Inglaterra, Prusia y Austria, conformaron, a instancias del zar ruso, una Santa Alianza que tenía por objeto restaurar el equilibrio de poder que había reinado en Europa antes de las guerras de la Revolución. A nivel militar ello significó la desmovilización de una gran cantidad de soldados que, como resultado de la formación de las milicias cívicas a imitación del modelo francés, habían inflado los ejércitos regulares de estas monarquías absolutistas, principalmente Prusia y Austria, desde principios del s. XIX. Aunque la animosidad contra el invasor francés que había inducido el despertar de los sentimientos nacionalistas había sido clave para apoyar la política que condujo a estos monarcas a derrotar a Napoleón, tras 1815, temerosos de que ese nacionalismo se tradujese en una nueva revolución en sus propios Estados, decidieron dominarlo, asentando la monarquía sobre una nueva base legal y regresando al modelo de ejército profesional (Howard, 1983: 169-173; Heuser, 2011: 167-170).

### **2.3. La Contra-Ilustración alemana**

Una de las consecuencias que tuvo la Revolución de 1789 en Francia fue la transferencia *de iure* de la soberanía al conjunto de los ciudadanos franceses que la nueva ley establecida en la constitución consideraba como libres e iguales entre sí. Ello, por otra parte, no era más que la expresión formal de la conciencia de los revolucionarios de ser los

---

<sup>192</sup> Importante también en el desgaste de ese imperio fue la intensa guerra económica librada por Inglaterra. Bloqueaba en los puertos marítimos franceses la salida de sus productos e inundaba el mercado de asignados falsos que provocaban una intensa inflación que estrangulaba la economía francesa.

protagonistas de un experimento radicalmente nuevo en la historia de la humanidad. Así, una nueva identidad nacional francesa emergió a partir de los principios ilustrados de libertad, igualdad y fraternidad enarbolados por los revolucionarios, pero que terminarían cohesionando a todos los franceses.

El surgimiento del nacionalismo en Francia, pues, fue promovido por una serie de valores universales y racionales. Este hecho fue esgrimido por los diputados girondinos en primer lugar para justificar campañas militares de conquista contra los Estados absolutistas: los intereses de la República Francesa se identificaban con los intereses de la humanidad (Todorov, 2013: 218-221). De ahí que esas agresivas campañas pudiesen presentarse como actos de “liberación”<sup>193</sup>. Pero, como he dicho, estas campañas que resultaban en la formación de gobiernos pro-revolucionarios, así como la imposición de una política económica pro-francesa, terminaron avivando el sentimiento nacionalista en los Estados ocupados: Nápoles (1799), España (1808), Rusia (1812), Prusia (1813), etc. Especialmente el caso prusiano merecerá mayor atención, puesto que la derrota y ocupación militar del mayor de los Estados alemanes de Centroeuropa en 1806 será la ocasión para la definición del nacionalismo alemán en la obra de Fichte. Este nacionalismo, diferente al francés, estaba basado en la lengua y la historia, y, como demostrarán los acontecimientos, marcará toda la historia posterior del continente europeo.

### **2.3.1. La definición de la nación como sujeto histórico y político: de Herder a Fichte**

Las raíces intelectuales del nacionalismo tal y como fue definido por Fichte se hallan en Herder. La obra de Herder debe ser entendida a su vez en el contexto de la denominada Contra-Ilustración alemana. Este movimiento intelectual engloba a un conjunto de pensadores de lengua alemana que, pese a haberse formado y poder ser considerados como representantes de la Ilustración o *Aufklärung*, comenzaron a desarrollar una crítica sistemática en los últimos decenios del s. XVIII hacia el racionalismo y universalismo de una Ilustración de raigambre francesa. Como resultado de esta crítica, estos intelectuales alemanes pondrían las bases de una nueva concepción del mundo diferente a la ilustrada.

Una característica común a los pensadores de la Contra-Ilustración fue el reconocimiento, tal y como había sido formulado por primera vez por Kant en su *Crítica del Juicio*, de que los fenómenos vitales no podrían ser definidos racionalmente según leyes universales reductibles a principios semejantes a fórmulas matemáticas, como el resto de los fenómenos de la naturaleza y el universo. Antes bien, estos pensadores creían que para comprender una vida no regida por leyes de naturaleza mecánica se precisa otro concepto: el de “fin natural”; y para su comprensión, la razón (legisladora) era inadecuada, pues todos los fenómenos vitales poseen un componente irreducible a la razón que determina su existencia (Bermejo, 2009: 320-326).

La valoración positiva de ese componente irracional a la hora de comprender los

---

193 Si bien esa no fue la actitud inicial de los revolucionarios como quedó recogida en la constitución de 1791, o los comentarios de Robespierre que encabezan este capítulo demuestran. En un principio, los revolucionarios determinaron que Francia no emprendería campañas ofensivas, sino que se limitaría a defenderse de los ataques de sus enemigos (Todorov, 2013: 218-219). Lo mismo puede decirse de la postura inicial de los jacobinos.

fenómenos vitales, que ya será objeto de reflexión sistemática por parte de los filósofos idealistas post-kantianos como Schelling o Hegel, permitió que, en el análisis de los seres humanos, las emociones y los sentimientos, hasta entonces desdeñados tanto desde un punto de vista cognitivo como moral y estético, fuesen ensalzados y comenzasen a ser objeto de tratamiento en la filosofía o en el arte. Para estos pensadores, cualquier ley o explicación que pretendiera dar cuenta de un aspecto de la vida humana y no tuviese en cuenta su dimensión irracional, constituía una mera abstracción alejada de la realidad, pues el ser humano era un todo armonioso en que razón y sentimiento, o razón y emoción se equilibraban.

Íntimamente vinculada a esta crítica al racionalismo ilustrado que recuperaba el componente irracional del hombre estaba la crítica al universalismo. Según los autores asociados a la corriente del *Humanitätsideal* como Goethe, Winckelmann, Schiller, etc., no solo la razón es insuficiente para explicar al hombre, sino que, aunque creyesen al modo típicamente ilustrado que existía una humanidad común, también sostenían que esa dignidad y nobleza presente en origen en todos los hombres estaba determinada en cada uno por una peculiar combinación de razón y sentimientos. De esta combinación resultaba su propia esencia, su “individualidad”: el objetivo de su vida, pues, no debía ser la consecución de la felicidad, sino el pleno desarrollo de esa individualidad (Iggers, 1988: 38-39). Estos intelectuales, entre los que Herder se encontraba también, partían de las ideas formuladas por el autor de *Otra Filosofía de la Historia para la Formación de la Humanidad más e Ideas para una Filosofía de la Historia de la Humanidad*; obras que concibió como una crítica a la concepción progresista de la filosofía de la historia típica de la Ilustración.

En general, todos los autores asociados a la denominada Contra-Ilustración alemana, incluido el propio Herder, profesaban un “pietismo” de inspiración luterana que les llevaba a asumir la intervención de la voluntad divina en la historia. Remontándose a la famosa aseveración del apóstol misionero San Pablo en su carta a los romanos de que todo poder temporal hallaba su origen en la voluntad de Dios, creían que ese poder y las instituciones en que se encarnaba eran una manifestación de la ley natural. En este sentido, no se apartaban de lo que había sido la opinión común respecto al poder político en la cristiandad occidental<sup>194</sup> a lo largo de toda la Edad Media y Moderna.

Por lo tanto, las instituciones, así como las costumbres y tradiciones a ellas asociadas, típicas de los diferentes pueblos, no podrían ser juzgadas y valoradas según los principios de la racionalidad abstracta que profesaban los filósofos ilustrados. La ley natural, además de constituir la manifestación de la racionalidad humana válida para todo tiempo y lugar, debía incluir también aquello que era considerado como propio, particular de un pueblo. Si esa particularidad había existido y perdurado no es porque se acomodase a los principios de una razón abstracta que tan solo reflejaba los valores propios de un grupo de intelectuales, sino porque ello había sido ordenado directamente por Dios (Iggers, 1988: 33-34).

---

194 A principios de la Edad Moderna hubo pensadores, como Maquiavelo o Hobbes, que teorizaron una fundamentación laica del poder temporal. No obstante, como ya comenté en el primer epígrafe del presente capítulo, en la práctica, los monarcas de los emergentes Estados soberanos europeos no renunciaron a la legitimación divina de su poder. La influencia de la religión en las concepciones políticas de este período se puede observar en el papel que desempeñaron las querellas religiosas en las guerras de todo este período.



Partiendo de esta base, Herder estipuló que no podría existir un único sujeto protagonista de la historia (la *humanidad*) tal y como proponían los *philosophes*, entre ellos su propio maestro Kant, sino varios: tantos como *naciones* existiesen o hubiesen existido. Puesto que eran una manifestación de la voluntad divina, todas las naciones debían ser valoradas de manera positiva<sup>195</sup>. Es más, cada una de ellas constituía la expresión de una racionalidad diferente transmitida por sus propias instituciones y costumbres, por lo que su desarrollo debía ser juzgado y valorado en sus propios términos. Con ello Herder rompía con la noción ilustrada del progreso<sup>196</sup>.

Por lo tanto, la mera razón abstracta de los ilustrados no era suficiente para comprender la *individualidad* de cada nación. Además se precisaba la imaginación y la empatía, lo cual tan solo se lograba mediante una inmersión previa en la lengua distintiva de cada nación, base de su individualidad<sup>197</sup>. Esta individualidad se expresaba, por lo tanto, no solo en sus instituciones y costumbres, sino en todas sus producciones culturales y artísticas (Iggers, 1988: 35-37).

La nueva concepción de la historia sistematizada por Herder, junto con el tradicionalismo y el pietismo imperantes en el ámbito intelectual alemán, contribuyeron al resurgir del estudio de las instituciones y tradiciones históricas alemanas, así como de los mitos, cuentos populares, y otro tipo de producciones artísticas cuyo cultivo y estudio había sido hasta entonces relegado por ser consideradas como manifestaciones de una cultura popular bárbara e irracional. La historia, tal y como establecían los *philosophes*, ya no podía ser concebida como una lucha incesante entre las fuerzas de la razón, representadas por una aristocracia poseedora de una educación que la capacitaba para la alta cultura y la dirección de la sociedad, y las fuerzas de la barbarie, fanatismo y superstición religiosa, representadas por una clase popular informe, antagónica de la aristocracia, y necesitada de una reforma moral y educativa que debía ser emprendida por esta última (Gay, 1996). De ahí que, períodos históricos como, por ejemplo, la Edad Media, hasta entonces considerada por los ilustrados como época por excelencia de predominio del fanatismo religioso, comenzase a ser estudiada y reivindicada en sus obras por los pensadores alemanes.

---

195 Además de en esta valoración positiva de la riqueza y diversidad de todo lo “creado”, el pietismo que profesaban influyó en otra cuestión importante: todos ellos pretendían transformar el mundo. Por esta razón intentaron enraizar sus teorías en la realidad de su propio tiempo. Esta actitud, sin duda, fue fundamental como base para el desarrollo de una mentalidad historicista.

196 Hay que recordar que Herder concebía a las naciones como organismos vivos que tenían una esencia, una individualidad y un período de vida, siendo las diferentes etapas de su existencia comparables a las de una vida humana (Iggers, 1988: 35). Por otra parte, también se debe matizar que, pese a descartar la idea ilustrada de que la historia se dirigiese hacia un único fin determinado de manera lógica por la razón y sustituirla por la idea de que cada nación representaba una finalidad diferente igual de válida que las demás, Herder seguía creyendo, al igual que los autores asociados al movimiento del *Humanitätsideal*, en la existencia de una humanidad común (Iggers, 1988: 37).

197 Según Meinecke (1983), el principio de individualidad que Herder aplica a las naciones se asienta sobre un determinismo lingüístico. Para el filósofo y poeta alemán, el uso del lenguaje es lo que nos convierte en humanos, no solo por el hecho de que a través de él podamos nombrar el mundo, sino también porque nos permite comunicarnos. Con lo cual, el lenguaje en la perspectiva herderiana, al igual que en la aristotélica, constituía el fundamento de la humanidad del individuo y el origen de su naturaleza social (Hamilton, 1996: 38-39).

Asimismo, otros elementos, como la guerra, a los que se contemplaba como una manifestación de la barbarie humana y se condenaba como aberraciones morales, empezaron a ser contemplados desde una perspectiva más positiva. En este sentido, Kant sintetizó en su *Crítica del Juicio* una opinión respecto de la guerra que sería sostenida por todos los pensadores alemanes de la Contra-Ilustración posteriores a él:

“La guerra, si es llevada con orden y con el sagrado respeto por los derechos civiles, tiene en sí algo de sublime y al propio tiempo hace la mentalidad de un pueblo que de este modo la lleva tanto más sublime cuanto mayores fueron los peligros a que estuvo expuesto, habiendo sabido mantenerse valeroso en medio de ellos; por el contrario, la paz prolongada suele hacer dominar el mero espíritu mercantil y con él el egoísmo, la cobardía y la molicie, y rebajar la mentalidad de una nación”; la guerra “desarrolla hasta el grado máximo todos los talentos que sirven para la cultura” (2007: 206-207; 420).

Sin embargo, cabe realizar una matización a la valoración kantiana de la guerra. Y es que la guerra que Kant exalta como estimuladora de las energías de una nación, no es el mismo tipo de guerra que los pensadores alemanes de la Contra-Ilustración posteriores a él ensalzarán. Lo que el filósofo de Königsberg entiende como guerra civilizada es aquella en la que combaten ejércitos compuestos por soldados profesionales, y dirigidos por una oficialidad aristocrática que, respetando las normas que racionalizan la conducta bélica, sirven la causa de su rey. Este tipo de guerra es diferente a la guerra “nacional” o “popular”, practicada por ejércitos configurados a partir de milicias cívicas, que será alentada por pensadores como Fichte, Hegel o Clausewitz. El caso es que Kant se mantendrá hasta el final de sus días, pese a haber iniciado el proceso de recuperación del componente irracional en la conceptualización del hombre y de su teoría del conocimiento y haber influido a todos los pensadores alemanes que reaccionaron contra la Ilustración, como un filósofo ilustrado<sup>198</sup> (Bermejo, 2009: 324). Así, el concepto de guerra que valora reproduce la división, típica del s. XVIII, pero que se remonta a la propia Grecia clásica (Ripalda, 1978: 11-13), entre una clase aristocrática culta y éticamente ejemplar, y un pueblo bárbaro e iletrado necesitado de la tutela aristocrática (Bermejo, 2009: 326).

Es precisamente esta división la que los pensadores alemanes de la Contra-Ilustración posteriores a Kant pretenderán borrar. El primero en lograrlo, partiendo de la concepción histórica y lingüística de la nación sistematizada por Herder, será Fichte, quien, en sus *Discursos a la nación alemana*, establecerá que la elaboración de un proyecto de educación nacional será el medio que permita superar el antagonismo entre el estamento o la clase superior y la inferior. Uno de los objetivos de ese proyecto educativo será la creación de un pueblo nuevo, unificado, que vea plasmada su cohesión en una patrimonio cultural también común que recoja lo mejor de las tradiciones cultas anteriores. La nueva cultura popular, en consecuencia, no puede estar constituida a partir de las aportaciones individuales de grandes pensadores o artistas, algo que reproduciría la división que se pretende cerrar, sino a partir de un elemento que posean en común todos los alemanes: la lengua.

---

198 Junto con esa valoración positiva de la guerra que se puede observar en la *Crítica del Juicio*, en la obra kantiana predomina una condena moral de esta actividad como fuente de crueldad humana. Su proyecto federalista de paz perpetua que sigue la estela de otros proyectos semejantes típicos de la Ilustración, como los de Rousseau o el abad de Saint Pierre, así lo atestiguan.

Como en Herder, en Fichte es la lengua la que forma a los hombres y condiciona su pensamiento. Por consiguiente, en la lengua alemana residirán las esencias de la nación alemana. Esta esencia nacional se expresa en una filosofía, una ética, una estética, etc., en suma, en todo tipo de creaciones espirituales que configuran el carácter nacional. Pero si la definición fichteana cobra importancia con respecto a la ofrecida por Herder, es porque Fichte va un paso más allá planteando la necesidad de que la superación de las diferencias entre estamentos o clases no solo se produzca a nivel teórico, sino que también sea llevada a la práctica mediante la acción política. En opinión de Fichte, el Estado soberano, o *Machtstaat* según la terminología propia de la época, debe complementar, reforzar y proteger a una nación que, sin duda, es su base (Bermejo, 2009: 348-350).

### 2.3.2. Fichte: la fundamentación del Estado-nación y la *Realpolitik*

Fichte escribe sus *Discursos a la nación alemana* en 1808 durante la ocupación francesa del conglomerado de Estados alemanes. Esta ocupación supuso el acta de defunción de un moribundo Sacro Imperio Romano-Germánico y, sobre todo, el colapso del Estado absolutista de Prusia que se había erigido como el más fuerte de los Estados alemanes durante el s. XVIII. La facilidad con que Napoleón había derrotado al ejército profesional prusiano, que había sido perfeccionado por Federico II hasta ser considerado como el ejército modelo para todos los Estados europeos, así como la velocidad con la que el Estado se había derrumbado tras la derrota militar, difundió entre la élite política e intelectual prusiana la conciencia de que la reconquista de la autonomía política y la expulsión del invasor francés pasaban necesariamente por una profunda modernización. Esta implicaría la creación de una unidad nacional que simbolizase una nueva solidaridad entre la aristocracia y el pueblo, y la reforma, a partir de esa unidad nacional, de un Estado prusiano que recuperase de ese modo su fortaleza. Como principal filósofo prusiano del momento, Fichte formó parte de ese grupo de reformistas. Sus *Discursos* de 1808 pueden considerarse su respuesta al desafío napoleónico.

Las guerras napoleónicas habían dejado claro, tanto para Fichte como para el resto de los pensadores alemanes de su generación, que la nación no podría sobrevivir si no era complementada y protegida por un Estado fuerte. De ahí la importancia que adquirirá el pensamiento maquiavélico como fuente de reflexión acerca del Estado, tal y como se puede comprobar en el artículo que Fichte le dedicó al filósofo florentino en 1807<sup>199</sup>. Había dejado sentado este en *El Príncipe* que todo Estado soberano, —o “principado” tal y como lo denomina Maquiavelo—, debía fundarse principalmente en dos pilares: buenas leyes y

---

199 Antes que Fichte, ya Herder había alabado a Maquiavelo, pero en vez de ensalzar su concepción “amoral” de la política, se había centrado en valorar el recurso de Maquiavelo a ejemplos históricos particulares como fuente para el desarrollo de la teoría (Meinecke, 1959: 379-380). Cabe recordar aquí que el pensamiento maquiavélico gozó de diversa fortuna dentro de la tradición de pensamiento occidental. Así, ya desde fines del s. XVI, dentro de la tradición literaria anglosajona (Marlowe, Shakespeare, Ben Jonson, Fletcher, etc.), se comenzó a difundir una imagen de Maquiavelo como pensador “amoral”, falso, fingidor, desde una perspectiva puramente cristiana. Esta fue la imagen de Maquiavelo que también prevaleció en Francia. Por el contrario, en el ámbito de lengua alemana, a partir de la etapa tardía de la *Aufklärung* se operó una recuperación del pensamiento maquiavélico en el ámbito de la filosofía política que, pasando por Herder y Fichte, y culminando en Hegel, consideraría al florentino como precursor por la elevada idea que transmitía en sus obras del Estado (Philonenko, 2003: 17-18).

buenas armas. Como he recordado en el primer apartado de este capítulo, la elaboración de la ley y la guerra habían sido dos de los elementos que se habían ido configurando desde finales de la Edad Media como el *apanage* del soberano, siendo el último, en el que no se centra el filósofo florentino, el comercio y la recaudación de impuestos. No obstante, en la reflexión fichteana acerca del Estado también estará presente este último elemento: así, su idea de un Estado comercial cerrado de 1800 (Iggers, 1988: 42) no supuso más que la sistematización del mercantilismo predominante en los ss. XVII y XVIII, que tenía por objetivo que el Estado fuese autosuficiente desde un punto de vista económico<sup>200</sup>.

Al encajar el concepto de nación en el Estado, Fichte desarrolló la concepción orgánica del Estado-nación que será típica del pensamiento prusiano-alemán hasta principios del s. XX. Según esta concepción, el Estado cumplía dos funciones. La primera de ellas era una función ética: la de velar por el cumplimiento de la ley y la justicia en el interior de su territorio (*Rechtstaat*). La ley se materializará en el conjunto de derechos de que disfrutaban los ciudadanos del Estado recogida en la constitución. En contrapartida, todos los ciudadanos deberán mostrarse como buenos patriotas cumpliendo con los deberes que les impone el Estado, el primero de los cuales es su defensa en el campo de batalla. Así, la noción de patria será la traducción al ámbito político del mismo espíritu unitario que expresa el concepto de nación en el ámbito cultural (Bermejo, 2009: 348-349). La segunda función del Estado será la política: puesto que no existe un orden ético universal, sino que el único orden ético posible existe tan solo dentro del marco de la nación, el objetivo primordial del Estado en sus relaciones con los otros Estados será el de conservar e incrementar su poder (*Machtstaat*).

Asimismo, el Estado nacional no solo expresaba un orden ético superior, sino que este tenía un origen histórico. Por esa razón, Fichte concebía el Estado como anterior a un ciudadano y patriota que, en consecuencia, debía sacrificar parte de su libertad personal a la conservación y realización de ese orden ético que aquel encarnaba. Esta concepción difería notablemente de la teoría liberal en que el Estado surgía como fruto del acuerdo o pacto entre sus miembros con el fin de preservar sus derechos individuales. En la concepción orgánica prusiano-alemana los derechos e intereses del Estado nacional siempre se impondrán a los del individuo, porque son los únicos que a este le cabe tener. Por consiguiente, el fundamento del Estado nacional orgánico ya no es el “contrato”, sino la voluntad.

Será principalmente en el ámbito de las relaciones entre Estados donde se dejará notar la influencia de las ideas políticas de Maquiavelo, que el filósofo alemán desarrolla en el ya citado artículo de 1807, “Über Machiavelli als Schriftsteller”. Al igual que el filósofo florentino, Fichte funda el derecho de guerra del Estado en la constatación de la maldad humana. Así, el filósofo alemán consideraba que los Estados siempre intentarán beneficiarse y crecer a costa del resto de Estados que den el menor síntoma de debilidad. Asimismo, puesto que la nación encarna el único orden ético posible en el terreno de las relaciones entre Estados, no existe ningún tipo de derecho ni ley, como quieren los teóricos del iusnaturalismo, defensores de un *ius publicum europaeum* (Campione, 2009: 120-140), sino que predomina la ley del más fuerte. Por lo tanto, en virtud de esta situación de hostilidad

---

200 Es evidente que el denominado Sistema Continental creado por Napoleón era también un reflejo y desarrollo de esas ideas.

permanente que gobierna el escenario internacional, el Estado no debe guiarse por ningún tipo de consideración jurídica y moral diferente a la que dicten sus propios intereses y valores<sup>201</sup>: *salus et decus populi suprema lex esto* (Philonenko, 2003: 55). Antes bien, debe apelar a la *raison d'État* o razón de Estado, cuyo objetivo primordial es la conservación e incremento continuo del poder estatal<sup>202</sup> (Philonenko, 2003: 52-54).

Según los dos axiomas fundamentales de la *Realpolitik* tal y como fueron formulados por Fichte, la hipótesis de que la relación entre los Estados es de hostilidad permanente y de que los Estados intentarán crecer siempre al menor síntoma de debilidad de los otros Estados, parecería que todo Estado está habitado por un deseo de hegemonía mundial que le llevaría a declarar la guerra siempre que fuese beneficiosa (Philonenko, 2003: 54). Ello llevaría, por supuesto, a un continuo estallido de guerras. Nada más lejos de lo que Fichte pretendía al desarrollar su propia concepción de las relaciones entre Estado y guerra. Antes bien, puesto que el propio filósofo alemán reconocía que muchas guerras se habían desencadenado debido a errores de cálculo por parte del Estado agresor, confiado con respecto a una supuesta debilidad del Estado agredido, lo que Fichte buscaba al postular el incremento continuo de poder de los Estados como principal objetivo de la política estatal era precisamente disuadir a los demás Estados de emprender una guerra de agresión (Philonenko, 2003: 56-57).

La propia idea de Estado comercial cerrado apoyaba la constitución de un Estado fuerte que se mantuviese neutral frente a los otros Estados (Philonenko, 2003: 58). A falta de un ordenamiento jurídico supraestatal que garantizase la paz entre los Estados, una política basada en la disuasión podría ser el mejor medio para garantizar una cierta estabilidad fundada en un equilibrio de poder que, sin embargo, como el propio Fichte reconocía, aun cobrando realidad, se revelaba como frágil e inestable, no pudiendo asegurar una paz perpetua. No obstante, pese a los riesgos que implicaba, la posibilidad de la guerra debía estar siempre presente, pues impedía, como ya había opinado Kant, que la nación cayese en el “egoísmo, la cobardía y la molicie”, que la haría presta a ser conquistada por otro Estado (Philonenko, 2003: 58-59).

En último término, en la concepción fichteana la guerra era necesaria para proteger

---

201 Esta concepción de las relaciones interestatales de Fichte encierra una crítica directa a los proyectos federalistas de “paz perpetua” típicos de la Ilustración como los esbozados por Kant, Rousseau o el abad de Saint Pierre, por citar los más conocidos. Para Fichte, estos proyectos estarían abocados al fracaso pues, al agrupar a Estados con diferente nivel de desarrollo, propiciarían que el Estado más poderoso terminase manipulando la federación con el fin de llevar a cabo sus intereses, convirtiéndola de facto en una tiranía (Philonenko, 2003: 59-61).

202 Así formulaba estos principios de la *Realpolitik* el propio Fichte: “1) El vecino, a no ser que tenga que considerarte como su aliado natural contra un terrible poder que os amenace a ambos, está siempre dispuesto, a la primera ocasión, la cual no dejará de presentarse, a engrandecerse a tu costa. Tiene incluso que hacerlo si es inteligente e incluso si se tratara de tu hermano. 2) No basta en absoluto con que defiendas tu territorio en sentido propio, sino que has de mantener bien abiertos los ojos respecto de todo lo que pueda tener influjo sobre tu situación; no tolere de ninguna manera que se modifique nada en tu perjuicio dentro de los límites de tu influencia, y no desperdices ninguna ocasión en que puedas modificar algo en tu favor. Ten en efecto, la seguridad de que el otro hará lo mismo en cuanto pueda de manera que si omities hacerlo tú, quedarás siempre en desventaja respecto al otro. Quien no crece, decrece cuando los otros crecen” (Meinecke, 1983: 380).



una unidad política que la nación precisaba si pretendía hacer realidad el proyecto educativo que permitiría desarrollar las esencias nacionales. Y es que en Fichte, el Estado siempre está subordinado a la nación (Bermejo, 2009: 350). Lo que estaba legitimando por tanto Fichte era un nuevo tipo de guerra: la “guerra nacional”, que él denomina como “guerra legítima”, y confronta a la “guerra feudal”, que no es más que la guerra dinástica anterior que luchan ejércitos profesionales para hacer valer los derechos soberanos de sus propietarios monárquicos (Philonenko, 2003: 57).

Al fundamentar la guerra como elemento necesario para el desarrollo de la nación, Fichte introducía un nuevo elemento en la conceptualización de esta última. Además de definirse de manera positiva en términos culturales, también pasará a definirse de manera negativa en oposición a una nación extranjera opresora contra la que es necesario rebelarse (Bermejo, 2009: 348). La propia historia legitima esta nueva concepción pues, para Fichte, el enfrentamiento actual del pueblo alemán contra el pueblo francés se retrotrae a la lucha del germano contra el romano de la Antigüedad, donde el germano constituiría la encarnación en germen de la esencia de la nación alemana, mientras que el francés se identificaría con el romano. En consecuencia, la lucha actual no sería más que una nueva fase en el perpetuo enfrentamiento que la nación alemana debe sostener con el fin de garantizar su supervivencia (Bermejo, 2009: 351).

### **2.3.3. Clausewitz**

Siguiendo la estela del pensamiento maquiavélico, Fichte fundamentó desde un punto de vista filosófico la relación entre el Estado y la violencia. Así, según su opinión, la guerra constituía uno de los instrumentos fundamentales de la razón de Estado. Como explicaré a continuación, el militar prusiano Karl von Clausewitz, contemporáneo de Fichte, también racionalizó la guerra como un instrumento de la *Realpolitik*. No obstante, Clausewitz formulará esa nueva concepción de la guerra en el ámbito, no de la filosofía política, sino de la teoría militar. Hasta entonces, el pensamiento militar había estado influido por los principios ilustrados. Clausewitz, cuya obra también debe ser encuadrada dentro del movimiento de la Contra-Ilustración alemana, reaccionó contra los principios de ese pensamiento militar ilustrado revolucionando con ello los fundamentos de la teoría militar, que a partir de entonces podría ser considerada como una verdadera ciencia. Por esa razón, ha sido considerado como el mayor pensador militar occidental de todos los tiempos. Así, pues, con el fin de contextualizar la renovación que su obra supuso y así valorar mejor su significación, comenzaré por explicar esos fundamentos del pensamiento militar ilustrado que el general prusiano transformó.

En líneas generales, podría decirse que la Ilustración se caracterizó, desde el punto de vista del pensamiento militar, por ser la primera época en la que hubo un esfuerzo consciente de búsqueda de una teoría universal de la guerra (Gat, 2001: 27-55). Esta búsqueda de los principios universales que regían la práctica militar fue llevada a cabo por los propios generales de la época, hombres de estatus social aristocrático como el mariscal Mauricio de Sajonia, el Marqués de Puységur o A. H. D. von Bülow, combinando su propia experiencia en el campo de batalla con el estudio sistemático de los tratados militares y obras historiográficas del pasado. Ello produjo un incremento notable del número de obras, en particular durante la segunda mitad del s. XVIII, destinadas a la comprensión del arte de la

guerra (Gat, 2001: 27).

En estos tratados militares de la Ilustración, los temas más discutidos eran los relacionados con la organización y disciplina, la disposición de los ejércitos sobre el terreno y la composición de las tropas. Es decir, aquellos temas que suscitaban más problemas a los generales del s. XVIII (Lynn, 2004: 125). Habida cuenta de que la infantería conformaba el grueso de las tropas y era considerada el arma más importante en el campo de batalla, se reavivó el interés en el estudio de la tradición militar de la Antigüedad clásica, siendo especialmente valorados como modelos por su organización, disciplina y eficiencia los ejércitos de infantería espartano y romano. Era una opinión común de la época que, pese a la introducción de nuevas armas como la artillería o las armas de fuego portátiles, los principios del arte de la guerra se mantenían en esencia intactos<sup>203</sup>. Como el más prolífico autor militar del proyecto de la *Encyclopédie*, Guillaume Le Blond, aseveraba: *It is to the Greeks that one owes the first principles or the first writings on tactics [...] The basis of modern tactics is composed of that of the Greeks and the Romans* (Lynn, 2004: 127). De este modo, el estudio de los autores grecorromanos sugirió en esta época reformas tales como la marcha marcando el paso, el disparo en contramarcha, etc. (Lynn, 2004: 127-128).

Pero no solo se estudiaba a los tratadistas e historiadores militares de la Antigüedad clásica en busca de ejemplos con los que mejorar la organización, disciplina y actuación de los ejércitos, sino que asimismo se tomó de sus obras el vocabulario con el que habían elaborado una primera conceptualización del arte de la guerra. Por la importancia que alcanzarán en la tratadística militar posterior, pues serán considerados como las dos ramas principales en que se divide el arte de la guerra, hubo dos conceptos de la cultura militar clásica recuperados por los pensadores ilustrados a los que, matizándolos, otorgaron el significado que tienen hoy en día: táctica y estrategia.

El concepto de táctica había sido raramente usado hasta el s. XVIII. Sin embargo, a partir de entonces, comenzó a ser muy empleado por los pensadores militares ilustrados quienes, en un principio, respetaron su sentido griego original para significar con él el sistema de organización del ejército y formación de batalla. No obstante, en 1760 y particularmente en la década de 1770, cuando este concepto quedó definitivamente fijado en el vocabulario

---

203 No obstante, se debe matizar que este “revival” de la cultura militar clásica venía de atrás. En la Italia renacentista el ejemplo de la infantería clásica había sido la base a partir de la que ciertos pensadores como Maquiavelo habían intentado modelar los ejércitos de las ciudades-estado que poblaban la Península Itálica (Gilbert, 1986: 22-31). Desde las ciudades-estado de la Península Itálica, el estudio de la cultura militar clásica se difundiría por toda Europa en los siguientes siglos, inspirando buena parte del pensamiento y la práctica militares. Buena prueba de ello fueron las reformas realizadas por Mauricio de Nassau en el ejército neerlandés a partir de la organización y tácticas del ejército imperial romano a principios del s. XVII (Gat, 2001: 18). Además, en términos militares, el ejemplo clásico ya había estado presente en la Edad Media (Richardot, 1998). Pero, entonces, se leían los tratados militares y las obras historiográficas del pasado clásico como si fuesen tratados de caballería. Por el contrario, el nacimiento de la idea de anacronismo en la Italia renacentista determinó que los pensadores políticos y militares, como Maquiavelo, comenzasen a percibir la diferencia entre la práctica militar medieval y la clásica. Con todo, pese a reconocer la existencia de una cierta diferencia entre el pasado y el presente, la perspectiva historicista que ello implicaba era todavía demasiado débil como para romper la concepción de un pasado esencialmente idéntico al presente y, por tanto, paradigmático que se había heredado de la propia Antigüedad clásica (Schifmann, 2011: 138-198). De ahí que los pensadores militares de la Ilustración considerasen que los principios que regían el arte de la guerra fuesen los mismos en todas las épocas históricas.

de la teoría militar y se consideró como el núcleo de la misma, se empezó a usar como término general para la dirección de operaciones en su conjunto. Puesto que se tendía a considerar la dirección de los ejércitos en el campo de batalla como el producto de la disposición del ejército sobre el terreno y sus doctrinas relacionadas, se consideraba que la táctica también implicaba la dirección de la batalla en sí misma.

Por otro lado, sería Paul Gideon Joly de Maizeroy, autor que tradujo los clásicos militares bizantinos al francés, el que introduciría en la jerga militar ilustrada el concepto de estrategia (Gat, 2001: 41-45). Este concepto, que derivaba originariamente de la palabra griega usada para designar al general del ejército, ya había sido usado por el emperador bizantino Mauricio como título para su tratado acerca del arte militar escrito en el s. VI: *Strategikon*. Maizeroy, por su parte, lo empleó por primera vez en 1777 en su obra *Theorie de la guerre*. El concepto penetró muy lentamente en el vocabulario militar francés y era desconocido en Gran Bretaña al comienzo del s. XIX. En Alemania, sin embargo, donde Maizeroy fue muy leído, el término fue rápidamente aceptado e incorporado a la literatura militar desde la década de 1780.

Por último, en lo que se refiere a estos dos conceptos extraídos de la cultura militar clásica, hay que decir que a lo largo de casi todo el s. XVIII las reflexiones teóricas de los pensadores militares de la Ilustración se centraron en las cuestiones tácticas que, como he dicho, se consideraban el fundamento de la dirección de operaciones. La distinción actual entre estrategia y táctica, con la primera como ámbito primordial de discusión teórica, se la debemos al pensador militar alemán Bülow, mientras que el significado definitivo de los dos términos sería fijado por Clausewitz. A partir de entonces ese uso y significado serían difundidos y aceptados en toda Europa a lo largo del s. XIX merced a la preponderancia que, especialmente a partir de mediados de ese siglo, alcanzó el pensamiento militar alemán.

Por otra parte, la sistematización del arte militar puede considerarse, en parte, una respuesta de los propios generales y oficiales a la complejidad cada vez mayor que, con la profesionalización de los ejércitos, el aumento de su tamaño y la prolongación de las campañas, planteaba la dirección de las operaciones militares. En este sentido, a ese anhelo de dotar de un estatus científico a la práctica militar le era inherente, como no podía ser de otra manera tratándose de la época ilustrada, un objetivo pedagógico: mejorar la instrucción de unos generales y oficiales, cuyas credenciales para conducir la vida de miles de hombres hacia la gloria de la victoria o la muerte habían sido hasta entonces las de su noble cuna. Por lo tanto, al tiempo que florecía la tratadística militar, por toda Europa comenzaron a abrirse escuelas y academias destinadas a la formación de esos aristócratas que deseaban servir en el ejército del rey como sus oficiales<sup>204</sup>. En 1752 fueron fundadas la “École royal militaire” de Francia y la “Militär-Akademie” del Imperio Austriaco; en 1765 Federico II de Prusia creaba su “Académie militaire”, también conocida como la “Académie des nobles”, etc. (Gat, 2001: 61).

En estas academias militares, el futuro oficial recibía una instrucción completa. El programa de estudios estaba orientado a formar no solo al futuro profesional, sino al

---

204 Hay que matizar que las destinadas a la formación de oficiales no fueron las únicas escuelas militares, sino que, más o menos por la misma época, comenzaron a constituirse también por toda Europa academias específicas destinadas a la formación de los ingenieros y artilleros que servían en el ejército (Gat, 2001: 62).

hombre. Así, el currículum incluía una educación básica en la que se estudiaba religión, idiomas, arte, la cultura clásica; seguida por otra más especializada en la que el cadete recibía clases de ciencias puras y aplicadas, historia, geografía, estadística, lógica, ética, naciones y guerra. Finalmente, el estudio de la ciencia militar en sí se dividía en las siguientes disciplinas: equipamiento, organización y armamento; arquitectura militar; táctica<sup>205</sup>. Sin duda alguna, junto con la escritura de tratados militares, la apertura de estas “universidades militares”, contribuyó a dotar de mayor dignidad al oficio militar desde un punto de vista teórico y práctico. Como consecuencia, y aunque a ello también otorgó su credibilidad la creciente complejidad que implicaba dirigir un ejército, a partir de esta época comenzó a ser una opinión común que la guerra era un arte que requería ser practicado por hombres de especial talento (Gat, 2001: 64).

No obstante, esta orientación pedagógica que adquirió la Ilustración en el ámbito militar tuvo mayor peso en el conglomerado de Estados alemanes, mientras que Francia fue el referente en lo que se refiere a los avances en el terreno del pensamiento (Gat, 2001: 57-58). También en el ámbito alemán surgió por primera vez la revista o periódico dedicados a asuntos militares: la *Kriegsbibliothek* de Gröben, creada en 1755, sería la primera de Europa. Este tipo de publicaciones, que alcanzarían un gran florecimiento en los Estados alemanes, posibilitaron también en buena medida la difusión de los principios del arte militar ilustrado y funcionaron como un excelente medio de comunicación para una comunidad de oficiales mejor instruida y preparada que, más allá de los restringidos marcos de los regimientos particulares en que servía, compartían las mismas inquietudes intelectuales (Gat, 2001: 67-68). Entre otras cosas, la sensibilidad común que los tratados, periódicos y academias militares forjaron, contribuyeron en la práctica a regular un arte de la guerra sobre el que los principios ético-teológicos del cristianismo perdían su influencia.

Nacido en 1780, Clausewitz fue un producto típico de las academias militares que habían comenzado a proliferar por todo el continente europeo desde mediados del s. XVIII. Hijo de un militar que había servido como oficial en el glorioso ejército de Federico II, Clausewitz entró a los doce años en la escuela regimental de Potsdam<sup>206</sup> donde fue reclutado como suboficial de infantería (Gallie, 1979: 79-80). A esa temprana edad tuvo su primera experiencia con el combate real luchando contra los ejércitos revolucionarios franceses, y recibió su primera formación militar que complementaba con sus propias lecturas<sup>207</sup>. Esta

---

205 He tomado como ejemplo el programa educativo diseñado por el coronel Ferdinand Friedrich von Nicolai para la academia militar de Tübinga (Gat, 2001: 64).

206 A lo largo del s. XVIII fue un hecho común el que todos los Estados europeos construyesen regimientos, una especie de campamentos permanentes en las afueras de las ciudades, con el fin de albergar allí a sus cuerpos de tropa profesionales. Estas instituciones estaban destinadas a solucionar dos problemas estrechamente relacionados: las quejas suscitadas por los ciudadanos, que hasta entonces estaban obligados a albergar en sus casas a esos soldados; y el problema crónico de la indisciplina derivada de la baja condición social de estos soldados, pero que, sobre todo, espoleaba y agudizaba otros problemas también crónicos de abastecimiento y retrasos en las pagas (Martines, 2013: 151-183). En estos regimientos, regidos por un estricto código disciplinario, se instituyeron, asimismo, escuelas militares a las que asistían los hijos de las familias burguesas o de la nobleza de segundo rango, como era el caso de Clausewitz.

207 Calificado como “lector voraz”, esta afición a la lectura le permitió entrar en contacto desde muy joven con autores considerados clásicos en aquel momento como Montesquieu o Maquiavelo, con las máximas figuras del pensamiento y la literatura alemana de la época como Kant, o los grandes representantes del *Sturm und*

formación militar se completaría en la Escuela Militar de Berlín, a la que fue admitido para un curso de tres años en 1801.

Sobre todo, su paso por esta escuela militar fue importante porque allí conoció al que sería su mentor y principal influencia teórica: Scharnhorst. Este, que llegó a ser reconocido como el militar alemán más destacado de su tiempo, había accedido al cargo de director de la Escuela Militar de Berlín a la llegada al trono prusiano de Federico Guillermo III en 1797. De condición humilde, su destacada actuación en el ejército de Hannover contra los ejércitos franceses le granjearon la invitación del monarca prusiano a entrar en su ejército; un ingreso que llevaba vinculada la entrada en las filas de la “feudal” aristocracia prusiana (Paret, 1986: 189).

Aunque representante de la *Aufklärung* militar (Gat, 2001: 165), Scharnhorst conocía las nuevas ideas que estaban flotando en el ambiente intelectual alemán desde fines del s. XVIII, especialmente el historicismo herderiano (Gat, 2001: 164-165), siendo uno de los primeros en reconocer la importancia que los cambios políticos y sociales producidos por la Revolución habían tenido en la nueva forma de combatir de los ejércitos franceses. Consciente, pues, desde el principio, merced a su experiencia en el campo de batalla, de que el ejército prusiano necesitaba reformarse según el modelo de los ejércitos revolucionarios si alguna vez quería tener la oportunidad de enfrentarse a ellos con garantías, Scharnhorst convenció al nuevo monarca prusiano de que, además de a los jóvenes aristócratas, permitiera el ingreso a las escuelas de oficiales más prestigiosas a los jóvenes de condición más humilde que demostrasen un mayor talento. Esta fue la vía de acceso de Clausewitz a la Escuela Militar de Berlín. Scharnhorst pronto supo reconocer el talento en el joven Clausewitz; no en vano, el futuro autor de *De la guerra* finalizaría como el primero de su promoción. A partir de entonces, y fortalecida también por el sentimiento de compartir un origen social común, se establecería una estrecha relación entre ambos que perduraría hasta la muerte de Scharnhorst en 1813 (Paret, 1986: 189).

Epígono de la *Aufklärung*, Scharnhorst, sin embargo, criticó lo que parecía un excesivo enfoque en las matemáticas y la geometría como clave de la estrategia en su máximo representante, el ya citado Bülow. A juicio de Scharnhorst, la perspectiva teórica de Bülow empobrecía la comprensión de la guerra y, además, propiciaba que cualquiera de sus propuestas cayese en contradicción con lo que podía probar la experiencia. Para el mentor de Clausewitz, una verdadera ciencia de la guerra debía estar basada en conceptos que emergiesen a partir de la práctica bélica real (Gat, 2001: 167). De ahí que, haciéndose eco del historicismo imperante en el ámbito intelectual alemán, no se limitase a recoger de las obras del pasado los ejemplos de campañas o maniobras que mejor se adecuaban a sus presupuestos teóricos, sino que mostró una tendencia distintiva a realizar reconstrucciones detalladas, concretas y exhaustivas de esos ejemplos<sup>208</sup>. En la concepción de Scharnhorst, tan

---

Drang, Goethe y Schiller. Todas esas lecturas, como ha sido frecuentemente señalado por sus biógrafos (p. ej. Paret, 1979), influirían al adulto teórico de la guerra.

208 Dicho esto, Scharnhorst creía que en el estudio de algunas ramas de la guerra, tales como la artillería, las fortificaciones o el asedio podía y debía echarse mano de la geometría y las matemáticas. A lo que se oponía era a que el único trabajo del general a la hora de diseñar su estrategia fuese calcular los movimientos que su ejército debía realizar sobre el terreno con la ayuda de mapas y los instrumentos matemáticos (Gat, 2001:



solo un relato histórico que transmitiese la complejidad de los factores y fuerzas activos en los conflictos bélicos, —que nunca podrían ser explicados a partir de un único factor o principio—, podría ser considerado como una reconstrucción de la auténtica realidad de la guerra (Gat, 2001: 164-165). Clausewitz heredaría de su mentor este gusto por la reconstrucción histórica de las campañas de épocas pasadas. De este modo aprendió que la teoría tenía que ser concreta y circunstancial, englobar la complejidad de las condiciones políticas, humanas y militares que conformaban la realidad de la guerra: esto es, estar estrechamente vinculada a la experiencia histórica. Tal teoría formaría principios libres y no dogmáticos, alejándose de las abstracciones propias del pensamiento militar ilustrado (Gat, 2001: 169).

Asumiendo como propias las inquietudes teóricas de su maestro, Clausewitz inició ya durante su etapa en la Escuela de Berlín su actividad como pensador militar, que desde entonces combinaría con su carrera como soldado profesional en el ejército prusiano. Siguiendo los pasos de Scharnhorst, sus primeros artículos constituyen una crítica de la concepción teórica de la Ilustración. En ese sentido, se puede decir que Clausewitz seguía la tendencia imperante en su época en el ámbito intelectual alemán en general consistente en criticar los principios de la Ilustración francesa. Un ejemplo paradigmático de su postura compartida con el resto de intelectuales alemanes de su generación, que se radicalizó a partir de 1806 con la invasión napoleónica, puede encontrarse en un artículo suyo, escrito en 1807 a su regreso a Prusia tras ser retenido en París como prisionero de guerra, en el que compara las características nacionales de franceses y alemanes<sup>209</sup>. Así, mientras describe los sentimientos y el pensamiento francés como activos, excitados y rápidos, pero al mismo tiempo superficiales y prestos a sacrificar el contenido por el bien de la apariencia y la forma, los sentimientos y pensamiento alemanes son caracterizados como tranquilos, profundos y penetrantes, teniendo por objetivo siempre una exhaustiva comprensión y expresividad (Gat, 2001: 176; cf. Aron, 2009: 19-20).

Además de una perspectiva historicista que le inculcaron fundamentalmente las enseñanzas de su mentor Scharnhorst, Clausewitz también asumió la otra idea clave de los pensadores de la Contra-Ilustración: la imposibilidad de definir racionalmente según leyes mecánicas y universales los fenómenos vitales; como he dicho, idea por primera vez expuesta por Kant en su *Crítica del Juicio*. En esa obra, el filósofo de Königsberg, al tratar de la facultad estética en el hombre, cae en la cuenta, al formular su “idealista” concepto de lo bello como una forma que produce agrado a los sentidos más allá del objetivo para el que fue concebido, que en el artista existe una libertad creadora, precisamente porque no tiene objeto, que es irreductible a todo análisis racional. De ahí su definición del genio: “es el talento (dotación natural) que da la norma al arte. Como el talento mismo, en cuanto es una facultad innata

---

166).

209 Hasta entonces indica Aron que su patriotismo era de signo prusiano (2009: 20). Hay que recordar también la esencial identidad de su actitud en ese escrito de 1807 con la del Fichte de los *Discursos a la nación alemana*. De hecho, Clausewitz recurrirá a la comparación histórica para expresar las diferencias entre alemanes y franceses. Así, los franceses seguirán siendo comparados a los romanos del pasado, mientras que los alemanes serán comparados con los griegos (Aron, 2009: 21). Esta comparación con los griegos y la idealización del pasado griego, llegando incluso a situar los orígenes históricos de la nación alemana en la antigua Hélade, será una de las características de los pensadores alemanes de la Contra-Ilustración y el Romanticismo.

productora del artista, pertenece a la naturaleza, podríamos expresarnos así: genio es una capacidad espiritual innata (*ingenium*) mediante la cual la naturaleza da la regla al arte” (Kant, 2007: 262). Esta nueva definición del artista, del creador, precisa también de una nueva definición de la actividad creadora, artística, en sí misma: “Arte se distingue de naturaleza, como hacer (*facere*) de obrar o producir en general (*agere*), y el producto a consecuencia del primero, como obra (*opus*), de la segunda, como efecto (*effectus*). Según derecho, debiera llamarse arte solo a la producción por medio de la libertad, es decir, mediante una voluntad que pone razón a la base de su actividad” (Kant, 2007: 257).

El genio creador es, por tanto, un rasgo propio de cada artista, de su carácter único, de su individualidad. Así, el análisis de la dimensión creadora del hombre lleva a Kant a reconocer la existencia de un componente irracional en su alma derivado de su esencial libertad. Esto permite establecer una clara dicotomía a Kant entre el hombre que conoce, el científico, cuya finalidad es conceptualizar, racionalizar el mundo, y el hombre creador, como se puede observar a partir de la relación que establece entre los conceptos de arte y ciencia en su propia *Crítica del Juicio*: “Arte, como habilidad del hombre, distínguese también de ciencia (poder de saber), como facultad práctica de facultad teórica, como técnica de teoría (como la agrimensura de la geometría); y entonces, lo que se puede hacer, en cuanto solo se sabe qué es lo que se debe hacer y así solo se conoce suficientemente el efecto deseado, no se llama precisamente arte” (Kant, 2007: 258). Es decir, que al contrario que lo que sucede en el ámbito del conocimiento puro, ningún tipo de conceptualización es suficiente para explicar racionalmente la actividad artística del hombre. Dicho de otro modo, el arte produce un tipo de conocimiento que no es susceptible de una sistematización conceptual, sino que, antes bien, mostraría la diversidad y variabilidad humana, por lo que se avendría bien a un análisis de corte historicista<sup>210</sup>. Cualquier tipo de unidad, entendiendo el arte como el combinar de manera libre los medios dados con arreglo a producir un determinado fin, vendría dada precisamente por la definición de la finalidad de la actividad artística en cuestión. Por lo tanto, el nuevo concepto de arte implicaba la introducción de una perspectiva teleológica en su definición.

Según una opinión comúnmente admitida entre los analistas de la obra del autor de *De la guerra* desde que Hermann Cohen la expresase por primera vez en 1883, el nuevo ideal de ciencia con el que Clausewitz pretendía renovar el estudio de la guerra estaba enraizado en la teoría del arte kantiana tal y como había sido formulada en la *Crítica del Juicio*<sup>211</sup>.

---

210 Fundamentalmente lo que la definición kantiana del “genio” cambia con respecto a la neoclásica es que revierte la jerarquía entre los conceptos de “genio” y “normas”. Desde el punto de vista de los representantes del neoclasicismo eran las normas de la creación artística, que perfectamente se podrían formalizar, las que daban su medida al genio, y no al revés, como se sostiene en la definición kantiana. Dicho de otro modo, si para los neoclásicos el genio era el que seguía unas normas universales e idénticas para cualquier época, y por ende el secreto consistiría en identificar esas normas, para el romántico el genio era el que creaba las normas. En el núcleo de la reacción alemana a la Ilustración francesa hay una exaltación del individuo, su creatividad y expresividad.

211 Entre los especialistas en la obra clausewitziana que han suscrito esta opinión se encuentran Hans Rothfels, Walter Schering, Erich Weniger, Peter Paret y Werner Hahlweg (Paret, 1979: 160-163). No obstante, existen excepciones a esta opinión general. Así, Raymond Aron mantiene ciertas dudas con respecto a esta cuestión, prefiriendo postular una familiaridad de Clausewitz con la obra kantiana, antes que observar una influencia directa (1993: 329-332). Por su parte, para W. B. Gallie la principal influencia de Kant en el pensamiento clausewitziano no se dejaría sentir en su concepción de la ciencia y el arte, sino más bien en la

Influencia directa o no aparte, la cuestión es que el estudio de la obra de Clausewitz revela, como detallaré a continuación, las mismas concepciones de arte y ciencia que había establecido el filósofo de Königsberg, y la misma relación entre ambos conceptos<sup>212</sup>.

Por otra parte, que el militar prusiano partiese de una teoría del arte como base en virtud de la cual renovar el estudio científico de la guerra, no debe sorprendernos. Al igual que los pensadores militares de la Ilustración, concebía la guerra como un arte. Sin embargo, para esos pensadores militares ilustrados, la consideración de la guerra como arte no excluía el hecho de que ese arte pudiese ser susceptible de conocimiento científico, pues creían que las reglas y principios que sistematizaban en sus obras a partir de su propia experiencia y el estudio de las grandes campañas del pasado eran válidas para toda época y lugar. Es decir, que la formulación de un conjunto de conceptos era suficiente para producir un conocimiento total del arte de la guerra<sup>213</sup>. La reacción de Clausewitz contra este ideal científico de los autores militares ilustrados se puede observar desde sus primeros escritos. Siguiendo los pasos de Scharnhorst, en 1805 publicará una reseña crítica sobre el *Lehrsätze des neueren Krieges* de Bülow, en la que critica, tal y como era costumbre en su mentor, el carácter excesivamente abstracto y alejado de la realidad bélica de la propuesta estratégica del pensador ilustrado.

En general, el pensamiento militar de la Ilustración estaba dominado por dos condicionantes históricos, uno de tipo político y otro de tipo propiamente militar, estrechamente vinculados. El estado de agotamiento en que había quedado Europa tras los excesos de las guerras de religión que habían arrasado especialmente el centro del continente durante más o menos un siglo, motivó que a la conclusión de la Paz de Westphalia, los diferentes Estados soberanos y las dinastías monárquicas que los regían diesen por buena una política que fomentase el equilibrio de poder dentro del continente europeo (Dyer, 2007: 202). Ello implicaba, desde un punto de vista militar, el ejercicio de un mayor control de la Corona sobre sus soldados, es decir, un aumento de la disciplina. A estas necesidades disciplinarias respondieron varias medidas. En primer lugar, la creación de los regimientos en las afueras de pueblos y ciudades donde residían de manera permanente las diversas guarniciones de soldados profesionales. En segundo lugar, el establecimiento de un sistema de depósitos y almacenes de provisiones en todo el territorio estatal con el fin de subsanar las frecuentes fallas en el abastecimiento, fuente de desertiones, masacres y todo tipo de actos de indisciplina hasta entonces (Gat, 2001: 77). Y, por último, la mejora de un aparato burocrático destinado a ejercer un mayor control sobre la población y sus recursos con el fin de mejorar un sistema recaudatorio necesario para alimentar la máquina de guerra (Martines, 2013: 250-254).

---

aplicación por parte de Clausewitz a lo largo de toda su obra de la dialéctica kantiana como principio metodológico (Gallie, 1979: 105-106).

212 El historiador del pensamiento militar Azar Gat recuerda que, pese a que no existe una evidencia directa de que Clausewitz hubiese leído a Kant, lo cierto es que en la Escuela Militar de Berlín recibió clases de matemáticas y lógica por parte de Kiesewetter, uno de los más famosos divulgadores de la filosofía kantiana (Gat, 2001: 177-178).

213 Se pueden considerar como paradigmáticas al respecto las palabras del enciclopedista Guillaume Le Blond: *let us observe from the outset that war is an art which has its principles and rules que son no more than the fruit of observation* (Lynn, 2004: 126).

La cuestión es que el deseo de mantener alejadas las ambiciones imperiales de Europa con el fin de mantener una relativa calma y equilibrio, junto con el control de los desmanes de la soldadesca, dieron lugar a un nuevo tipo de guerra (Gat, 2001: 97). Esta se caracterizaba tanto por la renuencia a la lucha de batallas: el ideal imperante en la época decía que el mejor general era aquel que lograba la victoria sin la necesidad de derramar una gota de sangre (Lynn, 2004: 129-130). De este modo, en la práctica militar del s. XVIII, la elección de las rutas, o “líneas de operaciones” como fueron denominadas por el pensador británico H. H. E. Lloyd (Gat, 2001: 77), más adecuadas se convirtió en la clave de toda estrategia. La finalidad era poder aislar al ejército enemigo de su sistema de depósitos, penetrando en su territorio o bien atrayéndole hacia el propio. Ello le situaría en una posición de extrema debilidad que le obligaría a rendirse sin la necesidad de presentar batalla.

Así, la relativa ausencia de batallas de este período, junto con la preponderancia que adquirió como tarea clave del general el seleccionar los movimientos sobre el terreno, o como se denominan en la jerga militar “maniobras”, que colocarían a su ejército en posición de lograr la victoria, determinaron no solo la imagen prototípica de la guerra del s. XVIII, sino, asimismo, el objeto propio del pensamiento militar de este período<sup>214</sup>. Habida cuenta de la dependencia de los ejércitos de su sistema de avituallamiento, una de las tareas fundamentales de todo general era hallar la mejor manera de distribuir los almacenes y depósitos según las rutas naturales en el interior de cada territorio estatal. La otra cuestión esencial sería determinar la distancia exacta a que se podrían alejar los ejércitos de su sistema de almacenes, denominado por Bülow como “base de operaciones”. Todo ello evidentemente reducía la estrategia en la denominada “guerra de maniobras” dieciochesca a un mero problema de cálculo matemático y geométrico<sup>215</sup> (Palmer, 1986: 115). Esta era una concepción de la estrategia alentada, sin duda, por las mejoras en el diseño de mapas que experimentaron un creciente uso por parte de los generales en esta época. En estos mapas se localizaban no solo la base de operaciones sino que se dibujaban las posibles líneas de operaciones (Gat, 2001: 76). Así se explica que la denominada “guerra de maniobras” dieciochesca se transformara en las elaboraciones teóricas de un Bülow, por ejemplo, en un mero problema geométrico.

Como he venido repitiendo a lo largo de este capítulo, un ejército disciplinado era preciso para que los monarcas apuntalasen su soberanía dentro de sus territorios. No obstante, el elevado riesgo político y económico que implicaba su uso en la guerra, —que incluso podría conducir al colapso del Estado—, es el factor que mejor explica que el cálculo de costes y beneficios con respecto a los asuntos bélicos, y no consideraciones de tipo moral, fuese la actitud predominante en los estadistas y generales del s. XVIII. Sufragar la guerra era, desde finales de la Edad Media, la actividad más onerosa para las arcas reales; una actividad que provocó no solo el endeudamiento de todos los Estados soberanos europeos que la

---

214 Esa imagen de la guerra dieciochesca como “guerra de maniobras” se debió en buena medida al triunfo de la perspectiva clausewitziana a partir de finales del s. XIX, como indica A. Gat (2001: 95-96).

215 Las mejoras en el diseño de mapas, que comenzaron a ser muy usados por los generales a partir de este s. XVIII, sin duda también contribuirían a fomentar esta concepción de la estrategia. En general, en esos mapas se localizaba la base de operaciones y se dibujaban las posibles rutas, o líneas de operaciones, que seguiría el ejército en campaña (Gat, 2001: 76).

practicaron durante esa época, sino, asimismo, la bancarrota en muchos de ellos.

La creación de ejércitos regulares, compuestos por soldados profesionales sometidos a un estricto código disciplinario, y las mejoras en los sistemas de abastecimiento y financiación de estos ejércitos fue una primera medida con la que los monarcas trataron de racionalizar los gastos que acarreaba la guerra (Howard, 1983: 75-76). Los Estados no podían emprender grandes aventuras militares que implicasen la anexión de otros Estados y la lucha de batallas, porque la destrucción del ejército que estas ambiciosas empresas militares podían acarrear equivalía al colapso del Estado, materializado en la bancarrota económica y el fin de la dinastía gobernante<sup>216</sup>.

Además, pese a las mejoras en el sistema de avituallamiento y financiación militares, el riesgo de destrucción del ejército en este tipo de empresas todavía era muy elevado; y no solo porque se siguiesen produciendo fallas en el abastecimiento y los soldados continuasen sufriendo retrasos e incluso la cancelación de sus salarios, sino también por factores de tipo moral e ideológico: la profesionalización de los ejércitos, sobre todo, a partir de mediados del s. XVII, trajo aparejado un incremento del reclutamiento forzoso.

Con el fin de acrecentar sus números, los nuevos ejércitos profesionales se constituyeron a partir tanto de tropas de mercenarios como de las gentes más pobres y de peor condición moral de los estamentos inferiores que eran obligados a servir en el ejército del rey. Pero este reclutamiento forzoso era tremendamente impopular. Habida cuenta de las penosas condiciones de vida que acarreaba el ejército y la guerra, la mayor parte de la población de los estamentos inferiores hacia los que se enfocaba ese reclutamiento preferían siempre desertar, pagar a sustitutos endeudándose, o incluso auto-lesionarse para poder escapar de lo que consideraban una muerte segura y atroz, peor incluso que la del hambre provocada por las malas cosechas, pues la realidad de la guerra seguía siendo terriblemente dura. Además, en las guerras se luchaba por defender los derechos de la Corona, por lo que el pueblo, el vulgo común, los miembros de los estamentos inferiores no concebían esas guerras como propias (Martines, 2013: 39-42).

Desde este punto de vista, no debe extrañarnos que, en muchas ocasiones, los ejércitos se desintegrasen por mor de las desertiones antes de llegar siquiera a encarar al ejército rival. Tampoco debe sorprendernos la renuencia a la lucha de batallas teniendo en cuenta el devastador efecto que una derrota podría tener sobre la moral y, por ende, disciplina del ejército, a menos que el riesgo de perderla fuese mínimo<sup>217</sup> (Lynn, 2004: 128). A este respecto, las palabras de Federico II de Prusia citadas por el historiador militar Michael Howard, resumen perfectamente la clave del pensamiento estratégico de los ejércitos de las monarquías absolutistas:

---

216 Sin duda alguna, también hay que decir que, el miedo a que el pueblo se rebelase contra su poder, fue una razón poderosa que llevó a los monarcas, a lo largo de la Edad Moderna, a decantarse por ejércitos profesionales y descartar la posibilidad de un ejército ciudadano. Esta situación determinó la enorme importancia del dinero y los factores logísticos durante este período de la historia militar europea.

217 Por supuesto, el s. XVIII no está exento de la lucha de grandes batallas como las que enfrentaron a Federico II de Prusia con la emperatriz María Teresa de Austria, o las de las sucesivas guerras de coalición contra la Francia de Luis XIV (Lynn, 2010a: 182-183; 186-193).



“El gran secreto de la guerra y la obra maestra de un general hábil consiste en dejar morir de hambre a su enemigo. El hambre agota a los hombres con mayor seguridad que el valor, y se alcanzará el éxito con menos riesgos que combatiendo. Pero puesto que es muy raro que una guerra concluya mediante la captura de un almacén y las diferencias solo se deciden por medio de las grandes batallas, resulta necesario emplear todos estos medios para alcanzar este objetivo”; asimismo, dado que “la guerra solamente se decide por medio del combate y solamente termina por medio de este [...] Las oportunidades que se deben aprovechar son aquellas en que se logran cortar los abastecimientos del enemigo y se puede escoger un terreno favorable” (Howard, 1983: 130-131).

La prudencia y la contención derivadas de la fragilidad de los recién constituidos ejércitos regulares, no solo dominaban la dirección de las campañas militares, sino también el nuevo lenguaje político con el que los monarcas pretendían asegurar su soberanía frente a los monarcas de los otros Estados. El reconocimiento de la mutua soberanía era la clave de ese lenguaje en el que las ocasiones de conflicto por causa de religión, que tanta devastación habían provocado hasta entonces, se mitigaban, poniendo el énfasis, en cambio, en el sentimiento de pertenencia a una clase con unos objetivos e intereses comunes. Reforzaba ese sentimiento de clase entre las dinastías reales europeas los vínculos de parentesco que las unían, fruto de una política matrimonial que, desde tiempos medievales, habían venido practicando cada una de ellas con el fin de buscar aliados para la guerra e incrementar sus dominios territoriales<sup>218</sup>.

El enfoque utilitarista que predominaba en la dirección de las operaciones militares fue el mismo que los grandes pensadores militares de la Ilustración aplicaron a la hora de elaborar sus teorías del arte de la guerra. De esta manera, el pensamiento militar de la Ilustración se caracteriza por una concepción de la teoría que transmitía la imagen de un arte de la guerra racionalizado en un conjunto de principios y normas cuya idea rectora era proporcionar la clave del éxito, la derrota del ejército enemigo, al menor coste posible tanto en vidas humanas como en recursos materiales. En esos tratados militares ilustrados, de igual manera, la determinación de la mejor línea de operaciones y los factores fácilmente cuantificables vinculados a la logística constituían el núcleo de toda deliberación teórica, descartando u omitiendo otros elementos también presentes en la guerra como la batalla y los factores no cuantificables como las energías morales<sup>219</sup>.

Sin embargo, Clausewitz comenzó a desarrollar su propio pensamiento acerca de la naturaleza de la guerra en una época que contempló la aparición de un nuevo tipo de ejércitos nacionales formados por soldados-ciudadanos, y la resurrección de un arte de la guerra en el que la búsqueda de la batalla con el fin de destruir al ejército rival en el combate cuerpo a cuerpo era fundamental. Además, el ambiente intelectual alemán de su época le proporcionó un lenguaje y una nueva concepción de la ciencia y el arte que le permitieron expresar esas novedades e incorporarlas en una nueva teoría de la guerra.

---

218 Que evidentemente también podía ser empleada para legitimar la reivindicación sobre determinados territorios. Los vínculos del parentesco, pues, podían ser usados para justificar la guerra o preservar la paz.

219 No es que los pensadores militares ilustrados omitiesen la consideración de la moral de sus planteamientos estratégicos. Lo que sucede es que en esa época, la moral, el mantenimiento de la disciplina y cohesión de las tropas, estaba determinada sobre todo por la logística: para mantener al soldado en pie de guerra se necesitaba tenerlo bien vestido, alimentado y recibiendo su paga de manera regular.

Entre los últimos años del s. XVIII y los primeros del s. XIX, motivado por el fulgurante éxito de los ejércitos revolucionarios, en los Estados alemanes se había producido un intenso debate canalizado a través de los recién creados periódicos militares. Como resultado de ese debate, en el que se discutían las ventajas e inconvenientes del *ordre mixte* de los ejércitos revolucionarios frente al *ordre mince* típico del ejército prusiano, así como de un ejército de conscripción popular como el de los revolucionarios frente a un ejército profesional como el prusiano (Gat, 2001: 86), la clase militar de los Estados alemanes se dividió en torno a dos posiciones encontradas. Por un lado estaban aquellos que defendían la validez del rígido sistema militar de Federico II de Prusia, inspirado en los principios del pensamiento militar ilustrado. Y, por otro, los defensores del nuevo arte de la guerra practicado por los ejércitos revolucionarios (Gat, 2001: 85).

Clausewitz se situó rápidamente en el lado de los que creían que el nuevo arte de la guerra perfeccionado por Napoleón era eminentemente superior, lo cual se podía comprobar de manera fehaciente en el campo de batalla. Sobre todo, como consecuencia de las reformas políticas y sociales de la Revolución, se percibía que el pueblo francés se identificaba plenamente con su ejército y con la causa por la que luchaba; el apoyo del pueblo a la guerra era total. Frente a los ejércitos profesionales del Antiguo Régimen como el prusiano, el ejército francés de soldados-ciudadanos unía a la disciplina brutal y *esprit de corps* propio de los ejércitos profesionales un espíritu patriótico que fortalecía esa disciplina, además de disfrutar, por efecto de la leva masiva, de un número de reclutas potencialmente mayor.

De igual modo, se opinaba que ese factor diferencial, la superioridad numérica y el apoyo incondicional del pueblo y del soldado francés a la causa de la guerra, había permitido recuperar un elemento crucial en el arte de la guerra de otras épocas históricas, pero que la propia estructura de la sociedad del Antiguo Régimen, reflejada en la de sus ejércitos profesionales, impedía: la batalla decisiva que finalizaba la contienda mediante la destrucción del ejército rival.

Así, pues, desde sus primeros artículos en 1804, influido por ese nuevo arte de la guerra napoleónico, y en lo que era un ataque a las teorías de un Bülow que, pese a reconocer que la superioridad de los ejércitos revolucionarios se basaban en la superioridad numérica y el espíritu patriótico que los animaba, seguía estableciendo la línea de operaciones como el fundamento de la estrategia (Gat, 2001: 87-88), Clausewitz estipulaba que toda teoría de la guerra que omitiese la centralidad de la batalla en el planteamiento táctico y estratégico, así como la influencia de factores imponderables como la importancia de las energías morales o el genio de los líderes militares estaba condenada a ser incompleta y alejada de la realidad (Aron, 1993: 78-85).

Los desastres de Jena y Auerstadt en la campaña de 1806, en los que el ejército prusiano fue barrido y Prusia conquistada por Napoleón, confirmaron a un Clausewitz que había participado en las contiendas y había sido hecho prisionero, sus opiniones acerca de la superioridad del nuevo arte de la guerra napoleónico y las razones de su éxito (Paret, 1986: 191). Al mismo tiempo su estancia como prisionero en París durante buena parte de 1807 incrementó su animosidad hacia el enemigo francés y reforzó su patriotismo que, aunque

seguía siendo prusiano, adquirió, como intuye Aron (2009: 19-20), un matiz más pangermánico. Ese odio contra el invasor francés y el despertar del patriotismo prusiano y alemán fue intelectualizado y canalizado por el Fichte de los *Discursos a la nación alemana*, quien, mediante su recuperación y original interpretación del pensamiento maquiavélico especialmente en su artículo de 1807, indicaba cuáles eran las condiciones que un Estado poderoso debía cumplir para conservar su autonomía política y sobrevivir.

Este ambiente mediado por las ansias patrióticas de revancha contra el ocupante francés, y la convicción de que Prusia debía recuperar su antiguo poder, permitió la llegada a los principales cargos políticos de una serie de hombres convencidos de que para cumplir ese objetivo era necesario modernizar el Estado y el ejército prusianos mediante una serie de reformas que permitiesen reconstruirlos desde sus cimientos. El encargado por Federico Guillermo III de dirigir la reconstrucción del ejército fue el antiguo director de la Escuela Militar de Berlín, Scharnhorst, quien, como he explicado, ya desde fines del s. XVIII había predicado la necesidad de reformar el ejército prusiano a imagen y semejanza del francés. A partir de entonces podría llevar a cabo esa reforma partiendo de cero (Paret, 1986: 192).

A su regreso de París, a fines de 1807, Clausewitz fue convencido por su antiguo maestro para fungir como asesor dentro de su gabinete ministerial. Los objetivos de la reforma propugnada por Scharnhorst eran tremendamente ambiciosos para una sociedad conservadora como la prusiana: en primer lugar, garantizar el apoyo total y participación del pueblo en la guerra; y, en segundo lugar, la desaristocratización de la oficialidad mediante la creación de una jerarquía basada en el criterio del mérito<sup>220</sup>. Lo primero supondría la organización de una leva masiva (*Landsturm*), con el fin de crear una milicia cívica que lucharía junto al ejército regular, así como la posibilidad de disponer de una fuerza de reserva conformada por contingentes irregulares de campesinos (*Landwehr*), que, a imitación de la “pequeña guerra” o “guerrilla” española, constituiría una última línea de defensa frente al invasor (Aron, 2009: 40). Pero, armar al pueblo y quitar el control del ejército a la aristocracia suscitaban un profundo temor a que en Prusia se repitiesen los acontecimientos que habían sucedido en Francia en 1789, por lo que, desde el principio, estas reformas motivaron el surgimiento de un intenso debate en el seno de la sociedad prusiana acerca de su pertinencia. El cometido de Clausewitz era el de publicar artículos en los que se expusiesen las razones de esas reformas militares y se justificase su necesidad (Paret, 1986: 192).

Por otro lado, el análisis de estos artículos, demuestra que, pese a que los reformistas

---

220 Teniendo en cuenta que estaba sita entre grandes potencias, así como que el poder de la monarquía frente al de la aristocracia era mucho menor que en otros Estados como Francia, lo que determinaba la naturaleza feudal que siguió conservando el poder monárquico a lo largo de la Edad Moderna, en Prusia el ejército siempre fue la institución más importante. No en vano, es una opinión bastante extendida entre los historiadores que Prusia “fue un Estado creado para sustentar un ejército” (Lynn, 2010a: 184). Así que, con el fin de asentar sobre una base sólida su soberanía, el monarca prusiano estableció una jerarquía social en la que los altos rangos militares se situaban siempre por delante de los altos funcionarios civiles. Otorgar prestigio al ejército como institución más importante del Estado tenía un claro objetivo para el monarca: atrayendo a los aristócratas a participar en su ejército, se aseguraba su lealtad. Como contrapartida, los privilegios de que estos gozaban se veían confirmados. Así, las familias nobles debían enviar por lo menos a uno de sus hijos al cuerpo de cadetes para, una vez recibida su formación, pasar a formar parte del cuerpo de oficiales, columna vertebral del ejército prusiano. Una vez que estos jóvenes aristócratas entraban al servicio, tan solo la muerte o la enfermedad podía liberarlos de él (Howard, 1983: 127-128).

creían también necesaria la modernización del Estado con el fin de complementar y reforzar la modernización del ejército, de sus intenciones estaba lejos el que adquiriesen un matiz radical y violento como en Francia. Ponían el acento, en cambio, en un proceso reformista moderado y pacífico. Asimismo, en lo que era un rasgo común del patriotismo prusiano, ninguno de los reformistas cuestionaba que la monarquía debía seguir siendo la autoridad política central (Aron, 1993: 61-67). Diferían, no obstante, en el grado en que creían que debía permitirse la participación del pueblo en la política: cuanto mayor era el aperturismo exigido, mayor también era el número de reformas consideradas como necesarias.

Clausewitz, por su parte, opinaba que las reformas políticas en torno a dos puntos. Por un lado, la racionalización del funcionamiento de las instituciones políticas para favorecer una dirección política unificada en torno a la figura monárquica orientada a facilitar un mejor liderazgo en cuanto a toma de decisiones en tiempos de guerra. Por otro, en garantizar la igualdad de todos los prusianos ante la ley, lo que los obligaría a servir en el ejército como contrapartida, y el acceso de todos a todos los empleos, lo que rompería el monopolio aristocrático del ejército. En cambio, no aceptaba la redacción de una constitución, ni la creación de un parlamento, ni el derecho al voto, ni siquiera censitario (Aron, 2009: 69-83).

Entre 1807 y 1813, Clausewitz compaginó su actividad funcionarial como redactor de artículos propagandísticos en los que defendía la reforma militar de Prusia, junto con otros dedicados a su empeño por renovar la teoría militar. En estos últimos continuó perfeccionando sus ideas acerca de la centralidad de la batalla, la importancia de factores como las energías morales, la prevalencia del azar en la dirección real de una campaña militar, que le llevó a elaborar el concepto de “fricción” en sus *Principios de la Enseñanza de 1812* (Gat, 2001: 185), o el papel que desempeñaba, especialmente en la batalla, el genio del general. En el desarrollo de su concepción sobre el arte de la guerra, Clausewitz también acusaría la influencia de Maquiavelo<sup>221</sup>, pues este pensador florentino también había predicado, en su *Arte della guerra*, tanto la superioridad de los ejércitos inspirados por un espíritu patriótico<sup>222</sup>, como el hecho de que toda estrategia militar debía enfocarse hacia la destrucción del ejército enemigo en la batalla decisiva (Gilbert, 1986: 24-25). Pero, sobre todo, la racionalización del arte de la guerra napoleónico llevada a cabo en los artículos de estos años le facilitó la comprensión de los límites de la concepción teórica del pensamiento militar ilustrado. Todos los factores no cuantificables que ejercían su influencia en la práctica bélica como la fricción, la “moral” o el genio de los líderes militares demostraban que esta no era susceptible de ser sistematizada en un conjunto de principios y normas; en suma, que no era susceptible de conocimiento científico. Ello concordaba, como he explicado, con la nueva teoría del arte desarrollada por Kant en su *Crítica del Juicio*.

Por consiguiente, Clausewitz, si bien confería un valor positivo a todo intento de

---

221 Comenta el historiador militar Peter Paret (1979: 169-179) que, pese a que Clausewitz había leído los *Discorsi* y el *Arte della guerra* del pensador renacentista florentino durante su etapa formativa en Berlín, habría sido el artículo de Fichte de 1807 el que habría llevado al militar prusiano a reflexionar más profundamente sobre la doctrina político-militar maquiavélica. A este respecto, muestra del impacto del citado artículo en Clausewitz, es la carta que en respuesta a este el propio militar prusiano envió a Fichte.

222 En su caso, Maquiavelo propugnaba ejércitos republicanos de soldados-ciudadanos frente a los ejércitos mercenarios que eran predominantes en la mayor parte de las ciudades-estado de la Península Itálica de su época (Gilbert, 1986: 24-25).

sistematizar el arte de la guerra, creía que todo general competente debía ser consciente en todo momento de los límites de cualquier tipo de teorización de la práctica bélica, y estar preparado para pasar por encima de los principios militares incluso más aparentemente fundamentales en ciertos casos de urgencia. En todo caso, el militar prusiano consideraba los principios teóricos del arte de la guerra necesarios en un sentido subjetivo o educacional, puesto que llamaban severamente la atención hacia situaciones, planteamientos, oportunidades y peligros que continuamente se presentan en la guerra y que posiblemente resultasen de vital importancia para decidir el resultado entre el éxito o el fracaso. Sin embargo, teniendo en cuenta la gran cantidad de factores imprevistos que siempre dan al traste con toda planificación, concluía que el grado de racionalización posible es trivial y remite al sentido común. Por esa razón, los principios formalizados deberían ser sumamente flexibles y simples para que el general pudiese tener presentes todos los cambios y los planteamientos que pudiesen resultar significativos. Es decir, un general debería llevar sus principios “vivos” en el pensamiento, pues su método de aplicación en un momento dado podría ser alguno que no hubiera sido posible prever (Gallie, 1979: 90-91).

Por el contrario, en toda sistematización del arte de la guerra que, como la de los pensadores militares ilustrados, omitiese todos los elementos azarosos, la teoría estaría muy alejada de la realidad y sería de muy escasa utilidad. Así se expresaba el autor de *De la guerra* en sus escritos de 1808-1809 sobre la estrategia: *Formula is abstraction. When by abstraction nothing which belongs to the thing gets lost —as in the case in mathematics— the abstraction fully achieves its purpose. But when it must omit the living matter in order to hold to the dead form, which is of course the easiest to abstract, it would be in the end a dry skeleton of dull truths squeezed into a doctrine* (Gat, 2001: 194-195).

Así, pues, con respecto a la práctica militar, en contra de la postura típica de los autores militares ilustrados, Clausewitz inclinaba definitivamente la balanza del lado de la personalidad del general. Es más, pensaba que toda planificación militar, toda sistematización de la estrategia y la táctica, era una expresión de la personalidad del general (Paret, 1979: 166). Cada época histórica, cada Estado, cada campaña, cada general representaban un arte de la guerra particular o, como diría el propio militar prusiano, *the various great wars constitute many different eras in the history of the art* (Gat, 2001: 189). De hecho, continuando con una práctica que su maestro Scharnhorst le había inculcado, Clausewitz publicó también detallados estudios históricos de los grandes generales y campañas militares del pasado, especialmente del rey Gustavo Adolfo de Suecia y Napoleón, y de las campañas de la guerra de los Treinta Años y de las guerras de la Revolución (Gat, 2001: 189). Por lo tanto, si la ciencia de la guerra no podía estar en la formalización de una práctica militar siempre fluctuante, debía estar, por el contrario, en aquello que constituía su esencia, su espíritu, que trascendía por encima de las transformaciones que había sufrido a lo largo de la historia<sup>223</sup>. En definitiva, la conceptualización de la guerra implicaría analizarla desde una perspectiva teleológica: hallar el concepto de la guerra equivalía a hallar su funcionalidad.

---

223 Peter Paret hace notar la coincidencia de esta perspectiva teórica clausewitziana con la filosofía idealista alemana. A este respecto, el historiador militar estadounidense opina que esta característica compartida con el Idealismo podría haber sido fomentada en el militar prusiano por la lectura de Fichte (Paret, 1979: 84), pero, sobre todo, por la influencia que la concepción de la religión sostenida por Schleiermacher, un conocido suyo, podría haber tenido sobre él (Paret, 1979: 167).



Armado con esas ideas acerca de cómo debía ser la teoría de la guerra, así como de la centralidad de la batalla que había venido desarrollando desde 1804, Clausewitz emprendió la elaboración de la que sería su magna obra, *De la guerra*, a partir de la restauración de la paz en Europa (Aron, 1993: 91). Es un hecho ya establecido entre los estudiosos de la obra del militar prusiano que su primer concepto y teoría del arte de la guerra van a reflejar la influencia del arte de la guerra napoleónico (Gat, 2001: 202). De ahí la primera definición clausewitziana de la guerra:

“La guerra no es otra cosa que un duelo en escala más amplia. Si concibiéramos a un mismo tiempo los innumerables duelos aislados que la forman, podríamos representárnosla bajo la forma de dos luchadores, cada uno de los cuales trata de imponer al otro su voluntad por medio de la fuerza física. Su propósito inmediato es derribar al adversario e incapacitarlo de ese modo para ofrecer mayor resistencia. *La guerra es, en consecuencia, un acto de fuerza para imponer nuestra voluntad al adversario*” (Clausewitz, 2005: 17, cursiva mía).

Lo más importante es que, como acto seguido reconoce Clausewitz, continuando la lógica de esa definición, teóricamente, una vez desatada, no hay límites para la aplicación de esa fuerza (Clausewitz, 2005: 18-19). El único límite es la destrucción total del enemigo: esa es por tanto la finalidad del acto militar (Clausewitz, 2005: 19-20). La finalidad intrínseca de la guerra, su esencia, su concepto siempre presente en todas las épocas pese a la fluctuación en la manera de llevarlo a cabo, es la aniquilación del enemigo.

En virtud de ese concepto, Clausewitz diseña la estrategia más adecuada para alcanzarlo. Si el objetivo es el desarme completo del enemigo, el medio más adecuado para llevarlo a cabo es la batalla, el combate cuerpo a cuerpo: “la guerra, en su verdadero sentido, es lucha. Porque la lucha es el único principio activo de la múltiple actividad que se llama guerra en el sentido más amplio”; los desarrollos en las armas, resultado de la innovación tecnológica, “han cambiado mucho el combate; pero sea cual sea su condición, su concepto no cambia por ello, y es él el que distingue a la guerra” (Clausewitz, 2005: 79). Todo planteamiento estratégico y táctico debe definirse por referencia a la batalla: “la táctica enseña el uso de las fuerzas armadas en los encuentros, y la estrategia el uso de los encuentros para alcanzar el objetivo de la guerra” (Clausewitz, 2005: 81). Si bien la batalla proporciona el contexto para lograr el desarme del ejército enemigo, los dos principales activos que determinarán qué voluntad es más fuerte serán las denominadas fuerzas morales, así como la superioridad numérica. Estos dos factores permiten contrarrestar, además, la ficción inherente a toda planificación militar (Clausewitz, 2005: 147-148).

Por lo tanto, la imposición de la voluntad propia se sustancia en la destrucción del enemigo mediante la batalla: la desviación de Clausewitz de la teoría militar ilustrada es bastante radical. La capacidad de resistencia de un ejército ya no depende de factores perfectamente cuantificables como el dinero o las provisiones, sino de otras variables. En primer lugar, la capacidad de liderazgo del general, así como la virtud militar de los soldados y su identificación y apoyo a la causa de la guerra (Clausewitz, 2005: 149). En segundo lugar, el factor más desequilibrante en cuanto a capacidad de resistencia, aunque por la gran cantidad de desertiones está estrechamente relacionado también con las cualidades militares, es el de disponer del mayor número posible de hombres para el combate (Clausewitz, 2005: 159-163). En la nueva teoría del arte de la guerra clausewitziana la importancia de la línea de operaciones y el sistema de avituallamiento se desvanecen frente

al carácter decisivo que adquieren la valentía, el coraje, la fortaleza ante la adversidad, la lealtad y obediencia hacia el jefe y la patria, etc., todas ellas características con las que los antiguos y los modernos como Maquiavelo definían el *ethos* del *miles*, el soldado-ciudadano, pues las virtudes del ciudadano eran las virtudes del guerrero.

Como en su día acertó a señalar Raymond Aron (1993: 93-94; cf. Gat, 2001: 215), cuando se encontraba redactando los capítulos finales del Libro VI de su obra *De la guerra* en que trataba sobre la defensa, Clausewitz comenzó a percibir que el uso de la fuerza en la guerra para imponer la propia voluntad al enemigo no tenía por qué ser ilimitado. En esos capítulos, el militar prusiano se da cuenta de que, si bien el objetivo del atacante ha de ser emplear todos los medios para conducir al adversario al campo de batalla con el fin de infligirle una derrota incapacitante, para el que defiende el comprometerse en una batalla decisiva no es la única opción estratégica. Este último podría mantener una superioridad estratégica simplemente retrasando el enfrentamiento, lo que obligaría a las tropas del atacante a marchar en territorio hostil hasta su extenuación o, incluso, en una situación desesperada, dispersar sus tropas retirándose al interior del país para no ofrecer un blanco fácil, y forzar una insurrección popular<sup>224</sup> (Aron, 2009: 37-45).

Esta actitud dilatoria del defensor llevaría consecuentemente a lo que Clausewitz denominó como “guerra de posiciones” (Clausewitz, 2005: 548): una lucha prolongada, no decisiva, que carece de energía y casi no implica lucha armada. Pero es que, además, el militar prusiano también se percató de que el atacante parecía a veces “ignorar la estricta necesidad lógica de presionar sobre el objetivo” (Clausewitz, 2005: 539). La comprensión de esta grieta en su sistema le condujo asimismo a otra mayor: “Ahora bien, no se puede ocultar que la gran mayoría de las guerras y campañas están más cerca de un puro estado de observación que de una lucha a vida o muerte, es decir, de una lucha en la que por lo menos una de las partes busca la decisión a toda costa. Solo las guerras del siglo XIX han tenido este último carácter en tal alto grado que se podría hacer uso de una teoría que partiera de ellas” (Clausewitz, 2005: 522-523). Entonces su concepto de la guerra como acto de fuerza ilimitado cayó en crisis. Clausewitz comprendió que su concepto chocaba con la realidad, pues no soportaba el examen de la experiencia histórica.

Del mismo modo que le había sucedido a los pensadores militares ilustrados que había criticado, su propio concepto, su propia teoría ofrecía una imagen idealizada de la guerra que estaba en abierta contradicción con la historia. Por consiguiente, los imperativos prácticos derivados de ese concepto de la guerra, —la destrucción del enemigo mediante la concentración de fuerzas en la batalla decisiva—, perdían su validez. En una nota con fecha del 10 de julio de 1827, Clausewitz anunciaba su intención de revisar por entero su obra en atención a dos ideas rectoras:

---

224 Tanto la estrategia de la insurrección popular como la renuencia a presentar batalla obligando al atacante a marchar hasta agotarlo fueron estrategias empleadas en España y Rusia frente a los ejércitos napoleónicos, que lograron su derrota y expulsión. La estrategia de la pequeña guerra o guerrilla fue apoyada por el propio Clausewitz quien, como he explicado, en su período de funcionario como asesor de Scharnhorst, escribió artículos a favor de la formación de una *Landwehr*, tropas irregulares de campesinos, como última línea de defensa frente al invasor francés. Clausewitz también participó en la campaña de Rusia de 1812 luchando en el bando ruso, por lo que pudo comprobar de primero mano la combinación de guerrilla y tácticas dilatorias que tan funesta fue para la *Grande Armée* (Gallie, 1979: 81-82).

“Contemplo los primeros seis libros que ya están pasados a limpio como una masa todavía informe, que ha de ser nuevamente elaborada. En esta reelaboración se tendrán más en cuenta por doquier las dos clases de guerra, y eso dará a todas las ideas un sentido más agudo, una determinada dirección, una aplicación más precisa. Estas dos clases de guerra son aquella en la que la finalidad es la derrota del adversario [...] y aquella en la que se quiere hacer algunas conquistas en la frontera de su reino [...] Aparte de esta diferencia fáctica en las guerras, hay que establecer expresamente y con precisión el punto de vista, igualmente necesario en la práctica, de que la guerra no es más que la continuación de la política por otros medios. Este punto de vista, que tiene puntos de apoyo por doquier, dará más unidad a la reflexión, y todo será más fácil de desentrañar” (Clausewitz, 2005: 7).

Sobre todo, en esta nota, como se puede observar, ya está expresado su definitivo concepto de la guerra como instrumento de la política: no solo las tácticas dilatorias o la insurrección popular impiden casi siempre que la acción militar implique el desarme total del enemigo; también la fricción o el limitado alcance del entendimiento humano juegan en contra de ese objetivo. Pero, más que nada, es la política el principal factor que restringe el uso de la fuerza militar, pues en la mayor parte de los casos la guerra no es la principal actividad en la vida de las naciones. Así, aunque la guerra siga siendo un medio por el que los Estados pretenden imponer su voluntad sobre otros Estados<sup>225</sup>, será cuestión de las élites políticas el dictaminar en función de las circunstancias que rijan en cada caso, cuáles serán los objetivos a la hora de emplear la fuerza militar y los medios adecuados para conseguirlos. La política “marca todas las direcciones, el volumen de medios, la medida de energía, y manifiesta su influencia hasta en los eslabones más pequeños de la acción” (Clausewitz, 2005: 637). De la política, por tanto, depende el que la guerra tenga como fin la destrucción del enemigo o no. De ahí que Clausewitz, a la hora de revisar el primer capítulo de *De la guerra*, —el único de toda la obra que consideró como satisfactoriamente terminado antes de que le sorprendiera la muerte en 1831—, decidiese mantener su primer concepto de la guerra: yéndonos a los extremos, la victoria militar podría implicar la destrucción del adversario en una gran batalla, o podría lograrse sin la necesidad de apenas derramar sangre y evitando el enfrentamiento cuerpo a cuerpo.

En el fondo, como muchos autores sostienen, este segundo tipo de guerra, la guerra limitada, que el Clausewitz maduro identificaba como la más común a lo largo de la historia, constituía una rehabilitación de la guerra de maniobras dieciochesca (Gat, 2001: 219-220). No obstante, como comenta en la nota de 1827, el nuevo concepto de guerra como instrumento de la política le permitía combinar y sintetizar tanto lo que denominó como “Guerra Absoluta”, de la que el arte de la guerra napoleónica era un ejemplo paradigmático, como la guerra limitada o “Guerra Real”, mejor simbolizada por el arte de la guerra típico de los ejércitos del Antiguo Régimen. Y de ahí, asimismo, de esa síntesis, deriva su definición trinitaria de la guerra con la que cierra el famoso capítulo primero: en la guerra intervienen

---

225 Una voluntad estatal o política que, para Clausewitz, se expresa según las directrices de la *Realpolitik* fichteana, pues como dice en el primer capítulo de *De la guerra*: “la violencia se arma con los inventos de las artes y las ciencias para salir al paso de la violencia. La acompañan limitaciones imperceptibles, apenas dignas de mención, que se ponen a sí mismas bajo el nombre de costumbre internacional, sin debilitar sustancialmente su fuerza. La violencia, es decir, la violencia física (porque no hay una violencia moral fuera de los conceptos del Estado y la Ley), es pues el medio de imponer nuestra voluntad al enemigo, el fin” (Clausewitz, 2005: 17; cf. Aron, 2009: 88-91).

siempre tres variables, estrechamente conectadas entre sí, pero cuya importancia e influencia es descendente, y que determinan la apariencia que el conflicto adquirirá en cada caso. En primer lugar, la política (el Estado), que es la que dicta de modo racional los objetivos y medios del conflicto; en segundo lugar, el medio militar en sí, esto es, la capacidad de liderazgo del general y las virtudes militares del ejército, que es el instrumento de la voluntad política; en tercer lugar, el nivel de adhesión y apoyo del pueblo a la causa de la guerra (Clausewitz, 2005: 33).

Creo, pues, que esa nota del 10 de julio de 1827 es esencial para desentrañar y simplificar la conceptualización clausewitziana de la guerra tal y como aparece en el capítulo primero del Libro I de *De la guerra*. Una conceptualización que, por otra parte, en nada se diferenciaba de la llevada a cabo en otros ámbitos de la experiencia y el pensamiento humanos por otros intelectuales de su época: si bien atendía y reconocía la diversidad histórica del fenómeno estudiado, se fundamentaba en el principio de que, al mismo tiempo, tras esa diversidad era posible reconocer, mediante la interpretación, un conjunto de rasgos comunes que otorgaban al fenómeno estudiado su esencia, su significado, su racionalidad.

Aplicado al ámbito de la teoría militar, esta perspectiva historicista llevó a la distinción, en la obra de Clausewitz, entre el concepto de la guerra y la dirección de operaciones o arte de la guerra. En lo que se refiere al concepto, la racionalización clausewitziana de la guerra como instrumento de la política estatal no era novedoso, sino que, en la filosofía política de la modernidad europea, se retrotraía a Maquiavelo (Philonenko, 2003: 20-21). En cuanto a la dirección de operaciones, el autor de *De la guerra* estableció que, pese a que su teorización era imposible, esta fluctuaba a lo largo de la historia entre dos tipos ideales que, no eran más que la racionalización de los dos tipos de arte militar que habían marcado su propia experiencia vital: la denominada guerra absoluta, derivada de la peculiar interpretación clausewitziana del arte de la guerra napoleónico, que tenía por objetivo la destrucción del ejército enemigo mediante la batalla y que señalaba el límite extremo que podía alcanzar la guerra; y la guerra real, la más común a lo largo de la historia, que no precisaba de la aniquilación del ejército rival para cumplir el objetivo político, y se acomodaba a la experiencia de la denominada guerra de maniobras dieciochesca en cuyos fundamentos el joven Clausewitz había sido educado.

Existe, no obstante, una importante objeción a esta interpretación que deriva en primer lugar de la propia evidencia que proporciona *De la guerra*. Al hallarse la obra en un estado inconcluso debido a la muerte de Clausewitz por un brote de cólera en 1831 cuando se encontraba realizando su tarea de revisión, el militar prusiano nunca llegó a desarrollar una concepción estratégica acorde con una dirección de operaciones que no tuviese por objetivo la destrucción del ejército enemigo. En consecuencia, la concepción de la estrategia que Clausewitz legó a la posteridad estaba dominada por esa búsqueda de la destrucción de las fuerzas militares rivales mediante una batalla en la que la concentración de fuerzas, así como la superioridad numérica y la moral serían los factores decisivos (Gat, 2001: 314-381). Aquí yace el meollo de toda la problemática en torno a la adecuada interpretación de la teoría clausewitziana. Y es que, como explicaré un poco más adelante, habida cuenta del predominio militar que logró Alemania en el continente europeo tras lograr su unificación nacional derrotando en el campo de batalla al hasta entonces principal poder político y militar, Francia, esa concepción de la estrategia se convertiría en la predominante en toda

Europa. Por lo tanto, en cierto modo, como en su día supo observar Liddell Hart, esa concepción estratégica clausewitziana habría desempeñado un papel importante en cómo se desarrollaron las dos grandes guerras mundiales de principios del s. XX.

No obstante, más que el estado inconcluso de *De la guerra*, habría sido el propio contexto histórico del último tercio del s. XIX, como comentaré en los siguientes apartados, el que mejor explica por qué la concepción clausewitziana de la estrategia que abogaba por la aniquilación del enemigo mediante la batalla decisiva, pese a que el propio militar prusiano había intuido la posibilidad de la superioridad de una estrategia defensiva, terminaría siendo asumida como la única que expresaba la verdadera naturaleza de la guerra. En este sentido, la enorme controversia suscitada por la obra sobre la historia del arte de la guerra de Hans Delbrück (Craig, 1986: 341-352), en la que el historiador alemán se atrevía a desarrollar una concepción de la estrategia, la denominada “estrategia de desgaste” (*Ermattungsstrategie*) que la propia postura del último Clausewitz dejaba entrever, es señal de un dogmatismo y unilateralismo en el pensamiento militar alemán de finales del s. XIX y principios del s. XX, que no existía en el autor de *De la guerra*.

Pero, controversias y especulaciones aparte, a Clausewitz le corresponde el mérito de haber recuperado, gracias a su interiorización de los principios del arte de la guerra napoleónico, la importancia estratégica de las batallas y la noción de la dirección de operaciones como un medio dominado por la incertidumbre y la aleatoriedad en que el genio especulativo del general, junto con el estado moral de las tropas y su número eran los factores a tener en cuenta. Además, en este último caso, el militar prusiano también profetizó la importancia creciente que tendría la participación de las naciones en la guerra, componiendo el grueso de las tropas regulares y protagonizando insurrecciones populares a través de la formación de contingentes irregulares que, adoptando una estrategia defensiva y una táctica de hostigamiento físico y psicológico del enemigo, establecerían los límites claros de esa estrategia de aniquilación<sup>226</sup> (Aron, 2009: 32-33).

En la actual historiografía militar es un lugar común el afirmar que desde los días del Imperio Romano los asedios eran los protagonistas absolutos de las campañas militares, y que tan solo a partir de la época napoleónica esta tendencia se invirtió en favor de las batallas (Heuser, 2011: 89-96). Ya he explicado que, debido a las condiciones políticas, sociales y económicas vigentes desde mediados del s. XVII, el movimiento de los ejércitos en campaña venía dictado habitualmente por la ubicación de los depósitos de provisiones, así como fortalezas y principales ciudades del enemigo que se intentaban conquistar para obligarle a deponer las armas. En consecuencia, los principales pensadores militares de la época apenas dedicaban un ápice de sus reflexiones estratégicas a la batalla<sup>227</sup> y, en cambio,

---

226 Marx y Engels asimilarán esta lección para convertirla en la base de su concepción de la guerra revolucionaria, y en el s. XX la pondrán en práctica hombres como Lenin o Mao Tse Tung (Gallie, 1979: 156-173).

227 Completando lo ya expuesto acerca de la teoría militar ilustrada, cabe recordar que, pese a que no se dedicaba un gran esfuerzo a sistematizar la dirección de la batalla, se intentó pautar y esquematizar su desarrollo de la misma manera que sucedía de forma natural en los asedios, considerados más “científicos” por predecibles (Lynn, 2004: 130-132): desde la disposición de las tropas según la “táctica lineal” u *ordre mince*, así como las maniobras necesarias de marchas y contramarcha necesaria para que los soldados efectuaran sus disparos, hasta la postura defensiva que predominaba en el combate primando el mantenimiento de la



se centraban en descifrar cuál sería la línea de operaciones que podría poner fin a las hostilidades de una manera más rápida y efectiva.

Al establecer la aniquilación de las fuerzas militares del enemigo en un solo asalto frontal o batalla como objetivo primordial de toda campaña militar, Clausewitz no hacía más que determinar la superioridad de lo que había venido siendo la estrategia por antonomasia de los imperios militares desde la Antigüedad clásica. Así, en los tratados militares y obras historiográficas de esa época ya puede observarse cómo las grandes campañas de conquista normalmente se resolvían en la lucha de unas cuantas grandes batallas y cómo estas son descritas como acontecimientos regidos por la incertidumbre en cuyo desenlace son decisivos, entre otros factores, tanto la clarividencia del general como la moral de las tropas, sustanciada en el mantenimiento de la disciplina y cohesión a lo largo de todo el combate. Con respecto a la moralidad de las tropas, pese a que Clausewitz no emplea, en mi opinión, en ninguna parte de su obra el concepto de soldado-ciudadano como sí lo habían hecho los pensadores militares de la Ilustración francesa (Caillois, 1973: 103; cf. Lynn, 2004: 186), el tipo de soldado en el que piensa para llevar a cabo esa estrategia que busca la aniquilación del ejército enemigo con un espíritu ofensivo es un ciudadano y patriota cuyas virtudes cívicas y militares se funden y se confunden.

En las *poleis* helénicas y en la República Romana, también se sostenía la esencial identidad entre las virtudes cívicas y militares, pues en esos casos también el soldado-ciudadano, el *hoplita* o *miles*, configuraban el grueso de sus tropas. Pero lo que más me interesa resaltar es que al enfatizar el papel de un aspecto puramente cualitativo como es el de las virtudes militares tanto de la tropa como de los generales a la hora de explicar el desenlace del combate, se descartasen otro tipo de consideraciones como las económicas. No es de extrañar, por tanto, que Clausewitz, adhiriéndose a una opinión común a sus coetáneos desde Kant, sostuviese que:

“En nuestros tiempos apenas hay otro medio de elevar el espíritu del pueblo en este sentido que precisamente la guerra, y la audaz dirección de la misma. Solo con ella se puede contrarrestar esa blandura del ánimo, esa tendencia a esa confortable sensación a la que se somete un pueblo que goza de un creciente bienestar y de una elevada actividad del comercio. Solo cuando el carácter del pueblo y la costumbre de la guerra se sustentan mutuamente en constante interrelación puede un pueblo esperar tener un puesto asentado en el mundo político” (Clausewitz, 2005: 157).

## 2.4. Ranke y la escuela histórica prusiana

Esta última cita de Clausewitz nos introduce en una concepción militarista de la sociedad y el poder, pues indica sin ningún tipo de ambages que el destino de los pueblos se decide en la guerra, y que esta, a su vez, suele ser favorable a los pueblos que ponen especial cuidado y atención en el fomento y cultivo de las virtudes militares entre sus ciudadanos. Así, pues, la preparación de la guerra en sus relaciones con los otros Estados debía ser la principal

---

cohesión y el orden ante los disparos del enemigo (Lynn, 2004: 128). Un ejemplo de esa influencia que la táctica del asedio tenía sobre la táctica empleada para la batalla nos la proporciona el propio Federico II de Prusia, quien sostenía que *We should draw our dispositions for battle from the rules of besieging positions* (Lynn, 2004: 119).

ocupación de las élites políticas. Se puede intuir a partir de esta observación que Clausewitz también sostenía la misma concepción orgánica del Estado nacional que Fichte había sistematizado. Como marco que permitía el desarrollo del ideal ético que expresaba la nación, su supervivencia era un fin en sí mismo, el mantenimiento de su independencia política frente a los otros Estados mediante el recurso a la guerra, si ello era necesario, debía ser su objetivo primordial. Una vez que ese objetivo estuviese satisfecho, y el Estado mantuviese e incluso incrementase su fortaleza, el conjunto del pueblo, la nación, podría desarrollarse libremente y se identificaría espontáneamente con las instituciones estatales. Así, pues, la prosecución del poder (*Macht*), el fortalecimiento del Estado, en último término, tenía un significado espiritual, ético, era un bien en sí mismo.

Esta concepción orgánica del Estado que identifica la política exterior y la guerra como la única tarea de las élites políticas era, frente a la concepción liberal, excesivamente optimista en el hecho de admitir casi como dogma de fe la bondad y el buen hacer de las élites políticas, pues se asumía que estas nunca abusarían de los derechos individuales de los ciudadanos. Para que esto fuese posible era indispensable que el Estado se mantuviese fuerte, por lo que los buenos ciudadanos y patriotas debían sacrificar sus intereses individuales a la búsqueda de ese bien común: la libertad y derechos más importantes eran los del Estado. Dicho de otro modo, en cuestiones de política interior, no cabía la existencia de una oposición o disensión con respecto a la política estatal que adquiriría así un matiz autoritario y paternalista. De aquí que la mayor parte de los pensadores prusianos a lo largo del s. XIX, incluso los más liberales y progresistas, nunca cuestionasen la monarquía ni la burocracia propios del Estado absolutista, y se mostrasen en buena medida reacios a imponer un control parlamentario sobre esas instituciones, mecanismo que en el pensamiento liberal decimonónico estaba concebido para asegurar la protección de los derechos de los individuos<sup>228</sup>.

Por otra parte, esa concepción militarista de la sociedad y el poder llevaba asimismo aparejada una concepción militarista de la historia. Si el mantenimiento de la paz y la unidad interna de los Estados estaba vinculada al hecho de que pudiesen librar con garantía de éxito una guerra frente a otros Estados, lo que aseguraría su supervivencia, entonces un fracaso en la guerra podría motivar la irrupción de desequilibrios o revoluciones internas que traerían la decadencia del Estado y la sustitución de las élites gobernantes por otras, o la directa conquista del Estado por otro Estado. Por supuesto, este fracaso bélico habría sido causado por una decadencia de las virtudes militares y por ende cívicas del pueblo, cuyos valores tradicionales habrían sido corrompidos por el inmenso atractivo que estarían ejerciendo los bienes materiales. El cultivo del comercio posibilitado por la fortaleza del Estado traería prosperidad económica, pero, en cambio, haría que el pueblo comenzase a desarrollar un excesivo interés por el atesoramiento de los bienes materiales como el dinero, que a su vez fomentarían una actitud y unos valores individualistas y egoístas que minaban la armonía social, ya que en tiempo de guerra ello significaría que los anteriores ciudadanos y patriotas valorasen más su propio interés y su propia vida a la del Estado. Por lo tanto, la derrota en la guerra no era más que una consecuencia directa del efecto corruptor que la riqueza y prosperidad habrían provocado sobre el pueblo, que en cierto modo habría traicionado al Estado, y probaría la escasa salud moral de este.

---

228 Si bien en ese siglo, como es de sobra conocido, de individuos pertenecientes a ciertas clases sociales.

De este modo, se puede observar que la concepción organicista del Estado nos introduce en una secuencia de fortaleza-prosperidad-decadencia. A partir de ahí se desarrolla una concepción de la historia en que los Estados son sus protagonistas y las relaciones que sostienen entre ellos, tejidas por diplomacia y la guerra, constituyen su sustancia fundamental, pues son esas relaciones diplomáticas y bélicas las que provocan los cambios en el poder y la configuración de esos Estados, determinando con ello el avance de la historia.

Esta concepción de la historia reducida a los Estados y su política exterior fue sistematizada en la Prusia de inicios del s. XIX por Leopold von Ranke, y continuada por un conjunto de historiadores de tendencia liberal como Georg Gervinus, Karl Welcker, Karl Rotteck, F. C. Dahlmann, Gustav Droysen o Theodor Mommsen entre otros, que conformaron lo que se dio en denominar como la “Escuela Prusiana” (Iggers, 1988: 90-123). A partir de Ranke, la historiografía, como acabo de decir, se configuró como un relato acerca del pasado centrado en la explicación de los cambios en el poder que el trasiego diplomático y la guerra entre las élites gobernantes de los diferentes Estados habían provocado. Así, pues, el relato historiográfico asumía exactamente la misma ontología que se le había otorgado en la Antigüedad clásica (Bermejo, 1999: 14). No obstante, existía una diferencia fundamental entre la labor historiográfica tal y como se concibió a partir de Ranke, y la labor historiográfica en la Antigüedad que concernía al método. Los historiadores de la Antigüedad relataban hechos político-militares que, o bien habían presenciado e incluso protagonizado, o bien conocían por mano del relato de otras personas que habían sido testigos directos. Sin embargo, a partir de Ranke, puesto que los historiadores relataban acontecimientos pertenecientes a un pasado remoto y ya muerto, se instauró la invocación del documento procedente de ese pasado como testimonio y puerta de acceso al mismo. Este documento, fundamentalmente de carácter escrito y al que se hacía hablar por medio de la crítica filológica, era, asimismo, por estar centrada la historiografía en la narración de acontecimientos político-militares, de carácter esencialmente diplomático.

Por consiguiente, desde Ranke, el trabajo de archivo y la crítica filológica se impusieron como la esencia de la labor historiográfica. El objetivo de esa labor era lograr la imparcialidad, la objetividad a la hora de contar ese pasado, o, como el propio Ranke decía, narrar la historia *wie es eigentlich gewesen*. Teniendo esto en cuenta, no es de extrañar que este historiador prusiano y sus sucesores valorasen como modelo a imitar al historiador ateniense del s. V a. C. Tucídides. Sobre todo, pretendían recuperar dos principios del arte historiográfico tucidideo. En primer lugar, su ideal de *akribeia*, es decir, de relatar tan solo aquellos hechos pertinentes para una correcta comprensión del desarrollo de los acontecimientos político-militares, descartando todo lo superfluo como, por ejemplo, los relatos fabulosos que caracterizaban las continuas digresiones de la obra de su predecesor, Herodoto. En segundo lugar, su profunda comprensión de los principios que regían las relaciones entre Estados, pues Tucídides, como demuestra de manera paradigmática la “ley del más fuerte” enunciada por los representantes atenienses en el famoso “diálogo melio” del libro V de su historia, ya era consciente de que estas se acomodaban a los principios de la *Realpolitik*. De este modo, la obra tucididea sería convertida por estos historiadores decimonónicos en el modelo más acabado, perfecto y refinado de imparcialidad y objetividad historiográficas (Ranke, 1984: 82).

No obstante, existían dos diferencias esenciales entre Ranke y sus sucesores de la Escuela Prusiana. En primer lugar, aunque todos concedían que el objetivo primordial de los Estados era la conservación e incremento del poder, diferían en cuanto a la importancia otorgada a la nación en la consecución de esa finalidad (Iggers, 1988: 88, 104-115). Para Ranke no solo la nación y el Estado nunca eran idénticos<sup>229</sup>, sino que frente a la primera el segundo gozaba de primacía absoluta. En cambio, para los historiadores de la Escuela Prusiana, de orientación liberal y nacionalista, la nación desempeñaría un papel fundamental. La “estatolatría” rankeana derivaba de su concepción del Estado como encarnación de un ideal ético: según sus propias palabras, el Estado era un “pensamiento de Dios” (Meinecke, 1959: 388). Desde esta perspectiva, el fin político era bueno por sí mismo<sup>230</sup>. En consecuencia, puesto que el poder, el Estado, ya representaba una finalidad ética, entendía Ranke (1984: 75-78) que en el devenir histórico no existía progreso sino únicamente desarrollo.

Por el contrario, para los historiadores de la Escuela Prusiana era la nación la que representaba el ideal ético y no el Estado. De ese modo, aunque entendían que un Estado poderoso era necesario, sin embargo creían que el fortalecimiento del Estado debía ser únicamente un medio para posibilitar el desarrollo de las energías nacionales. De hecho, opinaban que podía existir un cierto desfase entre el poder político y el ideal ético que aspiraba a realizar. Por consiguiente, a diferencia de Ranke donde los grandes personajes políticos aparecían como meros ventrílocuos de la razón de Estado, los historiadores de la Escuela Prusiana como Droysen, por ejemplo, postulaban la necesidad de la aparición de grandes hombres de Estado que, como Alejandro Magno o Napoleón, impulsasen la política estatal en la dirección correcta hacia el cumplimiento del fin ético<sup>231</sup>. Así, estos historiadores de tendencia más liberal que el conservador Ranke entendían que en la historia podía existir, si bien limitado, cierto progreso. No obstante, seguían perpetuando el optimismo rankeano puesto que opinaban que al final el poder se volvería totalmente ético, produciéndose la identificación plena de la nación con el Estado.

En consecuencia, bajo la concepción de los sucesores prusianos de Ranke toda historiografía se convertía en historiografía nacionalista, pues si los protagonistas de la historia eran las naciones, la consolidación del Estado nacional era el fin en el que debía desembocar el proceso histórico. Pero, además, puesto que entendían que esa era la finalidad de la historia, creían que la historiografía debía escribirse desde una óptica

---

229 No obstante, reconocía la tendencia de las naciones a formar Estados y que estos se habían visto fortalecidos por el despertar del nacionalismo.

230 Con todo, opinaba Ranke, al igual que Fichte, que la conservación e incremento de poder no debía romper sino favorecer el equilibrio de poderes en el contexto internacional.

231 Droysen, por ejemplo, distinguía entre poder o *Macht* y fuerza bruta o *Gewalt*. Tan solo el primero implicaba una fuerza guiada por un criterio ético. Cuando el poder seguía esos fines éticos, los historiadores liberales prusianos eran tan optimistas como Ranke: creían que en ese caso no se debía controlar ni limitar su actuación. En su caso, el fracaso liberal de 1848, les había convencido de que la unificación nacional alemana no podría llevarse a cabo sin el concurso de las armas prusianas. De ahí el apoyo prestado a un conservador como Bismarck, ejemplo de gran personaje por haber llevado a buen término la unificación alemana, pese a que el parlamento del I Reich no ejerciese ningún tipo de control sobre la monarquía y sus funcionarios.

nacionalista y partisana. Esta es la segunda diferencia importante entre Ranke y sus sucesores liberales prusianos. En este sentido son importantes las obras teóricas de Droysen en que critica la imparcialidad y objetividad rankeanas en la escritura de la historia por considerarlas imposibles: pese a que el empleo de un método de crítica filológica del documento permitía establecer la veracidad de los hechos que transmitía, la comprensión (*Verstehen*) de las ideas que a estos hechos subyacía era una actividad totalmente subjetiva que no se llevaba a cabo de acuerdo con los parámetros de la lógica abstracta. Antes bien, si los actos de los individuos y las comunidades del pasado eran la materia de la historia, entonces la comprensión de esos individuos y comunidades significaría captar su propia personalidad y valores a partir de la analogía con nuestra propia realidad. El carácter científico de la historia residía, por tanto, no en la objetividad del relato, sino en el hecho de que ese limitado progreso en el terreno ético impulsado por los grandes individuos podría ser reducido a leyes mecánicas de carácter causal (Iggers, 1988: 109-112). De ahí que este tipo de historiografía nacionalista fundamentada por los miembros de la Escuela Histórica Prusiana recibiese la denominación de historiografía positivista.

## **2.5. Moltke y la Escuela Militar Alemana**

Hasta aquí, la intención ha sido mostrar cómo en la Prusia que, por efecto de la invasión napoleónica a principios del s. XIX experimentó la crisis del absolutismo, fue tomando cuerpo, a medida que una serie de pensadores y líderes políticos emprendían la reconstrucción del Estado prusiano, una nueva concepción del mundo o *Weltanschauung* contrapuesta a la ilustrada en la que guerra, política e historia aparecían profunda e indisolublemente vinculadas.

Podría decirse que esta *Weltanschauung* no suponía más que una racionalización de lo que habían sido los principios fundamentales del Estado absolutista prusiano desde que, en la segunda mitad del s. XVII, el príncipe elector Federico Guillermo de Brandeburgo decidió que para unificar todas sus heredades debía crear un Estado soberano centralizado mostrándose implacable, en nombre de la razón de Estado, con el desarrollo económico y cultural de su pueblo que debía quedar supeditado al mantenimiento de un ejército regular que le permitiese defender de manera efectiva sus dominios y practicar una política de potencia en el contexto europeo (Clark, 2006: 34-43). La obra de los reformistas de principios del s. XIX, pese a que estaba orientada a conciliar al pueblo con el Estado, integrándolo en la vida política, promovía una modernización del Estado pacífica y gradual en la que no se contemplaba la sustitución violenta de las instituciones tradicionales del absolutismo burocrático prusiano, sino su adaptación al nuevo contexto nacionalista que la Revolución y las guerras napoleónicas habían creado. En consecuencia, las tradiciones liberal y democrática propias del racionalismo ilustrado tuvieron un escaso impacto en la Prusia reformada del s. XIX.

La escasa influencia del liberalismo en Prusia y Alemania, en general, se volvería prácticamente nula después de la revolución de 1848. Tras el fracaso de la asamblea de representantes reunida en Frankfurt para formar un nuevo Estado alemán por la vía de las negociaciones, los liberales se convencieron de que la consecución de la unidad nacional alemana, que se convirtió en su primer objetivo, solo se podía lograr mediante la espada. Por consiguiente, se volvieron más “realistas” y pasaron a apoyar la conservadora política de



poder prusiana, a la que supeditaron cualquier reforma política en sentido liberal. Si bien los conservadores eran contrarios a la adopción de una constitución escrita que garantizase ciertos derechos para los ciudadanos y la formación de un parlamento, tanto liberales como conservadores comenzaron a coincidir tras 1848 en la opinión de que la unificación alemana debía ser llevada a cabo por Prusia y que debía dejarse manga ancha a la actuación de su monarquía y ejército como instituciones que la efectuarían en la práctica<sup>232</sup>. Tal y como transmitían en sus escritos los historiadores de la Escuela Prusiana, se impuso la conciencia de que la misión histórica de su país era realizar la unificación nacional alemana (Iggers, 1988: 106).

Uno de los que compartían esa creencia propagada por los historiadores liberales, pese a no ser oriundo de Prusia, era el militar Helmuth von Moltke. Formado en los principios del historicismo y nacionalismo cultural que dominaban el ambiente intelectual alemán de fines del s. XVIII y principios del s. XIX, la experiencia de 1848 transformó a Moltke en un firme conservador. Desencantado con el liderazgo e ideales liberales, comenzó a albergar la convicción de que el sentimiento y las energías nacionalistas que había vuelto a suscitar la revolución de 1848 debían ser dirigidas a su finalidad mediante una política enérgica. Así comenzó a reivindicar un Estado prusiano fuerte que sostuviese una política de potencia (Gat, 2001: 323). Al igual que ya había sucedido tras 1806, el temor revolucionario había provocado que, en los territorios alemanes, el nacionalismo volviese a adquirir una orientación política y pangermánica, motivando la firme opinión general entre las élites políticas e intelectuales de que la unidad nacional alemana solo podría llevarse a cabo mediante las armas prusianas<sup>233</sup>.

Su conservadurismo político y amplia formación intelectual posibilitaron la entrada de Moltke en el ejército prusiano en 1855 como ayudante de campo del futuro emperador Guillermo I. En 1858, cuando se convirtió en regente, Guillermo promovió la reorganización política y técnica del ejército prusiano llevada a cabo en conjunción con su ministro de la guerra, Albrecht von Roon (Holborn, 1986: 285). El ejército prusiano había sido el único que había mantenido el ideal de la nación en armas tras 1815: los reclutas prusianos procedían de todos los grupos de población. Por su parte, en los otros Estados como, por ejemplo, la Francia de la Restauración, pese a que existía un sistema de conscripción obligatoria, esta significaba más bien la conscripción de los más pobres, puesto que normalmente aquellos que disfrutaban de una posición económica más acomodada pagaban a otros para que los

---

232 La influencia del liberalismo en Alemania durante el s. XIX no solo fue menor comparada con la que tuvo en otros países europeos sino que, asimismo, el liberalismo alemán difería del del resto de Europa, pues sus reivindicaciones parlamentarias y constitucionales eran mucho más débiles. A este respecto, no es que su concepción de un Estado fuerte (*Machtstaat*) hubiese cambiado con el fracaso de 1848, pues la asamblea de Frankfurt había ofrecido la corona del nuevo Estado alemán al monarca prusiano, sino que comprendieron que la unificación nacional implicaría una contienda bélica. Así, tras la victoria en la guerra franco-prusiana de 1870-1871 merced a la que se forjó el nuevo Estado alemán, los liberales alemanes aceptaron, sin ningún tipo de protesta, la creación, por parte de Bismarck, de un parlamento elegido mediante un sufragio restringido, — que, además, tan solo era responsable de la constitución de una de las cámaras —, pero que no gozaba de ningún control sobre la monarquía, sus ministros y el ejército. En suma, los liberales alemanes compartían la misma concepción organicista y autoritaria del Estado que los conservadores.

233 Esta creencia en que la unificación política alemana solo era posible con el concurso de las armas ya había sido sostenida por los reformistas de la era napoleónica como se puede observar en Fichte (Philonenko, 2003: 52-55).

sustituyeran (Holborn, 1986: 282). La reforma de Roon consistió esencialmente en la sustitución de la milicia o *Landwehr* por un sistema de reservas que ampliaba en gran medida el potencial numérico del ejército regular. Según este sistema, tras su llamada a filas, tanto los reclutas como los reservistas eran asignados a un regimiento y una división de combate. Gracias a ello no solo se creó un ejército prusiano mayor, sino que al racionalizar su estructura se facilitó e hizo más efectiva la capacidad de movilización. Pero, sobre todo, esta reforma significó la recuperación de un mayor control sobre el ejército a la casta de oficiales procedente de las filas de la aristocracia terrateniente prusiana (Holborn, 1986: 286-287).

Formado en la Escuela Militar de Berlín de principios del s. XIX que dirigía Clausewitz, Moltke, aunque se familiarizó con las enseñanzas clausewitzianas tan solo tras la muerte de este (Holborn, 1986: 284), practicó deliberadamente un arte de la guerra guiado por los conceptos clausewitzianos<sup>234</sup>. Así, en primer lugar, consideraba la guerra como un instrumento de la política estatal (Holborn, 1986: 289; cf. Gat, 2001: 340). Sin embargo, desarrolló una particular interpretación de la relación entre los imperativos de la política y la estrategia militar que expresó perfectamente en su artículo “Über Strategie”, escrito al término de la victoriosa guerra contra Francia de 1870-1871, tras la que, liderados por Prusia, los Estados alemanes lograron su unificación: *Diplomacy avails itself to war to attain its ends, crucially influencing the beginning of war and its end. It does the latter by reserving to itself the privilege of raising or lowering its demands in the course of the war. In the presence of such uncertainty, strategy has no choice but to strive for the highest goal attainable with the means given* (Gat, 2001: 340).

Así, pues, en opinión de Moltke, la política determinaba cuándo estallaba la guerra y cuándo las operaciones militares debían detenerse. No obstante, tal y como escribía en sus instrucciones para los oficiales de las tropas de 1869, las operaciones militares debían tener siempre el mismo objetivo: aniquilar la voluntad de lucha del ejército rival. Y esto solo se conseguía mediante su destrucción o desarme total en una batalla: *The victory in the decision by arms is the most important moment in war. Only victory breaks the enemy will and compels him to submit to our own. Neither the occupation of territory nor the capturing of fortified places, but only the destruction of the enemy fighting-power will, as a rule, decide. This is thus the primary object of operations* (Gat, 2001: 336). Esta concepción del objetivo de la estrategia y la dirección de operaciones es totalmente idéntica al primer concepto clausewitziano de la guerra que transmitía la idea de que la estrategia napoleónica basada en la movilización de las energías patrióticas y la búsqueda de la destrucción del ejército rival mediante una audaz acción ofensiva, representaba la verdadera naturaleza de la guerra.

Por otra parte, Moltke era consciente de que el objetivo de Clausewitz a la hora de escribir *De la guerra* y sistematizar su concepción de la estrategia napoleónica era puramente filosófico (Rothenberg, 1986: 297-298). En otras palabras, para este general, ese concepto clausewitziano de la guerra centrado en la destrucción del rival mediante la batalla decisiva era un ideal, aunque uno que representaba la finalidad de cualquier planificación estratégica. Es decir, la batalla decisiva era el punto final al que debía conducir toda estrategia; cómo llegar a la batalla y conseguir esa concentración de fuerzas que otorgase superioridad

---

234 De hecho, gustaba de citar al autor de *De la guerra* como fuente de sus propias ideas, declarándose como discípulo suyo (Rothenberg, 1986: 297).

numérica, era algo que debía ser decidido en cada caso (Gat, 2001: 335).

En este caso, Moltke llevaba al extremo el *dictum* clausewitziano de que una teorización excesivamente rígida de la dirección de operaciones se vendría abajo ante su puesta en práctica, por lo que la creatividad y capacidad de reacción de los comandantes ante las circunstancias que les iba imponiendo la guerra, debía prevalecer sobre cualquier principio o planificación abstractos. Así, para este general, la estrategia no era un largo documento que su cadena de mando debiese seguir al pie de la letra, sino antes bien un “sistema de expedientes *ad hoc*”. Esto es, una serie de instrucciones sencillas que especificaban la función que se esperaba que cada unidad del ejército desempeñase sobre el terreno, lo que dejaba amplio margen de libertad a los comandantes de cada unidad sobre la mejor manera de cumplir esas instrucciones en función de cómo se fuese desarrollando la campaña (Holborn, 1986: 290-291).

El objetivo que Moltke perseguía con esta descentralización en la dirección de operaciones era el fomentar la movilidad y el espíritu ofensivo de sus comandantes. Pero descentralización no quiere decir caos, improvisación y ausencia de organización, sino más bien todo lo contrario. Ahora bien, esa dirección descentralizada que Moltke ambicionaba se hizo posible gracias a la institución que, bajo su mandato, se convirtió en el verdadero cerebro y espina dorsal del ejército prusiano reformado: el Estado Mayor General. Creado en 1802, fue Scharnhorst el que lo modernizó en 1809, constituyéndolo en un cuerpo de élite de oficiales profesionales formados en la *Kriegsakademie* de Berlín. Según las reformas del mentor de Clausewitz, ese cuerpo de oficiales quedaba dividido en varios departamentos que se encargaban de organizar y supervisar todo lo relacionado con el ejército y la guerra. En tiempos de paz, sus tareas eran esencialmente de organización, planificación y prueba: los oficiales del Estado Mayor estaban encargados de la educación y entrenamiento del ejército; la organización y planificación de su movilización en caso del estallido de guerra; y la planificación de la estrategia y la táctica, lo que implicaba tanto la realización de estudios de inteligencia y topográficos, así como el testeo de las operaciones previstas mediante la realización de “juegos de guerra” y maniobras. Una vez que se iniciaban las operaciones militares, esos oficiales del Estado Mayor eran los responsables de dirigir las según los planes que habían diseñado previamente: para que estos se llevasen a buen puerto, ellos mismos eran asignados a las distintas unidades de combate como ayudantes. Sin embargo, para que ese Estado Mayor reorganizado por Scharnhorst asumiese realmente la preparación y dirección de la guerra, habría que esperar a la llegada de Moltke. Hasta entonces, el jefe del Estado Mayor se había limitado a ser el principal consejero y ayudante del rey<sup>235</sup> (Holborn, 1986: 283-284).

Así, pues, Moltke contaba con una cadena de mando perfectamente centralizada, profesional y unificada en sus criterios y mentalidad acerca de cómo preparar y dirigir la guerra: todos los oficiales del Estado Mayor eran adoctrinados y entrenados en la misma concepción de la guerra. En este sentido, y en consonancia con su concepción, heredada de Clausewitz, de que la estrategia no era una ciencia, Moltke reforzó la importancia del estudio

---

235 Por su parte, las funciones del ministro de la guerra también se verían afectadas por el nuevo liderazgo que el Estado Mayor comenzó a ejercer en lo referente a la planificación y dirección de las operaciones militares, siendo desde entonces sus principales tareas ejercer el control político y administrativo del ejército.

de la historia entre esos oficiales (Holborn, 1986: 259). Si bien la historiografía basada en la crítica de fuentes, que Ranke había sido el primero en fundamentar y practicar sistemáticamente, se centraba en los acontecimientos político-militares, ya existía una tradición de historiografía militar anterior practicada por los representantes de la reacción alemana contra la teoría militar ilustrada como Scharnhorst o el propio Clausewitz, que atendía en sus análisis a las circunstancias militares y políticas de las campañas estudiadas.

No obstante, a partir de mediados del s. XIX aparecería esa historiografía exclusivamente militar se renovarían comenzando a aplicar la crítica de fuentes que era común en la historiografía positivista. En todas las obras de esta historiografía militar positivista, donde los protagonistas eran unos gobernantes y generales que actuaban movidos por la razón de Estado y el cálculo estratégico, la descripción de las campañas siempre seguía el mismo patrón. El interés se centraba en describir los movimientos de los ejércitos contendientes sobre el terreno, lo que permitía discernir los lineamientos estratégicos respectivos relacionándolos además con la capacidad logística. Pero, sobre todo, el momento culminante de la narración eran las batallas, más concretamente las batallas decisivas. Estas siempre se describían, a la manera de una partida de ajedrez, como el resultado mecánico de la disposición de los diferentes contingentes de tropas y sus movimientos sobre el campo de batalla. De ese modo, al adoptar la perspectiva del general, los historiadores militares conferían una apariencia de racionalidad y control a ese campo de batalla<sup>236</sup>.

Incluso aquellas obras que tomaban como tema de investigación la guerra durante diferentes períodos históricos, o a lo largo de toda la historia, centraban su investigación en el relato de las batallas más importantes por sus consecuencias políticas. La historiografía militar reflejaba, por lo tanto, la concepción de la estrategia que comenzaba a ser predominante en la época y que consideraba la batalla decisiva como el acto central de la guerra<sup>237</sup>. Así, pese a que la crítica de fuentes introducida por la influencia de la historiografía positivista mejoraba la calidad de las monografías militares al proporcionar una visión más realista e históricamente correcta de las diferentes campañas militares y batallas<sup>238</sup>, sin embargo no logró eliminar el defecto que afectaba a la historiografía militar anterior. Esto es, el de reflejar las concepciones estratégicas del presente sobre el pasado.

Por lo tanto, al final, pese a que a partir del período de las guerras de la Revolución y el Imperio hubiese una convicción generalizada dentro de la intelectualidad militar de los Estados alemanes de que la dirección de operaciones no podría ser sistematizada en un conjunto de principios científicos, sino que era variable según las circunstancias, el estudio de

---

236 Entre las obras que aplicaron el método y enfoque de la historiografía positivista al estudio de la historia militar de la Antigua Grecia a finales del s. XIX y principios del XX tenemos, por ejemplo, las de Köchly y Rüstow, *Geschichte des Griechischen Kriegswesen* (1852); Droysen, *Heerwesen und Kriegführung der Griechen* (1888); G. B. Grundy, *Thucydides and the History of His Age* (1911); o, en general, para la historia militar de la Antigüedad clásica: Kromayer y Veith, *Heerwesen und Kriegführung der Griechen und Römer* (1928).

237 En esta época aparecerá la primera obra de historiografía militar centrado en el análisis de las batallas decisivas más importantes de la historia occidental. Me refiero a *The Fifteen Decisive Battles of the World* de Edward Creasy, publicada por este historiador inglés en 1856 (Keegan, 1991: 57).

238 Sobre todo, el análisis filológico de las fuentes permitió revelar las diferencias de significado con respecto al presente de ciertos conceptos clave de la guerra en otras culturas y períodos históricos.

la historia terminaba por revelar la idealidad y superioridad de la estrategia orientada a la destrucción del ejército enemigo en la batalla decisiva, con lo que confirmaba las asunciones de la época. El propio Moltke cultivaría esa historiografía militar con su monografía clásica sobre la campaña italiana de 1859, aunque la suya, por supuesto, no era una obra metodológicamente crítica, sino escrita en la tradición de un Scharnhorst o un Clausewitz (Holborn, 1986: 259).

Por otra parte, donde sí creía Moltke que el Estado Mayor podría ejercer un control racional, mejorando la actuación del ejército, era en la movilización y despliegue de las tropas sobre el terreno (*Aufsmarch*). Puesto que un error en la inicial concentración de los ejércitos apenas podía ser corregido durante el curso de la contienda, pudiendo echar al traste toda la planificación estratégica, mientras la movilización podría ser preparada y organizada con antelación, esta se convirtió en una de las principales funciones del Estado Mayor a partir de Moltke (Holborn, 1986: 289). Pero con un ejército nacional de 300.000 a 500.000 soldados, esa tarea adquiría una gran complejidad. Estaba claro que la movilización y el despliegue de las tropas no podían ser simultáneos en el tiempo y el espacio, pues ello generaría un caos ingobernable para cualquier cuerpo de oficiales, por muy experto que fuese.

Dos avances técnicos de la nueva era de la industrialización, incorporados por Moltke en los esquemas del Estado Mayor a la hora de planificar y dirigir las operaciones, facilitaron la preparación y organización racional de la *Aufsmarch*: el telégrafo, que posibilitaba una comunicación casi instantánea entre el cuartel general y los regimientos o el frente, y el ferrocarril<sup>239</sup> (Howard, 1983: 174-176). Especialmente este último era fundamental para el tipo de estrategia que Moltke pretendía implementar. El transporte de las tropas en el medio ferroviario aumentaba, sin duda alguna, su velocidad de movilización así como la movilidad y rapidez de las tropas en general, lo que otorgaba al ejército prusiano la iniciativa desde el principio en la campaña. No se debe olvidar que la iniciativa era una cuestión fundamental en una concepción de la estrategia que, dirigida a la destrucción del ejército rival, privilegiaba la acción ofensiva. Pero, además, el ferrocarril también permitía superar una desventaja estratégica prusiana en términos geográficos: el eje este-oeste en torno al que orbitaba el país ofrecía serias dificultades a la hora de realizar una rápida movilización de tropas y, asimismo, lo hacía muy vulnerable a los ataques de los Estados vecinos. De este modo, Moltke alentó la construcción de ferrocarriles estratégicos por todo el territorio del antiguo Sacro Imperio<sup>240</sup> alegando que, en las guerras del futuro, serían más valiosos que las fortalezas (Murray, 2010a: 244). Cada regimiento se iría incorporando a filas los días señalados y en los puntos de embarque prefijados, y serían rápidamente transportados casi hasta el lugar donde debían desplegarse en formación de combate.

Una vez formadas las diferentes divisiones de combate sobre un amplio frente, la

---

239 Moltke dominaba perfectamente todos los aspectos técnicos y económicos relacionados con el ferrocarril puesto que se había enrolado con la compañía privada que había llevado a cabo la construcción de la línea ferroviaria entre 1841 y 1844 que unió Berlín y Hamburgo (Gat, 2001: 320).

240 En 1854 la Confederación germánica disponía de casi 12.000 kilómetros de vías férreas y su índice de expansión ferroviaria doblaba al de Francia; solo Prusia ya contaba con 5.600 kilómetros en 1860 (Murray, 2010a: 244).



profesionalidad y unidad de criterios de sus comandantes, junto con las sencillas instrucciones que les había entregado el Estado Mayor, permitirían que esas dispersas divisiones fuesen convergiendo más o menos coordinadamente hasta encontrarse con el ejército enemigo. La comunicación por telégrafo permitiría a Moltke estar permanentemente informado de la situación en el frente de batalla y transmitir nuevas instrucciones en caso de que estas fuesen requeridas. Así, pues, en la nueva era de la guerra entre ejércitos nacionales, el telégrafo y el ferrocarril se convertían en instrumentos indispensables a la hora de realizar la movilización de los reclutas y permitir que las operaciones militares cumpliesen en la práctica el objetivo militar definido por la estrategia que, en opinión del estamento militar prusiano desde principios del s. XIX, representaba la verdadera naturaleza de la guerra: la destrucción del ejército enemigo en batalla gracias a la concentración de fuerzas y la superioridad numérica (Holborn, 1986: 287, 290-291; Gat, 2001: 334).

Por otra parte, la importancia que asoció al estudio de la historia militar y su atento seguimiento a las guerras del momento, permitieron a Moltke captar rápidamente la importancia de las nuevas armas de fuego<sup>241</sup>. Como se había demostrado en la guerra de Crimea y especialmente en la guerra civil estadounidense (Murray, 2010a: 227, 233), esas nuevas armas que mejoraban la eficacia de los disparos y acortaban el intervalo entre ellos, imponían nuevos condicionamientos a la dirección de operaciones. En primer lugar, era necesario fabricar una gran cantidad de proyectiles para aumentar la potencia de fuego. De esa manera, la creación de un tejido industrial nacional que produjese manufacturas de manera estandarizada y a gran escala se convertía, a partir de entonces, en un factor estratégico de primer orden (Caillois, 1973: 203-205). En segundo lugar, debido a la mayor capacidad mortífera de esas armas de fuego, el asalto frontal a las posiciones enemigas, especialmente si sus tropas se defendían tras un parapeto natural o artificial constituía un acto suicida (Dyer, 2007: 233-236).

Por otro lado, teniendo en cuenta la mayor dispersión de los frentes sobre el terreno, el ataque por los flancos también era muy difícil. Ese problema operacional fue solucionado por Moltke diseñando una estrategia de envolvimiento combinando el uso de líneas interiores y exteriores, que hacía que sus divisiones de combate rodeasen a las unidades de batalla del enemigo cuando convergían en el campo de batalla. Esta maniobra de envolvimiento, donde la velocidad a la hora de realizarla era el factor esencial, permitía pillar desprevenido a un enemigo que todavía se estaba concentrando, haciendo posible de esa manera también librar el combate desde una posición de superioridad numérica (Rothenberg, 1986: 299-300). Además, Moltke no dudó en dotar a sus tropas de esas nuevas armas de fuego que, como el fusil percutor y el fusil de retrocarga, además de permitir a sus soldados recargar hasta cuatro veces más deprisa que sus adversarios, les posibilitaba hacerlo cuerpo a tierra, lo que constituía una clara ventaja en el combate con armas de fuego (Murray, 2010a: 244).

Todas estas novedades y reformas introducidas por Moltke permitieron al ejército prusiano derrotar, en campañas rápidas y decisivas, al Imperio Austro-Húngaro en 1866 y a

---

241 Ya en 1905, Rudolph Cammerer atribuía al historicismo de los pensadores militares alemanes su mayor sensibilidad hacia lo históricamente novedoso. Esta sensibilidad, sin embargo, no fomentaba el marco teórico positivista del que partían los pensadores militares de otras naciones y que les llevaba a concebir la estrategia como una ciencia (Gat, 2001: 334).

Francia en 1870-1871, consiguiendo, gracias a ello, la unificación política de Alemania. Especialmente la inteligencia y capacidad organizativa de su profesional cuerpo de oficiales organizado en torno al Estado Mayor General, pero también la brillante habilidad diplomática en la esfera política de un Bismarck capaz de impedir que llegase cualquier tipo de ayuda militar externa a los enemigos prusianos, fueron determinantes en el feliz desenlace de los conflictos.

Asimismo, estas guerras pondrían nuevamente de relieve la superioridad de los ejércitos de soldados-ciudadanos movidos por un sentimiento nacionalista y de la estrategia orientada a la destrucción del ejército rival por medio de la batalla decisiva. Pese a todo, también pusieron de manifiesto un problema inherente a la ya comentada concepción moltkeana de las relaciones entre la política y la estrategia militar. Según habíamos visto, Moltke sostenía en un artículo que el fin de las operaciones militares (la destrucción del ejército rival) no debía ser afectado en absoluto por los objetivos políticos. Pero esta posición, en la práctica, dejaba escaso margen de maniobra a las autoridades políticas para ejercer un control sobre el desarrollo de las operaciones militares supeditando los fines políticos a los fines militares.

El problema en cuestión no es banal y merece cierto análisis puesto que, en el debate académico que surgió tras la II Guerra Mundial con el fin de determinar las causas de la agresiva conducta alemana durante el primer tercio del s. XX, ciertos historiadores alemanes de tendencia liberal creerían encontrar la respuesta precisamente en el militarismo fomentado por una institución militar que, debido al prestigio adquirido tras las victorias de 1866 y, en especial, 1870, se convertiría en el auténtico rector de la política alemana (Gat, 2001: 338; Murray, 2010b: 254). Normalmente el episodio que esos historiadores solían considerar el primer síntoma de esa deriva militarista en la política alemana, con unas autoridades militares cada vez más poderosas frente a sus homólogos civiles, es el enfrentamiento entre Bismarck y Moltke, jefes de la política y el ejército prusiano respectivamente, al final de la guerra contra Francia de 1870-1871 (Gat, 2001: 338).

Tras destruir y capturar al grueso del ejército regular francés en Sedán y el cerco de Metz, el ejército alemán se dirigió a la capital francesa para tomarla. Entretanto, con las noticias de la derrota militar, en París se había proclamado la república y una leva masiva. Esta supuso el alistamiento de millares de voluntarios, cuya función consistió en defender la capital francesa y hostigar a las tropas prusiano-alemanas sabotando sus líneas de operaciones, intentando, además, hacerse con el control del estrecho corredor que vinculaba al ejército prusiano-alemán sito en París con los territorios de la Confederación germánica (Murray, 2010a: 251-252). En ese contexto, temiendo que la resistencia francesa alentada por la insurrección popular se prolongase hundiendo la moral de las tropas prusiano-alemanas<sup>242</sup> y poniendo en peligro la victoria cosechada contra el ejército regular francés, Bismarck incitó a Moltke a iniciar de inmediato el bombardeo de París con el objetivo de lograr una rápida capitulación del nuevo gobierno francés. Moltke, que no quería terminar la guerra hasta que la resistencia francesa fuese aniquilada, se negó a ello aduciendo dos razones. En primer

---

242 Otros factores que también contribuían a mantener la resistencia militar francesa eran el buen abastecimiento de suministros de que disfrutaban gracias a su control del mar, así como la esperanza de que algún Estado aliado enviase tropas de auxilio.

lugar, teniendo en cuenta que el ejército prusiano-alemán no disponía de suficientes trenes de artillería pesada, transportar esos trenes desde los territorios alemanes por el estrecho corredor que los vinculaba con el ejército que asediaba París habría generado un problema de abastecimiento. En segundo lugar, Moltke consideraba que las autoridades civiles no debían entrometerse en la dirección de las operaciones militares, puesto que eran una competencia exclusiva del jefe del Estado Mayor.

La propia estructura del Estado que heredaría el Imperio Alemán alimentaba el problema, pues el parlamento no ejercía ningún control sobre el canciller y el jefe del Estado Mayor General que eran las autoridades principales del Estado en la esfera política y la esfera militar. En último término, ya que era quien poseía la jurisdicción suprema como jefe del Estado, correspondía al monarca solucionar cualquier desavenencia que pudiese surgir entre el canciller y el jefe del Estado Mayor. Y, desde su punto de vista, ambos poseían el mismo estatus. Sin embargo, Guillermo I obligaría finalmente a Moltke a cumplir las órdenes de Bismarck. Con todo, para entonces el problema logístico del abastecimiento se había resuelto y los trenes de artillería pesada ya habían llegado a París. Así, dos semanas después de iniciados los bombardeos, el nuevo gobierno republicano francés se vería obligado a capitular, y en el tratado de paz firmado en el Salón de los Espejos de Versalles se reconocería oficialmente el nacimiento del II Reich alemán (Rothenberg, 1986: 304-305; Gat, 2001: 337-338).

En definitiva, si bien la estructura institucional prusiana facilitaba que se produjese el conflicto entre la esfera política y la militar, fue la postura de Moltke, influida por su concepción de la estrategia, la que radicalizó el problema. No obstante, hay que recalcar que, a nivel militar, la lectura que el Estado Mayor General extrajo de las victorias de 1866 y 1870 es que su planificación estratégica y operacional orientada a la aniquilación del ejército oponente había sido perfecta. Con esa estrategia se habían ganado dos importantes contiendas militares que habían permitido la unificación política alemana, derrotando además al principal poder político-militar continental hasta entonces, Francia. De este modo, los sucesores de Moltke al frente del Estado Mayor continuarían elaborando sus planes de guerra a partir de la concepción estratégica y dirección de operaciones que el vencedor de Königgratz y Sedan había desarrollado.

Pero el triunfalismo instaurado en el seno de las instituciones militares alemanas no debería llevarnos a engaño acerca de la deriva agresiva y militarista que, en el ámbito de las relaciones interestatales, experimentó el II Reich a partir de entonces. Más bien, como trataré de explicar en el siguiente apartado, sería la apertura de un nuevo contexto político a la muerte de Bismarck y Guillermo I, lo que influiría en la adopción de una concepción militarista del mundo en la nueva generación de estadistas. De esta manera se forjó un nuevo contexto ideológico que propició el descenso a los infiernos que culminó en la masacre de la I Guerra Mundial al permitir que, una vez desatadas las hostilidades, el imperativo militar reinase supremo.

## **2.6. El camino hacia la guerra total: 1870-1914**

Como consecuencia de la derrota frente al ejército prusiano-alemán, Francia perdió los territorios de Alsacia y Lorena, y tuvo que pagar un gran indemnización de guerra a

Alemania que dejó maltrechas sus finanzas (Gat, 2001: 384). Por su parte, Alemania, después de conseguir su unificación, vio como su tasa de crecimiento demográfico y el ritmo de la producción industrial anual, que habían iniciado un proceso de crecimiento sostenido desde 1850, se incrementaban espectacularmente<sup>243</sup>. Gracias a ello, en términos económicos y demográficos, Alemania se convirtió, durante el último tercio del s. XIX, en la nación europea más poderosa. Por consiguiente, en el viejo continente la balanza de poder se estaba inclinando favorablemente hacia Alemania. En el mundo, únicamente los Estados Unidos poseían una fortaleza demográfica e industrial superior a la del II Reich (Kennedy, 1995: 199-203).

Por otra parte, el enorme crecimiento demográfico y económico había despertado el interés de los grandes magnates de la industria alemana en el comercio exterior y la adquisición de nuevos mercados. Hay que recordar que esta era la época en que las potencias europeas alimentaban el desarrollo de su industria mediante la expansión comercial y militar en otros continentes, lo que las había llevado a la conquista del mundo mediante la creación de grandes imperios coloniales. Las élites políticas y económicas del II Reich, pues, eran conscientes que el futuro político y económico de su nación pasaba por la creación de un imperio mundial. La expansión imperial no solo mantendría un crecimiento sostenido de la industria y la economía alemanas, sino que, además, disfrutar de una hegemonía mundial era lo que correspondía a un Estado nacional que poseía la hegemonía política en Europa.

A su vez, las élites intelectuales alemanas, políticamente encuadradas dentro de los sectores más progresistas del liberalismo, también compartirían esa concepción hegemónica (Ringer, 1995). Para ellas, la consecución de una supremacía mundial alemana quedaba justificada por el hecho de que tal proyecto imperialista contribuiría a cohesionar la nación vinculando a las clases populares y las élites político-económicas en torno a un objetivo común. Por lo tanto, concebían el imperialismo como un medio de conciliar a la nación con el Estado<sup>244</sup> (Arendt, 2006: 211-253).

Al mismo tiempo, y precisamente por reforzar el poder del Estado, la expansión militar beneficiaría el continuo desarrollo cultural y ético de la nación. Si en la época anterior a 1870, Droysen había concebido la unificación alemana como la misión histórica de Prusia, a partir del último tercio del s. XIX, en la obra de historiadores como Treitschke o Sybel, comenzó, en virtud de la creencia hegeliana de que cada época histórica estaba dominada por una nación que le confería su carácter peculiar a la época, a sostenerse que el nuevo Reich estaba destinado a dominar el mundo (Iggers, 1988: 122).

Asimismo, la concepción hegeliana de la historia articulada en torno a la noción de

---

243 Entre 1870 y 1914 la población alemana creció un 66 por ciento, de 41 a 68 millones de habitantes, en comparación con el aumento del 11 por ciento que experimentó la población francesa, que pasó de 36 a 40 millones. Asimismo, comparado con la principal potencia industrial europea, Gran Bretaña, mientras que en 1870 la producción alemana era tan solo una parte de la británica, para 1913, ya la había sobrepasado: en conjunto la producción industrial alemana era un 9 por ciento mayor que la británica.

244 Incluso los socialdemócratas, internacionalistas por excelencia y enemigos mortales del imperialismo propugnado por ese nacionalismo militarista, se verían obligados, en vísperas de la I Guerra Mundial, a mantener una postura más patriótica con el objeto de favorecer su estrategia política (Gallie, 1979: 168-173).

progreso, permitía justificar el imperialismo como una tarea destinada a la expansión de la civilización<sup>245</sup>. De esa manera, la consecución del dominio político era considerado como un factor necesario para llevar el progreso a unas naciones que se caracterizaban como históricamente atrasadas por no poseer las instituciones políticas, económicas, militares, culturales europeas, ni por supuesto la misma tecnología (Münkler, 2007: 92-96).

Por último, el pensamiento racial y darwinista que había comenzado a sistematizarse también desde mediados del s. XIX complementaría esas concepciones histórico-filosóficas, naturalizándolas y otorgándoles un valor científico añadido. Si las razones históricas y filosóficas legitimaban el uso de la fuerza en las relaciones entre las naciones, considerando la guerra como un hecho necesario, pero regular y predecible en la vida de estas, de manera inextricable unido al dominio político, las razones biológicas con sus nociones de supremacía y degeneración de las razas, así como supervivencia de los más aptos, también hacían aparecer a la guerra y el dominio político como necesarios desde el punto de vista de la evolución de la especie humana (Arendt, 2006: 254-285).

Esa particular mezcla de nacionalismo militarista, darwinismo y racismo articulada por las élites intelectuales europeas, que naturalizaba la guerra y la expansión imperial otorgándoles una función primordial en el desarrollo de las naciones, caló profundamente entre los miembros de las élites políticas europeas y de los diferentes estamentos militares siendo adoptado como discurso oficial (Gat, 2001: 349). En Alemania, en la esfera política, la destitución del prudente Bismarck por el nuevo emperador Guillermo II en 1888 simboliza la apertura de la nueva etapa en que la *Realpolitik* bismarckiana orientada a la conservación del equilibrio de poder fue sustituida por una agresiva e imperialista *Weltpolitik* destinada a asegurar la primacía mundial alemana. Una política imperialista de la que también se harían eco y propagarían en sus obras, los nuevos líderes del ejército alemán<sup>246</sup>.

Tras 1871, ese ejército alemán se había convertido en el más poderoso de Europa. A partir de entonces todas las naciones del viejo continente estudiaron e intentaron reformar sus propias instituciones militares imitando el modelo alemán. Esas reformas se centraron esencialmente en tres puntos. En primer lugar, la realización definitiva del ideal de la “nación en armas” mediante la ampliación del ejército regular y la adopción del sistema de reservas alemán. Puesto que se consideraba que la superioridad numérica había sido un factor decisivo en la consecución de las victorias de la renovada máquina militar alemana, con el fin de contrarrestarla, se puso fin a las prácticas corruptas de la nobleza y la burguesía que pagaban a sustitutos de las clases bajas para reemplazarlos en el ejército, y se amplió el período de servicio militar obligatorio (Heuser, 2011: 161-164).

---

245 Este fue, quizá, el discurso de justificación oficial del imperialismo esgrimido por todas las potencias coloniales europeas. Por otra parte, aunque gozó de menor influencia en esta época como discurso oficial, la justificación de la expansión imperialista como un medio de cristianización, que había sido el preponderante en la época de la conquista española del continente americano, también estuvo presente (Münkler, 2007: 88-91).

246 Por ejemplo, Friedrich von Bernhardi en su obra *Deutschland und der Nächste Krieg*, se expresaba así: *nations do not form a single society [...] all real progress is founded upon the struggle for existence and the struggle for power prevailing among them. That struggle eliminates the weak and used-up nations and allows strong nations possessed of sturdy civilisation to maintain themselves and to obtain a position of predominant power until they too have fulfilled the civilising task and have to go down before young and rising nations* (Gat, 2001: 352).



No obstante, esta medida encontraría fuertes resistencias en todos los países, estimulando durante el último tercio del s. XIX un intenso debate<sup>247</sup> en el que se entremezclaban argumentos de naturaleza política y económica. Así, aquellos más reacios a la ampliación de los ejércitos regulares, generalmente asociados a posiciones políticas más conservadoras, defendían que tal incremento generaría gastos insostenibles para el presupuesto estatal, pero, sobre todo, esgrimían el clásico razonamiento de que armar al pueblo era un peligro para el Estado en vista de su potencial revolucionario<sup>248</sup> (Heuser, 2011: 169-170). El miedo a las masas que, en el ámbito político se traducía en el miedo y desprecio hacia el liberalismo más radical de tendencias democráticas y el socialismo, generó un ambiente de pesimismo y conflicto cultural que caracterizó el fin del s. XIX y los inicios del s. XX en toda Europa. Se creía que la industrialización, que había cambiado el paisaje urbanístico de Europa así como la estructura familiar, trayendo consigo la aparición de una nueva clase social urbana, el proletariado (Campillo, 2001: 251-270), minaba las naciones desde dentro al fomentar valores que, como el individualismo o el materialismo, iban contra los valores tradicionales que las habían fortalecido<sup>249</sup>.

En segundo lugar, con el fin de facilitar el manejo de esos ejércitos de conscripción de masas se adoptó la organización del Estado Mayor General alemán. Por ejemplo, en Francia, la reorganización del Estado Mayor en 1874, ahora máximo responsable de la planificación estratégica y operacional de la guerra, trajo consigo la creación de la *École supérieure de guerre* en 1876-1878 que, al igual que la *Kriegsakademie* prusiana, estaba destinada a la formación de los oficiales del nuevo Estado Mayor. En tercer lugar, para todos los recién creados Estados Mayores europeos la doctrina estratégica implementada por Moltke se convertiría en el modelo de estrategia que se intentaría imitar. Ello supuso el descubrimiento de Clausewitz a nivel continental.

Hasta entonces la lectura que el pensador militar suizo Antoine Henri de Jomini había hecho de la estrategia napoleónica se había considerado no solo la versión teórica oficial sino el fundamento de la concepción estratégica de los diferentes ejércitos nacionales en Europa y

---

247 Como acierta a señalar Michael Howard, ese reclutamiento de grandes ejércitos nacionales obligó a aumentar el tamaño y mejorar la eficacia del aparato burocrático de la institución militar, pero también de las instituciones estatales que, en consecuencia, disfrutaron de un mayor control sobre el conjunto de su población (Howard, 1983: 178-181)

248 También contrarios a la creación de ejércitos nacionales de conscripción obligatoria, los socialistas, tal y como se puede observar en la obra de Jean Jaurés (Caillois, 1973: 150-166), eran proclives a la formación de un sistema de milicias semejante al modelo cantonal suizo, que tendría una función eminentemente defensiva, siendo el pueblo llamado a filas únicamente en caso de la declaración de guerra.

249 En consecuencia, cobraron auge filosofías vitalistas que, como la de Henri Bergson en Francia o la de Dilthey en Alemania, propugnaban una regeneración moral y espiritual de corte anti-intelectualista y anti-modernista, pues afirmaban el valor de la voluntad, la fe, el sacrificio, etc., frente a los falsos valores racionalistas postulados por el liberalismo y el positivismo ilustrados. En manos de las élites políticas, estas filosofías, fácilmente combinadas con argumentos propios del pensamiento racial como el de la degeneración de las razas, sirvieron para excluir, esgrimiendo su inferioridad natural, a los miembros de las clases sociales más bajas no solo de ejercer cargos políticos, sino directamente de la participación en la vida política a través del mecanismo del voto. Asimismo, en el ámbito militar fueron utilizadas para justificar las políticas militaristas de los gobiernos europeos, en razón de su creencia de que la guerra fortalecía la salud moral de la nación.

también en Estados Unidos<sup>250</sup>. Esa lectura jominiana partía, a diferencia de la interpretación clausewitziana, del marco teórico proporcionado por el pensamiento ilustrado. De hecho, esa fue una de las razones de que el pensamiento estratégico jominiano gozase de mayor difusión e influencia en el continente europeo que el clausewitziano, pues concordaba con el espíritu positivista que dominó el escenario intelectual durante la casi totalidad del s. XIX (Gat, 2001: 270-271).

De acuerdo con ese espíritu positivista, Jomini creía que el arte de la guerra se podría sistematizar en un conjunto de reglas. No obstante, si bien hasta fines del s. XVIII se consideraba que únicamente la táctica era susceptible de sistematización, Jomini, junto con otros autores como el propio Clausewitz o Bülow, cambió el enfoque científico hacia la estrategia. Así, para Jomini que, al igual que el autor de *De la guerra*, opinaba que las campañas militares de Napoleón habían sido guiadas conforme los principios universales y atemporales del arte de la guerra, la ciencia de la estrategia obligaba al general a tener en cuenta dos elementos fundamentales en su planificación y dirección de las operaciones: la línea de operaciones y la batalla decisiva. Es decir, toda la pericia del general y, por ende, la clave de la campaña radicaba en la elección de la línea de operaciones que permitiese tomar las comunicaciones del ejército enemigo aislándolo y concentrando una fuerza superior en sus flancos o en su retaguardia, —la famosa *manoeuvre sur les derrières* que Napoleón había empleado en las batallas de Ulm (1805) o Jena (1806)—, para destruirlo en la batalla<sup>251</sup>. Por supuesto, la movilidad y la rapidez, obtenida mediante las marchas forzadas, eran otro de los rasgos que toda planificación estratégica debía tener en cuenta (Gat, 2001: 113-121).

Por su parte, el descubrimiento de Clausewitz en los ejércitos hasta entonces influidos por la teoría del pensador militar suizo, no hizo, en principio, más que reforzar los principales puntos de su ciencia de la estrategia: la destrucción del ejército rival en la batalla, en que son decisivas la concentración de fuerzas y superioridad numérica. El principal elemento novedoso aportado por la teoría clausewitziana era la concepción de la dirección de operaciones como un medio regido por el libre albedrío del general y la voluntad de las tropas, de donde la importancia del factor moral. Así, pues, lo más frecuente fue lo que sucedió en Francia, en donde los oficiales del Estado Mayor como Langlois o Henri Bonnal configuraron lo que se dio en denominar como la “Nueva Escuela Militar Francesa” a partir de la combinación del pensamiento de Jomini y Clausewitz. De Jomini se tomaba la concepción de la estrategia como ciencia, así como la línea de operaciones y la batalla decisiva como sus dos elementos fundamentales. Del militar prusiano se recogía la importancia del genio del general a la hora de interpretar esa estrategia en virtud de los movimientos del ejército enemigo, así como de la moral como factores clave de la dirección

---

250 A que se considerase que el teórico suizo había revelado los verdaderos principios de la estrategia napoleónica contribuyó no poco que conociese personalmente a Napoleón, habiendo servido como coronel en su ejército, y a la supuesta leyenda que, ante la lectura de su *Traité de grande tactique* publicado en 1805, el propio emperador francés hubiese reconocido que reproducía exactamente los principios de su arte de la guerra (Gat, 2001: 133-137). Con todo, su obra tuvo imitadores y continuadores como William Napier en Inglaterra, Gay de Vernon o Denis Hart Mahan en Estados Unidos (Shy, 1986: 176-179).

251 Como se puede observar, la doctrina estratégica de Jomini es una combinación de los fundamentos de la guerra de maniobras dieciochesca y del arte de la guerra napoleónico. De la primera toma la importancia de aislar al enemigo eligiendo la mejor línea de operaciones, y del segundo el hecho de que el momento culminante debe ser la destrucción del ejército enemigo en una batalla.

de operaciones<sup>252</sup> (Gat, 2001: 390-397).

No obstante, en Francia, en 1870, la importancia de la moral como elemento clave en una actuación exitosa de las tropas ya había sido puesto de relieve por un desconocido coronel que había participado en la guerra de Crimea, así como varias campañas con el ejército colonial francés en Siria (1860-1861) y Argelia (1864-1866), y que fue muerto en la guerra contra Prusia de 1870: Ardant du Picq. Su reflexión sobre el arte de la guerra debe ser entendida en el contexto del debate que se produjo en Francia como consecuencia de la victoria prusiana frente al Imperio Austro-Húngaro de 1866.

Al entender que el éxito prusiano se había debido en parte a la reorganización de su ejército de conscripción universal a corto plazo, el emperador Napoleón III había decidido adoptar el mismo sistema de conscripción universal para formar un ejército francés de un millón de hombres. Pero esta decisión fue contestada tanto por la mayor parte de la élite político-militar francesa como por los propios ciudadanos franceses. Así, los primeros esgrimían la falta de preparación y virtudes militares de los miembros de las clases populares y el peligro para la estabilidad de la nación, en virtud de su potencial revolucionario, que supondría armarlos. Por su parte, los ciudadanos de las clases populares se negaban al sistema de conscripción universal porque los apartaba de su vida laboral y social cotidiana, lo que consideraban peligroso.

Entonces, la publicación de una obra sobre el estado del ejército francés en 1867 por parte del General Trochu, a las órdenes de quien había servido du Picq en Crimea, inició el debate. En ella Trochu argumentaba que lo que se necesitaba realmente no era adoptar el sistema de conscripción universal a corto plazo prusiano, sino mejorar la administración, educación militar, sistema de promoción y tácticas del ejército francés (Gat, 2001: 294-295). Los estudios realizados por du Picq en 1868 y 1870 sobre el campo de batalla antiguo la primera, y el campo de batalla moderno la segunda al hilo de esa controversia, inciden en la propuesta de Trochu. Combinando los puntos de vista del positivismo y del romanticismo, du Picq creía que podía desarrollarse una ciencia de la estrategia, pero que esta no estaba relacionada con la estrategia ni con la dirección de operaciones, a menudo cambiantes. Antes bien, la ciencia del arte de la guerra debía partir del único elemento que, citando a Mauricio de Sajonia, permanecía constante a lo largo de la historia de la guerra: el corazón humano. Es decir, cualquier ciencia de la guerra debía empezar por explicar la experiencia del soldado en combate, enraizada en su psicología individual y la del grupo; algo que du Picq, a diferencia de otros pensadores militares que no habían probado el combate real, conocía perfectamente.

Para estudiar qué era lo que determinaba la conducta del soldado en la batalla, du

---

252 En Alemania Jomini contó con numerosos discípulos, de los cuales los más importantes fueron Wilhelm von Willisen, Friedrich Engels o Wilhelm Rüstow. Como reconoce John Shy, incluso después de los éxitos de Moltke, hubo militares como Boguslawski o Yorck von Wartenburg que mantuvieron la fe jominiana. En virtud del predicamento de que gozaba el pensador suizo, así como del hecho de que en la Alemania guillermina de fin de siglo existiese un vivo debate acerca de los méritos relativos del autor de *De la guerra* y de Jomini en los círculos militares, Shy incluso avanza la hipótesis de que probablemente la obra cumbre del pensamiento militar de la Contra-Ilustración alemana fuese considerado como un mero manual de operaciones (Shy, 1986: 178-179).

Picq emprendió no solo el análisis de los relatos de batallas presentes en las obras historiográficas de la Antigüedad, sino que también realizó cuestionarios que entregó a sus compañeros soldados que habían tenido experiencia de combate para que los contestaran. La conclusión fundamental de su estudio fue la siguiente: el campo de batalla es un medio regido por el miedo de los combatientes. Dominados por el instinto de supervivencia, los soldados prefieren ganar sin tener que entrar en el combate cuerpo a cuerpo: para hacerlo deben ser obligados a ello. Las guerras del hombre primitivo, salvaje, confirman este punto, ya que estos hombres prefieren las emboscadas a la lucha: si son atacados, huyen. Las grandes batallas son producto de la civilización, puesto que solo las naciones civilizadas son capaces de conformar grandes ejércitos de soldados que son obligados a luchar mediante la imposición de una férrea disciplina y de la táctica.

Esa combinación de táctica y disciplina ya se puede observar en la historia de Europa en los ejércitos de Roma y Grecia, donde la cohesión del grupo era el factor que les otorgaba su superioridad sobre el resto de ejércitos. No obstante, el espíritu de lucha instilado por la disciplina y la táctica no significaba que esos ejércitos no se desintegrasen en ocasiones con facilidad antes y durante la batalla. De hecho, teniendo en cuenta que, para el ejército vencedor, el momento de mayor mortandad en la batalla siempre solía producirse durante la persecución del ejército derrotado, Du Picq concluía que el ataque sorpresa por los flancos o la retaguardia, incluso atrayendo al enemigo hacia las propias posiciones, era una táctica mucho más segura y eficaz que el asalto frontal.

En suma, el análisis de du Picq demostraba que la moral era más importante que los números: en la batalla solían triunfar los ejércitos pequeños pero bien disciplinados y cohesionados. Más que ejércitos de conscripción universal se precisaban ejércitos como los del pasado liderados por aristocracias guerreras con unos soldados que profesasen las virtudes militares tradicionales; un tipo de ejércitos, soldados y virtudes que la creciente democratización de las sociedades amenazaba con convertir en reliquias del pasado. Asimismo, la industrialización que acompañaba al proceso de democratización también había dejado notar su influencia en el campo de batalla moderno: las nuevas armas de fuego, como el fusil percutor de aguja empleado por los prusianos, tendían a dispersar y alejar los frentes haciendo que la tentación de desertar fuese mucho más fácil. Esta tentación aumentaba por la mayor mortandad que estas armas causaban: en consecuencia, era mucho más difícil todavía mantener la disciplina en el campo de batalla moderno. Para du Picq, por tanto, las condiciones de la guerra moderna favorecían una formación abierta y lineal de muy escasa profundidad (Gat, 2001: 296-304).

Y es que la industrialización de la sociedad estaba transformando el rostro de la guerra. No solo inventos como el telégrafo o el ferrocarril eran ahora esenciales en la elaboración de la estrategia. La continua mejora en las armas de fuego, como el fusil percutor de aguja, el fusil *chassepot*, o la temible *mitralleuse*, o el propio incremento en la potencia de fuego, —factor estratégico determinante a partir de ahora—, obligaban a los estrategas del ejército a adaptar su planificación a las condiciones introducidas por esas nuevas armas en el desarrollo de las operaciones. Los Estados Mayores disponían de dos medios fundamentales para evaluar los efectos y cambios introducidos por las nuevas tecnologías en tiempos de paz: su empleo en maniobras y simulaciones de combate real por iniciativa propia y el estudio de guerras ajenas en que esas tecnologías hubiesen sido empleadas por alguno de

los combatientes.

Con todo, el período que media entre 1870 y 1914 fue un largo período de paz dentro de Europa, y los principales conflictos en los que lucharon los Estados europeos los llevó a enfrentarse en otros continentes con rivales cuya organización económica y tecnología militar los incapacitaba para sostener un combate prolongado. Por consiguiente, la estimación de las consecuencias de las nuevas tecnologías no solo era difícil, sino que además distaba bastante de ser precisa (Murray, 2010b: 255-256).

Pero ello no quiere decir que, al igual que había sucedido en torno a la cuestión de los ejércitos de conscripción universales, la adopción de las nuevas tecnologías sacadas a la luz por la revolución industrial no fuese materia de preocupación y discusión entre los profesionales militares, las élites políticas, así como en la sociedad en general. Hubo pensadores que avisaron del peligro de la combinación de las nuevas armas de fuego y los ejércitos de masas por el grado de destrucción y elevado número de muertes que causarían en comparación con conflictos anteriores. En este sentido, cabe realizar una distinción entre los pensadores militares que eran profesionales del ejército y aquellos pensadores militares que procedían de la sociedad civil. Los primeros se afanaban en buscar alternativas estratégicas que redujesen el impacto de las nuevas armas ofreciendo la prueba de que, pese a todo, todavía era posible luchar una guerra rápida y victoriosa. Los segundos, en mi opinión, debido a que su prestigio y futuro profesional no estaban vinculados al ejército, tendían a ser más críticos, realizando análisis más completos y menos sesgados, que dibujaban un futuro más negro para la guerra pero más ceñido a lo que a posteriori demostraría la historia con respecto al grado de destrucción que se alcanzaría.

Desde el punto de vista del militar profesional, aunque partiendo de posiciones diferentes, dos de los primeros en darse cuenta de las implicaciones para el combate que las nuevas armas tendrían, fueron, como ya se ha explicado, Moltke y du Picq. Ambos proponían como solución la dispersión de los frentes y tácticas defensivas que tuviesen en cuenta la ocupación del terreno, así como el ataque por los flancos y la retaguardia. Ahora bien, en este sentido, el coronel francés era mucho más asertivo con respecto a la prioridad de la defensa sobre el ataque, mientras que el general prusiano creía que la adopción de una táctica defensiva u ofensiva debía variar en función de las circunstancias. Al contrario que du Picq, Moltke no renegaba de la concentración de fuerzas y la superioridad numérica.

Asimismo, ambos consideraban la disciplina y el mantenimiento de la cohesión como la clave de una actuación exitosa de los ejércitos sobre el terreno. Esta concepción revelaba un prejuicio aristocrático y conservador por su parte que se mostraba abiertamente reticente al reclutamiento de ejércitos de masas, más marcado en el caso del coronel francés. En el caso de Moltke, si bien era partidario de la “nación en armas”, sin embargo era contrario a la formación de milicias populares irregulares. Su experiencia de la insurrección popular con la que había terminado la guerra contra Francia de 1870-1871, es el punto de partida que determinó la curiosa evolución de su propia concepción estratégica a lo largo de la década de 1870 y 1880.

Preocupado por la posibilidad de una guerra en dos frentes contra Francia por el oeste, y Rusia por el este, Moltke dedicó sus esfuerzos durante esas dos décadas a planificar



una guerra rápida y victoriosa siguiendo las líneas de la estrategia de aniquilación que tan buenos réditos le había proporcionado en las guerras anteriores. La mejor conclusión a la que llegó Moltke era que la guerra, debido a la mayor lentitud de movilización de las tropas rusas, debía iniciarse con un ataque preventivo sobre el grueso del ejército francés concretado en una maniobra de envolvimiento a través de Bélgica, para, a continuación, obtenida la victoria sobre el enemigo francés, centrar todos los esfuerzos alemanes en el frente ruso contando allí con el apoyo de las tropas austro-húngaras.

Pese a todo, consciente de las dificultades logísticas que tal campaña planteaba, así como sobre todo de la movilización de las energías populares que tales guerras generaban y los efectos destructivos de las nuevas armas, Moltke concluía la imposibilidad de obtener una victoria decisiva sobre el campo de batalla. Por esa razón, defendía una estrategia defensiva orientada a la ocupación efectiva del terreno más que al enfrentamiento cuerpo a cuerpo, contando, además, con la estrecha colaboración de la diplomacia para que pusiese un fin rápido a una guerra. De lo contrario, el conflicto correría el riesgo de convertirse en una guerra de desgaste fatal para la estabilidad de los Estados implicados (Rothenberg, 1986: 306). De ahí su profético discurso ante el Reichstag acerca del nuevo tipo de guerra que se avecinaba:

*The days of the cabinet wars are past, now we have only the people's war. If war breaks out, one cannot foresee how long it will last or how it will end. It is the great powers of Europe which, armed as they never before, are now entering the arena against each other. There is not one of these that can be so completely overcome in one or even in two campaigns that it will be forced to declare itself vanquished or to conclude an onerous peace; not one that will be unable to rise again, even if only after a year, to renew the struggle. Gentlemen, it may be the Seven Years War, it may be the Thirty Years War; and woe to him who sets Europe in flames, who first casts the match into the powder-barrel (Gat, 2001: 331).*

Paradójicamente, su aguda observación de las nuevas realidades del combate había terminado acercando a Moltke al conservadurismo y prudencia que había caracterizado la política bismarckiana.

Por su parte, la obra de du Picq, que había pasado totalmente desapercibida en el momento de su publicación, alcanzaría gran notoriedad con su segunda edición justo en el inicio del s. XX, debido al debate suscitado en el seno del estamento militar francés en torno a los problemas operacionales derivados del uso de las nuevas armas. Este debate fue iniciado por la publicación en 1902 de una obra en la que el oficial Émile Mayer favorecía, en vista de la enorme potencia de fuego de que disponían los ejércitos modernos, un planteamiento estratégico defensivo previendo que la siguiente guerra, de ser luchada según la estrategia ofensiva tendente a la destrucción del rival, sería una guerra de posiciones y desgaste que implicaría enormes masacres y el agotamiento financiero de las naciones implicadas. En la misma línea argumentarían otros militares como el general Kessler, François de Négrier o el coronel de Maud'huy (Gat, 2001: 402-405).

La respuesta a esta alternativa estratégica y operacional que plantearían los miembros de la Nueva Escuela Militar Francesa, en particular Bonnal y Langlois, que habían sido educados en el credo de la superioridad de la estrategia napoleónica según la interpretación de Jomini, consistió exactamente en los mismos argumentos que los sucesores de Moltke al

frente del Estado Mayor alemán esgrimieron. Todos reconocían el problema que las nuevas armas de fuego, por su mayor precisión y potencia, planteaban a la hora de emprender una dirección de operaciones regida por el espíritu de la ofensiva. Sin embargo, todas las campañas militares a lo largo de la historia habían mostrado que el ejército atacante que llevaba la iniciativa era el que podría mantener su propia planificación estratégica y conseguir el fin militar último: la destrucción del ejército rival. Por esta razón, lo que se precisaba no eran estrategias alternativas, pues la defensa obligaría ir a contracorriente y no permitiría conseguir un resultado decisivo, sino planes mejor concebidos y concretados de manera más eficiente (Gat, 2001: 405).

Además, la estrategia ofensiva dirigida a la aniquilación del rival era la única que permitía mantener la moral de las tropas alta; una moral reconocida por todos como el factor clave en el desempeño de los ejércitos sobre el terreno. En ese sentido, los pensadores franceses citarían con frecuencia a Du Picq como autoridad, omitiendo sus lecciones sobre la superioridad de la defensa. Irónicamente, sería convertido por esos pensadores de la Nueva Escuela Militar Francesa en un abogado de la doctrina de la *offensive à outrance* (Gat, 2001: 308-309). Por otra parte, tendían a menospreciarse y omitirse las manifestaciones evidentes de las modificaciones operacionales que provocaban las nuevas armas en las guerras libradas en otras partes del mundo. Las recientes guerras de los Bóer y de Manchuria no podrían tomarse como casos significativos porque en esas zonas regían condiciones geográficas especiales que no eran aplicables a Europa (Gat, 2001: 405).

En general, ha sido argumentado por los historiadores que esos dirigentes militares que, contra las evidencias que manifestaban la transformación del arte de la guerra por efecto de las nuevas armas, seguían sosteniendo la necesidad de una estrategia centrada en la ofensiva y la destrucción del ejército rival en batalla, padecían de “estrechez de miras” (Murray, 2010b: 254). En mi opinión, esa mentalidad cerril estaba determinada por el “profesionalismo” de estos pensadores y dirigentes. La profesionalización de los oficiales de los ejércitos inducida por la creación de academias militares desde mediados del s. XVIII había facilitado la aparición de dirigentes militares más competentes. Sin embargo, su reunión en torno a una institución, el Estado Mayor, aunque diseñada para racionalizar problemas de intendencia y planificación, tuvo como consecuencia la acentuación de un defecto ya visible en la actitud y conducta de un general tan brillante y crítico como Moltke. Los oficiales del Estado Mayor terminaban desarrollando un pensamiento corporativo, un pensamiento institucional, en suma, un grupal que favorece esa mentalidad cerril. Si bien ese era en principio el efecto deseado, pues como reconocía el propio Moltke en tiempos de guerra lo que importaba era que el plan, aunque estuviese mal concebido, fuese ejecutado por todos con la misma determinación y voluntad por todos, en cambio, en tiempos de paz, la ausencia de crítica que tal pensamiento institucional comportaba, podría ser fatal fomentando actitudes conservadoras y reacias al cambio y la innovación; fatal porque, de las decisiones tomadas por los dirigentes militares, dependen directamente la vida de miles de soldados (Dixon, 2001).

Así que, además del ardor patriótico con el que concibió y dirigió la guerra contra Francia en 1870, esa mentalidad institucional que favorece una conducta tendente a proteger con celo el secreto profesional menospreciando y haciendo caso omiso a las ideas de personas ajenas a la profesión, explica también en parte su enfrentamiento con Bismarck.

Moltke lo expresó con la máxima claridad: los asuntos militares son cosa de militares. Desde ese ángulo de visión, no sorprende que la lectura en *De la guerra* acerca de la influencia de la política en la dirección de operaciones se pudiese malinterpretar. Ahora bien, el cientifismo positivista y el esencialismo del idealismo alemán estimulaban también la aceptación de esa concepción de la estrategia como una verdad apodíctica.

Por último, si bien los marcos institucional y teórico dentro de los que esta casta militar desarrolló su pensamiento y actividad profesional fomentaban una conducta y mentalidad cerriles, no es menos cierto que la estrechez de miras fue reforzada y espoleada por unos hombres de Estado e intelectuales de la época cuyo nacionalismo militarista, matizado por cierto darwinismo social y racismo, consolidaban la imagen de la guerra como un todo o nada, una lucha a muerte por la supervivencia entre las naciones.

Desde este punto de vista, no es de extrañar, por lo tanto, que las críticas más agudas y perspicaces al amenazador aspecto que estaba tomando el combate como resultado de la combinación de los ejércitos de masas y la industrialización del campo de batalla, procediese de dos civiles que no eran nacionalistas ni militaristas: el filósofo Friedrich Engels y el banquero y magnate de los ferrocarriles de origen polaco Ivan Bloch. En ambos, el análisis económico se combina con el análisis militar con el fin de prevenir contra el carácter apocalíptico que, a su juicio, adquiriría la siguiente guerra entre potencias europeas.

El banquero polaco, menos conocido, sistematizó sus argumentos en una inmensa obra titulada *La guerra del futuro*, publicada en 1898. En este trabajo, que muestra la inmensa erudición, así como la capacidad investigadora y crítica de su autor, pues acompaña sus argumentos con numerosas ilustraciones, diagramas, tablas y todo tipo de datos económicos, Bloch analiza los efectos de las nuevas armas y la estructura de la economía mundial. Concluye que, en la siguiente guerra entre potencias europeas, sería imposible alcanzar un resultado decisivo sobre el campo de batalla. Desde un punto de vista exclusivamente militar, tal guerra se caracterizaría por el estancamiento de los frentes: *Everybody will be entrenched in the next war. It will be a great war of entrenchments. The spade will be as indispensable to the soldier as his rifle. Como consecuencia battles will last for days* (Gat, 2001: 379), produciéndose grandes masacres sin que un resultado definitivo pudiese ser alcanzado. Entonces, los frentes se estancarán y comenzará la guerra de desgaste entrando en juego el factor económico. Puesto que las modernas economías son totalmente interdependientes debido a la elaborada división global del trabajo y un muy desarrollado sistema comercial, la interrupción que supondrá la guerra para el ciclo económico supeditando su producción a las necesidades del combate, será fatal para la industria y el comercio, provocando el colapso económico y social incluso de las potencias vencedoras (Gat, 2001: 377-379). Por lo tanto, además de una catástrofe en términos sociales, Bloch aventuraba que esa guerra futura también sería un suicidio en términos económicos.

Por su parte, las previsiones de Engels, si bien aparecen dispersas en diversos escritos suyos, y vinculadas siempre a la disquisición de la mejor estrategia para que los partidos socialistas pudiesen hacerse con el poder, son esencialmente idénticas a las de Bloch. Baste como muestra esta cita recogida de su obra:

“Ya no es posible ninguna guerra salvo una guerra mundial y una guerra mundial de extensión y violencia ciertamente no soñadas hasta ahora. De ocho a diez millones de soldados se matarán

los unos a los otros y al hacerlo devorarán a toda Europa hasta dejarla más desnuda de lo que jamás haya hecho ningún enjambre de langostas. Las devastaciones de la Guerra de los Treinta Años se condensarán aquí en tres o cuatro años y se extenderán por todo el Continente. Veremos hambre, peste y desmoralización general tanto de los ejércitos como de la masa del pueblo; confusión irremediable de nuestra artificial maquinaria en el comercio, la industria y el crédito, terminar en bancarrota general; derrumbe de los viejos Estados y de su tradicional cordura estatal, a tal punto que las coronas rodarán por docenas por el suelo y no habrá nadie para recogerlas; imposibilidad absoluta de prever cómo terminará todo y quién saldrá de la lucha victorioso: solo un resultado es absolutamente cierto: el agotamiento general” (Gallie, 1979: 181).

Con todo, ambos pensadores, así como otros que sostuvieron una postura pacifista fueron silenciados merced al nacionalismo militarista que prevalecía en el ambiente general de la Europa del momento. En concreto, los pensadores y jefes de la institución militar rebatieron con facilidad esos argumentos pacifistas en virtud de la escasa comprensión de los asuntos militares que mostraban: en la guerra el factor clave era la moral de los soldados, no la tecnología (Gat, 2001: 379-380).

Por otra parte, otro ámbito en el que la dirección de operaciones y el pensamiento estratégico conocieron transformaciones, merced tanto a los avances tecnológicos traídos por la industrialización como al contexto político, fue en el de la guerra en el mar. Desde principios de la Edad Moderna, la construcción de ejércitos de tierra regulares y profesionales había ido de la mano con la regularización de las flotas de guerra. Estas habían sido claves en los orígenes de la expansión colonial europea por el resto de los continentes y en la consolidación del dominio europeo sobre esos territorios allende los mares. De ellos, bien a través de la actividad comercial, bien a través de la exacción de impuestos, fluían mercancías y cuantiosos ingresos en forma de metales preciosos que contribuían generosamente a la alimentación y mantenimiento de una población en expansión, así como al engrosamiento de las arcas reales para financiar sus guerras en el continente. El control del mar, pues, se había venido a revelar como necesario para las guerras libradas en el continente europeo por motivos religiosos, dinásticos o hegemónicos (Howard, 1983: 75-101). Por ejemplo, en las guerras de la Revolución y el Imperio, el control que la flota británica ejercía sobre el mar, y que rubricó en la famosa batalla de Trafalgar de 1805, había permitido a una Gran Bretaña en guerra permanente con los revolucionarios franceses desde 1793, pero que poseía un ejército de infantería inferior al francés, bloquear los puertos franceses iniciando una paralela guerra comercial y financiera con Francia, cuyo Sistema Continental no fue rival para la flota y el imperio británicos<sup>253</sup>.

Fundamental para garantizar el dominio marítimo de las flotas de los Estados europeos había sido la aplicación a los barcos de una innovación tecnológica procedente del lejano Oriente: la pólvora. De este modo, la dotación de los navíos con cañones, unido a otras innovaciones técnicas referentes al arte de la navegación, así como las mejoras introducidas en la capacidad de almacenamiento y estructura de los barcos para garantizar su estabilidad

---

<sup>253</sup>En esa guerra comercial y financiera, los británicos no solo recurrieron a la emisión de “asignados” falsos, moneda nacional francesa, con el fin de devaluarla, sino también a la introducción, a través de los puertos controlados, de sus propios productos mediante el contrabando. Vital para la definitiva derrota francesa fue la financiación por parte de los británicos, con las riquezas generadas por su Imperio, de una coalición militar tras otra contra la *Grande Armée* (Lynn, 2010b: 218-220).

en alta mar, permitieron a las flotas de guerra europeas disfrutar de un dominio incontestable en el mar. Un dominio que, desde mediados del s. XIX, volvió a cobrar importancia cuando el proceso industrializador impulsó la carrera imperialista europea. Y, nuevamente, una innovación tecnológica, la máquina de vapor, estaba transformando el arte de la navegación y con ello la dirección de operaciones en la guerra naval: la era de la vela tocaba a su fin (Gat, 2001: 441).

Por supuesto, la mecanización de los navíos de guerra, así como la necesidad de controlar el mar derivada del impulso imperialista, fomentó la aparición de nuevas teorías sobre la guerra naval a finales del s. XIX. La más importante de ellas fue la elaborada por el estadounidense Alfred Thayer Mahan. Sus *The Influence of Sea Power upon History, 1660-1783* de 1890 y *The Influence of Sea Power upon the French Revolution and Empire* conocieron un rápido éxito, especialmente en Gran Bretaña. Estas obras surgieron a partir de los cursos que Mahan impartió en el Naval War College de Newport en 1885 y 1886, en los que analizó las principales expediciones y batallas navales luchadas por la flota de guerra británica, que se había convertido en el principal poder marítimo, entre las fechas indicadas en sendos volúmenes. Partiendo de un marco teórico positivista y fuertemente influido por Jomini, el primer objetivo de la obra era establecer, a partir del análisis del caso británico, el papel que había desempeñado el poder marítimo en la historia político-militar. Las conclusiones a las que llegó fueron las siguientes: la supremacía naval había concedido a Gran Bretaña su imperio y la riqueza comercial a partir de la que había podido desarrollar su industria, asentando su hegemonía política en Europa frente a Francia. Por lo tanto, el papel que el poderío marítimo había desempeñado a la hora de configurar la Europa y el mundo modernos había sido fundamental (Crowl, 1986: 449-455).

El otro objetivo de su obra consistía en determinar los principios fundamentales de la ciencia de la estrategia naval. Como no podía ser de otro modo, su concepción de la estrategia era una traducción a la guerra naval de la concepción estratégica del pensador suizo Jomini. El control del mar solo se lograría mediante la destrucción de la flota enemiga; bien a través de una batalla decisiva, bien embotellándola en sus propios puertos. Mahan desestimaba totalmente otro tipo de medios como el control de las rutas comerciales, puesto que el poderío marítimo para él residía enteramente en la flota de navíos que debía ser, en consecuencia, aniquilada para anular la resistencia del enemigo en el mar. Asimismo, si en el caso de la guerra terrestre había sido Napoleón el genio cuyo arte de la guerra había revelado los principios eternos de la estrategia, en el caso de la guerra en el mar, el héroe de Mahan era el almirante Nelson, el vencedor británico de Trafalgar (Crowl, 1986: 455-462).

Por otra parte, las opiniones imperialistas, racistas y social-darwinistas que Mahan destilaba en sus obras se conformaban con el espíritu general de la época. Ello, sin duda alguna, también constituyó un factor de peso en el rápido éxito que tuvieron sus trabajos, convirtiéndole en una celebridad mundial del pensamiento militar. Así, sería invitado a participar en las dos Conferencias de La Haya donde, obviamente, se presentó como un bastión de la razón de Estado, manifestándose en contra de cualquier tipo de limitación en la guerra, el armamento, o la libertad de acción en el mar (Crowl, 1986: 462-469). Asimismo, si bien podría decirse que, en términos generales, Jomini fue la principal autoridad teórica de la guerra terrestre durante el s. XIX, en lo que se refiere a la guerra naval, la teoría estratégica de Mahan ejerció una influencia abrumadora en todo el mundo. La carrera imperialista había



convertido el dominio del mar en un tema de fundamental preocupación dentro de la política estatal y las fuerzas armadas de las potencias europeas. De hecho, la lectura de la obra de Mahan en 1894 convenció al emperador alemán Guillermo II que el ascenso de Alemania a potencia mundial solo podría producirse mediante la creación de una gran flota.

En Alfred Tirpitz, el káiser encontraría la mano derecha que necesitaba dentro de la marina alemana, pues este sostenía que la creación de una gran flota de guerra alemana obligaría a Gran Bretaña, el imperio mundial más importante de la época, a respetar los intereses globales del Reich. De este modo, animado por su emperador, Tirpitz logró convencer a una serie de aristócratas terratenientes y grandes magnates de la industria para que financiasen su proyecto de ampliación de la flota alemana. Su estrategia era totalmente mahanita: contando con el apoyo económico de los empresarios del Reich construiría una flota tan poderosa que sería capaz de terminar con el dominio de los mares de la Royal Navy en un solo combate. Una Royal Navy que, a su vez, como consecuencia de este desafío planteado por la marina alemana, inició su propio proceso de ampliación y renovación, dando lugar a la ya conocida carrera armamentista entre Alemania y Gran Bretaña. Esta explica, en buena medida, el incremento de las tensiones internacionales que terminarían precipitando el estallido de la guerra en Europa nuevamente en 1914 (Murray, 2010b: 270-271).

Además, la carrera armamentista junto con la inclinación de la balanza de poder hacia Alemania provocó que los británicos, preocupados por el futuro de su Imperio cuyo escudo era la Royal Navy, también comenzaran a interesarse por una teoría naval a la que apenas se le había prestado atención hasta entonces. Los primeros pensadores militares que trataron de esbozar cómo las nuevas condiciones políticas y tecnológicas afectarían a la defensa del Imperio Británico fueron los hermanos Colomb, John y Philip. Especialmente conocida e influyente fue la obra de este último, *Great Britain's Maritime Power: How Best Developed*, la cual obtuvo en 1878 el "Naval Essay Prize" de la Royal Navy. En ella desarrolló una doctrina estratégica a partir de la cual surgió la denominada *Blue Water School*. Esta doctrina partía de la base de que el Imperio se había convertido en imprescindible para el mantenimiento del Estado británico. No solo era vital para el desarrollo y prosperidad económica de las Islas Británicas, sino también para el abastecimiento de todo tipo de productos de consumo.

En virtud de este reconocimiento de la dependencia de Gran Bretaña de su Imperio, los Colomb establecían que, en caso de guerra, la protección de las posesiones coloniales británicas allende los mares debía ser el objetivo fundamental de toda estrategia británica; y, en consecuencia, el medio militar adecuado para llevarlo a cabo, la *Royal Navy*. Contrariamente a lo que dictaría el sentido común, y teniendo en cuenta los impresionantes logros del ejército prusiano, por ejemplo, los Colomb determinaban que lo que menos debían temer los británicos era la invasión de su isla por un ejército de tierra. Mientras la flota británica pudiese seguir abasteciendo sus puertos, los británicos podrían mantener en pie ejércitos propios o extranjeros que podrían defender las islas frente a los invasores, o llevar la guerra a sus propios países. Por lo tanto, lo que debía evitarse a toda costa era que la flota enemiga controlase los puertos británicos, aislándola de su Imperio, pues, entonces, Gran Bretaña sería vulnerable a la conquista: *It is not invasion we have to fear if our navy is beaten, it's starvation* (Gat, 2001: 474). Que la armada británica retuviese el control del mar era, por tanto, según los Colomb, el pilar a partir del cual debería cimentarse toda estrategia

británica. Una estrategia cuyo segundo punto clave era la protección de un comercio con las posesiones coloniales que había devenido imprescindible para la supervivencia de Gran Bretaña.

De ahí que, al contrario de lo que dictaminaría como objetivo fundamental de toda estrategia naval en la década de 1890 el estadounidense Mahan, los Colomb estipulasen que la flota británica no debería arriesgarse a ser destruida en combate por la flota enemiga. Antes bien, la mejor manera de proteger el comercio británico con sus posesiones coloniales era bloquear al enemigo en sus propios puertos. De ese modo, la flota comercial podría seguir abasteciendo ininterrumpidamente a las Islas Británicas, siendo la piratería su principal amenaza. Con todo, ello permitiría que la marina de guerra siguiese reteniendo el control de los océanos (Gat, 2001: 473-474, 476).

No obstante, hay que matizar que, si bien Philip Colomb despreciaba y minusvaloraba la importancia del papel de cualquier ejército de infantería terrestre en esta estrategia para defender el Imperio Británico (Gat, 2001: 477), no sucedía lo mismo con su hermano John. Para el menor de los Colomb, la acción de la *Royal Navy* debía ser complementada con defensas costeras para las Islas Británicas y las posesiones coloniales. Estas defensas costeras debían incluir la dotación de guarniciones de infantería terrestre que actuasen en estrecha colaboración con la flota, constituyendo la última línea de defensa en caso de invasión de los territorios británicos (Gat, 2001: 475).

Pese a que la obra de John Colomb tuvo mucha menos influencia en los círculos profesionales que la de su hermano, la necesidad de una acción coordinada entre la flota y el ejército de tierra con el fin de satisfacer adecuadamente los diversos requisitos defensivos del Imperio Británico fue la base de la concepción estratégica del que iba a convertirse en teórico de la guerra marítima británico más importante a principios del s. XX, Julian Corbett. El estudio histórico de las expediciones navales británicas a partir del s. XVI sirvió a Corbett para rechazar el punto en común que tenían tanto la doctrina de Mahan como la de la *Blue Water School*. El control del mar, ora mediante la destrucción de la flota enemiga en una batalla decisiva, ora mediante el bloqueo de los puertos enemigos y la protección de las rutas comerciales, no era un fin en sí mismo. La guerra en el mar implicaba mucho más que la simple acción de los navíos; por lo menos, en lo que se refería a la guerra entre Estados verdaderamente poderosos. Así, en su estudio sobre la campaña de Trafalgar, Corbett concluía que la victoria decisiva obtenida por la flota del almirante Nelson, en octubre de 1805, no había significado el fin de la guerra en el continente, sino que Francia había seguido reinando hegemónica. Tan solo la derrota en la batalla de Waterloo diez años después había puesto fin a la guerra y al Imperio Francés (Gat, 2001: 484-485).

Por lo tanto, la guerra en el mar era mucho menos decisiva y menos importante que la guerra terrestre. Además, el sentido común dictaba que la ocupación efectiva de la tierra debía de ser el objetivo fundamental de toda guerra, puesto que, como el propio Corbett decía, los hombres vivían en tierra, no en el mar. En su opinión, la guerra en el mar era tan solo una parte más del fenómeno total de la guerra, y habida cuenta de que la acción de los ejércitos terrestres de infantería era mucho más decisiva e importante para el desenlace de la guerra, cualquier estrategia marítima, que no naval puesto que para Corbett implicaba mucho más que la acción de los navíos, debía tener en cuenta y estar supeditada a la

estrategia terrestre. Una estrategia anfibia que coordinase adecuadamente la flota con los ejércitos de tierra, y que tuviese en cuenta que el objetivo general era el control del territorio enemigo, era la forma superior de estrategia. En ella, por supuesto, la finalidad de ejercer el control sobre el mar era, como había señalado siglos atrás Francis Bacon, dotar de mayor libertad de movimientos y opciones al ejército de tierra (Gat, 2001: 487-488).

Por lo tanto, la principal tarea del responsable civil de los asuntos militares debía ser lograr que el almirantazgo y generalato británico diseñasen en común una acción eficazmente combinada de barcos y soldados de infantería, lo que proporcionaría a Gran Bretaña una mayor flexibilidad estratégica y táctica que sus rivales. Precisamente, en virtud de las circunstancias de estos y del desarrollo de la guerra, debía elegirse si bloquear los puertos, presentar batalla, dónde presentarla, etc. Por supuesto, este tipo de estrategia anfibia hacía posible que muchas veces el ejército de tierra no tuviese que recurrir a los números ni a la concentración de fuerzas, puesto que la lucha de una batalla decisiva para anular la voluntad de lucha del enemigo no era necesaria: una acción eficaz de la flota podría haberlo debilitado previamente. Con ello Corbett rompía con los principios de la concepción estratégica predominante en la época. Para obtener una victoria rápida y decisiva no era estrictamente necesario luchar una guerra a muerte que implicase la destrucción del ejército enemigo, ni un espíritu ofensivo, ni la concentración de fuerzas, ni superiores números (Gat, 2001: 488-490).

En resumen, en Gran Bretaña, a consecuencia de su peculiar condición geográfica insular, así como de la necesidad de proteger además su Imperio, se desarrollaron una serie de estrategias alternativas a la concepción estratégica dominante representada por el estadounidense Mahan, que era un calco de la que prevalecía con respecto a la guerra terrestre. No obstante, estas alternativas estratégicas únicamente serían conocidas y debatidas en los círculos profesionales de la *Royal Navy*. A este respecto cabe destacar especialmente la doctrina estratégica de Corbett, una de las mayores influencias en el pensamiento de Liddell Hart, cuya “estrategia de aproximación indirecta”, que rompería con el predominio de la estrategia napoleónica de aniquilación valiéndole la reputación de teórico militar más importante del s. XX, estaba inspirada en los mismos principios defensivos y de guerra limitada de la doctrina de Corbett.

No obstante, los navalistas británicos no fueron los únicos en presentar alternativas a la estrategia napoleónica. En la propia Alemania debemos nombrar al historiador Hans Delbrück como uno de aquellos autores que, entre fines del s. XIX y principios del s. XX, también intentó presentar una alternativa a la doctrina estratégica imperante. Así, ya en 1880, en su biografía de Gneisenau, al examinar las guerras luchadas en tiempos de Federico II de Prusia, Delbrück se dio cuenta de que, en términos generales, la estrategia que había proporcionado sus grandes victorias al monarca absolutista prusiano era una estrategia de desgaste que difería en sus principios esenciales de la seguida por Napoleón. Es más, estableciendo la comparación entre la época de Federico II y la de las guerras de la Revolución Francesa, Delbrück llegaba a la conclusión, confirmada por su lectura de Clausewitz, de que habían sido las diferentes circunstancias de cada contexto histórico las que habían dado lugar a los dos tipos de estrategia, ambas igualmente válidas: la napoleónica “estrategia de aniquilación” o *Niederwerfungstrategie*, y la “estrategia de desgaste” o *Ermattungstrategie*.

Delbrück desarrollaría de manera sistemática los principios de la estrategia de desgaste en su *Die Strategie des Perikles erläutert durch die Strategie Friedrichs des Grossen* (1890), mediante el análisis de las campañas militares de los dos generales que se podría considerar, en su opinión, como paradigmáticos en el empleo de este tipo de estrategia: el ateniense Pericles y Federico II de Prusia (Gat, 2001: 374). Ahora bien, no contento con demostrar la existencia de una estrategia victoriosa alternativa a la napoleónica y sistematizar sus principios, Delbrück emprendería una revisión de toda la historia del arte de la guerra, que sería publicada en cuatro volúmenes entre 1900 y 1920<sup>254</sup>. La guerra era para él una parte capital de la historia y para abordarla se precisaba un conocimiento técnico preciso. Su objetivo era demostrar cómo según las circunstancias de cada época histórica, los diferentes ejércitos eran conducidos a la victoria bien gracias a la estrategia de aniquilación, o bien gracias a la estrategia de desgaste<sup>255</sup>. En su opinión, por lo tanto, ni la estrategia de aniquilación representaba la verdadera naturaleza de la guerra ni, por ende, se podría determinar su superioridad frente a una estrategia de tipo más limitado y defensivo<sup>256</sup>.

Pero, sobre todo, guiado por estas conclusiones, durante la I Guerra Mundial Delbrück se inmiscuiría en una agria polémica con los principales pensadores militares y generales del ejército alemán. Especialmente a partir de 1916, cuando las esperanzas de obtener una victoria rápida y decisiva se habían desvanecido, Delbrück comenzó a argumentar en numerosos artículos que Alemania debería adoptar una estrategia de desgaste para conquistar una paz favorable, oponiéndose, además, a cualquier aspiración alemana de expansión y conquista territorial en Europa<sup>257</sup>. En esos artículos, Delbrück también cuestionaba seriamente la capacidad y competencia intelectuales de los oficiales del Estado

---

254 En su magna obra, *Geschichte der Kriege im Rahmen der politischen Geschichte*, Delbrück estudió de manera crítica las instituciones militares y el pensamiento estratégico para mostrar cómo la estrecha relación existente entre guerra y política indicaban que la estrategia política y la militar debían ir de la mano. Se sumó así a la doctrina de Clausewitz, argumentando que la guerra debe condicionarse a los objetivos políticos del Estado.

255 Esta historia del arte de la guerra es un claro ejemplo de la influencia de la metodología definida por la historiografía positivista sobre la historiografía militar. De hecho, esta obra también se haría famosa por el método de crítica de las fuentes definido por Delbrück, la denominada *sachkritik*. Gracias a ella el historiador alemán pudo precisar el léxico militar propio de cada época histórica y, sobre todo, combinada con su experiencia como oficial del ejército alemán, le ayudó a realizar una reconstrucción más plausible de las campañas militares permitiéndole discernir la veracidad de los datos consignados en las fuentes, atendiendo a las condiciones demográficas, topográficas y, sobre todo, políticas de cada época (Craig, 1986: 332-336).

256 Un análisis que también le permitió demostrar la evolución de la táctica en las diferentes épocas históricas. A este respecto, Delbrück manifestó la superioridad evidente de la formación de infantería romana en manípulos, lo que otorgaba a sus legiones una mayor flexibilidad a la hora de adoptar una postura ofensiva o defensiva según las circunstancias del terreno y del combate, así como una mejor coordinación en sus movimientos. Una táctica que tenía su origen en la falange griega, y que sería recuperada desde la época de las guerras burgundio-suizas del s. XV, y llevada a su perfección por Napoleón (Craig, 1986: 336-337).

257 Pese a oponerse a la estrategia de aniquilación y a la concepción de la guerra como una lucha a muerte entre naciones, Delbrück era uno de los máximos defensores de la política pro-imperialista del II Reich. No obstante, no incurría en argumentos militaristas ni racistas a la hora de justificar el imperialismo. Por el contrario, en su opinión, el establecimiento de un imperio mundial contribuiría al desarrollo mercantil de Alemania y, además, permitiría dar una salida a su enorme crecimiento demográfico contribuyendo con ello a difundir la cultura alemana (Gat, 2001: 371-372).

Mayor a la hora de leer correctamente el texto de un compañero militar; y, ante todo, la competencia de los oficiales alemanes a la hora de ejercer correctamente su profesión. De este modo, no es de extrañar que sus propuestas conociesen un total rechazo en Alemania. Un rechazo particularmente enconado por parte del hombre que, desde su posición suprema en el ejército alemán, dirigía a la nación en la sombra y perseguía una guerra de aniquilación que proporcionase al II Reich una victoria total: Ludendorff (Craig, 1986: 343-352).

Así, pues, la concepción de la guerra entre naciones como un destino inevitable y deseable en el que las naciones luchaban a muerte por su propia supervivencia y, en donde, en consonancia con ello, la estrategia de aniquilación constituía el mejor y único fundamento posible para la dirección de operaciones, determinó que estrategias alternativas como las diseñadas por Corbett o Delbrück, o posturas críticas con la validez y racionalidad de la guerra como instrumento político expresadas por hombres como Engels o Bloch en vista de los avances tecnológicos y de las condiciones sociales y económicas imperantes, fuesen descartadas como erróneas y alarmistas, o simplemente omitidas, provocando que la masacre de la Gran Guerra fuese una profecía autocumplida.

Por último, pese a que, desde un punto de vista estratégico se descartase cualquier argumento pacifista o en favor de un tipo de guerra más limitada en sus objetivos militares, los Estados harían esfuerzos para regular la guerra y, en cierto modo, limitar sus consecuencias. Pero ese esfuerzo por regular la guerra ya no provendría de la reflexión ética o teológica. A este respecto, cabe recordar, como ya especificué al principio de este capítulo, que la afirmación de la guerra como un derecho legítimo del soberano o gobierno de cada Estado, sobre todo a partir de la paz de Westphalia a mediados del s. XVII, contribuyó a la decadencia de la reflexión ético-teológica sobre la guerra. Desde entonces, la disquisición en torno a qué guerras podrían ser justas atendiendo a sus causas y objetivos ya no tenía sentido. Toda guerra declarada por un soberano o un gobierno estaba justificada en virtud de la razón de Estado: la guerra devenía, de ese modo, una función necesaria del sistema para regular y equilibrar las relaciones entre Estados (Howard, 2001: 42-45). De ahí que, a la hora de regular la guerra, la atención se dirigiese sobre todo al establecimiento de los derechos y obligaciones de los beligerantes durante el desarrollo de las operaciones militares (*ius in bello*) con vistas a limitar los conflictos. Esta regulación ya no era efectuada por filósofos y teólogos, sino predominantemente por juristas, y constituiría la primera parte del derecho público internacional, denominado como *ius publicum europaeum* (Campione, 2009: 125-130), en ser desarrollada en profundidad.

Es desde este punto de vista que hay que entender los esfuerzos de regulación de la guerra que los Estados europeos llevarían a cabo, en virtud del estallido de nuevos conflictos tras el período de relativa calma de que había gozado Europa desde 1815, a partir de la segunda mitad del s. XIX. Además, esta época fue la primera en la historia en que las leyes que intentaban regular la conducta de los combatientes en la guerra serían acordadas de modo consensual por los representantes de las diferentes naciones participantes en conferencias internacionales multilaterales. Por lo tanto, la regulación jurídica de la guerra adquiriría, a partir de entonces, una dimensión pública e internacional.

Las primeras conferencias en las que varios Estados acordaron una serie de convenciones que los ejércitos deberían respetar en futuros conflictos darían como fruto la



Declaración de París de 1856 y la Declaración de San Petersburgo de 1868. En la primera, que versaba sobre derecho marítimo, se prohibía la piratería contra los barcos mercantes y se reconocía el derecho de cualquiera de los contendientes a comerciar con países neutrales. En la segunda, se promulgó el famoso principio de que el único objeto legítimo de los Estados en una guerra era debilitar las fuerzas militares del enemigo: con ello, contribuía a la definición de la guerra como un enfrentamiento entre ejércitos (Roberts, 1994: 119).

El objetivo de esa Declaración de San Petersburgo, muy importante por ser la primera que impuso requisitos obligatorios para los firmantes (Bellamy, 2009: 160), era evitar todo sufrimiento innecesario causado por la guerra; el apelar a la propia necesidad militar, esto es, el debilitamiento de las fuerzas armadas enemigas, no tenía otro sentido que ese. Sin embargo, en mi opinión, el esfuerzo de legislar la conducta de los participantes en la guerra a partir del principio del imperativo militar, aunque permita precisar la definición de la guerra, provocó un problema que se puede rastrear en todos los tratados y conferencias de la época: la ambigua definición de la categoría de no combatiente o, mejor dicho, la desaparición de la categoría de civil.

Este problema puede observarse mejor en el famoso código promulgado por el profesor de derecho de la Universidad de Columbia Francis Lieber, en 1863, para regular la conducta de los soldados del ejército de la Unión en la guerra civil estadounidense, en el que la propia Declaración de San Petersburgo se basa. En ese código, Lieber estipula que combatiente es el que porta armas, y no combatiente el resto (Bellamy, 2009: 156). La ausencia de una definición de la categoría de no combatiente en virtud de su función social o su incapacidad para luchar, sino en virtud de algo tan poco preciso y transitorio como el llevar o no llevar armas, posibilita declaraciones como las siguientes:

“Toda violencia injustificable ejercida contra las personas del país invadido, toda destrucción de la propiedad que no sea ordenada por el oficial a cargo, todo robo, pillaje o saqueo, incluso luego de haber tomado un lugar por la fuerza, así como violar, herir, mutilar o matar habitantes del lugar, está prohibido bajo pena de muerte”; “[se permite] la destrucción de toda propiedad tanto como la obstrucción de caminos y vías de tránsito, viaje o comunicación, toda retención del sustento o medios de vida del enemigo; toda apropiación de lo que provea la tierra enemiga que pueda ser necesario para la subsistencia y seguridad del ejército” (Bellamy, 2009: 155).

Es decir, pese a que el código prohibía a los combatientes apuntar de manera directa a quien no portase armas, la necesidad militar establecía que podía provocársele todo tipo de sufrimiento indirecto como la destrucción de su propiedad, cosechas, etc., argumentando que tales medidas contribuían al esfuerzo militar (Bellamy, 2009: 156).

No es difícil, pues, reconocer que este enfoque del derecho de guerra que pone el acento sobre el imperativo militar, —por otra parte como había venido sucediendo a lo largo de la historia—, no puso frenos a la comisión de salvajadas contra la población civil, tal y como demostrarían los bloqueos marítimos o los bombardeos aéreos que tuvieron lugar durante las guerras mundiales del s. XX.

En general, la introducción del principio de necesidad militar en las discusiones internacionales sobre la regulación jurídica del *ius in bello*, si bien produjo en términos

generales una legislación más realista y *ad hoc*, provocó que el consenso entre los Estados en torno a la formulación de esas leyes se alcanzase a costa de vaguedades, salvedades y lagunas legales que las terminaban supeditando al interés estratégico de los combatientes. La dificultad a la hora de llegar a acuerdos para determinar qué debía ser definido como conducta correcta de los soldados durante el combate, debido a la intromisión de las consideraciones estratégicas, queda ilustrada por los difíciles procesos de negociación que implicaron las Conferencias de paz de La Haya de 1899 y 1907.

En el centro de preocupación de todos los Estados reunidos en estas conferencias, la primera de las cuales había sido convocada por el zar ruso en 1898, estaba la cuestión de controlar de alguna manera el uso del armamento. No solo la industrialización había permitido a los Estados dotarse de arsenales de armas cada vez mayores, sino que estas armas, debido a los progresos en la innovación tecnológica, eran cada vez más poderosas. Por lo tanto, existía un temor real a que el uso de esas armas hiciesen que los efectos destructivos de la siguiente guerra desbordasen los límites de lo humanamente admisible (Roberts, 1994: 119-120). Que el objetivo esencial de esas conferencias fuese el control de la carrera armamentística (Howard, 2001: 73-74), lo demuestra el hecho de que las declaraciones relativas a la reducción y control del uso de las armas fueron establecidas por un comité diferente al que trató la cuestión de las leyes de la guerra terrestre y naval (Roberts, 1994: 121).

En esencia, esas declaraciones trataban de frenar la carrera armamentística a través de tres tipos de medidas: la reducción de la parte de los presupuestos estatales destinada a la fabricación de armas y ampliación del tamaño de los ejércitos; la prohibición explícita de la invención de nuevas armas; y la prohibición explícita del uso de armas consideradas especialmente nocivas y destructivas como las balas dum-dum, la descarga de explosivos desde globos, o la emisión de proyectiles que difundían gases asfixiantes (Roberts, 1994: 120-121).

Por otra parte, pese a que se reconocía el derecho legal de los Estados a iniciar la guerra, las conferencias introdujeron una convención relativa al arbitraje de las disputas entre Estados. Esta convención dio como resultado la creación de una Corte Internacional de Arbitraje permanente. Con todo, el alcance de tal tribunal a la hora de limitar el estallido de las guerras quedaba considerablemente reducido, por efecto de la persistencia con que Alemania protestó en su contra, pues creía verse perjudicada porque este procedimiento favorecía a los que tenían un poder militar inferior. Por lo tanto, finalmente se acordó que el sometimiento de los Estados al proceso de arbitraje fuese totalmente voluntario. No obstante, en la segunda conferencia de 1907 la tercera convención estipulaba que todos los Estados, se sometiesen o no al sistema de arbitraje, debían realizar una declaración de guerra formal presentando su caso públicamente, incluso a los Estados neutrales que debían ser respetados, con lo que se brindaba a los Estados implicados en el conflicto la oportunidad de hacer las reparaciones necesarias (Bellamy, 2009: 160-161).

Debe hacerse hincapié en que en estas conferencias se formuló por primera vez en la historia una convención a la que prometían acogerse todos los países participantes. Así, los artículos de esta convención, que se ocupaban tanto de la guerra marítima como de la terrestre, incluían disposiciones acerca de cuestiones como el tratamiento de prisioneros y

heridos de guerra, las condiciones en que debían llevarse a cabo bombardeos, asedios, bloqueos, etc., así como las relativas a la distinción combatiente/no combatiente y los derechos de estos últimos durante el combate (Bellamy, 2009: 162). Estas convenciones serían incluidas en los manuales militares, siendo los soldados entrenados y preparados para el combate en tiempos de paz de acuerdo con las limitaciones que establecían (Roberts, 1994: 122).

Los propios participantes en la conferencia eran conscientes de las numerosas brechas que el enfoque positivista otorgaba a la legislación de las convenciones bélicas, arbitraje y reducción de armamentos. Así se demuestra en la famosa cláusula formalizada a instancias del delegado ruso F. F. Martens durante la primera de las conferencias en 1899, y que estipulaba que “mientras se forma un Código más completo de las leyes de la guerra, las Altas Partes Contratantes juzgan oportuno declarar que, en los casos no comprendidos en las disposiciones reglamentarias adoptadas por ellas, las poblaciones y los beligerantes permanecen bajo la garantía y el régimen de los principios del Derecho de Gentes preconizados por los usos establecidos entre las naciones civilizadas, por las leyes de la humanidad y por las exigencias de la conciencia pública” (Bellamy, 2009: 154).

Esta cláusula suponía, en primer lugar, un reconocimiento de la parcialidad de la legislación formulada, siempre sujeta a revisiones y mejoras<sup>258</sup>; y, sobre todo, en segundo lugar, el reconocimiento de que el derecho natural y los derechos humanos, en definitiva la reflexión ética, debía sustentar y acompañar la reflexión jurídica, de carácter positivista, mucho más propensa a ser manipulada por los intereses meramente estratégicos. La “cláusula Martens” dejaba bien claro que derecho y ética no eran irreconciliables, sino que toda legislación positiva debía aspirar siempre a cumplir en la medida de lo posible unos criterios de justicia universales (Bellamy, 2009: 154).

Por otra parte, el logro más importante de la época en lo concerniente a la limitación de la guerra debido a consideraciones éticas de tenor humanitario fue la creación por parte del banquero suizo Henry Dunant del denominado Comité Internacional de la Cruz Roja (ICRC según sus siglas en inglés). El objetivo de Dunant, que tenía experiencia como combatiente en la guerra, era persuadir a los Estados de que se prestara un tratamiento más humano a las víctimas de guerra. En su opinión, la mejor manera de lograrlo era mediante la formación de sociedades de voluntarios cualificados (médicos, enfermeros) que, en tiempos de guerra, prestaran asistencia gratuita a los enfermos y heridos por el combate, de donde nacería la Cruz Roja (Bellamy, 2009: 157). Pero para que esa iniciativa tuviera éxito, Dunant precisaba que los Estados promulgasen una legislación sobre las víctimas de guerra acorde con los principios de la organización de la Cruz Roja. Así, en 1863 se reunió, a instancias de Dunant, una conferencia en Ginebra que estipulaba una convención, aunque con un carácter meramente declarativo, que no solo exigía la mejora de las condiciones de los heridos, sino que ofrecía inmunidad y protección para el personal médico trabajando bajo el emblema de la Cruz Roja y los soldados heridos<sup>259</sup>.

---

258 De hecho, la segunda conferencia de 1907 preveía la celebración de una tercera conferencia a ocho años vista, que no se pudo celebrar debido al estallido de la guerra en 1914 (Roberts, 1994: 122).

259 Se establecía en esa convención, asimismo, que esos soldados heridos protegidos y atendidos por la Cruz Roja debían ser repatriados a su país de origen a condición de que no volviesen a participar más en la

Gracias a estas convenciones, la Cruz Roja fue reconocida como un actor más en la elaboración del derecho de guerra por todos los Estados, creándose comités nacionales por todo el mundo. Estos comités conseguirían arrancar de los gobiernos la extensión de la asistencia médica a las víctimas no combatientes. Así, los logros obtenidos por la Cruz Roja con respecto al tratamiento y protección de las víctimas de guerra en general, tanto combatientes como no combatientes, también serían incluidos en las convenciones de La Haya (Bellamy, 2009: 158).

## **2.7. La guerra total: 1914-1945**

Todos los Estados contendientes entraron en la I Guerra Mundial con la firme convicción de que esta sería una guerra rápida y victoriosa. Sin embargo, los acontecimientos se encargarían, casi desde los primeros compases de la guerra, de demostrar cuán infundado e inocente era el optimismo de esos Estados. Acertaron, en cambio, quienes, desde posiciones pacifistas como Bloch o Engels, habían previsto tanto la dirección que el combate asumiría como sus graves consecuencias políticas y económicas y, sobre todo, la desproporcionada dimensión que adquiriría la carnicería humana de llegar los industrializados Estados europeos a enfrentarse en el campo de batalla por medio de ejércitos de masas. La guerra, como gráficamente apunta el filósofo Jonathan Glover (2001: 217), se convirtió en una trampa para las naciones europeas de la que solo lograron escapar a costa de un sufrimiento y un desgaste terribles.

El enorme potencial destructivo de las armas empleadas constituyó el primer freno a las estrategias basadas en la ofensiva y la búsqueda de la aniquilación del ejército rival por medio de la batalla. Tanto en la zona occidental como en la zona oriental, donde, pese a todo, el ejército alemán obtuvo ciertos éxitos iniciales, los frentes se estancaron y comenzó la “guerra de trincheras” (Dyer, 2007: 233-236). La escasa imaginación de los generales para hallar soluciones a la paralización estratégica, víctimas como he comentado en el apartado anterior, de un conservadurismo y dogmatismo estimulados por la profesionalización del cuerpo de oficiales, contribuyó a aumentar la masacre. En la mayor parte de las ocasiones, incapaces de cuestionar la validez de las planificaciones operacionales y hallar soluciones parciales *ad hoc*, su única medida consistía en caer en un estado de indecisión crónica, mientras sus soldados seguían muriendo por miles en el frente, echando en muchos casos la culpa a la incompetencia de sus oficiales y soldados y pidiendo el alistamiento de más hombres como único remedio (Dixon, 2001: 106).

Miles de civiles, ante la llamada desesperada de sus gobiernos debido a la prolongación de la guerra, se presentaron voluntarios. Narcotizados por la propaganda difundida a través de los medios de comunicación de masas, que con esa actitud también desempeñaron un papel fundamental en la prolongación y carácter sanguinario del conflicto, estos civiles voluntarios eran totalmente ajenos a la realidad atroz del combate. Los gobiernos habían vendido a su población, cada uno según sus propias razones, la participación en la guerra como una causa justa. El nacionalismo y racismo imperantes en la época legitimaban ese mensaje y, junto con la difundida creencia de que la guerra iba a ser

fácil y corta, contribuyeron a que la movilización de los pueblos en apoyo de sus gobiernos fuese total.

En consecuencia, cuando se empezó a intuir que las expectativas no se cumplirían, y que los peores presagios podrían hacerse realidad, a los gobiernos, que habían vinculado su legitimidad a la suerte de la guerra, no les quedaba más remedio que aplicar la censura a los medios de comunicación. El apoyo de la opinión popular era vital para la continuación de la guerra, y también para que, en una especie de revés, sus efectos no terminasen volviéndose contra los propios gobiernos. Así, los medios de comunicación omitían el fiasco militar que estaba resultando la guerra, y ocultaban las peores atrocidades del combate manteniendo elevada la moral y confianza del propio pueblo en su gobierno y su ejército (Glover, 2001: 236-244).

Al mismo tiempo, en lo que fue otro elemento que contribuyó a la escalada de la violencia, los gobiernos usaron las violaciones de las leyes de la guerra por parte de sus enemigos para, difundidas por los medios de comunicación, incitar un mayor odio entre su población y justificar las violaciones de las convenciones bélicas cometidas por sus propios soldados. Como resumió perfectamente el pensador militar británico Liddell Hart en su obra *The Revolution in Warfare* (1946):

*The decline of civilized behaviour became steeper during the world-wide war of 1914-18. There was an appalling growth of brutality towards wounded and prisoners; inflated "atrocities" stories in turn produced a tendency to give no quarter; looting became rampant; historic buildings and other treasures of civilization were subject to destruction on the lightest plea of military necessity; and the rules of war designed to protect the civil population were callously violated in many directions. "Hate" propaganda multiplied all these evils (Roberts, 1994: 124).*

Si bien, en líneas generales, el tratamiento de prisioneros y heridos fue adecuado y acorde con la legislación de La Haya, respetándose además la acción de la Cruz Roja, las peores violaciones tuvieron que ver con el uso de armas que habían sido prohibidas: especialmente los gases asfixiantes<sup>260</sup>. En particular, en el mar, la guerra adquirió pronto el carácter de una lucha sin cuartel. Los ataques de submarinos alemanes a barcos mercantes, a lo que respondió el bloqueó marítimo impuesto por la flota británica a Alemania, propiciaron que en el ámbito marítimo se difuminase más que en ningún otro la distinción entre combatiente/no combatiente (Roberts, 1994: 123-124). Una distinción que los primeros bombardeos aéreos de la historia dirigidos por aviones alemanes contra Gran Bretaña (Dyer, 2007: 24), contraviniendo lo estipulado en las conferencias de La Haya (Biddle, 1994: 141-146; Bellamy, 2009: 162), también borraba.

Mas, pese a todo, durante la guerra, la actuación de los Estados y sus ejércitos se atuvo al famoso principio de la Declaración de San Petersburgo de 1868, según el cual el principal objetivo de la guerra sería debilitar las fuerzas armadas del enemigo. De los más de seis millones de personas que murieron en el conflicto, aproximadamente el noventa por

---

<sup>260</sup> Como señala Adam Roberts (1994: 123), otra flagrante violación del derecho internacional de la guerra estipulado en las convenciones de La Haya, pero concerniente al *ius ad bellum*, fue el no respeto de la neutralidad de ciertos Estados como la de Bélgica, parte fundamental del Plan Schlieffen que establecía los principios de la dirección de operaciones por los que se rigió el Estado Mayor alemán.



ciento eran combatientes, aunque entre ellos hubiese muchos voluntarios. Solo en el primer día de la batalla del Somme murieron veinte mil soldados británicos; y, en la batalla de Verdún, en la que se concentraron los principales esfuerzos del ejército francés, murieron unos ochocientos mil soldados franceses y alemanes (Murray, 2010c: 296, 297). En ese sentido, la trampa de la guerra fue especialmente angustiosa y asfixiante para los soldados, quienes se llevaron la peor parte del conflicto.

La industrialización convirtió el campo de batalla en un “matadero”, deshumanizando el rostro de la guerra (Glover, 2001: 75). Como cualquier organización e institución social, un ejército es una construcción moral en la que el mantenimiento de la confianza y los vínculos afectivos entre sus miembros es vital para su supervivencia y buen desempeño en la guerra. Como correctamente sostenía du Picq, la moral del ejército, sustanciado en la confianza de los soldados en sus líderes, así como en la cohesión de sus diferentes unidades, —es decir, la creación de fuertes vínculos afectivos de camaradería entre sus miembros—, es el elemento más importante a tener en cuenta para que la dirección de operaciones pueda llevar a buen término los objetivos diseñados por la estrategia (Shay, 1995: 5-19).

Por otra parte, la eficacia del soldado individual a la hora de matar no solo depende de la confianza en los líderes, y del “amor” hacia los propios camaradas, sino que debe estar acompañado de otro elemento fundamental: el respeto, incluso la simpatía por el adversario (Bourke, 2008: 168-170). Como dice Joanna Bourke (2008: 9), el acto de matar, que es el acto central de la guerra, es una experiencia traumática, no verbal, y por ello emocionalmente contradictoria para el soldado. Sin embargo, en los relatos tradicionales sobre la guerra, destacando entre ellos la historiografía, el carácter contradictorio y problemático de esa experiencia para el soldado desaparece, se omite. Al abordar la guerra desde el punto de vista de los colectivos sociales que la protagonizan (los Estados), la experiencia de matar del soldado individual se interpreta según los criterios de la moral civil.

En esos relatos que adoptan el punto de vista de generales y gobernantes, la guerra es una cuestión de ocupar y conquistar cierto territorio, asegurar ciertos derechos de comercio o recuperar el honor nacional. En consecuencia, el lenguaje empleado para describir en términos morales la acción lícita de matar o ser muerto en combate es totalmente grandilocuente y maniqueo. Apelando a la defensa de sus intereses (político-ideológicos, económicos, religiosos), los Estados nunca tienen problema en justificar la guerra, pues esta es un derecho reconocido como legal por todos. Es más, esa defensa, según la doctrina de la razón de Estado que la legitima, es un imperativo moral. Así, los Estados que emprenden una guerra, porque ven en peligro de ser vulnerados sus intereses, tienden a demonizar al enemigo incurriendo en el denominado “mito del mal puro”. Este tipo de discurso tiende a crear un abismo moral entre una víctima que es totalmente buena e inocente (nosotros), y un villano malévolo que le inflige un daño gratuito e intencionado a esa víctima (los otros, el enemigo) (Pinker, 2012: 639-650).

Del mismo modo, en esos relatos, el acto lícito de matar por parte del soldado se justifica de las siguientes maneras: es su deber defender las causas por las que lucha su Estado; debe evitar que le maten; frente a un enemigo siempre monstruoso, debe vengarse de las atrocidades perpetradas por este. Si el soldado cumple con su deber, es un “héroe” que se “sacrifica” por su patria, cuyos asesinatos están justificados por el comportamiento

“atroz” y “perverso” del enemigo. Pero el soldado que no cumple con su deber, bien porque es incapaz de matar, bien porque “deserta”, es un “cobarde” o un “traidor” que ayuda al enemigo.

La propia población civil no combatiente demanda relatos e historias de combate contruidos sobre esas pautas morales que asimilan la guerra a una especie de “justa” o torneo deportivo: lucha en pie de igualdad contra un enemigo temible, victoria en medio de grandes adversidades, debilidad moral de ese enemigo, matanza masiva, y orgullo por matar al enemigo; de lo contrario, la virilidad y humanidad del soldado podrían quedar en entredicho. De hecho, muchos soldados se hacían con recuerdos de sus víctimas, —partes de su cuerpo mutiladas, elementos de su indumentaria y otros objetos que portasen—, con el expreso fin de demostrar que habían probado el combate (Bourke, 2008: 21-49). Por lo tanto, a la hora de otorgar sentido a la acción homicida de los soldados, esos relatos inciden también en el mito del mal puro: el soldado es totalmente eximido de cualquier responsabilidad personal en las muertes que causa en la guerra. Para él matar es un asunto de obedecer y reaccionar ante un peligro que no ha provocado: más que un asesino, el soldado en combate es un “cordero sacrificial”.

Pero matar no es un asunto moralmente sencillo, puesto que genera extremos emocionales. El miedo se mezcla con la empatía; la ira con la euforia; la venganza y el dolor con el placer y la dominación. Precisamente, lo que se observa en los relatos que los propios soldados construyen tras la guerra para dar cuenta de su experiencia homicida es, pese a lo confuso de la experiencia, la necesidad tanto de asumir su propia responsabilidad como de dotar de dignidad al adversario asesinado. Así, esos relatos caracterizan la lucha como un duelo en condiciones de igualdad en el que el adversario, pese a estar dotado de la misma habilidad técnica, muere de forma rápida, eficaz y limpia. El asesinato se presenta como un asunto íntimo y desinteresado. Aunque obviamente estos relatos idealizan el asesinato en la guerra, omitiendo el miedo insuperable, la cobardía, los espeluznantes gritos y súplicas de los combatientes, el nauseabundo olor de los cadáveres y el horror de las heridas, permitían a los soldados dignificar a sus enemigos y humanizar su conducta, otorgándole un significado éticamente asumible a una experiencia tan confusa por moral y emocionalmente compleja, como la del combate (Bourke, 2008: 51-74).

El campo de batalla industrializado generó todavía mayor confusión a los combatientes. El mayor alcance y capacidad destructiva de las armas de fuego determinaron que, desde mediados del s. XIX, el alejamiento y dispersión de los frentes fuese mayor. Si bien en sus diarios, cartas, y en general relatos posbélicos, los soldados tendían a representar sus acciones homicidas como un asunto íntimo y desinteresado, lo cierto es que en el campo de batalla moderno la muerte era con frecuencia un asunto bastante anónimo, permaneciendo el rostro de los enemigos a los que se daba muerte oculto. Este hecho tenía incluso más vigencia entre los combatientes de las ramas marina y aérea de los ejércitos donde la tecnología adquiría una relevancia casi absoluta.

Por lo tanto, la tecnologización de la guerra tenía dos efectos totalmente opuestos. Por un lado, el distanciamiento entre los frentes que producía una suerte de “conciencia anestesiada” según la que el combatiente, al no poder contemplar los terribles efectos que causaban las armas sobre los cuerpos de los enemigos, podía continuar matando de forma

desapasionada sin temor a que en él apareciesen sentimientos morales que inhibiesen su acción. Además, tan solo con apretar un botón, un gatillo, o mover un palanca, se conseguía obtener un gran número de enemigos abatidos (Glover, 2001: 116-117; Bourke, 2008: 13-14). Por consiguiente, el mito de “muerte limpia” y eficaz asociado a la tecnología provocó que, desde la I Guerra Mundial, los ejércitos confiaran cada vez más en las innovaciones tecnológicas como un factor estratégico de la máxima importancia. De hecho, el reclutamiento de científicos que ponían sus conocimientos al servicio de fines militares se convirtió en un rasgo estructural de la guerra desde el s. XX (Howard, 1983: 205-236).

Por otro lado, la tecnología restaba importancia, cuando no anulaba, la iniciativa y ejercicio de las facultades morales y racionales de los soldados, volviéndolos cada vez más dependientes y, por ende, vulnerables. En este sentido, como bien expresa Roger Caillois (1973: 206-208), con la I Guerra Mundial desaparece definitivamente la guerra heroica y con ella el tipo de combatiente que debía mostrar una actitud valiente, resuelta, audaz y abnegada en pos de la victoria de su ejército. Todas esas características o virtudes que debía poseer el héroe de antaño se mostraban ahora totalmente contraproducentes. La guerra comenzaba a convertirse en una cuestión de masas donde el soldado debía conservar su anonimato en medio de sus camaradas, esperando a que su cuerpo fuese triturado por el bien de la patria de la manera más atroz; se abrió la época del “soldado desconocido”. De esta manera, la realidad del soldado como “cordero sacrificial” que habían transmitido los relatos oficiales sobre la guerra desde tiempos inmemoriales se hizo más patente que nunca.

Desde la perspectiva del soldado, en el campo de batalla moderno la vida y la muerte se tornaban absurdas, y la panoplia de emociones y sentimientos que las acompañan sufrían una transformación acorde. Quizá los versos de un combatiente inglés que fue asesinado durante la I Guerra Mundial, Wilfred Owen, expresen de la manera más convincente y significativa cómo, ante la cruda realidad de un combate que despojaba por completo a los soldados de cualquier tipo de dignidad, estos trataban de hallarle un significado a sus acciones renegociando sentimientos y emociones tan básicos para la salud mental como el dolor y el placer, la alegría y la tristeza, el amor, etc.:

“También yo he visto a Dios por entre el barro/que restalla en el rostro de un hombre/  
sonriente/ La guerra dio a sus ojos más gloria aún que sangre/y a sus risas más gozo que el que  
estremece a un niño.//Qué alegría reír allí en donde/la muerte se hace absurda, y más aún la  
vida,/pues nuestro era el poder, mientras todo asolábamos,/de no sentir remordimiento por  
los muertos.//Yo también he dejado a un lado el miedo/muerto, al igual que mi escuadrón, tras  
la barrera/y, alzándose, mi alma ha pasado ligera/sobre el alambre donde yace la esperanza.//Y  
he visto a hombres exultantes:/los rostros que fruncían siempre el ceño/se encendían de  
pronto de entusiasmo,/como ángeles en un punto, aunque ángeles sucios.//Y también he  
hecho amigos/de los que nadie habla en canciones de amor./Porque no es el amor quien  
enlaza los labios/con los ojos sedosos que añoran al ausente//por la alegría, cuyo lazo se  
suelta,/sino la herida de la guerra, con alambres/y estacas;/es ella quien enlaza con un vendaje  
usado/atado en la correa de un fusil.//He hallado a la belleza/en esos juramentos que el coraje  
confirma./He oído música entre el estruendo del combate/y he hallado paz en donde las  
bombas escupían/fuego.//Pero si solo compartís con ellos/la sombría tristeza del infierno,/con  
ellos cuyo mundo es un relámpago/y cuyo cielo es el camino de las balas,//no oiréis su risa  
nunca./No dejarán mis chanzas que creáis/que han sido bien felices. Merecen vuestras

lágrimas./No merecéis vosotros su alegría.”<sup>261</sup>

Y es que el sinsentido total que adquiría el combate en el campo de batalla industrializado afectaba sobremanera a la salud mental de los soldados que caían en un estado de shock, paralizando su espíritu combativo. Preocupadas ante este hecho, las autoridades militares echaron mano de la psicología con el fin de justificar esos casos de parálisis nerviosa. La psicología no solo ofreció terapias para curar a los combatientes aquejados de “neurosis de guerra” o “fatiga de combate”, como se empezó a denominar a esos casos de parálisis nerviosa, sino, sobre todo, la justificación para nuevos métodos de entrenamiento y selección de reclutas.

Hasta entonces los ejércitos habían tendido a seleccionar para el combate en el frente de batalla a hombres altos, fuertes, excelentes deportistas e impulsivos. Las teorías raciales que predominaban antes de la I Guerra Mundial tendían a adscribir estas cualidades a determinados individuos y razas, en las que se fijaron los ejércitos nacionales a la hora de reclutar a sus combatientes de primera línea de batalla. Pero en el campo de batalla moderno las virtudes tradicionales asociadas al buen combatiente eran totalmente contraproducentes (Bourke, 2008: 107-116). De todos modos, las primeras soluciones que se buscaron para resucitar el espíritu combativo de los soldados proporcionadas por la psicología, no resolvían el problema sino que lo acentuaban. El denominado “entrenamiento realista”, abogado entre otros por el pensador militar estadounidense J. F. C. Fuller, pretendía inducir en el recluta la secuencia frustración-odio basada en la tesis psicoanalítica que concebía el odio como una respuesta a la frustración de un deseo. Los medios empleados para inducir esta respuesta en el soldado eran fundamentalmente dos: su despersonalización mediante el empleo de un lenguaje y un tratamiento en general humillante por parte de sus oficiales; y, en segundo lugar, la realización de maniobras y ejercicios en que se intentaban reproducir lo más exactamente posible las condiciones del combate real.

Sin embargo, este tipo de entrenamiento tenía dos efectos totalmente subversivos: extremaba la respuesta de parálisis en soldados sin ningún tipo de problema psicológico previo; en los soldados con cierta ansiedad por obtener reconocimiento social, aumentaba la predisposición a una agresividad que, en combate, era fatal. Únicamente en los conflictos posteriores a la I Guerra Mundial se llegaría a comprender que el principal obstáculo al espíritu combativo de los soldados en el campo de batalla moderno era emocional. En consecuencia, el entrenamiento con bayoneta que implicaba una liza cuerpo a cuerpo con el enemigo y, por tanto, incidía en la muerte como el asunto íntimo y desinteresado, se reveló como el más eficaz a la hora de estimular el espíritu de combate (Bourke, 2008: 75-106).

Por otra parte, como ya he comentado, en el mismo campo de batalla, la cerrazón mental de los generales y oficiales encargados de dirigir las operaciones tampoco hizo por mejorar la condición de los soldados combatientes. El estancamiento de las trincheras echó por tierra las verdades que el pensamiento estratégico europeo había asumido como incontrovertibles a lo largo del s. XIX. Ante esa situación, en términos generales, los estrategas y oficiales al mando de las operaciones o bien reprodujeron el estado de parálisis

---

261 Titulado “Apología pro poemate meo” y escrito en 1917, aparece inserto en Owen, Wilfred: *Poemas de guerra*. El Acantilado. Barcelona. 2011. Edición, traducción y notas de Gabriel Insausti.

que sufrían muchos de los soldados del frente, o bien insistieron en mantener la ofensiva contra toda evidencia.

Los resultados, como los analizados por Norman Dixon (2001: 103-117) para el caso de Cambrai por parte del ejército británico, pero que podrían hacerse extensibles a casos como los de Verdún, Ypres, el Somme, etc., fueron aumentar la escala de la mortandad de manera gratuita. Así, más que a desarrollar alternativas que permitiesen salir de la situación de estancamiento y proteger las vidas de sus soldados, la mayor parte de los generales invirtió su tiempo en ocultar la ignorancia propia dando sensación de omnisciencia e infalibilidad, y acallando todo tipo de críticas procedentes tanto del seno del ejército como de la sociedad y autoridades civiles. Si bien justificaban esta conducta apelando a la importancia de mantener el apoyo de la opinión pública y, sobre todo, de los soldados a sus líderes, lo cierto es que estas medidas tenían por objeto proteger sus egos y su propia posición de autoridad, puesto que los soldados continuaban muriendo a raudales. Ello no hacía más que incrementar la sensación de vulnerabilidad y desprotección de los soldados, minando su moral y poniendo en peligro la disciplina y cohesión de los ejércitos.

Por su parte, los soldados, racionalizaban esa sensación de vulnerabilidad y desprotección como un acto de traición de sus responsables militares y civiles. Ello les generaba, en algunas ocasiones, estallidos de cólera que les llevaban a cometer terribles atrocidades en el campo de batalla. Y puesto que, como he explicado, los soldados siempre se esforzaban en asumir la responsabilidad de sus acciones, recobrada la normalidad, y conscientes del salvajismo en que habían incurrido, reaccionaban con frustración e impotencia ante unos actos que no habían podido evitar pero de los que tampoco se sentían totalmente culpables. Esta situación les originaba graves trastornos psicológicos que los incapacitaba para el combate y dificultaban su reintegración a la sociedad civil (Shay, 1995).

No obstante, frente a la incompetencia de sus generales y la destructividad de las armas que convertían la guerra en una masacre sin sentido, los propios soldados idearon métodos para salir de la trampa en que se hallaban atrapados. Su respuesta consistió básicamente en recuperar unas restricciones en el combate que la combinación de estrategia ofensiva, ejércitos de masas y tecnología industrial anulaba en beneficio del imperativo militar. Costumbres como la ritualización de las salvas de artillería, que permitían predecir el estallido del combate, los disparos al aire intencionados, así como la contención del fuego en determinados momentos del día e incluso fechas del año, —como sucedió en el famoso episodio de la confraternización de la Navidad de 1914 en que las tropas detuvieron su actividad militar para celebrar en comunión esas fechas—, no solo humanizaban el combate, sino que reintroducían el respeto mutuo y la simpatía por el enemigo; vitales, como se ha dicho, para la eficacia del soldado en combate.

Con todo, esta ritualización del combate no tuvo demasiado efecto porque las propias autoridades militares se encargaban de contrarrestarla. Puesto que se suponía que minaba el espíritu ofensivo de las tropas, por un lado castigaban a los soldados que incurrían en ese tipo de prácticas, y por el otro ordenaban ataques sorpresa con el objetivo de matar o capturar a los enemigos en sus propias trincheras (Glover, 2001: 222-229).

Las soluciones propuestas por las autoridades militares para salir de la situación de



paralización estratégica, que amenazaba con producir el colapso político y económico de las naciones (Dyer, 2007: 233-236), discurrió por otros cauces más acordes con su enfoque pragmático, utilitarista: ceder el protagonismo a armas tecnológicamente superiores. Así fue como se comenzó a experimentar tímidamente en las últimas fases de la guerra con los carros blindados como apoyo fundamental para las tropas de tierra, y también con los aviones. Hasta entonces, estos se habían empleado para el abastecimiento de las tropas de tierra, así como en tareas de inspección y vigilancia, y ahora empezaron a ser empleados como una especie de artillería volante cuyas bombas iban dirigidas contra la población civil (Dyer, 2007: 242-247).

La I Guerra Mundial cumplió, pues, con las peores expectativas que años antes habían imaginado gente como Bloch, Engels o los diplomáticos que se habían reunido en las Conferencias de paz de La Haya acerca del nivel de destrucción que implicaría un enfrentamiento bélico entre unos Estados europeos mejor armados que nunca. Además de los millones de personas que murieron en la contienda, las economías, incluso las de los países vencedores, se vieron seriamente afectadas, y el mapa geopolítico de Europa sufrió una profunda transformación. Entre otras cosas, dos de los principales actores de la política europea desde finales de la Edad Media, el Imperio Austro-Húngaro y el Imperio Otomano, desaparecieron desintegrándose en una serie de nuevos Estados, y el Imperio Zarista colapsó como resultado de la Revolución de 1917 que llevó al poder a los comunistas. En líneas generales, podría decirse que, a partir de entonces, los imperios coloniales de la Vieja Europa comenzaron a perder su posición de dominio sobre el resto del mundo en beneficio de la, por entonces, primera potencia industrial y económica del mundo: Estados Unidos.

Como consecuencia, durante los años veinte en Europa, en lo que supuso la primera gran crisis del Estado-nación (Arendt, 2006: 385-412), comenzó a culparse al nacionalismo exclusionista y al sistema de Estados que concebía la guerra como un componente estructural necesario para mantener el equilibrio entre ellos, de la tremenda catástrofe que había resultado ser la Gran Guerra (Bellamy, 2009: 163). Esta había hecho patente que la guerra ya no podía ser un recurso por el que los gobiernos intentasen satisfacer de manera racional la prosecución de los intereses nacionales. Existía, por tanto, la creencia en que era necesario reconstruir el orden internacional de tal modo que la nueva estructura legal e institucional evitara o redujera al máximo el estallido de guerras accidentales en el futuro.

El resultado fue la *Sociedad de Naciones*, creada inmediatamente después de la I Guerra Mundial a propuesta del presidente estadounidense Woodrow Wilson, y que suponía la traslación al orden internacional de los principios que regían el pensamiento liberal. La *Sociedad de Naciones* debería garantizar el libre comercio en todo el mundo, acabando con el enfoque proteccionista y autárquico que había prevalecido hasta entonces. También pretendía hacer realidad el derecho al autogobierno de todas las naciones, eliminando de una vez por todas las aspiraciones hegemónicas e imperiales de los Estados más poderosos. Se suponía que el principio del libre comercio haría a las naciones cada vez más dependientes del resto para su desarrollo y prosperidad económica, con lo cual, en el futuro, la guerra dejaría de ser un negocio rentable. Por otra parte, el reconocimiento de la universalidad del principio de autodeterminación nacional implicaba que cualquier guerra de agresión sería declarada como injusta, pues todos los Estados debían respetar tanto la integridad territorial como la independencia política de los Estados miembros. Por consiguiente, cualquier

campaña militar de este tipo sería contrarrestada por la oposición automática y decidida del resto de Estados. El nuevo derecho internacional se asentaría sobre el principio de la “seguridad colectiva”.

No obstante, si bien la *Sociedad de Naciones* imponía a los Estados la obligación de resistir la agresión, dejaba intacto un rasgo crucial del anterior sistema: el derecho legal del soberano a iniciar la guerra. Además, la cuestión de definir si un determinado acto de naturaleza militar constituía una agresión o no dependía de una decisión unánime del Consejo de la Liga, formado por los Estados miembros más poderosos, por lo que, en la práctica, era imposible obtener una decisión unánime. Así, pues, la razón de Estado minaba *de facto* el principio de cooperación internacional que la *Sociedad de Naciones* pretendía poner en práctica (Bellamy, 2009: 164). Aun así, sancionaba el principio introducido en La Haya de que los Estados miembros debían declarar públicamente su intención de ir a la guerra y justificar las causas que la motivaban; el resto de Estados podrían aceptar esa justificación o no.

Por otra parte, con respecto a los conflictos estatales generados por las disputas sobre derechos, se imponía un sistema de arbitraje obligatorio. No obstante, habida cuenta de que cada Estado retenía el derecho legal a emprender la guerra, al final, este sistema tan solo lograba retrasar el inicio de las hostilidades, puesto que, además, carecía de una estructura legal e institucional adecuada para afrontar la resolución de este tipo de conflictos. Estas carencias, así como, sobre todo, la pervivencia de una razón de Estado que, en la práctica, no ponía frenos al ejercicio de una autoridad ilimitada por parte de los gobiernos nacionales y de los soberanos, llevaron a Estados Unidos y Francia en 1928 a firmar el denominado Pacto Briand-Kellog. Mediante este pacto, al que se unirían posteriormente dieciséis Estados más, acordaban renunciar a la guerra como instrumento de la política estatal en sus relaciones mutuas (Bellamy, 2009: 164-165).

Puesto que lo que se intentaba por encima de todo era evitar el estallido de nuevas guerras, la revisión y codificación del *ius in bello* no conoció avances tan importantes en la época de entreguerras como el sistema de arbitraje y seguridad colectiva de la *Sociedad de Naciones* que intentaba hacer realidad la constitución de un nuevo orden internacional sin guerras. En este ámbito, los principales hitos serían: en 1923, los proyectos de normas de La Haya que prohibían los bombardeos aéreos contra la población civil o los dirigidos a la destrucción de la propiedad privada que no constituyesen objetivos militares<sup>262</sup> (Biddle, 1994: 148); en 1925, el Protocolo de Ginebra que prohibía el uso de armas químicas (gas) y bacteriológicas<sup>263</sup>; en 1929, las convenciones de la Cruz Roja de 1929 sobre heridos y

---

262 El problema en este caso seguía siendo, como reconoce el propio Biddle (1994: 148), qué era lo que constituía un objetivo militar. Así, el artículo 24 enumeraba una serie de objetivos militares legítimos que incluía las fábricas productoras de munición militar y las líneas de comunicación o transporte usadas con propósitos militares; mientras que el artículo 25 especificaba objetivos que debían ser totalmente evitados, como los monumentos históricos o edificios dedicados al cuidado de heridos y enfermos, a la ciencia o al arte.

263 Francia introdujo una interesante cláusula en este protocolo mediante la cual reconocía que solo se detendría en el empleo de este tipo de armas ante los países que hubiesen ratificado el acuerdo. El resto de países que durante los siguientes años se vincularon a este protocolo suscribirían igualmente esta cláusula incluida por Francia. En caso de no ser respetado el protocolo, todos los países se reservaban el legítimo derecho de represalia. Este elemento disuasorio introducido en el protocolo se revelaría tremendamente

prisioneros de guerra, que extendían las provisiones de la anterior convención estipulada en las conferencias de la Haya de 1907<sup>264</sup>, con el fin de subsanar los defectos que se habían observado en la aplicación de la convención durante la I Guerra Mundial (Roberts, 1994: 127-128); finalmente, en 1930, la Conferencia Naval de Londres sobre desarme naval en la que se propuso un protocolo para restringir la guerra submarina contra los barcos mercantes (Hattendorf, 1994: 112-113).

Asimismo, en el Tratado de Versalles de 1919, que puso fin a la I Guerra Mundial y al II Reich alemán, las potencias vencedoras abordaron la violación de las leyes bélicas. En este sentido, acordaron que los Estados infractores debían ser castigados con el pago de una compensación económica, y los militares responsables de las infracciones debían ser juzgados. Sin embargo, puesto que se permitió que fuesen los propios Estados los que juzgasen a los miembros de sus fuerzas armadas que hubiesen infringido la ley, estas provisiones del Tratado de Versalles casi no tuvieron ninguna trascendencia en la práctica, porque casi ninguno de los juzgados fue encarcelado (Roberts, 1994: 126).

El intento de construcción de un nuevo orden internacional provocado por la crisis del Estado-nación que la I Guerra Mundial había inducido, fue acompañado de un esfuerzo dirigido a elaborar una nueva concepción de la historia. Este proyecto, en el que destacó la obra del clasicista británico Arnold Toynbee por la acogida e influencia que tuvo, pasó por la identificación y definición de un nuevo protagonista del proceso histórico que sustituyese al Estado-nación: las civilizaciones. Inicialmente elaborado por los filósofos ilustrados del s. XVIII como un concepto moral para designar el proceso mediante el que la humanidad habría salido del estado de barbarie gracias al triunfo y expansión de la razón, en el s. XIX el concepto de civilización será acuñado por los historiadores adquiriendo el estatus de “hecho histórico” (Bermejo, 2009: 353).

Puesto que en la concepción de la historia de los historiadores decimonónicos los auténticos protagonistas de la historia eran los Estados nacionales, el concepto de civilización a lo largo de todo el s. XIX va a estar asociado al de nación. Como puede observarse en la obra de François Guizot, la civilización no solo va a ser un “hecho susceptible, como cualquier otro, de ser estudiado, descrito, contado”, sino asimismo un “hecho totalizador” puesto que expresa la esencia de la nación, —esa esencia cuya identificación mediante el relato de los acontecimientos político- militares era el objetivo, como se ha explicado, de los historiadores de la escuela prusiana a partir de Ranke—, a través de la descripción de sus acontecimientos históricos individuales y del conjunto de sus creencias religiosas, sus ideas filosóficas, su producción literaria y artística, sus relaciones sociales, etc.: “la civilización es una especie de Océano que hace la riqueza de un pueblo y en cuyo seno todos los elementos de la vida de un pueblo, todas las fuerzas de su existencia, van a reunirse” (Bermejo, 2009: 356).

Esa esencia o idea que representa la civilización nacional se encarnará de forma concreta en una serie de instituciones históricas a las que todos los individuos deben

---

efectivo, pues en la II Guerra Mundial ninguno de los Estados beligerantes recurriría al uso de este tipo de armas (Roberts, 1994: 127-130).

<sup>264</sup>Tanto Japón como la URSS no suscribirían esta convención, lo que tendría catastróficas consecuencias durante la II Guerra Mundial (Roberts, 1994: 128).

someterse para poder realizarse íntegramente como hombres desde un punto de vista intelectual y moral (Bermejo, 2009: 359). Asimismo, como ya he explicado, la formación de imperios coloniales desde el último tercio del s. XIX será legitimada como una misión civilizadora, es decir, como un esfuerzo por sacar a los pueblos conquistados *manu militari* de la barbarie, integrándolos en el orden y las costumbres nacionales.

La I Guerra Mundial, que a punto había estado de llevar a Europa a la auto-destrucción, sin embargo, demostró a los europeos que su conducta había llegado a ser incluso más cruel e irracional que la de los pueblos sumidos en la barbarie. El clima de preocupación, desconfianza y pesimismo que se generó en toda Europa como consecuencia de la guerra influyó en la transformación que se operó en el concepto de civilización en la época de entreguerras. No solo la barbarie manifiesta de la guerra cuestionaba seriamente el hecho de que los Estados europeos representasen realmente el progreso, una de las nociones que articulaba la civilización como concepto y hecho historiográfico (Bermejo, 2009: 357), sino que, a la vista de lo debilitadas que habían quedado las potencias europeas, también comenzó a ponerse seriamente en duda la continuidad de su dominio mundial y a contemplarse la posibilidad de que otras civilizaciones, antes caracterizadas como bárbaras, tomasen su relevo. En consecuencia, el concepto de civilización comenzó a asociarse con la idea de decadencia.

Además, fruto del sentimiento que echaba la culpa al nacionalismo patrioter y militarista de los males acaecidos en Europa entre 1914 y 1919, el concepto de civilización comenzó a disociarse del de nación. Aparecen entonces por primera vez los conceptos de “civilización europea” y “civilización occidental” desarrollados por pensadores franceses como Lucien Romier, Pierre Lanux, Albert Thibaudet o Drieu la Rochelle, cuyo tipo de vida, sistema de valores y comprensión del mundo eran concebidos como resultado de la combinación de los legados grecorromano y cristiano. Esta nueva concepción transnacional de la civilización sin duda se hacía eco de los principios de seguridad colectiva y cooperación que inspiraban a quienes, en el terreno político-jurídico, estaban intentando diseñar un nuevo orden internacional. Así, del mismo modo que las élites políticas que apoyaban la creación de la *Sociedad de Naciones* racionalizaban la guerra como instrumento disuasorio y defensivo, quienes defendían la existencia de una civilización europea u occidental establecían que el recurso al conflicto era necesario para proteger los valores y estilo de vida que encarnaba frente a cualquier posible enemigo; papel que a partir de entonces pasó a desempeñar el comunismo (Goberna, 1999: 81-90).

Esa concepción transnacional de la civilización, su asociación con las ideas de decadencia y conflicto, así como el relativismo inherente al cuestionamiento de la noción de progreso, están sistematizadas en la filosofía de la historia que Toynbee elaboró en su monumental *Estudio de la Historia*. En primer lugar, establece el clasicista británico una contraposición arbitraria entre los Estados nacionales y las civilizaciones/sociedades, siendo tan solo las últimas las auténticas protagonistas del acontecer histórico: “la unidad inteligible del estudio histórico no es ni un Estado nacional ni (en el otro extremo de la escala) la humanidad como un todo, sino cierta comunidad humana que hemos llamado una sociedad” (Bermejo, 2009: 376). El uso del término sociedad o *society* que Toynbee define como el “producto de las relaciones entre individuos” que “surgen con la coincidencia de los campos de actuación individuales” (Goberna, 1999: 254), revela la influencia del pensamiento liberal

sobre el clasicista británico, así como el carácter convencional que para él poseen las civilizaciones; civilizaciones en plural, porque para Toynbee existía no solo una civilización humana sino varias a las que otorgaba un mismo valor. De ahí que el objetivo fundamental de su *Estudio de la Historia* consistiese en la identificación y descripción de las leyes que regían el desarrollo de las civilizaciones. A partir de ahí podría clasificar a las diferentes sociedades en virtud del estadio de desarrollo en que se encontrasen (Bermejo, 2009: 377).

El estadio de desarrollo histórico inicial es lo que Toynbee denomina *primitive societies*. Estas se caracterizan por abarcar un pequeño número de miembros que tienden a imitar un pasado mítico que consideran un modelo inmutable: de ahí que estas sociedades sean estáticas, y no se observe en ellas ningún cambio ni progreso. Es un desafío que lanza la naturaleza, bien en forma de un medio geográfico adverso o de presiones e impedimentos sociales, lo que provocará que las sociedades primitivas inicien el proceso de desarrollo hasta convertirse en civilizaciones. En este proceso el papel fundamental lo desempeñan un individuo o grupo de individuos, a los que Toynbee denomina “minoría creadora”, —descritos como una especie de genios y místicos de gran capacidad intelectual—, que lograrán ingeniar una respuesta satisfactoria a ese desafío natural: la medida del éxito de esa respuesta la ofrecerá el hecho de que el resto de la sociedad se apropiará de esa respuesta y la imitará. En tanto en cuanto esa minoría siga manteniendo su capacidad creadora, su energía espiritual o *élan vital*, como Toynbee la denomina empleando un concepto propio de la filosofía vitalista de Henri Bergson, la civilización continuará su crecimiento liberándose progresivamente de la influencia de los factores naturales y desarrollando una vida espiritual y social cada vez más elaborada, en un proceso que conduce a la formación de un Estado universal (Goberna, 1999: 244-249).

La pérdida de ese *élan vital* por parte de la minoría creadora hará que el resto de la sociedad, el denominado *proletariado interno*<sup>265</sup>, deje de imitarla escindiéndose y provocando la fragmentación del Estado universal. Entonces se inicia el proceso de descomposición y decadencia de la civilización que puede terminar de dos maneras: o bien el proletariado interno es capaz de crear una nueva religión a partir de la que surgirá un nuevo Estado universal; o bien la irrupción de un *proletariado externo* invadirá el territorio del Estado universal conquistándolo. En este último caso, la conquista puede traducirse en una dominación política y económica, pero la civilización conquistada seguiría conservando la independencia de su *culture*, esto es de sus características distintivas en términos intelectuales, religiosos, morales, estéticos y técnicos<sup>266</sup> (Goberna, 1999: 249-251).

Lo mismo podría decirse de las relaciones entre las diferentes civilizaciones. Así, aunque Toynbee entendía que una civilización podría ejercer un dominio e influencia sobre la otra en términos políticos y económicos, ese dominio era más difícil de ejercer en el núcleo interno de su *culture* que es de carácter moral y religioso: “En la lucha por la existencia, Occidente ha llevado a sus contemporáneos contra las cuerdas y los ha enzarzado en los hilos de su influencia política y económica, pero no los ha despojado de sus *cultures* diferenciales.

---

265 El proletariado designa a los miembros de la sociedad resentidos por haber sido desheredados de su lugar ancestral en esa sociedad como consecuencia del surgimiento de una minoría creadora (Goberna, 1999: 250).

266 En su obra Toynbee también emplea *cultures* en plural para referirse a un estadio de desarrollo intermedio entre las sociedades primitivas y las civilizaciones (Goberna, 1999: 252).



Aunque la presión es fuerte todavía pueden decir que tiene un alma propia y esto quiere decir que su forcejeo espiritual dura todavía” (Goberna, 1999: 252).

Si bien Toynbee también reconocía que, como resultado de las relaciones que establecían entre sí, las civilizaciones podrían entrar en conflicto, no veía la solución al problema en términos bélicos. Las civilizaciones no morían por no poseer un buen medio de defensa como un ejército, sino que la clave estaba en la incapacidad de sus élites creadoras de emprender la regeneración moral y espiritual de su sociedad, bien ante la escisión del proletariado interno o el ataque del proletariado externo. En este último caso existían ejemplos que demostraban ya no solamente la pervivencia del núcleo espiritual de la *culture* cuyos territorios habrían sido conquistados, sino incluso que, en numerosas ocasiones, los conquistadores terminaban asimilando la *culture* de los territorios conquistados (Goberna, 1999: 252). En este sentido, al concebir la guerra como un rasgo de barbarie que solo generaba confusión y caos, y que de ninguna manera contribuía al desarrollo de las civilizaciones, la filosofía de la historia elaborada por Toynbee en torno al concepto de civilización concordaba con el sentimiento pacifista que reinaba en la Europa de entreguerras, y que había inspirado el proyecto de la *Sociedad de Naciones*.

Pero las buenas intenciones que albergaban esos proyectos, así como el cumplimiento de lo estipulado en el Tratado de Versalles dependían de la voluntad de las potencias vencedoras en la Gran Guerra de llevarlos a término. Y, paradójicamente, en primer lugar, Estados Unidos cuyo presidente Woodrow Wilson había impulsado la creación de la *Sociedad de Naciones*, regresó desde principios de los años veinte a una postura aislacionista, tendencia que se reforzaría con la crisis económica iniciada en 1929. Gran Bretaña también se implicó mucho menos en los asuntos continentales, preocupada como estaba en fortalecer su dominio sobre un imperio que comenzaba a resquebrajarse y reflotar unas maltrechas finanzas. Tan solo quedaba Francia para hacer frente a una Alemania en la que el sentimiento nacional de indignación que habían suscitado las duras condiciones impuestas por el Tratado de Versalles<sup>267</sup> fue explotado por el partido nazi de Adolf Hitler para auparse al poder. Así, Hitler ascendería a la presidencia en 1933 mediante un discurso en el que acusaba a la República de Weimar de haber aceptado las humillantes condiciones de Versalles, y culpaba de la derrota en la I Guerra Mundial a un acto de sabotaje en el seno del II Reich organizado por judíos y comunistas. Ese discurso también legitimaría, una vez en el poder, su ambiciosa política destinada al rearme para librar una nueva guerra que permitiese a Alemania tomarse la revancha de la I Guerra Mundial (Murray, 2010d: 315).

Frente a ello, Francia respondió construyendo a lo largo de su frontera oriental una descomunal barrera fortificada, la Línea Maginot, promovida por los generales Maxime Weygand y Maurice Gamelin. Esta estrategia, que planteaba una postura defensiva total, tan radicalmente diferente a la *offensive à outrance* de la I Guerra Mundial, estaba determinada por el hecho de que los franceses se apercibieron durante la Gran Guerra de que la protección de la región nórdoriental del país, principal centro minero e industrial, era vital para la supervivencia de Francia en cualquier conflicto. En consecuencia, aquellos que como Joffre o Foch seguían abogando por una ofensiva de masas como mejor estrategia, o que, en

---

<sup>267</sup> Como es bien sabido, estas condiciones incluían la entrega de territorios a Polonia, Dinamarca y Bélgica; el pago de onerosas reparaciones de guerra; el desmantelamiento de su imperio ultramarino, y la confiscación de su flota de guerra.

cambio, se mostraban favorables a la introducción de los carros blindados con el fin de recuperar la movilidad en los frentes, como Charles de Gaulle, fueron desatendidos. Lo que precisaba Francia para convertirse en una fortaleza inexpugnable era, además de la Línea Maginot, el incremento en su potencia de fuego (Heuser, 2011: 183).

Pese a que el Tratado de Versalles había reducido el ejército de infantería alemán a cien mil hombres y cuatro mil oficiales, la labor de las cincuenta y siete comisiones creadas por el nuevo jefe del ejército Hans von Seeckt para reexaminar la I Guerra Mundial, cuyas conclusiones fueron publicadas en un manual titulado *Die Truppenführung* (*La dirección de las tropas*), constituyó la base a partir de la que se renovó la *Reichswehr* (nombre que recibió el nuevo ejército alemán). En ese manual se hacía hincapié en dos puntos esenciales. Por un lado, en la dirección de operaciones debía recuperarse la flexibilidad, la iniciativa en todos los niveles, la explotación del éxito y el liderazgo desde el frente; principios todos que, en su día, Moltke había erigido en artículos de fe (Murray, 2010d: 316-317). Por otro lado, se comenzó a difundir la opinión de que, más incluso que el incremento en la potencia de fuego, la movilidad y rapidez eran los antídotos que, a nivel estratégico, permitirían salir de la situación de estancamiento que se había producido durante la Gran Guerra. De hecho, tal y como era reivindicado por jóvenes oficiales como Heinz Guderian, era preciso la mecanización y motorización de las tropas de infantería alemanas con la introducción de vehículos blindados, camiones, motos, etc. Ello haría realidad los requisitos de movilidad y rapidez, otorgando mayor flexibilidad estratégica al *Reichswehr*; además, los tanques aportaban una mayor flexibilidad táctica, pues como artillería móvil, permitirían combinar la defensa con el ataque según las circunstancias del combate (Geyer, 1986: 558-560).

No obstante, esta modernización del ejército fue posible, sobre todo, con la llegada al poder de Hitler y su ambiciosa política de rearme dirigida por el comandante en jefe del ejército, Werner von Fritsch, y el jefe del Estado Mayor General, Ludwig Beck. Ambos, en particular Beck, ya desde 1934, y contando con las experiencias de las pruebas previas realizadas a fines de los años veinte por los británicos, ejecutaron maniobras y todo tipo de ejercicios con el fin de examinar la capacidad de los cuerpos y ejércitos de tanques (Murray, 2010d: 317).

Pero el rearme alemán también tuvo por objetivo la modernización e incremento de las otras dos ramas del ejército. En el caso de la marina, se reconstruyó de nuevo una armada que había sido obligada a hundirse en 1919. Y, sobre todo, bajo el liderazgo del almirante Erich Raeder, la flota alemana redefinió su doctrina estratégica. La I Guerra Mundial había demostrado que una estrategia mahanita era totalmente suicida en virtud de la superioridad numérica de la flota británica. Antes bien, para evitar situaciones como el bloqueo impuesto casi desde los inicios del conflicto anterior, la flota alemana debía centrarse en el control de las principales rutas marítimas con el fin de proteger su abastecimiento tanto militar como económico y atacar a la flota enemiga en aquellas áreas donde se hallasen las suyas, pero sin la necesidad de comprometerse en un enfrentamiento total. La introducción de los sistemas de detección submarina como el sónar hacían posible esta estrategia, cuyos componentes fundamentales eran la dispersión y la sorpresa (Heuser, 2011: 262-264).

Por otra parte, la I Guerra Mundial también había demostrado que el control del aire se antojaba ahora necesario en cualquier conflicto. Durante esa guerra, la aviación cumplió

funciones de reconocimiento y vigilancia, abastecimiento, así como bombardeo del enemigo en apoyo de las tropas de tierra. Pero, repitiendo lo mismo que había sucedido en el caso de la guerra en el mar, para que la flota aérea se convirtiese en una rama independiente con sus propias doctrinas estratégicas, hubo de exagerarse su importancia como arma decisiva a la hora de otorgar la victoria en la guerra. Las mejoras en la velocidad y autonomía de vuelo de los aviones, así como su dotación con armas que incrementaban su alcance y potencia de fuego, eran los elementos en que se apoyaban quienes pensaban que esta suerte de artillería volante sería clave en el desenlace de las guerras porvenir (Howard, 1983: 223-224).

Solo se precisaba una justificación doctrinal que fue proporcionada, en primer lugar, por el general italiano Giulio Douhet y Hugh Trenchard, primer comandante de la *Royal Air Force*<sup>268</sup>. En su creencia de que los aviones, al permitir una victoria rápida y eficaz, dejarían obsoletos como instrumentos bélicos a la infantería y la marina, Douhet y Trenchard postularon una estrategia aérea radicalmente ofensiva y dirigida contra los centros de la población civil: el bombardeo aéreo de estos centros minaría la moral de la población civil, forzando su sublevación contra su propio gobierno. En consecuencia, la actividad económica también se paralizaría conduciendo al desplome de las autoridades políticas y el colapso nacional general. Se podría poner así fin a la guerra sin un excesivo derramamiento de sangre ni derroche de recursos económicos (Howard, 1983: 225-226).

Esta doctrina del “bombardeo estratégico o de zona”, tal como se la denominó, pese a ser predominante entre las fuerzas aéreas europeas (Heuser, 2011: 314-336), no fue la única concepción estratégica de la guerra aérea de la época. La *Air Corps Tactical School* de Estados Unidos ideó, en consonancia con las prohibiciones estipuladas por la convención de la guerra aérea acordada en La Haya en 1907 (Biddle, 1994: 142-144), una estrategia centrada en el “bombardeo de objetivos militares”. Esos objetivos eran tanto las fuerzas armadas del enemigo como, sobre todo, las industrias esenciales para su sistema económico, pues se entendía que la finalidad esencial de la guerra aérea debía ser la paralización de su actividad industrial. No obstante, como señala la historiadora militar Beatrice Heuser, hay que reconocer que si los Estados Unidos podían permitirse una conducta acorde con las convenciones bélicas en este terreno, es porque su propio territorio no se vería afectado por ningún tipo de invasión aérea (Heuser, 2011: 336-342).

Con todo, ambas doctrinas, que pretendían convertir la aviación en el arma estratégica clave, obviaban una serie de elementos que, como se hizo patente durante la II

---

268 La relativa independencia que las mejoras tecnológicas y justificaciones doctrinales otorgaron a la marina y la aviación provocó que en el seno del ejército se estableciesen luchas entre sus diferentes ramas para acaparar una mayor cuota del presupuesto gubernamental dedicado a asuntos militares. La elaboración de planificaciones estratégicas independientes con nuevos modelos de armas que serían decisivos en el siguiente conflicto para atraer la atención de los responsables civiles eran los elementos clave en esta rivalidad interdepartamental en el ejército. Pero esto tenía dos efectos graves: en primer lugar, complicaba la elaboración de una planificación estratégica conjunta que coordinase las operaciones de cada rama; y, en segundo lugar, propiciaba carreras armamentísticas cuya justificación, que se basaba en la exageración del peligro que representaba el enemigo, aumentaba precisamente la amenaza de que ese peligro se materializase. Un buen ejemplo de esa rivalidad interdepartamental y las dificultades que planteaba para que las autoridades civiles pudiesen ejercer un control eficaz sobre el ejército, así como el peligro que ello conllevaba para el estallido real de la guerra, puede verse en la obra de James Carroll, *La casa de la guerra* (2007), en referencia al ejército estadounidense durante los años de la Guerra Fría.

Guerra Mundial, limitaban mucho el papel del poder aéreo como arma decisiva en los conflictos del futuro. En primer lugar, el desarrollo de sistemas de defensa y detección como las baterías antiaéreas o los radares. Y, en segundo lugar, la pobre precisión de las armas y sistemas de bombardeo que reducían muchísimo el alcance de sus efectos (Murray, 2010d: 320).

Más realista y eficaz se demostró la doctrina estratégica elaborada por la Luftwaffe alemana. Pese a que también desarrolló una actividad de bombardeo de ciudades y enfrentamientos con los escuadrones de combate enemigos, la Luftwaffe orientó toda su actividad al apoyo del ejército de tierra, pues existía la convicción entre sus generales de que el destino de la infantería era esencial para el destino de la nación alemana. El enorme esfuerzo de coordinación que su planificación estratégica exigía especialmente entre la *Luftwaffe* y la infantería mecanizada fue logrado gracias al marco operacional y táctico proporcionado por el manual *Die Truppenführung*, en cuyos preceptos todos los oficiales alemanes se hallaban instruidos: el resultado fue la famosa *blitzkrieg* o “guerra relámpago”.

Sin embargo, pese a la novedad que suponía en términos operacionales la combinación de la aviación con la infantería mecanizada, el plan estratégico con el que el ejército alemán encaró la nueva guerra que estalló en 1939 continuó siendo el que Schlieffen había legado en 1906 (Rothenberg, 1986: 296-297): el ataque rápido sobre Francia primero, con una maniobra de envolvimiento a través de Bélgica, para luego centrar todos los esfuerzos en la conquista de Rusia. Asimismo, la guerra volvía a plantearse como una contienda en la que el objetivo era lograr la destrucción total de los ejércitos enemigos, con lo que la ocupación y conquista del terreno por la infantería seguía señalando el punto y final de las operaciones. No obstante, a la ambición de una rendición incondicional del enemigo en términos militares, la planificación alemana de la II Guerra Mundial también incluía el genocidio de determinadas poblaciones como objetivo necesario del esfuerzo bélico, justificado por la ideología racista enarbolada por las autoridades civiles del autodenominado III Reich (Heuser, 2011: 192-193). Más que nunca, Alemania planeó la revancha de 1919 que llevaría a la realización definitiva de sus aspiraciones hegemónicas y raciales, ambas inextricablemente unidas, como una guerra total.

Por otro lado, durante la época de entreguerras, la exigencia de repensar la estrategia para que una victoria decisiva pudiese volver a ser posible también pesaba sobre los miembros del ejército británico. En su caso, además, y a diferencia de lo que ocurriría sobre todo a partir de 1932 en Alemania, existía una opinión desfavorable hacia la guerra tanto entre la población como en el gobiernos a consecuencia de la I Guerra Mundial, que se concretaba de manera práctica en la rapidez con que se desmovilizó al ejército, —dedicado por entero a las funciones de cuerpo de policía imperial—, y en la reducción de los presupuestos militares<sup>269</sup>. Por consiguiente, para los pensadores militares británicos se imponía concebir una nueva estrategia que permitiese librar una guerra victoriosa que no arriesgase más vidas humanas de las necesarias ni supusiese un derroche excesivo de recursos económicos. Estas fueron las bases a partir de las cuales el pensador militar más

---

<sup>269</sup>En esa decisión de, contra la opinión general de la época, intentar hacer de nuevo pensable la guerra, pesó mucho el hecho de que los miembros del ejército británico fuesen conscientes del rearme alemán a partir del ascenso al poder de Hitler, y supiesen percibir su carácter amenazador.

importante del s. XX, sir Basil Liddell Hart, desarrollaría una nueva concepción de la estrategia que se postularía como la alternativa fundamental a la estrategia de aniquilación napoleónica, que hasta entonces había gozado de un predominio casi absoluto en el seno del pensamiento militar occidental (Bond y Alexander, 1986: 598-599).

Habiendo disfrutado de una formación universitaria, Liddell Hart siempre había mostrado un gran interés por la guerra desde niño. No obstante, la Gran Guerra fue el acontecimiento que terminaría orientando su carrera profesional hacia el ámbito del pensamiento militar. Herido en la ofensiva del Somme, el recluta voluntario Liddell Hart<sup>270</sup> sería trasladado a Gran Bretaña donde, durante su convalecencia, escribiría un libro y algún artículo sobre la actuación de las tropas británicas en esa batalla. Es a partir de entonces que comienza la relación de Liddell Hart con el ámbito de la teoría militar. Una relación que se consolidaría cuando, tras haber sido declarado como no apto físicamente para el combate, fue designado, merced al buen acogimiento que tuvieron sus publicaciones sobre el Somme, como oficial encargado del entrenamiento de los voluntarios. Entonces, en su afán de mejorar el entrenamiento de las tropas de acuerdo con los requisitos del combate moderno, Liddell Hart comenzó a redactar pequeños manuales en los que sistematizaba y simplificaba los ejercicios y maniobras. Ese manual posteriormente se convertiría en el pilar a partir del que elaboraría, ya en la posguerra, el manual de entrenamiento de la infantería del ejército británico. A partir de entonces, Liddell Hart comenzaría una dilatada y, en buena medida, exitosa carrera como pensador militar. Y, al igual que la mayor parte de sus predecesores, él encaró el estudio de la guerra desde el punto de vista del positivismo comtiano.

En primer lugar, hay que decir que Liddell Hart no elaboró un enfoque teórico original a la hora de analizar el arte de la guerra. Antes bien, al igual que muchos de sus predecesores, él encaró el estudio de la guerra desde el punto de vista del positivismo comtiano. En este sentido, el pensador británico fue fuertemente influido por la lectura de la teoría de la guerra de uno de los más importantes pensadores militares de principios del s. XX: J. F. C. Fuller (Gat, 2001: 657-663). Este teórico británico, de tendencias proto-fascistas, se había convertido durante la Gran Guerra en uno de los grandes defensores de los carros blindados como principal medio para resolver la situación de parálisis estratégica en las operaciones terrestres. Después había emprendido la tarea de reformular la ciencia de la estrategia en sus *The Reformation of War* y *The Foundations of the Science of War*, de 1923 y 1926 respectivamente. En opinión de Fuller, los avances tecnológicos, simbolizados especialmente por los tanques y la aviación, supondrían el fin de los enormes ejércitos de masas y la estrategia dirigida a la aniquilación del ejército rival mediante una batalla decisiva. Influido por la lectura de los grandes teóricos militares de la Ilustración, como el Mariscal de Sajonia, Lloyd o Guibert, Fuller creía que esas nuevas armas que incrementaban la movilidad y rapidez operacional de los ejércitos, rehabilitarían definitivamente a las maniobras frente a la batalla. La flota aérea, mediante el uso de gases y el bombardeo de ciudades e infraestructuras industriales, desmoralizaría a la población civil y las tropas no convenientemente protegidas. Los tanques, auténticas fortalezas de artillería móvil, con su velocidad y capacidad para romper los frentes, aislarían a las tropas de sus líneas de operaciones provocando su desintegración.

---

270 Había luchado como soldado en el *New Armies* de Lord Kitchener.



Así, pues, según la concepción de Fuller, la guerra del futuro estaría dominada por ejércitos altamente mecanizados y tropas de infantería reducidas y altamente profesionalizadas. Estas últimas únicamente desempeñarían una función secundaria de protección de las líneas de comunicación y bases fijas; los tanques, en cambio, serían los protagonistas absolutos de unas batallas del futuro que, según la representación de Fuller, se asemejarían a operaciones navales. Asimismo, siendo el factor tecnológico más relevante que el físico y moral, la victoria en el campo de batalla podría conseguirse sin necesidad de destruir completamente al ejército enemigo. Este último hecho, además, al impedir el colapso de la nación derrotada, contribuía a asegurar una paz más estable y duradera: de este modo, la guerra se humanizaría y volvería a ser racional (Gat, 2001: 532-558).

Tan impresionado quedó Liddell Hart por el ingenio y novedad de la teoría de Fuller<sup>271</sup> que no solo se hizo eco de ella, sino que la plagió punto por punto en su obra de 1925 *Paris, or the Future of War* (Gat, 2001: 665). Del pensador estadounidense, Liddell Hart tomaría su rechazo de la estrategia de aniquilación, de la batalla y de los ejércitos de masas, así como su reivindicación de la importancia de las fuerzas blindadas, los escuadrones aéreos y pequeños ejércitos profesionales que permitiesen ganar la guerra sin un excesivo derramamiento de sangre ni derroche de recursos<sup>272</sup>. No obstante, aunque concedía precedencia al tanque en toda planificación estratégica y de operaciones, Liddell Hart, al contrario que Fuller, otorgaba una mayor importancia a la infantería, avanzando planes más detallados y realistas para la reforma del ejército<sup>273</sup>.

Además de la influencia determinante de Fuller, durante los primeros años de la década de los 20 la perspectiva teórica de Liddell Hart se vio enriquecida con el estudio de la historia y teoría militar. En este sentido, los autores que más contribuyeron a matizar su propia concepción de la guerra fueron, en primer lugar, los pensadores franceses de fines del s. XIX que, como Henri Bonnal, Hubert Camon y, sobre todo Colin, criticaron la racionalización clausewitziana y jominiana de la estrategia napoleónica, ofreciendo una imagen más compleja y realista de esta. Y, por otra parte, en segundo lugar, el navalista británico Julian Corbett, cuya concepción de la estrategia marítima Liddell Hart trasladó a tierra. De este modo, y una vez que fue apartado del ejército en 1924 empezando a trabajar como periodista especializado en asuntos militares, Liddell Hart, aún revelando el enorme peso que la influencia de Fuller tenía sobre él, se convirtió en un pensador militar original e independiente (Gat, 2001: 665-669).

Todas esas influencias recibidas en su etapa formativa cristalizarían en la sistematización de su propia teoría de la guerra en su famosa obra de 1929 *The decisive wars*

---

271 Especialmente determinante en el pensamiento militar de Liddell Hart sería *The Reformation of War* de 1923.

272 Como resultado de la admiración que Liddell Hart sentía por Fuller, ambos llegarían a conocerse personalmente. Así, desde fines de la década de los 20, mantendrían frecuentes reuniones y una intensa correspondencia profesional. El análisis de esta correspondencia y de las obra de ambos permite concluir que, mientras que Fuller era un pensador más original, audaz y dinámico, Liddell Hart, en cambio, era más equilibrado, táctico y menos extravagante como polemista.

273 En 1924, Liddell Hart diseñaría un *New Model Army* que podría operar sin la necesidad de seguir las carreteras y líneas ferroviarias avanzando cien millas al día (Bond y Alexander, 1986: 601-602).

of history. En este trabajo, que conoció sucesivas reediciones con la adición de nuevos capítulos<sup>274</sup>, emprende una reconstrucción histórica de las guerras más importantes de la historia occidental. Ese análisis histórico le permite concluir el hecho de que en casi todas las campañas de esas guerras la decisión no se obtuvo mediante una estrategia de ofensiva pura o “aproximación directa”, que consistiese en un choque frontal entre el grueso de los ejércitos enfrentados que terminase con la destrucción de uno de ellos. Por el contrario, se seguía una “estrategia de aproximación indirecta” que, combinando alternativamente el ataque y la defensa en los niveles estratégico y táctico, iba encaminada a dislocar psicológica y, sobre todo, materialmente al enemigo. De esa manera, la victoria se conseguía sin la necesidad de llegar a la batalla decisiva<sup>275</sup>. Incluso en aquellas campañas militares que concluyeron en esa batalla decisiva, como Issos, Gaugamela, Friedland, Wagram, Sadowa y Sedán, los generales victoriosos habían decidido recurrir al choque frontal de fuerzas desde una posición de superioridad contra un enemigo previamente desequilibrado (Liddell Hart, 1946: 195-199).

Tal concepción de la estrategia constituía, por supuesto, una crítica a la definición de la estrategia centrada en la batalla ofrecida por Clausewitz, y que sus sucesores, especialmente a partir de Moltke, habían interpretado como esencia de la guerra. En opinión de Liddell Hart, el estudio de la historia dejaba claro que para anular la voluntad de lucha del enemigo existían toda una panoplia de medios militares además de la batalla. De ahí que redefina la estrategia o “estrategia pura”, término con el que se refiere a la dirección de las operaciones militares por parte del general, como “el arte de distribuir los medios militares para realizar los fines de la política”. Desde ese punto de vista, y contando con las lecciones ofrecidas por la historia militar, así como la experiencia reciente de la I Guerra Mundial, Liddell Hart descartaba el choque frontal como único recurso estratégico. Este constituía un medio totalmente arbitrario de decidir la guerra que obligaba a confiar en los números y que, por tanto, convertía a la guerra en un concurso de fuerza bruta que finalizaba en una masacre, eliminando cualquier tipo de posibilidad de ejercer la razón en este ámbito de la experiencia humana.

Precisamente por eso Liddell Hart creía que la superioridad numérica, la concentración de fuerzas en un punto y la batalla, debían estar supeditados a la movilidad y la sorpresa (Liddell Hart, 1946: 205). Mediante la planificación detallada de los movimientos de su ejército sobre el terreno y la explotación de la sorpresa, los generales podrían demostrar su inteligencia evitando una destrucción innecesaria que haría que la guerra se escapase de su control, pues el verdadero objeto de la estrategia no sería tanto “buscar la batalla como buscar una decisión estratégica lo bastante ventajosa para que, si no provoca por sí misma la decisión, su continuación por la batalla la logre con seguridad” (Liddell Hart, 1946: 207-208).

---

274 La edición con la que he trabajado es la española de 1946, titulada *La estrategia de aproximación indirecta*, traducida por Carlos Botet, que incluye capítulos añadidos dedicados a las guerras bizantinas, así como la I y II Guerras Mundiales. Desde la edición inglesa de 1941, la obra se publicó con el título original con que Liddell Hart la había concebido, *Strategy: The Indirect Approach*.

275 Como se puede observar, y en eso tampoco su pensamiento sería una excepción, Liddell Hart mantendría la perspectiva historicista implantada definitivamente por Clausewitz en el ámbito de la teoría militar. En ese sentido, cualquier pensador que quisiese demostrar la superioridad de su propia concepción estratégica habría de recurrir al estudio de la historia militar para demostrarlo.

Podría decirse que, como sostienen algunos autores, la estrategia de aproximación indirecta es una rehabilitación de la guerra de maniobras dieciochesca. Además, tras la insistencia del pensador británico en la renuencia a las masacres innecesarias y el énfasis en la superioridad de la defensa, latía la conciencia de que, por un lado, con el avance de la tecnología armamentística, las grandes batallas del pasado se habían terminado; y, por el otro, si se quería recuperar el control sobre la guerra, esta no debía ser motivada por sentimientos nacionalistas que alimentasen un odio visceral al enemigo. Esta conciencia, la propia de la Europa posterior a la I Guerra Mundial, no le llevaba, sin embargo, a sostener una postura pacifista. Convencido de que en el ámbito internacional era la razón de Estado la que regía la actuación de los diferentes países, no creía en el poder del derecho internacional para eliminar la guerra, por lo que no confiaba en absoluto en la *Sociedad de Naciones*.

No obstante, a diferencia de los imperialistas de finales del s. XIX y principios del s. XX, Liddell Hart era defensor de una *Realpolitik* dirigida a la conservación del equilibrio de poder. Al igual que se especificaba en los artículos de la *Sociedad de Naciones*, también rechazaba las guerras de agresión emprendidas con un afán conquistador (Gat, 2001: 648-656). Por eso, exactamente de la misma manera que el último Clausewitz, Liddell Hart sostenía que era a la política, al gobierno civil, al que le correspondía en último término racionalizar la guerra, pues al declararla debería no solo fijar el objetivo general, sino, asimismo, una vez desatadas las hostilidades, controlar y regular el desempeño de sus fuerzas armadas, combinando además el esfuerzo militar con su propia actividad diplomática, propagandística, administrativa y comercial, con el fin de asegurar una paz más estable, duradera y próspera.

Su concepto de “gran estrategia” o “política de guerra”<sup>276</sup> especifica cuáles son esas tareas que competen al gobierno civil como responsable último de que la guerra se mantenga dentro de los cauces de la racionalidad humana y no se extralimite en sus consecuencias:

“El papel de la gran estrategia es en efecto coordinar y dirigir todos los recursos de la nación al logro del objeto político de la guerra, del objetivo definido por la política nacional. La gran estrategia deberá calcular y desarrollar los recursos económicos y el potencial humano de la nación al objeto de sostener el esfuerzo de los elementos combatientes. Y lo mismo hay que decir de los recursos morales, ya que es tan importante fortificar la voluntad de vencer de un pueblo como poseer las formas más concretas de su potencia material. La gran estrategia debe regular por último la distribución de esta potencia entre los distintos servicios y entre los servicios y la industria. Y la potencia material es solo uno de los instrumentos de la gran estrategia, la cual ha de considerar y emplear igualmente la potencia de las presiones económica, diplomática, comercial, y finalmente, ética —que no es la menos importante— en

---

276 El concepto de gran estrategia sería fundamentalmente empleado en los países anglosajones (Heuser, 2011: 8), siendo adoptado de manera oficial incluso dentro del léxico de las fuerzas armadas, como muestra, por ejemplo, el *Dictionary of the U.S. Military terms for Joint Usage* de 1964. Aquí la gran estrategia es definida como “el arte y la ciencia de desarrollar y utilizar las fuerzas políticas, económicas, psicológicas y militares como factores necesarios durante la paz y durante la guerra, y de brindar el máximo apoyo a las políticas, a fin de incrementar las probabilidades y las consecuencias favorables de la victoria y disminuir las posibilidades de la derrota” (Luttwak, 2005: 376). En el ámbito francés también se inventarían conceptos equivalentes al de gran estrategia, como el de “praxeología”, por parte de Raymond Aron, o de “estrategia total”, del general André Beaufre (Heuser, 2011: 9).

su contribución a debilitar la voluntad de resistencia del contrario. Una buena causa es, en efecto, a la vez, una espada y un escudo. Y, para terminar, mientras el horizonte de la estrategia está limitado a la guerra, el de la gran estrategia mira más allá de ella, hacia la paz que la ha de seguir. Deberá, no solo combinar los distintos instrumentos, sino regular su empleo al objeto de evitar daños para el estado de paz futuro, que habrá de ser seguro y próspero” (Liddell Hart, 1946: 203-204).

En cualquier caso, la nueva doctrina estratégica elaborada por Liddell Hart tuvo escasa influencia en los planes de guerra así como la reforma del ejército británico<sup>277</sup>. Además de las ya comentadas restricciones presupuestarias, el ejército británico contaba con un liderazgo poco imaginativo y muy conservador en el seno del cual se privilegiaba la práctica deportiva y la caza como medios más adecuados de preparación para la guerra que el estudio serio de las lecciones duramente aprendidas en la última guerra (Bond y Alexander, 1986: 606). En consecuencia, en vez de expandir el *Royal Tank Corps*, como pedían Fuller y Liddell Hart con el objeto de poseer un auténtico ejército de carros blindados<sup>278</sup>, se optó por una mecanización gradual, pero insuficiente, de las armas tradicionales. En concreto, el comandante en jefe Montgomery-Massingberd no era un entusiasta de los tanques. De hecho, detestaba a Fuller, y prohibió el ascenso de los oficiales que defendían su teoría.

Además, debido a que tanto el gobierno como la opinión pública británicos eran reacios al despliegue de la infantería británica en el continente europeo, pues se desconfiaba enormemente de los políticos franceses y de su ejército, tampoco existió un esfuerzo por diseñar el plan de operaciones que, en caso de estallido de una guerra en Europa, seguiría una fuerza expedicionaria británica (Bond y Alexander, 1986: 611). Ya durante los primeros años de la década de los 30 era evidente que, sobre todo, con el ascenso nazi en Alemania y la amenaza del comunismo en el este, la paz en Europa tenía las horas contadas. Para paliar ese defecto de planificación, y para evitar que el ejército británico incurriese en los mismos errores que había cometido durante la I Guerra Mundial, Liddell Hart emprendió la revisión de la historia militar británica.

El resultado fue su *The British Way in Warfare* de 1932. En esta obra, en la que analizaba la actuación de los ejércitos británicos en las guerras más importantes que habían sostenido desde la época de la reina Isabel I, Liddell Hart concluía que la estrategia pura seguida por esos ejércitos británicos siempre había sido de aproximación indirecta. En concreto, la estrategia típicamente británica, o *british way in warfare*, se caracterizaría por ser una estrategia anfibia: con la flota como arma fundamental, cuyo objetivo sería la protección del comercio propio y la destrucción del enemigo mediante el bloqueo de sus puertos y el ataque de sus principales rutas marítimas; acompañada por una infantería de reducidos efectivos con funciones meramente auxiliares y de apoyo.

Como se puede observar, el estudio histórico que había dado lugar al *british way in warfare* no constituyó más que una confirmación empírica de la validez y superioridad de la

---

<sup>277</sup>Al menos en los años previos al estallido de la II Guerra Mundial.

<sup>278</sup> Cosa que, por otra parte, sí sucedió, además de en la Alemania nazi, en la URSS estalinista donde las doctrinas estratégicas de Liddell Hart y Fuller que concedían preeminencia a los carros blindados en el combate terrestre, gozarían de buena acogida (Gat, 2001: 635-639).

doctrina estratégica que a principios de siglo había elaborado Julian Corbett. En esa obra, de 1932, Liddell Hart avanzaba el importante argumento de que la desastrosa actuación militar británica durante la I Guerra Mundial, que a punto había estado de llevar a Europa a su auto-destrucción, se habría debido al hecho de que las fuerzas armadas británicas, influidas por las concepciones estratégicas alemanas derivadas de la teoría clausewitziana, se habrían olvidado de seguir los principios del *british way in warfare* que habían fundamentado las operaciones de las fuerzas armadas británicas desde el s. XVI y le habían otorgado un imperio mundial<sup>279</sup>.

Pese a que la nueva doctrina estratégica de Liddell Hart no tuvo una influencia real sobre la dirección de operaciones británica durante la II Guerra Mundial, al estar también condicionada por los mismos factores, —esto es, evitar la carnicería y el derroche de recursos materiales que se había producido durante la Gran Guerra—, terminó pareciéndose bastante en su conjunto a la estrategia de aproximación indirecta definida por el autor de *The decisive wars of history*. De hecho, podría decirse que, en general, la estrategia de las potencias aliadas favoreció el principio de la defensa sobre el ataque, siendo mucho más prudentes y cautelosas a la hora de arriesgar a su infantería en combate. Un factor poderoso que contribuía a esta decisión era la propia configuración de los ejércitos, en los que la marina, los tanques, y sobre todo la aviación, cobraban mucha mayor importancia tanto en el plano estratégico como operacional con respecto a la infantería (Heuser, 2011: 184-188).

El combate cuerpo a cuerpo no era algo tan corriente y cotidiano en la tarea de los soldados que servían en la flota y en la aviación, donde realmente lo que se precisaba eran ingenieros. Así, el número de ingenieros y técnicos especialistas en combate se incrementó durante la II Guerra Mundial, siendo muy superior al de los soldados que servían en el frente de batalla. De hecho, el historiador militar británico Michael Howard caracteriza la II Guerra Mundial como una curiosa combinación de “participación masiva y de mortíferos duelos esotéricos entre peritos tecnológicos” (Howard, 1983: 210-211).

Si bien los ejércitos de masas y la potencia industrial volvieron a ser factores determinantes en esta guerra, implicando de nuevo a naciones enteras en el esfuerzo bélico, también cobró especial relevancia el factor tecnológico. En este sentido, la hábil combinación de carros blindados y bombardeo aéreo propugnada por la *blitzkrieg* permitió, efectivamente, salir de la situación de estancamiento estratégico que había caracterizado el combate terrestre durante la I Guerra Mundial, otorgando nuevamente un papel decisivo a la infantería en la ocupación del terreno. Sobre todo, el bombardeo aéreo tanto de las ciudades como de los centros de producción industrial del enemigo, cobró una relevancia cada vez mayor. Hasta 1944 podría decirse incluso que el bombardeo masivo sobre civiles fue el principal y casi único medio de resistencia de las potencias aliadas al dominio alemán en el continente europeo.

---

279 Como expondré más adelante, pese a que Liddell Hart nunca volvió a desarrollar más este tema en ninguna de sus publicaciones, el concepto de *way in warfare* calaría en los medios académicos y especializados en asuntos político-militares, dando lugar, ya en plena Guerra Fría, al nacimiento de los conceptos de “cultura estratégica” y de *way of war*. La diferencia esencial entre ambos, como sostiene Lawrence Sondhaus (2006: 1-13), es que, mientras que el concepto de cultura estratégica es intercambiable con el de gran estrategia, el concepto de *way of war* designaría más bien los elementos típicos de la estrategia pura de una nación.



Pero la generalización de este procedimiento tuvo por efecto convertir a la población civil en un objetivo militar legítimo. La I Guerra Mundial, al obligar a volcar a las naciones participantes toda su población y recursos materiales en el esfuerzo bélico había sido una guerra total. La II Guerra Mundial, al convertir a la población civil en objetivo militar *per se* daba un paso más allá: ahora todo el territorio de las naciones implicadas constituían el frente de batalla. En este sentido, la invención y lanzamiento de la bomba atómica en el verano de 1945 sobre Hiroshima y Nagasaki, justificada por los Estados Unidos como un medio de ahorrar las vidas y el dinero que implicaría el asedio naval y la invasión terrestre de Japón, operó, sin embargo, una *reductio ad absurdum* (Dyer, 2007: 261-263). Al borrar definitivamente la distinción entre civiles y combatientes, la guerra ya no podría ser contenida dentro de unos límites seguros y otorgarle una función racional. Por primera vez, sin necesidad de combatir, con el lanzamiento de unas cuantas bombas podría arrasarse un país entero hasta sus cimientos.

Pese a todo, esta nueva guerra total de 1939-1945 volvió a ser una guerra de desgaste en la que, otra vez, el mayor potencial industrial y humano de los “aliados” fue el factor decisivo. Con excepción de la bomba atómica, que podría decirse que dio el empujón definitivo para que un previamente debilitado Japón firmase el armisticio, los bombardeos aéreos no fueron tan decisivos como habían profetizado durante la época de entreguerras los defensores de la guerra aérea. La existencia de baterías antiaéreas, radares y cazas de combate dificultaba mucho un bombardeo estratégico de ciudades que, además, en vez de minar la moral de la población civil, tuvo el efecto, en la mayor parte de los casos, de enconar su resistencia debido a la orgía de destrucción que provocaban. Si a la dificultad de esquivar los sistemas defensivos, lo que obligaba en muchas ocasiones a realizar las operaciones de bombardeo aéreo por la noche y a gran altura, añadimos la pobre precisión de los sistemas de lanzamiento de las armas, entenderemos también por qué los bombardeos sobre los centros industriales y otro tipo de objetivos militares tampoco producían resultados espectaculares. Para que este tipo de bombardeos fuese mínimamente efectivo debían ser llevados a cabo mediante vuelos diurnos y a baja altura (Howard, 1983: 226-228). Con todo, podría decirse que este tipo de bombardeos sobre objetivos militares, llevados únicamente a cabo por las fuerzas aéreas estadounidenses, tuvo efectos más positivos que el bombardeo sobre civiles, ya que ciertas operaciones exitosas contribuyeron a paralizar temporalmente la producción industrial alemana.

Al contrario que en la I Guerra Mundial, en el conflicto de 1939-1945 quien se llevó la peor parte fue la población civil (Roberts, 1994: 131). Por supuesto, en el frente de batalla la guerra fue nuevamente una carnicería y, particularmente en el teatro de operaciones de la Europa del este y en el Pacífico, la guerra adquirió el carácter de guerra sin cuartel<sup>280</sup>. Pese a todo, y debido a la prudencia de los gobiernos y autoridades militares de los países aliados, renuentes a que sus ejércitos cayesen de nuevo en la trampa de las trincheras, así como a la mayor importancia de las ramas marítima y aérea que redujo el número de soldados en el frente de batalla, los efectos destructivos de la guerra para estos no fueron tan negativos como en la I Guerra Mundial<sup>281</sup>. En proporción murieron muchos más civiles. Y no solo debido

---

280 En el resto de frentes, así como en la guerra aérea y marítima, las normas de la convención de Ginebra de 1929 fueron ampliamente cumplidas (Roberts, 1994: 130).

281 Hay que decir también que uno de los éxitos de la legislación del *ius in bello* de la época de entreguerras

a la destrucción causada por los bombardeos, sino también, como ya he comentado, a la ideología racial que animaba a la Alemania nazi. Así, en los territorios europeos que lograron ocupar, los nazis se entregaron al exterminio sistemático de todas aquellas comunidades cuyos miembros eran considerados, en virtud de esa ideología racial, como subhumanos: judíos, eslavos, gitanos, etc. De igual modo, las potencias del eje ejercieron una dura política de represión contra los actos de resistencia clandestina por parte de partisanos e insurrectos. En las zonas donde habían tenido lugar esos actos de resistencia, las autoridades militares respondían castigando también a la población civil (Roberts, 1994: 132-133).

Debido precisamente a los terribles padecimientos que experimentó la población civil durante la II Guerra Mundial, su protección frente a los desmanes de gobiernos y ejércitos centró los esfuerzos de la legislación bélica después de 1945. Una de las cuestiones que más preocupaba al jurado internacional que se reunió en Nuremberg para juzgar los crímenes cometidos por los jerarcas nazis durante la guerra era la siguiente: puesto que los actos genocidas y de cruel represión contra los actos de resistencia de la población civil que los nazis habían llevado a cabo entre 1939 y 1945 habían sido realizados en los territorios por ellos conquistados, y por tanto constituían actos que concernían a la relación entre un gobierno y su pueblo, ¿podrían ser calificados como crímenes de guerra según la legislación internacional vigente? Para resolver el problema, e inspirándose en los principios de la cláusula Martens, el jurado internacional de Nuremberg inventó una nueva categoría de “crímenes contra la humanidad”, dentro de los cuales entrarían los delitos cometidos por un gobierno contra sus ciudadanos.

Asimismo, estableció que la legislación internacional, pese a no ser ratificada por algunos Estados, debía ser vinculante para todos puesto que debían existir unos criterios universales de justicia mínimos (Roberts, 1994: 134-135). En ese sentido, podría verse la Declaración Universal de los Derechos Humanos, aprobada por la Asamblea General de las Naciones Unidas en 1948, como la conclusión del proceso iniciado en Nuremberg, pues ofreció un respaldo legal a las decisiones de ese tribunal al sustanciar un conjunto de principios y normas universales que garantizaban la protección de las personas frente a los poderes públicos. Esta declaración ya sería tenida en cuenta en las cuatro convenciones de Ginebra de 1949 que trataban de renovar las leyes del *ius in bello*, incrementando la protección ofrecida tanto a los no combatientes como a los heridos y prisioneros de guerra. Así, reiteraba la idea básica contenida en la ley sobre los derechos humanos, que establecía que los Estados no podían tratar a sus ciudadanos según su propio arbitrio (Bellamy, 2009: 176). Y, aunque un defecto importante de estas convenciones, en lo que suponía un retroceso con respecto a la conferencia de La Haya de 1923, era el no prohibir expresamente los bombardeos indiscriminados (Biddle, 1994: 155), sin embargo, prohibían todo ataque a civiles, incluyendo los ataques a infraestructuras que pudieran causar un sufrimiento indirecto a la población no combatiente (Bellamy, 2009: 175).

Menos clara y más controvertida fue la legislación concerniente a la cuestión del tratamiento de guerrilleros, partisanos y terroristas. Debido al contexto de desmantelamiento de los grandes imperios coloniales decimonónicos que se abrió tras la II

---

fue que, gracias al protocolo de Ginebra de 1925 sobre armas químicas y bacteriológicas, el gas, con excepción del ejército japonés en China, no fue usado en la II Guerra Mundial (Roberts, 1994: 128-130).

Guerra Mundial, los poderes coloniales no querían que se ofreciese protección a esa categoría de combatientes no regulares. Por su parte, a los países que habían estado ocupados por las potencias fascistas durante la II Guerra Mundial les preocupaba que si se concedía libertad a los Estados para eliminar a los insurgentes locales, también la empleasen de manera indiscriminada e injusta contra la población civil. La solución adoptada consistió en comprometer a los contendientes en guerras no internacionales a respetar los derechos humanos sin especificar privilegios particulares para insurgentes, así como en insistir en la prohibición total de los ataques contra la población no combatiente (Bellamy, 2009: 173-174).

La continua reforma del derecho internacional de la guerra y la tendencia a aplicar esa legislación por medio de juicios fue un proceso que, iniciado desde la I Guerra Mundial, continúa hasta nuestros días. No obstante, el procesamiento de los criminales de guerra nazis, la Declaración Universal de los Derechos Humanos y las leyes aprobadas en Ginebra sobre la protección de la población no combatiente marcaron un hito. Puede decirse que nacía un nuevo orden mundial en el que los Estados ya no podrían disfrutar de una soberanía absoluta (Campillo, 2008: 221). Ese nuevo orden mundial que acentuaba la crisis del Estado-nación se materializó en la creación de la *Organización de las Naciones Unidas*, que podría considerarse como la sucesora de la fracasada *Sociedad de Naciones*.

La ONU no solo era el organismo creador de la ley de los derechos humanos, sino que su documento fundacional, la Carta de las Naciones Unidas de 1945, prohibía expresamente la amenaza o uso de la fuerza excepto en caso de autodefensa o con el propósito de mantener la paz y la seguridad internacionales, para lo cual habría de contarse con la aprobación del Consejo de Seguridad conformado por las cuatro potencias vencedoras en la II Guerra Mundial (Francia, Gran Bretaña, Estados Unidos, la URSS) y China. Asimismo, además de prohibir las guerras de agresión y conquista, se estipulaba que todos los Estados que decidiesen emprender una guerra deberían justificarse públicamente. A este respecto, también se especificaban las únicas justificaciones que se considerarían legítimas: la defensa propia y la defensa de terceros que así lo solicitasen (Bellamy, 2009: 172).

## **2.8. La Guerra Fría y la hegemonía estadounidense**

En un principio, las autoridades políticas de EE.UU. habían decidido desarrollar la bomba atómica para hacer frente a una posible amenaza atómica por parte de la Alemania nazi. A este respecto, el proyecto conjunto británico-norteamericano y el alemán no fueron los únicos que, durante la II Guerra Mundial, se emprendieron con el fin de construir la bomba atómica: japoneses y soviéticos también se embarcaron en ese proyecto. Aunque de esos cuatro tan solo el anglosajón llegaría, finalmente, a buen término. Así, pues, las circunstancias en las que las autoridades político-militares estadounidenses tomaron la decisión de usar la bomba atómica contra Japón eran totalmente diferentes a las que regían cuando se emprendió su fabricación (Glover, 2001: 129-130).

En primer lugar, como enfatiza James Carroll en su pormenorizado relato del camino que, en los pasillos del recién creado ministerio de la guerra/defensa estadounidense (el Pentágono), condujo al lanzamiento de las bombas atómicas contra Hiroshima y Nagasaki a través de los debates sostenidos entre los principales responsables civiles y militares de la

nación estadounidense, la primera circunstancia que cambió el significado y rumbo de la II Guerra Mundial para los Estados Unidos fue la decisión tomada por el entonces presidente Franklin Roosevelt, en 1943, de que tan solo con la obtención de la rendición incondicional por parte de las potencias del eje los aliados considerarían concluida la guerra (Carroll, 2007: 7-18). Esta postura intransigente, asumida igualmente por el resto de las potencias aliadas, fue el motivo fundamental que dio al traste con los intentos de una rendición negociada que había sido ofrecida por el gabinete de guerra japonés al gobierno estadounidense, tras la rendición alemana, a través de la mediación soviética (Glover, 2001: 139).

De este modo, a la altura del verano de 1945, y constatando que una invasión de Japón prolongaría efectivamente la guerra, aumentando el número de muertos y el derroche de recursos, el argumento utilitarista se impuso a las autoridades estadounidenses como el mejor para justificar el lanzamiento de la bomba. No obstante, algunos de los científicos participantes en el Proyecto Manhattan encargado del desarrollo y fabricación de la bomba, propusieron al comité reunido por el presidente Truman y presidido por el Secretario de Guerra, Henry Stimson, una alternativa: en vez de lanzar la bomba sobre ciudades japonesas, arrojarla en un paraje sin gente como un medio de disuadir a las autoridades japonesas de continuar la guerra evitando la masacre (Glover, 2001: 137-138).

Una serie de factores reforzaban la decisión de lanzar la bomba sobre Japón. En primer lugar, como demuestra la actitud de James Byrnes, dentro del gobierno estadounidense muchas personalidades ya otorgaban a la bomba, antes de su lanzamiento, una decisiva importancia estratégica. En ese sentido, creían que la posesión de la bomba sería fundamental para impedir que, tras la guerra, y apoyada en su enorme ejército de tierra, la Unión Soviética perturbara la hegemonía estadounidense sobre Europa (Glover, 2001: 138-139). En segundo lugar, en un plano meramente moral y psicológico, el tipo de muerte inducida por el lanzamiento de la bomba atómica era, como en el caso de las operaciones de bombardeo aéreo sobre las ciudades, una muerte a distancia. El agresor era incapaz de contemplar los terribles efectos que, sobre los cuerpos y edificaciones, tenían estas armas. Por esa razón, este tipo de armas que anesthesiaban la conciencia moral de los agresores, hacían a estos mucho más proclives a tomar la decisión de emplearlas, pues con ellas creían estar provocando a las víctimas una muerte rápida y limpia.

En el caso de las autoridades civiles y militares estadounidenses que tomaron la decisión de arrojar la bomba atómica sobre Japón, ese “distanciamiento” que imponía la guerra tecnológica entre agresor y víctima se veía agravado por el hecho de que estas se hallaban a miles de kilómetros de distancia del enemigo (Glover, 2001: 140-145). Como demuestra Glover, normalmente durante la guerra es tanto la población civil como las autoridades políticas que se hallan alejadas del frente de batalla, quienes, precisamente por eso, mantienen una actitud tribal de desprecio y odio absolutos hacia el enemigo, muy alejada de la necesaria empatía y respeto por su dignidad que muestran los soldados más eficaces en su cometido (Glover, 2001: 244-247). Unas autoridades que, asimismo, desarrollaron lo que se ha denominado como “estado agéntico”: esto es, el hecho de que la toma de la decisión sobre el lanzamiento de la bomba adquiriese la forma de un proceso en el que participaron responsables políticos, militares y asesores científicos, al distribuir la responsabilidad de esa decisión entre varias personas, permitió a la mayor parte eludir las cuestiones morales más relevantes e importantes que implicaba. De este modo, ninguna de

esas autoridades, ni siquiera el presidente Truman quien podía justificar su decisión de arrojar la bomba apelando a la autoridad de sus asesores científicos y militares, se sintieron responsables últimos de la decisión y, por ende, de las consecuencias que esta podría tener. Sencillamente, cayeron en una especie de ceguera o automatismo moral voluntario (Glover, 2001: 146-151).

Por último, la propia exigencia de rendición incondicional había hecho mella en la mentalidad de los dirigentes políticos y militares. Esa política que otorgaba prioridad al imperativo militar con el fin de obtener una victoria clara y decisiva, ya había justificado durante esa misma guerra el bombardeo masivo de ciudades que, como Dresde o Tokio, quedaron totalmente arrasadas<sup>282</sup>. En consecuencia, el bombardeo convencional había endurecido a las autoridades político-militares estadounidenses contra los posibles efectos devastadores de la bomba atómica: Hiroshima y Nagasaki sufrirían lo mismo que Dresde o Tokio, pero en vez de como resultado del lanzamiento de doscientas bombas, por efecto de una sola (Glover, 2001: 129). En este sentido, la erosión de las restricciones morales en un contexto de violencia suele conducirnos por un camino que nos induce a perpetrar cada vez mayores salvajadas cayendo en la interminable espiral de la violencia. Si, como se ha explicado, esa fue básicamente la política de la guerra seguida por los grandes Estados occidentales desde finales del s. XIX, habrá de dársele entonces la razón a Jonathan Glover cuando comenta que una fina, pero horriblemente destructiva línea, conecta el bloqueo marítimo de Alemania en la I Guerra Mundial, con los bombardeos masivos de ciudades y, por último, la bomba atómica durante el siguiente conflicto (Glover, 2001: 163).

Finalmente el 6 y 8 de agosto, sendas bombas atómicas serían lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki, provocando la subsiguiente rendición incondicional del gobierno japonés y concluyendo definitivamente la II Guerra Mundial. Pero, antes de finalizar el conflicto, en las reuniones que habían mantenido los presidentes de las potencias aliadas para planificar el mundo de la posguerra, se habían evidenciado dos cuestiones. Por una parte, al igual que había sucedido tras el fin de la I Guerra Mundial, los países vencedores tenían claro que el nuevo orden mundial debía seguir las líneas maestras del que se había bosquejado tras la Gran Guerra: reforzar los principios de la cooperación y seguridad colectiva sobre los que se asentaba, y de ahí la creación de la ONU. Y, por otra parte, tanto durante la guerra como en esas negociaciones, había comenzado a ser obvio que la balanza de poder se había desplazado desde los viejos imperios coloniales europeos, arruinados por el esfuerzo sostenido en las dos guerras mundiales, hacia las dos principales potencias militares e industriales del momento: EE.UU. y la URSS.

De hecho, estas dos “superpotencias”, como fueron llamadas, ejercerían desde 1945 el dominio del mundo. Sin embargo, ese dominio no se basó en un liderazgo compartido, sino que, rápidamente, tras el fin de la guerra mundial, sus relaciones se deterioraron hasta el punto de tornarse hostiles. Aprovechando la presencia del ejército soviético en la Europa oriental, Estados Unidos hizo sonar otra vez las alarmas entre los aliados europeos (especialmente Francia y Gran Bretaña), acerca de la amenaza de un comunismo soviético que ya antes de la II Guerra Mundial había sido etiquetado como el principal enemigo de las democracias europeas. Un resurgir de la amenaza comunista al que el denominado

---

282 De hecho, en número de víctimas, el bombardeo estratégico de Tokio fue el peor (Carroll, 2007: 139-144).



“telegrama largo” del embajador estadounidense en Moscú, George Kennan, legitimó.

Además, en ese ambiente enrarecido creado por las acusaciones estadounidenses acerca de los propósitos imperiales de la URSS con respecto a Europa, Estados Unidos amenazó con el uso preventivo de la bomba atómica en caso de que el ejército soviético hiciese algún movimiento que pudiese ser malinterpretado. Por su parte, la URSS, que se sentía amenazada por esa beligerante actitud estadounidense, decidió dar continuidad a su programa de construcción de la bomba atómica. Finalmente, las tensiones entre ambas superpotencias adquirirían un punto de no retorno con el bloqueo soviético sobre Berlín de junio de 1948. La URSS reclamaba que, teniendo en cuenta que Berlín caía dentro de su zona de ocupación, debía corresponderle única y exclusivamente la jurisdicción de la ciudad. A su vez, Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña reclamaban un gobierno dividido de la antigua capital del III Reich entre las cuatro vencedoras de la II Guerra Mundial.

El conflicto berlinés, que a punto estuvo de desembocar en la reanudación de la guerra, acabaría finalmente con la construcción de un muro que dividía la ciudad en dos mitades: una bajo jurisdicción soviética y otra bajo la jurisdicción compartida entre Francia, EE.UU. y Gran Bretaña. Al año siguiente, Alemania quedaría dividida en dos Estados diferentes: la República Democrática Alemana y la República Federal Alemana. Al mismo tiempo, Estados Unidos sellaba una alianza militar (la OTAN) con los países europeos que, comenzando por la República Federal Alemana quedaban al oeste del muro de Berlín. Mientras, la Unión Soviética reforzaba la presencia del ejército rojo en los países al este de ese muro y establecía, al igual que los Estados Unidos en Europa occidental, gobiernos afines al régimen comunista<sup>283</sup>. Comenzaba la Guerra Fría.

La negativa estadounidense a compartir la bomba y poner las armas atómicas bajo control internacional, en contra de las peticiones de algunos de los asesores científicos que habían trabajado en el Proyecto Manhattan como Niels Bohr (Glover, 2001: 156-159), contribuyó grandemente al desarrollo de las hostilidades con la Unión Soviética en 1948. De hecho, el episodio del bloqueo de Berlín por parte de las autoridades soviéticas no solo fue el motivo empleado por el gobierno estadounidense para justificar el mantenimiento de una presencia militar en Europa occidental mediante bases desde las que poder desplegar su ejército en caso de amenaza de invasión soviética<sup>284</sup>, sino que también constituyó una coartada perfecta para decidir a las autoridades políticas estadounidenses a incluir la bomba atómica dentro de su planificación estratégica (Freedman, 1986: 737).

Sus principales aliados europeos, Francia y Gran Bretaña, aceptaron el despliegue del ejército estadounidense en territorio europeo porque les ofrecía la oportunidad de situarse bajo la protección que ofrecía su denominado “paraguas nuclear”. Por su parte, con respecto a sus aliados europeos, los EE.UU. justificarían la construcción de bases militares y el empleo

---

283 La alianza militar soviética con los países que conformaban el denominado bloque del este, el Pacto de Varsovia, sería formalmente establecida en el año 1955.

284 Aunque ya habían construido alguna base militar en territorios cubanos y filipinos, podría considerarse el término de la II Guerra Mundial, con el despliegue de bases por los territorios europeos y de Japón, como el inicio de lo que Chalmers Johnson denomina como “imperio de bases” estadounidense y que, según este historiador, constituye la expresión más pura del militarismo de los EE.UU. (Johnson, 2004).

de la bomba como arma estratégica, aduciendo que así compensaban la superioridad numérica del formidable ejército soviético y su mayor proximidad geográfica con respecto al teatro de operaciones centroeuropeo, desde el principio el principal punto caliente de la Guerra Fría. Además, la bomba atómica permitiría ahorrar el enorme derroche en vidas humanas y dinero que supondría lo que se dio en denominar a partir de entonces una “guerra convencional” (Dyer, 2007: 321), —debido a la ausencia en ella de armas nucleares—. Este tipo de guerra convencional o tradicional, además del desgaste terrible que supondría para ambos beligerantes, no produciría un resultado decisivo en el campo de batalla, convirtiendo la lucha en un sinsentido.

Asimismo, Estados Unidos completaría la alianza militar con los Estados europeos que se habían encomendado a su protección y Japón con una alianza económica que se materializó en dos puntos. Primero, el gobierno de los EE.UU. se comprometió, al igual que tras la I Guerra Mundial, a financiar la reconstrucción de los Estados que habían quedado arrasados por la guerra mediante el envío de enormes remesas de dinero en lo que se conoció como Plan Marshall. Y segundo, esa intervención activa en la reconstrucción económica e industrial de Europa fue respaldada mediante la creación de una serie de instituciones financieras multilaterales que, como el Fondo Monetario Internacional, estaban regidas por los principios del libre mercado. Este nuevo sistema financiero internacional creado por los EE.UU. obligó a sus aliados a adoptar la misma política keynesiana de desarrollismo dirigido desde las instituciones estatales que Franklin Roosevelt había impuesto en Estados Unidos. Esta política se caracterizaba por la elevada oferta de empleo público y políticas inflacionarias, cuya finalidad última era generar el denominado “estado del bienestar”.

La cuestión es que tanto Europa como Japón representaban un enorme mercado para la exportación de los productos de la, por entonces, primera potencia industrial del mundo; especialmente Europa, con sus imperios coloniales, cuyo desmantelamiento, legitimado por la ONU, fue respaldado por los Estados Unidos. No obstante, en ciertas regiones, pese a que el gobierno estadounidense había apoyado el proceso descolonizador, bien por razones económicas (especialmente en el caso del Próximo y Medio Oriente), bien por razones geoestratégicas —como en el caso del Asia sudoriental, donde se trataba de contener el avance de la URSS y China—, se limitó a sustituir a los antiguos poderes coloniales europeos.

En definitiva, la apertura de esos grandes mercados que se integraron bajo la órbita del sistema financiero de Bretton Woods, permitieron a Estados Unidos mantener un ritmo de crecimiento económico constante durante la posguerra al impedir el estallido de crisis por sobreacumulación de mercancías. La hegemonía económica estadounidense, que combinaba el libre mercado en las relaciones comerciales interestatales con la promoción del keynesianismo en el interior de los Estados bajo su influencia, se mostró igualmente beneficiosa para estos y apuntaló todavía más su dominio (Harvey, 2004: 54-62).

Así, pues, la superioridad militar y económica de que disfrutaban tanto los EE.UU. como la Unión Soviética fue reforzada con una serie de alianzas y la creación de una serie de instituciones en ambos planos que, además de reforzar y legitimar su dominio en sus respectivas áreas de influencia dando lugar a los denominados “bloque occidental” o “capitalista” y “bloque oriental” o “comunista”, les permitió retener su soberanía dentro de

los parámetros tradicionales manipulando el funcionamiento y la autoridad de instituciones como la ONU en nombre de la razón de Estado<sup>285</sup>.

La Unión Soviética conseguiría finalmente fabricar la bomba atómica en 1951. Con ello, el riesgo de un enfrentamiento nuclear volvió a ser de nuevo elevado. No obstante, ya en 1945 el matemático estadounidense Bernard Brodie había demostrado con su “estrategia de la disuasión mínima” la imposibilidad de una guerra nuclear. Entre otras razones, Brodie aducía que la victoria en tal tipo de conflicto se tornaba imposible porque: 1) no existe defensa eficaz contra las armas nucleares; 2) la carrera armamentística con el objeto de producir más y mejores armas aseguraría la destrucción de cada bando; 3) no hay posibilidad por ello de ganar tal guerra; ambos bandos perderían. De ahí que, como apuntaba Brodie, la política estratégica más racional a seguir por los bandos implicados en un conflicto de tales características fuese la de mantener un equilibrio cuantitativo y cualitativo en cuanto al armamento (Dyer, 2007: 272-273).

No obstante, en la primera guerra en la que Estados Unidos y la URSS se vieron involucrados después de 1945, la guerra de Corea de 1950-1953, la posesión estadounidense de un arsenal nuclear mucho mayor que el soviético fue determinante a la hora de alcanzar la resolución del conflicto. El fracaso de la ofensiva del ejército de tierra estadounidense, contrarrestado por las tropas chinas enviadas en apoyo de Corea del Norte, que obligó además a un repliegue apresurado de las fuerzas lideradas por Douglas MacArthur, fue detenido en la mesa de negociaciones por el presidente estadounidense, Dwight Eisenhower, quien mostró una determinación inflexible a emplear las armas nucleares en caso de que las demandas de Corea del Sur, aliado estadounidense, no fuesen satisfechas.

El satisfactorio resultado que había tenido el empleo de la bomba como herramienta diplomática determinó la postura estratégica adoptada por el Secretario de Estado de Eisenhower, John Foster Dulles, desde 1954. Pese a que la Unión Soviética ya se había hecho con la bomba atómica, Estados Unidos seguiría incrementando su arsenal con la fabricación, además, de bombas de hidrógeno o termonucleares, un tipo de bomba alcanzada por un proceso de fusión nuclear que había sido probada por primera vez con éxito en 1952. En virtud de esa superioridad en el tamaño del arsenal nuclear, ante cualquier amenaza soviética, Estados Unidos respondería con una represalia masiva, esto es, el lanzamiento de sus bombas sobre los principales centros urbanos de toda la URSS (Freedman, 1986: 740-742). Pese a que por esas fechas ya se sabía que la Unión Soviética no tardaría en incrementar su arsenal nuclear hasta equiparlo prácticamente al estadounidense, las autoridades políticas del país norteamericano no detuvieron la carrera armamentística. Así, a la altura de la década de 1960 el equilibrio estratégico era ya un hecho. Los EE.UU. y la URSS poseían unos arsenales suficientes no solo como para aniquilarse completamente, sino borrar de la faz de la tierra a toda la humanidad: se había alcanzado la “destrucción mutua asegurada” (Dyer, 2007: 289).

El logro del empate técnico en los 60 no significó el fin del conflicto entre la URSS y los EE.UU. A este respecto, ambas superpotencias mantendrían una postura ambivalente. Así,

---

285 La alianza económica que la URSS forjó con los países del bloque oriental fue, como es sabido, el COMECON.

por un lado, continuarían impulsando una carrera armamentística que hacía aparecer la amenaza militar presentada por el enemigo como real y justificaba el dominio que, sobre sus respectivos aliados, ambos contendientes ejercían. No obstante, esa carrera armamentística se reveló como muy peligrosa ya que, en ciertas ocasiones, especialmente durante la denominada “crisis de los misiles” de Cuba de 1962, estuvo a punto de hacer real el estallido de la guerra nuclear. De ahí que, por otro lado, todas las administraciones soviéticas y estadounidenses terminasen adoptando como política oficial una doctrina tendente al equilibrio y la disuasión, así como que, desde finales de los 60, se reuniesen periódicamente para firmar acuerdos, los famosos SALT (*Strategic Arms Limitation Talk*), sobre la reducción del arsenal nuclear y la prohibición del uso de ciertas armas en conflicto (Dyer, 2007: 293-298).

Fundamental en la continuación de la carrera armamentística fue el papel desempeñado por la irrupción, desde mediados de los 50, de una serie de pensadores civiles procedentes del ámbito universitario, sobre todo de las ramas de las matemáticas y la economía, más conocidos por el nombre de “intelectuales civiles de Defensa”. O, como también los denominó James Carroll, en virtud del celo y hasta placer con que se dedicaron a la misión de hacer posible la guerra nuclear, los “jesuitas termonucleares” (Carroll, 2007: 318-325). Estos intelectuales civiles fueron fichados por las diferentes ramas del ejército estadounidense (tierra, mar y aire), con el fin de que desarrollasen teorías que hiciesen posible la victoria en una guerra nuclear. Esas teorías debían conceder una función clave en el desarrollo de las operaciones, según la rama a la que perteneciesen, bien a la flota, a la aviación o a la infantería: obviamente, con esas teorías los oficiales y generales de cada departamento buscaban justificar su permanencia dentro de la institución militar<sup>286</sup>.

Al mismo tiempo, el dinero que desembolsaba el gobierno estadounidense para que cada uno de los departamentos del ejército desarrollase los planes operacionales elaborados por sus expertos civiles iba destinado a financiar la compra del equipamiento militar necesario cuya fabricación era encargada a una serie de industrias con las que el ejército establecía relaciones contractuales. De esta manera, la carrera armamentística fundada sobre la amenaza de una guerra nuclear, además de justificar la permanencia del ejército en tiempos de paz, también alimentó el crecimiento de cierto sector científico e industrial. Así, desde 1945 se instauró de forma permanente en el seno de la sociedad estadounidense una conjunción entre el ejército y el desarrollo de la ciencia y la industria. O, como suelen decir ciertos autores, desde las famosas palabras pronunciadas por Eisenhower en su despedida de la presidencia acerca del aspecto negativo que para la gobernabilidad de la nación podría tener esa relación simbiótica debido al impulso que daba a la carrera armamentística y la importancia que otorgaba al ejército en el plano político, Estados Unidos se convirtió en un complejo militar-científico-industrial (Johnson, 2004: 67-70).

Por suerte, la historia de la guerra nuclear es, hasta el momento presente, la historia de algo que nunca sucedió<sup>287</sup>. Del mismo modo, puesto que sus efectos también podían ser catastróficos, tampoco llegó a tener nunca lugar una guerra convencional directa entre los

---

<sup>286</sup> A cambio de sus teorías estratégicas, los expertos civiles obtenían una remuneración económica, así como honores académicos y notoriedad pública. De ahí que el deseo de reconocimiento, poder y dinero por el que la mayor parte de estos expertos civiles eran movidos a colaborar determinase que omitiesen cualquier cuestión moral al respecto del uso que le estaban dando a sus conocimientos (Carroll, 2007: 321-322).

Estados Unidos y la URSS. Sin embargo, ambas superpotencias intervendrían en las guerras civiles que, en ciertos países, estallaron como consecuencia del fin de la dominación europea a partir de 1945. En ese contexto, una de las partes contendientes en la guerra civil siempre reclamaba el apoyo de una de las dos superpotencias que podría intervenir directamente sobre el terreno, o bien prestar apoyo logístico y en forma de pequeñas unidades militares auxiliares. Pero, en el contexto de competición por la hegemonía, esa intervención del enemigo, no podría ser pasado por alto por la otra superpotencia que, por consiguiente, prestaría su apoyo militar o logístico a la otra parte contendiente en la guerra civil. Por lo tanto, ese enfrentamiento en una guerra convencional que nunca llegaría a producirse de modo directo entre la URSS y los EE.UU, sí tendría lugar, en cambio, de modo indirecto.

Por otra parte, incluso en este tipo de “guerras asimétricas” (Heuser, 2011: 387-418), que enfrentaban a las grandes potencias hegemónicas contra ejércitos claramente inferiores en números, armamento y recursos, la guerra se mostraba igualmente como un instrumento poco o, mejor dicho, nada eficaz de la razón de Estado. Conscientes de su manifiesta inferioridad, los ejércitos que luchaban por la independencia adoptaban una estrategia de desgaste propia de la guerrilla. Apoyados, cuando no constituidos en su mayor parte por tropas irregulares, su objetivo era el desgaste progresivo del enemigo hasta conseguir anular su voluntad de seguir combatiendo. Así, adoptaban una postura totalmente defensiva, consistente en dispersar sus tropas rehuyendo por todos los medios la batalla, hostigando continuamente al enemigo mediante ataques sorpresa y emboscadas a pequeños grupos de soldados aislados. De este modo, sin la necesidad de grandes victorias al estilo clásico, impedían una ocupación efectiva del terreno por parte de un enemigo que veía cómo su superioridad numérica, logística y tecnológica no le servía para obtener un resultado decisivo, y prolongaban la guerra hasta conseguir anular totalmente su disciplina y voluntad de lucha.

Precisamente, la derrota de Estados Unidos en una de esas guerras provocadas por la descolonización y mediatizadas por el contexto de la Guerra Fría, la Guerra de Vietnam, donde el enemigo supo hacer uso de los principios de la guerrilla para volver inútiles las victorias tácticas del ejército estadounidense, marcaría un hito en la historia política y militar del país norteamericano. Ya desde 1968 la decisión del gobierno estadounidense de implicar abiertamente a su ejército en la lucha contra el Vietcong había suscitado fuertes críticas por parte de ciertos sectores de la población por considerarla una guerra imperialista<sup>287</sup>. La incapacidad de obtener un resultado decisivo y el elevado número de bajas entre las filas estadounidenses que la tenaz resistencia norvietnamita causaban incrementarían el clamor de las protestas en contra de la guerra. Esto provocaría que, en 1973, como una medida de

---

287 Pese a que Brodie ya había demostrado la irracionalidad absoluta de una guerra nuclear en términos estrictamente militares, una serie de estudios publicados en los años 80 demostró, además, que tal guerra, en caso de llegar a producirse, terminaría provocando un “invierno nuclear” que, a la larga, causaría la extinción de la especie humana debido a los efectos nocivos que la radiación tendría sobre la atmósfera y la naturaleza, haciendo de la Tierra un lugar inhabitable (Dyer, 2007: 292).

288 Como consecuencia de esas protestas se suscitó un debate moral dentro del bloque occidental acerca de los fines y medios con que debería ser llevada a la práctica la superioridad política, económica y militar estadounidense. Esto significó el regreso de la reflexión sobre la justicia de la guerra. Buena prueba de ello fue la enorme difusión internacional que alcanzaron publicaciones como *Guerras justas e injustas* del filósofo Michael Walzer, publicada por primera vez en 1977.



recuperar el apoyo de la opinión pública, el gobierno estadounidense presidido por Richard Nixon tomase la decisión de abolir el ejército de conscripción obligatoria por otro profesional<sup>289</sup>: la *All Volunteer Force* (Bacevich, 2005: 27).

No obstante, pese a esta medida y otras que aprobaban el bombardeo indiscriminado del territorio norvietnamita, el gobierno estadounidense, debido a la incapacidad de su ejército de alcanzar una victoria decisiva y la pérdida de apoyo de la opinión pública, se vería obligado a firmar una humillante paz en 1974 que consignaría la derrota en términos políticos. La Guerra de Vietnam supuso, por lo tanto, un paso atrás para los Estados Unidos en su competición con la URSS para hacerse con la hegemonía mundial absoluta, y un duro golpe para el orgullo de su ejército. De hecho, como consecuencia de esta guerra se reforzó la postura de quienes, desde 1945, creían que la guerra había dejado de ser un instrumento racional de la política.

Por otra parte, esta crisis político-militar coincidió con la pérdida del liderazgo mundial estadounidense en términos de producción industrial en detrimento de la República Federal Alemana y Japón. Ello provocaría, a finales de los años 60, una grave crisis de sobreacumulación en Estados Unidos, que las políticas de estímulo del empleo y del consumo mediante la construcción de infraestructuras públicas y la inyección de capital líquido por parte del Estado no logró solucionar. Así, a principios de los 70, el gobierno estadounidense decidió redefinir las bases que sostenían la hegemonía económica a nivel mundial que su país ejercía mediante la sustitución del keynesianismo por una nueva doctrina económica: el neoliberalismo (Harvey, 2004: 54-62).

En primer lugar, este neoliberalismo legitimó una nueva arquitectura financiera que sustituyó al antiguo sistema de Bretton-Woods: la nueva economía mundial giraría sobre la adopción del patrón dólar en sustitución del patrón oro, la libre circulación de los flujos de capital monetario para favorecer la especulación financiera y una política monetaria fuertemente restrictiva para frenar la inflación. En este nuevo sistema económico mundial, la importancia se desplazaba de la producción industrial a las finanzas, pues se trataba de asegurar que los capitales fluyeran hacia Estados Unidos con el fin de financiar el consumo de su población mediante la concesión indiscriminada de créditos. Por consiguiente, esos capitales funcionaban como una especie de tributo imperial. Por supuesto, ello estaba garantizado por el hecho de que Estados Unidos controlaba las instituciones internacionales que pusieron en marcha este nuevo tipo de “capitalismo financiero”, erigiéndose Nueva York en el centro de la nueva economía mundial (Harvey, 2004: 62-74).

Por otra parte, a nivel interno, el neoliberalismo supuso la adopción de una libertad fiscal que facilitó la movilidad geográfica de unas industrias que, en consecuencia, se desplazaban a aquellas zonas que les garantizaban mayores privilegios en materia de impuestos y en donde abundaba una mano de obra barata. Como resultado de estas políticas económicas que ofrecían una gran libertad a los empresarios, los salarios descendieron, las condiciones laborales empeoraron y los índices de desempleo aumentaron, al tiempo que la

---

289 Una de las críticas más frecuentes que acompañaban las protestas de la población estadounidense en contra de la Guerra de Vietnam era la injusticia en el sistema de reclutamiento, pues el peso del servicio militar obligatorio recaía habitualmente sobre las minorías y aquellos que no contaban con medios suficientes para evitarlo (Johnson, 2004: 72).

clase empresarial se beneficiaba y prosperaba. El desmantelamiento de los sindicatos fue el golpe de gracia para una clase obrera que se proletarizó quedando totalmente desprotegida.

El fin de la política económica keynesiana significó la orientación de la economía estadounidense hacia una economía de servicios que, de cara al exterior consumía las rentas producidas por el capital financiero. Esta economía de servicios y financiera alentó la revolución en las tecnologías de la información, pues la realización de operaciones financieras a escala global requería la existencia de unos medios y sistemas de comunicación que facilitasen un acceso rápido, preciso y exhaustivo a la información procedente de cualquier parte del mundo. En el nuevo mercado libre, el manejo de la información relativa a bienes y personas adquirió una importancia esencial (Harvey, 2007: 16-43).

Al mismo tiempo, el neoliberalismo acentuó la crisis del Estado-nación porque su axioma central implicaba que para que existiese un verdadero mercado libre era necesario reducir al mínimo la función del Estado (Harvey, 2007: 79-90). Ese era el sentido de prohibir a los Estados impulsar políticas de obras públicas, inducir procesos inflacionarios, y reducir al mínimo su función recaudatoria privilegiando políticas de libertad fiscal. El objetivo era garantizar la movilidad de bienes y personas/servicios, lo que las nuevas autopistas instantáneas creadas por la revolución en la tecnología de la información, —en particular, en el caso de la movilidad de bienes—, permitía, con el fin de des-nacionalizar la economía.

No obstante, frente a la pérdida de poder estatal que esta nueva arquitectura económica motivaba, se protegió Estados Unidos no solo por su papel esencial como regulador de los flujos financieros, sino también reinventando su función en lo que se refiere a la producción industrial. Así, aprovechando la crisis del petróleo de 1973, se hizo con el control sobre el acceso y distribución de las reservas petrolíferas de Oriente Medio. Aunque en la práctica hubiese perdido el liderazgo en términos de producción y exportación, al actuar como regulador de la distribución del combustible que alimentaba la industria, continuaba desempeñando una función esencial dentro de la producción industrial mundial (Harvey, 2007: 33-34). Al mismo tiempo, como consecuencia de esta nueva función, Oriente Medio sería, a partir de entonces, una región cada vez más vital para los intereses de los Estados Unidos, lo que quedaría convenientemente reflejado en la creciente atención que a esa región se le prestó en la política exterior estadounidense desde la presidencia de Jimmy Carter.

Regresando de nuevo al ámbito militar, con la presidencia de Reagan durante los años 80 los Estados Unidos volverían a asumir una postura más agresiva frente a la URSS. Además de la reanudación de la carrera armamentística nuclear, la adopción de esta política más beligerante también implicaría la reforma del ejército convencional con el fin de adaptarlo a las nuevas condiciones que regían en el campo de batalla. Sobre todo, con esta reforma se trataba de demostrar que la guerra podía seguir siendo un instrumento racional de la política y, por ende, recuperar la confianza de la opinión pública estadounidense en su ejército.

A la hora de llevar a cabo esta reforma, las élites político-militares estadounidenses adoptaron un punto de vista utilitario. Para que el nuevo ejército fuese un auténtico defensor de los valores democráticos y capitalistas en el mundo debía llevar a cabo un tipo de guerra que posibilitase una resolución efectiva de los conflictos internacionales sin un excesivo

derramamiento de sangre ni derroche de recursos. A este respecto, el énfasis de la reforma se puso en el factor tecnológico. Se consideraba que el desarrollo y fabricación de mejores armas posibilitaría una mejor implementación de los planes estratégicos, proporcionando un desenlace rápido y definitivo a las guerras. Así, la denominada *Revolution in Military Affairs* (RMA) consistiría en la aplicación de las nuevas tecnologías de la información, que también se estaban experimentando en el ámbito económico, a la dirección de las operaciones militares (Bacevich, 2005: 21).

Los nuevos sistemas de detección, espionaje y comunicación contruidos a partir de las nuevas tecnologías electrónicas y digitales permitían ejercer un control casi absoluto sobre el teatro de operaciones, evitando el azar y la sorpresa mediante un constante conocimiento de la posición de las fuerzas armadas del enemigo. Por su parte, las nuevas armas “inteligentes” estaban dotadas de tal poder de alcance y precisión que dirigirían su munición única y exclusivamente contra los objetivos militares, evitando el sufrimiento innecesario de la población civil (Bacevich, 2005: 21-22). En ese sentido, los denominados bombardeos aéreos de precisión o *decapitation strikes* (Heuser, 2011: 342-345), que tenían por objetivo los activos militares del enemigo, se convirtieron en la táctica estrella de este nuevo tipo de guerra; una táctica que, además, facilitaba el trabajo de la infantería como fuerza de ocupación del terreno, puesto que ya no tendría casi que implicarse en combates cuerpo a cuerpo.

En virtud de la distinción entre combatientes y civiles que posibilitaban las nuevas armas, así como la mejor protección que ofrecían a los propios soldados, la guerra empezó a ser representada como una especie de instrumento quirúrgico: el campo de batalla había dejado de ser un matadero para ser concebido como una mesa de operaciones en la que las “intervenciones” realizadas por el nuevo instrumental, cuyo objetivo era extirpar el mal que se había incrustado en el cuerpo social, se distinguían por su limpieza y rápida cicatrización (Bacevich, 2005: 20).

En 1989, tras la caída del muro de Berlín que motivó el derrumbe del Imperio Soviético y la desaparición de la amenaza inminente de una guerra nuclear, el ejército estadounidense había completado su reforma y estaba listo para ser empleado. En un discurso pronunciado el 11 de septiembre de 1990, y elocuentemente titulado “Toward a New World Order”<sup>290</sup>, el propio presidente estadounidense, que por aquel entonces era George Herbert Bush, estableció que la función de las fuerzas armadas estadounidenses sería la de actuar como fuerzas de policía y vigilancia del nuevo orden mundial frente a sus posibles enemigos.

Esta declaración implicaba la afirmación de Estados Unidos como única superpotencia y garante del nuevo orden mundial, pero, sobre todo, justificaba el empleo del ejército estadounidense en los diferentes conflictos internacionales que pusiesen en peligro la estabilidad del nuevo orden internacional. Por supuesto, en estos conflictos, el uso del ejército estadounidense era convenientemente legitimado por la ONU, y en ellos Estados Unidos aparecía siempre liderando una coalición internacional que se limitaba, en esencia, a financiar el esfuerzo militar estadounidense. Las rápidas y fáciles victorias obtenidas, así

---

290 Consultado en <http://www.sweetliberty.org/issues/war/bushsr.htm>.

como el escaso número de bajas sufrido en estos conflictos contra enemigos muy inferiores en cuanto a capacidad militar, determinó que se comenzase a concebir al ejército estadounidense como una fuerza de paz indispensable que realizaba “intervenciones humanitarias” en defensa de la democracia, el libre mercado y los derechos humanos, considerados como los pilares fundamentales del nuevo orden mundial centrado en torno a la ONU (Ignatieff, 2003).

Pero, sobre todo, estas victorias devolverían la confianza de la opinión pública del país en el ejército estadounidense. De este modo, los soldados volvieron a ser presentados como héroes y auténticos depositarios de los valores democráticos y liberales que constituían la esencia de la nación estadounidense<sup>291</sup>. De igual modo, las fáciles victorias cosechadas en el campo de batalla demostraron que la guerra era un instrumento eficaz contra los enemigos del nuevo orden mundial, disuadiendo a los potenciales rivales estadounidenses por desbancarlo de su recién adquirida hegemonía global.

No obstante, el triunfalismo generado por la sucesión de victorias militares terminaría provocando que, desde el fin de la Guerra Fría, el gobierno estadounidense mostrase una tendencia cada vez más acusada a solucionar cualquier conflicto internacional por la vía militar. Esta marginación de los medios diplomáticos provocaría que el Pentágono acaparase crecientemente la función de elaborar y dirigir la política exterior de la nación, tarea competencia del Departamento de Estado (Bacevich, 2005: 24-26; 30-31). De esta forma, la reforma del ejército impulsó notablemente una militarización de los EE.UU. que, iniciada tras la II Guerra Mundial, terminaría transformando a este país, según la certera expresión empleada por James Carroll (2007), en un “Estado acuartelado”. Un Estado-nación en el que, al igual que sucedía en los Estados nacionales europeos de fines del s. XIX y principios del s. XX, política, economía y guerra se hallan estrechamente entrelazadas en un frágil equilibrio.

---

291 No obstante, hay que recordar que se trataba de soldados profesionales y no de soldados-ciudadanos como había sucedido hasta 1973. En ese sentido, también cabe destacar que, desde su profesionalización, las fuerzas armadas estadounidenses experimentaron un proceso de proletarianización. Esta proletarianización fue consecuencia de la crisis económica de finales de los 60 y de las medidas neoliberales adoptadas para combatirla. En ese contexto, la profesionalización del ejército hizo que muchos jóvenes procedentes de las clases más empobrecidas se decidiesen a entrar en las fuerzas armadas ante la perspectiva de los buenos sueldos y otro tipo de privilegios económicos y sociales asociados a la profesión militar, entre los que no era el menor el deseo de reconocimiento social (Bacevich, 2005: 26-28).

*Los ideólogos que pretenden poseer la clave de la realidad se ven obligados a cambiar y retorcer sus opiniones sobre cuestiones específicas conforme a los últimos acontecimientos, y no pueden permitirse jamás hallarse en conflicto con su siempre cambiante deidad, la realidad. Sería absurdo pedir que se mostraran firmes quienes han de justificar cualquier situación determinada con sus propias convicciones.*

HANNAH ARENDT, *Los orígenes del totalitarismo*

*Comprometiéndose en la lucha política e ideológica, la cultura clásica demostró el haber sentido con fuerza la necesidad de expresarse también fuera de su propio campo. Y ello fue así, por una exigencia de autojustificación, para reafirmar la actualidad de determinados valores (notoriamente asediados por el mundo y la cultura modernos) mediante un compromiso militante que confirmase a los profanos y a los adeptos a sus trabajos la utilidad para el mundo real de esa cultura.*

LUCIANO CANFORA, *Ideologías de los estudios clásicos*

### **3. THE WESTERN WAY OF WAR**

#### **3.1. El pensamiento estratégico estadounidense durante la Guerra Fría**

En 1945, la invención de las armas nucleares llevó a buena parte de los pensadores militares, junto con los políticos y la mayoría de la población civil a creer que la guerra había dejado de ser un instrumento racional de la política para convertirse en un serio problema. De hecho, como ya comenté en el anterior capítulo, en ese mismo año, Bernard Brodie establecía, con su estrategia de la disuasión mínima, la imposibilidad de la victoria en una guerra nuclear. Asimismo, el enorme desgaste que habían supuesto las dos guerras mundiales provocó que los pensadores militares dejaran de considerar la estrategia de aniquilación como una vía racional para una guerra convencional (Gat, 2001: 806-809).

Estas opiniones acerca de la guerra nuclear y convencional fueron precisamente los pilares a partir de los que se elaboró la estrategia oficial que, en su enfrentamiento con la Unión Soviética por la hegemonía mundial, sería acuñada por los EE.UU. Me refiero, claro está, a la famosa “estrategia de contención” ideada por el embajador en Moscú, George F. Kennan. Así, además de descartar por completo el uso de la bomba atómica como herramienta militar e incluso diplomática (Gat, 2001: 809), este diplomático creía que los Estados Unidos tampoco podrían obtener una victoria total y decisiva frente a la Unión Soviética en un enfrentamiento convencional. La URSS era simplemente demasiado grande, lo que, en términos militares, se traducía en la posesión de una gran profundidad estratégica: cualquier tipo de ofensiva del ejército estadounidense podría ser fácilmente contrarrestada mediante una estrategia defensiva de repliegue por parte del ejército soviético que hiciese que el tiempo terminase jugando a favor de la resistencia soviética. Además, tal guerra sería tan agotadora para ambos contendientes que comprometería la subsiguiente paz (Gat, 2001: 814).



Partiendo, pues, de esa base, Kennan llegaba a la conclusión de que en su enfrentamiento con la Unión Soviética, los Estados Unidos debían abandonar su tradicional estrategia dirigida a la aniquilación del ejército enemigo y la ocupación de su territorio (Gat, 2001: 810). Por el contrario, los Estados Unidos debían evitar el enfrentamiento directo con la URSS y centrarse, en cambio, en explotar sus debilidades, que eran graves.

Aparte de una población exhausta por la guerra, la Unión Soviética adolecía de una grave inestabilidad interna provocada por el malestar de las diversas nacionalidades que, en su expansión, el Imperio Soviético había logrado dominar a través de una feroz represión. Ante ese escenario, los Estados Unidos debían fomentar la estabilidad y prosperidad de su propia nación así como la de sus aliados, con el fin de transmitir una imagen atractiva para los ciudadanos soviéticos que les hiciese conscientes de los defectos de su sistema, incitándoles a rebelarse contra su propio gobierno. Por lo tanto, el embajador estadounidense en Moscú creía que, más que en el plano militar, los EE.UU. debían buscar el enfrentamiento con la Unión Soviética en los ámbitos económico, cultural, etc. (Gat, 2001: 812).

Desde ese punto de vista, Kennan incluso desanimaba que Estados Unidos estimulase, y mucho menos apoyase militarmente, insurrecciones populares dentro del Imperio Soviético por miedo a que ello condujese a una guerra directa y abierta entre los EE.UU. y la URSS (Gat, 2001: 815). Con todo, en caso de que esta fuese inevitable, el embajador estadounidense en Moscú creía que debía ser una guerra limitada como aquellas del s. XVIII<sup>292</sup>. Y para ese tipo de contiendas, mucho mejor que los enormes ejércitos de conscripción de masas eran los pequeños ejércitos profesionales<sup>293</sup> (Gat, 2001: 810). Por lo tanto, pese a que debía evitar el estallido de guerras en la medida de lo posible, Kennan opinaba que el gobierno estadounidense tampoco debía descuidar la formulación de planes operacionales de contingencia, así como la puesta a punto de su ejército.

Aunque las estrategias de la contención y la disuasión fueron firmemente abrazadas por todas las administraciones estadounidenses desde la de Harry Truman hasta la de George Herbert Bush, no es menos cierto que ninguna de ellas, como ya expliqué, renunció a eliminar las armas atómicas de su arsenal militar fomentando la carrera armamentística con la URSS. Así, desde la estrategia de represalias masivas definida en 1954 por el Secretario de Estado de Eisenhower, John F. Dulles, los sucesivos gobiernos estadounidenses alentarían la

---

292 Paradójicamente, en el ámbito anglosajón, el rechazo de la estrategia de aniquilación, que en el período de entreguerras había dado lugar a la defenestración de Clausewitz y la formulación de propuestas estratégicas como la de Liddell Hart, supuso la aparición de una serie de estrategias que, como Thomas Schelling, rehabilitaron el pensamiento clausewitziano inspirándose en su concepto de “guerra limitada” (Heuser, 2011: 463-466).

293 La estrategia de contención elaborada por Kennan es esencialmente idéntica a la estrategia que, en virtud de la aparición de las armas nucleares, Liddell Hart comenzó a diseñar desde el final de la II Guerra Mundial y sintetizó en su *The Revolution in Warfare* de 1946. Pese a que tras 1945 la influencia del pensador militar británico decayó, Azar Gat conjetura que esa obra, publicada en 1947 por una prestigiosa editorial estadounidense, debió ser conocida y estudiada por los miembros del nuevo *War College* que, como Kennan, justo en esos momentos se hallaban intentando definir una nueva estrategia de defensa para el enfrentamiento que se avecinaba con la Unión Soviética. Con todo, Gat sostiene que esa influencia, pese a la similitud de las doctrinas estratégicas de Liddell Hart y Kennan, nunca se podrá probar (Gat, 2001: 811).

elaboración de estrategias orientadas a conseguir la victoria en una eventual guerra nuclear.

Para los denominados jesuitas termonucleares que desarrollaban esas estrategias hacer pensable la guerra nuclear pasaba por minar el fundamento racional sobre el que se asentaba la estrategia de la disuasión. Ello significaba, en primer lugar, presentar a la Unión Soviética como un enemigo amoral e intelectualmente irracional. Los líderes comunistas no se detendrían ante la perspectiva de que, tras una guerra nuclear, su nación pudiese quedar completamente arrasada. Aunque al término de tal guerra fuesen los únicos comunistas vivos, para ellos la victoria militar justificaría la destrucción total de su país.

En segundo lugar, la racionalización de la guerra nuclear implicaba la definición de una estrategia que contuviese los efectos de un intercambio nuclear dentro de unos límites humanos y materiales asimilables haciendo que la victoria en tal conflicto fuese posible. Todas las estrategias elaboradas se apoyaban sobre dos puntos. Por un lado, la convencionalización de las armas nucleares<sup>294</sup>. Ello pasaba por la fabricación de armas más ligeras y, por ende, más transportables. Además, estas “armas tácticas nucleares” como se dieron en llamar, tendrían unos efectos menos devastadores sobre la población civil y la naturaleza. Por otro lado, el segundo punto consistía en la imposición de una serie de reglas al combate que implicase un uso gradual de las armas nucleares combinándolas con el despliegue de armas y fuerzas convencionales. De ese modo, se podrían reducir los efectos catastróficos de una guerra nuclear *tout court* (Dyer, 2007: 278-279).

Un buen ejemplo de este tipo de estrategias que hacían posible la guerra nuclear fue la elaborada por Albert Wohlstetter, analista civil de la *RAND corporation* asociada al Comando Aéreo Estratégico estadounidense. Así, en su famoso artículo de 1959, “The delicate balance of terror”, en el que sistematiza los principios de su concepción estratégica, Wohlstetter determinaba que el equilibrio en el que se basaban las estrategias de la disuasión era más bien precario porque existían factores que amenazaban seriamente con romperlo. El analista de la *RAND* había cobrado conciencia de este “delicado equilibrio del terror” cuando en 1951 se hallaba realizando un estudio cuyo propósito era seleccionar los lugares del continente europeo que, desde un punto de vista estratégico, fueran más útiles para emplazar las bases aéreas estadounidenses<sup>295</sup> (Frachon y Vernet, 2006: 86).

La cuestión era que, debido a su mayor cercanía geográfica, Wohlstetter creía que estas bases dotadas de arsenal nuclear eran vulnerables a un ataque sorpresa de la Unión Soviética<sup>296</sup>. En ese sentido, si ese ataque sorpresa soviético llegaba a producirse, para que la

---

294 Por convencionalizar se entendía el reducir el tamaño y alcance de las armas nucleares hasta equipararlas a las bombas y misiles tradicionales. El objetivo era hacerlas más manejables, porque se pensaba que de ese modo sus consecuencias no sería tan devastadoras y, entonces, una guerra con armas nucleares sería posible. No obstante, las armas nucleares no se pueden convencionalizar. Como demostraron las bombas de Hiroshima y Nagasaki, los efectos de la radiación no solo son instantáneos sino que perduran en el tiempo y, además, destruyen cualquier ecosistema haciendo muy difícil la vida humana.

295 El artículo se titulaba “Selection and Use of Strategic Air Bases”, y sería publicado por la *RAND* en 1954. Wohlstetter retomaría y ampliaría su contenido para el famoso artículo de 1959 (Freedman, 1986: 751).

296 En esta idea desarrollada por Wohlstetter sobre la vulnerabilidad de los activos militares estadounidenses a un ataque sorpresa pesó enormemente el recuerdo y la experiencia de Pearl Harbor. De hecho, su propia

disuasión fuese operativa, el analista de la *RAND* concluía que las fuerzas armadas estadounidenses precisaban desarrollar la “capacidad de un segundo ataque” con fuerzas nucleares de largo alcance que, bien apostadas en submarinos o en el propio territorio estadounidense, otorgasen la posibilidad de, tras ese primer ataque soviético, infligirle un daño intolerable. En otras palabras, esa capacidad de segundo ataque haría funcional la disuasión porque otorgaba la posibilidad de victoria a los Estados Unidos en un eventual intercambio nuclear (Freedman, 1986: 753).

La conclusión evidente era que, con el fin de materializar esa capacidad de segundo ataque, el gobierno estadounidense debía estimular la fabricación de un vasto arsenal nuclear tanto con armas tácticas de medio y largo alcance, como armas estratégicas. Pero ese arsenal nuclear no debía reducirse simplemente a armas de carácter ofensivo. Habría que trabajar en el perfeccionamiento de las defensas antinucleares, pues el desarrollo de unas defensas impenetrables sería decisivo al dejar obsoleto a todo el arsenal del enemigo (Frachon y Vernet, 2006: 87-88).

La necesidad de dotarse de un escudo antimisiles, sobre todo desde que Krushev decidió dotar a la URSS de los misiles balísticos intercontinentales continuando la carrera armamentística con los EE.UU., fue también una reivindicación constante de Wohlstetter en sus artículos. Así, tanto este analista estratégico de la *RAND* como aquellos expertos civiles que creían que la teoría de la destrucción mutua asegurada no impediría el desencadenamiento de una guerra nuclear, y que tan solo la firme garantía de una victoria estadounidense en caso de que tal guerra se produjese impediría que llegase a estallar de verdad, se oponían a los tratados que buscaban detener la carrera armamentística (Frachon y Vernet, 2006: 88-89).

Otra cuestión muy debatida por los intelectuales civiles de la Defensa que fomentaban la proliferación nuclear era qué significaría “daño intolerable” para los líderes soviéticos: ¿el ataque a su población civil o a sus activos militares mediante los cuales mantenía su poder y control sobre esa población civil? En opinión de Wohlstetter, la pregunta no ofrecía ninguna duda: una capacidad de segundo ataque dirigida contra objetivos militares era consonante tanto con la moralidad y expectativas de la población y dirigentes estadounidenses, como con lo que los soviéticos entenderían por daño intolerable. Por consiguiente, al igual que el resto de expertos civiles procedentes de las matemáticas y la economía trabajando para el Pentágono, Wohlstetter fundaba su concepción estratégica sobre el reconocimiento de la existencia de una asimetría moral entre la URSS y los EE.UU (Frachon y Vernet, 2006: 87).

Es más, partir de la constatación de este hecho era la única manera en que, en opinión de Wohlstetter, se podría diseñar una estrategia que permitiese vencer a los EE.UU. en un eventual conflicto nuclear y garantizar al mismo tiempo la supervivencia de la población civil soviética y estadounidense. Como Hitler, a los líderes soviéticos les importaba bien poco sacrificar a su población civil y la del enemigo siempre que al término de la

---

mujer, Roberta Wohlstetter, había realizado un estudio sobre la sorpresa estratégica centrándose en el ejemplo de Pearl Harbor. Desde entonces, este caso pasaría a formar parte del repertorio de argumentos empleado por el sector más militarista de la clase político-militar estadounidense para justificar, grave amenaza mediante, incrementos significativos en los presupuestos destinados al ejército.

confrontación nuclear quedasen más líderes soviéticos que estadounidenses, lo que al mismo tiempo les hacía más propensos al uso, incluso preventivo, de las armas nucleares. La Unión Soviética, como la anterior Alemania nazi, y tal y como lo habían venido fundamentando numerosos filósofos, sociólogos, politólogos, historiadores, etc., desde el final de la Segunda Guerra Mundial, era un Estado totalitario cuya clase dirigente únicamente tenía por objetivo incrementar el poder del Estado, para lo cual recurrían incluso a hacer la guerra contra su propia población manteniéndola totalmente oprimida, pues el individuo debía supeditar su vida a las necesidades del Estado (Carroll, 2007: 204-206).

En consonancia con esta interpretación, otros expertos civiles, como Jack Snyder o Colin Gray, que también trabajaban para la *RAND*, desarrollaron conceptos como el de cultura estratégica, con el fin de iluminar precisamente ese aspecto irracional de su conducta orientada a la búsqueda ilimitada de poder en el ámbito de las relaciones con otros Estados y de la cual estaría ausente, por lo tanto, todo cálculo racional-utilitario de costes y beneficios (Sondhaus, 2006: 3-6).

Por su parte, los estudios sobre la cultura estratégica de los Estados Unidos servían a esos expertos civiles para justificar la concepción de su país como una nación democrática que siempre empleaba su poder con fines morales. Esta creencia en la superioridad moral estadounidense se fundamentaba a su vez en el denominado mito del “excepcionalismo americano”, según el cual el nacionalismo estadounidense no estaría basado sobre el territorio y la sangre como el europeo, sino, antes bien, en valores e ideas universales a las que todo hombre y pueblo aspiran, como democracia, igualdad y libertad<sup>297</sup>. La cuestión es que esta concepción maniquea desde el punto de vista moral de ambos combatientes en la que esos expertos civiles estadounidenses basaban sus teorías estratégicas, y que muchas veces hacían explícitas, legitimaban un estado de amenaza perpetua por parte de la Unión Soviética y, con ello, el rearme de su país.

No obstante, como ya se ha comentado, en las ocasiones en que la Guerra Fría se tornó caliente, se trataba de conflictos habitualmente causados por el desmantelamiento de los grandes imperios coloniales que surgían en la periferia de los dominios de los EE.UU. y de la Unión Soviética. En ellos, ambas superpotencias se veían obligados a enfrentarse, empleando únicamente sus fuerzas convencionales, a rivales de mucha menor entidad militar.

Asimismo, como también se explicó, sería en uno de esas guerras asimétricas, la Guerra de Vietnam, en la que el ejército estadounidense sufriría la primera derrota de su historia, provocando una grave crisis político-militar. El desastre de esta guerra no reforzó la postura de aquel sector de la población y la intelectualidad occidental que, desde una postura antimilitarista y pacifista, denunciaban el imperialismo estadounidense y cuestionaban la validez de la guerra en general como instrumento político.

En el extremo opuesto de estos pacifistas se hallaban quienes, desde posiciones decididamente militaristas, sacaban una conclusión totalmente opuesta de la derrota de Vietnam. En opinión de estos intelectuales, firmemente creyentes en la superioridad moral y

---

<sup>297</sup>Para un análisis del mito del “excepcionalismo” estadounidense, véase (Lipset, 2000).

militar de los EE.UU. y partidarios de una política antisoviética beligerante, el fiasco vietnamita se había debido a una mala planificación y dirección de la guerra por parte del gobierno. Durante el conflicto, este había estado más preocupado por impedir una posible intromisión soviética o china que por enfrentarse al auténtico enemigo. Ello habría provocado el escaso apoyo de la población civil a la guerra que se tornó en abierta oposición debido a la ideologizada cobertura del conflicto ofrecida por los medios de comunicación estadounidenses, más atentos a mostrar los errores y atrocidades perpetradas por sus compatriotas en territorio vietnamita que por informar de sus avances y aciertos, así como de la crueldad del enemigo.

A su vez, ese mal diseño y gestión de la guerra por parte de las élites políticas habría sido la causa de la incompetencia y errores de un alto mando militar atribulado ante las desacostumbradas exigencias de sus superiores civiles y las críticas procedentes de sus propios conciudadanos. Aun así, pese a todos esos errores, la excelente actuación de las tropas estadounidenses sobre el terreno, que arrasaron al ejército norvietnamita en todas las ocasiones en que pudieron entablar enfrentamientos cuerpo a cuerpo, demostró que la guerra podría haberse ganado. Pero para eso habría hecho falta un liderazgo político más enérgico que buscara una victoria militar total sobre el ejército de Vietnam del Norte, poniendo en juego sin ningún tipo de miramientos el abrumador poderío militar estadounidense. Si eso hubiese sucedido, aunque en un principio la población civil no hubiese apoyado el esfuerzo militar, finalmente la victoria terminaría otorgando el respaldo de esta a la guerra y sus instituciones político-militares.

En resumidas cuentas, para este sector, la guerra de Vietnam se habría perdido, no porque la guerra hubiese dejado de ser un instrumento racional de la política, sino porque la política habría hecho un uso inadecuado de un poder militar que poseía una lógica propia perfectamente racional e inapelable<sup>298</sup>.

Esa fue precisamente la lectura del fracaso estadounidense en Vietnam que, desde el ámbito de la historia, realizó Russell F. Weigley en su *The American Way of War*<sup>299</sup> (1973 [1977]). Valiéndose del concepto de *way of war* o estilo de combate, inventado por Liddell Hart, Weigley hacía un repaso de la estrategia militar seguida por los ejércitos estadounidenses desde la fundación de la nación norteamericana como resultado de la guerra de independencia hasta la Guerra de Vietnam.

En ese repaso a la historia militar de su nación, Weigley concluía que existían dos períodos diferenciados por la práctica de estilos de combate opuestos. Esos estilos de combate se corresponderían exactamente con los dos tipos de estrategia que habían sido definidos por Hans Delbrück en su monumental historia de la guerra. Durante la guerra de independencia, puesto que los EE.UU. todavía era un país naciente con escasos recursos materiales y población, habría practicado un tipo de estrategia de desgaste bien ejemplificada por el liderazgo de George Washington. A partir de la guerra de independencia

---

298 A la hora de exponer los argumentos esgrimidos por los defensores de esta postura me he basado en el resumen ofrecido por (Hanson, 2004: 443-467).

299 Publicado por primera vez en el mismo año en que el gobierno de Richard Nixon creaba la *All Volunteer Force* y firmaba el Tratado de Paz de París que ponía fin a la Guerra de Vietnam.



y, sobre todo, de la guerra civil de mediados del s. XIX, con la conquista del oeste casi terminada y la industrialización del país puesta en marcha, los ejércitos estadounidenses comenzarían a confiar en una estrategia de aniquilación, amparados en su superioridad numérica y abrumadora potencia de fuego que favorecerían el asalto frontal en masa a las posiciones enemigas.

Así, pues, la lucha de batallas decisivas con el objetivo de aplastar totalmente al ejército rival había constituido el *American Way of War* hasta la Segunda Guerra Mundial. Así lo demuestra no solo la influencia del pensamiento de Clausewitz y Jomini en las academias militares estadounidenses, o por ejemplo en los generales que lucharon durante la guerra civil de mediados del s. XIX, sino el hecho de que el principal pensador estadounidense en el ámbito militar, o al menos el más influyente a nivel mundial, Alfred Thayer Mahan, no habría hecho más que traducir los principios de la estrategia racionalizados por Jomini a la guerra en el mar. Por otra parte, el propio manual de las fuerzas armadas estadounidenses, el FM 100-5 en su edición de 1939, afirmaba: *the ultimate objective of all military operations is the destruction of the enemy's armed forces in battle. Decisive defeat breaks the enemy's will to war and forces him to sue for peace which is the national aim* (Evans, 2004: 55).

Ahora bien, opinaba Weigley que tras la Segunda Guerra Mundial el *American Way of War* podría ser contraproducente tanto en un enfrentamiento convencional ante potencias industriales como, sobre todo, en un enfrentamiento nuclear. Sin embargo, el conflicto en Vietnam al que dedicaba el último capítulo de su obra, constituía una guerra convencional contra un enemigo que ni siquiera era una potencia industrial. Desde este punto de vista, la propia historia militar dictaba que, en esta clase de guerras asimétricas, el contendiente más fuerte (los Estados Unidos) debía emplear su abismal superioridad militar para aplastar al rival de menor entidad (el Vietcong) y así obtener un resultado satisfactorio y concluyente. De hecho, los propios generales estadounidenses, comenzando por el responsable de las operaciones en Vietnam, William Westmoreland, se pronunciaban en ese sentido.

Para Weigley estaba claro que las estrategias de guerra limitada podrían funcionar para Estados con escaso poder y recursos, pero para potencias de primer orden como los Estados Unidos la adopción de esa estrategia era un contrasentido, puesto que no producía un resultado decisivo si no era a un elevado coste que despojaba a la guerra de su carácter racional. Ni siquiera una estrategia basada en los bombardeos aéreos era suficiente, puesto que la guerra debía concluir con la conquista del terreno por parte de las tropas de infantería. Así, pues, el desconocimiento por parte de las élites políticas estadounidenses de las adecuadas lecciones que la propia historia militar de su país ofrecía podría considerarse como una de las causas de la derrota de su ejército en Vietnam.

Por otra parte, dentro de este sector militarista de la clase político-militar estadounidense también se intentó refutar la acusación de que Estados Unidos se había convertido en un país imperialista. Esta crítica hacia la política exterior estadounidense era especialmente hiriente puesto que uno de los mitos fundacionales de esta nación insistía en el hecho de que se trataba de una República que, habiendo nacido como resultado de una lucha contra un imperio, se mantendría siempre como faro de la libertad en el mundo y enemiga, por lo tanto, de toda forma de dominación (Ferguson, 2005: 118-169).

Así, desde el final de la Segunda Guerra Mundial, serían los propios Estados Unidos los que impulsarían la descolonización de los principales imperios europeos, es decir, Francia y Gran Bretaña. Es más, uno de los motivos recurrentes de su propaganda durante la Guerra Fría había sido la de que el Bloque Oriental era la expresión más clara del imperialismo soviético y que, por tanto, los Estados Unidos como república opuesta a los imperios debería combatir. De este modo, no solo calificaron estas acusaciones que tachaban la política exterior estadounidense de imperialista como pro-soviéticas, sino que defendieron la intervención activa de su país en otros Estados, incluso mediante el empleo ocasional del instrumento militar, recurriendo a la analogía con la República romana y la denominada tesis del “imperialismo defensivo” (Conde, 2008: 22-23).

Esta tesis habría sido ya forjada en sus líneas principales durante la propia Antigüedad por Cicerón, pero no sería sistematizada hasta el s. XIX en la obra del historiador prusiano Theodor Mommsen. Finalmente, Tenney Frank fue el primero en exponerla en el ámbito historiográfico estadounidense ya en el s. XX. De ella interesaba, sobre todo, el hecho de que permitía justificar una política exterior en que el ejército fuese un instrumento fundamental sin tener que calificar esa política exterior de imperialista. En primer lugar, porque la República romana acudía a la guerra no por un afán conquistador, sino en defensa precisamente de sus aliados: el poderío militar romano era vital para preservar la seguridad y la libertad de estos. Y, en segundo lugar, porque, según el criterio establecido por la República romana, los Estados que quedaban situados bajo la égida política de Roma no eran explotados, sino que extraían numerosos beneficios de su dominación. Por consiguiente, el calificativo que mejor se adecuaba al tipo de liderazgo que ejercía la República romana sobre sus aliados era el de “hegemonía”, —o como los propios romanos decían *patrocinium orbis terrae*—, y no el de “imperio” (Conde, 2008: 21-22).

Esta analogía con Roma no se redujo al ámbito de la ideología política, sino que también se llevó al terreno de la estrategia militar. Esta tarea correspondió a Edward Luttwak, uno de los intelectuales civiles que colaboraban con el Pentágono, en su ya famosa obra *The Grand Strategy of the Roman Empire* (1976 [1981]). En este trabajo, el objetivo era analizar cuál había sido la gran estrategia que había permitido a los antiguos romanos preservar un imperio tan extenso durante tantos siglos.

Iniciaba su análisis Luttwak en la época de Augusto, cuando se constituye el Imperio, y en la que, tradicionalmente, la historiografía suele situar el fin del expansionismo romano y la fijación de las fronteras definitivas. A partir de Augusto, pues, Roma dejaría de luchar guerras de conquista y pasaría a adoptar una postura defensiva orientada a la conservación de la integridad territorial del Imperio. Según Luttwak el análisis de cómo los romanos defendieron su Imperio frente a la diversidad de amenazas que se cernían sobre sus fronteras hasta finales del s. III, inicios del s. IV d. C., revela la existencia de tres sistemas defensivos sucesivos y de una serie de principios o condicionantes comunes a cada uno de esos sistemas defensivos que nos permitirían reconocer que las élites políticas romanas seguían conscientemente los principios de una gran estrategia para defender su Imperio.

Al vivir en un estado de guerra permanente con las diferentes amenazas instaladas en las fronteras de su Imperio, el fundamento racional de las estrategias defensivas desarrolladas por las élites romanas era la “economía de fuerzas”. Conscientes de que la

fuerza militar era un recurso frágil y limitado que podría llegar a agotarse si se empleaba de manera inadecuada, los romanos tendían a combinar el uso de medios militares con medios económicos y diplomáticos para derrotar y mantener a raya a aquellos enemigos que pretendían amenazar la seguridad material y estabilidad del Imperio. Incluso cuando debían echar mano de la fuerza militar lo hacían de una manera que, aunque despiadada e implacable cuando debía serlo, no implicase un derroche excesivo de sus recursos militares. Estos recursos, además, no se caracterizaban por una intrínseca superioridad: los soldados romanos eran profesionales más atentos a conseguir la promoción soñada en la jerarquía militar por veteranía que les permitiese obtener un retiro decente y próspero, que a desplegar su audacia y valentía en el campo de batalla sufriendo una muerte heroica. Asimismo, esos soldados no eran normalmente liderados por generales de especial talento, sino más bien por mediocres “funcionarios” más atentos a su carrera política. Por último, las armas romanas a menudo eran inferiores a las de sus enemigos.

Por lo tanto, la superioridad militar romana se derivaba del conjunto de ideas y tradiciones que conformaban la organización del poder militar romano. Este poder era explotado por sus élites no con fines puramente militares como durante las primeras fases de la República, sino políticos. De ahí la tendencia del ejército imperial romano a librar guerras limitadas, en las que más que buscar batallas que permitiesen destruir por completo al ejército rival, se trataba de asestar golpes simbólicos, como el asedio de Masada del 70-73 d. C., que disuadiera al enemigo de proseguir la lucha.

Como se puede fácilmente observar, los ecos del presente resuenan en el análisis que Luttwak realiza de la estrategia militar del Imperio Romano. Así, aplicaba al pasado romano un vocabulario conceptual propio de la ciencia militar del presente, como en el caso del propio término que da título a la obra y enmarca su análisis teórico (gran estrategia). Además, a nivel puramente estratégico, con independencia de las circunstancias históricas, este analista creía que la planificación de las élites romanas estaba condicionada por los mismos factores que determinaban la gran estrategia diseñada por los dirigentes estadounidenses. Tanto en un caso como en el otro la diversidad de amenazas que se debían afrontar, debido a la mera extensión geográfica de las áreas controladas tanto por romanos como por estadounidenses, eran potencialmente debilitadoras para los recursos militares disponibles.

Se impondría, por consiguiente, el abandono de cualquier tipo de estrategia de aniquilación que supusiese la lucha de prolongadas guerras de desgaste que exigiesen un excesivo dispendio de unos recursos militares preciosos. Este abandono, en el caso de los Estados Unidos, además, estaría doblemente justificado por la invención, desde 1945, de nuevas técnicas de destrucción masiva como la bomba atómica.

En esas circunstancias, la mejor estrategia era la que Luttwak denominaba como “diplomacia coercitiva”. Una estrategia basada en el ejemplo proporcionado por el sistema defensivo heredado de la época final de la República y racionalizado por Augusto. Según ese sistema defensivo, Roma no asumía ni el gobierno directo ni la defensa territorial de los Estados-clientes apostados en el *limes* de su Imperio, con una continua vigilancia y acción diplomática sobre ellos. Por lo tanto, esa diplomacia coercitiva constituía una política del palo y la zanahoria que combinaba recompensas, —como la concesión de la ciudadanía a sus

élites y la participación en los beneficios del imperio—, y sanciones, —dentro de las cuales se incluirían las acciones militares punitivas de carácter limitado—.

Con ese tipo de gran estrategia se lograba mantener el control hegemónico del poder central (Roma, Estados Unidos) porque este, al no derrochar sus recursos en guerras innecesarias, podía conservar su abrumadora superioridad militar. Por lo tanto, Luttwak, además de ser el primero en explotar sistemáticamente en Estados Unidos la analogía con el Imperio Romano, reflexionando de manera indirecta sobre la propia condición imperial estadounidense, se mostraba abiertamente partidario de la estrategia de contención elaborada por George Kennan en los albores de la Guerra Fría. Por último, esta conclusión, también dejaba clara su postura con respecto a la derrota en la Guerra de Vietnam: en realidad se había tratado de una guerra innecesaria.

Tanto en Luttwak como en Weigley el estudio de la historia militar estaba mediatizado por el deseo de encontrar respuestas que, al tiempo que proporcionasen una solución al enigma del desastre de Vietnam, preservasen la confianza en la guerra como un instrumento racional de la política en general y del ejército estadounidense en particular, ofreciendo una guía para futuras guerras. Aunque difiriesen en las lecciones que creían que las élites político-militares debían extraer del pasado, coincidían en destacar la importancia absoluta de la superioridad militar como clave de la prosperidad económica y la estabilidad política de los EE.UU.

Directamente relacionado con este imperativo que ambos sostenían a partir de su análisis de la historia militar estaba el hecho de que, continuando viva la Unión Soviética, Estados Unidos seguía en un estado de guerra permanente. Puesto que el enfrentamiento seguía vivo, el objetivo de los EE.UU. debía ser recuperar su fortaleza militar deteriorada por la imagen ofrecida en Vietnam. El mensaje era claro: todavía se podía ganar la Guerra Fría, pero el único camino consistía en políticas que fomentasen y garantizarasen la superioridad militar estadounidense. De hecho, en una obra dedicada a la lógica de la estrategia, que en España apareció con el título de *Para Bellum: la estrategia de la paz y de la guerra* (1987 [2005]), Luttwak dictaminaba que el análisis de los diferentes sistemas internacionales a lo largo de la historia conducía a la conclusión de que la adquisición de un enorme poder militar era la clave que permitía calificar a un Estado de gran potencia. Además, la adquisición de poder militar también venía determinado por los propios requisitos del sistema.

En todo sistema internacional las relaciones entre los diferentes Estados están regidas por la permanente posibilidad del estallido de guerra. La paz es una mera ausencia de guerra que, en sí misma, genera las condiciones que permitirán la posibilidad del estallido del siguiente conflicto: bien porque ante la ausencia de amenazas inminentes los Estados pacíficos se relajan y desmilitarizan proporcionando el impulso para que otros Estados se rearmen; bien porque la paz permite que algunas naciones prosperen desarrollándose demográfica y económicamente, rompiendo el equilibrio de poder y haciendo más probable el estallido de un conflicto bélico<sup>300</sup>.

---

300 Esta última es la explicación que Paul Kennedy ofrece en su famosa obra sobre el *Auge y caída de las grandes potencias*.

Así, pues, el conflicto, la competitividad entre Estados cuya permanente posibilidad determina la lógica de la estrategia está a su vez regida por una lógica paradójica diferente a la lineal, pragmática, de la vida cotidiana. Por eso, los Estados que desean preservar la paz dentro del sistema internacional, en contra de lo que dicta el sentido común, deben estar siempre preparándose para la guerra, que es precisamente lo que el viejo adagio latino *si uis pacem para bellum* recomienda. Esto nos lleva al hecho de que aquellos Estados que acumulan un mayor poder militar, las grandes potencias, por su mera superioridad militar son las principales encargadas de preservar la paz en el sistema internacional. En último término, aquellos que desean romper la paz tan solo pueden ser disuadidos mediante la amenaza o el ejercicio efectivo de una violencia que les suponga un costo mucho mayor del que están dispuestos a soportar, que es lo que Luttwak denomina “persuasión por las armas”.

Así, pues, la situación de hostilidad permanente y la necesidad de una gran potencia militar para mantener la paz no eran condiciones novedosas del sistema internacional. Lo novedoso, para Luttwak, era que en el contexto del enfrentamiento con la Unión Soviética, y tras la invención de las armas nucleares, la lucha por la superioridad militar implicaba comprometerse en una carrera armamentística en la que el objetivo, era la eficacia, no la eficiencia. La cuestión, motivada por la lógica paradójica de la estrategia, no era poseer un arsenal numéricamente mayor que el de la Unión Soviética, sino construir armas nucleares diversas que ofreciesen más opciones tácticas y, por ende, estratégicas a los dirigentes militares estadounidenses.

Así, en una obra anterior a *Para Bellum, The Pentagon and the Art of War* (1984), Luttwak criticaba que uno de los defectos que lastraba el desempeño del ejército estadounidense era la adopción de una cultura gerencial por parte de los líderes civiles y militares del Pentágono en la dirección de la guerra; cultura propia de una economía de escala que tendía a la producción masiva y estandarizada. En la guerra, la lógica de sentido común que gobernaba el mercado era contraproducente, ya que una misma arma producida en serie, por muy eficaz que pudiese ser en un principio, al final terminaba siendo fácilmente contrarrestada por el enemigo<sup>301</sup>.

La clave estaba no en una producción armamentística estandarizada, sino diversificada. Si bien la primera permitía ahorrar costes, convertía a la maquinaria militar estadounidense en vulnerable a largo plazo; la segunda, aunque incrementaría casi de forma ilimitada la cuota presupuestaria destinada a los asuntos militares, impulsando cada cierto tiempo la modernización y reforma del ejército, garantizaría la permanente superioridad militar estadounidense. Esta postura situaba a Luttwak en contra de los tratados de limitación y reducción de ciertas armas nucleares, los denominados *SALT*. En la defensa de la proliferación de las armas nucleares Luttwak coincidía con los intelectuales civiles de defensa que, como Albert Wohlstetter, creían que la victoria en una eventual guerra nuclear era posible.

---

301 De hecho, la adopción de este enfoque gerencial, propio de la cultura corporativa de la empresa estadounidense por parte de los líderes militares que dirigieron al ejército en Vietnam, sería la principal causa que explicaría la derrota. Y no solo porque hubiese facilitado la neutralización norvietnamita de las armas estadounidenses, sino, sobre todo, porque alejó a los comandantes del campo de batalla y los convirtió en burócratas, cuando la dirección de sus tropas sobre el terreno, como enseña la historia militar, es el primer deber de un buen comandante y vital para la moral del ejército.



Las propuestas teóricas de estos intelectuales militaristas que, tras el fracaso de Vietnam, pretendían alentar el rearme moral y militar de los Estados Unidos, serían llevadas a cabo durante la presidencia de Ronald Reagan. Así, en primer lugar, este presidente abandonó la anterior política de distensión hacia la Unión Soviética que, en los años 70, había inaugurado Henry Kissinger durante la presidencia de Richard Nixon adoptando, en cambio, una política más agresiva. Este cambio de rumbo político estaba justificado por una retórica moralizante de la que Reagan hacía gala en sus discursos. En ella los Estados Unidos aparecían como abanderados de los valores de la democracia y la libertad dispuestos a luchar hasta derrotar a aquellos países dictatoriales y autoritarios que se oponían a ellos, representados y liderados en primer lugar por la URSS, denominada como el “Imperio del Mal”.

Esa política más beligerante hacia la Unión Soviética por parte del gobierno de Reagan también vino acompañada de un incremento en la partida presupuestaria de defensa que tenía por objetivo hacer realidad el rearme militar. Este rearme pasó tanto por la prosecución de la carrera armamentística nuclear como por la modernización del ejército. La gran protagonista de la carrera armamentística fue la propuesta de construcción del tan largamente deseado escudo antimisiles denominada como “Iniciativa de Defensa Estratégica” (o *SDI* según sus siglas en inglés), pero popularmente conocida como “la guerra de las galaxias”. Se suponía que ese escudo que defendería a Estados Unidos frente a cualquier ataque nuclear soviético estaría apostado en el espacio; con lo cual, de haber llegado a hacerse efectivo, la guerra, tal y como se comenzaba a hablar por aquel entonces, habría entrado en una nueva dimensión: a la guerra por tierra, mar y aire, habría que añadirle ahora la guerra en el espacio (Frachon y Vernet, 2006: 101-105).

Puesto que la muy publicitada guerra de las galaxias nunca llegaría a hacerse efectiva, en la práctica, la revigorización de la carrera armamentística significó la diversificación y la mejora en la precisión de los misiles nucleares (Freedman, 1986: 776-777). Esa mejora, que implicó la aplicación de las nuevas tecnologías de la información a las armas nucleares constituiría, asimismo, como ya se ha explicado, el fundamento a partir del que se llevaría a cabo la modernización de las fuerzas armadas convencionales.

Por otra parte, además de en el aspecto armamentístico, la modernización del ejército también se llevó al ámbito de su organización y estructura. Como he dicho, uno de los factores que desde el gobierno y el Pentágono se había percibido como causante del mal desempeño de las armas estadounidenses en Vietnam habían sido los problemas de tipo burocrático concernientes a la planificación y dirección de la guerra. Aunque ya se tenía conciencia de ello, el mal resultado de ciertas operaciones militares durante los primeros años de la presidencia de Reagan, como la invasión de la isla de Granada en octubre de 1983, llevaron a los dirigentes políticos y militares estadounidenses a plantear la necesidad de reformar la estructura de mando del ejército.

Esta reforma fue acometida por la ley para la Reorganización de la Defensa, más conocida como ley Goldwater-Nichols aprobada en 1986, que tenía por objetivo subsanar una serie de defectos que se consideraba que se habían enquistado en la burocracia militar estadounidense desde la Segunda Guerra Mundial: la rivalidad entre las distintas ramas del

ejército, las deficiencias en la cadena de mando y la delicada cuestión de la adecuada delimitación de las competencias y relación entre civiles y militares en asuntos militares. A esos fines se retiraron las cadenas de mando de las ramas individuales, distribuyéndose la autoridad no por ámbitos (tierra, mar, aire), sino por misiones, regiones globales y escenarios de combate. La asignación de recursos no se haría en virtud de las necesidades justificadas por cada una de las distintas ramas, sino según las verdaderas necesidades de las operaciones militares.

A estos efectos, también fue necesario dividir el planeta tierra en cinco mandos geográficos, cada uno dirigido por un comandante en jefe (*CINC* o Commander in Chief). Estos *CINC* eran una especie de procónsules que disfrutaban de una autoridad absoluta en caso de que estallase una guerra en su mando regional, pudiendo dirigirse directamente al Presidente o al Secretario de Defensa, sin necesidad de pasar por el Estado Mayor Conjunto. De hecho, esta regionalización del mando militar estadounidense venía a ser algo así como la institucionalización del sistema de bases militares que los Estados Unidos habían venido construyendo por todo el planeta desde principios del s. XX.

Por lo tanto, en lo que era una manifestación claramente sintomática del militarismo que alentó la administración de Ronald Reagan, la ley Goldwater-Nichols suponía, en esencia, la normalización de la ocupación estadounidense de toda la tierra. Y, de ese modo, pese a que oficialmente el segundo mandato de Ronald Reagan, en particular tras el nombramiento de Gorbachov como presidente soviético, estuvo marcado por la readopción de una política de acercamiento y distensión, que llevaría a la firma de numerosos tratados destinados a la reducción del arsenal nuclear, el gobierno estadounidense preparaba a su ejército para convertirse en una fuerza militar de alcance global (Carroll, 2007: 675-679).

Asimismo, la modernización de las fuerzas convencionales implicó la reformulación de la estrategia consistente en la lucha de guerras limitadas que proponía la doctrina de la contención. Aquí, las propuestas realizadas por los intelectuales militaristas también serían escuchadas. Especialmente importante en este sentido fue la buena acogida que tuvo dentro del *establishment* militar estadounidense el artículo que el coronel Harry G. Summers publicó en 1982 sobre la derrota en Vietnam. En él, Summers repetía punto por punto los argumentos difundidos por los intelectuales militaristas acerca de por qué se había producido la derrota, y proponía la misma lección para futuras guerras: en ese tipo de guerras convencionales contra enemigos claramente inferiores, el ejército estadounidense debía guiarse por una estrategia de aniquilación confiando en su abrumadora potencia de fuego (Heuser, 2011: 473-475).

La buena recepción del artículo de Summers, quien difundió sus principales conclusiones en una serie de conferencias por todo el país, propició un debate en el seno de la institución militar estadounidense acerca de cuál sería la estrategia militar más adecuada para el siguiente conflicto convencional de gran envergadura. El resultado fue la doctrina de la *AirLand Battle*, en esencia inspirada por la forma de hacer la guerra que, especialmente Liddell Hart, había contribuido a desarrollar. Esta estrategia, a nivel operacional, además de en la movilidad de las fuerzas, se basaba en la integración del combate terrestre, —llevado a cabo por unidades de infantería fuertemente acorazadas—, con el naval y, sobre todo, con el

aéreo<sup>302</sup>. Pero, sobre todo, la *AirLand Battle*, como recoge el manual de campo del ejército de 1982, reintroducía la destrucción del ejército enemigo como objetivo último de las operaciones: *This doctrine is based upon securing or retaining the initiative and exercising it aggressively to defeat the enemy. Destruction of the opposing force is achieved by throwing the enemy off balance with powerful initial blows struck against critical units and areas whose loss will degrade the coherence of enemy operations* (Heuser, 2011: 476-477).

Esta sería la doctrina estratégica en la que se basaría inicialmente la “Operación Tormenta del Desierto” de 1991 contra el Irak de Saddam Hussein, en lo que supuso la primera gran guerra convencional de Estados Unidos tras Vietnam. También fue esta la primera guerra en la que su ejército desempeñó la función de policía del nuevo orden internacional que el presidente George Herbert Bush le había encomendado tras la caída del Bloque Soviético, y para la que las reformas emprendidas durante la anterior presidencia de Reagan le habían venido preparando.

### **3.2. *The Western Way of War*, 1989.**

El regreso a la estrategia de aniquilación para las guerras convencionales sería defendido también, desde el punto de vista de la historia militar, por el clasicista de origen californiano Victor Davis Hanson. En su obra *The Western Way of War* (1989 [2009]), publicada unos meses antes de que la caída del muro de Berlín iniciase simbólicamente el fin de la Guerra Fría en Europa, el clasicista estadounidense exponía que la estrategia de aniquilación del ejército enemigo por medio de la batalla decisiva no era solo el estilo de combate típicamente estadounidense, —tal y como Weigley había explicado en 1973—, sino que constituiría el auténtico estilo de combate occidental cuyos orígenes se remontarían a la antigua Grecia.

No obstante, la tesis defendida por Hanson en esa obra constituía la continuación natural de las conclusiones obtenidas en su primer trabajo publicado con el título de *Warfare and Agriculture in Classical Greece* (1983 [1998]). En él, el clasicista estadounidense se había propuesto revisar la validez de uno de los argumentos que, desde el s. XIX, conformaban la interpretación tradicional de la guerra en la antigua Grecia por parte de los historiadores del pasado clásico. Según ese argumento, las incursiones destinadas al pillaje de los campos del enemigo situados fuera del núcleo urbano —hecho que en las propias fuentes helénicas siempre aparece como el acto inicial de la guerra— provocaban una destrucción que hacía necesario que la *polis* invadida formase rápidamente un ejército que presentase batalla al atacante si no quería pasar una larga temporada de hambre y miseria. De este modo, desde el s. XIX, los historiadores habían venido interpretando que la guerra en la antigua Grecia obedecería a factores puramente económicos: haciendo frente a los invasores mediante el combate cuerpo a cuerpo en los territorios fronterizos de su comunidad, los ciudadanos de la *polis* atacada intentaban salvarse de la ruina económica.

Sin embargo, Hanson, basándose en sus propios conocimientos y experiencia práctica

---

302 Con el desarrollo de esta nueva doctrina estratégica se incorporaron al vocabulario militar estadounidense términos como “nivel operacional” o “teatro de operaciones”, inventados por los ejércitos alemán y soviético durante la época de entreguerras (Evans, 2004: 43-45; Luttwak, 2005: 159).

como granjero<sup>303</sup>, llegaba a la conclusión de que la destrucción de campos y cosechas era un proceso muy difícil y costoso que requería mucho tiempo. Y teniendo en cuenta las dificultades logísticas propias de los ejércitos de la época para mantener la necesaria campaña prolongada que implicaría la devastación a fondo de los campos de trigo, cebada, o la tala de viñedos, olivares, etc., así como la naturaleza rudimentaria de los medios disponibles para llevar a cabo esa devastación, basados en el fuego o bien en la combinación de músculo y metal, Hanson estimaba que la destrucción infligida no podría haber sido tan grande como para arruinar la productividad de los campos.

De hecho, lo que la propia experiencia y sentido común sugerían era refrendado por un análisis más atento y exhaustivo del léxico de las propias fuentes helénicas, las cuales nos ofrecen la imagen de unos campesinos que pueden volver a poner en explotación sus campos tan pronto termina la guerra o incluso durante la misma. Por tanto, la decisión de las *poleis* de que sus ejércitos entablasen una batalla cuerpo a cuerpo para dirimir el conflicto no estaría relacionada con causas de tipo económico, tal y como habían asumido hasta entonces los historiadores de la guerra en la antigua Hélade.

Asimismo, el hecho de que el motivo principal de las disputas entre las *poleis*, —tal y como aparece frecuentemente aducido en las fuentes—, fuese la posesión de pequeños territorios fronterizos que no poseían ninguna importancia desde el punto de vista económico, reforzaba la conclusión de Hanson. La guerra en la antigua Grecia no poseía una función económica. Por el contrario, en su opinión, todo indicaba que la decisión de reducir esos conflictos entre comunidades vecinas por la posesión de un territorio fronterizo a un combate cuerpo a cuerpo era de naturaleza más ideológica y política que económica.

Además, reforzaba esa hipótesis el hecho de que la batalla fuese previamente acordada, que se luchase en un terreno abierto y llano, que se prescindiese en el combate de armas como la caballería o la infantería ligera, que el enemigo derrotado solicitase una tregua al vencedor para recoger sus muertos y que el vencedor erigiese un trofeo sobre el terreno como símbolo de su victoria, etc. Esto es, que la batalla estuviese sujeta a una serie de rituales formales respetados por ambos bandos en liza, que la asemejaban a una especie de justa o competición deportiva, (*agôn* para los griegos), y que revelaban su carácter artificial. Un *agôn* que, concebido como un mero asalto frontal, se entendía como una exhibición de pura fuerza y coraje entre hombres armados de igual manera (Hanson, 2009: 14-18). Eso es lo que era la guerra para los antiguos griegos, y de ahí surgía su idea de la batalla decisiva. En consecuencia, la devastación de la campaña que precedía a la lucha de esa batalla decisiva no sería más que uno de los rituales (o protocolos, como los denomina a menudo Hanson), que jalonarían las diferentes fases de la guerra. La función de este ritual no sería la de debilitar al enemigo y obtener la victoria sin combate, sino más bien la de instilar

---

303 En sus libros y artículos Hanson comenta extensamente acerca de su experiencia propia y la de su familia como granjeros y propietarios de tierras en el valle de San Joaquín en California. Asimismo, el vivir en una región con un clima mediterráneo semejante al de Grecia, y en donde se dan muchos de los tipos de cultivo que se producen en el país europeo, es justificado por el propio Hanson como algo que le capacita para analizar las relaciones entre la guerra y la agricultura en la Antigua Grecia. Para una valoración externa sobre su biografía, en concreto de cómo su condición de granjero se complementa con su trabajo como clasicista y afecta a su comprensión del pasado helénico, véase Kay, Jonathan: "The Sage of Fresno". *Hoover Digest* nº2. 2005. en <http://www.hoover.org/publications/hoover-digest/article/6441>.

su furia al ver hollados sus campos por extranjeros<sup>304</sup> y forzarlos a presentar batalla. Al igual que los soldados-ciudadanos de los contemporáneos Estados-nación, los hoplitas helénicos luchaban, en esencia, por la defensa de su patria (Hanson, 2009: 3-5).

De este modo, la agricultura sería fundamental a la hora de comprender la guerra en la Antigua Grecia, pero no por causas económicas, sino porque, al ser la actividad esencial para la alimentación y supervivencia de la *polis*, de ella emanaban el estilo de vida y valores de sus habitantes. A partir de estos valores se podría comprender el conjunto de rituales que regulaban la guerra entre las comunidades helénicas y le hacían cobrar el aspecto de una batalla decisiva: una manera de hacer la guerra que permitía poner fin a los conflictos entre *poleis* de una manera rápida y eficaz, reduciéndolos a una lucha cuerpo a cuerpo sobre una llanura fronteriza, lejos de los núcleos urbanos, así como de los territorios agrícolas más ricos, y que duraba tan solo unas pocas horas permitiendo a los campesinos regresar con toda normalidad a su vida cotidiana tras el combate. Un estilo de combate, por tanto, que también permitía delimitar las consecuencias destructivas de la guerra (Hanson, 2009: 25).

En *The Western Way of War* Hanson emprende, siguiendo su propia reinterpretación del fundamento racional de la batalla decisiva inventada por los antiguos helenos, el análisis de las diferentes fases y rituales que la articulaban. Sin embargo, no estudió la batalla desde una perspectiva estratégica, esto es, analizando y describiendo la logística, la estructura de mando, las armas, la composición o el despliegue y movimientos de los ejércitos helénicos sobre el terreno. Él rompió con esa tradición bien asentada dentro de la historia militar desde el s. XIX, pero que se retrotraía a la propia Antigüedad clásica, y adoptó, en cambio, la perspectiva del propio combatiente.

No obstante, Hanson no habría sido el inventor de esta nueva manera de estudiar la guerra, sino que, como él mismo reconoce, únicamente estaba aplicando los principios de la nueva perspectiva en la investigación de la historia militar introducida por John Keegan en su revolucionaria obra *The Face of Battle* (1976 [1991]). Hasta entonces, el estudio de la guerra en general había estado dominado preferentemente por dos tipos de metodologías que emanaban de dos modalidades históricas diferentes.

Desde el s. XIX y hasta las guerras mundiales, los historiadores militares habrían adoptado una perspectiva clausewitziana propia de la historia político-militar fundamentada por los historiadores prusianos a la hora de analizar la guerra. Para estos historiadores la guerra consistía en la descripción de la campaña militar mediante el análisis de la logística, la estructura de los ejércitos, su entrenamiento y, sobre todo, concibiendo la o las batallas como el punto culminante de las campañas, el análisis del terreno sobre el que estas tenían lugar, así como el despliegue y movimientos de los ejércitos enfrentados. Era esta, por lo tanto, una aproximación al estudio de la guerra dominada por la centralidad de la batalla, pero analizada desde el punto de vista del general.

---

304 A la hora de realizar esta nueva interpretación de la función de la devastación de la campiña por parte de los ejércitos invasores en la Grecia clásica y su vínculo con la lucha de la batalla decisiva, Hanson también evoca como fundamento su propia experiencia cotidiana con unos granjeros del valle de San Joaquín que reaccionan furiosa y violentamente ante lo que consideran como una invasión de sus propiedades cercadas por parte de cualquier foráneo o vecino, aunque ello no produzca el más mínimo daño a sus tierras ni sus útiles o instalaciones (Hanson, 2009: 6).



Por otra parte, sobre todo desde la Segunda Guerra Mundial, en consonancia con el desarrollo y prevalencia que cobró la historia económica y social, se comenzó a estudiar la guerra desde una perspectiva sociológica que se enfocaba hacia el análisis del ejército como una institución social. La cuestión era discernir cómo la configuración del ejército reflejaba los valores, prácticas económicas, división social, creencias religiosas, etc. de una determinada sociedad. Por ninguna parte aparecía el estudio de las campañas y las batallas que habrían desaparecido del campo de interés de los historiadores militares. En parte, esta ausencia se debía a la reacción contra el militarismo que habría tomado la sociedad europea tras las masacres y destrucciones de las dos guerras mundiales, y que culpaba al nacionalismo militarista que propugnaba la acumulación de poder mediante la lucha de guerras y batallas del desencadenamiento de esas dos grandes catástrofes<sup>305</sup>.

Así, pues, tras haber esbozado de manera muy somera y sintetizada la evolución de la historiografía militar desde el s. XIX, es más sencillo comprender la novedad del enfoque y metodología ideada por Keegan. En *The Face of Battle* este historiador militar británico, si bien consideraba necesarios los estudios de la institución militar desde un punto de vista sociológico y antropológico, proponía un regreso al estudio de las guerras y las batallas, puesto que para él cualquier análisis de los ejércitos que no tuviesen en cuenta su desempeño dentro de la función para la que habían sido creados, esto es, luchar guerras, sería incompleto. No obstante, en su opinión, la perspectiva del general adoptada por la metodología clásica de la historiografía militar adolecía de un defecto, y es que, al relatar las batallas teniendo en cuenta únicamente aquello que habría sido decisivo para el desenlace del combate, presentaba la conducta humana en el campo de batalla de una manera muy simplificada y estandarizada, omitiendo la experiencia real de la lucha para el soldado, quien no pensaba en vencer o perder, sino en matar o morir.

Ese es el punto que quiere ensalzar Keegan, y a partir del cual cimenta su propia renovación de la historiografía militar: cualquier estudio de la guerra no debe obviar el relato y análisis de las batallas. Para él lo fundamental debe ser la reconstrucción de las sensaciones y emociones que experimentan los soldados durante el combate cuerpo a cuerpo. Tras este interés de Keegan en el destino y experiencia de los soldados en la guerra latía una preocupación muy actual como él mismo da a entender en el último capítulo de *The Face of Battle*: conocer la psicología del combate y del combatiente, adoptando ese enfoque del soldado común a la hora de estudiar las batallas, nos permitiría entender por qué en el presente, especialmente desde las guerras mundiales de inicios del s. XX, la lucha de batallas parecía estar llegando a su fin.

Por otra parte, como se puede intuir, este enfoque de Keegan suponía asumir la existencia de una naturaleza humana invariable a lo largo de las épocas que siempre reaccionaba de la misma manera ante la perspectiva de la lucha cuerpo a cuerpo. En este sentido, se puede decir que tanto en su perspectiva como conclusiones, Keegan, como él mismo señala (1991: 70-74), se muestra deudor de la obra de dos historiadores militares anteriores, auténticos pioneros en adoptar la perspectiva del combatiente a la hora de

---

305 Para una revisión de la historiografía militar aplicada al ámbito de la Antigüedad clásica, véase (Hanson, 2007: 3-21).

estudiar la guerra: el coronel francés Ardant du Picq, y el historiador de las fuerzas armadas estadounidenses S. L. A. Marshall. Si se recuerda lo dicho en el capítulo anterior, du Picq había determinado por medio de sus investigaciones del campo de batalla antiguo y moderno que para el soldado común el miedo (a morir o ser mutilado), era la emoción que permeaba el campo de batalla. De ahí que los factores que incrementaban la moral ayudando a vencer ese miedo fuesen los fundamentales para la creación de un ejército exitoso en el campo de batalla: la disciplina y cohesión de las diferentes unidades fortalecidas por un buen liderazgo y una táctica ofensiva que incrementasen las expectativas de una victoria sencilla.

Partiendo de esta misma base, y tras estudiar las batallas de Agincourt, Waterloo y el Somme, Keegan concluía que era la creciente tecnologización del campo de batalla actual el factor que estaba convirtiendo la batalla en algo obsoleto dentro de la experiencia de la guerra. Las nuevas tecnologías, con un poder de destrucción cada vez mayor, no solo expandían geográfica y temporalmente la batalla, sino que, sobre todo, la deshumanizaban. Con la llegada de carros blindados, aviones de combate, minas, misiles, etc., el desempeño individual de los soldados tenía cada vez menos importancia frente al correcto funcionamiento de las máquinas. Sin embargo, como las propias batallas de la Segunda Guerra Mundial demostraban, la guerra seguía siendo un asunto donde la lucha cuerpo a cuerpo entre soldados de infantería, que conducía a la ocupación del terreno por unos o por otros, marcaba el final de todas las operaciones militares<sup>306</sup>.

Así, pues, Hanson va a ser el primero en aplicar esta metodología definida y sistemáticamente desarrollada por Keegan en *The Face of Battle*, al estudio de la guerra en la antigua Grecia. En opinión de Hanson, la adopción de esta perspectiva estaría, si cabe, más justificada a la hora de estudiar la guerra y la batalla en la Grecia clásica. En primer lugar, porque los antiguos griegos habrían inventado ese estilo de combate. Así, desde inicios de la época arcaica (ss. VIII-VI a. C.) hasta la Guerra del Peloponeso (431-404 a. C.), las guerras entre las *poleis* helénicas habían consistido, básicamente, en la lucha de la batalla decisiva. Por esa razón, mejor que de guerra, para el caso de esa época en la historia de la Grecia antigua, sería mejor hablar de batalla (Hanson, 2009: 22). Y, en segundo lugar, porque la propia batalla se reducía a un asalto frontal de infantería pesada en la que factores como la logística, la tecnología, la táctica, las reservas, la jerarquía de mando, etc., tan importantes para el mundo contemporáneo no desempeñaban ningún papel relevante: el combate era para los antiguos griegos un asunto humano y por ende moral, de resistencia y disciplina<sup>307</sup>; en pocas palabras, de obediencia a unos determinados valores que emanaban de su peculiar cultura (2009: 25-26).

Por lo tanto, la batalla decisiva no solo era un estilo de combate eficaz a la hora de preservar la civilización, sino que, según las conclusiones que la mejor historiografía militar

---

306 Por lo tanto, la lectura implícita de Keegan era que para recuperar la batalla decisiva haciendo un uso racional de la violencia era necesario imponer ciertos límites y restricciones al empleo de la tecnología en la guerra.

307 De aquí que Hanson, al igual que Keegan, du Picq, y en general todos los pensadores militares decimonónicos desde Clausewitz, identificase el liderazgo, la cohesión y la disciplina de las tropas, factores todos ellos que se engloban bajo la etiqueta de lo que Clausewitz denominó como “moral”, como elementos clave en el desempeño de las tropas en la batalla.

podía extraer acerca de la psicología del combate, ese *way of war* era el menos perjudicial para la supervivencia de los combatientes y su cultura. De ahí, según Hanson, el gusto e interés que los antiguos griegos habrían desarrollado por la guerra, la cual no intentaban frenar ni evitar, sino que asumían con decidida y optimista resignación debido a su carácter económico y práctico para resolver los conflictos intercomunitarios (Hanson, 2009: 220-222).

Por otra parte, en esta investigación de Hanson subyacía la misma preocupación con respecto al presente y futuro de la batalla decisiva que habíamos visto en *The Face of Battle* de Keegan. De hecho, Hanson iniciaba *The Western Way of War* con la constatación de que, tanto el desarrollo de las armas nucleares como los éxitos de las guerrillas durante la Guerra Fría frente a los poderosos ejércitos convencionales, parecían indicar que la batalla decisiva se estaba convirtiendo en un anacronismo desde el punto de vista de la historia militar (Hanson, 2009: 8-11). Así, cerraba su estudio con esta sombría cuestión: *Have we not seen then, in our lifetime, the end to the Western way of war?* (Hanson, 2009: 228).

Asimismo, al sostener que los Estados Unidos serían los más recientes receptores de ese legado militar helénico, el clasicista estadounidense también vinculaba su obra con el debate estratégico que tras la Guerra de Vietnam se había instalado en el seno del ejército estadounidense sobre cuál debía ser la estrategia más adecuada en una guerra convencional: una orientada a la lucha de una guerra limitada, o bien una que buscara la aniquilación total del enemigo. Obviamente, su propia reconstrucción de cómo era luchada la batalla decisiva por los antiguos helenos, en la que dejaba sentada la superioridad de este estilo de combate, lo posicionaba implícitamente del lado de los que, como Weigley, Keegan o Summers, creían que en las guerras lo único que tenía sentido era la batalla decisiva que finalizaba con la derrota total del rival y la ocupación del terreno por la infantería. Así, pese a su lúgubre advertencia sobre la posibilidad de que en Occidente estuviésemos viviendo el final de ese estilo de combate que sería otra de las señas distintivas de nuestra civilización, Hanson se mostraba confiado en que su espíritu sobreviviese: la búsqueda de una solución rápida y decisiva (Hanson, 2009: 12-13). De forma implícita, por lo tanto, la receta que él proponía para la recuperación de la batalla decisiva era, más que un razonamiento de tipo ético-jurídico sobre el adecuado empleo de la tecnología en la guerra como había sostenido Keegan en *The Face of Battle*, una mayor confianza en la superioridad de los principios que articulan nuestra civilización y que se reflejan en nuestro estilo de combate.

### **3.3. El final de la Guerra Fría**

El final de la Guerra Fría, causado por la desintegración y desaparición de la URSS en 1991, coincidió con la aplastante victoria militar del ejército estadounidense contra el ejército iraquí de Saddam Hussein. Estos dos hechos fueron tremendamente significativos. En primer lugar, las clases dirigentes estadounidenses podían afirmar sin ningún tipo de ambages que los Estados Unidos habían sido los vencedores en la contienda ideológico-militar que habían sostenido durante cerca de medio siglo con el comunismo soviético. En segundo lugar, el ejército estadounidense había sido capaz de volver a ganar una guerra convencional y recuperaba su estima, confirmando que el proceso de modernización que se había llevado a cabo en los 80 lo había convertido en la maquinaria militar más moderna y poderosa de la tierra.

El triunfalismo generado por esas victorias se reflejaría en el eufórico discurso propagado desde las sucesivas administraciones estadounidenses durante los 90. Según ese discurso, la victoria en la Guerra Fría habría sancionado la superioridad de los valores democráticos y capitalistas que Estados Unidos encarnaba, y que serían los valores sobre los que se asentaría el nuevo orden mundial. Dicho mensaje sería legitimado por teorías como la del politólogo Francis Fukuyama quien, echando mano de la filosofía de la historia hegeliana, interpretaba que la victoria estadounidense en la Guerra Fría significaba el final de la historia, en el sentido de que más allá de la democracia liberal y el sistema capitalista no podría haber progreso. Puesto que la evolución ideológica de la humanidad habría llegado a su fin, tan solo cabría esperar la expansión al resto del mundo de los valores liberales.

Pero las élites político-militares estadounidenses, imbuidas del espíritu pragmático de la *realpolitik*, eran conscientes de que esa “globalización” de los valores liberales sobre los que debía sustentarse el nuevo orden mundial se toparía con resistencias. En consecuencia, la nación norteamericana, como líder y única superpotencia, estaría obligada a defender el nuevo orden mundial echando mano, si ello fuese preciso, de su renovado ejército para vencer esas resistencias. De este modo, desde el mismo final de la Guerra Fría, los sucesivos gobiernos estadounidenses se embarcaron en la tarea de, tras el comunismo, identificar cuáles serían las nuevas amenazas a las que tendría que hacer frente Estados Unidos. Varios candidatos fueron propuestos: las potencias emergentes que deseaban disputar la primacía mundial a los EE.UU. como China, Japón o Alemania; los cárteles de la droga; el terrorismo internacional; los “Estados canalla” dirigidos por regímenes dictatoriales; los “Estados fallidos” sumidos en prolongadas guerras civiles, etc. (Johnson, 2004: 29-31).

No obstante, durante los 90, tanto el gobierno de Bush sr. como el de Clinton sostuvieron unas doctrinas de defensa y política exterior en la que, pese a que reconocían esta diversidad de amenazas, no concedían prioridad a ninguna. Con la desaparición del enemigo comunista también parecía haber desaparecido el enfoque coherente y unificado que la política exterior estadounidense había mostrado durante la Guerra Fría<sup>308</sup>.

En ese sentido, el politólogo Samuel P. Huntington sería el primero que, en su artículo publicado en la revista *Foreign Affairs* de 1993, “The Clash of Civilizations?”, que luego transformaría en un libro publicado en 1996 [2004], ofrecería una concepción coherente y sistemática acerca de cómo sería el futuro de las relaciones internacionales tras el colapso soviético, proponiendo una respuesta clara al problema de las amenazas a las que tendría que enfrentarse Estados Unidos<sup>309</sup>. Al igual que Fukuyama, Huntington partía de la base de

---

308 Como ya había advertido el historiador Richard Hofstadter en su obra *The Paranoid Style in American Politics and Other Essays* (1965), existe una tendencia en la política estadounidense, – lo que él denomina como el “estilo paranoide” que da título al ensayo –, según la cual los gobiernos de la nación norteamericana consiguen un mayor respaldo popular y funcionan mejor siempre que el presidente de turno representa a los EE.UU. como inmersos en una lucha a muerte contra un enemigo perverso, sobre el que se proyectan todos los males que aquejarían a la propia sociedad estadounidense, que pretende aniquilarlos.

309 Según Pierre Bourdieu y Loïc Wacquant, Estados Unidos también ejercería una suerte de “imperialismo cultural” mediante el dominio del debate académico y del mercado editorial. Así, la estrategia seguida por los autores estadounidenses consistiría en abstraer, universalizando, aquellas preocupaciones o características propias de su sociedad (Bourdieu y Wacquant, 2001). Para un análisis concreto de cómo Huntington o Fukuyama lograron manipular el debate intelectual cerrando a nivel internacional la posibilidad al surgimiento

que el colapso soviético había significado el inicio de la globalización del modelo occidental de la democracia y el libre mercado que, además, identificaba con el progreso y la modernización. Sin embargo, a diferencia del autor del famoso artículo “The End of History?”, Huntington creía que la consagración definitiva de la superioridad de los valores liberales no significaría el fin de los conflictos motivados por concepciones del mundo opuestas. En el mundo de la post-Guerra Fría, esas concepciones del mundo ya no estarían fundamentadas en ideologías rivales, sino más bien en sistemas culturales diferentes cuyo núcleo esencial estaría conformado por valores de carácter religioso. De hecho, y haciéndose eco de las tesis que señalaban que el final de la Guerra Fría y la llegada de la globalización habrían supuesto el fin del orden westphaliano, y con ello del Estado-nación, Huntington sugería que serían las civilizaciones las que dominarían en el futuro próximo la escena internacional.

Siguiendo los mismos criterios que Arnold Toynbee había empleado para definir el concepto de civilización en su *Estudio de la Historia*, Huntington identificaba la existencia de entre ocho y diez civilizaciones, cuyas líneas de fractura coincidirían más o menos con las de las grandes religiones mundiales. Entre ellas, la occidental, liderada por Estados Unidos, seguiría siendo la predominante, aunque su hegemonía, manifestada en el alcance de su extensión política y económica, sería cada vez más discutida, perfilándose como sus principales rivales tanto la civilización islámica como la sínica o confuciana. En estas civilizaciones, pese a que se aceptarían ciertos aspectos que implicaba la modernización u occidentalización, se rechazaba la asunción de los valores occidentales que esa modernización llevaría aparejada por considerárselos ajenos a las propias tradiciones y, por tanto, una amenaza a la cultura indígena, lo que las llevaría a reaccionar violentamente contra ella.

Pese a todo, en el último capítulo de su obra de 1996, Huntington prescribía una serie de estrategias mediante las cuales la civilización occidental podría vencer esas amenazas y otras futuras, conservando su hegemonía. Puesto que los valores occidentales nunca lograrían desplazar o eliminar el núcleo duro de valores de esas otras civilizaciones, Occidente debía afrontar esas amenazas mediante una combinación de medios militares, anticipándose de manera preventiva a cualquier tipo de rearme por parte de sus enemigos, y de una política de cierre de fronteras que impidiese el ingreso de inmigrantes y refugiados con el fin de preservar su propia identidad cultural<sup>310</sup>. Esta interpretación del venidero mundo de las relaciones internacionales por parte de Huntington implicaba, por otra parte, caracterizar a los miembros de las civilizaciones diferentes a la occidental como fanáticos fundamentalistas en lo que se refiere a la defensa de sus valores culturales; un fanatismo e integristismo que derivaría de la influencia que seguiría desempeñando la religión en sus sociedades<sup>311</sup>.

---

de concepciones alternativas a las suyas, véase (Sanmartín, 2007: 198-265).

310 El problema de la inmigración y sus consecuencias sociales y culturales, aunque a escala local estadounidense, y más en concreto del estado de California, también es abordada por Hanson en su *Mexifornia: a State of Becoming* de 2003. La postura del autor de *The Western Way of War* con respecto a este problema es exactamente la misma que la de Huntington.

311 De ahí que la teoría de Huntington también justificase la caracterización de la guerra entre civilizaciones como una guerra santa. Esa retórica sería posteriormente empleada por el gobierno de George Bush jr. para justificar la guerra contra el terrorismo islamista representado por los talibanes de Afganistán (Kepel, 2004:



Al mismo tiempo, esa interpretación hacía visible una ansiedad latente en el texto de Huntington respecto al relativismo cultural que el propio progreso habría provocado en la civilización occidental. Esa modernización económica y social que los valores occidentales habían fomentado podía ser la causa indirecta de su propia decadencia, al promover una actitud crítica o relajada con respecto a esos valores. La solución propuesta por Huntington para hacer frente a la decadencia de la civilización occidental era exactamente la misma que la que había propuesto Toynbee: los occidentales debían hacer gala del mismo fanatismo que sus enemigos en la defensa de sus valores culturales, adoptando una postura beligerante si era necesario para no echar por tierra todos los logros que su civilización había logrado regresando a una etapa de barbarie<sup>312</sup>.

En su *The Clash of Civilizations*, pues, al insistir en que no cabía la posibilidad de la diplomacia y el consenso con enemigos que describía como tan cerriles, sino que la única solución posible era el enfrentamiento militar, Huntington también fomentaba el militarismo. Sin embargo, en su justificación del uso de la fuerza militar y el modo en que debía usarse, Huntington se parecía mucho más a los intelectuales militaristas de la Guerra Fría, que a la propia praxis que seguía la administración Clinton. Así, este politólogo descartaba la necesidad de la sanción de las instituciones internacionales como la ONU para la acción militar, y requería que esta fuese preventiva<sup>313</sup>. Igualmente, Huntington justificaba el derecho al uso de la fuerza militar, pese a que, como Toynbee, mantenía cierto relativismo a la hora de atribuir el mismo valor a todas las civilizaciones, en términos de la superioridad cultural de la civilización occidental: identificarla con el progreso y la modernización no podría tener otro sentido que ese.

Otros autores que, aunque no hablaban de civilizaciones, presentaron a mediados-finales de los 90 un proyecto de política exterior para los Estados Unidos siguiendo las líneas maestras de la teoría de Huntington, fueron aquellos asociados al *Project for the New American Century* (PNAC). La mayor parte de los miembros de este *think tank* creado en 1997

---

74-75).

312 El énfasis en el relativismo cultural o, dicho de otra manera, la crisis de valores, como uno de los principales problemas que amenaza con desgajar la fábrica social de la moderna sociedad capitalista occidental, no es un diagnóstico reciente ni en los Estados Unidos, ni en Europa. En los Estados Unidos este problema fue por primera vez señalado por Daniel Bell en los años 70 en su crítica de la sociedad postindustrial, frente a cuyo nihilismo, el sociólogo estadounidense predicaba, al igual que Huntington, un retorno a la religión como fuente de identidad y cohesión social. En el caso europeo, he expuesto en el capítulo anterior, cómo ya en el s. XIX existía una conciencia clara acerca de la crisis de los valores tradicionales que llevaba a algunos filósofos a sostener la necesidad de una regeneración espiritual, siendo identificados el liberalismo y el socialismo como los principales causantes de esta crisis. En definitiva, todas estas acusaciones de crisis de valores o relativismo cultural, ya en Estados Unidos o en Europa, ya en el s. XIX o XX, no constituyen más que reacciones contra la modernidad y el proyecto ilustrado, pese a que en ciertas ocasiones dicen defender precisamente esa modernidad. En realidad, lo que hacen es apropiarse del vocabulario y conceptos forjados por la Ilustración para criticarla desde dentro (García Neumann, 2008: 153-168).

313 En inglés se suele distinguir entre *pre-emptive* y *preventive war*. La primera debería traducirse por “guerra anticipatoria” y se refiere a una amenaza real inminente, mientras que la segunda es la que nosotros entendemos por guerra preventiva que alude a una amenaza incierta, a largo plazo. En virtud de su teoría que identifica a las civilizaciones sínica y, sobre todo, islámica como amenazas reales, Huntington justifica una *pre-emptive war*.

eran frecuentemente asociados con una tendencia intelectual a la que el propio Huntington también fue vinculado: el “neoconservadurismo”. No es baladí mencionar la que los miembros del PNAC se definían como neoconservadores puesto que durante la Guerra Fría muchos de los miembros de esta tendencia intelectual ya habían justificado la política militarista de ciertas administraciones estadounidenses anteriores.

Doctrina social orientada a la solución de problema políticos, el neoconservadurismo estadounidense surgiría en los años 30 de la mano de una serie de estudiantes neoyorquinos pertenecientes a la izquierda liberal trotskista y opositores del comunismo estalinista. En los años 60, al calor de las guerras culturales que se desarrollaron en esa década motivadas por las reformas que las sucesivas administraciones demócratas pretendían llevar a cabo para ampliar el Estado del bienestar, algunos neoconservadores viraron hacia la derecha política. Así, en ese período comenzaron a criticar el intervencionismo estatal en economía, al que consideraban una forma de comunismo. Ello los situaba en posiciones cercanas al neoliberalismo de la Escuela de Chicago, aunque por razones diferentes, pues, en su opinión, los programas de ingeniería social propios del Estado del bienestar no eran más que utopías condenadas a fracasar que, además, conducían al relativismo cultural al que consideraban como la peor enfermedad social (Sanmartín, 2007: 148-150).

Por esa misma época también, y como consecuencia de las críticas que originó la Guerra de Vietnam acerca del imperialismo y militarismo estadounidense, los neoconservadores comenzaron a interesarse por asuntos de política exterior. Su respuesta a los problemas en esta esfera no fue menos radical que la postura que asumieron en cuestiones de política doméstica: cualquier forma de pacifismo, o incluso doctrina de contención, constituían estrategias absurdas y condenadas al fracaso puesto que también caían en ese relativismo cultural. Creían, en virtud del mito del excepcionalismo, que la supremacía moral de su nación con respecto a la Unión Soviética era absoluta y la única estrategia posible era aquella que tuviese por objetivo la derrota total del enemigo soviético.

Como señalan Frachon y Vernet (2006: 11, 68), así como el propio Fukuyama en su reciente crítica al neoconservadurismo (2007: 34, 43-49), el gran maestro de los neoconservadores en este ámbito fue Albert Wohlstetter, para quien algunos de ellos como Paul Wolfowitz o Richard Perle trabajarían desde los años 70. De su maestro, los neoconservadores heredarían una serie de ideas básicas que conformarían el núcleo de la concepción neoconservadora del poder y la guerra. Primero, la creencia de que la naturaleza interna de cada régimen político afecta a su conducta externa. Segundo, la creencia de que el poder de los Estados Unidos debe emplearse con fines morales, y que en muchas ocasiones el empleo del poder militar es el único medio de alcanzar esos fines morales, por lo que era preciso mantener siempre a punto este poder fomentando las carreras armamentísticas<sup>314</sup>. Y, tercero, el escepticismo hacia el derecho y las instituciones internacionales (Fukuyama, 2007: 60-61).

Con estas ideas algunos neoconservadores llegarían por primera vez a desempeñar

---

314 Evidentemente, esta creencia en la superioridad moral de Estados Unidos esgrimida por los neoconservadores provenía de su asunción del mito del excepcionalismo de su nación (Frachon y Vernet, 2006: 29-36).

puestos de responsabilidad política, en puestos del Departamento de Defensa, durante la presidencia de Reagan. Así, diferentes propuestas lanzadas por esta administración en materia de política exterior concordaban abiertamente con los presupuestos neoconservadores: el escudo antimisiles o SDI; la retórica empleada por Reagan para referirse a la URSS como el “Imperio del Mal”; o un enfoque en general más agresivo, que propugnaba acciones como los intentos de derrocamiento de regímenes del Tercer Mundo considerados como pro-soviéticos mediante la presión económica, la financiación y suministro de armas a guerrillas, o incluso la participación militar directa en los llamados conflictos de baja intensidad (Frachon y Vernet, 2006: 95-105).

Desde este punto de vista se puede comprender que el programa de política exterior presentado por los neoconservadores del PNAC se tratase de una reactualización de la estrategia belicista propugnada por gente como Wohlstetter durante la Guerra Fría. De hecho, el documento en que el PNAC desarrollaba sus principios, “Rebuilding America's Defenses: Strategies, Forces and Resources for a New Century”, estaba directamente basado en un informe realizado para el Pentágono en 1992 por otro destacado neoconservador y miembro del PNAC, Paul Wolfowitz. En este informe, titulado *Defense Planning Guidance* (García Neumann, 2008: 30-31), el antiguo alumno de Wohlstetter sostenía que, terminada la Guerra Fría, Estados Unidos debería reorientar su política militar, puesto que la estrategia de contención ya no sería funcional.

Como expondré a continuación, tanto en “Rebuilding America's Defenses” como en los otros artículos y libros que los miembros del PNAC escribieron, aparecen siempre reflejados los mismo puntos de la concepción neoconservadora acerca del poder y la guerra: la idea de que el poder militar de EE.UU. debe usarse con fines morales para promover la causa de la democracia y la libertad en el mundo, la necesidad de rechazar cualquier estrategia de contención o posturas pacifistas, y el escepticismo hacia las instituciones y el derecho internacional. En líneas generales, si lo desglosamos, el argumento del Proyecto para el Nuevo Siglo Americano y las ideas que lo justifican son los siguientes: tras el fin de la Guerra Fría el mundo vive un “momento unipolar” en el que Estados Unidos es la única superpotencia; los valores de la democracia liberal y el libre mercado finalmente triunfaron contra el comunismo<sup>315</sup>.

Pero en el mundo todavía existen Estados canalla regidos por tiranos y dictadores que son enemigos de esos valores que representa el nuevo orden mundial liderado por los EE.UU: países como Irán, Irak o Corea del Norte; aunque especialmente la región de Oriente Próximo se identifica como principal foco de problemas y enemiga de la “libertad”. Puesto que el ámbito de las relaciones entre los Estados es un ámbito en el que rige la anarquía, la única manera de erradicar esas amenazas para la estabilidad del sistema internacional y mantener la paz es que la potencia hegemónica emplee su enorme poderío militar para deshacerse de ellas. Es la responsabilidad de la potencia hegemónica, pues, mantener la paz mundial, y para ello debe mantener una abrumadora superioridad militar. El derecho y las instituciones internacionales, así como las estrategias de contención y disuasión fracasan estrepitosamente en esa labor porque, más que hacer frente al problema que representan

---

315 Donnelly, Thomas: “Rebuilding America's Defenses. Strategy, Forces and Resources For a New Century”, consultado en: <http://www.informationclearinghouse.info/pdf/RebuildingAmericasDefenses.pdf>

los enemigos declarados del orden, lo aplazan mediante tácticas de “apaciguamiento” que únicamente consiguen dar más tiempo a esos enemigos para rearmarse y hacerse más fuertes. Con el mal no caben negociaciones, hay que buscar su eliminación total atacando preventivamente antes de que se haga demasiado poderoso y ya sea tarde<sup>316</sup>.

Así, pues, la potencia hegemónica deberá actuar “unilateralmente” pasando por encima de la legalidad internacional cuando crea que es menester una acción rápida y decisiva para eliminar *manu militari* una amenaza al orden: la única acción diplomática merecedora de consideración será la búsqueda de aliados a la causa de la lucha. Si no los hay, el “hegemon” deberá actuar en soledad. Y es que, en último término, a lo largo de la historia, como bien describe el famoso “diálogo melio” inserto en la obra de Tucídides, —autor de la Antigüedad clásica preferido de los neoconservadores (Frachon y Vernet, 2006: 71)—, tan solo hay una regla general en las relaciones entre Estados: la ley del más fuerte, o lo que es lo mismo, que los Estados con una mayor fuerza militar siempre dominan; mientras que los Estados más débiles se ven obligados a ser conquistados.

De hecho, la apelación a la legalidad internacional es siempre un recurso cínico de los Estados más débiles. En su obra *Poder y debilidad* (2003), Robert Kagan, uno de los líderes del actual neoconservadurismo, reinterpreta la historia de las relaciones entre Europa y Estados Unidos durante estos dos últimos siglos desde la fundación de la República Estadounidense, en función de estos términos. Así, llega a la conclusión de que, si en la actualidad los Estados europeos apelan al derecho y las instituciones internacionales a la hora de enfrentarse a los problemas del orden mundial, mientras que los Estados Unidos son partidarios de una política más enérgica y decidida que eche mano si es necesario del recurso militar, es porque los Estados Unidos son más poderosos que Europa.

A partir de ese razonamiento tautológico, Kagan concluía que, en primer lugar, a Estados Unidos como única potencia hegemónica le correspondía mantener su abrumadora superioridad militar. Para ello el gobierno estadounidense debería preparar al ejército con el fin de, ante la proliferación de amenazas, ser capaz de librar y ganar varias guerras en varios frentes. Así, pues, el mantenimiento de una constante superioridad militar se materializaría en las siguientes medidas: incrementar el tamaño del ejército; explotar la RMA para modernizar el armamento convencional y nuclear, siendo los primeros también en conseguir la hegemonía militar en la nueva dimensión espacial de la guerra<sup>317</sup>; mantener una

---

316 Uno de los argumentos favoritos de los neoconservadores para justificar los ataques preventivos y criticar las medidas de apaciguamiento que impliquen la intervención del derecho internacional o cualquier tipo de diplomacia con el enemigo es el fracaso de Francia y Gran Bretaña a la hora de tratar de evitar en la medida de lo posible la guerra con Hitler, sobre todo desde que este comenzó a violar el derecho internacional anexionándose Austria y los Sudetes, puesto que únicamente lograron fortalecer la posición alemana, haciendo que en la subsiguiente guerra, cuyo estallido era inevitable, la derrota alemana fuese mucho más difícil (Kagan, 2003: 24-27).

317 La Operación Tormenta del Desierto, donde la disparidad del número de muertos y heridos entre los dos ejércitos había sido muy grande, había confirmado la opinión de que podría ganarse una guerra sin necesidad de recurrir a una ofensiva terrestre ni sufrir muertos y heridos. Así, durante los 90 la estrategia seguida habitualmente por el ejército estadounidense sería la de los *decapitation strikes* o bombardeos de precisión. Este estilo de combate alcanzaría su cénit en la Guerra de Kosovo de 1999, donde los bombardeos estadounidenses permitieron a las fuerzas de la OTAN conquistar la victoria sin la necesidad de lamentar ninguna baja. Pero las nuevas amenazas terroristas que, desde fines de los 90, comenzaban a hacerse realidad,

superioridad estratégica en términos de armamento nuclear; retomar la iniciativa del escudo antimisiles para asegurar la defensa del territorio nacional; y desplegar las armas y tropas estadounidenses, manteniendo un elevado nivel de vigilancia en todo el mundo, en concreto en las regiones críticas como Oriente Próximo.

Por otra parte, actuar de manera unilateral y preventiva, significaba que el gobierno estadounidense debería estar preparado para emplear su poder militar aun cuando no contase con la sanción de la ONU, o el apoyo de otras instituciones como la OTAN. Por supuesto, actuar de esa manera era actuar a la manera en que lo habían hecho tradicionalmente los imperios a lo largo de la historia. Sin embargo, como ya he comentado, existía un fuerte prejuicio hondamente arraigado en la psiqué estadounidense contra el hecho de que su nación pudiese convertirse en un imperio. A este respecto, los neoconservadores creían que los estadounidenses debían dejar atrás sus prejuicios con respecto al imperio, y acoger la denominación de su nación como tal puesto que no comprometía sus valores fundamentales. El hecho de que Estados Unidos emplease su fuerza militar en todo el mundo no respondía a una campaña de agresión destinada a perseguir fines innobles como el enriquecimiento propio o la adquisición de más territorios. Antes bien, en primer lugar, como demostraba el propio funcionamiento del sistema internacional, la paz solamente podría preservarse mediante la fuerza militar de la potencia hegemónica: siendo Estados Unidos esa potencia, la tarea de establecer una *Pax Americana* le era más bien impuesta que buscada.

Además, el uso de esa fuerza militar era siempre defensivo, ya que constituía una respuesta a amenazas reales. Si era Estados Unidos el que actuaba en el territorio del enemigo y no al revés, ello se debía a la propia capacidad militar estadounidense, que le proporcionaba un alcance y una flexibilidad superiores a las de sus enemigos, y no a que se tratase de un acto de agresión.

Por otra parte, el carácter defensivo del empleo de la fuerza militar se hallaba también justificado por los fines a que estaría orientado: propiciar “cambios de régimen” en los Estados canalla; esto es, la acción militar no sería meramente punitiva, sino también constructiva. No se trataba de establecer un nuevo dominio territorial extendiendo las fronteras de la nación estadounidense, sino de exportar la democracia y la libertad a esos Estados llevándoles los beneficios de la civilización, e integrándolos de ese modo en el lado correcto de la historia. Estados Unidos, como los grandes imperios del pasado, como por ejemplo el Imperio Romano, sería, por lo tanto, un imperio benigno ejerciendo una “hegemonía benevolente”<sup>318</sup> (Purdy, 2003: 104-105).

---

inducirían una nueva modernización del ejército estadounidense. Estos terroristas, frente a la abrumadora superioridad militar de las armas occidentales, se organizaban en pequeñas células, autónomas y carentes de una estructura centralizada, para atacar las principales ciudades de Occidente y los EE.UU. según el principio estratégico del “enjambre” (*swarming*): se coordinaban para atacar conjuntamente y rápidamente se disolvían. Para hacer frente a este nuevo estilo de combate, los teóricos militares estadounidenses propusieron la formación de pequeñas unidades de élite armadas con las últimas herramientas proporcionadas por las tecnologías de la información (Dal Lago, 2014: 169-170).

318 Sobre los numerosos autores neoconservadores o cercanos a posiciones neoconservadoras que, desde fines de la década de los 90 del siglo pasado, justificaron la función imperial de Estados Unidos como una hegemonía benevolente, véanse, además de la de Jeddiah Purdy, las otras colaboraciones reunidas en



Los propios pensadores del pasado, como los autores clásicos, consideraban el ejercicio de esa suerte de hegemonía altruista la mayor gloria para sus Estados. Por eso los EE.UU. deberían dejar a un lado sus reticencias con respecto a la cuestión imperial y acoger esa tarea con ilusión. Desde ese punto de vista, los neoconservadores interpretaban el rechazo que muchos sectores de la población estadounidense mostraban hacia el hecho de que su nación asumiese la condición imperial que le era propia, como provocada por el relativismo cultural: era la sociedad del bienestar la que, al fomentar ese relativismo cultural y el hedonismo egoísta, había aislado a algunos estadounidenses de las duras realidades del poder. Como consecuencia, esos ciudadanos no se mostraban dispuestos a realizar los sacrificios necesarios para mantener su prosperidad y calidad de vida. En vez de dedicar una mayor parte de sus ingresos a programas militares, así como parte de sus esfuerzos al servicio militar necesario para que su nación pudiese preservar la paz mundial, preferían dedicar sus esfuerzos a los ineficientes e ineficaces programas de ingeniería social, que únicamente lograban incrementar la proporción de parásitos del Estado<sup>319</sup>.

Por último, por si cabía alguna duda de que la única manera en que Estados Unidos podría cumplir la función moral que el mito del “excepcionalismo” le atribuía era convirtiéndose en un imperio militar, su propia historia reciente lo revelaba claramente: habría sido la postura más beligerante adoptada por la administración Reagan la que habría llevado a la Unión Soviética al colapso económico que sellaría su derrumbamiento definitivo. Gracias a ello, los EE.UU. habían logrado salvar al mundo de una guerra nuclear que habría sido apocalíptica, manteniendo la paz y erradicando para siempre el comunismo (Johnson, 2004: 25).

Estos neoconservadores reunidos en torno al PNAC fueron bastante activos en la escena política e intelectual estadounidense durante los últimos años de la presidencia de Bill Clinton<sup>320</sup>. Cuando se produjeron las elecciones del año 2000, algunos de ellos apoyaron la campaña del candidato republicano, George Walker Bush. Tras la victoria de este último, algunos asumieron cargos en el gobierno en el equipo de Defensa, gracias a la mediación del vicepresidente Dick Cheney y del secretario de defensa Donald Rumsfeld, ambos también integrantes del PNAC. De hecho, Wolfowitz fungiría como número dos de Rumsfeld en el Pentágono. Sin embargo, durante su campaña electoral y primeros meses de mandato, en las cuestiones de política exterior y militar, Bush jr. se mostraría más influido por Colin Powell, Secretario de Estado, cuyo enfoque era más próximo a una *Realpolitik* clásica (Kepel, 2004:

---

(Bacevich, 2003). Una comparación sistemática entre el Imperio Romano y los Estados Unidos actuales es llevado a cabo en (Murphy, 2007). Por su parte, Margaret Malamud (2009) investiga la imagen que de la antigua Roma se proyecta en general en la cultura popular estadounidense.

319 Donald Kagan, clasicista asociado al neoconservadurismo y padre del también neoconservador Robert Kagan, apunta otras dos razones para explicar la ausencia de la voluntad en los Estados Unidos actuales para emplear su poder militar: 1) la influencia de la tradición pacifista cristiana mejor ejemplificada por el famoso “Sermón de la Montaña” del Evangelio de Mateo; 2) la insularidad del territorio estadounidense, siempre a salvo de amenazas directas, fomentó un tradicional aislacionismo entre sus clases dirigentes que les lleva a omitir o disminuir esas amenazas (Kagan, 2003: 496-497).

320 Así, enviaron numerosas cartas a Clinton con la petición de que adoptase una postura más agresiva con respecto a Irak que implicase algo más que el bombardeo aéreo.

No obstante, los atentados del 11 de septiembre de 2001, perpetrados por la organización terrorista Al-Qaeda, cambiaron la tendencia: los neoconservadores encabezados por Wolfowitz poseían una teoría para explicar lo ocurrido y, sobre todo, una solución para hacerle frente<sup>321</sup> (Kepel, 2004: 54). Así, la Estrategia de Seguridad Nacional del año 2002, —el documento que establece la doctrina militar de los gobiernos estadounidenses—, se hacía eco casi al pie de la letra de la política militar que los neoconservadores habían ido elaborando a la largo de la década de los 90 y que serían sistemáticamente presentados en los artículos del PNAC. El objetivo fundamental era mantener la hegemonía militar norteamericana y, a ese fin, era necesario mantener en pie la carrera armamentística, incrementando el presupuesto de Defensa para golpear de manera preventiva, consiguiendo eliminar de manera definitiva los dos nuevos enemigos que se perfilaban en el horizonte: el islamismo radical y el terrorismo internacional que, en ese momento, se confundían<sup>322</sup>.

Desde el punto de vista de la historia estadounidense, la Estrategia de Seguridad Nacional del año 2002 no fue más que la sanción definitiva de las tendencias militaristas que se habían venido manifestando de manera más prominente desde la Segunda Guerra Mundial. En concreto, como sostiene James Carroll (2007) en una opinión que espero que lo expuesto hasta aquí haya contribuido a refrendar, desde que se inició la construcción del Pentágono para la unificación administrativa de las tres ramas del servicio militar en un mismo edificio y departamento, el 11 de septiembre de 1941. Si, como afirma Alfred Vagts en su clásica historia del militarismo (1959), el ejército permanente es la más importante de las instituciones militaristas, la construcción del Pentágono constituyó la primera piedra en el proceso de militarización de la sociedad estadounidense. Un proceso que la carrera armamentística nuclear durante la Guerra Fría contribuiría a afianzar y que la reforma del ejército emprendida en los años 80 consolidaría.

No obstante, no fueron pocos los que vieron en el giro que asumía la política exterior estadounidense después del 11-S un cambio radical con respecto a lo que se había venido haciendo hasta entonces (Mann, 2004: 291-308; Bacevich, 2005: 15-33). En su mayoría, la opinión de estos autores se formaba a partir de un análisis de la nueva retórica empleada por el gobierno de Bush jr., con términos mucho más agresivos como imperio, guerra preventiva, unilateralismo, etc., para justificar la permanente “guerra contra el terror”. Sin embargo, desde el mismo momento en que el gobierno de Bush jr. proclamó esa guerra contra el terror y declaró la guerra a Irak en 2003 como primer acto de la misma, aparecieron numerosas obras dentro de los propios EE.UU. que, como las de Chalmers Johnson (2004) o James Carroll (2007), concebían esa política militarista como el apogeo de una tendencia en la

---

321 Estos neoconservadores racionalizaron los ataques terroristas del 11 de septiembre como un nuevo Pearl Harbour. En esta comparación del 11-S con Pearl Harbour subyacía una crítica a la política militar estadounidense cuya función era respaldar el propio ideario neoconservador: el peligro terrorista ya estaba presente con anterioridad a los atentados, como ellos mismos habían avisado y denunciado. Por lo tanto, parte de la culpa de la masacre producida el 11-S se debía al fracaso del propio gobierno estadounidense al hacer caso omiso de las señales que indicaban que iba a suceder, manteniendo un nivel de vigilancia y alerta adecuados, así como una constante preparación militar para hacerle frente (Dower, 2012: 35-213).

322 La Estrategia de Seguridad Nacional del año 2002 promulgada por el gobierno estadounidense fue consultada en la siguiente dirección: <http://www.state.gov/documents/organization/63562.pdf>.

política estadounidense cuyos orígenes se retrotraerían a la Guerra Fría<sup>323</sup>.

En concreto, que este militarismo estadounidense no era algo nuevo se manifestaba para estos autores en una serie de características que había asumido la política militar del país desde la Segunda Guerra Mundial, y que se habían reforzado como consecuencia de la derrota de Vietnam: 1) la configuración de una clase militar profesional y la glorificación de sus ideales; 2) la preponderancia de militares y representantes de la industria armamentística en el gobierno civil; 3) la asunción de políticas en las que la preparación para la guerra aparecía como la más alta prioridad del Estado (Johnson, 2004: 70-77).

Estos autores, regresando al presente, anunciaban que la política militarista asumida por el gobierno de Bush jr. tendría nefastas consecuencias tanto para los EE.UU. como para el resto del mundo. Así, por un lado, contribuiría a socavar la hegemonía estadounidense y su pretensión de ser un imperio benevolente al provocar más resistencia, violencia y devastación, como ya se estaba demostrando en Oriente Próximo, desestabilizando el orden mundial (Mann, 2004: 299-300). Y, por otro lado, minaría los fundamentos de la propia democracia estadounidense, convirtiendo el gobierno doméstico en un gobierno despótico y autoritario para sus propios ciudadanos que hechos como la aprobación de la "Patriot Act" revelaban claramente (Johnson, 2004: 315-346).

### **3.4. Guerra y Cultura: la ideologización del combate**

Como se ha podido observar hasta aquí, desde la Guerra Fría el militarismo estadounidense fue justificado por pensadores militares, historiadores, politólogos o filósofos a partir de la combinación de una serie de ideas clave. En primer lugar, todos concebían la guerra como un instrumento necesario y permanente de la política estatal. En segundo lugar, Estados Unidos debería emplear la superioridad militar de la que disfrutaba para aniquilar o conquistar a sus enemigos contribuyendo a preservar la paz mundial. Una tarea que, asimismo, entendían que obligaba a los EE.UU. a seguir preservando esa superioridad militar de cara al futuro. En tercer y último lugar, bien apelando al mito del excepcionalismo americano o a conceptos como el de civilización, todos constataban la superioridad moral y cultural de Estados Unidos. Ello les permitía proporcionar una justificación teórica a esa política militarista e imperialista que buscaba la derrota total del enemigo ya que, además de garantizar la supervivencia de su nación, contribuiría a difundir sus superiores valores.

Como trataré de demostrar a continuación, esas tres ideas también estarán presentes en la teoría del *Western Way of War* de Hanson. Así, su definición de la guerra como cultura, permitirá al clasicista estadounidense constatar la existencia de varias culturas militares y,

---

323 En su caracterización del militarismo estadounidense estos autores se muestran deudores de la definición ofrecida por Alfred Vagts como *a vast array of customs, interests, prestige, actions, and thought associated with armies and wars and yet transcending true military purposes [...] militarism displays the qualities of caste and cult, authority and belief* (Vagts, 1959: 13). Así, por ejemplo, para Johnson el militarismo es un "fenómeno que tiene lugar cuando las fuerzas armadas de un país colocan su preservación institucional por encima del objetivo de la seguridad nacional o de su compromiso con la estructura de gobierno de la que forman parte" (Johnson, 2004: 32). Por su parte, en opinión de Bacevich, el militarismo estadounidense se fundamentaría en una "visión heroica y romántica de la profesión militar, la tendencia a considerar el poder militar como la verdadera medida de la grandeza nacional, y expectativas demasiado elevadas respecto al uso de la fuerza" (Bacevich, 2005: 3).

ante todo, la superioridad de una de ellas, la occidental representada en la actualidad por los Estados Unidos. Dicha cultura militar, gracias a su comprensión de que la aniquilación del enemigo en batalla es la mejor forma de proporcionar una solución rápida y decisiva a la guerra y asegurar una paz estable, permitió a los ejércitos occidentales derrotar casi siempre a los ejércitos de otras civilizaciones y llegar a conquistar el mundo, demostrando al mismo tiempo la superioridad de los valores occidentales.

Al racionalizar el estilo de combate de los antiguos griegos como una invención artificial motivada por los requisitos de un estilo de vida agrario, Hanson matizaba la concepción tradicional de los orígenes del *agôn* hoplita tal y como había venido siendo formulada por los historiadores de la Grecia clásica desde principios del s. XX. Según autores como Eduard Meyer, Hilda Lorimer, Martin Nilsson, Antony Andrewes, etc., un cambio en la tecnología militar, esto es, la adopción de la doble abrazadera en el escudo argivo, habría propiciado el cambio en las tácticas y la manera de combatir de los ejércitos helénicos, dando origen a la falange y el *agôn*. Es más, extendiendo ese argumento, estos autores sostenían que esa transformación en la esfera militar habría propiciado una serie de cambios en la esfera social y política que terminarían desembocando en el nacimiento de la *polis* clásica con su democracia, su filosofía, su arte naturalista, etc. El combate agonal en falanges instilaba una mentalidad igualitaria en los combatientes, que daría lugar a un nuevo tipo de hombre que, imbuido por esa mentalidad, instauraría un nuevo tipo de régimen político acorde con sus aspiraciones y valores, la democracia. En resumen, para estos autores la *polis* clásica se habría forjado en la guerra (Echeverría, 2008).

Por su parte, Hanson, aunque también veía el nacimiento del combate agonal como una revolución, pensaba que esta, sin embargo, había sido resultado de una transformación en la esfera económica: en la base del proceso que condujo a la formación de la *polis* clásica estaría el cambio en la práctica agrícola<sup>324</sup>. En términos puramente militares ello significaba que la modificación en la táctica, (la adopción de la falange), habría precedido y estimulado el cambio en la panoplia militar. Ese argumento de la revolución agrícola y la formación de la cultura de la *polis* clásica lo desarrollará en *The Other Greeks. The Family Farm and the Agrarian roots of Western Civilization* (1995 [1999]). En este trabajo, en el que definirá por primera vez los fundamentos esenciales de la cultura de la *polis* clásica como una cultura agraria, desarrollará el argumento de esta cultura agraria como origen de la cultura occidental, enumerando, además, sus características definitorias. Por lo tanto, esta obra debe verse como una ampliación y necesario refuerzo del argumento desarrollado en *The Western Way of War*, donde se establecía de manera implícita la relación entre estilo de combate y

---

324 En opinión de Hanson, el cambio en la esfera económica habría motivado la transformación en las esferas social, política y, finalmente, militar. Al contrario que los historiadores que se adherían a la teoría tradicional de la revolución hoplita, que contemplaban las relaciones político-militares como las más importantes a la hora de definir una sociedad, el clasicista estadounidense otorgaba a las relaciones económicas la primacía como determinantes del cambio social e histórico. Siguiendo la teoría de la historia elaborada por Antonio Campillo (2001), diré que el nuevo enfoque refleja la transición entre unos autores cuya concepción del mundo es la propia de una sociedad estamental, a otro cuya concepción del mundo es la propia de una sociedad capitalista como los EE.UU. actuales. Y es que, a partir de sus obras, se puede conjeturar que Hanson, al igual que John Locke o Adam Smith, posee una concepción liberal del Estado según la cual este no sería más que un instrumento destinado a proteger las libertades del individuo, especialmente la propiedad privada. Por lo tanto, en la concepción de la historia de Hanson, la guerra devendría importante adquiriendo su papel como motor del progreso a partir de la aparición de la verdadera civilización en la antigua Grecia.

cultura.

Las líneas generales de la hipótesis acerca de los orígenes de la *polis* que avanza Hanson en *The Other Greeks* mantiene la misma secuencia de eventos que la historiografía de la antigua Grecia ha venido tradicionalmente asociando con la formación de la cultura clásica helénica. Es decir, que el nacimiento de la *polis* en la época arcaica (ss. VIII-VI a. C.) vendría necesariamente precedido por el derrumbe de la civilización micénica y la época oscura que siguió a la caída de esa civilización. Según Hanson, la desaparición de las ciudades regidas por los complejos palaciales de estilo micénico<sup>325</sup> tendría tres consecuencias vitales para impulsar la revolución agrícola de finales de la época oscura: 1) desaparición de la jerarquía política propia de la sociedad micénica; 2) reducción drástica de la población; 3) fin de la propiedad colectiva de los campos, así como de una producción agraria planificada desde los palacios micénicos, cuyos rendimientos eran requisados por estos y redistribuidos al conjunto de la población (Hanson, 1999: 28-29).

Sobre todo, la pérdida de población y el fin del sistema de explotación agrícola micénico significó que una gran cantidad de tierra estuviese disponible para una poca gente que, además, podía poseerla y cultivarla a título individual, puesto que no existía ninguna autoridad palacial que fijara las técnicas de producción, los cultivos, ni requisara los excedentes. En pocas palabras, y traducido al idioma común de hoy en día en que impera la jerga economicista propia del capitalismo, en opinión de Hanson, la consecuencia más importante de la desaparición de la civilización micénica habría sido la “liberalización” de la propiedad y explotación de la tierra. Esta liberalización abría unas magníficas posibilidades de experimentación en la producción, procesamiento y almacenado agrícola, así como la perspectiva de que los conocimientos requeridos para llevar a cabo esas innovaciones se difundieran entre todos los propietarios al no existir ningún tipo de control centralizado que limitase la expansión del conocimiento (Hanson, 1999: 30-31).

Con todo, esa revolución agrícola no sucedió de inmediato tras la desaparición de las jerarquías políticas y sociales asociadas a los complejos palaciales, sino que a las grandes ciudades micénicas rodeadas y defendidas por murallas ciclópeas siguió un poblamiento disperso en pequeñas aldeas regidas por una serie de reyezuelos, jefes tribales o aristócratas<sup>326</sup> que definieron una estructura política descentralizada y laxamente jerarquizada. En este nuevo contexto social y político, la posesión y cría de ganado era la principal actividad económica, así como fuente de riqueza y, por ende, estatus social. No obstante, los beneficios producidos por la ganadería debían complementarse con los ingresos obtenidos en la guerra. Durante esta época era normal que los *basileis* reuniesen pequeñas bandas privadas de guerreros entre los hombres de sus aldeas que se dedicaban estacionalmente a la piratería por mar, o a realizar incursiones por tierra destinadas al robo de ganado. De hecho, tanto la capacidad de reunir en torno a sí bandas de guerreros, como de realizar incursiones exitosas que se saldasen con la toma de botín, constituía otra fuente

---

325 Hanson se hace eco de las diferentes teorías historiográficas que han sido esgrimidas para explicar el derrumbe del sistema palacial micénico. Sin embargo, no osa pronunciarse a favor de ninguna de ellas (Hanson, 1999: 28).

326 Hanson emplea el término anglosajón *chieftain* para referirse a estos personajes que en las fuentes clásicas aparecen a menudo consignados como *basileis* (Hanson, 1999: 32).



de prestigio social y político para los *basileis*.

Así, pues, pese a la desaparición de las condiciones materiales que sustentaban la agricultura colectiva y centralizada típica de la época micénica, durante los más o menos cuatrocientos años que duró la edad oscura, la Hélade se caracterizó por ser, en líneas generales, una región con una baja densidad de población dedicada fundamentalmente a la ganadería y la guerra, en la que la agricultura tenía una importancia subsidiaria, siendo la práctica agraria simple y extensiva (Hanson, 1999: 32-33).

Para que la revolución agrícola se hiciese realidad se precisaba, junto con la liberalización de la tierra provocada por el derrumbe de los “autoritarios” complejos palaciales micénicos, otro factor: la expansión demográfica. Hanson sitúa el inicio de este cambio en los patrones demográficos<sup>327</sup> a la altura del s. IX a. C. debido a que en esa época (según los testimonios arqueológicos y literarios) habrían comenzado a abandonarse los sistemas de control de la reproducción y el matrimonio apoyados por los aristócratas de la época oscura para mantener controlada la población; algo necesario si tenemos en cuenta que, en términos económicos, la Hélade era, por aquel entonces, una región pobre. Desde este punto de vista, la acuciante necesidad de tener que alimentar más bocas actuó como catalizador de la transición a un sistema de explotación agraria intensiva, —proceso que Hanson considera que culmina hacia el final de la época oscura en torno al 750 a. C.—, pues esa expansión demográfica habría motivado el ensayo de dos soluciones: la colonización de nuevas tierras en el extranjero<sup>328</sup> y la mejora de la productividad de las tierras propias con el fin de abastecer de alimentos a una creciente población que no podía vivir exclusivamente de la cría de ganado.

Esta última solución indujo a la introducción de cambios en la práctica agrícola por un lado, así como en los patrones de ocupación de la tierra por otro. De este modo, comenzó a experimentarse con nuevas técnicas de producción y nuevas especies de cultivo, las cuales se diversificaron (Hanson, 1999: 41-45). Y, por otra parte, como refuerzo de lo anterior, se puso en marcha un proceso de colonización interior con la puesta en explotación de tierras hasta entonces marginales, y la aplicación de las nuevas técnicas a tierras ya trabajadas pero poco aprovechadas (Hanson, 1999: 38-40).

Todos estos cambios resultaron en la mejora de los rendimientos agrícolas, aunque también acarrearón una intensificación del trabajo que requerían los campos: las tareas de cultivo, irrigación, procesado y almacenaje del alimento, etc., precisaban de una mano de obra más numerosa que se solucionó recurriendo en parte a un trabajo esclavo que las tradicionales incursiones piráticas comenzaron a satisfacer. Por su parte, la atención casi exclusiva que el nuevo sistema de agricultura intensiva obligaba a prestarle a la campiña,

---

327 El clasicista estadounidense caracteriza este proceso de expansión demográfica como cíclico, con períodos de avance y estancamiento, así como siguiendo ritmos diferentes según la región geográfica de que se tratase (Hanson, 1999: 36).

328 De manera coherente con su argumento, para Hanson los colonizadores no serían tanto los miembros más desfavorecidos de la sociedad, sino aquellos pertenecientes a la nueva clase de campesinos independientes y propietarios que practicaban una explotación intensiva de la tierra. La razón de su marcha se debería al hecho de que no podrían heredar ningún lote de tierras en su propia comunidad. Estos colonizadores compartían, pues, la misma concepción novedosa de la agricultura (Hanson, 1999: 38).

terminó por obligar a los griegos que la habían inventado a residir en los campos que cultivaban de manera permanente (Hanson, 1999: 50-88; 90-106; 152-165). De este modo, se institucionalizó por toda la región heládica el denominado *klerós*, o como Hanson lo define, *a privately held plot attached not to any one person, but rather in perpetuity to a single farm-family or oikos* (1999: 35). Dicho de otro modo, según la concepción de Hanson, el *klerós* no fue más que la institucionalización de la propiedad privada de la tierra por parte de los antiguos helenos.

Por último, esos campesinos helenos que llevaron a cabo la revolución agrícola mostraron una tendencia a mantener un equilibrio proporcional en la extensión de los lotes de tierra que se repartían entre sí, lo cual era un reflejo de la propia conciencia que tenían como grupo social diferente que hacía gala de una mentalidad igualitaria frente al resto de las clases sociales imbuidas de una tradicional mentalidad jerárquica (Hanson, 1999: 126-133; 181-189).

Así, pues, la revolución agrícola de fines de la época oscura daría lugar al surgimiento de una nueva clase social: la de los campesinos propietarios de las pequeñas parcelas que trabajaban, inventores y practicantes de un nuevo tipo de agricultura intensiva. Este tipo de agricultura intensiva que multiplicaba la productividad de sus campos les permitía satisfacer no solo sus necesidades alimenticias, sino todo tipo de necesidades materiales mediante la comercialización de los excedentes. Por lo tanto, esa eficiencia productiva de la nueva práctica agrícola constituía la base de su independencia. Esta práctica agrícola inducía una concepción del mundo que, denominada por Hanson como *agrarianism* o “agrarismo”, ensalzaba valores como igualdad, independencia/libertad, trabajo duro y paciencia, sacrificio y constancia que llevaba asociados, propiedad privada o eficiencia productiva. No es de extrañar, por lo tanto, que, al asociar a estos *mésoi* de los que hablan las fuentes clásicas con tal concepción del mundo (Hanson, 1999: 109), Hanson los caracterizase como una especie de “clase media” helénica o *middling farmers* (Hanson, 1999: 7).

Pronto la agricultura intensiva practicada por estos *middling farmers* devendría en la actividad económica más importante de las comunidades helénicas al ser su principal fuente de riqueza. Esta primacía económica también se manifestaría en el campo de batalla, donde esa riqueza permitía a los nuevos campesinos propietarios e independientes costearse su propio equipo militar. Dicho equipo constaba de una armadura y unas armas de hierro y bronce que, como el casco corintio, la coraza, las grebas, la lanza o el escudo argivo, suponían una mejora con respecto a los equipos militares anteriores.

Asimismo, en el campo de batalla la mentalidad igualitaria de los *middling farmers* daría lugar a un nuevo tipo de táctica: la falange, donde lo importante no era la realización de proezas ni desafíos individuales, sino el mantenimiento de la propia posición dentro de las filas luchando de manera solidaria, hombro con hombro, con los compañeros situados a los lados hasta la muerte. Por otra parte, debido a los duros condicionantes del tipo de vida agraria que llevaban, y con el fin de no disminuir su productividad, los campesinos propietarios que luchaban en falanges completamente revestidos de bronce (los denominados *hoplitas*), tendían a cargar contra sus rivales en un asalto frontal con la intención de aplastarlos y poner fin de manera inmediata y decisiva al combate. Cuando la falange cargaba, si conseguía mantener la cohesión y la disciplina, era como un rodillo que,

en campo abierto, se mostraba superior a cualquier ataque de caballería o de infantería ligera. Amparados, pues, en una tecnología y táctica superiores, esos hoplitas terminarían por adquirir la función de la defensa militar de sus comunidades hasta entonces tradicionalmente en manos de la aristocracia ecuestre.

Por último, puesto que su actividad era vital para el funcionamiento y supervivencia de la comunidad desde un punto de vista económico y militar, durante la época arcaica estos campesinos propietarios-hoplitas irían desplazando paulatinamente a la aristocracia como clase social que definía los intereses de la comunidad y determinaba su dirección política. Esto es, también se hicieron con el poder político. En este ámbito los campesinos-hoplitas establecerían un nuevo tipo de gobierno, la *democracia*, que se configuraría en sus orígenes como una oligarquía de base amplia de pequeños terratenientes que se concebían a sí mismos como iguales. Esta democracia no se basaba en la autoridad absoluta de uno o unos pocos, sino que, garantizando la libertad de opinión y fomentando la crítica y el disenso de sus miembros a través del derecho a ejercer la palabra y el voto en la asamblea o *ekklesia*, buscaba favorecer un proceso político en el que el futuro de la comunidad se decidiese mediante el consenso.

De este proceso político, por otra parte, los campesinos-hoplitas apartaron de manera consciente la influencia que podrían desempeñar sus propias supersticiones. Así como en el ámbito económico la adopción de una perspectiva empírica sostenida por la razón había sido esencial para el despegue iniciado a finales de la época oscura, en el ámbito político, donde se tomaban decisiones de vital calado para el futuro de la *polis*, era, si cabe, más importante que las supersticiones de tipo religioso no se entrometiesen en el proceso de deliberación dejando a la razón reinar soberana.

En último lugar, a través de las leyes que aprobaron y redactaron, los campesinos-hoplitas establecieron las condiciones que deberían reunir aquellos miembros de la comunidad que quisiesen entrar a participar en ese gobierno democrático y ser reconocidos como *ciudadanos* de pleno derecho: la posesión de unos acres de tierra y la capacidad de costearse la panoplia hoplita para defender la *polis* en el campo de batalla. De este modo, los *middling farmers* terminarían por convertir su agrarismo en la cultura propia de la *polis* (Hanson, 1999: 179-218).

No obstante, en la interpretación de Hanson, como he dicho más arriba, la cultura propia de los campesinos propietarios e independientes no solo definió la cultura de la *polis* clásica, sino el origen de la cultura occidental (Hanson, 1999: 31) que heredaría las siguientes características:

1. *Private ownership of the land*
2. *Free choice and independence in economic activity*
3. *An economic mentality that sought to improve productivity*
4. *Liberation from oppressive and capricious taxes and rents*
5. *Constitutional government based on local representation*
6. *Chauvinism of a cohesive middle stratum, neither wealthy nor poor*
7. *Notions of egalitarianism and equality of property holding*
8. *Private ownership of arms*
9. *Citizen composition of amateur militias*
10. *Absolute subservience of military organization to civilian political control*
11. *Desire to limit and control of defense outlay*
12. *Preference in warfare for decisive engagement and frontal assault* (Hanson, 1999: 403-404).

Así, el clasicista estadounidense retomaba el argumento tradicional de la historiografía occidental que, como ya he explicado, tendía a considerar que el origen de la historia civilizada habría que situarlo en la Grecia clásica. Este argumento, que en el ámbito historiográfico pasó a ser denominado desde el S. XIX como el “milagro griego” (Gernet, 1983), permite al clasicista estadounidense leer e interpretar el pasado clásico en clave de presente y fundamentar la superioridad de la civilización occidental desde sus mismos orígenes. Sobre todo, esa identificación con el presente se hace evidente en el conjunto de características que atribuye a la cultura griega (occidental), las cuales componen una descripción bastante fiable de lo que en términos económicos, políticos y militares constituye la actual sociedad capitalista, liberal y militarista estadounidense. Por lo tanto, afirmar que un estilo de combate o *way of war* es un rasgo cultural no es una declaración neutra en Hanson, —ni en aquellos que, como Geoffrey Parker, por ejemplo (2010: 7-17), sostienen la existencia de un *Western Way of War*—, sino ideológicamente cargada y con implicaciones para el presente. Estas implicaciones Hanson las desarrollará más clara y ampliamente en su peculiar historia del *Western Way of War* que elaborará en *Carnage and Culture: Landmark Battles in the Rise of Western Power* (2001 [2004]).

No obstante, el primero en definir explícitamente la guerra como cultura sería John Keegan en su *Historia de la guerra*:

*“La guerra no es la continuación de la política por otros medios. El mundo sería más fácil de entender si fuese cierto este axioma de Clausewitz [...] Clausewitz era un hombre de su época [...] Si su mente hubiese dispuesto de otra dimensión intelectual — y no se puede negar que poseía una mentalidad nada corriente— habría sido capaz de percibir que la guerra implica mucho más que la política y que siempre es una expresión de cultura, muchas veces un determinante de las formas culturales y, en algunas sociedades, la cultura en sí”* (Keegan, 1995: 21 y 31; cursiva mía).

En el fondo del rechazo de la famosa definición clausewitziana de la guerra por parte de Keegan yacía una preocupación por la deriva que habría experimentado el combate durante los dos últimos siglos con la invención de armas de enorme poder destructivo como la bomba atómica, que habrían convertido la guerra en una matanza desprovista de propósito y que además amenazaba con destruir la civilización humana. Haciéndose eco de la tesis avanzada más de medio siglo antes por su compatriota Liddell Hart, sostenía que ese modo de comprender y luchar la guerra había sido alentado por esa definición clausewitziana de la guerra como continuación de la política, pues Clausewitz y sus coetáneos inauguraron un modo de concebir la política como consecución del interés nacional que excluía cualquier tipo de restricción moral a la hora de valorar cómo lograr ese interés nacional. En virtud de esa concepción de la relaciones entre los Estados, y teniendo en cuenta la naturaleza de la guerra, Clausewitz llegó a la conclusión de que, si en la guerra no existía más norma que la victoria, la mejor estrategia sería siempre aquella orientada a lograr la aniquilación del enemigo y la ocupación de su territorio.

Sin embargo, Keegan consideraba que esta manera de comprender y practicar la guerra durante los dos últimos siglos que hacía de la victoria militar un fin en sí mismo prescindiendo de todo tipo de restricción moral, y que por ello alentaba las carreras armamentísticas, había sido el sello distintivo de los ejércitos occidentales (Keegan, 1995: 32-45). De hecho, Keegan confirmaba la existencia de un *Western Way of War* al que atribuía las

siguientes características: 1) La batalla decisiva, o como él la denomina “ética de la batalla a muerte a pie”, cuya invención también atribuye a los antiguos griegos. 2) La “guerra santa”: ética que, heredada del Islam durante la Edad Media, dotaría de una dimensión ideológica al estilo de combate occidental, al proporcionar una justificación de la guerra que la convertía en un rasgo social permanente. Como ordenaba el Islam, tan solo finalizarían las guerras cuando todo el mundo se sometiese a la voluntad de Alá. Traducido a términos occidentales, ello significaba que siempre existía un motivo para hacer la guerra a quienes el Estado identificase en cada momento como sus enemigos. 3) Una constante innovación y perfeccionamiento de la tecnología armamentística (Keegan, 1995: 463-465).

Opuesto a ese estilo occidental de la guerra, Keegan reconocía la existencia de un estilo oriental u *Oriental warmaking*, cuyos orígenes atribuía a los guerreros nómadas de las estepas asiáticas que montaban a caballo<sup>329</sup>, y cuyas características serían la “evasión, la dilación y el sesgo”: “el guerrero montado optaba por combatir a distancia, utilizar proyectiles más que armas cortantes, retirarse cuando encontraba fuerte resistencia y recurría a desgastar al enemigo más que arrollarle en un solo enfrentamiento” (Keegan, 1995: 461). Como se puede observar, en la descripción de Keegan ese estilo oriental de la guerra constituye exactamente, en su tendencia a evitar el enfrentamiento decisivo cuerpo a cuerpo y en el predominio del caballero frente al infante así como las armas de tiro, el opuesto del estilo occidental.

Ante todo, en la identificación de dos estilos de combate totalmente opuestos por parte de Keegan, oriental y occidental, se evidencia un prejuicio eurocéntrico. En primer lugar, porque traslada a la historia militar el esquema de enfrentamiento Este/Oeste que, aunque tiene sus raíces en la historiografía clásica, también fue sistematizado por la filosofía de la historia hegeliana, dando lugar a la concepción de un occidente dinámico y progresista, y un oriente estancado y culturalmente atrasado (Goody, 2011: 31-32). Por lo tanto, está claro cuál es el estilo de combate que Keegan entiende como superior: aquel que hace uso de ejércitos disciplinados y de la batalla para poner fin a la guerra de manera rápida y decisiva; es decir, el occidental.

En cualquier caso, como he destacado al principio de este análisis de la obra de Keegan, su uso del concepto de cultura a la hora de analizar la historia militar es mucho más complejo y también está determinado por la terrible deriva experimentada por la guerra durante los dos últimos siglos, precisamente por culpa, como él mismo precisa, del estilo occidental de combate. Así, pues, continuando con una línea argumental que ya había inaugurado en *The Face of Battle*, el definir la guerra como cultura le sirve para ensalzar una característica del estilo oriental de combate, así como del de las sociedades tribales: el concepto de restricción bélica, de que los preceptos morales y religiosos deben imponer límites al combate. Ello constituye una crítica abierta a un estilo occidental que, influido por la definición clausewitziana, se olvidó de esas restricciones morales y condujo, durante el último siglo, a Europa y al mundo en su conjunto al borde de la auto-aniquilación. El primer paso para las sociedades occidentales debería ser, en opinión de Keegan, descartar la

---

329 Según Keegan, en su manera de hacer la guerra “a la oriental”, estos guerreros montados a caballo serían descendientes de los guerreros montados en carro de los grandes imperios orientales de la Edad de Bronce como los asirios (Keegan, 1995: 198-222).



concepción de la victoria militar como fin en sí mismo y precisar qué tipo de medios son aceptables para obtener la derrota del enemigo; medios que considera necesarios para hacer de la guerra un instrumento de la relación política entre los Estados, tal y como la definía Clausewitz, pero de una relación política mediada por el debate moral con el fin de servir verdaderamente a la civilización (Keegan, 1995: 462-463; 465-466).

En *Carnage and Culture*, como dije la historia oficial de Hanson del *Western Way of War*, el clasicista estadounidense parte de esa definición de la guerra como cultura establecida por Keegan en su historia de la guerra de 1993 (Hanson, 2004: 22-24). La explicitación de este vínculo entre guerra y cultura será fundamental, porque en esta obra, en la que realiza un recorrido por la historia militar occidental desde la antigua Grecia hasta la actualidad a través de nueve batallas, Hanson profundizará la tesis de Keegan, según la cual la superioridad militar occidental se asentaría en su superioridad cultural.

Asimismo, y a diferencia del historiador militar británico, Hanson sitúa esta tesis dentro del debate historiográfico más amplio que se pregunta acerca de las razones del dominio sobre el mundo que, a partir especialmente del s. XIX, ejercerían los Estados occidentales<sup>330</sup>. La respuesta de Hanson es evidente, y no hace más que redundar en las teorías de principios del s. XX que, como la de Toynbee, racionalizaban la hegemonía occidental en términos de una superioridad cultural. De ese modo, Hanson rechazaba las teorías de tipo geográfico, biológico o tecnológico, como las reunidas por Jared Diamond en su exitosa obra *Armas, gérmenes y acero* de 1997.

Pero Hanson, además, constataba que esa superioridad occidental se habría verificado en el campo de batalla. De hecho, para el clasicista estadounidense, si occidente no hubiese conquistado *manu militari* la mayor parte de las regiones del planeta tierra y, al revés, no hubiese evitado su conquista a manos de ejércitos de otras civilizaciones, a día de hoy no podría hablarse de hegemonía ni superioridad occidental (Hanson, 2004: 30-36). De esta manera puede afirmar que, en último término, “tras la hegemonía política y económica de Occidente se encuentra, en el pasado y en el presente, la peculiar potencia de sus armas” (Hanson, 2004: 30).

No obstante, e igualmente en contra de numerosas teorías que veían el inicio de la superioridad occidental en la revolución militar de la Edad Moderna con la introducción de la pólvora, el descubrimiento del continente americano o la Revolución Industrial del s. XIX, Hanson remontaba dicha superioridad, como he comentado, a los mismos orígenes de la civilización occidental en la Grecia clásica (Hanson, 2004: 36-38). El acontecimiento decisivo, que determinaría el despegue occidental y constituiría un claro indicio de la posterior historia triunfante de los Estados occidentales, sería la victoria de la coalición de *poleis* helénicas lideradas por Esparta y Atenas frente al Imperio Persa en el s. V a. C. (Hanson, 2004: 76).

En ese enfrentamiento contra los persas se probaría por primera vez la superioridad del estilo de combate occidental que se basaba, precisamente, según la interpretación de Hanson, en una serie de ventajas que les proporcionaba esa cultura agraria. En primer lugar,

---

330 De hecho, el título de la obra en su edición británica es explícito a este respecto: *Why the West has Won: Carnage and Culture from Salamis to Vietnam*.

los valores de igualdad y, sobre todo, libertad (económica y política) que garantizaban las leyes de la *polis* y fundamentaban su sistema de gobierno, se traducían en una superior moral de combate. El igualitarismo, como ya ha sido explicado, era la fuente de la que emanaba la disposición táctica de la falange. En sus apretadas filas, en las que cada soldado debía mantener su posición a toda costa protegiendo con su escudo el flanco desnudo de su compañero situado a su derecha, se respiraba un ambiente de camaradería producto del sentimiento de clase de los campesinos-hoplitas que cohesionaba la tropa.

Por su parte, la libertad de los antiguos helenos poseía varias dimensiones que también se reflejaban de diversas maneras en el combate. En primer lugar, la libertad económica, que se sustanciaba en el derecho a poseer las tierras que se cultivaban y a decidir sobre el destino de su producto, llevaba a los campesinos de la falange a combatir con un sentido nacionalista del territorio (Hanson, 2004: 186). En segundo lugar, la libertad también era política, lo que significaba que el ciudadano tenía derecho a expresar sus preferencias en la asamblea de la *polis*, mediante el derecho al voto y a la palabra, participando activamente en el proceso de toma de decisiones que afectaban al destino de su comunidad. Este proceso tenía un carácter deliberativo, y en él el reconocimiento de la libertad individual era la base a partir de la cual cada ciudadano podía ejercer su crítica y mostrar su disconformidad con las decisiones adoptadas. Esto significaba que todo ciudadano podía participar en la decisión de si su comunidad iría o no a la guerra.

Al mismo tiempo, en el campo de batalla la solidaridad y camaradería que reinaban en las filas de la falange se combinaban con la expectativa de que cada ciudadano-hoplita hiciese gala de su propia iniciativa para poder decidir por sí mismo el curso del combate<sup>331</sup>. En pocas palabras, los ciudadanos que luchaban en la falange tenían la seguridad de que su mérito individual sería reconocido y por esa razón aceptaban de buen grado su responsabilidad en la defensa de la comunidad. Los antiguos griegos comprendían que el disfrute de las libertades de las que gozaban, y que sus leyes garantizaban, exigía como contrapartida el deber de defenderlas en la guerra. A esa libre aceptación de la participación en el ejército de la que hacían gala los ciudadanos helénicos, fuente última de disciplina, la denomina Hanson “militarismo cívico”. A este respecto, no obstante, Hanson matiza su argumento: y es que el hecho de que los antiguos griegos asumiesen la necesidad de participar en la guerra no significa que hubiesen instaurado una cultura militarista. Si bien sostenían una comprensión trágica de la guerra, al concebirla como un rasgo permanente de las relaciones entre Estados, gracias a su prudencia entendían que no todas las guerras eran merecedoras de ser luchadas (Hanson, 2011: 58).

En ese sentido, la cultura helénica siempre se mostró preocupada por discernir y explicitar las causas de los conflictos, hasta que fueron sistematizadas por Tucídides: el honor, el temor y el beneficio (Hanson, 2004: 494). Desde ese punto de vista, los antiguos griegos nos habrían legado la firme creencia de que las únicas guerras que merecen la pena de ser luchadas son aquellas en las que, como la librada contra los persas en los albores del S. V a.

---

331 Lo cual disminuía la importancia a nivel táctico del general o *estrategos*. De hecho, como el propio Hanson indica, la función más importante del *estrategos* tenía que ver con el mantenimiento de la moral de combate: luchando denodadamente hasta la muerte en primera fila de la falange, él proporcionaba un ejemplo y estímulo para el coraje de todos los hoplitas (Hanson, 2010: 25).

C., se encuentra en juego la defensa de la patria, y por ende, de la libertad<sup>332</sup>. Por último, el estilo de combate que esos antiguos griegos practicaban, la batalla decisiva, revela la profunda comprensión que poseían de la naturaleza de la guerra. En ella, puesto que lo único que cuenta es la victoria, tan solo el combate cuerpo a cuerpo, poniendo en juego la aplicación de toda la fuerza disponible, permitirá desarmar o aniquilar, zanjando el conflicto de forma rápida y limitando, con ello, sus consecuencias destructivas.

Recapitulando lo expuesto, la batalla decisiva, la disciplina, la libertad individualista, el igualitarismo cohesivo y solidario, la capacidad de crítica y el control cívico de la actuación militar, y el militarismo cívico serían las características que conformarían el primer núcleo de la cultura militar de la *polis*, y por extensión de la cultura militar occidental.

Frente a esos helenos y su cultura cuyos valores de igualdad y libertad, así como racionalismo sustentaban sus gobiernos representativos y de consenso, la cultura persa, imagen perfecta del Oriente, es presentada por Hanson como ejemplo de barbarie e inversión de la civilización occidental. Ahí gobernaba un régimen autocrático dominado por la voluntad de un soberano que reclamaba la obediencia y sumisión absoluta de sus súbditos, fomentando el culto idolátrico a su persona y fundando sus decisiones en el mero capricho personal (Hanson, 2004: 51-58).

No obstante, como ya había avanzado en *The Western Way of War* y desarrollado de manera más explícita en la *Cambridge Illustrated History of War* editada por Geoffrey Parker en 1995, en su opinión, el enfrentamiento contra los persas tendría una serie de consecuencias que propiciarían una transformación de la cultura de la *polis* y con ello de la cultura militar occidental. En primer lugar, por primera vez los campesinos-hoplitas griegos que luchaban en la falange probaron qué significaba la guerra total, pues el ejército imperial persa no luchaba por solucionar una disputa territorial o la defensa de su libertad, sino por la conquista de Grecia. Puesto que poseían superiores recursos logísticos, la guerra no se dirimió en una simple batalla, saltándose, por lo tanto, las restricciones impuestas por la cultura agraria helénica. Asimismo, esa superioridad logística también permitía a los persas conducir muchos más hombres a la batalla. El ejército persa estaba compuesto por diferentes unidades (infantería ligera, caballería, infantería pesada) que, en vez de confiar en el mero asalto frontal, durante la batalla combinaban su acción de manera coordinada. Por consiguiente, en la guerra contra el Imperio Persa, los antiguos griegos aprenderían que la guerra podría ser *more than a single collision of phalanxes* (Hanson, 2009: 37; 2010: 29-34).

En esta guerra total, en la que tanto la estrategia como la táctica cobraban relevancia, puesto que el tamaño de los ejércitos se incrementaba y el tiempo que duraban las campañas era mucho mayor, el dinero desempeñaba la función más importante actuando

---

332 Como demuestra en *Matanza y Cultura*, para Hanson las guerras en defensa de la libertad emprendidas por los ejércitos occidentales, pueden implicar una acción preventiva (y, en ese caso, ofensiva), o puramente defensiva desde un punto de vista militar. Por lo tanto, implícita en el argumento de que los antiguos griegos y, por extensión, los occidentales han comprendido como justas y luchado únicamente guerras en defensa de la libertad, está su asunción de la teoría del imperialismo defensivo. Por otra parte, entender la defensa de la libertad, ya ello suponga invadir otro país, luchar en territorio fronterizo, o defender al propio país de una invasión, constituye un uso cínico del lenguaje que lleva a equiparar el significado de libertad con el de seguridad (Conde, 2008: 199-208).

como motor del conflicto. Esto significaba, por supuesto, tanto que el hoplita perdería su protagonismo en la dirección de las operaciones y la lucha, así como que la guerra quedaría separada de su anterior base agraria que la delimitaba. Los primeros en practicar esta guerra total en la civilización helénica en los años inmediatamente posteriores a la guerra contra el Imperio Persa, serían los atenienses.

Para estos, la victoria frente a Persia había tenido dos consecuencias. Por un lado, puesto que habían compuesto el grueso de las tropas que había derrotado al ejército persa en la decisiva batalla de Salamina, ascenderían dentro de la civilización helénica al puesto de potencia hegemónica en un liderazgo compartido con Esparta. Por otro, la de Salamina había sido una victoria naval obtenida por la flota y esta, al contrario que la infantería, estaba compuesta por una multitud de atenienses no propietarios pertenecientes a las clases más bajas de la ciudad. Así, pues, y según la costumbre helénica por la que aquellos que defendían a su comunidad en el campo de batalla se ganaban el derecho político de ciudadanía, todos esos remeros de Salamina pasaron a formar parte del cuerpo cívico ateniense y, por su mera superioridad numérica, a controlar la asamblea.

De ese modo, instauraron una democracia radical que corrompió la hegemonía alcanzada por Atenas en la guerra contra los persas merced a la *eunomia* de los campesinos-hoplitas, convirtiéndola en un imperio. Y es que, al carecer de propiedades y educación, esos *thetes* que componían el grueso de la flota ateniense, se aprovecharon de los frutos de la hegemonía para equiparar su condición a la de los campesinos que luchaban en la falange. Remedando el argumento empleado por el Viejo Oligarca en la *Constitución de los Atenienses* atribuida a Jenofonte, Hanson asocia la democracia radical ateniense del s. V a. C. con el Imperio. Señala también que la entrada de esos *thetes* que componían el grueso de la flota ateniense en la asamblea significó el inicio de un proceso de degeneración de las antiguas virtudes morales. Con ellos se dio entrada a la codicia y egoísmo en la escena política ateniense, —que en el terreno militar cuestionarían las bases del militarismo cívico—, provocando a largo plazo la decadencia de la *polis*<sup>333</sup> (Hanson, 2004: 77-79).

La decadencia de la *polis* ateniense sería confirmada por la guerra que, entre el 431 y 404 a. C., la enfrentó a Esparta, su gran rival. Una guerra, como transmitió para la posteridad Tucídides, provocada por el temor que el imperialismo ateniense habría suscitado en los Estados griegos y, en particular, en Esparta. Así, pues, la justicia de la guerra estaba del lado de los espartanos, quienes se erigieron en defensores de la libertad helénica, y terminarían finalmente derrotando a Atenas.

Hanson sostiene que esta guerra entre Esparta y Atenas habría sido la primera guerra total luchada entre Estados griegos, abarcando a la casi totalidad de la civilización helénica en el conflicto y provocando una enorme mortandad, tal y como el propio Tucídides escribió (Hanson, 2005). El caso es que, según la interpretación del clasicista estadounidense, tanto Atenas como Esparta eran dos *poleis* atípicas que podían saltarse las limitaciones inherentes al tradicional estilo de combate ideado por los campesinos propietarios que luchaban en la

---

333 Como puede observarse, este argumento que es empleado en la actualidad por los neoconservadores estadounidenses acerca de que una excesiva prosperidad genera el hedonismo y corrupción moral de las clases más bajas y menos cultas de la sociedad, poniendo en peligro la cohesión social, tiene, pues, un largo recorrido en la historia del pensamiento occidental, pudiendo remontarse a los autores de la Antigüedad clásica.

falange. Así, pese a que Esparta era considerada como la principal potencia militar terrestre y, por tanto, el protagonismo en las guerras recaía sobre sus hoplitas, estos, a diferencia de los de las otras *poleis*, estaban sustraídos de cualquier obligación económica ya que sus campos eran cultivados por sus esclavos *hilotas*. Por eso, los hoplitas espartanos podían y debían dedicarse a labores militares todo el año.

Por su parte, la fortaleza militar y económica de Atenas residía en su flota e imperio marítimo del que extraía el tributo y los productos que precisaba para sobrevivir. Para los *thetes* que la componían, al carecer de propiedades, el imperio era su medio de vida, por lo que remar en la flota que patrullaba las aguas del mar Egeo vigilando las posesiones imperiales atenienses era su principal ocupación.

Pero, sobre todo, para Hanson, la guerra entre atenienses y espartanos que se prolongó *for countless years in a variety of land and sea encounters over a vast theater of operations, involving soldier and civilian alike, until both sides were finally exhausted* (Hanson, 2009: 39), contribuyó a difundir el fenómeno de la guerra total entre los griegos. A partir de entonces, cualquier *polis* que deseara alcanzar la hegemonía debería poder tener los recursos materiales y humanos necesarios para librar la guerra total. Y eso suponía que, en el proceso, la tradicional cultura agraria sería transformada. La difusión de la capacidad para hacer la guerra total entre el conjunto de las *poleis* helénicas las habría embarcado, por lo tanto, en un proceso de cambio a lo largo del s. IV a. C. que las debilitaría, siendo conquistadas finalmente por el monarca macedonio Filipo II.

Pese a que la capacidad para librar la guerra total supuso la ruina a largo plazo de la *polis* clásica, la civilización occidental salió bien librada del envite. La cultura agraria forjada por los campesinos-hoplitas poseía características que le permitían hacer frente a los cambios introducidos por la guerra total, integrándolos sin que ello significara el fin de esa cultura, sino su transformación. Así, al igual que había sucedido a finales de la época oscura en el ámbito de la agricultura, el método empírico y racionalista de investigación que habían inventado los campesinos-hoplitas fue aplicado al ámbito militar. El resultado fue no solo una mejor adaptación a las novedades y una mayor creatividad a la hora de solucionar los problemas militares, sino, asimismo, la creación de una ciencia militar que buscaba sistematizar las leyes de la guerra y que, desde entonces, constituyó una característica más de la cultura militar occidental. Por consiguiente, desde un punto de vista intelectual, los griegos contaban con lo necesario para asimilar los cambios introducidos en la práctica militar por la guerra total como demuestra, por otra parte, su rápida difusión en el s. IV a. C. (Hanson, 2004: 260-262).

Asimismo, la guerra total implicaba una capacidad logística mucho mayor que obligaba al desembolso de grandes sumas de dinero. En este caso, la práctica de la agricultura intensiva había dotado a los campesinos propietarios que luchaban en la falange con una mentalidad económica que buscaba una continua mejora de los rendimientos para obtener cada vez mejores beneficios. La solución adoptada fue revertir esa mentalidad hacia el comercio, con lo cual pudieron obtener las cantidades de moneda necesarias para librar la guerra total, propiciando además el nacimiento del capitalismo que, a partir de entonces, se convertiría en otro de los rasgos típicos de la cultura militar occidental. Una parte de ese dinero generado por la continua búsqueda de beneficio que inducía el capitalismo comenzó a



gastarse también en la producción a gran escala de armas cada vez más sofisticadas y letales, que el enfoque racionalista aplicado a los asuntos militares permitía diseñar (Hanson, 2004: 304-306).

En definitiva, el estilo de combate occidental inventado por los antiguos griegos mejoraría con la introducción de nuevas armas y tácticas: en el s. IV a. C. los ejércitos helénicos eran capaces de luchar, además de batallas decisivas según el estilo tradicional, batallas navales, asedios e incursiones con tropas ligeras. Pero el objetivo seguía siendo alcanzar una solución rápida y decisiva a la guerra mediante la aplicación de todo el potencial militar disponible; aunque ahora, los griegos disponían de los medios para convertir la victoria militar en la destrucción del ejército enemigo y en la conquista de su territorio.

Así, pues, desde sus orígenes helénicos, el *Western Way of War*, al igual que la cultura de la que formaba parte, mostró su dinamismo y capacidad de adaptación al cambio configurando una tradición de pensamiento militar que le permitió mantener siempre la delantera en términos de estrategia, táctica y tecnología armamentística. También creó una capacidad financiera para sostener y hacer realidad esa superioridad militar. Esa cultura militar definida por los antiguos griegos sería heredada por los macedonios, y de ellos pasaría a los romanos, a los caballeros cristianos de la Edad Media, etc. hasta llegar al presente, en que los Estados Unidos constituirán los últimos receptores de ese legado (Hanson, 2009: 10).

Si bien en su obra de 1989, *The Western Way of War*, Hanson se mostraba cauto con respecto al futuro de ese estilo de combate occidental, en *Carnage and Culture*, publicado una década después, con la Unión Soviética y su imperio ya desaparecido y los Estados Unidos como principal superpotencia mundial, el clasicista estadounidense dibujaba un escenario futuro para ese *Western Way of War* bastante diferente. Al comentar en el epílogo de esa obra el futuro de la guerra en general, Hanson señalaba tres escenarios posibles: “que no haya guerras, que haya algunas guerras o que haya una sola guerra [nuclear] que acabe con el mundo” (Hanson, 2004: 493). Concibiendo la guerra, tal y como habían enseñado los antiguos griegos, como un rasgo inherente a la naturaleza humana, Hanson descartaba inmediatamente la primera opción (Hanson, 2004: 493-494). Asimismo, constataba la escasa probabilidad de la tercera opción, puesto que, mediante un simple cálculo racional, cualquiera podría llegar a la conclusión de que tal conflicto podría llevar al final de la humanidad, con lo que la victoria en tal conflicto no tendría sentido.

Hanson también indicaba que, puesto que estaban a punto de hacerse realidad los escudos antinucleares situados en la atmósfera, —referencia velada a la política nuclear estadounidense—, también podría ser que los ataques nucleares dejaran de ser eficaces. Por esa razón sostenía que, “cualquier nación que amenace con utilizar la bomba atómica sabe que se enfrenta a dos alternativas muy desagradables: una represalia masiva y, muy pronto, la posibilidad de que al usarla sea desviada o destruida antes de alcanzar al adversario” (Hanson, 2004: 495-496). Por lo tanto, veía más probable el estallido de conflictos convencionales. De hecho, observaba que la frecuencia y el número de tales guerras luchadas sin armamento nuclear había aumentado desde el fin de la Segunda Guerra Mundial (Hanson, 2004: 496).

Por otra parte, en ese escenario de guerra convencional lo que más le preocupaba era

la posibilidad de un enfrentamiento entre potencias occidentales. Como ya se había demostrado en el pasado, por ejemplo en las guerras mundiales del s. XX, cada vez que Estados occidentales se enfrentaban en el campo de batalla con toda la potencia y letalidad que su cultura prestaba a sus armas, las consecuencias eran terribles y devastadoras. No obstante, haciéndose eco de la denominada teoría de la paz democrática, Hanson predecía que las probabilidades de que estallase una guerra entre Estados occidentales eran razonablemente escasas. Pero, aun así, el pasado le invitaba a mostrar cautela, pues este ofrecía ejemplos de democracias que se habían enfrentado por medios militares: en ese caso, apuntaba, las consecuencias siempre eran desoladoras (Hanson, 2004: 498-501).

Por consiguiente, lo más probable era que, en vista del dominio ejercido en todo el mundo por Occidente y que, como enseñaba la historia, siempre había sido causa de animadversión por parte de aquellas otras culturas que se veían obligadas a sufrir su hegemonía e influencia, se terminasen produciendo guerras convencionales entre ejércitos occidentales y no occidentales. Hanson señalaba como rivales más probables de las potencias occidentales las “semiautocracias más ominosas —China, Corea del Norte e Irán—” (Hanson, 2004: 497). Pese a que actualmente la mayor parte de estos potenciales enemigos occidentales copian la organización militar occidental y se hallan equipados con el mismo tipo de armamento, el clasicista estadounidense opinaba que mientras esos enemigos no adoptasen todas las características de la cultura occidental, seguirían siendo derrotados en el campo de batalla por los ejércitos occidentales, como por otra parte demostraban en las últimas décadas los ejemplos de: Israel durante la Guerra de los Seis Días, Gran Bretaña en su enfrentamiento con Argentina por las Islas Malvinas, o Estados Unidos en su conflicto con Irak de 1991.

En ese sentido, Hanson sostenía que la exportación de la cultura occidental quizá podría contribuir a extinguir gradualmente la hostilidad religiosa, étnica, cultural y racial hacia el propio Occidente (Hanson, 2004: 496-498). Pero, sobre todo, mientras esa paz mundial no tenía lugar, los ejércitos occidentales deberían seguir confiando en la práctica militar que su superior cultura les había proporcionado porque ello les llevaría a derrotar una y otra vez en la guerra a cualquier enemigo que amenazase su civilización (Hanson, 2004: 500-501). En Hanson la guerra, además de una expresión cultural, seguía siendo concebida, al igual que veíamos en el caso de la historiografía científica y positivista, como el principal motor del cambio histórico. Solo que, en la obra del clasicista estadounidense, ese cambio histórico será, además de político, económico y tecnológico, impulsando el progreso de las civilizaciones.

Como se ha podido observar hasta aquí, la teoría del *Western Way of War* no es más que otro ejemplo de esa filosofía de la historia hegeliana que justifica la superioridad y dominio de la civilización occidental. De hecho, el mensaje que Hanson transmite en sus obras, especialmente en *Carnage and Culture*, proporcionó un fundamento historiográfico-filosófico al imperialismo y militarismo de los neoconservadores que dirigieron la política exterior estadounidense durante el gobierno de George W. Bush<sup>334</sup>. Al igual que estos,

---

334 No en vano, Hanson es incluido habitualmente dentro de la nómina de los intelectuales asociados a la ideología neoconservadora: Clarke, Jonathan: “The end of the neo-cons?” *BBC News*, Feb. 9, 2009 <http://news.bbc.co.uk/2/hi/americas/7825039.stm>.

Hanson consideraba un hecho casi seguro el estallido de nuevas guerras que enfrentarían a los Estados occidentales con Estados de otras civilizaciones. Además, sostenía que los Estados occidentales debían afrontar con confianza esos conflictos puesto que, si hacían uso de su tradicional estilo de combate, lograrían aniquilar a cualquier enemigo. La reticencia a hacer frente a esas amenazas aplastándolas mediante la abrumadora superioridad militar occidental solo podría ser consecuencia de la relajación moral y egoísmo causados por la paz y prosperidad del propio mundo occidental. No es de extrañar, por lo tanto, que, durante el primer decenio del s. XXI, Hanson hubiese apoyado, justificándolas en numerosos artículos, tanto la “guerra contra el terror” como las guerras de Irak y Afganistán emprendidas por su país, haciendo de la historiografía una vez más, como sus idolatrados historiadores del pasado clásico, una herramienta al servicio del poder<sup>335</sup>.



---

335 De hecho, la obra volvería a ser reeditada en el año 2002, poco después de que el gobierno de Bush jr. declarase la guerra al régimen talibán de Afganistán, y se convertiría en un best-seller. En esta nueva edición, Hanson añadía un epílogo en el que explicaba que, si el gobierno y ejército estadounidenses seguían los principios del *Western Way of War*, Estados Unidos vencería con toda seguridad la recién proclamada “guerra contra el terror”. Por otra parte, los artículos en que Hanson apoya y justifica las guerras emprendidas por el gobierno de Bush jr. pueden consultarse en su blog: <http://victorhanson.com/wordpress/>.

*Yo me volví a considerar todas las violencias perpetradas bajo el sol. Vi el llanto de los oprimidos, sin tener quien los consuele; la violencia de sus verdugos, sin tener quien los vengue. Felicité a los muertos que ya perecieron, más que a los que aún viven. Más feliz aún que entrambos es aquel que aún no ha existido, que no ha visto la iniquidad que se comete bajo el sol. He visto que todo afán y todo éxito en una obra excita la envidia del uno contra el otro. También esto es vanidad y atrapar vientos.*

#### ECLESIASTÉS

*Historia: relato casi siempre falso de hechos casi siempre nimios producidos por gobernantes casi siempre pillos o por militares casi siempre necios.*

AMBROSE BIERCE, *Diccionario del Diablo*.

## 4. CONCLUSIONES

La actual concepción occidental de la historia, como un encadenamiento de culturas que avanza cronológicamente de la prehistoria hasta el presente, se fundamenta en la filosofía de la historia sistematizada por Hegel en el s. XIX. Según esta filosofía, aunque el inicio de la historia habría tenido lugar con el nacimiento del Estado en Oriente Próximo, la auténtica senda del progreso para la humanidad se habría abierto tras el descubrimiento de la razón en la antigua Grecia. De este modo, mientras que las culturas herederas de la antigua Grecia habrían continuado el progreso iniciado en ella hacia la civilización, las culturas herederas de la próximo-oriental se habrían quedado estancadas en un estado de semi-barbarie. Se trataba, por lo tanto, de una filosofía de la historia de carácter claramente etnocéntrico que avanzaba la idea de la superioridad occidental y que, por ello, ya durante el s. XIX habría sido utilizada para justificar el imperialismo europeo como una misión civilizadora.

Asumida por los historiadores científicos e idéntica a la concepción de la historia en que se basaba el evolucionismo antropológico, esa filosofía también establecía una división neta entre las sociedades estatales, plenamente históricas y más o menos civilizadas, y las sociedades sin Estado, propias de la etapa prehistórica de la humanidad y, en consecuencia, atrasadas e inferiores. Además de en los ámbitos político y económico, esa inferioridad de las sociedades primitivas también era patente en el terreno militar. De hecho, los estudios antropológicos de la primera mitad del s. XX estipulaban que, pese a que en estas sociedades la guerra era un fenómeno común, no obedecía a propósitos racionales. Las sociedades primitivas no poseían Estado, ni ejércitos disciplinados y jerarquizados, ni luchaban batallas con el fin de determinar un vencedor y zanjar el conflicto. En resumen, la guerra no era racional porque no cumplía un propósito político.

Sin embargo, como demostró Clastres, en estas sociedades primitivas la guerra sí era racional. Radicalmente igualitarias, en estas “sociedades contra el Estado” la función política de la guerra era, de hecho, evitar la aparición del Estado. De ahí que en ellas no existiesen jerarquías político-militares que aprovecharan la victoria en la guerra para aumentar su poder con el sometimiento de otros pueblos y la acumulación del botín obtenido. No

obstante, las sociedades primitivas recompensaban a sus “grandes guerreros”, —aquellos que demostraban una mayor habilidad asesinando a los enemigos—, con la concesión de prestigio y autoridad. Un prestigio que les permitía convertirse en jefes y liderar a sus comunidades pero que, como contrapartida, les obligaba a participar siempre desde primera línea de batalla en todas las guerras. En consecuencia, ya desde las sociedades primitivas se establecía un estrecho vínculo entre guerra y poder.

En efecto, en el proceso de transición hacia el Estado es posible observar cómo existe un tipo de sociedades guerreras en las que esos grandes guerreros se erigen en una especie de nobleza dedicada exclusivamente a una función guerrera que les permite el acceso a la jefatura de la comunidad. La victoria en la guerra continuará reportando un gran prestigio y botín, pero ahora esos beneficios serán repartidos única y exclusivamente entre los miembros de la nobleza guerrera. Asimismo, con el fin de conservar el recuerdo de las hazañas bélicas que otorgaban riquezas y gloria a esa nobleza guerrera permitiéndoles liderar sus comunidades, surgirá la poesía épica. De ese modo, este tipo de relatos orales sancionaban la funcionalidad económica y política de la guerra y, por ende, el liderazgo social de la nobleza guerrera.

El nacimiento del Estado, impulsado por la transformación de las bases económicas y demográficas de la sociedad, determinará que la guerra adquiera de manera definitiva una función económica. El botín obtenido en la guerra, —tierras, metales, esclavos, ganado—, será fundamental para consolidar la división social y la conversión de la nobleza guerrera que ejercía la jefatura de la comunidad tribal en el estamento dominante. A partir de entonces, las victorias en la guerra aumentarán el poder y riquezas del Estado que podrá devenir en Imperio. Con el Imperio la función militar y la política se desvincularán, apareciendo los ejércitos regulares de mercenarios o profesionales. Además, debido a su mayor capacidad logística, los imperios lucharán campañas prolongadas cuyo fin será la conquista de las poblaciones enemigas. Esta evolución se puede constatar en la Antigüedad clásica, por ejemplo, en los casos de la *polis* ateniense o la *civitas* romana. Estas pasarán de pequeñas ciudades-estado cuyos ciudadanos, como hoplitas o legionarios, emprendían breves guerras contra las ciudades-estado vecinas que les permitían obtener cierto botín y hegemonía local, a devenir en auténticos imperios cuyos ejércitos regulares de mercenarios o soldados profesionales podían emprender prolongadas campañas de conquista, financiados con el tributo de las poblaciones sometidas y el botín de las propias campañas.

Tanto en la Grecia como en la Roma clásicas, pues, se seguirá manteniendo la estrecha vinculación entre el poder y la guerra, así como su funcionalidad económica. Pero ahora, los beneficios de la guerra (gloria y riquezas) se repartirán entre el conjunto de ciudadanos que se erigirán en el nuevo sujeto político de la ciudad-estado antigua. No obstante, estas ciudades-estado establecerán una serie de reglas y rituales que, concebidos como sagrados, definirán lo que se considerará el procedimiento para que la obtención de poder y riqueza en la guerra sea legítimo. Es decir, un enfrentamiento entre ejércitos de infantería ciudadana donde la clave residiría en la virtud y piedad de esos ciudadanos. Esa regulación de la guerra estaba orientada, por lo tanto, a preservar el dominio político de los ciudadanos. Además, esa regulación sería reforzada por una reflexión filosófica a nivel ético, según la que la guerra tan solo podría tener como finalidad la preservación de la autonomía política y de los aliados. La conquista únicamente estará justificada con respecto a los



pueblos inferiores, los bárbaros. Es decir, en época griega, los no-griegos; en época romana, los no-romanos.

Aunque esta regulación y definición de las funciones de la guerra por parte de las ciudades-estado no impedirían que, en la práctica real, las ciudades-estado más fuertes subyugasen a las más débiles, proporcionaría el marco teórico a partir del que sería racionalizada la guerra en la historiografía antigua. Nacida en el s. V a. C., esta se configuraría como un relato en prosa heredero de la poesía épica cuyo objetivo era conservar el recuerdo de las guerras entre Estados del pasado reciente. Los historiadores accederían a ese pasado gracias a su propio recuerdo, —caso de que hubiesen vivido o protagonizado los hechos descritos—, o del testimonio (preferentemente visual) de terceras partes. Ciudadanos con experiencia en el liderazgo político y militar de sus comunidades, los historiadores emplearían su propia experiencia para ejercer la crítica de los testimonios recopilados y dotar de verosimilitud a sus relatos. La historiografía ofrecía, por tanto, una explicación racional del pasado. Pero esa explicación, al versar sobre hechos contingentes e irrepetibles, no aspiraba a establecer verdades universales sino más bien, en virtud de la concepción de un pasado esencialmente idéntico al presente que se mantendrá hasta la Edad Moderna, ejemplos de liderazgo político y militar. Desde la Antigüedad hasta el s. XIX, la historiografía será concebida como un género literario perteneciente a la rama de la retórica.

Con respecto a la guerra, los historiadores se hacían eco de la noción según la que a la victoria en la guerra iban asociados poder y riquezas. De hecho, transmitían en sus relatos la idea de que la guerra era la causa de que unos Estados prosperasen y otros decayesen. De este modo, sancionaban una concepción del cambio histórico confinada al cambio político y determinado por la guerra. Ahora bien, como he dicho, los historiadores racionalizarán la victoria y la derrota desde la perspectiva de la concepción de la guerra fundamentada por las ciudades-estado. Ello significará concebir la clave del éxito en la virtud del soldado. Esa virtud se manifestaba en el mantenimiento de la disciplina en el campo de batalla que era esencial, por consiguiente, para que los ejércitos pudiesen lograr la victoria. Por el contrario, la pérdida de esa disciplina, consecuencia de la corrupción moral engendrada por la codicia que llevaba a los soldados a combatir no en defensa del interés común, sino por el deseo egoísta de riquezas, causaba no solo la derrota sino que iniciaba un proceso de decadencia del Estado. Por esa razón, los historiadores clásicos siempre mostrarían un prejuicio favorable a los ejércitos disciplinados de ciudadanos que se enfrentaban cuerpo a cuerpo con el enemigo.

No obstante, puesto que se consideraba que la virtud de los ciudadanos emanaba de la constitución política de su Estado, los historiadores antiguos fundamentarían la idea de que, en último término, esta sería el elemento esencial que estaría detrás de la prosperidad de unos Estados y la decadencia de otros. Así, en las obras de los historiadores helénicos, la narración de los hechos militares también daría pie a un debate acerca de cuál sería la constitución política más adecuada para ganar la guerra. Finalmente, en el s. II a. C., Polibio, al analizar la expansión romana por todo el orbe mediterráneo, atribuiría a su constitución mixta el éxito de la República romana. Esta constitución mixta impedía el ciclo de corrupción moral que era típico del resto de constituciones y, por tanto, otorgaba al dominio romano, que era un dominio universal, un carácter estable y destinado a perdurar. Con ello, asimismo, Polibio fundaba el mito de la Roma eterna que sería asimilado por los historiadores romanos y cristianos.

El cristianismo asumirá las concepciones clásicas del poder y la guerra, pero las renovará aportándoles una justificación teológica. En el s. IV, cuando se establezca la alianza entre la Iglesia y el Imperio Romano, Eusebio de Cesarea fundamentará, a partir de la concepción paulina del poder como un don de Dios, la idea de un Imperio Cristiano como instrumento de la providencia divina. Asimismo, Agustín de Hipona, conciliándola con la tradición pacifista del Nuevo Testamento, matizará la concepción clásica de la guerra como instrumento destinado a garantizar la defensa del orden político instaurado por Dios, —que, obviamente, identificaba con el Imperio Romano—, aportando una nueva justificación basada en la doctrina de la recta intención. Por lo tanto, si bien mantenía el estrecho vínculo entre guerra y poder, rechazaba la legitimidad de las guerras de conquista y, por ende, la funcionalidad económica de la guerra. No obstante, también añadiría legitimidad a un nuevo tipo de guerras ordenadas por Dios: las guerras santas, cuya finalidad era la eliminación de los herejes y paganos enemigos de la fe cristiana.

De igual modo, con el cristianismo se desarrollaría una nueva concepción de la historia. Según esta, la historia era por primera vez un proceso global que iría desde la creación del mundo por Dios hasta el final de los tiempos que vendría señalado por la segunda venida de Cristo. La única historia que tenía sentido era la historia de la salvación de las almas. A partir de esa nueva concepción de la historia, Paulo Orosio sistematizaría una historiografía cristiana que, si bien seguía consistiendo en el relato de los principales hechos político-militares, aportaría la novedad de concebir el proceso histórico como una sucesión de imperios que culminaría con la conversión del Imperio Romano en un Imperio Cristiano universal, en lo que suponía la cristianización del mito de la Roma Eterna. La lógica de este proceso histórico estaría regida por la voluntad de Dios que sería el que, mediante la dosificación de su ira, haría avanzar la historia hacia su final. Por esta razón, en esta historiografía cristiana, la guerra, además de ser la causa de la prosperidad y decadencia de los Imperios, pasaba a ser concebida como un instrumento de la providencia divina. Asimismo, el hecho de que los acontecimientos de la historia profana fuesen interpretados a la luz de la historia de salvación significaba que el historiador cristiano, a diferencia del historiador pagano de la Antigüedad clásica, no podría interpretar libremente los hechos del pasado. Estos acontecimientos debían ser interpretados, aplicando el método alegórico, a la luz de la Biblia, en cuyos pasajes habría que buscar la prefiguración de los hechos situados entre la crucifixión de Jesús y la Parusía.

En los reinos germánicos que sucederían al Imperio Romano de occidente se instituiría un nuevo orden político, social y económico (el orden feudal), en el que la función política y militar volverían a ser acaparadas por una casta guerrera: la aristocracia caballeresca. La Iglesia sobreviviría a la caída del Imperio y se asentaría como una institución fuerte en el nuevo orden feudal, restableciendo la alianza con los nuevos poderes políticos, proporcionándoles una fundamentación divina, y legitimando las guerras frente a sus enemigos como guerras santas. De hecho, el objetivo de la Iglesia era revivir la vieja unidad imperial en los territorios occidentales. A ese efecto, restauraría la dignidad imperial en la dinastía carolingia y luego en la otónida. A partir de esta última se configuraría definitivamente el Sacro Imperio Romano-Germánico.

Esa idea de un Imperio Cristiano universal será fomentada y justificada en los reinos germánicos por los miembros del estamento eclesiástico que continuarían cultivando la historiografía cristiana tal y como había sido sistematizada por Orosio. Aunque el grueso de sus relatos lo ocuparán los acontecimientos del pasado reciente de las monarquías germánicas, seguirán insertando esos hechos en el esquema de historia universal más amplio definido por Orosio e interpretándolos a la luz de la historia de salvación. Del mismo modo, sus obras continuarán centrándose en el relato de los hechos político-militares protagonizados por reyes, obispos, sacerdotes, nobles, etc. Y la guerra seguirá siendo concebida como un instrumento de la providencia divina. Así, los hechos militares más importantes serán descritos como victorias milagrosas frente a un enemigo pagano casi siempre superior en términos militares. Y los rezos y plegarias de los personajes eclesiásticos que acompañan al ejército constituirán, más que el desempeño de los soldados, el factor clave.

Por otra parte, la Iglesia no solo se integraría en el orden feudal como un actor político y económico más, sino que también se preocuparía por legitimar ese orden desde un punto de vista teológico. Así, por un lado, en la cúspide la sociedad feudal se situaría el propio estamento eclesiástico, a cuya cabeza estaría el papa de Roma y que ejercería un liderazgo espiritual sobre toda la cristiandad occidental. Por otro lado, en esa cúspide también estaría el estamento de los *bellatores*, es decir, de los monarcas, grandes señores feudales y caballeros, a cuya cabeza se situaría el sacro emperador, encargados de ejercer el liderazgo político y la defensa militar de la cristiandad en sus respectivos territorios. De hecho, la Iglesia consideraría la guerra como un instrumento fundamental para la defensa de este orden feudal, sistematizando su propia concepción de la guerra de manera oficial en el denominado derecho canónico. Según esta concepción, siempre y cuando se respetasen las normas de la declaración previa por una autoridad legítima y su objetivo no fuese la conquista, la guerra podría ser un medio legítimo para solucionar las disputas entre los príncipes cristianos. Pero, sobre todo, la Iglesia, por medio de la declaración de las cruzadas, alentaría la idea de la guerra santa. Asimismo, por último, en su esfuerzo por regular la guerra, la Iglesia también cristianizaría el orden de la caballería y su código de honor.

No obstante, los esfuerzos de la Iglesia por regular y orientar la actividad bélica de los príncipes cristianos fracasarían. Así, los más poderosos aprovecharían la guerra para incrementar su poder a costa de sus vasallos más débiles. Además, la pobreza logística de los ejércitos feudales hacía de las expediciones de pillaje y saqueo dirigidas contra la población civil, que solían terminar en auténticas masacres, elementos estructurales de la guerra medieval. En la práctica, la protección ofrecida por las reglas del código de honor caballeresco únicamente se aplicaba a los propios caballeros y, en especial, en el contexto de las batallas que constituían el tipo de acción militar menos frecuente. En parte, este fracaso de regulación de la guerra estaría determinado por el enfrentamiento entre el papa de Roma y el sacro emperador. Ese enfrentamiento debilitaría a ambas instituciones, permitiendo que los monarcas cristianos reafirmasen su soberanía sobre sus territorios.

Este debilitamiento de la principal autoridad eclesiástica y política del orden feudal, tal y como había sido definido por la Iglesia, se reflejaría en la decadencia de la historiografía cristiana y la emergencia de la historiografía caballeresca. Elaborada por personajes laicos cercanas a la corte en lengua vernacular, las obras de esta historiografía volverán a ocuparse

única y exclusivamente de los hechos político-militares del pasado reciente de las monarquías feudales, que ya no interpretarán recurriendo al esquema teológico de la historia de salvación. Antes bien, los historiadores volverán a ejercer su propio juicio crítico sobre los testimonios a partir de los que reconstruyen esos hechos del pasado. De esa manera, la guerra dejará de ser representada como un instrumento de la providencia divina para volver a ser un medio de obtención de gloria y riquezas que dan acceso al poder. La guerra, por lo tanto, seguirá siendo vinculada al poder y racionalizada, asimismo, desde el punto de vista de ese poder. Lo cual quiere decir que, en esta historiografía, la guerra será justificada desde el punto de vista de la ética caballeresca. De ahí que sus obras transmitan una imagen de la guerra medieval, en la que los protagonistas principales serían los caballeros quienes despliegan todas sus virtudes en el campo de batalla para alcanzar la victoria.

Sin embargo, esta historiografía caballeresca encuentra su apogeo justo en un momento en que el orden feudal entraba en decadencia dando paso al nuevo orden de Estados soberanos en la Edad Moderna. En esta época, la constitución de ejércitos regulares financiados con los ingresos obtenidos de los impuestos y el desarrollo del comercio fue uno de los elementos que contribuyeron a que los monarcas adquiriesen una potestad absoluta sobre los territorios que gobernaban, minando la influencia política de la nobleza terrateniente y, sobre todo, del papa de Roma y del sacro emperador, antiguos líderes político-espirituales de la cristiandad occidental.

De hecho, dentro de este nuevo orden político la guerra pasaría a ser concebida, tal y como fue racionalizada por Maquiavelo en el s. XVI, como un instrumento sometido a la potestad de los monarcas, que estos podrían emplear, siempre y cuando lo considerasen necesario para preservar o ampliar el poder de su Estado. Desde este punto de vista, toda guerra, siempre que se saldase con una victoria, sería beneficiosa ya que reforzaría el poder del Estado. Puesto que la victoria justificaba toda guerra, la reflexión ética acerca de qué tipo de guerras serían buenas y cuáles malas dejaba de tener sentido y, en consecuencia, sería progresivamente abandonada. La guerra se convertía, de este modo, en una cuestión técnica donde lo más importante era conocer los principios que podrían conducir a un ejército a la victoria de manera rápida y eficaz. A este respecto, ya Maquiavelo señalaba que tanto la experiencia propia como, sobre todo, el estudio de las campañas militares del pasado, serían las fuentes a partir de las que los soberanos y los generales podrían extraer el conocimiento de esos principios: se abría así el camino para la constitución de una teoría universal del arte de la guerra.

Durante los ss. XVII y, especialmente, XVIII, aquellos hombres, habitualmente generales pertenecientes a los medios aristocráticos, que cultivaban esta teoría del arte de la guerra, difundirían la opinión de que la mejor manera de alcanzar una victoria rápida y decisiva sería no a través de la búsqueda de la batalla como sostenía Maquiavelo, sino mediante la elección de la ruta o línea de operaciones que permitiese aislar al ejército enemigo de sus puestos defensivos y de aprovisionamiento. Por supuesto, esta conclusión no hacía más que sancionar como paradigmáticos los principios del arte de la guerra de dicha época, en la que la actuación de los ejércitos regulares de los Estados soberanos se hallaba condicionada por el dinero que era necesario para mantener la disciplina y espíritu de combate de los soldados profesionales.

La Revolución Francesa aboliría la sociedad estamental característica de los Estados soberanos y suscitaría el despertar del nacionalismo en toda Europa. En los territorios alemanes ese sentimiento nacionalista permitiría a una serie de pensadores romper con el racionalismo y universalismo ilustrados y sistematizar una nueva concepción del mundo en la que guerra, política e historia se hallaban estrechamente entrelazadas. En primer lugar, Herder sostendría que no existiría una única humanidad, sino múltiples humanidades; tantas como naciones había en el mundo. Cada una de esas naciones representaba una idea de la humanidad diferente, que se manifestaba en lengua, costumbres e instituciones propias. Ahora bien, esa idea o esencia que cada nación representaba se iba configurando a lo largo de su devenir histórico al que dotaba, en consecuencia, de una lógica interna propia. A esta concepción herderiana, en el contexto de la invasión francesa de 1806-1807, Fichte añadiría, basándose en Maquiavelo, que el desarrollo histórico de cada nación estaba marcado por los sucesivos enfrentamientos frente a naciones enemigas. Era la victoria en la guerra lo que, al incrementar el poder de las naciones, hacía que estas avanzasen hasta erigirse en Estados nacionales y consolidaba, por ende, la identidad nacional.

No es de extrañar, por lo tanto, que a partir de esta concepción del mundo surgiese una nueva historiografía en la que la descripción y el análisis de los acontecimientos político-militares constituyesen el tema del relato. Esta historiografía, conocida como científica en virtud de su adopción de un método de crítica filológica que permitía narrar el pasado tal y como había sucedido, hacía de las naciones el sujeto protagonista del devenir histórico y reducía todo cambio histórico a un cambio político, siendo la guerra el principal instrumento impulsor de ese cambio político. Esta historiografía, en fin, fomentaba un nacionalismo militarista y, por esa razón, también desempeñaría un papel relevante a la hora de justificar el estallido de las dos guerras mundiales con que se inició el s. XX.

Por otra parte, la aplicación de los principios de esa nueva *Weltanschauung* alemana, que reaccionaba contra la Ilustración, al ámbito del pensamiento militar serviría a Clausewitz para determinar que no se podría formular una teoría universal del arte de la guerra. La lógica de la guerra era siempre una lógica circunstancial sujeta en cada campaña y época a los dictados de la lógica política. Pese a todo, este militar prusiano reconocía que la estrategia de aniquilación mediante la búsqueda de la batalla decisiva empleada por Napoleón, y que la superioridad numérica y espíritu patriótico con que luchaba el ejército nacional francés posibilitaba, constituía la manera más eficaz de conseguir la victoria. Tipo de estrategia, cuya eficacia y superioridad volvería a ser puesta de relieve casi medio siglo después de las guerras de la Revolución por las victorias del ejército prusiano liderado por Moltke que conducirían a la unificación nacional alemana. Desde entonces, los ejércitos de las grandes potencias europeas asumirían los principios de esa estrategia idealizada por Clausewitz y que había permitido al ejército alemán convertirse en el más poderoso, como artículos de fe.

Con todo, la combinación de ejércitos nacionales junto con la abrumadora potencia de fuego posibilitada por las nuevas tecnologías y producción estandarizada fruto de la industrialización de las principales potencias europeas, harían imposible, como se demostraría durante las guerras mundiales, el ideal de una victoria rápida y eficaz. Pese a los intentos, como el llevado a cabo por Liddell Hart en la época de entreguerras, de definir nuevas estrategias que hiciesen viable de nuevo ese ideal, la guerra se estaba transformando en una matanza indiscriminada de civiles y combatientes con un enorme coste material y



humano para vencedores y derrotados. La invención y el lanzamiento de la bomba atómica pondrían de manifiesto que la capacidad de destrucción alcanzada por el ser humano era tal, que la guerra había dejado de ser un instrumento racional de la política.

Como consecuencia, tras la II Guerra Mundial se asentarían las bases de un nuevo orden mundial que, habiendo sido bosquejado ya en la época de entreguerras, limitase el estallido de nuevas guerras. Asimismo, la historiografía decimonónica que había alentado el nacionalismo agresivo que contribuyó a justificar el estallido de las guerras mundiales entró en declive comenzando a ser sustituida por una historiografía que atendía a los factores económicos y sociales que determinaban el desarrollo histórico. En esta nueva modalidad historiográfica la guerra ya no se estudiaría desde una perspectiva estratégica como un conjunto de batallas, asedios, etc., sino que se prefería estudiar la composición social del ejército o su importancia como institución económica.

No obstante, tras 1945 la guerra continuaría siendo conscientemente buscada. De manera especial, los EE.UU. y la URSS, las dos potencias hegemónicas a nivel mundial, iniciarían una lucha por conseguir la hegemonía absoluta. Sin embargo, esa lucha nunca implicaría el estallido de un conflicto convencional o nuclear entre ambas superpotencias, sino que transcurriría por cauces indirectos: bien por medio de la carrera armamentística nuclear; bien mediatizando las guerras que comenzaron a estallar por todo el mundo tras la II Guerra Mundial a consecuencia del desmantelamiento de los grandes imperios coloniales. Estos conflictos daban pábulo a una política militarista cuyo fin, tanto en el caso de los EE.UU. como de la URSS, era mantener y reforzar la posición hegemónica alcanzada.

Esa política militarista era justificada, en el caso de los EE.UU., por teorías que, en primer lugar, exagerando la amenaza militar presentada por el enemigo al caracterizarlo como únicamente movido por el deseo de poder, asumían la perennidad y carácter necesario de la guerra como instrumento de la política estatal. Asimismo, en segundo lugar, determinaban que el incremento del poderío militar propio mediante la reforma del ejército y la tecnología armamentística constituiría el medio más eficaz para disuadir al enemigo o, en caso de que la guerra llegase a estallar, alcanzar una victoria decisiva. De hecho, durante la Guerra Fría, pensadores militares estadounidenses intentarían definir nuevas estrategias que hiciesen posible la consecución de la victoria tanto en una guerra nuclear como en una guerra convencional.

En este último caso, el pensamiento estratégico conocería un gran desarrollo, sobre todo a partir de la década de los 80, tras la humillante derrota del ejército estadounidense en Vietnam. Tanto la guerra como la derrota suscitaron una gran protesta en Estados Unidos y el mundo que denunciaba el carácter imperialista de las ambiciones estadounidenses así como la irracionalidad de la guerra en general. La respuesta de las instituciones político-militares estadounidenses siguió las líneas de la política militarista que había venido siendo habitual desde la II Guerra Mundial: reforma del ejército y de la tecnología armamentística para incrementar el poderío militar. Esta reforma fue sancionada por los estrategas militares quienes determinaron que, en este tipo de guerras convencionales frente a enemigos de menor poderío militar, la única opción estratégica viable era aquella que permitiese al ejército estadounidense hacer uso de todo su poderío militar para alcanzar una victoria aplastante y decisiva.

Es en este contexto de preocupación sobre el futuro de la guerra donde se debe entender la propuesta historiográfica lanzada por John Keegan en la década de los 70. Esta propuesta reivindicaba un regreso al estudio de la guerra a partir del análisis del combate en sí con sus batallas, asedios, etc., pero desde la perspectiva del soldado y no de la del general como había venido siendo tradicional en los relatos historiográficos desde la Antigüedad clásica. Ello sirvió a Keegan para demostrar que era la excesiva tecnologización que había experimentado el campo de batalla desde fines del s. XIX la que había cambiado el rostro de la guerra inhumanizándola y amenazando con convertirla en un instrumento político obsoleto: el síntoma más claro de esta deriva era la desaparición, desde la II Guerra Mundial, de la lucha de batallas con las que, a través del desarme del enemigo, normalmente se lograba poner fin de manera decisiva a la guerra.

La propuesta historiográfica lanzada por Keegan tendría en el clasicista estadounidense Victor D. Hanson a uno de sus continuadores. Ante todo, Hanson será reconocido por definir esa lucha de batallas entre ejércitos de infantería como un estilo de combate inventado por los antiguos griegos. Estos, que eran conscientes de que la guerra era un rasgo inevitable y permanente de las relaciones entre Estados, desarrollarían ese estilo de combate para limitar el impacto de la guerra sobre los recursos materiales y la población civil. Un estilo de combate que esos antiguos griegos habrían legado a la civilización occidental y habría permitido a las naciones occidentales llegar a conquistar casi todo el mundo. Tanto en Hanson como en Keegan, quien también asumiría la existencia de ese *Western Way of War*, ya no es que la guerra fuese un hecho permanente y necesario de las relaciones entre Estados y, por ende, el factor esencial de cambio político; la guerra era una expresión cultural y, como tal, la principal fuerza impulsora de los cambios políticos, pero también económicos, sociales y tecnológicos. En definitiva, en Hanson y Keegan la guerra continuaba siendo, como en los historiadores decimonónicos, el motor del cambio histórico. No obstante, al reconceptualizarla, proponían una concepción de ese cambio histórico mucho más amplia.

Pero, sobre todo, esa teoría del *Western Way of War* a la que subyacía la filosofía de la historia hegeliana, cobraría gran relevancia después de que su autor la emplease para justificar el proyecto militarista e imperialista neoconservador que definiría la política del gobierno de Bush jr. Según ese proyecto, el final de la Guerra Fría había supuesto la victoria de Estados Unidos, única superpotencia hegemónica, y la apertura de un nuevo orden mundial claramente democrático y capitalista. Ahora bien, ello no significaba el fin de la historia y la apertura de una época de paz y prosperidad absolutas, sino que, como explicaba Huntington, en el nuevo orden mundial seguirían existiendo guerras provocadas por los enemigos de ese orden que asumirían un carácter cultural y religioso. A ese respecto, se señalaban los Estados musulmanes de Oriente Próximo como las amenazas más probables. Estados Unidos, como líder de ese orden, debía usar su abrumador poderío militar para derrotar a esos enemigos y, con ello, contribuir a la extensión definitiva de la democracia y el capitalismo liberales por el mundo. Evidentemente, Hanson, cuya teoría justificaba la guerra como un instrumento necesario que contribuía a la difusión de la civilización, y consideraba a los EE.UU. como receptores más recientes del legado militar griego, apoyaría este nuevo proyecto.

Tras el 11 de septiembre, el gobierno estadounidense declararía no solo la guerra permanente contra el terror, sino también la guerra a Irak como parte de un proceso de democratización de Oriente Medio. Hanson se encargaría de justificar estas guerras, tanto en nuevos libros, como en artículos periodísticos o de Internet, a partir del marco proporcionado por su teoría.

En definitiva, en los relatos historiográficos occidentales siempre se establecerá un estrecho vínculo entre la guerra y el poder. Desde los orígenes de la historiografía en la antigua Grecia, los historiadores han identificado la guerra como una función necesaria del poder político. Así, en nombre de los ideales que, en cada época, ese poder político decía representar, —la virtud, la salvación de las almas, el progreso, la civilización, etc.—, han ido elaborando diferentes concepciones de la guerra con las que han justificado la destrucción y millares de muertes generados por los conflictos bélicos reales a lo largo de la historia. No es de extrañar, por otra parte, teniendo en cuenta que, ya como líderes políticos y militares de sus comunidades en la Antigüedad clásica; como clérigos que intentaban legitimar la alianza entre la Iglesia y el poder político secular durante la Edad Media; como cortesanos al servicio de los monarcas desde la Baja Edad Media, o como funcionarios pagados por los Estados nacionales, los historiadores siempre mantuvieron una relación privilegiada con ese poder al que, con sus relatos, contribuyeron a legitimar.



## 5. BIBLIOGRAFÍA

### A) Fuentes clásicas

*Las constituciones griegas* (2002): *La constitución de Atenas* (Aristóteles); *La república de los atenienses* (Pseudo-Jenofonte); *La república de los lacedemonios* (Jenofonte). Akal (2ª Edición). Madrid. Edición de Aurelia Ruiz Sola.

**Aristóteles (1988)**: *Política*. Gredos. Madrid. Introducción, traducción y notas de Manuela García Valdés.

**Aristóteles (2002)**: *Poética*. Istmo. Madrid. Introducción, traducción, notas y comentario de Antonio López Eire.

**Cicerón, Marco Tulio (1989)**: *La República y Las Leyes*. Akal. Torrejón de Ardoz. Edición de Juan María Núñez González.

**Cicerón, Marco Tulio (1989)**: *Sobre los deberes*. Tecnos. Madrid. Estudio preliminar, traducción y notas de José Guillén Caballero.

**Esquines (2002)**: *Discursos; Testimonios y cartas*. Gredos. Madrid. Introducción, traducción y notas de José María Lucas de Dios.

**Estrabón (1991-2003)**: *Geografía*. Gredos. Madrid. Introducción general de J. García Blanco; traducciones y notas de J. L. García Ramón, J. García Blanco y Mª Paz de Hoz García-Bellido. 5 vols.

**Eneas Táctico (1991)**: *Poliorcética*. Gredos. Madrid. Introducción, traducción y notas de José Vela Tejada.

**Eurípides (1985)**: *Tragedias: Suplicantes; Heracles; Ion; Las troyanas; Electra; Ifigenia entre los Tauros*. Gredos. Madrid.

**Josefo, Flavio (1997)**: *La Guerra de los judíos*. Gredos. Madrid. Introducción, traducción y notas de Jesús Mª Nieto Ibáñez.

**Herodoto (1994)**: *Historias*. Akal. Madrid. Edición de Antonio González Caballo.

**Hesíodo (1998):** *Teogonía; Trabajos y Días; Escudo; Certamen*. Alianza. Madrid. Introducción, traducción y notas de Adelaida y M<sup>a</sup> Ángeles Martín Sánchez.

**Homero (1996):** *Ilíada*. Gredos. Madrid. Traducción, prólogo y notas de Emilio Crespo Güemes.

**Jenofonte (1984):** *Obras menores: La República de los atenienses; Hierón; Agesilao; La República de los lacedemonios; Los ingresos públicos; El jefe de la caballería; De la equitación; De la caza*. Gredos. Madrid. Introducciones, traducciones y notas de Orlando Guntiñas Tuñón.

**Jenofonte (1987):** *Ciropedia*. Gredos. Madrid. Introducción, traducción y notas de Ana Vega Sansalvador.

**Livio, Tito (1990-1994):** *Historia de Roma desde su fundación*. Gredos. Madrid. Introducción general de Ángel Sierra, traducción y notas de José Antonio Villar Vidal; apéndice histórico-geográfico (vol. 5) de Francisco Javier Fernández Nieto. 8 vols.

**Orosio, Paulo (1982):** *Historias*. Gredos. Madrid. Introducción, traducción y notas de Eustaquio Sánchez Salor.

**Ovidio Nasón, Publio (2008):** *Metamorfosis*. Gredos. Madrid. Introducción, traducción y notas de José Carlos Fernández Corte y Josefa Cantó Llorca.

**Píndaro (1998):** *Obra completa*. Cátedra. Madrid. Edición y traducción de Emilio Suárez de la Torre.

**Platón (1988):** *Las Leyes*. Akal. Madrid. Edición de José Manuel Ramos Bolaños.

**Polibio (1981-1983):** *Historias*. Gredos. Madrid. Traducción y notas de Manuel Balasch Recort. 3 vols.

**Salustio Crispo, Cayo (2000):** *La Conjuración de Catilina; La Guerra de Jugurta*. Alianza. Madrid. Introducción, traducción y notas de Mercedes Montero Montero.

**Séneca, Lucio Anneo (1994):** *Epístolas morales a Lucilio*. Gredos. Madrid. Introducción, traducción y notas de Ismael Roca Meliá.

**Tácito, Cayo Cornelio (1999):** *Vida de Julio Agrícola; Germania; Diálogo de los oradores*. Akal. Edición de Beatriz Antón Martínez. Madrid.



**Tucídides (1989):** *Historia de la Guerra del Peloponeso*. Alianza. Madrid.

**Vegecio, Flavio Renato (2006):** *Compendio de técnica militar*. Cátedra. Madrid. Edición y traducción de David Paniagua Aguilar.

**Virgilio Marón, Publio (1997):** *Eneida*. Gredos. Madrid. Introducción de Vicente Cristóbal; traducción y notas de Javier de Echave Sustaeta.

## **B) Bibliografía secundaria**

*Nueva Biblia Española* (1990). Cristiandad (4ª Ed.). Madrid.

"The National Security Strategy of the United States of America". septiembre 2002.

<http://www.state.gov/documents/organization/63562.pdf>. Consultado en julio 2014.

"Toward a New World Order". septiembre 1990.

<http://www.sweetliberty.org/issues/war/bushsr.htm>. Consultado en mayo 2014.

**Akenson, Donald Harman (2000):** *Saint Saul: a skeleton key to the historical Jesus*. Oxford University Press. Oxford.

**Allmand, Christopher (2010):** "Armas nuevas, tácticas nuevas, 1300-1500" en Parker, G. (ed.): *Historia de la guerra*. Akal. Madrid. pp. 91-106.

**Alonso Troncoso, Víctor (1987):** *Neutralidad y neutralismo en la Guerra del Peloponeso, 431-404 a. C.* Universidad Autónoma de Madrid. Madrid.

**Alonso Troncoso, Víctor (2007):** "War, Peace, and International Law in Ancient Greece" en Raaflaub, K. (ed.): *War and Peace in the Ancient World*. Blackwell. Malden. pp. 206-225.

**Arendt, Hannah (2006):** *Los orígenes del totalitarismo*. Alianza. Madrid.

**Aron, Raymond (1993):** *Pensar la guerra, Clausewitz*. Secretaría General Técnica del Ministerio de Defensa. Madrid. 2 vols.

**Aron, Raymond (2009):** *Sobre Clausewitz*. Nueva Visión. Buenos Aires.

**Bacevich, Andrew (ed.) (2003):** *The Imperial Tense: Prospects and Problems of American Empire*. Ivan R. Dee. Chicago.

**Bacevich, Andrew (2003):** "New Rome, New Jerusalem" en Bacevich, A. (ed.): *The Imperial Tense: Prospects and Problems of American Empire*. Ivan R. Dee. Chicago. pp. 93-101.

- Bacevich, Andrew (2005):** *The New American Militarism: How Americans Are Seduced by War*. Oxford University Press. Nueva York.
- Bachrach, Bernard S. (2010):** "Las murallas romanas, 300-1300" en Parker, G. (ed.): *Historia de la guerra*. Akal. Madrid. pp. 69-90.
- Bainton, Roland H. (1964):** *Actitudes cristianas ante la guerra y la paz: examen histórico y nueva valoración crítica*. Tecnos. Madrid.
- Barber, Richard (1982):** *The Knight and chivalry*. Herper & Row. Nueva York.
- Bataille, Georges (1997):** *El erotismo*. Tusquets. Barcelona.
- Bellamy, Alex (2009):** *Guerras justas: de Cicerón a Iraq*. Fondo de Cultura Económica. Madrid.
- Berman, Harold (1996):** *La formación de la tradición jurídica de Occidente*. Fondo de Cultura Económica. México D. F.
- Bermejo Barrera, José Carlos; Piedras Monroy, Pedro A. (1999):** *Genealogía de la historia*. Akal. Madrid.
- Bermejo Barrera, José Carlos (2009):** *Introducción a la historia teórica*. Akal. Madrid.
- Best, J. G. P. (1969):** *Thracian peltasts and their influence on Greek warfare*. Wolters-Noordhoff. Groningen.
- Biddle, Tami Davis (1994):** "Air Power" en Howard; Andreopoulos; Shulman (eds.): *The laws of war: constraints on warfare in the western world*. Yale University Press. New Haven. pp. 140-159.
- Bobbio, Norberto (2008):** *El problema de la guerra y las vías de la paz*. Gedisa. Barcelona.
- Bond, Brian; Alexander, Martin (1986):** "Liddell Hart and De Gaulle: The Doctrines of Limited Liability and Mobile Defense" en Paret, P. (ed.): *Makers of Modern Strategy from Machiavelli to the Nuclear Age*. Clarendon Press. Oxford. pp. 598-623.
- Bourdieu, Pierre; Wacquant, Loïc (2001):** *Las argucias de la razón imperialista*. Paidós. Barcelona.
- Bourke, Joanna (2008):** *Sed de sangre. Historia íntima del combate cuerpo a cuerpo en las guerras del siglo XX*. Crítica. Barcelona.

- Brelich, Angelo (1961):** *Guerre, agoni e culti*. Rudolf Habelt. Bonn.
- Brisson, Jean-Paul (ed.) (1969):** *Problèmes de la guerre à Rome*. Mouton. París.
- Brunt, P. A. (1971):** *Italian Manpower: 225 B. C. - A. D. 14*. Clarendon Press. Oxford.
- Brunt, P. A. (1973):** *Conflictos sociales en la República romana*. Eudeba. Buenos Aires.
- Burrow, John W. (2009):** *Historia de las historias: de Heródoto al siglo XX*. Crítica. Barcelona.
- Bury, John B. (1971):** *La Idea del progreso*. Alianza. Madrid.
- Butti di Lima, P. B. (1996):** *L'inchiesta e la prova: immagine storiografica, pratica giuridica e retorica nella Grecia classica*. Einaudi. Roma.
- Caillois, Roger (1973):** *La cuesta de la guerra*. Fondo de Cultura Económica. México.
- Campbell, J. K. (1970):** *Honour, family and patronage*. Clarendon Press. Oxford.
- Campillo, Antonio (1986):** *La fuerza de la razón: guerra, estado y ciencia de los tratados militares del Renacimiento*. Facultad de Letras de la Universidad de Murcia. Murcia.
- Campillo, Antonio (2001):** *Variaciones de la vida humana: una teoría de la historia*. Akal. Madrid.
- Campillo, Antonio (2008):** *El concepto de lo político en la sociedad global*. Herder. Barcelona.
- Campione, Roger (2009):** *El nomos de la guerra: genealogía de la "guerra justa"*. Tirant lo Blanch. Valencia.
- Canfora, Luciano (1991):** *Ideologías de los estudios clásicos*. Akal. Madrid.
- Canfora, Luciano (2004):** *La democracia: historia de una ideología*. Crítica. Barcelona.
- Canfora, Luciano (2007):** *Exportar la libertad: el mito que ha fracasado*. Ariel. Barcelona.
- Canfora, Luciano (2014):** *El mundo de Atenas*. Anagrama. Barcelona.
- Carroll, James (2007):** *La casa de la guerra: el Pentágono es quien manda*. Crítica. Barcelona.
- Chaliand, Gerard (2007):** *Guerras y civilizaciones: del Imperio Asirio a la era contemporánea*. Paidós. Barcelona.
- Chaunu, Pierre (1983):** *Historia y Decadencia*. Juan Granica. Barcelona.
- Chic García, Genaro (2009):** *El comercio y el Mediterráneo en la Antigüedad*. Akal. Madrid.
- Childe, Vere Gordon (1973):** *¿Qué sucedió en la historia?* Pléyade.
- Cipolla, Carlo (1965):** *Cañones y velas en la primera fase de la expansión europea, 1400-*

1700. Ariel. Barcelona.

**Clark, Christopher (2006):** *Iron Kingdom: the rise and downfall of Prussia, 1600-1947*. Londres. Harvard University Press.

**Clarke, Jonathan:** "The end of the neo-cons?" *BBC News*, Feb. 9, 2009 <http://news.bbc.co.uk/2/hi/americas/7825039.stm>. Consultado en julio 2014.

**Clastres, Pierre (1978):** *La sociedad contra el Estado*. Monte Ávila.

**Clastres, Pierre (2001):** *Investigaciones en antropología política*. Gedisa. Barcelona.

**Clausewitz, Karl von (2005):** *De la guerra*. La Esfera de los Libros. Madrid. Traducción del alemán Carlos Fortea.

**Conde, Juan Luis (2008):** *La lengua del imperio: la retórica del imperialismo en Roma y la globalización*. Alcalá Grupo Editorial. Alcalá la Real.

**Connor, W. R. (1988):** "Early Greek Land Warfare as Symbolic Expression" en *Past & Present*, nº 119. pp. 3-29.

**Contamine, Philip (1984):** *La Guerra en la Edad Media*. Labor. Barcelona.

**Cornell, Tim J. (1995):** *Los orígenes de Roma, c. 1000-264 a. C: Italia y Roma de la Edad de Bronce a las Guerras Púnicas*. Crítica. Barcelona.

**Corsini, Eugenio (1968):** *Introduzione alle "Storie" di Orosio*. G. Giappichelli. Turín.

**Cowdrey, Herbert E. J. (1970):** "The Peace and Truce of God in the Eleventh Century" en *Past & Present*, vol. 46. pp. 42-67.

**Craig, Gordon A. (1986):** "Delbrück: The Military Historian" en Paret, P. (ed.): *Makers of Modern Strategy from Machiavelli to the Nuclear Age*. Clarendon Press. Oxford. pp. 326-353.

**Crosby, Alfred (1988):** *Imperialismo ecológico: la expansión biológica en Europa, 900-1900*. Crítica. Barcelona.

**Crowl, Philip A. (1986):** "Alfred Thayer Mahan: The Naval Historian" en Paret, P. (ed.): *Makers of Modern Strategy from Machiavelli to the Nuclear Age*. Clarendon Press. Oxford. pp. 444-477.

**Davie, Maurice R. (1931):** *La Guerre dans les sociétés primitives son role et son évolution*. Payot. París.

**Dawson, Doyne (1996a):** *The Origins of Western Warfare: Militarism and Morality in the Ancient World*. Westview Press. Boulder.

**Dawson, Doyne (1996b):** "The Origins of War: Biological and Anthropological Theories" en *History and Theory*, vol. 35, nº 1. pp. 1-28.

**Delbrück, Hans (1990):** *History of the art of war [Geschichte der Kriegskunst im Rahmen der politischen Geschichte, 1900-1920]*. University of Nebraska Press. Lincoln-London.

**Deleuze, Gilles; Guattari, Felix (1988):** *Mil mesetas: capitalismo y esquizofrenia*. Pre-textos. Valencia.

**Detienne, Marcel (1968):** "La Phalange. Problèmes et controverses" en Vernant (ed.): *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne*. Mouton. París. pp. 119-142.

**Detienne, Marcel (1981):** *Los maestros de verdad en la Grecia Arcaica*. Taurus. Madrid.

**Diamond, Jared (2006):** *Armas, gérmenes y acero: breve historia de la humanidad en los últimos trece mil años*. Debate. Madrid.

**Diamond, Jared (2013):** *El mundo hasta ayer: ¿qué podemos aprender de las sociedades tradicionales?* Debate. Barcelona.

**Dixon, Norman F. (2001):** *Sobre la psicología de la incompetencia militar*. Anagrama. Barcelona.

**Donnelly, Thomas:** "Rebuilding America's Defenses. Strategy, Forces and Resources For a New Century",  
<http://www.informationclearinghouse.info/pdf/RebuildingAmericasDefenses.pdf>.

Consultado en julio 2014.

**Dower, John W. (2012):** *Culturas de guerra: Pearl Harbour, Hiroshima, 11 de septiembre, Irak*. Pasado y Presente. Barcelona.

**Duby, Georges (1992):** *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*. Taurus. Barcelona.

**Ducrey, Pierre (1968):** *Le traitement des prisonniers de guerre dans la Grèce Antique: des origines à la conquête Romaine*. Editions E. de Boccard. París.

**Durán Vadell, Margarita (2011):** *Los límites de Ares. Vencedores y vencidos en la Grecia Antigua*. Objeto Perdido. Mallorca.



**Dyer, Gwynne (2007):** *Guerra: desde nuestros orígenes prehistóricos hasta el presente*. Belacqua. Barcelona.

**Echeverría Rey, Fernando (2008):** *Ciudadanos, campesinos y soldados: el nacimiento de la "polis" griega y la teoría de la "revolución hoplita"*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid.

**Ehrenreich, Barbara (2000):** *Ritos de sangre: orígenes e historia de las pasiones de la guerra*. Espasa Calpe. Madrid.

**Ehrman, Bart D. (2001):** *Jesús, el profeta judío apocalíptico*. Paidós. Barcelona.

**Ehrman, Bart D. (2004):** *Cristianismos perdidos: los credos perdidos del Nuevo Testamento*. Crítica. Barcelona.

**Evans, Michael (2004):** *The Continental School of Strategy: The Past, Present and Future of Land Power*. Land Warfare Studies Centre (Study Paper nº 105). Canberra.

**Ferguson, Niall S. (2005):** *Coloso: auge y decadencia del imperio americano*. Debate. Barcelona.

**Fernández Nieto, Francisco Javier (1975):** *Los acuerdos bélicos en la antigua Grecia: época arcaica y clásica*. Secretariado de Publicacións da Universidade de Santiago de Compostela. Santiago de Compostela. 2 vols.

**Fernández Ubiña, José (2000):** *Cristianos y militares: la Iglesia antigua ante el ejército y la guerra*. Editorial de la Universidad de Granada. Granada.

**Ferrill, Arther (1997):** *The Origins of War: From the Stone Age to Alexander the Great*. Westview press. Boulder.

**Finley, Moses I. (1978):** *El mundo de Odiseo*. Fondo de Cultura Económica. México D. F.

**Folz, Robert (1967):** *La naissance du Saint-Empire*. A. Michel. París.

**Frachon, Alain; Vernet, Daniel (2006):** *La América mesiánica: los orígenes del neoconservadurismo y las guerras del presente*. Paidós. Barcelona.

**Frank, André G. (2008):** *Re-orientar: la economía global en la era del predominio asiático*. Universitat de València. Valencia.

**Freedman, Lawrence (1986):** "The First Two Generations of Nuclear Strategists" en Paret, P.

(ed.): *Makers of Modern Strategy from Machiavelli to the Nuclear Age*. Clarendon Press. Oxford. pp. 735-778.

**Froissart, Jean de (1988)**: *Crónicas*. Siruela. Madrid. Edición a cargo de Victoria Cirlot y José Enrique Ruiz Domenec.

**Fukuyama, Francis (2007)**: *América en la encrucijada: democracia, poder y herencia neoconservadora*. Ediciones B. Barcelona.

**Gallie, W. B. (1980)**: *Filósofos de la paz y de la guerra: Kant, Clausewitz, Marx, Engels y Tolstoi*. Fondo de Cultura Económica. México.

**García Neumann, Jaime (2008)**: *Neoconservadores y choque de civilizaciones: hechos y raíces doctrinales*. Comares. Granada.

**Garlan, Yvon (1972)**: *La Guerre dans l'Antiquité*. Fernand Nathan. París.

**Garlan, Yvon (1989)**: *Guerre et économie en Grèce ancienne*. La Découverte.

**Gat, Azar (2001)**: *A History of military thought: from the Enlightenment to the Cold War*. Oxford University Press. Oxford.

**Gat, Azar (2006)**: *War in Human Civilization*. Oxford University Press. Nueva York.

**Gay, Peter (1996)**: *The Enlightenment: an interpretation*. W. W. Norton. Nueva York. 2 vols.

**Gernet, Louis (1983)**: *Les Grecs sans miracle*. La Découverte. París.

**Geyer, Michael (1986)**: "German Strategy in the Age of Machine Warfare, 1914-1945" en Paret, P. (ed.): *Makers of Modern Strategy from Machiavelli to the Nuclear Age*. Clarendon Press. Oxford. pp. 527-597.

**Gilbert, Felix (1986)**: "Machiavelli: The Renaissance of the Art of War" en Paret, P. (ed.): *Makers of Modern Strategy from Machiavelli to the Nuclear Age*. Clarendon Press. Oxford. pp. 11-31.

**Ginzo Fernández, Arsenio (2002)**: *El Legado clásico: en torno al pensamiento moderno y la Antigüedad clásica*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá de Henares. Alcalá de Henares.

**Glacken, Clarence J. (1996)**: *Huellas en la playa de Rodas: naturaleza y cultura en el pensamiento occidental desde la Antigüedad*. Ediciones del Serbal. Barcelona.

**Glott, Gustave (1904):** *La solidarité de la famille dans le droit criminel en Grèce*. Albert Fontemoing. París.

**Glover, Jonathan (2001):** *Humanidad e inhumanidad: una historia moral del siglo XX*. Cátedra. Madrid.

**Goberna Falque, Juan Ramón (1999):** *Civilización: historia de una idea*. Universidade de Santiago de Compostela, Servizo de Publicacións e Intercambio Científico. Santiago de Compostela.

**Godelier, Maurice (1986):** *La producción de grandes hombres: poder y dominación masculina entre los Baruya de Nueva Guinea*. Akal. Madrid.

**Goffart, Walter (1988):** *The Narrators of Barbarian History, A. D. 550-800: Jordanes, Gregory of Tours, Bede and Paul the Deacon*. Princeton University Press. Princeton.

**Gómez Espelosín, Francisco Javier (2003):** *Los griegos. Un legado universal*. Alianza. Madrid.

**Gómez Espelosín, Francisco Javier (2013):** *Memorias perdidas: Grecia y el mundo oriental*. Akal. Madrid.

**Goodman, M. D.; Holladay, A. J. (1986):** "Religious Scruples in Ancient Warfare" en *The Classical Quarterly* (New Series), vol. 36, nº 1. pp. 151-171.

**Goody, Jack (2011):** *El robo de la historia*. Akal. Madrid.

**Gottschall, Jonathan (2008):** *The Rape of Troy. Evolution, Violence and the World of Homer*. Cambridge University Press. Cambridge.

**Gouguenheim, Sylvain (2009):** *Aristóteles y el Islam: las raíces griegas de la Europa cristiana*. Gredos. Madrid.

**Graeber, David (2012):** *En deuda: una historia alternativa de la economía*. Ariel. Barcelona.

**Grandpierre, Véronique (2010):** *Histoire de la Mésopotamie*. Folio. París.

**Gschnitzer, Fritz (1987):** *Historia social de Grecia: desde el periodo micénico hasta el final de la época clásica*. Akal. Madrid.

**Guenée, Bernard (1980):** *Histoire et culture historique dans l'Occident Médiéval*. Aubier Montaigne. París.

**Hall, Jonathan M. (2002):** *Hellenicity: between ethnicity and culture*. University of Chicago

Press. Chicago.

**Hamilton, Paul (1996):** *Historicism*. Routledge. Londres. 1996.

**Hansen, Mogens Herman (2006):** *Polis: an introduction to the ancient Greek city-state*. Oxford University Press. Oxford.

**Hanson, Victor Davis (1998):** *Warfare and Agriculture in Classical Greece*. University of California Press. Berkeley.

**Hanson, Victor Davis (1999):** *The Other Greeks. The Family Farm and the Agrarian Roots of Western Civilization*. University of California Press. Berkeley.

**Hanson, Victor Davis (2003):** *Mexifornia: a state of becoming*. Encounter Books. San Francisco.

**Hanson, Victor Davis (2004):** *Matanza y cultura: batallas decisivas en el auge de la civilización occidental*. Fondo de Cultura Económica. Madrid.

**Hanson, Victor Davis (2005):** *A War Like No Other: How the Athenians and Spartans Fought the Peloponnesian War*. Methuen. Londres.

**Hanson, Victor Davis (2007):** "The modern historiography of ancient warfare" en Sabin, Ph.; Wees, Hans V.; Whitby, M. (eds.): *The Cambridge History of Greek and Roman Warfare*. Cambridge University Press. Cambridge. Vol. 1. pp. 3-21.

**Hanson, Victor Davis (2009):** *The Western Way of War: infantry battle in classical Greece*. University of California Press. Berkeley.

**Hanson, Victor Davis (2010):** "Génesis de la infantería, 600-350 a. C." en Parker, G. (ed.): *Historia de la guerra*. Akal. Madrid. pp. 21-36.

**Hanson, Victor Davis (2011):** *Guerra: el origen de todo*. Turner. Madrid.

**Harmand, Jacques (1969):** "Le prolétariat dans la légion de Marius a la veille du second "bellum civile" en Brisson (ed.): *Problèmes de la guerre à Rome*. Mouton. París. pp. 61-73.

**Harris, Marvin (1978):** *El desarrollo de la teoría antropológica: historia de las teorías de la cultura*. Siglo Veintiuno. Madrid.

**Harris, William V. (1979):** *War and Imperialism in Republican Rome, 327-70 b. C.* Clarendon Press. Oxford.

- Hart, Basil Henry Liddell (1946):** *La Estrategia de aproximación indirecta. Las guerras decisivas de la historia*. Iberia. Barcelona. Traducido del inglés por Carlos Botet.
- Harvey, David (2004):** *El nuevo imperialismo*. Akal. Madrid.
- Harvey, David (2007):** *Breve historia del neoliberalismo*. Akal. Madrid.
- Hattendorf, John B. (1994):** "Maritime Conflict" en Howard; Andreopoulos; Shulman (eds.): *The laws of war: constraints on warfare in the western world*. Yale University Press. New Haven. pp. 98-115.
- Havelock, Eric A. (1994):** *Preface to Plato*. The Belknap Press of Harvard University Press. Cambridge.
- Havelock, Eric A. (1996):** *La musa aprende a escribir: reflexiones sobre oralidad y escritura desde la Antigüedad hasta el presente*. Paidós. Barcelona.
- Heather, Peter (2006):** *La caída del Imperio Romano*. Crítica. Barcelona.
- Hellegouarc'h, J. (1969):** "Armée et parti politique sous la république romaine" en Brisson (ed.): *Problèmes de la guerre à Rome*. Mouton. París. pp. 157-169.
- Heuser, Beatrice (2011):** *The Evolution of Strategy. Thinking War from Antiquity to the Present*. Cambridge University Press. Cambridge.
- Heurgon, Jacques (1969):** "Des formes archaïques de la guerre à la structure de l'armée impériale" en Brisson (ed.): *Problèmes de la guerre à Rome*. Mouton. París. pp. 23-32.
- Hodkinson, Stephen (1995):** "Warfare, wealth, and the crisis of Spartiate society" en Rich, J.; Shipley, G. (eds.): *War and Society in the Greek World*. Routledge. Nueva York. pp. 146-176.
- Hofstadter, Richard (1965):** *The Paranoid Style in American Politics*. Knopf. Nueva York.
- Holborn, Hajo (1986):** "The Prusso-German School: Moltke and the Rise of the General Staff" en Paret, P. (ed.): *Makers of Modern Strategy from Machiavelli to the Nuclear Age*. Clarendon Press. Oxford. pp. 281-296.
- Howard, Michael (1983):** *La guerra en la historia europea*. Fondo de Cultura Económica. México.
- Howard, Michael (2001):** *La invención de la paz: reflexiones sobre la guerra y el orden internacional*. Salvat. Barcelona.



- Howard, M.; Andreopoulos, G. J.; Shulman, M. R. (eds.) (1994):** *The laws of war: constraints on warfare in the western world*. Yale University Press. New Haven.
- Humbert, Michel (1978):** *Municipium et civitas sine suffragio: l'organisation de la conquête jusqu'à la Guerre Sociale*. Ecole Française. Roma.
- Huntington, Samuel P. (2004):** *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Paidós. Barcelona.
- Iggers, Georg (1988):** *The German conception of history: the national tradition of historical thought from Herder to the present*. Wesleyan University. Middleton.
- Ignatieff, Michael (2003):** *El nuevo imperio americano: la reconstrucción nacional en Bosnia, Kosovo y Afganistán*. Paidós. Barcelona.
- Jeffery, L. H. (1990):** *The Local scripts of Archaic Greece: a study of the greek alphabet and its development from the eight to the fifth centuries*. Clarendon Press. Oxford.
- Johnson, Chalmers (2004):** *Las amenazas del imperio: militarismo, secretismo y el fin de la república*. Crítica. Barcelona.
- Kaeuper, Richard W. (1999):** *Chivalry and violence in Medieval Europe*. Oxford University Press. Oxford.
- Kagan, Donald (2003):** *Sobre las causas de la guerra y la preservación de la paz*. Turner. Madrid.
- Kagan, Robert (2003):** *Poder y debilidad: Estados Unidos y Europa en el nuevo orden mundial*. Taurus. Madrid.
- Kallet-Marx, Lisa (1993):** *Money, expense and naval power in Thucydides' history: 1-5.24*. University of California Press. Berkeley.
- Kant, Immanuel (2007):** *Crítica del Juicio*. Tecnos. Madrid. Edición de Juan José García Norro y Rogelio Rovira; traducción de Manuel García Morente.
- Kay, Jonathan:** "The Sage of Fresno". Hoover Digest, nº 2. 2005.  
<http://www.hoover.org/publications/hoover-digest/article/6441>. Consultado en julio 2014.
- Keegan, John (1991):** *The Face of Battle*. Pimlico. Londres.

**Keegan, John (1995):** *Historia de la guerra*. Planeta. Barcelona.

**Keeley, Lawrence H. (1996):** *War before Civilization*. Oxford University Press. Oxford.

**Keen, Maurice H. (1965):** *The laws of war in the late Middle Ages*. Routledge & K. Paul. Londres.

**Keen, Maurice H. (1986):** *La caballería*. Ariel. Barcelona.

**Kennedy, Paul (1995):** *Auge y caída de las grandes potencias*. Plaza & Janés. Barcelona.

**Krentz, Peter (2000):** "Deception in archaic and classical Greek warfare" en Wees, H. V. (ed.): *War and Violence in Ancient Greece*. Duckworth. Londres. pp. 167-200.

**Lago, Alessandro Dal (2014):** "La guerra-mundo" en Quesada, F. (ed.): *Paz para la Paz: prolegómenos a una filosofía contemporánea sobre la guerra*. Horsori. Barcelona. pp. 151-180.

**Larsen, J. A. O. (1968):** *Greek Federal States: their institutions and history*. Clarendon Press. Oxford.

**Le Bonniec, H. (1969):** "Aspects religieux de la guerre à Rome" en Brisson (ed.): *Problèmes de la guerre à Rome*. Mouton. París. pp. 101-115.

**London, Jack E. (1999):** "The Rhetoric of Combat: Greek Military Theory and Roman Culture in Julius Caesar's Battle" en *Classical Antiquity*, vol. 18, nº 2. pp. 273-329.

**London, Jack E. (2006):** *Soldados y fantasmas: historia de las guerras en Grecia y Roma*. Ariel. Barcelona.

**Lincoln, Bruce (1991):** *Sacerdotes, guerreros y ganado: un estudio sobre la ecología de las religiones*. Akal. Madrid.

**Lipset, Seymour Martin (2000):** *El excepcionalismo norteamericano: una espada de dos filos*. Fondo de Cultura Económica. México.

**Liverani, Mario (2003):** *Relaciones internacionales en el Próximo Oriente antiguo, 1600-1100 a. C.* Bellaterra. Barcelona.

**Llinares García, Mar (1996):** "Antropología e historia" en Rodríguez Casal, A. (coord.): *Humanitas: estudios en homenaxe ó Prof. Dr. Carlos Alonso del Real*. Universidade de Santiago de Compostela, Servizo de Publicacións e Intercambio Científico. pp. 67-88.

**Lombard, Jacques (1997):** *Introducción a la etnología*. Alianza. Madrid.

**Lonis, Raoul (1979):** *Guerre et religion en Grèce à l'époque classique: recherches sur les rites, les dieux, l'idéologie de la victoire*. Les Belles Lettres. París.

**Loraux, Nicole (2009):** *La guerra civil en Atenas: la política entre la sombra y la utopía*. Akal. Madrid.

**Luttwak, Edward N. (1981):** *La Grande strategia dell'Impero Romano: dal I al III secolo d. C.* Rizzoli. Milán.

**Luttwak, Edward N. (1984):** *The Pentagon and the Art of War*. Touchstone. Nueva York.

**Luttwak, Edward N. (2005):** *Para Bellum: la estrategia de la paz y de la guerra*. Siglo XXI. Madrid.

**Lynn, John (2004):** *Battle. A History of Combat and Culture from Ancient Greece to Modern America*. Westview. Colorado.

**Lynn, John (2010a):** "Estados en conflicto, 1661-1763" en Parker, G. (ed.): *Historia de la guerra*. Akal. Madrid. pp. 173-194.

**Lynn, John (2010b):** "Naciones en armas, 1763-1815" en Parker, G. (ed.): *Historia de la guerra*. Akal. Madrid. pp. 195-221.

**Mackinney, Loren C. (1930):** "The People and Public Opinion in the Eleventh-Century Peace Movement" en *Speculum*, vol. 5, nº 2. pp. 181-206.

**Malamud, Margaret (2009):** *Ancient Rome and Modern America*. Wiley-Blackwell. Malden.

**Mann, Michael (1991):** *Las fuentes del poder social*. Alianza. Madrid. (Vol. 1)

**Mann, Michael (2004):** *El imperio incoherente: Estados Unidos y el nuevo orden internacional*. Paidós. Barcelona.

**Maquiavelo, Nicolás de (2000):** *El príncipe*. Alianza. Madrid. Prólogo, traducción y notas de Miguel Ángel Granada.

**Maquiavelo, Nicolás de (2009):** *Del arte de la guerra*. Minerva. Madrid. Traducción, introducción, notas y gráficos de Fernando Puell de la Villa.

**Marincola, John (ed.) (2007):** *A Companion to Greek and Roman Historiography*. Blackwell. Malden.

- Markus, R. A. (1970):** *Saeculum: History and Society in the Theology of St. Augustine*. Cambridge University Press. Cambridge.
- Martines, Lauro (2013):** *Un tiempo de guerras: una historia alternativa de Europa, 1450-1700*. Crítica. Barcelona.
- Mattelart, Armand (2000):** *Historia de la utopía planetaria: de la ciudad profética a la sociedad global*. Paidós. Barcelona.
- Mayer, Hans E. (1988):** *The Crusades*. Oxford University Press. Oxford.
- McGlynn, Sean (2009):** *A hierro y fuego: las atrocidades de la guerra en la Edad Media*. Crítica. Barcelona.
- Meinecke, Friedrich (1959):** *La idea de la razón de Estado en la Edad Moderna*. Instituto de Estudios Políticos. Madrid.
- Meinecke, Friedrich (1983):** *El historicismo y su génesis*. Fondo de Cultura Económica. México D. F.
- Millet, Paul (1995):** "Warfare, economy and democracy in classical Athens" en Rich, J.; Shipley, G.: *War and Society in the Greek World*. Routledge. Nueva York. pp. 177-196.
- Momigliano, Arnaldo (1984a):** *La historiografía griega*. Crítica. Barcelona.
- Momigliano, Arnaldo (1984b):** "Some observations on causes of war in ancient historiography" en *Secondo Contributo alla Storia degli Studi Classici*. Edizioni di Storia e Letteratura. Roma. pp. 13-27.
- Morrall, John B. (1962):** *Political thought in Medieval times*. Hasper Torchbooks. Nueva York.
- Münkler, Herfried (2007):** *Empires: the logic of world domination from ancient Rome to the United States*. Polity. Cambridge.
- Murphy, Cullen S. (2007):** *Are We Rome?: the fall of an empire and the fate of America*. Houghton Mifflin. Boston.
- Murphy-O'Connor, Jerome (1996):** *Paul: a critical life*. Clarendon Press. Oxford.
- Murray, Williamson (2010a):** "La industrialización de la guerra, 1815-1871" en Parker, G. (ed.): *Historia de la guerra*. Akal. Madrid. pp. 225-252.
- Murray, Williamson (2010b):** "Hacia la guerra mundial, 1871-1914" en Parker, G. (ed.):

*Historia de la guerra*. Akal. Madrid. pp. 253-280.

**Murray, Williamson (2010c)**: "Occidente en guerra: 1914-1918" en Parker, G. (ed.): *Historia de la guerra*. Akal. Madrid. pp. 281-314.

**Murray, Williamson (2010d)**: "El mundo en conflicto, 1914-1941" en Parker, G. (ed.): *Historia de la guerra*. Akal. Madrid. pp. 315-338.

**Nicolai, Roberto (1992)**: *La storiografia nell'educazione antica*. Giardini. Pisa.

**Nicolet, Claude (1969)**: "Armée et société a Rome sous la République: a propos de l'ordre équestre" en Brisson (ed.): *Problèmes de la guerre à Rome*. Mouton. París. pp. 117-156.

**Nicolet, Claude (1976)**: *Le Métier de citoyen dans la Rome républicaine*. Gallimard. París.

**Ober, Josiah (1994)**: "Classical Greek Times" en Howard; Andreopoulos; Shulman (eds.): *The laws of war: constraints on warfare in the western world*. Yale University Press. New Haven. pp. 12-26.

**Owen, Wilfred (2011)**: *Poemas de guerra*. El Acantilado. Barcelona. Edición, traducción y notas de Gabriel Insausti.

**Palmer, R. R. (1986)**: "Frederick the Great, Guibert, Bülow: From Dynastic to National War" en Paret, P. (ed.): *Makers of Modern Strategy from Machiavelli to the Nuclear Age*. Clarendon Press. Oxford. pp. 91-122.

**Paret, Peter (1979)**: *Clausewitz y el Estado*. Centro de Estudios Constitucionales. Madrid. 1979.

**Paret, Peter (ed.) (1986)**: *Makers of Modern Strategy from Machiavelli to the Nuclear Age*. Clarendon Press. Oxford.

**Paret, Peter (1986)**: "Clausewitz" en Paret, P. (ed.): *Makers of Modern Strategy from Machiavelli to the Nuclear Age*. Clarendon Press. Oxford. pp. 186-213.

**Parke, H. W. (1970)**: *Greek mercenary soldiers: from the earliest times to the Battle of Ipsus*. Clarendon Press. Oxford.

**Parker, Geoffrey (ed.) (2010)**: *Historia de la guerra*. Akal. Madrid. 2010.

**Parker, Geoffrey (2010)**: "La revolución de la pólvora, 1300-1500" en Parker, G. (ed.): *Historia de la guerra*. Akal. Madrid. pp. 107-122.

**Pedech, Paul (1964)**: *La Méthode historique de Polybe*. Les Belles Lettres. París.



**Philonenko, Alexis (2003):** *Essai sur la philosophie de la guerre*. Librairie philosophique J. Vrin. París.

**Pinker, Steven (2012):** *Los ángeles que llevamos dentro: el declive de la violencia y sus implicaciones*. Paidós. Barcelona.

**Pocock, John G. A. (2002):** *El momento maquiavélico: el pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica*. Tecnos. Madrid.

**Post, Gaines (1964):** *Studies in Medieval Legal Thought: Public Law and the State, 1100-1322*. Princeton University Press. Princeton.

**Powell, Barry B. (1991):** *Homer and the origin of the Greek alphabet*. Cambridge University Press. Cambridge.

**Pritchett, W. Kendrick (1971).** *The Greek State at War*. University of California Press. Berkeley.

**Prost, Francis (ed.) (1969):** *Armées et sociétés de la Grèce classique: aspects sociaux et politiques de la guerre au Ve et IVe siècles*. Errance. París.

**Prost, Francis (1969):** "Les combattants de Marathon: idéologie et société hoplitiques à Athènes au Ve S." en Prost, F. (ed.): *Armées et sociétés de la Grèce classique: aspects sociaux et politiques de la guerre au Ve et IVe siècles*. Errance. París. pp. 69-89.

**Purdy, Jedediah (2003):** "Universal Nation" en Bacevich, A. (Ed.): *The Imperial Tense: Prospects and problems of American Empire*. Ivan R. Dee. Chicago. pp. 102-110.

**Quesada Castro, Fernando (ed.) (2014):** *Paz para la Paz: prolegómenos a una filosofía contemporánea sobre la guerra*. Horsori. Barcelona.

**Raaflaub, Kurt A. (ed.) (2007):** *War and Peace in the Ancient World*. Blackwell. Malden.

**Ranke, Leopold von (1984):** *Sobre las épocas de la historia moderna*. Editora Nacional. Madrid. Edición preparada por Dalmacio Negro Pavón.

**Rathbone, Dominic (2007):** "Warfare and the State: the economics of war" en Sabin, P; Wees, Hans V.; Whitby, M. (eds.): *The Cambridge History of Greek and Roman Warfare*. Cambridge University Press. Cambridge. Vol. 2. pp. 158-176.

**Redfield, James M. (2012):** *Naturaleza y cultura en la Ilíada*. Gredos. Madrid.

**Rich, John; Shipley, Graham (eds.) (1995):** *War and Society in the Greek World*. Routledge. Nueva York.

**Richardot, Philippe (1998):** *Végèce et la culture militaire au moyen âge, V-XV siècles*.

Económica. París.

**Riley-Smith, Louise (1981):** *The Crusades: idea and reality, 1095-1274*. Edward Arnold. Londres.

**Riley-Smith, Jonathan (1997):** *The First Crusaders, 1095-1131*. Cambridge University Press. Cambridge. 1997.

**Ringer, Fritz K. (1995):** *El ocaso de los mandarines alemanes: catedráticos, profesores y la comunidad alemana, 1890-1933*. Pomares-Corredor. Barcelona.

**Ripalda, José María (1978):** *La nación dividida: raíces de un pensador burgués, G. W. F. Hegel*. Fondo de Cultura Económica. México D. F.

**Roberts, Adam (1994):** "Land Warfare: From Hague to Nuremberg" en Howard; Andreopoulos; Shulman (eds.): *The laws of war: constraints on warfare in the western world*. Yale University Press. New Haven. pp. 116-139.

**Romilly, Jacqueline de (1967):** *Histoire et raison chez Thucydide*. Les Belles Lettres. París.

**Romilly, Jacqueline de (1968):** "Guerre et paix entre cités" en Vernant (ed.): *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne*. Mouton. París. pp. 207-220.

**Romilly, Jacqueline de (1991):** *The Rise and Fall of Greek States according to Greek authors*. University of Michigan Press. Ann Arbor.

**Romilly, Jacqueline de (2005):** *L'invention de l'histoire politique chez Thucydide*. Rue d'Ulm. París.

**Rothenberg, Gunther E. (1986):** "Moltke, Schlieffen, and the Doctrine of Strategic Envelopment" en Paret, P. (ed.): *Makers of Modern Strategy from Machiavelli to the Nuclear Age*. Clarendon Press. Oxford. pp. 296-325.

**Rothenberg, Gunther E. (1994):** "The Age of Napoleon" en Howard; Andreopoulos; Shulman (eds.): *The laws of war: constraints on warfare in the western world*. Yale University Press. New Haven. pp. 86-97.

**Russell, Frederick H. (1975):** *The Just War in the Middle Ages*. Cambridge University Press. Cambridge.

**Sabin, Philipp; Wees, Hans V.; Whitby, Michael (eds.) (2007):** *The Cambridge History of Greek and Roman Warfare*. Cambridge University Press. Cambridge. 2007. 2 vols.

**Sahlins, Marshall (1977):** *Economía de la Edad de Piedra*. Akal. Madrid.

**Sahlins, Marshall (1984):** *Las sociedades tribales*. Labor. Barcelona.

**Sanmartín, Israel (2007):** *Entre dos siglos: globalización y pensamiento único*. Akal. Madrid.

**Sauge, André (1992):** *De l'épopée à l'histoire. Fondement de la notion d'historié*. Peter Lang. Frankfurt.

**Schepens, Guido (2007):** "History and Historia: Inquiry in the Greek historians" en Marincola, J. (ed.): *A Companion to Greek and Roman Historiography*. Blackwell. Malden. pp. 40-53.

**Schiffman, Zachary S. (2011):** *The Birth of the Past*. The Johns Hopkins University Press. Baltimore.

**Schmitt-Pantel, Pauline; Bruit Zaidman, Louise (2002):** *La religión griega en la polis de la época clásica*. Akal. Madrid.

**Seaford, Richard (2004):** *Money and the early Greek mind: Homer, philosophy, tragedy*. Cambridge University Press. Cambridge.

**Serrati, John (2007):** "Warfare and the State" en Sabin, Ph.; Wees, Hans V.; Whitby, M. (eds.): *The Cambridge History of Greek and Roman Warfare*. Cambridge University Press. Cambridge. Vol. 1. pp. 461-497.

**Seward, Desmond (2004):** *Los monjes de la guerra: historia de las órdenes militares*. Edhasa. Barcelona.

**Shay, Jonathan (1995):** *Achilles in Vietnam. Combat trauma and the undoing of character*. Scribner. Nueva York.

**Sherwin-White, A. N. (1973):** *The Roman citizenship*. Clarendon Press. Oxford.

**Shy, John (1986):** "Jomini" en Paret, P. (ed.): *Makers of Modern Strategy from Machiavelli to the Nuclear Age*. Clarendon Press. Oxford. pp. 143-185.

**Slicher van Bath, B. H. (1974):** *Historia agraria de Europa Occidental, 500-1850*. Ed. Península. Barcelona.

**Sondhaus, Lawrence (2006):** *Strategic Culture and Ways of War*. Routledge. Nueva York.

**Sordi, Marta (1985):** *La pace nel mondo antico*. Università Cattolica del Sacro Cuore. Milán.

**Spiegel, Nathan (1990):** *War and Peace in classical Greek literature*. Mount Scopus Publications. Jerusalén.

**Stacey, Robert C. (1994):** "The Age of Chivalry" en Howard; Andreopoulos; Shulman (eds.): *The laws of war: constraints on warfare in the western world*. Yale University Press. New Haven. pp. 27-39.

- Ste. Croix, Geoffrey E. M. (1981):** *The Class Struggle in the Ancient Greek World from the Archaic Age to the Arab Conquests*. Duckworth. Londres.
- Strickland, Matthew (1996):** *War and chivalry: the conduct and perception of war in England and Normandy, 1066-1217*. Cambridge University Press. Cambridge.
- Svenbro, Jesper (1988):** *Phrasikleia: anthropologie de la lecture en Grèce ancienne*. Le Découverte. París.
- Swift, Louise J. (2007):** "Early Christian Views on Violence, War, and Peace" en Raaflaub, K. (ed.): *War and Peace in the Ancient World*. Blackwell. Malden. pp. 279-296.
- Todorov, Tzvetan (2013):** *Nosotros y los otros: reflexión sobre la diversidad humana*. Biblioteca Nueva. Madrid.
- Tyerman, Christopher (1998):** *The Invention of the Crusades*. University of Toronto Press. Toronto.
- Vagts, Alfred (1981):** *A History of militarism*. Greenwood. Westport.
- Veblen, Thorstein (1966):** *Teoría de la clase ociosa*. Fondo de Cultura Económica. México D. F.
- Vegetti, Mario (2005):** *La ética de los antiguos*. Madrid. Síntesis.
- Vernant, Jean-Pierre (ed.) (1968):** *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne*. Mouton. París.
- Vernant, Jean-Pierre (1992):** *Los orígenes del pensamiento griego*. Paidós. Barcelona. 1992.
- Veyne, Paul (2009):** *El Imperio Grecorromano*. Akal. Madrid.
- Vial, Claude (1969):** "Le jugement des auteurs athéniens sur la Guerre du Péloponnèse" en Prost, F. (ed.): *Armées et sociétés de la Grèce classique: aspects sociaux et politiques de la guerre au Ve et IVe siècles*. Errance. París. pp. 137-147.
- Walzer, Michael (2001):** *Guerras justas e injustas: un razonamiento moral con ejemplos históricos*. Paidós. Barcelona.
- Ward-Perkins, John-Bryan (2007):** *La caída de Roma y el fin de la civilización*. Espasa-Calpe. Madrid.
- Webster, Graham G. (1969):** *The Roman Imperial Army of the First and Second Centuries A. C.* Adam & Charles Black. Londres.

**Wees, Hans V. (1994):** "The Homeric Way of War: The Iliad and the Hoplite Phalanx I" en *Greece & Rome* (Second Series), vol. 41, nº 1. pp. 1-18.

**Wees, Hans V. (ed.) (2000):** *War and Violence in Ancient Greece*. Duckworth. Londres.

**Wees, Hans V. (2004):** *Greek warfare: myths and realities*. Duckworth. Londres.

**Weigley, Russell F. (1973):** *The American Way of War: A History of United States Military Strategy and Policy*. Indiana University Press.

**Wheeler, Everett (1987):** "Ephorus and the prohibition of missiles" en *Transactions of the American Philological Association*, vol. 117. 1987. pp. 157-182.

**White, Lynn Townsend (1973):** *Tecnología medieval y cambio social*. Paidós. Buenos Aires.

**Zanker, Paul (1992):** *Augusto y el poder de las imágenes*. Alianza. Madrid.

